

FENIMOOORE COOPER 918

Doña Mercedes
de Castilla



Precio 2 pesetas

1907

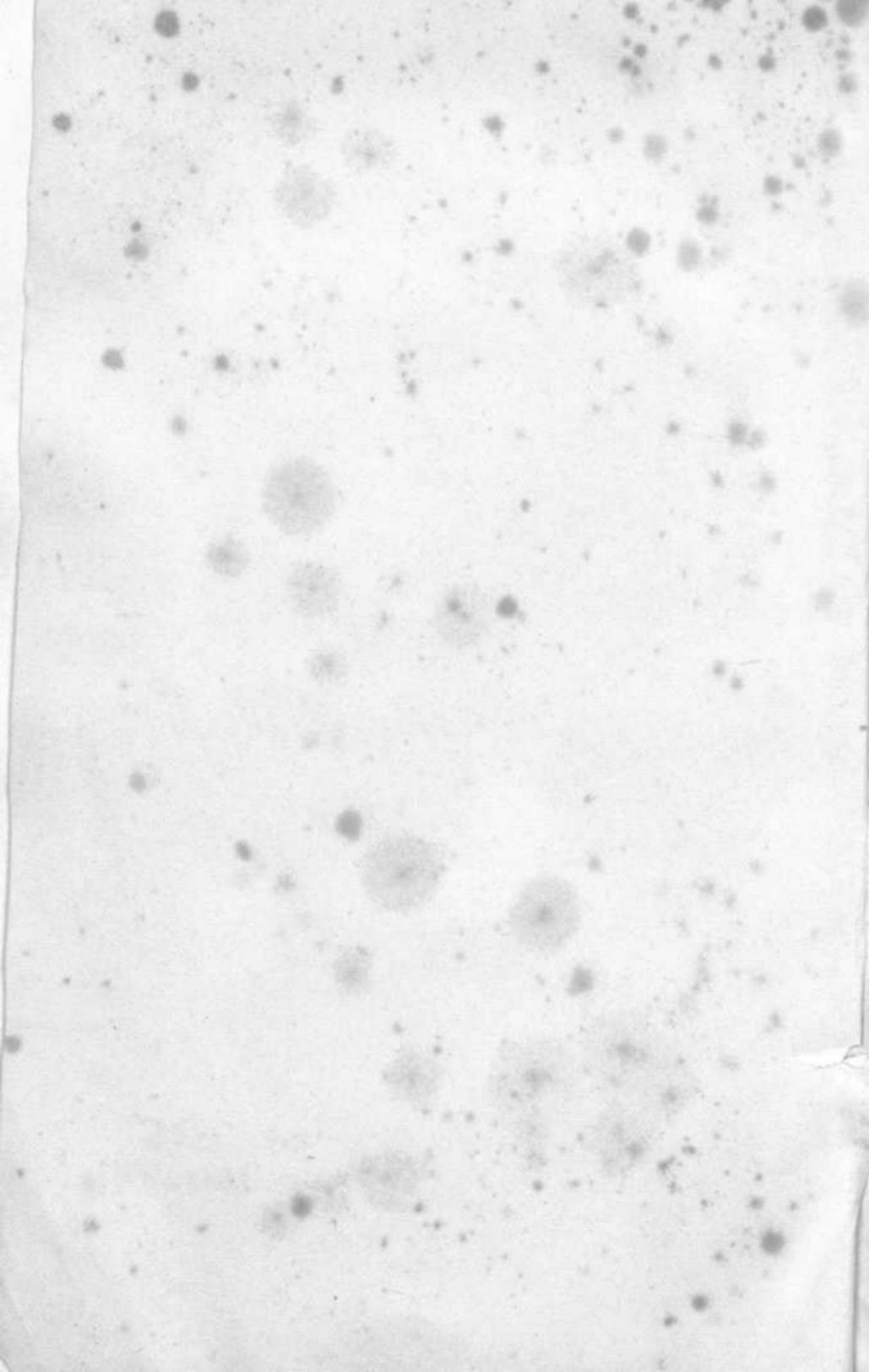


DGCL
A

DONNA MERCEDES

1971

at 37375
c. 1042992



MON

DOÑA MERCEDES
DE CASTILLA.

DORA MERCEDES

DE CASTILLA

DOÑA MERCEDES DE CASTILLA.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR

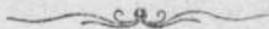
J. FENIMORE COOPER,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. ÁNGEL PEREZ.

Brindo esta copa á una mujer, modelo
Del sexo amable, cuya forma pura
Siendo de astros benéficos hechura,
Más que á la tierra, pertenece al cielo.

PINKNEY.



BARCELONA:

ADMINISTRACION DE LA MARAVILLA

Aviñó. 20.

LIBRERÍA DE EL PLUS ULTRA

Rambla Centro, 15.

1863.

R. 31577

Barcelona: Imprenta de LUIS TASSO, calle del Arco del Teatro,
callejon entre los números 21 y 23.

DOÑA MERCEDES DE CASTILLA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Llamar tan recio estremecía
Las duras losas en redor:
¡Abrid! ¡abrid! gritar se oía,
Al Cid Rui-Díaz el Campeador.

HEMANS.

Sea que examinemos los cuadros del inimitable Cervantes, ó los de aquel poco ménos agudo escritor, del cual tomó Le Sage su inmortal leyenda, y elijámosles á entrambos por guías; sea que creamos á puño cerrado en las relaciones más severas de la historia, ó confiemos en la autoridad de los viajeros modernos, no halláremos por cierto haber existido una época en que fuesen buenas las posadas de España, ni seguros sus caminos. Estas dos ventajas de la civilizacion parecen negadas por el destino á los habitantes de la Península en todos tiempos: porque desde una era inmemorial siempre se ha oído referir contratiempos padecidos por los caminantes, ya á causa de los ladrones ó de los mesoneros (1). Si tal sucede hoy, tal era lo que sucedía á mediados del siglo XV, á cuya época suplicamos al lector permita que su imaginacion retroceda.

A principios del mes de octubre del año de gracia 1469, reinaba en Aragon Juan de Trastamara, y tenia su córte en cierta ciudad, situada á orillas del Ebro, llamada Zaragoza, cuyo nombre se supone ser una corrupcion de César Augusta, célebre en nuestros tiempos por sus heroicas proezas, ensalzándola la fama en regiones extranjeras bajo la denominacion algo anti-ortográfica de Saragossa. Juan de Trastamara, ó Juan II, como era más comun titularle, en conformidad á la nomenclatura de los reyes, era uno de los monarcas más sagaces de su época; pero se hallaba empobrecido por causa de sus muchas

(1) Otro juicio distinto mereceríamos ahora á Cooper si recorriese la Península.

contiendas con los turbulentos catalanes, ó, como pudieramos nombrarlos con mayor cortesía, los libres y patrióticos habitantes de Cataluña; así es que le costaba infinito trabajo mantenerse en su trono, al paso que su dudoso dominio se extendía por Aragon, su país natal, con sus dependencias de Valencia y Cataluña, Sicilia y las islas Baleares, amen de algun derecho á la Navarra, no completamente sin disputa. En virtud de testamento de su hermano mayor y predecesor, habia pasado la corona de Nápoles á un hijo ilegítimo de este; sin cuya ocurrencia el último reino hubiera aumentado la lista de sus posesiones. Largo y turbulento fué el reinado del monarca de Aragon, y, en el momento á que nos referimos, se hallaba agotado su erario por los esfuerzos que hiciera para domeñar á los inquietos catalanes; sus destinos, empero, estaban próximos á tomar un más favorable giro de lo que imaginarse pudiera; porque el duque de Lorena, su competidor, murió de repente, dos meses ántes del período que hemos elegido para principio de nuestra historia. Sin embargo, no le es dado al hombre escudriñar lo futuro, y el día 9 del mes antemencionado llegó al colmo de sus apuros la miseria de las cajas reales, con motivo de la inesperada exigencia de una crecida cantidad de dinero, al momento mismo en que el ejército se veía en peligro de disolverse por falta de paga, y cuando solo encerraban aquellas la mezquina suma de trescientos *enriques*, moneda de oro así llamada de uno de los monarcas pretéritos, y cuyo valor excedía muy poco al moderno ducado. El asunto apuraba demasiado para sufrir demora, y hasta los objetos de la guerra se consideraban como secundarios á los que tenian relacion con este proyecto, súbitamente concebido y de tendencia más privada. Celebrábanse consejos, halagábase ó amenazábase á los prestamistas, y veíase á los confidentes de la córte en un estado de manifiesta inquietud. Pareció en fin haber pasado el tiempo de los preparativos y hallarse á mano el instante de obrar. La curiosidad dejó de verse inútilmente desasosegada, permitiéndose saber á los habitantes de Zaragoza que su soberano iba á enviar una solemne embajada á su vecino, deudo y aliado, el monarca de Castilla. En el año de 1469, Enrique, también de Trastámara, llenaba el trono del contiguo reino, con el título de Enrique IV. Este monarca era nieto, por línea de varones, del hermano del padre de Juan II, y por consiguiente primo segundo del rey de Aragon. A pesar de su parentesco y de los grandes intereses de familia que pudiera suponerse les coligaban, eran precisas frecuentes embajadas para conservar la paz entre ambos monarcas; de suerte que el anuncio de la que ahora se preparaba produjo más satisfaccion que maravilla en las calles de la ciudad.

No le faltaban tampoco sus cuidados ni sinsabores á Enrique de Castilla, aunque reinaba en un territorio peninsular más extenso y rico que el de su deudo de Aragon. Habíase casado dos veces: la primera con Blanca de Aragon, á quien repudiara para contraer nuevas nupcias con Juana de Portugal, princesa tan notablemente liviana que proporcionara grave escándalo á la córte, de manera que al dar á luz una hija, inspiró desconfianza su legitimidad, y precipitándose las sospechas al desafecto, privaron eventualmente á la infanta misma de todo derecho al poder real. También el padre de Enrique habia

tenido dos mujeres, siendo el fruto del segundo enlace un hijo y una hija, Alfonso é Isabel; cuya última princesa llegó á ser, andando el tiempo, tan famosa, bajo el doble título de reina de Castilla y de Católica. La impotencia de Enrique habia hecho armarse en abierta rebelion á un gran número de sus vasallos. Tres años ántes habian proclamado á su hermano Alfonso, en su lugar, miéntras la guerra civil asolara las provincias de su reino. Terminaron esas turbulencias con la muerte de Alfonso, afianzándose la paz por entónces en aquellos dominios, en virtud de un tratado, por el cual consintió Enrique en invalidar el derecho de su propia hija, ó más bien de la hija de Juana de Portugal, y reconocer á su media hermana Isabel por heredera del trono. Esta concesion fué el resultado de una penosa necesidad, y como puede esperarse, condujo á muchas secretas y violentas medidas á fin de inutilizar sus efectos. Entre otros arbitrios adoptados por el rey, ó más bien por sus favoritos, pues eran proverbiales la inaccion é indolencia del soberano egoísta á par que complaciente, á fin de contrarestar las consecuencias que produjera la esperada subida de Isabel al trono, existian varios proyectos para cohibir su voluntad y guiar su política: éstos se redujeron al principio á casarla con algun súbdito, á fin de restringir su poder, y más adelante se pensó en enlazarla con varios principes extranjeros, á quienes se suponía más adecuados para llevar á cabo semejantes designios. En aquellos instantes á la verdad era el casamiento de la princesa uno de los grandes objetos de la diplomacia española. El hijo del rey de Aragon se hallaba entre los pretendientes á la mano de Isabel, y la mayor parte de los que habian sabido la próxima partida de la embajada creia con fundamento que semejante mision estaba relacionada con aquel gran golpe de política aragonesa.

Goza Isabel de acrisolada reputacion como mujer instruida, modesta, discreta, piadosa y bella, además de ser la heredera reconocida de una corona tan envidiable, y era por tanto muy crecido el número de sus pretendientes. Entre ellos se contaban varios principes franceses, ingleses y portugueses, además del aragonés arriba mencionado. Diversos favoritos apoyaban á los varios candidatos, y bregaban por conseguir sus miras á favor de las acostumbradas intrigas de los cortesanos y partidarios; miéntras la régia doncella, objeto de tal competencia y rivalidad, conservaba un discreto y femenino decoro, aunque resuelta á complacer sus sentimientos mujeriegos más halagüeños. El rey, su hermano, estaba á la sazón en las provincias del Sur, entregado á los placeres, y como la princesa tiempo habia que se hallaba acostumbada á vivir aislada, se ocupaba en el arreglo de sus negocios, para que la condujeran á su felicidad. Despues de varias tentativas á fin de apoderarse de su persona, las cuales habia evitado con el eficaz socorro de sus amigos, acababa de refugiarse la princesa en Leon, de cuya provincia ó reino, como algunas veces se le llamaba, era capital Valladolid, donde la perseguida Isabel fijó su residencia. Entre tanto, como aun permanecia Enrique en las inmediaciones de Granada, debemos dar por supuesto que hácia este punto se dirigia la embajada que tanto llamara la atencion del pueblo de Zaragoza.

En efecto, salió la cabalgata una hermosa mañana de otoño por una de las puertas que dan al Mediodía. Allí iba la acostumbrada escolta de lanzas, cual lo imperaba el turbulento estado del país; barbudos nobles, armados de punta en blanco, pues raro era el hidalgo que pudiese ofrecer algun aliciente al salteador que se expusiera á transitar por los caminos sin tal requisito; por fin, una larga sarta de acémilas, y una nube de acompañantes, quienes por su traje parecían medio sirvientes y medio soldados. La lucida expedición atraía un inmenso concurso entre cuyos espectadores se oían, mezclada con alguna que otra preza por su buen éxito, abundancia de conjeturas vagas acerca de su objeto probable y resultado. Pero la curiosidad tiene sus límites y hasta la lengua más habladora llega por fin á cansarse; así es que ántes de la puesta del sol la mayor parte habían dejado de pensar en el espectáculo de la mañana, ú olvidádolo completamente. No así dos soldados que se hallaban de guardia en la puerta del Oeste, que caía hácia el camino de Burgos, para quienes, entrada ya la noche, era todavía la embajada asunto de sostenida conversacion.

—Si don Alonso de Carvajal piensa caminar muy léjos con semejante comitiva, observó el más viejo, hará bien de meter en vereda á su gente, porque jamás salió del ejército aragonés una turba más desastrada que la que atravesó hoy la puerta del Sur, á pesar de los relumbrones de las gualdrapas y el tarara de los clarines. Podían haberse buscado en Valencia lanzas más adecuadas para escolta de la embajada del rey; óyeme, Diego, y también caballeros de mejor talanto para mandarlas, que estos de Aragon. Pero, ya que así lo ha querido el monarca, no está bien que se lo murmuren unos pobres soldados como nosotros.

—Tampoco falta quien piense, Rodrigo, que hubiera sido mejor economizar el dinero que así se derrocha en estas liviandades, á fin de pagar á los valientes que tan pródigos fuéron de su sangre para sojuzgar á los rebeldes barceloneses.

—Eso siempre sucede, chico, entre el deudor y sus acreedores. Porque don Juan te debe un puñado de maravedíes, refunfuñas á cada enrique de los que gasta para sus necesidades. Soy un soldado más viejo que tú, y he aprendido el arte de pagarme cuando la tesorería está exhausta.

—Eso estaría bien en tiempo de guerra con extraños, por ejemplo, cuando se batalla con los Moros; pero, al cabo, los catalanes son tan buenos cristianos como nosotros; algunos de ellos tan leales vasallos; además, que no es tan fácil robar á un paisano como saquear á un infiel.

—Veinte veces más fácil, bobo; porque el uno lo espera y raras veces se le encuentra cosa que merezca quitársele, al paso que el otro te franquea su casa y hacienda con la misma franqueza que su corazón..... pero ¿quiénes son estos que se ponen en camino á hora tan avanzada de la noche?

—Unas buenas almas que van á caza de riquezas, al tiempo que afectan mirarlas con el mayor desvío. Apuesto, Rodrigo, á que no se junta entre todos dinero bastante para pagar al criado que les sirva los huevos con que cenarán esta noche.

—¡Por Santiago, mi patrono bendito! dijo en voz baja uno de los que hacían cabeza de una corta cabalgata, que iba delante con otro jinete, cual si deseara no familiarizarse con los restantes, y riéndose de la pulla del soldado. Ese socarrón dice más verdad de lo que nos convendría. Entre todos creo que podríamos reunir suficiente metálico para costear una olla podrida; pero no sé si alcanzaria para los postres.

Una grave reprension que en voz sumisa le dió el compañero, reprimió la irreflexiva chacota del jinete; y la partida, que se componía de mercaderes ó trajineros montados en buenas mulas, según apariencias, pues que en aquella época era fácil distinguir las clases de los hombres por el traje que vestían, hizo alto junto á la puerta. Como el pase que mostraron para salir de la ciudad estaba en debida forma, descorrió los cerrojos el adormilado y adusto guarda-llaves, para que los caminantes prosiguieran su ruta.

Mientras tenían lugar estas formalidades se apartaron un poco dos soldados, y se pusieron á examinar con atención aquel grupo, aunque la gravedad española les impedía manifestar el desprecio que les inspiraba la vista de dos ó tres judíos que formaban parte de la cabalgata. Los mercaderes eran además de una clase bastante superior, como lo daban á entender un par de sirvientes que iban de comitiva, y se pararon á corta distancia, mientras satisfacían la gabela que se acostumbraba exigir á los que pasaban por las puertas de la ciudad después de anochecido. Aconteció que uno de los criados, quien iba caballero en una briosa mula, se colocase tan cerca de Diego durante la corta detencion, que el soldado, muy hablador por naturaleza, no pudo ménos de soltar su pulla.

—Oyes, chico, comenzó el soldado; ¿cuántos cientos de doblas ganas tú al año por servir á esos fariseos, y cuántas veces estrenas tus majos coletos de ante?

El sota ó sirviente de los mercaderes, que todavía era mozo, aunque sus vigorosas formas y atezadas mejillas denotasen que estaba acostumbrado á los ejercicios más rudos y que le era familiar la intemperie, hizo un movimiento de sorpresa, y se sonrojó de tan familiar pregunta, que acompañara el soldado con una palmada en el muslo y un apretón de rodilla, como muestra de franqueza militar. Es probable que la festiva risa de Diego reprimiera la cólera del jinete, porque en las sencillas maneras del soldado se traslucía demasiada bondad para que sus palabras pudiesen excitar resentimiento.

—El estrujón es bastante cordial, aunque algo brusco, camarada, observó con mansedumbre el servidor; y si quieres tomar el consejo de un amigo, ten presente que el dar suelta á demasiada familiaridad suele proporcionarnos el mejor día un buen par de chichones en la mollera.

—¡Por San Pedro bendito! quisiera conocer al guapo que.....

Pero el deseo de Diego llegó tarde; porque, habiéndose puesto en marcha sus amos, hincó el mancebo sus aguzadas espuelas en las ancas de la mula, y saliendo de un bote, por poco atropella á Diego que estaba empuñando el pomo de la silla.

—¡Genio tiene el mozo! exclamó el bonazo de Diego, recobrando el equili-

brio; pensé que iba á favorecer mis quijadas con una visita de su mano derecha.

—Haces mal, Diego, en acostumbrarte á esas liviandades, respondió su camarada; y nada tendría de extraño que el mancebo te hubiese hecho medir con las costillas la santa tierra, en pago del insulto que le ofreciste.

—¿Quién? ¿ese belitre alquilon del hebreo tacaño? ¿Se atrevería á levantarle la mano á un soldado del rey?

—¿Quién sabe si habrá sido tambien soldado como nosotros? En estos dias, á los hombres de su talante se les llama para ceñirles el arnés. Me parece que he visto esa cara ántes; y en verdad que cuando ninguno de corazon flojo se atrevia á acompañarla.

—¡Qué, hombre, ese es un simple siervo, un rapazuelo que acaba de salir de la pollera de su madre!

—Te aseguro que en los pocos años que parece contar, ha hecho cara más de una vez al catalan y al moro. Sabes muy bien que los nobles acostumbran llevar á sus hijos desde niños á las lides, á fin de que aprendan temprano á imitar las fazañas de la caballería.

—¿Los nobles? repitió riéndose Diego. En nombre de todos los diablos, Rodrigo, ¿qué te se ha metido en la cabeza? ¿Quieres comparar á ese espolique con un mozo hidalgo? Por lo ménos le supones un Guzman ó un disfrazado Mendoza, cuando hablas de caballería.

—Verdad que parece una bobada; pero ántes de ahora he observado aquel ceño en la pelea, y he oido aquella voz firme y sonora en más de una carga. ¡Por Santiago de Compostela.....! ya caigo en quién pueda ser..... ¡escucha, Diego, una palabra al oído!

El veterano llevó entónces aparte á su jóven camarada, aunque no habia quien pudiese oírles, y mirando cuidadosamente alrededor con el objeto de asegurarse de que sus palabras no llegarían á otros que á los de Diego, hablóle por un instante en voz baja.

—¡Santa Madre de Dios! exclamó el otro, retrocediendo tres buenos pasos con sorpresa y temor. ¡Es imposible que sea el que tú dices, Rodrigo!

—Apostaría la salvacion de mi alma, repuso el compañero con seguridad. ¡Cuántas veces le he visto con la visera alzada, y le he seguido una vez y otra á la refriega!

—¿Y habia de ponerse ahora en camino como el sota de un mercader, como el sirviente de un judío?

—Nuestro deber, amigo Diego, se cifra en dar cuchilladas sin meternos en la razon de la quimera. Aunque sus cajas estén algo apuradas, no deja de ser D. Juan un buen amo, y nuestro jurado rey y señor; así, más vale obrar como soldados discretos.

—Pero jamás me perdonará el apretón que le dí en la rodilla y la necia parlería de mi lengua. No me atreveré á mirarle á la cara en toda mi vida.

—¡Bah, hombre! Es probable que nunca comas con él á la mesa del rey; y respecto á que te vea en el campo, como tiene costumbre de marchar contra los enemigos el primero, creo que jamás caerá en la tentacion de volver la cara atrás para mirarte.

—¿Con que supones no será fácil me conozca otra vez?

—Si te vieres cerca de él otro día, no tendrás causa de alarmarte; porque los sugetos como él tienen mayor número de apuntes en la memoria de los que pueden recordar.

—La Virgen María te haga buen profeta; pues de lo contrario no me atrevería á presentarme otra vez en mi tercio. Si se tratara de algun favor que le hubiese hecho, podría tener esperanzas de que se le olvidara; pero una afrenta suele permanecer largo tiempo grabada en la memoria.

En esto se alejaron los dos soldados amonestando el veterano á su locuaz compañero sobre la virtud de la discrecion.

Entre tanto proseguían su ruta los caminantes con una prisa que denotaba gran desconfianza y ansioso deseo de adelantar la jornada. Caminaron toda la noche sin aliojar el paso, hasta que la vuelta del sol les expuso otra vez á las observaciones de los curiosos, entre los cuales se suponía haber muchos emisarios de Enrique de Castilla, cuyos agentes, era bien sabido, se hallaban vigilantes en todos los caminos que se comunicaban entre Zaragoza y Valladolid, en cuya ciudad acababa de refugiarse su régia hermana. Sin embargo no ocurrió cosa alguna que diferenciase este viaje del de los trajineros de las demás épocas. Pronto entraron los viajeros en el territorio de Soria, provincia de Castilla la Vieja, en donde se hallaban varias partidas armadas del monarca, custodiando los desfiladeros, sin que su aspecto diese nada que sospechar á los soldados de Enrique, los cuales tambien servian para ahuyentar de los caminos á los salteadores. Cabalgaba todo este tiempo aquel mancebo que diera pié á la conversacion entre los dos soldados, á retaguardia de su amo, ocupándose como los demás sirvientes en las faenas de su destino, durante las breves pausas que en la jornada ocurrieron. Por la tarde del segundo día, una hora despues que saliese la cabalgata de un meson, en donde se había confortado con una olla podrida y un poco de vino agrio el festivo mancebo, que tambien mencionamos ántes, el cual conservaba siempre su puesto á vanguardia junto á su compañero más grave y entrado en años, soltó de repente una recia carcajada, y refrenando su mula, dejó que toda la fila le aventajase, hasta hallarse junto al antedicho sirviente. Miró este á su reputado amo con un ceño de reconvencion, al verle alinearse con él, y dijo con severidad, harto extraña respecto á sus mútuas relaciones:

—¿Qué es esto, Maese Nuñez? ¿por qué abandonais vuestro puesto para dejaros caer á retaguardia, y entrar en familiaridades poco decorosas con los sirvientes?

—Te pido diez mil perdones, honrado Juan, respondió el amo, sin dejar de reirse, aunque era evidente que se esforzaba en reprimir su algazara por el respeto que debía á su interlocutor; pero nos ha acontecido una calamidad que supera á las de las fábulas y leyendas de todos los nigrománticos y caballeros andantes en el mundo. El digno maese Ferraras, tan hábil manejador de monedas, pues no ha hecho en toda su vida sino comprar y vender paja y cebada, acaba de echar de ménos su bolsillo, que, segun parece, se quedó olvidado en el meson donde estuvimos há poco, ó lo dejó en prendas

por una rebanada de pan duro y una panilla de aceite rancio. Dudo que haya ahora veinte reales entre toda la cuadrilla.

—¿Y es asunto de broma, seor Nuñez? repuso el espolique, aunque una ligera sonrisa le arrugara los labios, cual si quisiese secundar el buen humor de su compañero de camino; ¿es asunto de broma el hallarnos sin un ochavo? Gracias al cielo que no puede estar muy distante el Burgo de Osma; y allí no nos harán tanta falta las monedas. Y ahora, amo mio, permitidme os ruegue guardéis en la cabalgata el lugar que os corresponde, y no olvidéis vuestro rango á tal punto que os entreguéis á tan indebida familiaridad con vuestros inferiores. Aquí no haceis falta alguna, con que así, volved al lado de maese Ferraras, é informadle de mis simpatías y sincera condolencia por su quebranto.

Sonrióse el mancebo, aunque el fingido criado habia vuelto á un lado la cabeza, cual si quisiera respetar sus propias amonestaciones; mientras el otro anhelaba evidentemente alcanzar una mirada de afecto y favor. A poco se hallaba restablecido el órden de la marcha.

A medida que avanzaba la noche y llegaba la hora en que los hombres y las bestias dan mayores señales de cansancio, apretaban los viajeros las mulas á más no poder; y cerca de media noche, á fuerza de menudear el acicate, llegaron á la puerta principal de una pequeña ciudad amurallada, por nombre Osma, á corta distancia de la raya de la provincia de Búrgos, si bien en territorio de Soria. Apénas se halló su mula bastante cerca para permitirlo, el mercader, mozo que cabalgaba delantero, dió recios golpes á la puerta con la vara á fin de avisar su llegada á los que estaban dentro. No fué preciso tirar demasiado de las riendas para que se parasen las mulas de los demás; el fingido sirviente, espoleando la suya, iba á colocarse cerca de los principales personajes inmediato á la puerta, cuando una gruesa piedra lanzada desde el muro pasó silbando tan cerca de su cabeza, que le recordó lo próximo que podia estar á emprender el viaje para el otro mundo. Salió un agudo grito de la cabalgata al advertir el peligro de que tan milagrosamente se habia escapado el mancebo, y no faltaron imprecaciones contra la mano que la disparara. El que sirviera de blanco parecia el ménos alarmado de todos, y aunque su voz era aguda é imponente al reconvenir á sus agresores, no daba la más leve muestra de enfado ni descompostura.

—¿Cómo? dijo ¿asi se trata á unos trajinantes que vienen á pedir os hospitalidad y albergue por una noche?

—¡Viajeros y trajinantes! refunfunó una voz desde arriba: decid más bien espías y agentes del rey D. Enrique. ¿Quién sois? Responded pronto, ó esperad algo más ejecutivo que una pedrada á la siguiente amonestacion.

—Decidme, respondió el mancebo, cual si desdeñase ser preguntado, ¿quién es el gobernador de esa ciudad? ¿No es el noble conde de Treviño?

—El mismo, señor, replicó el de las almenas, con tono dulcificado; ¿pero, qué tienen que ver con su excelencia unos trajineros? ¿Y quién sois vos que habláis tan recio y altivo como si fuerais un grande de España?

—Yo soy FERNANDO DE TRASTAMARA, príncipe de Aragon, y rey de Sicilia. Anda pronto, y dí á tu señor que venga á recibirme

Este anuncio, pronunciado con el tono altanero de uno acostumbrado á exigir obediencia implícita, produjo un óbvio cambio en el estado de las cosas. La caravana ordenó al instante la formación, de tal suerte, que los dos nobles de rango superior, que hasta entónces ocupan el puesto preferente, lo cedieron al rey; mientras cada uno de los caballeros del séquito dió muestras de hallarse terminado el disfraz, y se aprestó á aparecer en su legítimo carácter. Hubiera divertido á un observador curioso ver la prontitud con que los hidalgos, especialmente los más mozos, se dieron prisa á erguirse en sus arzones, cual si quisiesen deshacerse de la tosca apariencia de humildes traficantes, á fin de ostentarse, cual eran, hombres acostumbrados al torneo y al campo. Adentro desaparecieron las señales de modorra: comenzaron los soldados á cuchichear sumisos en apresurados tonos, y el lejano rumor de pisadas daba á entender haberse despachado mensajeros en varias direcciones. Transeúriéronse algunos minutos, durante los cuales, un oficial subalterno, asomándose al muro, suplicó al príncipe dispensase la demora causada por la severidad de la disciplina y de ningun modo por falta de respeto. Al fin un movimiento en las murallas y la luz de numerosos hachones dieron á conocer que el gobernador se acercaba; de cuyas resultas, la impaciencia de los caballeros que estaban abajo, la cual, empezada á manifestar en votos medio ahogados, consiguió calmarse, tornando la debida circunspeccion.

—¿Son ciertas las gozosas nuevas que me han traído? gritó una voz desde las almenas, mientras bajaban un farol del muro para inspeccionar de cerca el grupo de caminantes. ¡Es tanta mi honra, que merezca recibir un mandato de D. Fernando de Aragon á esta hora inusitada!

—Haz que tu belitre acerque más á mi rostro el farol, respondió el rey, á fin de que te cerciores. Disimularé esta falta de respeto, conde de Treviño, pues me franqueará las puertas con mayor premura.

—¡El es! gritó el noble; conozco bien esas facciones que llevan los rasgos de una larga ascendencia de reyes; y esa voz, que tantas veces he oído rehacer nuestros escuadrones en Aragon para cerrar contra los alarbes. ¡Dad aliento á los clarines, á fin de que proclamen esta venturosa llegada, y abrid las puertas de par en par!

Obedeciése prontamente el mandato, y el rey hizo su entrada en Osma, al són de los clarines, rodeado de una fuerte escolta de hombres de armas, y seguido de la mitad de la atónita y no bien despierta poblacion.

—No es mala ventura, mi señor rey, dijo en tono familiar D. Andrés de Cabrera, el noble mozo arriba mencionado, mientras iba cabalgando al lado de D. Fernando, que hayamos encontrado este buen apeadero gratis y sin costas; porque es un desastre que á Maese Ferraras se le haya extraviado el único bolsillo que teníamos entre todos. En tal apuro no nos hubiera sido dado sostener nuestro papel de económicos mercaderes por mucho tiempo, siendo esta una clase de gente, á quien mientras regatea cuanto le piden, agrada mostrar al soslayo un bolsón bien provisto de oro.

—Ahora que estamos en tu propia Castilla, D. Andrés, replicó el rey sonriéndose, acudirémos francamente á tu hospitalidad, pues bien sabe-

mos que tienes á tu disposicion un par de diamantes de alto precio.

—¡Yo, señor rey! vuestra alteza tiene á bien chancearse á mi costa, y hace perfectamente; pues es el único obsequio que puedo por él pagar ahora. Mi adhesion á la princesa Isabel me ha arrojado de mis posesiones, y el caballero más humilde en el ejército aragonés no está hoy más pobre que yo. Ignoro pues donde están esos diamantes de que me habla vuestra alteza.

—La fama ensalza sobremanera los dos brillantes que centellean engastados en el rostro de doña Beatriz de Bobadilla, los cuales me consta hallarse á tu disposicion; ó cuando ménos hasta el punto en que las inclinaciones de una noble doncella pueden dejarlos al beneplácito de un leal caballero.

—¡Ah! señor rey, si esta aventura llega á terminar tan felizmente como ha empezado, tal vez tenga que molestar á vuestra alteza para que me auxilie sobre ese punto.

Sonrióse el rey; mas habiéndose puesto al estribo el conde de Treviño, se mudó la conversacion. Aquella noche durmió Fernando de Aragon con todo sosiego; pero al rayar el día se hallaron otra vez cabalgando el rey y su séquito. Salió de Osma la cabalgata de un modo muy diverso del que se presentara la noche anterior. Ostentóse ahora el príncipe como un hidalgo, montado en un corcel andaluz, y todos sus secuaces manifestaron abiertamente sus rangos distintos. Un numeroso cuerpo de lanceros, capitaneado por el conde de Treviño en persona, componia la escolta real; y el día 12 del mismo mes llegaron al lugar de Dueñas, en Leon, contiguo á Valladolid. Acudieron á hacer la corte al rey los desafectos nobles, y le recibieron cual correspondia á su alta gerarquía y á sus aun más elevados destinos.

Aquí los castellanos, más relajados respecto á la rigidez de costumbres, pudieron advertir la estricta disciplina personal, en cuya virtud á los diez y ocho años, pues pocos más contaba, habia conseguido el príncipe endurecer su cuerpo y nutrir sus fuerzas de tal modo, que se hallaba capaz de los más rudos hechos de armas; cifrábase su deleite en los ejercicios más atléticos, y no habia caballero en Aragon que manejase un caballo con mayor destreza en el torneo ni en la lid. Semejante á casi todos los de estirpe régia de aquella época, y tambien de la actual, y á pesar del ardiente sol bajo el cual vivia, su tez era blanquísima, aunque algo tostada por las batidas y ocupaciones marciales de su edad pueril. Más sobrio que un musulman, su activa y bien proporcionada máquina parecia robustecerse precozmente, cual si la Providencia la tuviera reservada para algunos de sus selectos fines, que requiriesen gran vigor físico, así como una profunda prevision y vigilante sagacidad. En los tres ó cuatro dias que siguieron, los nobles castellanos, que escuchaban sus discursos, estaban dudosos si aprobarian con preferencia la elocuente fluidez de sus palabras, ó cierta circunspeccion de pensamientos y de expresiones, que miéntras podia considerarse como precoz, palaciega y astuta, se juzgaba por meritoria en un varon destinado á conservar en balanza las agitados pasiones de los hombres y á invalidar sus engaños y proyectos egoistas.

CAPÍTULO II.

...Deja que el ruiseñor en selva oscura
 Sus notas desperdicie; y tu destino,
 Hechicera criatura,
 Sea en retiro glorioso
 Sobre el mundo verter raudal divino
 De cantar melodioso.
 ¡Tipo del sabio, que subir no ignora;
 Mas nunca se desvía
 De los puntos que enlazan la armonía
 Del cielo que ama, y del hogar que adora.

WORDSWORTH.

Mientras recurría Juan de Aragon á semejantes arbitrios para que su hijo pudiera burlar la vigilancia de los vengativos emisarios del rey de Castilla, no faltaba inquietud en los ánimos de los moradores de Valladolid, quienes aguardaban las resultas con la duda é impaciencia que siempre acompañan la ejecucion de empresas arriesgadas. Entre las personas que más se interesaban por las medidas que tomaban Fernando de Aragon y sus compañeros, habia algunas que nos precisa introducir al conocimiento de nuestros lectores.

Aunque Valladolid no hubiese llegado todavía á la magnificencia que adquiriera como capital de Carlos V, era una antigua y para la época soberbia ciudad, y tenia palacios y edificios públicos magníficos. Al principal de aquellos, residencia de Juan de Vivero, uno de los más distinguidos nobles del reino, habrá de trasportarnos nuestra imaginacion, en donde nos aguardan unas personas mucho más agradables que las que acabamos de dejar, las cuales esperaban un mensajero con noticias de Dueñas. La habitacion que ocupaban ostentaba la tosca esplendidez de la época, unida al aspecto de comodidad y elegancia que raras veces omiten agregar las mujeres á los demás adornos de la parte de edificio que eligen para su morada. En el año de 1469 se acercaba la España á toda prisa al término de la grave-lucha que habia ya durado siglos luengos, y en la cual los cristianos y musulmanes se disputaran el dominio de la Península. Como los últimos fuesen por largo tiempo señores de la parte meridional del reino de Leon, dejaron tras sí en esta ciudad algunos vestigios de su bárbara magnificencia. Los altos y laboreados techos no eran á la verdad tan suntuosos como los que podian hallarse más hácia el Sur, pero allí habia estado el moro, y el nombre de Veled Vlid, trasformado despues en Valladolid, atestiguaba sus relaciones con los árabes. En el ya mencionado aposento se hallaban dos doncellas ocupadas en

intima é interesante conversacion. Ambas eran mozas, y aunque por distintos estilos, habrian pasado por hermosas en cualquiera parte del mundo. La belleza de la una era eminente. Acababa de entrar en los diez y nueve años, edad en que las formas femeniles reciben su completo desarrollo en este generoso clima, y la imaginacion más fecunda de un poeta de España, nacion justamente célebre por los elegantes contornos del bello sexo, no podia imaginarse más exacta simetría de miembros que los de la doncella á quien nos referimos. Sus manos, piés y perfil eran los de la amabilidad personificada, al paso que su estatura, sin elevarse á una medida que sugiriese á la idea cosa alguna varonil, era suficiente para ennoblecer su aspecto de modesta dignidad. Al verla no se atinaba á qué atribuir la influencia que ejercia sobre el espectador, ni á conocer si procediera de la perfeccion misma de su cuerpo ó de la excelencia que participaba el alma al casi perfecto exterior. El rostro era por todos títulos digno de las demás formas. Aunque nacida bajo el sol de España, reflejábase su linaje al través de una larga ascendencia de reyes hasta los soberanos godos; y los frecuentes enlaces de estos con princesas extranjeras habian producido en el rostro de la doncella la mezcla de las gracias deslumbrantes del Norte con los hechizos encantadores del Mediodía, que es tal vez la que más se acerca á la belleza ideal en el sexo hermoso.

Su color era anacarado, y las ricas trenzas de sus cabellos teñia aquel rubio oscuro que se aproxima al matiz sombrío que le participa su calor sin prestarle su tinte monótono. «En sus dulces ojos azules, dice un eminente historiador, destellaban la inteligencia y la sensibilidad.» [En estos índices del alma se advertian los encantos más amables, trasluciéndose tanto la belleza exterior como la interior, participando sus facciones de la exquisita delicadeza y simetría, expresion de dignidad serena y de moral excelencia, maravillosamente suavizada por una modestia que parecia estar tan íntimamente adherida á la sensibilidad de la mujer como á la pureza de un ángel. Sus encantos, aunque de sangre real y educada en una córte, sobresalian en todas sus miradas y pensamientos, trasparenteándose en su semblante cierta sincera al paso que blanda franqueza, que añadía el reflejo de la verdad al lustre de la mocedad y hermosura.

El atavío de esta princesa era en extremo sencillo, [porque felizmente el gusto de aquella edad permitia á los que trabajaban para el tocador consultar las proporciones de la naturaleza, aunque los materiales fuesen ricos, y cuales convenian á su alto rango. Una simple cruz de diamantes brillaba en su garganta de nieve, pendiente de un hilo de perlas; unas cuantas sortijas, adornadas de margaritas de alto valor, más bien abrumaban que servian de realce á unas manos que no necesitaban ornamento alguno para fijar la vista que se clavaba en ellas. Tal era ISABEL DE CASTILLA, en los dias de su retiro y orgullo virginal, miéntras aguardaba el resultado de aquel cambio de fortuna que debia poner el sello á sus futuros destinos, como tambien á los de su posteridad hasta el presente.

Llamábase su compañera BEATRIZ DE BOBADILLA, la amiga de su infancia, la

cual continuó siéndolo durante la flor de su edad y hasta su lecho de muerte. Esta dama, algo más entrada en años que la princesa, presentaba una fisonomía más decididamente española; pues, aunque perteneciente á una casa antigua é ilustre, ni la política ni la necesidad habian hecho precisas tantas alianzas de sangre con extranjeros entre los de su linaje, como habian tenido lugar en el de su regia señora. Sus ojos negros y brillantes indicaban un alma generosa y una resolucion tan subida de punto, que algunos comentadores pudieran denominarla entusiasmo, al paso que su cabello era tambien negro como el ala del grajo. Semejante á la de su regia amiga, manifestaba su forma toda la gracia y amabilidad de la flor femenil, desarrollada por el calor generoso de la España, aunque su estatura era, en leve grado, ménos noble, y los contornos de su figura, proporcionalmente, no tan perfectos. En fin, la naturaleza habia trazado una línea entre la excesiva gracia y altos encantos morales que orlaban la beldad de la princesa, y las dotes que pertenecian á su noble amiga, cual la habian establecido los hombres entre sus respectivos rangos; pero si se les considerase aisladamente como mujeres, cualquiera de las dos hubiera parecido con eminencia atractiva y seductora.

En el momento que hemos fijado para describir la siguiente escena, se hallaba Isabel, concluidas las faenas de su tocador matinal, sentada en un sillón, con el codo apoyado en uno de los brazos, y en una actitud que habian producido el interés del asunto que estaban discutiendo y la confianza que en su compañera tenia; miéntras Beatriz de Bobadilla ocupaba un escabel á los piés de la princesa, inclinando su cuerpo con respetuoso cariño hasta tal punto, que los rubios cabellos de su regia señora se mezclaban con sus rizos de ébano, y el rostro de la última parecia descansar en la frente de su amiga. Como estaban solas, puede suponer el lector, que en virtud de toda ausencia de etiqueta castellana y de reserva española, el diálogo que sostenian era del todo confidencial, y más bien inspirado por los sentimientos de la naturaleza, que por las reglas artificiales que comunmente dirigen la conversacion de las córtés.

—He rogado á Dios, Beatriz, encaminase mi juicio en este asunto de tanta gravedad, dijo la princesa, continuando algunas observaciones anteriores; y espero haber tenido presente en la eleccion que he hecho tanto la facilidad de mis vasallos cuanto la mia propia.

—No habrá quien lo dude, prosiguió Beatriz de Bobadilla; pues si os hubiese complacido casaros con el gran señor, no habria un castellano que se opusiera á vuestra voluntad; tanto es el afecto que os profesan todos.

—Di más bien que tal es tu amor hácia mí, querida Beatriz, pues así lo imagino; repuso Isabel sonriéndose y alzando el rostro. Nuestros castellanos podrian absolverme de ese pecado; pero jamás me lo perdonaria; Beatriz, ¡mucha ha sido mi zozobra en semejante materia!

—Pero ya podeis considerar esa lucha casi terminada. ¡Santa María! ¡Qué falta de reflexion y qué sobra de liviandad y egoismo debe existir en algunos hombres para atreverse á pretenderos por esposa! ¡Aun erais niña cuando os prometieron á D. Carlos, un príncipe de sobrada edad para ser vuestro pa-

dre; y luego, como si no fuera suficiente para enardecer la sangre castellana, os eligieron al rey de Portugal, quien podía considerarse perteneciente á una generacion aun más remota! Aunque mucho os amo, y que mi propia alma es apenas más cara para mí que vuestra persona y felicidad, nada me mueve tanto á respetaros como la noble y regia resolucion con que os negasteis, á pesar de vuestra edad infantil, al perverso deseo que el rey os manifestara de que fueseis reina de Portugal.

—Acuérdate, Beatriz, que D. Enrique es mi hermano y nuestro real señor.

—Y con valentía les dijisteis, prosiguió Beatriz, cuyos ojos centelleaban con vivo entusiasmo, el cual la hacia insensible á la blanda reprension de su señora, y como convenia á una princesa de la casa real de Castilla: Las infantas de mi sangre no pueden darse en casamiento sin el beneplácito de los nobles del reino; y tuvieron que contentarse con esta réplica tan al caso traída.

—Y á pesar de eso, Beatriz, estoy próxima á dar en casamiento á una infanta de Castilla, sin haber ni siquiera consultado á sus nobles.

—No digais tal, preciosa ama mia; no existe un solo leal y galante hidalgo desde los Pirineos hasta la mar, que no apruebe vuestra eleccion. El carácter, la edad y demás cualidades del objeto de vuestro favor, hacen en el asunto una sensible diferencia. Pero por inadecuado que fuese, y es, D. Alfonso de Portugal para ser esposo legítimo de doña Isabel de Castilla, ¿qué diremos del otro pretendiente que se atrevió á solicitar vuestra regia mano? ¡el tal D. Pedro Giron, maestre de Calatrava! ¡Seguramente que fuera un digno esposo para una doncella real! ¡En mala hora vaya! ¡Un Pacheco podría considerarse más que honrado maridando con una damisela de la casa de Bobadilla para elevar su linaje!

—Indignos favoritos insinuaron á mi hermano tan descabellada union; pero el Señor tuvo á bien frustrar sus proyectos, precipitando al pretendido novio en un sepulcro precoz.

—¡Ay! si no hubiera tenido á bien su santísima voluntad acabar de ese modo con D. Pedro, no hubieran faltado otros medios para conseguirlo.

—Esta manecita, Beatriz, dijo la princesa con gravedad, aunque una sonrisa afectuosa jugaba en sus labios mientras tomaba la mano á que aludia, no está formada para llevar á cabo la accion que das á entender.

—La hazaña que insinuo, replicó Beatriz con ojos centelleantes, esta mano la perpetrara ántes que Isabel de Castilla hubiera sido esposa del gran maestre de Calatrava. ¡Qué! la más pura y tierna doncella de Castilla, de estirpe real, ¿qué digo? ¡La heredera legítima de la corona habia de sacrificarse á un desenfrenado libertino, porque plugo á D. Enrique olvidar su alto rango y deberes más sagrados convirtiendo en favorito á un adulator aventurero!

—Siempre te olvidas de que es D. Enrique el rey nuestro señor y mi regio hermano.

—Bien presente tengo, señora, que sois la real hermana del rey mi amo, y que Pedro Giron ó Pacheco, ó lo que pluguiese titularse al paje portugués, era indigno de cubrirse en vuestra presencia; mucho ménos de ser vuestro consorte. ¡Oh! qué dias de amargura fuéron aquellos, ama bondadosa, cuando las

rodillas os dolían de doblarse en continua preza para que tal no aconteciera! Pero Dios no lo permitió... ni yo tampoco lo hubiera tolerado. ¡Esta daga le traspasaría ántes que sus oídos escuchasen los votos de Isabel de Castilla!

—No hables más de eso, querida Beatriz, te lo ruego, dijo la princesa estremeciéndose y santiguándose: en verdad que fueron días de mortal zozobra; ¡pero qué comparación tienen nuestras mayores angustias con los padecimientos del hijo de Dios, que supo inmolarse por nuestros pecados! No los nombres, pues fué en bien de mi alma sujetarla á tales pruebas; y bien sabes que conseguimos desviar de nosotras esa desventura, más por la eficacia de nuestros ruegos que por la de tu daga. Ya que te empeñas en hablar de mis pretendientes, por cierto que hay otros más acreedores á semejante molestia.

Encendiéronse con un súbito rayo de luz los negros ojos de la hermosa Beatriz, mientras una sonrisa luchaba por fijarse en sus labios; pues comprendió que la regia, á par que tímida doncella, estaba anhelosa de oír algo acerca del hombre en el cual había recaído su elección. Aunque siempre dispuesta á hacerlo que fuese grato á su señora, determinó Beatriz, con el coquetismo propio de su sexo, acercarse por rodeos al tema halagüeño que aquella le insinuara, y por una gradación de sucesos según habían ocurrido.

—Luego se presentó monsiur de Guienne, hermano del rey Luis de Francia, prosiguió la doncella afectando menosprecio; quien se empeñó en casarse con la futura reina de Castilla. Pero hasta los más necios de nuestros castellanos vieron al punto lo inadecuado de semejante unión. Su orgullo no quiso se le expusiera al acaso de llegar á ser algún día tributarios de Francia.

—Nunca tal desventura pudiera haber acaecido á nuestra bien amada Castilla, interrumpió con dignidad la princesa; si hubiera tomado por esposo al rey de Francia mismo, habría aprendido á respetarme como á la reina y señora de este antiguo reino, y no á considerarme como á súbdita suya.

—Entonces vino, continuó Beatriz riéndose, vuestro regio deudo Ricardo Gloucester, aquel que, según fama, había nacido con dientes y muelas, y á estas horas lleva ya tan pesada carga sobre sus hombros, que puede dar gracias á su santo patrono de no habersele abultado la gibia todavía más, echándole á costas los negocios de Castilla (1).

—Tu lengua corre borrasca, Beatriz mía. Dícenme que Ricardo es un noble y anheloso príncipe, y es probable se case algún día con alguna princesa cuyo mérito le haga olvidar la repulsa que en Castilla encontraron sus pretensiones. Pero ¿qué más tienes que decirme respecto á mis galanes?

—En verdad, señora, ¿qué más he de deciros? Ya hemos llegado á D. Fernando que á buen seguro es el primero, así como el último, y como es público, el mejor de todos ellos.

—Creo que mi elección de D. Fernando ha sido guiada por razones dignas de mi cuna y de mis futuras esperanzas, dijo Isabel con dulzura, aunque con manifiesta inquietud, no obstante mis motivos de estado para preferir este en-

(1) Este Ricardo, después rey de Inglaterra, y III del nombre, era corcovado; su parentesco con Isabel provenía de ser esta nieta de Catalina de Lancaster.

lace, pues que nada puede tender más eficazmente á la paz de nuestros queridos reinos y al buen éxito de la gran causa de la cristiandad, que reunir bajo una corona Castilla y Aragon.

—Uniendo, por supuesto, á sus respectivos soberanos con los vínculos del santo matrimonio, repuso Beatriz con respetuosa gravedad, aunque una ligera sonrisa fruncia sus labios. Ahora, que D. Fernando sea el más mozo, hermoso, valiente y cumplido príncipe de la cristiandad, no es culpa vuestra, pues que vos no le hicisteis, sino que únicamente le aceptasteis por esposo.

—Esto traspasa los límites de la discrecion y del respeto, contestó Isabel afectando seriedad, al paso que sus propias emociones la ruborizaban, y no pareciendo hallarse disgustada con los encomios que su interlocutora prodigaba al príncipe. Sabes muy bien que en mi vida he visto á mi primo el rey de Sicilia...

—Verdad es, señora, pero el padre Alonso de Coca le ha visto... y creo que no existe en toda Castilla ojo más perspicaz ni lengua más verídica que los suyos.

—Beatriz, te perdono tu libertad, aunque inoportuna é injusta, porque sé cuanto me amas, y que tienes más á la vista la felicidad de mi pueblo que la mia propia, dijo la princesa cuya seriedad no atenuara por la debilidad femenil, pues que se hallaba ofendida. Tú sabes ó debes saber que una doncella de estirpe real está obligada á consultar el interés del estado al disponer de su mano, y que muy poco ó nada deben mezclarse en sus deberes las vanas fantasías de una mozuela de lugar. Diré más: ¿á qué doncella perteneciente, como tú, á noble alcurnia, le es lícito pensar en otra cosa que en someterse, en asuntos de matrimonio, á los consejos de su familia? Si he escogido á D. Fernando de Aragon entre los demás príncipes, es sin duda porque este enlace es más conveniente á los intereses de Castilla que ningun otro de cuantos se han presentado. Bien ves que los castellanos y aragoneses son oriundos de una misma estirpe, y tienen iguales hábitos, preocupaciones y una misma lengua.

—Por Dios, señora, no confundais nuestro puro castellano con el toscó dialecto de las montañas.

—Bueno, suelta tus pullas, terca, ya que así te place: más fácil es que enseñemos á los nobles de Aragon que no al torpe galo. Por otra parte, D. Fernando pertenece á mi propia familia; la casa de Trastamara descende de Castilla y de sus monarcas, y cuando ménos es de esperar que el rey de Sicilia pueda hacerse entender.

—Si no pudiera no sería un verdadero hidalgo el hombre á quien le marra-se la lengua, tratándose de enamorar á una doncella, cuya hermosura eclipsa á la del alba, cuya excelencia es casi celestial, y cuya corona....

—Niña, niña, tu lengua va aventajando en mucho á tu razon; discurso semejante es impropio de tí y de mí.

—A pesar de eso, doña Isabel, mi lengua está íntimamente ligada con mi corazón.

—Te creo, Beatriz mia, pero debiamos acordarnos ambas de nuestra última

confesion y del consejo espiritual que entónces recibimos. Tan liviano discurso no parece bien cuando traemos á las mentes nuestros muchos deslices y las ocasiones repetidas en que hemos necesitado perdon. Respecto á este enlace, solo tengo que decirte que lo he contraido por los motivos que deben asistir á una princesa, y no con el objeto de satisfacer mis fantasías. Sabes que nunca he visto á D. Fernando, y que él tampoco ha puesto en mí los ojos ninguna vez.

—Muy cierto, mi buena señora; todo eso lo sé, lo veo y lo creo; tambien convengo en que pareceria inconveniente y hasta poco decoroso para una noble doncella contraer las importantísimas obligaciones del consorcio sin mejor motivo que los livianos impulsos de una mozueta lugareña. Nada más justo que consultar nuestra propia dignidad y los deseos de nuestros deudos y amigos; y que nuestro deber y los hábitos de piedad y de sumision en que hemos sido educadas, son mejores prendas de afecto para un esposo que ningun capricho de la juvenil imaginacion. Con todo podemos considerar como afortunadísimo que vuestros excelsos deberes tengan por blanco á un objeto, tan bizarro, mozo, noble y caballeresco como sabemos lo es el rey de Sicilia, segun la pintura que de él nos hizo el padre Alonso; al paso que todos mis amigos están acordes en asegurar que D. Andrés de Cabrera, tan casquivano y necio como es, será un excelente marido para Beatriz de Bobadilla.

Isabel, aunque naturalmente circunspecta y reservada, tenia sus confidentes y momentos de franqueza; ahora bien, hallábase Beatriz entre aquellos, y el instante actual entre estos. Sonrióse pues la princesa de semejante salida, y apartando con sus hermosas manos los negros rizos que cubrian á su amiga la frente, se la quedó contemplando cual una madre á su hijo, cuando una repentina ternura derrite su corazon.

—Si un calavera ha de casarse con su igual, tus amigos no se han equivocado, respondió la princesa. En seguida, haciendo una corta pausa, prosiguió en estilo más grave, aunque la modestia se traslucia en su trasparente complexion, y la sensibilidad, que en sus ojos destellaba, daba á entender que sentia más como dama que como reina futura, y solamente ocupada del bienestar de su pueblo. A medida que esta entrevista se acerca, siento cierta cortedad que no me habia sido fácil suponer pudiera inquietar á una infanta de Castilla. Quiero confesarte, fiel Beatriz mia, que si el rey D. Fernando fuera tan viejo como D. Alfonso de Portugal, ó tan afeminado como monsiur de Guienne; si fuera, te digo, ménos amable y mozo, no sentiria yo tan grande embarazo al recibirle, como ahora experimento.

—¡Es muy extraño, señora! Confieso que no rebajaria á D. Andrés una hora de su edad, la que tal como es no deja de ser algo crecida, ni una gracia tan siquiera de su persona, si es que tiene alguna de que jactarse; en fin, ni la más leve prenda de alma ó cuerpo....!

—Tu caso es diferente, Beatriz. Conoces al marqués de Moya: has escuchado sus discursos, y te has acostumbrado á sus alabanzas y admiracion.

—¡Santiago bendito! No tengais recelo, señora, acerca de estas materias, fundada en que carezcais de familiaridad con ellas: de todos los estudios es el más fácil aprender á saborear las lisonjas.

—¡Verdad, hija mia (pues así llamaba Isabel á su amiga, aunque más moza que ella; ni cuando fué reina olvidó este término de cariño)! Verdad, hija mia, cuando las lisonjas y alabanzas son sinceras y justas. Pero dudo de hallarme en ese caso; no estoy segura de cuáles puedan ser los sentimientos que inspire á D. Fernando mi primera vista. Conozco, diré más, *siento* cuan amable es el príncipe, cuan noble, valiente, generoso y bueno; sé que es apuesto; me consta su exactitud á los deberes religiosos; que sus cualidades son tan ilustres como su cuna; así es, que tiemblo al considerar mi escaso mérito como reina y esposa.

—¡Justicia del Cielo! ¡Quisiera oír á cualquier noble aragonés atreverse á insinuar otro tanto! Si D. Fernando es noble, ¿no lo sois vos todavía más, señora, pues que descendéis de la rama primogénita de la misma casa? Si es mozo, ¿no lo sois también? Si sabio, ¿no sois sapientísima? Si bien parecido, ¿no teneis vos más de ángel que de mujer? Si valiente, ¿no sois un dechado de virtudes? Si amable, ¿no sois vos la amabilidad en persona? Si generoso, ¿no sois buena, y lo que es más, la esencia de la generosidad? Si cumplido en los deberes religiosos, ¿no sois una bienaventurada?

—¡Por Dios! ¡por Dios! Beatriz; haces bien el papel de alentadora. De buena gana reprendería yo tu lengua parlera, más sé que eres sincera.

—Vuestra modestia, señora, os predispone á reconocer el mérito ajeno ántes que el propio. ¡Tenga cuidado D. Fernando! Le aseguro que aun cuando venga con toda la pompa y majestad de sus muchas coronas, le hemos de presentar una regia doncella en Castilla que pueda avergonzarle de su orgullo solo con ofrecerse á su vista ceñida de los suaves resplandores de su propia y amable naturaleza.

—Nada he dicho tocante al orgullo de D. Fernando, Beatriz, ni le considero inclinado á tan débil sentimiento: y respecto á pompa, sabemos harto bien que no está el oro más abundante en Zaragoza que en Valladolid, á pesar de las muchas coronas de que es dueño el príncipe en la actualidad, ó están reservadas para él; sin embargo de cuanto han pronunciado tus necios, aunque cariñosos labios, desconfío de mí misma y no del rey de Sicilia. Pienso que me sería fácil presentarme con indiferencia á cualquier otro príncipe de la cristiandad, ó á lo ménos cual conviene á mi sexo y rango; pero te confieso que me hace temblar la idea de exponerme á las miradas de mi noble deudo.

Escuchóla con vivo interés Beatriz, y cuando cesó de hablar su regia señora, le besó afectuosamente la mano y se la llevó al corazón.

—Mas bien temblará D. Fernando al exponerse á las vuestras, señora; contestó la doncella.

—No, Beatriz, bien sabemos que nada hay en él que cause espanto, pues la fama habla demasiado en su favor. Mas ¿por qué habré de titubear tan vacilante cuando tengo á mano el báculo en que debo apoyarme por obligación? Sin duda nos está aguardando el padre Alonso, y ya es tiempo que pasemos á verle.

Acudieron en seguida la princesa y su amiga á la capilla del palacio, donde celebraba misa su confesor todos los días. Apaciguaron los sagrados ritos

la inquietud que turbaba los sentimientos de la modesta Isabel, ó más bien tomaron refugio en aquella peña sobre la cual acostumbraba depositar todas sus culpas, á par de sus pecados. Al salir del templo la corta congregacion, entró un mensajero á todo escape, con la noticia esperada, aunque dudosa todavía, de haber llegado con seguridad á Dueñas el rey de Sicilia, y que hallándose ahora entre sus sostenedores, ya podia tenerse por cierta la próxima celebracion de las tratadas nupcias.

Embarazó en extremo á Isabel esta nueva, mientras necesitó Beatriz de Bobadilla más que usual esmero para devolverle aquella dulce serenidad de alma y de aspecto, que comunmente hacia su presencia tan seductora como de suyo era respetable. Sin embargo, dos horas empleadas en meditacion y rezo, produjeron una blanda calma en sus sensaciones, y en seguida volvieron á encontrarse á solas ambas amigas en el aposento mismo donde primero introdujimos á nuestro lector.

—¿Has visto á D. Andrés de Cabrera? preguntó la princesa, quitándose la mano de la sien, que por algunos instantes habia estado sosteniendo en actitud meditabunda.

Ruborizóse Beatriz de Bobadilla, y riéndose con la franqueza que no pudo alterar el afecto antiguo de su señora.

—Para un mozo de treinta años, respondió, y para un caballero bien acuchillado en las guerras con los moros, no deja de ser D. Andrés asaz ligero de talones. El ha traído la noticia de la llegada, y con ella su propia y hermosa persona para atestiguar que no era mentira. Como tiene tanta experiencia, es algo aficionado á charlar; así es, que mientras permaneciais encerrada en el gabinete, no pude ménos de escuchar de su boca las maravillas del viaje. Segun parece, señora, no llegaron á Dueñas con demasiada premura; porque el único bolsillo que tenian entre todos se extravió, ó como era de tan liviano peso, se lo llevó el viento.

—Supongo que ya habrán reparado ese percance. Pocos hay en la casa de Trastámara que tengan demasiado oro en estos tiempos de apuro, aunque ninguno de ellos se encuentre totalmente desprovisto de él.

—Por lo que hace á D. Andrés, no es mendigo ni avaro. Ahora se encuentra en nuestra Castilla, donde no dudo tenga familiaridad con los judíos y otros usureros; y como estos conocen lo que valen las posesiones del rey de Sicilia, tampoco le faltarán dineros á D. Fernando. Además, me han dicho que el conde de Treviño se ha portado noblemente con él.

—Bien será para el conde de Treviño semejante liberalidad; pero, Beatriz, tráeme recado de escribir; pues es justo informe á D. Enrique de este suceso y de mi próximo enlace.

—Señora, eso está fuera de toda regla: cuando una doncella sensible y sencilla, trata de casarse sin el beneplácito de sus deudos, lo primero que hace es recibir la bendicion nupcial y solicitar la de su familia despues que el daño está hecho.

—¡Anda, anda, liviano cerebro! tráeme pàpel y plumas. El rey no es tan solo mi soberano y más próximo deudo, sino que debo considerarle como á mi padre.

—¡Y doña Juana de Portugal, su regia consorte y nuestra gloriosa reina, será, según eso, vuestra madre! No, no, mi amada señora; vuestra augusta madre fué doña Isabel, princesa muy diversa de esa su descabellada sobrina.

—Te permites demasiada licencia, Beatriz, y olvidas lo que te he mandado. Es mi deseo escribir al rey mi hermano.

Era tan rara la vez que hablaba con severidad doña Isabel, que su amiga, quedándose cortada, sintió las lágrimas agolpársele á los ojos; pero fué en busca de recado de escribir ántes de atreverse á mirarla al rostro, para averiguar si en efecto se hallaba ofendida. Mas todo allí era halagüena tranquilidad; y la doncella, observando á su señora, absorta en el asunto que tenía delante, y pasada ya toda señal de disgusto, creyó prudente prescindir de ulteriores alusiones á semejante materia.

Escribió entónces Isabel aquella célebre carta, en la que, olvidando en apariencia su timidez natural, hablaba como princesa. Por el tratado de Toros de Guisando, en virtud del cual, dejando aparte las pretensiones de la hija de Juana de Portugal, se la había reconocido como heredera del trono, se estipulara que no había de casarse sin el consentimiento del rey; y ahora se disculpaba la princesa del paso dado, fundándose en la sólida razón de haber despreciado sus enemigos el solemne convenio, por el cual se prometía no obligarle á contraer un enlace que fuese inadecuado ó desagradable para ella. En seguida aludía á las ventajas que habrían de seguirse de la unión de las coronas de Aragon y Castilla, y rogaba al rey aprobase la medida que iba á tomar. Despues de haberla sometido al exámen de Juan de Vivero y de otros miembros de su consejo, despachóse la carta por un mensajero especial, tratándose en seguida de los arreglos necesarios como preliminares á una entrevista entre los futuros esposos. La etiqueta castellana era proverbial aun en aquel siglo; y de la discusión resultó una propuesta, que, aunque muy aplaudida de los demás, desechó Isabel con su acostumbrada modestia y discreción.

—Me parece, dijo Juan de Vivero, que no debería tener lugar este enlace sin cierta concesion por parte de D. Fernando, acerca de la inferioridad de Aragon respecto á Castilla. La casa de aquel reino no es sino una rama de la reinante en estos, y se concede que antiguamente reconocian los territorios de Aragon cierta dependencia de los de Castilla.

—No hay duda, respondió la reina, que D. Juan de Aragon es hijo del hermano menor de mi real abuelo; pero no por eso deja de ser rey. Además de la corona de Aragon, cuyo territorio, si se quiere, es inferior á Castilla, posee las de Sicilia y Nápoles, sin hablar de Navarra, donde tambien gobierna, aunque quizás con derecho dudoso. Por renuncia de D. Juan lleva D. Fernando la corona de Sicilia tambien; ¿será, pues, justo, que un soberano coronado haga concesiones á favor de una que solo es princesa, y quien tal vez disponga Dios no conducir nunca al trono? Prescindiendo de lo dicho, os suplico tengais presente, Juan de Vivero, la mision que conduce á Valladolid al rey de Sicilia. Tanto él como yo tenemos dos papeles que representar y dos caracteres que sostener: los de príncipes y cristianos unidos por

los santos vínculos del matrimonio. Mal estaria á una mujer, en el acto de tomar á su cargo los deberes de esposa, empezar con exigencias que fuesen humillantes para decoro de su señor. Sea en buenhora Aragon un reino inferior á Castilla; pero Fernando de Aragon es hoy igual en un todo á Isabel de Castilla; y cuando recibá mi mano, y con ella mi adhesion y afectos,—aquí la princesa se ruborizó miéntras sus suaves ojos resplandecían con cierto entusiasmo santo—cual conviene á una esposa, llegará á ser, en algunos respetos, superior mio, y tal sucederia, aunque fuera un infiel. No hablemos más de esto; pues no pudiera causar á D. Fernando mayor pena acceder á las exigencias que pedis, que á mí misma tener que escucharlas.

CAPÍTULO III.

Los usos más arraigados tienen que humillarse delante de los grandes reyes. Querida Catana, tú y yo no podemos estar encerrados dentro del endeble círculo de las modas de un país. Somos hacedores de las costumbres; y la libertad anexa á nuestro rango tapa la boca á los murmuradores.

SHAKESPEARE. ENRIQUE V.

No obstante la resolucion, firmeza y serenidad de ánimo que parecia prevalecer en el sistema moral de Isabel, semejante á una profunda y serena corriente de entusiasmo, que acertariamos al atribuirlo á los elevados y fijos principios que guiaban sus acciones, latia tumultuoso su corazon, y su natural reserva, que casi tocaba en esquivéz, la atormentaba de mala suerte, á medida que se acercaba la hora de conocer al príncipe su futuro esposo. La etiqueta castellana, no ménos que la magnitud de los intereses políticos, envueltos en la proyectada union, habian prolongado algunos dias las negociaciones preliminares, y obligado al novio á moderar su impaciencia de visitar á su prometida en la manera que mejor pudiese.

Por la noche del 13 de octubre de 1469 se hallaron vencidos todos los obstáculos. Montó á caballo D. Fernando, y con la sola comitiva de cuatro personas, entre las cuales se contaba D. Andrés de Cabrera, enderezó quietamente su camino, sin el acostumbrado acompañamiento debido á su alto rango, hácia el palacio de Juan de Vivero, en la ciudad de Valladolid. Como era partidario de la princesa el arzobispo de Toledo, prelado generoso y res-

petable, hallóse este pronto á recibir al ya admitido pretendiente y á conducirlo á la presencia de su señora.

Aguardaba Isabel la entrevista, sin otra compañía que Beatriz de Bobadilla, en la estancia ya indicada; y gracias á uno de aquellos poderosos esfuerzos que hasta la más esquivada de su sexo puede hacer en las grandes ocasiones, recibió á su futuro marido con tanta dignidad como princesa, cuanta modestia como mujer. Ya estaba prevenido Fernando de Aragon para ver un singular conjunto de belleza y gracia; pero la mezcla de timidez angelical y de amable perfeccion, que casi sobrepujaba á cuanta le es dado en dote á su hechicero sexo, producía un retrato tanto más aproximado al cielo que á la tierra, que aunque fuese tan notable el carácter circunspecto del príncipe, y tan acostumbrado estuviera á reprimir sus emociones, se quedó pasmado, y por un momento fijos los piés en el suelo, cuando por primera vez se ofreció á sus ojos tan gloriosa vision. Recobrándose, empero, se adelantó presuroso, y apoderándose de una mano hechicera que ni invitaba ni repulsaba semejante libertad, imprimió en ella un ósculo con un ardor que acompaña raras veces las primeras entrevistas de aquellos cuyas pasiones son por lo comun tan facticias.

—Llegó por fin el momento dichoso, ilustre y bella prima, dijo el príncipe con el acento de verdad que penetró al punto el puro y tierno corazón de Isabel; pues que ningunas cortesanas frases puede dar al lenguaje del fingimiento aquel énfasis y punto que pertenecen á la sinceridad. Creí que nunca llegaría; pero este bendito instante, gracias al glorioso Santiago, de quien no he dejado de implorar la intercesion, me recompensa con usura de todas mis ansiedades.

—Os doy gracias, señor príncipe, y la más sincera bienvenida al mismo tiempo, contestó con modestia Isabel. Las dificultades que se han vencido, con el objeto de traer á cabo esta entrevista, son otros tantos indicios de los obstáculos que tenemos que superar al través de la vida.

Siguieron unas cuantas expresiones corteses de parte de la princesa acerca de sus esperanzas de que nada hubiese faltado á D. Fernando desde su llegada á Castilla, con sus correspondientes respuestas; despues de lo cual, condujola el rey á un sillón, y ocupó él mismo aquel escaño que servía de asiento á Beatriz de Bobadilla en sus relaciones familiares con su regia señora. Aun cuando Isabel fuese tan susceptible como los castellanos en el sosten de cuanto tuviera referencia con sus arrogantes pretensiones de superioridad sobre los aragoneses, no quiso someterse á este arreglo de asientos; rehusando ocupar el sillón á ménos que su pretendiente descansara en la silla que se le había preparado, y dijo:

—Mal está en quien solo puede jactarse de su sangre real y de su confianza en el Altísimo ocupar este puesto, mientras al rey de Silicia cabe tan mezquino acomodo.

—Os ruego permitais que así suceda, repuso D. Fernando; desvanézcanse en esta visita todas las consideraciones de rango terrenal, y solo ved en mí á un hidalgo dispuesto y deseoso de probaros su fe en cualquiera córte ó campo de la cristiandad, y como tal tratadme.

Isabel, cuyo fino tacto le enseñara el preciso punto en que la etiqueta deja de ser bienquista, se puso colorada, y sonriéndose ocupó el sillón. No fueron las palabras de su primo lo que moviera principalmente su ánimo, sino la sincera franqueza de sus miradas, la animación de sus ojos, y la cordialidad de sus maneras. Con instinto femenino advirtió cuan favorables le eran las impresiones que en el corazón de D. Fernando grabara su vista, y con sensibilidad de mujer se hallaba su alma próxima á derretirse de ternura en virtud de su descubrimiento. Esta mútua satisfaccion alisó el camino para un diálogo más franco, y ántes que hubiera transcurrido media hora, el arzobispo, quien, aunque de oficio, ignorase las pláticas y deseos de los amantes, estaba por práctica enterado de ellos, habia logrado llevarse á los dos ó tres cortesanos que se hallaban presentes á una pieza inmediata, donde, á pesar de que la puerta continuaba sin cerrar, los colocó tan discretamente, que ni sus ojos ni sus oídos pudiesen servir de obstáculo á cuanto pasase. Respecto á Beatriz de Bobadilla, á quien la etiqueta femenil obligaba á permanecer en la misma estancia que su regia señora, hallábase la buena de la doncella tan distraida con D. Andrés de Cabrera, que los coronados amantes podían haber dispuesto á sus anchas de media docena de tronos, sin que ella hubiese advertido lo más mínimo.

Aunque no perdiese Isabel aquella blanda reserva y modesto recato que orlaban su persona con tan hechicero atractivo, fué tranquilizando á medida que se empeñaba la conversacion, y guareciéndose gradualmente con su natural decoro, dignidad femenil, y no poco con aquella copia de conocimientos que tan laboriosamente se ocupara en juntar, mientras otras en situacion igual á la suya habrian desperdiciado en vanidades cortesanas, no tardó en calmarse del todo, y en volver á aquel tranquilo estado de alma, que tanto la distinguia.

—Espero que ya no podrá haber demora en la celebración de nuestro enlace por parte de la santa Iglesia, observó el rey prosiguiendo su coloquio; cuanto de nosotros podía exigirse, como encargados de los intereses de estos reinos, ha sido escrupulosamente cumplido, y ahora es justo que mire por mi propia felicidad. No somos extraños uno para otro, doña Isabel, pues nuestros abuelos eran hermanos, y desde la infancia se me enseñó á reverenciar vuestras virtudes y á esforzarme en rivalizar con vos en el cumplimiento de nuestros sagrados deberes respecto al Altísimo.

—No livianamente, D. Fernando, os he comprometido mi fe, replicó la princesa, ruborizándose mientras afectaba la majestad de reina; y despues de tan escrupulosa discusion del asunto, y de haberse establecido tan plenamente la sabiduría de tal enlace y la necesidad de su pronta conclusion, os aseguro que no habrá de mi parte ninguna demora. Habia pensado que tuviese lugar la ceremonia de hoy en cuatro dias, en cuyo intervalo podrémos prepararnos para uná ocasion tan solemne por medio de la debida atencion á los oficios de la Iglesia.

—Sea como bien os plazca, dijo el rey, inclinándose respetuosamente; y ahora queda tan poco que preparar, que espero no tengamos que reconve-

nirnos por nuestro olvido. Bien sabeis, doña Isabel, cuanto apuran á mi padre sus enemigos, y no necesito deciros que están vacías las arcas de su erario. En buena fe, bella prima, que solo el vehemente deseo de posesionarme cuanto ántes del precioso don que la Providencia y vuestra bondad.....

—No mezcléis, D. Fernando, ninguno de los actos de Dios y de su Providencia con la política y mezquino saber de sus criaturas, dijo con dignidad doña Isabel.

—Con el objeto, pues, de apoderarme de la preciosa joya que la Providencia parecia dispuesta á concederme, repuso el rey santiguándose, mientras humillaba la frente, tanto, quizás, por deferencia á los piadosos sentimientos de su esposa prometida, cuanto por respeto á un poder superior; prescindimos de toda demora, y salimos de Zaragoza mejor provistos de corazones leales hácia los tesoros que veníamos á encontrar en Valladolid, que de oro para hacer alarde de nuestra propia opulencia. Hasta el poco que traíamos se extravió por un acaso, y habrá pasado á enriquecer á algun helitre de meson.

—Ya me informó de ese contratiempo doña Beatriz de Bobadilla, dijo sonriéndose Isabel; y por cierto que comenzaremos nuestra vida maridal con escasos bienes de fortuna mundana. Poco más tengo que ofreceros, Fernando, que un corazon sincero, y un ánimo que creo merezca vuestra confianza, en atencion á su fidelidad.

—Al obteneros, apreciable prima, alcanzaré lo suficiente para hartar los deseos de un hombre razonable. Sin embargo, es preciso hacer alguna cosa á favor de nuestro rango y esperanzas futuras; ni tampoco es justo se diga que en nada se diferenciaron nuestras bodas de las de un vasallo.

—En circunstancias ordinarias no pareceria bien quizás que una de mi sexo suministrase los medios para sus propias nupcias, respondió la princesa, mientras su rostro se sonrojaba hasta la frente, al paso que mantenía aquella hermosa tranquilidad que continuamente le distinguiera; pero como de nuestra union depende el bienestar de dos reinos, precisa suprimir toda vana emocion. No dejo de tener algunas joyas, y en Valladolid hay abundancia de hebreos: ¿me permitireis me deshaga para un objeto tan indispensable?

—Con tal que para mí conserveis la joya que sirve de custodia á esa pura alma, dijo el rey de Sicilia con toda galantería, poco me importa si jamás os veo dueña de otra ninguna: pero no será necesario; nuestros amigos, que tambien tienen corazones más generosos que talegos bien henchidos, podrán ofrecer á los prestamistas garantías suficientes para proporcionarnos recursos. Yo me encargo de este deber; pues en adelante, prima ¿permitis diga más bien, esposa?

—Ese término es el más dulce de cuantos á la sangre pertenecen, Fernando; respondió la princesa, con una cándida sencillez de maneras que deslucía del todo la ordinaria afectacion y artificiales sentimientos de las de su sexo, mientras hacia nacer, respecto á su modestia, la reverencia más profunda — y pudiera disimularsenos desde luego su uso. Espero que Dios bendecirá nuestro enlace, no solo para nuestra propia felicidad, sino tambien para la de nuestro pueblo.

—Entonces, esposa mía, tendrémos en adelante una fortuna en mancomun, y á mi cargo queda subvenir á todas tus necesidades.

—No, Fernando, replicó sonriéndose Isabel, aunque formemos las ilusiones que querramos, no podemos creer que somos dos hidalgos próximos á entrar en el mundo con humildes dotes. Aun así eres rey; y por el tratado de Toros de Guisando se me ha reconocido como á heredera de Castilla. Así es que nuestros recursos separados, nuestros distintos deberes, y aunque apenas creo que acontezca, nuestros intereses individuales...

—Nunca verás que falto al respeto debido á tu rango, ni al acatamiento que es justo te tribute como á cabeza de nuestra antigua casa, despues de tu hermano, el rey.

—¿Has considerado con la debida atencion, Fernando, el tratado de casamiento, aceptando, de buena fe, segun confio, sus varias condiciones?

—Tal como conviene á la importancia de las medidas y á la grandeza del beneficio que iba á caberme en suerte.

—Quisiera que amen de serte convenientes te fuesen agradables, pues, aunque debo ser tu esposa tan pronto, no puedo olvidar que soy reina de esta nacion.

—Puedes estar segura, esposa mía, que los que vivan de aquí á cincuenta años dirán que D. Fernando supo respetar sus deberes y cumplir sus obligaciones.

—Tambien está estipulado que se guerreará contra el moro. No juzgaré que los cristianos de España han sido leales á su fe, mientras quede en la península un solo secuaz del *archi-impostor* de la Meca.

—Tú y tu arzobispo no podiais haberme impuesto un deber más grato que el de enristrar la lanza contra los infieles. En esas guerras he ganado mis espuelas; y apenas nos veremos coronados, cuando serás testigo de mi anhelo en arrojar á esa canalla á sus arenales primitivos.

—Solo tengo ahora en mientes un asunto, noble primo. Bien sabes las malas influencias que cercan á mi hermano, las cuales le han enajenado la adhesion de gran parte de sus nobles y de no pocas de sus ciudades. Por desgracia nos veremos inclinados á guerrear contra él, y á empuñar el cetro quizás ántes que sea la voluntad de Dios trasmitirnoslo, segun el curso de la naturaleza. Quisiera respetaseis á D. Enrique, no solo como cabeza de nuestra regia casa, sino como á mi hermano y jurado rey. Si por desventura consejeros malvados le indujesen á intentar algo contra nuestras personas ó nuestros derechos, será legal bajo todos conceptos resistirle; pero te ruego, Fernando, que en ningun caso armes tu mano en rebelion contra mi soberano legítimo.

—Cuide, pues, D. Enrique de su Beltraneja, respondió con calor el príncipe. ¡Por san Pedro! ¡tengo derechos de mi parte que son preferibles á los de esa mal engendrada mozuela! Toda la casa de Trastamara tiene un interés en aniquilar esa yema espúrea que tan fraudulentamente se ha engertado en su noble tronco.

—Te exaltas, Fernando, y hasta los ojos de Beatriz de Bobadilla te repro-

chan ese calor. La desgraciada Juana no puede nunca perjudicar nuestro derecho al trono, pues hay pocos nobles en Castilla deseosos de ver adjudicada la corona á una en cuyas venas se dudase que corria la sangre de los Peñayos.

—D. Enrique no te ha guardado fe desde el tratado de Toros de Guisando.

—A mi hermano rodean perversos consejos, Fernando mio, dijo poniéndose carmesí la princesa: tampoco he podido de mi parte observar con toda rigidez el convenio, en cuanto á que una de las condiciones era que no dispusiese de mi mano sin el consentimiento del rey.

—El nos ha obligado á esa medida, y debe reprocharse á sí mismo nuestra falta.

—Así procuro ver la materia, aunque muchas han sido mis preces para que Dios me perdonara esta aparente alevosía. No soy supersticiosa, Fernando, sino pensaria que Dios iba á mirar con ceño un enlace que se contrae en violacion de pactos tan solemnes. Pero es bien hacer una distincion entre los motivos, y tenemos un derecho á creer que aquel que lee los corazones no juzgará con severidad á los que tienen intenciones rectas. Si no hubiera intentado D. Enrique apoderarse de mi persona, con el indudable designio de forzarme á un casamiento contrario á mi voluntad, habria sido innecesario este paso decisivo, y no lo hubiéramos dado por cierto.

—Gracias debo tributar á mi santo patrono, porque tu voluntad, amada prima, fué ménos flexible de lo que hubieron creído tus tiranos.

—Imposible me fué admitir por esposo al rey de Portugal, á monsiur de Guienne, ni á ninguno de cuantos me propusieron, contestó Isabel con candidez. Mal le está á una noble doncella anteponer sus inexpertos caprichos á la sabiduría de sus deudos, y no es difícil aprender á amar á un esposo cuando la naturaleza y la inclinacion no se violentan en demasia con el contraído enlace; pero yo tenia en demasiado aprecio mi ánima para exponerla á una prueba tan ruda al contraer las obligaciones matrimoniales.

—Conozco cuán indigno soy de tí, Isabel; pero es preciso que me adiestres á ser lo que á tí te plazca, pues solo puedo prometerte que seré un discípulo diligente y aprovechado.

Generalizóse el coloquio, é Isabel, complaciendo su natural curiosidad y cariñosa naturaleza, hizo varias preguntas acerca de los diversos deudos que tenia en Aragon. Despues que la entrevista hubo durado dos largas horas, volvióse á Dueñas el rey de Sicilia, con el mismo incógnito que guardara en su viaje á Valladolid. Despidiéronse los regios novios con sentimientos de acendrado respeto y estimacion, mientras que Isabel daba suelta á aquellas dulces anticipaciones de doméstica felicidad, propias de la tierna naturaleza de la mujer.

Celebróse el casamiento con la pompa correspondiente en la mañana del 19 de Octubre de 1469 en la capilla del palacio de Juan de Vivero, y en presencia de más de dos mil personas, la mayor parte de gerarquía.

Al comenzar los oficios el sacerdote manifestó Isabel cierta inquietud, y volviéndose al arzobispo de Toledo, le dijo.

—Prometióme vuesa eminencia que no faltaria el consentimiento de la Iglesia para esta solemne ocasion. Es bien sabido que entre D. Fernando de Aragon y yo existen grados de parentesco, para los que precisa una dispensa especial del Padre santo, si hemos de contraer matrimonio.

—Es muy cierto, doña Isabel, repuso el prelado con semblante sereno y sonrisa paternal. Felizmente nuestro santísimo padre Pio ha removido ese obstáculo, y la Iglesia aprueba este bienaventurado consorcio.

Produjo entonces el arzobispo una dispensa que leyó en voz clara, sonora y firme, y su lectura hizo desaparecer de la frente de la reina la más leve nube; despues de lo cual prosiguió la ceremonia. Pasaron muchos años ántes que aquella piadosa y sumisa princesa descubriera que la habian engañado, y que la bula entonces leida fuera un invento del anciano rey de Aragon y del prelado, no sin sospecha de connivencia por parte del novio. Habíase recurrido á este ardid por un íntimo convencimiento de que el sumo pontifice estaba supeditado á las influencias del rey de Castilla para que concediera la dispensa en oposicion á los deseos de este monarca. Reparó el daño sin embargo, el papa Sixto IV, concediendo años despues ámplia autorizacion.

No obstante, quedaron casados Isabel y Fernando. Los acontecimientos de los veinte años posteriores á su enlace debemos recorrerlos, más bien que referirlos con prolijidad. Resintiése del paso Enrique IV, é hizo algunas tentativas para sustituir á su supuesta hija la Beltraneja en lugar de su hermana como sucesora al trono. Signióse una guerra civil, durante la cual rehusó con firmeza Isabel ceñir la corona, aunque se lo rogaron con vivas instancias, y limitó sus esfuerzos al mantenimiento de sus derechos como heredera presunta. En el año de 1474, ó cinco años despues de su casamiento, murió don Enrique, y entonces llegó á ser la princesa reina de Castilla, aunque su espúrea sobrina fué tambien proclamada por corto número de sus vasallos. La guerra de sucesion, como se llamara, duró cinco años, al cabo de los cuales, tomando el velo Juana la Beltraneja, el derecho de Isabel fué generalmente reconocido. Por el mismo tiempo murió D. Juan II y ascendió Fernando al trono de Aragon. Estos sucesos redujeron las soberanías de la Península, que tan largo tiempo habian estado repartidas en varios pequeños estados, tan solo á cuatro, á saber: las posesiones de Fernando é Isabel, que comprendian á Castilla, Leon, Aragon, Valencia y otras muchas de las más hermosas provincias de España; Navarra, reino insignificante en los Pirineos, Portugal, casi como existe en el día, y Granada, última guarida del moro, al Norte del estrecho de Gibraltar.

Ni Fernando ni Isabel olvidaron la cláusula en su contrato nupcial que les obligaba á emprender una guerra á fin de aniquilar el poder mahometano. La carrera de los sucesos produjo, sin embargo, una demora de muchos años para llevar á cabo tan premeditado proyecto; pero cuando por fin llegó la época, aquella Providencia que parecia dispuesta á conducir á Isabel por una serie de incidentes importantes, desde la apurada condicion en que la hemos visto hasta el apojee de la gloria humana, no abandonó á su favorita. A una victoria sucedíase otra, á un triunfo otro triunfo; hasta que el moro hubo per-

dido fortaleza tras fortaleza, ciudad tras ciudad, y se hallara por fin sitiado en su capital misma, su última guarida en la península española. Cual si la reducción de Granada fué un suceso que todo cristiano debiera clasificar solo inferior al rescate del santo Sepulcro de las manos de los infieles, distinguieronla varias singularidades que nunca ocurrieran en asedio ninguno (1).

En el transcurso del precedente verano, mientras las tropas españolas se hallaban delante de la ciudad, é Isabel, acompañada de sus hijos, atestiguaba anhelosa el progreso de los sucesos, ocurrió un accidente que por poco fuera fatal para la real familia y acarrearla la destrucción del ejército cristiano. Prendióse fuego al pabellón de la reina, el que consumieron las llamas, trayendo en grave apuro al campamento. Muchas tiendas de los nobles fueron destruidas, y muchos tesoros en bajilla y joyas; pero el daño quedó solo en esto. Con el fin de precaver la repetición de semejante accidente, y tal vez por considerar la conquista de Granada como la grande hazaña de su mútuo reinado, pues que el velo del tiempo aun ocultara el porvenir, y una sola mente humana previa el mayor de los sucesos de aquella época, la cual se hallaba todavía en embrion, determinaron los monarcas sitiadores llevar á cabo una obra que hiciese memorable el cerco. Trazóse el plano de una ciudad, y se pusieron infinitos trabajadores á construir edificios sólidos para alojar en ellos al ejército, convirtiendo la lucha en un altercado de ciudad á ciudad. Completóse en tres meses esta obra estupenda, con sus avenidas, calles y plazas, y recibió el nombre de Santa Fe; apellidación adecuadísima al celo que consiguió llevar á efecto una obra semejante, en lo más encendido de una campaña, como también á la confianza general de la providencia de Dios, que animaba á los cristianos en el discurso en la guerra. La construcción de esta ciudad imprimió el desaliento en los corazones de los moros, porque la consideraron como prueba de que sus enemigos intentaban terminar la lucha solo con sus vidas; y es altamente probable que tuviese una influencia directa é inmediata en la sumisión de Boabdil, rey de Granada, quien entregó la Alhambra á las pocas semanas de haber pasado los españoles á ocupar sus nuevos domicilios.

Todavía existe Santa Fe y la visita el viajero como lugar de curioso origen, mientras la hace notable otra tradición real ó ficticia, á saber: que es la sola ciudad en España donde nunca han dominado los moros.

A esta época y escena deberán trasladarnos los incidentes de nuestra novela; pues cuanto hasta aquí se ha referido puede considerarse como materia introductoria á fin de preparar al lector para los acontecimientos que van á seguir.

(1) Entregóse Granada el día 25 de noviembre del año de 1491, 22 años después del casamiento mencionado, y en el mismo día del año que se hizo tan memorable en los anales de los Estados Unidos de América, por ser aquel en que, cuatro siglos después, cedieron los ingleses el último trozo de territorio que poseían en las costas de la república.

CAPÍTULO IV.

¿De qué sirven del sabio los afanes,
 Para quien solo busca hacerse dueño
 De la ciencia del mundo y de la vida?
 Humanas artes y talentos bellos
 Golfos de errores son, y si me obstino
 En medir sus honduras, solo encuentro,
 En vez de la verdad que ansioso busco,
 Sombras espesas y un abismo inmenso.

CONOCIMIENTOS HUMANOS.

La mañana del 2 de enero de 1492 alboreó para presenciar una solemnidad y pompa inusitadas aun en una corte y campamento tan adictos á las observancias religiosas y á la regia magnificencia, como los de Isabel y Fernando. Apenas asomó el sol, cuando todo era movimiento y júbilo en la pequeña ciudad de Santa Fe. Las negociaciones para la entrega de Granada, que se habían conducido secretas durante algunas semanas, se hallaban terminadas; habíanse publicado sus resultados al ejército y á la nación, y este era el día señalado para la entrada de los conquistadores.

Estaba á la sazón de luto la corte por D. Alonso de Portugal, esposo de la princesa real de Castilla, el cual había muerto á poco tiempo de casado; pero en tan festiva ocasión se depusieron las vestimentas del pesar, y ostentóse cada cual en su traje más vistoso y magnífico. Todavía era temprano cuando se puso en marcha el gran cardenal, subiendo por el monte llamado de los Mártires, á la cabeza de un fuerte destacamento de tropas, con el fin de verificar la toma de posesión. Salióle al encuentro una partida de caballeros moros, que formaban el séquito de uno, en quien por la dignidad de su aspecto y la angustia impresa en el rostro, era fácil reconocer los padecimientos mentales de Boabdil ó Abdalá, el monarca vencido. Indicó á este el cardenal la posición que ocupaba el rey D. Fernando, quien, con aquella mezcla de piedad y mundana política, tan entretrejida en su carácter, no había querido entrar dentro de las murallas de la conquistada ciudad mientras el símbolo de Cristo no sustituyese á los pendones de Mahoma, y había tomado puesto á alguna distancia de las puertas, con el objeto de aparentar aquella mansedumbre que tan adecuada era al fanatismo de la época. Como la entrevista que se verificó entre los dos soberanos ha sido descrita ya más de una vez, nos parece inútil repetirla en este lugar. En seguida se dirigió Boabdil á presentarse á la sensible y afectuosa Isabel, quien le recibió con verdadera caridad y compasión

cristiana; y concluida esta ceremonia, tomó el camino hácia aquel desfiladero donde por última vez se presentaron á sus ojos los palacios y las torres de sus antepasados, de cuya circunstancia ha conservado aquel punto la poética y sensible denominacion de *El último suspiro del moro*.

Aunque poco se demorara el tránsito del último rey de Granada desde su alcázar hasta los montes, como fuese tan lenta y majestuosa la marcha de su comitiva, no pudo ménos de durar algun tiempo. Entre tanto cubria la muchedumbre los caminos y hormigueaba en los campos adyacentes una espesa turba con los ojos fijos en las torres de la Alhambra, donde se esperaba por instantes ver desplegarse la enseña de la toma de posesion, ansiosamente anhelada de todo buen católico que en ella atestiguaba el triunfo de su religion.

Isabel, que habia hecho esta conquista una de las condiciones de su casamiento y cuyo triunfo la pertenecia en verdad, se abstuvo, con su natural modestia, de apurar su marcha en esta ocasion. Colocada á retaguardia del puesto que ocupaba su esposo, constituia siempre el centro de la atraccion universal, si exceptuamos las suspiradas torres de la Alhambra. Ostentábase la princesa en toda la regia pompa que era conveniente á la circunstancia; su belleza la hacia, como siempre, un objeto admirable; su mansedumbre, inflexible justicia y severa veracidad habian cautivado todos los corazones, y en ella redundaba la conquista del reino granadino; siendo esta comarca un engarce de su propia corona de Castilla, y no de la de Aragon, cuyo país dominaba un trozo muy insignificante de territorio anexo.

Antes de la presentacion de Abdalá se movia la turba en varias direcciones, en la cual se advertia gran número de frailes, clérigos y monjes, pues aquella guerra tenia el carácter de una verdadera cruzada. La muchedumbre de curiosos era más apiñada en torno de la reina, por ser más imponente en aquel punto la magnificencia de la córte. Al rededor se congregaba en particular mayor número de religiosos, los cuales conocian que el alma piadosa de Isabel creaba una especie de atmósfera moral en torno suyo, que se adecuaba peculiarmente á sus hábitos, en extremo favorable á su consideracion. Entre otros habia un fraile, de aspecto afable y noble cuna, á quien varios grandes saludaban con la denominacion de fray Pedro al alejarse este de la inmediata presencia de la reina, para buscar un paraje ménos concurrido. Acompañábale un mancebo cuyo porte era tan superior al de la mayor parte de los que aquel día no ocupaban el arzon, que atraia la curiosidad general. Aunque apenas contaba veinte años, era evidente, por sus formas robustas y tostadas, aunque floridas mejillas, que ya le eran familiares las fatigas de la guerra, y al advertir su aire marcial, muchos creian que si bien no ostentara férrea armadura en ocasion tan peculiarmente militar, ya habia enristrado la lanza más de una vez en el torneo y en la lid. Su traje era sencillo, cual si más bien evitase la observacion que fuese su objeto solicitarla; pero arreglado á la moda del que solo usaban las clases nobles. Se le habia visto recibir afablemente de Isabel, cuya mano habia tenido la honra de besar, gracia que en la formal y etiquetera. córte de Castilla rara vez se otorgaba entónces sino á

personas muy distinguidas ó á aquellos cuyo linaje era particularmente ilustre. Susurraban algunos que aquel mancebo sería de la familia de los Guzmanes, apellido casi regio; otros le creían un Ponce, cuyo nombre se había singularmente ilustrado en España, en virtud de las hazañas del famoso marqués duque de Cádiz, en esta misma guerra; otros en fin afectaban descubrir en su altiva frente, erguido pisar y animados ojos, el porte y continente de los Mendozas.

Era bien claro que el objeto de estos comentarios ignoraba la admiración que causarían sus formas atléticas, bello rostro y andar altivo y ligero, pues cual hombre acostumbrado á llamar la atención de sus inferiores, distraíase únicamente con los objetos que le divertían la vista ó halagaban la imaginación, al paso que prestaba voluntario oído á las observaciones que de cuando en cuando salían de los labios de su reverendo compañero.

—Bendito y gloriosísimo día para la cristiandad, notó el fraile, después de prolongada pausa. Una impía dominación de setecientos años acaba de expirar hoy, y al fin ha quedado abatido el orgullo sarraceno. Tus antepasados, hijo mío, se alzarían de sus sepulcros de buena gana á fin de pasear por la tierra en noble triunfo, si fuese dable que las nuevas de esta mudanza llegasen á las almas de los cristianos, há tanto tiempo fallecidos.

—Por ellas interceda la Virgen bendita, padre mío, á fin de que no les turbe en su descanso la noticia de haber desalojado el moro; porque dudo que, á pesar de lo muy agradable que hayan hecho á Granada los infieles, quisieran mis abuelos trocar por ella el paraíso.

—Señor D. Luis, vuestros recientes viajes han dado mucha liviandad á vuestros discursos, y dudo que seáis hoy tan diligente en rezar los padrenuestros y tan puntual en las confesiones de antaño, como lo érais cuando estabais al lado de vuestra piadosa madre, de bendita memoria.

—No me reprendais con tanto calor, padre mío; esta liviandad la produce más bien la ligereza juvenil, que la falta de respeto por nuestra santa Iglesia. ¿Mas por qué razón fijais los ojos en aquel grupo? ¿Estais viendo por ventura á alguno de mis dignos antepasados que haya llegado á la ligera desde el otro mundo para presenciar el berrenchin del moro por la pérdida de su bienaventurada Alhambra?

—¿Ves á aquel hombre, Luis? preguntó el fraile, dirigiendo la vista á un punto determinado, aunque sin acompañarla de ademán ninguno para señalar al sugeto á quien se refería, entre la turba que en todas direcciones se cruzaba.

—A fe mía que estoy viendo más de un millar, aunque ninguno tenga indicios de estar recién llegado del otro mundo. ¿Sería indiscreción preguntaros, quién, ó qué cosa llamaba tanto vuestra curiosidad?

—¿No adviertes allá abajo una persona de alta é imponente estatura, en la cual se mezcla tan singularmente el aire de gravedad respetuosa con el de pobreza; ó si no debe calificarse tal á la humildad de su traje, pues el de hoy, si bien es más lucido que el que acostumbra llevar, á lo ménos no es cual lo ostentan los nobles y ricos; á par que su talante le daría á conocer por un monarca cuando ménos?

—Sí, ya observo al que aludis, padre; aquel hombre de aspecto noble y grave; pero no advierto que nada tenga de extravagante ni ridículo en su traje ó porte.

—No es eso; mírale bien: ¿no reparas la altivez y dignidad selladas en su semblante, cual solo se encuentran en los que están acostumbrados á mandar?

—Me parece que su aire y vestido le dan á conocer por un navegante de clase distinguida, ó si se quiere, piloto: un hombre curtido en los mares: sí, ya veo que lleva encima varios símbolos que demuestran su profesion.

—No te equivocas, Luis, pues tal es su carrera. Génova es su patria, y su nombre CRISTOBAL COLON, ó como en Italia se denomina, Christóforo Colombo.

—Bien me acuerdo haber oido hablar de un almirante de ese nombre, que prestó relevantes servicios en las guerras del Sur, y en otros tiempos condujo una escuadra á los mares del remoto Oriente.

—No es quien tú dices, sino uno de más humilde rango, aunque tal vez de la misma familia, en atencion á ser oriundos ambos del mismo lugar. Este no es almirante, aunque por fuerza quiere llegar á serlo, y hasta rey si es posible.

—El buen hombre, segun eso, tiene escasez de juicio ó sobra de ambicion.

—Ni uno ni otra, hijo mio. Respecto á conocimientos, han deslucido los suyos á los de muchos de nuestros más sapientes eclesiásticos; y en honor de su piedad sea dicho, no existe un cristiano más devoto en los reinos de España. Bien se conoce, Luis, que has permanecido mucho tiempo en regiones extrañas, y poco en nuestra córte, pues ignoras la historia de este sér extraordinario, y no recuerdas su nombre, que por luengos años han sido sus proyectos un manantial de burla para los frívolos y descabellados, y una fuente inagotable de dudas para los reflexivos y cuerdos; más abundante en verdad que todas las desastrosas y emponzoñadas herejías que han pululado en nuestra época.

—Provocais mi curiosidad, buen padre, con semejante lenguaje. ¿Quién y qué cosa es ese hombre?

—Es un enigma que no he podido descifrar, ni á fuerza de ruegos á la Virgen, ni agotando el saber de los claustros, ni poniendo en juego el afan más celoso de alcanzar la verdad; sentémonos, hijo mio, en esta piedra, y te referiré las teorías que enaltecen á ese hombre. Has de saber que há siete años se presentó Colon entre nosotros. Solicitó le empleasen para descubrir regiones desconocidas al otro lado de los mares, pretendiendo que si se navegase en el Océano, con rumbo á Occidente, hasta una distancia inaudita, llegaría á las Indias más remotas, á las ricas islas de Cipango y reino de Catay, de cuyas regiones nos ha dejado un tal Marco Polo leyendas ingeniosísimas.

—¡Por la bendita memoria de Santiago! ese hombre tiene los sesos al revés, interrumpió riéndose D. Luis. ¿Cómo pudiera ser, á ménos que la tierra fuese tan redonda como una naranja, pues las Indias yacen al Oeste de España?

—Así se le ha argüido muchas veces, pero á eso dá el piloto razones incontestables.

—¿Qué más incontestable que la que acabo de decir? Nuestros propios ojos nos dicen que la tierra es plana.

—En eso opina Colon diferente á los demás... y para decir la verdad, hijo Luis, no sin algunos visos de razon. Es un navegante, como puedes suponer, y contesta que cuando se está en alta mar y se ve acercar una nave, lo primero que se descubren son las velas altas, despues las bajas, y por último el casco. Mas tú tambien has navegado, y habrás advertido más de una vez el mismo fenómeno.

—Muchas veces, padre. Mientras cruzábamos en mar inglés, divisámos una nave de guerra que hacia rumbo hácia nosotros, y que al principio nos habia parecido como una manchita blanca en el horizonte; empezaron á salir del agua á poco todas sus velas, y por último su abultado casco, el cual tenia por cierto una bonita línea de bombardas y cañones; lo ménos veinte, si mal no conté.

—¿Entónces convendrás con Colon en que la tierra es redonda?

—¡Por san Jorge de Inglaterra! yo no. He visto demasiado del mundo para darle una hechura tan estrambótica. La Bretaña, la Francia, la Alemania, la Borgoña y todas esas lejanas regiones del Norte son tan planas y lisas como nuestra propia Castilla.

—¿Pues por qué divisaste primero las velas superiores del buque inglés?

—¿Por qué? padre... porque, ya se ve, fuéron las más visibles: sí, porque se presentaron á la vista las primeras.

—¿Y ponen los ingleses arriba las velas más grandes?

—Creo que no sean tan necios: aunque en esto de navegar se muestran poco duchos, pues en esta ciencia los que sobresalen hoy son nuestros vecinos los portugueses y los marinos de Génova; sin embargo, no son del todo estúpidos los ingleses. Como se hacen cargo de la fuerza de los vientos, conocen de que mientras mayor la vela, más baja debe ser la posición que ocupe.

—¿Cómo sucedió, pues, que viéses primero las velas más chicas?

—En verdad, fray Pedro, que no habeis hablado en balde con el signor Christóforo. Una pregunta no es una razon.

—Tambien Sócrates era aficionado á hacer preguntas; mas esperaba que le dieran respuestas.

—¡Peste! como dicen en la córte del rey Luis. No soy Sócrates, buen padre, sino vuestro antiguo discípulo y deudo Luis de Bobadilla, el vagamundo sobrino de la marquesa de Moya, favorita de la reina, y me tengo por un caballero tan bien nacido como cualquier otro en España, aunque algo dado á caravanas, si se ha de creer lo que mis enemigos propalan.

—Poco necesitas hablarme de tu genial, alcurnia, ni romerías, Luis de Bobadilla, pues sabes te conozco desde la niñez. Tienes un mérito que no puede negártese, y es el respeto que profesas á la verdad; y sobre este punto has vindicado completamente tu carácter, confesando que no eres un Sócrates.

La bondadosa sonrisa con que el digno padre acompañó la réplica, le quitó cuanto punzante tenia; y el mancebo se rió, cual si el conocimiento intenso de sus juveniles locuras le impidiese resentirse de lo que escuchara.

—Pero, querido fray Pedro, dejad por una vez vuestra astuta lógica y habladme con lisura sobre asunto tan extraordinario. Vos, á lo ménos, ¿creeis que la tierra sea redonda?

—En ese punto, Luis, no voy tan léjos como otros, pues que las santas Escrituras parecen contrarestar la opinion. Sin embargo, este argumento de las velas me tiene muy perplejo, y más de una vez he deseado pasar por mar de un puerto á otro á fin de cerciorarme. Si no fuera por lo mucho que me trastorna el mareo, no dejaria de experimentarlo á la primera ocasion.

—¡Eso fuera el non plus ultra de vuestra sabiduría! exclamó riéndose el mancebo. Tendria que ver el padre fray Pedro del Carrascal echado á vagamundo, como su antiguo discípulo, y además, caballero en la caña de un timon. Pero estad seguro, muy venerando instructor, de que no es preciso os movais, porque yo mismo puedo evitaros la molestia; en todas mis peregrinaciones, por tierra y mar, y bien sabeis que no han sido pocas ni cortas, siempre he hallado la tierra chata y el Occéano todavía más chato que ella, si se deducen algunas oleadas más ó ménos turbulentas é incómodas.

—No hay duda que tal á la vista aparece; pero ese Colon que ha viajado más que tú y más léjos, es de contraria opinion. Sostiene que la tierra es esférica, y que dirigiéndose al Occidente, se puede llegar á los puntos que se alcanzaron al hacer rumbo á Oriente.

—¡Por san Lorenzo! la idea es bien atrevida. ¿Se determina ese hombre á navegar en el espacioso Atlántico y aun á cruzarlo en busca de alguna ignota región?

—Esa es su idea; y por espacio de siete largos años ha estado solicitando en la córte se le suministren los medios de ponerla en práctica. Tambien he sabido, que muchos años además, tal vez otros tantos, ha consumido en igual pretension en otras naciones.

—Si la tierra es redonda, repuso D. Luis meditabundo, ¿qué impide á las aguas derramarse á la parte inferior? ¿Cómo es que existen mares? y si como insinuais, se hallan las Indias al otro lado nuestro, ¿cómo podemos estar en pié sobre una superficie tan curva? Preciso que algunos tengan la cabeza abajo.

—A esa dificultad ha contestado ligeramente Cristóbal Colon. Y por cierto que la mayor parte de nuestros sabios eclesiásticos empiezan á adoptar la opinion de que no hay abajo ni arriba, sino en cuanto tiene relacion con la superficie de la tierra: de modo que sobre ese punto no aparece ya obstáculo.

—Por Dios, padre, no pretendéis, supongo, hacerme creer que los hombres puedan andar de cabeza ó con la coronilla abajo. ¡Por san Francisco! vuestros hombres de Catay habrán de tener las uñas de los piés como los gatos, ó de lo contrario no tardarian en caerse.

—¿Y adónde, Luis?

—¿Adónde, fray Pedro? Irian á parar á Tofet, ó al abismo sin fondo. No puede ser que anden los hombres con la cabeza abajo y los talones arriba, sin otros cimientos que la santa atmósfera. Tambien las caravelas habrán de navegar con los mástiles abajo; ¡no estaria mala la travesía! Además, ¿quién

estorbaria que las aguas se cayesen sobre las hogueras del demonio y las apagaran para siempre?

—Hijo Luis, interrumpió el fraile con gravedad; tu liviana lengua te precipita en demasía. Pero ya que tanto te mofas de las opiniones de este navegante, ¿cuáles son tus nociones acerca de la figura de esta tierra, que ha honrado Dios con su presencia y espíritu?

—Que es tan plana como la rodela del moro que maté en la última batalla, y tan chata como el martillo puede machacar el hierro.

—¿Y crees que tiene límites?

—¿Que si lo creo? con el favor del cielo y de doña Mercedes de Valverde, espero verlos ántes de morir.

—Segun eso habrá un borde ó precipicio en los cuatro lados del mundo que los hombres pueden visitar, parándose para reconocer el espacio desde allí, como juglares encaramados en una tarima de incommensurable elevacion.

—¡Nada pierde la pintura, padre, por lo delicado del retoque! ¡Verdad es que hasta ahora no se me ha ocurrido la idea! Por el mismísimo san Fernando, que sería lugar á propósito para poner á prueba el ánimo de D. Alonso de Ojeda, quien podría pararse á pié cojito en el márgen de la tierra, poner el otro talon en una nube, y tirar una naranja hasta los cuernos de la luna (1)!

—Creo que no puedes pensar en ninguna cosa seria, Luis, repuso fray Pedro; pero á mi entender no deja de tener mérito la opinion del navegante. Solo veo dos objeciones en contra; la dificultad en concordarla con los sagrados escritos, y lo incomprensible é inmenso del espacio que nos separa de Catay, porque de lo contrario no dejáramos de tener alguna noticia de esa parte del mundo.

—¿Y favorecen los sabios el sistema de Colon?

—Con la mayor seriedad se ha discutido el asunto en un consejo celebrado en Salamanca, donde hubo grave discrepancia de opiniones. Uno de los obstáculos principales está fundado en el recelo, de que aun cuando consiguiese una nave llegar á Catay, en virtud de navegar á Occidente, pudiese verificar su vuelta, á causa de que ha de haber, en cierto modo, una subida y una bajada. Debo confesar que la mayor parte de los hombres se mofan de este Colon, el cual temo no llegue nunca á Cipango, pues que ni aun se encuentra hoy de camino para su salida. Extraño que se halle ahora aquí, pues decian haberse despedido definitivamente para Portugal.

—¿Y decis, padre, que tan largo tiempo haya permanecido en España ese hombre? preguntó con gravedad D. Luis, mientras se fijaban sus ojos en la venerable figura de Cristóbal Colon, quien miraba tranquilo el ostentoso espectáculo del triunfo á corta distancia de la piedra que servia de asiento á los interlocutores.

(1) Este Alonso de Ojeda, que tanto se distinguió en la conquista del Nuevo Mundo, dió una muestra de agilidad y equilibrio, en Sevilla, á presencia de la reina doña Isabel y de la corte. Colocóse una angosta viga, que proyectaba muchas varas del último balcon de la Giralda, sobre la cual se paseó Ojeda hasta llegar al extremo; allí, vuelto de espaldas á la torre, y quedándose sobre un pié, arrojó una naranja al sitio destinado á las campanas.

—Por espacio de siete largos años se le ha visto solicitar el apoyo de los ricos y grandes, para que le suministrasen medios con que emprender su viaje favorito.

—¿Y tiene oro para soportar los trámites de tan dilatada pretension?

—Su aspecto demuestra ser pobre..... y aun me consta que tiene que trabajar para sostenerse, dibujando mapas geográficos. La hora despues de habersele visto arguyendo con los filósofos y solicitando el patrocinio de los príncipes, se le ha encontrado ganando con duras penas un sustento mezquino.

—La descripción que de él me haceis, reverendo padre, aguza mi curiosidad á tal punto, que quisiera hablar con Cristóbal Colon. Ahí está parado entre la turba; me llegaré á él, y diciéndole que tambien he navegado, lograré me comuniqué algunas de sus ideas.

—¿Y de qué modo piensas, hijo mio, introducirte á su conocimiento?

—Le diré que soy D. Luis de Bobadilla, sobrino de doña Beatriz de Moya, y noble vástago de una de las primeras casas de Castilla.

—¿Y juzgas que eso bastará para conseguir tu objeto? No, no, hijo mio; no creas que este Colombo es de la misma clase de los demás que á su profesion se dedican. Tan lleno está de su vasto proyecto, y tan erguido con la magnitud de las resultas que tan intensamente contempla su alma día y noche, que ni aun los reyes pueden aminorar el alto sentido que su dignidad le infunde. Lo que te propones hacer, apenas lo intentaria nuestro amado señor D. Fernando mismo, sin temor de algun desaire, cuando no de ademan, á lo ménos de lengua.

—¡Por los santos benditos! fray Pedro, es tan extraordinario el carácter que de ese hombre me describis, que aumentais mi deseo de conocerle. ¿Que-reis servirme de introductor?

—De muy buena gana, porque de paso deseo informarme de las causas que le han traído otra vez á la córte. Déjalo á mi cuidado, y veremos lo que se consigue.

Levantáronse, pues, del asiento el fraile y su fogoso discípulo, dirigiéndose al través de la turba hácia el hombre objeto de su diálogo, y todavía lo era de sus pensamientos. Luego que estuvieron cerca, paróse fray Pedro, aguardando con paciencia que en él reparase el navegante. Esto no tuvo lugar hasta pasados algunos minutos, porque Colon tenia fijas sus miradas en las torres de la Alhambra, donde por instantes se esperaba apareciese enarbola-da la enseña de la toma de posesion; y ya Luis de Bobadilla, que aunque se había manifestado siempre inquieto, vagaroso, volátil y difícil de contener, jamás olvidaba su ilustre nacimiento, ni las distinciones que á su rango estaban anexas, empezaba á dar muestras de impaciencia al verse tan largo tiempo esperando las buenas voluntades de un tosco piloto. En vano urgía á su compañero á que pusiese término á sus respetuosas atenciones; pero, al fin, uno de sus ademanes atrajo las miradas de Colon, cuyos ojos se encontraron con los del fraile, quien era antiguo conocido suyo; saludáronse los dos amigos á la manera cortés de aquella época.

—Os doy el parabien, señor Colon, del glorioso termino del sitio, regocijándome porque hayais sido testigo ocular de él, pues me dijeron que asuntos de grave interés os habían llamado á otra region.

—En todas las cosas se ve la mano de Dios, padre bendito; en este suceso advertis la victoria de la Cruz, y á mí me proporciona una leccion de perseverancia, dándome á entender con tanta claridad, como un acontecimiento de esta clase puede indicarlo, que lo que ha decretado el Altísimo tiene de suceder.

—Pláceme vuestra alusion, señor, como todas vuestras ideas acerca de nuestra religion santa. La perseverancia es en verdad indispensable para la salvacion: y no dudo que un símbolo adecuado de ella puede traslucirse en el modo con que nuestros piadosos soberanos han conducido esta guerra, así como en su gloriosa terminacion.

—Verdad, padre; y tambien ofrece un símbolo á las fortunas de las demás empresas que tienen por objeto la gloria de Dios y el interés de su Iglesia, contestó Colon, los ojos centelleando con aquel fuego oculto que parece hallarse tan concentrado en los visionarios y entusiastas. Podreis juzgar, tal vez, que es ajeno de razon hacer tales aplicaciones de estos grandes sucesos; pero el triunfo de sus altezas en este dia me alienta á la perseverancia, é impide desmaye en mi larga peregrinacion, que tambien tiende al engrandecimiento de la Cruz.

—Ya que aludis á vuestros proyectos, señor Colon, dijo con ingenuidad el padre, no me pesa de que hayamos recordado el asunto; pues aquí está un mancebo deudo mío, que tambien se ha dado á correrías para satisfacer su juvenil fantasía; y á quien ni la amistad ni el amor han podido contener; y habiendo sabido vuestros nobles proyectos, anhela aprender algo más acerca de ellos de vuestros propios labios, si condescendeis en proporcionarle esta satisfaccion.

—Siempre me hallo dispuesto á complacer el plausible deseo de los mozos osados; y así comunicaré gustoso á vuestro noble amigo cuanto le plazca saber, respondió Colon con una sencillez y dignidad que deshizo las miras de superioridad y condescendencia con que se prometiera D. Luis llevar adelante el coloquio, y dió á entender al mancebo que en el diálogo era él quien debia considerarse como honrado y distinguido. Pero, Señor, se os ha olvidado decirme el nombre de este caballero.

—Se llama D. Luis de Bobadilla, cuyo mayor mérito consiste tal vez en un espíritu aventurero y osado, y en el hecho de ser sobrino de vuestra muy apreciable amiga la señora marquesa de Moya.

—Cualquiera de esas dos cualidades serian suficientes para recomendarle á mi estima. Agrádame en la mocedad el espíritu de aventura, el cual se sirve Dios infundir en ella á fin de que contribuya á sus sabios y benéficos designios, y en ella he de buscar el principal sosten y apoyo de mis miras mundanas. Además, estimando yo á doña Beatriz, solo en segundo lugar despues del padre Juan Perez de Marchena, y el señor Alonso de Quintanilla, su deudo debe ser á mis ojos un sugeto de mucho respeto y estimacion.

Todo esto era muy extraordinario para los oídos de D. Luis; porque, aun cuando el traje y apariencia del desconocido, quien hablaba el castellano con extraño acento, no dejaban de ser respetables, se le habia dicho que no pasaba de ser un piloto ó navegante, que ganaba el sustento con su trabajo manual; y no era demasiado comun para un noble de Castilla hallarse tratado, por decirlo así, con cierta condescendiente gracia por uno inferior á los que pudieran jactarse de pertenecer á la sangre y descendencia de los reyes. Al principio estuvo tentado D. Luis de resentirse de las palabras del extranjero; despues, de reírsele en las barbas; pero advirtiendo que el padre le trataba con gran deferencia, al paso que reprimido interiormente con el aspecto del reputado proyectista, consiguó no solo conservar un porte adecuado, sino que hizo una réplica tan cortés y digna, cual convenia á su nombre y crianza. Retiráronse luego los tres un poco aparte de la apiñada turba, y hallaron pronto asiento en uno de los muchos peñascos que estaban esparcidos por aquel punto.

—¿Decís que D. Luis ha visitado regiones extrañas, preguntó Colon á fray Pedro, llevando la guia en el diálogo como sugeto á quien tocara la precedencia en virtud de rango superior ó ventajas personales, y que tiene afición á las maravillas y peligros de los mares?

—Tal ha sido su mérito ó su culpa, señor; mas si hubiera escuchado los deseos de doña Beatriz ó mis propios consejos, no hubiera abandonado su ilustre carrera por una tan poco acorde con su nacimiento y educacion.

—No, padre; tratais á este mancebo con rigorosa severidad; aquel que pasa la vida en el Occéano puede apénas decirse que lo hace de un modo ignoble ó desventajoso. Dios separó las diversas regiones con vastos intervalos de agua, no para que los pueblos fueran extraños, sino á fin de que se reuniesen en medio de las maravillas con que ha decorado los mares, y dar mayor gloria á su nombre y poderío. Todos tenemos en la mocedad nuestros instantes de irreflexion, cediendo más bien que á nuestra razon á nuestros impulsos, y así me encuentro poco dispuesto á reprochar á D. Luis los extravíos de una edad tan poco reprimible.

—Es probable, tambien, que hayais combatido por mar contra los infieles, señor Colon, observó el mancebo, no poco embarazado respecto al modo con que habia de introducir el tópico que tanto deseaba.

—¡Ay! y por tierra tambien, hijo mio; esta familiaridad sorprendió al noble mancebo; aunque no le fué posible ofenderse de ella; y por tierra tambien. Hubo tiempo en que me complacia en referir mis peligros y escapadas, que numerosas han sido, tanto en guerras como en borrascas; pero desde que el poder de Dios ha despertado en mi alma el anhelo de cosas sublimes, para que su voluntad sea hecha, y su palabra bendita se extienda por toda la tierra, ha cesado mi memoria de pararse en aquellas. Al llegar aquí el navegante santiguóse fray Pedro, mientras D. Luis se sonreía y encogia los hombros, cual si oyera una cosa extravagante; pero Colon prosiguió en el tono más sério y grave, que á su carácter pertenecer parecia. Há muchos años que me hallé empeñado en aquel combate que tuvo lugar entre los de Venecia y la

escuadra de mi pariente y tocayo Colombo el menor, como se le llamaba para distinguirlo de su tío, el antiguo almirante del mismo nombre, cuya accion se trabó en las aguas del cabo de san Vicente. Aquel dia nos batimos con las naves contrarias, que llevaban á bordo un rico cargamento, desde el medio dia hasta la noche, y sin embargo me sacó ileso el Señor de tan sangrienta refriega. En otra ocasion, habiendo consumido las llamas la galera en que yo combatia, me ví precisado á nadar una respetable distancia hasta la playa, auxiliado de un remo. Paréceme que en eso estuvo manifiesta la mano de Dios, quien no hubiera dispensado tan tierna y señalada proteccion á una criatura tan insignificante, á ménos que no fuese á fin de conservarla para su propia gloria y honra.

Aunque al hablar así resplandecian los ojos del navegante y se coloraban sus mejillas con una especie de sagrado entusiasmo, era imposible confundir á un varon tan grave, respetuoso y comedido hasta en sus exajeraciones, si así pueden calificarse, con aquellos caractéres ociosos y frivolos que equivocadamente toman los impulsos momentáneos por impresiones indelebles y pasajeras vanidades. Fray Diego, en vez de sonreirse, ó de dar la más leve muestra de poco respeto hácia las observaciones de su amigo, volvió á santiguarse, y manifestó por medio de la simpatía expresada en su rostro cuanto participaba de la íntima y religiosa fe del interlocutor.

—Las vias de Dios son á veces misterios para sus criaturas, dijo el padre, pero sabemos que todas tienden á la exaltacion de su santo nombre y á la gloria de sus divinos atributos.

—Así lo considero yo, padre, y con tales miras he considerado siempre mis humildes esfuerzos para honrarle. Nosotros solo somos instrumentos, y por cierto inútiles, cuando vemos cuan poco procede de nuestras propias facultades.

—Ahí está ya el bendito emblema de nuestra salvacion, exclamó el padre, extendiendo ambos brazos, cual si intentase abrazar algun distante objeto en las nubes; y cayendo de hinojos, humilló hasta el suelo su desnuda cabeza.

Volvió los ojos Colon en la direccion que indicaban los gestos de su compañero, y divisó la abultada cruz de plata que llevaron consigo los soberanos en la reciente guerra como prenda del objeto que en ánimo tenian, relumbrar sobre la torre principal de la Alhambra. Un momento despues flotaron en sus alturas los pendones de Castilla y Santiago. Entonáronse en seguida los cánticos de la victoria, confundidos con las antifonas de la Iglesia. Cantóse el Te-Deum, y los coros de la capilla real dieron voz en los abiertos campos á los laudes en honra del Señor Dios de los ejércitos. Siguióse, en fin, una escena de pompa religiosa y magnífica, mezclada con el boato marcial, cuya descripcion pertenece más bien á la historia general que á los incidentes particulares y privados de la presente leyenda.

CAPÍTULO V.

¡Qué pulidas palabras lograron
De la beldad un rasgo describir!
¡Tema difícil, imposible afán!
¿Y quién su pecho no sintió latir,
Y su vista enturbiarse de placer,
Mientras marchita de su foz la flor,
Obligado se vió á reconocer
La majestad y el poderío de amor?

LORD BYRON.

Aquella noche descansó la corte de Castilla y Aragon en el palacio de la Alhambra. Tan luego como hubo terminado la ceremonia religiosa á que aludimos en el capítulo antecedente, se agolpó la muchedumbre á la plaza, siguiéndola los príncipes con la dignidad y pompa correspondientes á su elevado carácter. Los nobles caballeros, acompañados de sus esposas y hermanas, porque la presencia de Isabel y lo prolongado del sitio habian atraído un numeroso concurso de damas, amen de las que por obligacion formaban el séquito de la reina, recorrían ansiosos los célebres patios y laboreadas estancias de aquella notable residencia de los reyes árabes, y ni aun la noche puso límites á su curiosidad. El patio de los Leones especialmente, lugar célebre todavía en la cristiandad por sus restos de oriental esplendor, habia sido abandonado por Boabdil en su más vistosa magnificencia, y aunque en lo más riguroso del invierno, el arte del hombre lo habia engalanado de flores; al paso que los salones contiguos, los de las Dos Hermanas y Abencerrajes, resplandecían con mil luces y bullían con guerreros y cortesanos, con sacerdotes de la iglesia cristiana y bellezas de noble cuna.

Aunque no podia haber un español á quien no fuesen familiares las ligeras gracias de la arquitectura moruna, las de la Alhambra excedían de tal modo á las que pudieran ostentar los demás palacios erigidos por las dinastías musulmanas, que sus glorias llenaban á los espectadores de novelesca admiración, al paso que les infundían cabal idea de la magnificencia del poder real. Los ricos caprichos trabajados en estuco, arte de origen oriental poco conocido entónces en los dominios cristianos, los graciosos y fantásticos arabescos, que llevados á su perfeccion por algunos de los genios más privilegiados que jamás el mundo produjo, se han conservado hasta nuestros tiempos, decoraban las paredes, mientras mil graciosas fuentes lanzaban á lo alto sus aguas, que caían en reluciente rocío, cual lluvia de diamantes.

Entre la turba que circulaba por esta escena de belleza mágica se veía á doña Beatriz de Bobadilla, que hacia años estaba casada con D. Andrés de Cabrera, conocida más comunmente por marquesa de Moya; amiga constante é íntima confidente de la reina Isabel, cuyo afecto conservó hasta que su reñia ama pasó á mejor vida. Apoyábase en su brazo una doncella de apariencia tan notable, que muy pocos se contentarian con ver sola una vez aquellas facciones y aquella hechicera figura que dejaba en el alma un recuerdo indeleble. Esta era DOÑA MERCEDES DE VALVERDE, una de las herederas más nobles y ricas de Castilla; deuda, pupila é hija adoptiva de la amiga de la reina, pues la palabra *favorita*, no sería el término más adecuado para dar á entender las relaciones que existian entre doña Beatriz é Isabel. No era, sin embargo, la peculiar belleza de doña Mercedes lo que hacia su aspecto tan notable y atractivo; pues aunque sus formas eran femeniles, graciosas y perfectas, habia otras muchas doncellas en aquella brillante córte que podian juzgarse aun más hermosas que ella. Pero no la habia en Castilla que tuviese un rostro más iluminado por un alma tan sensible y tierna; y el fisionomista al verla se complacia en trazar hasta lo más íntimo un profundo, sincero y bien arreglado entusiasmo, que prestaba cierta sombra de melancolía á un rostro que la fortuna así como el corazon determinaran fuese siempre sereno y apacible. Tranquilo sin embargo lo era, porque la niebla apenas perceptible que en ella se posaba parecia suavizar su expresion y hacerla interesante, mas bien que turbar su reposo ó anublar su belleza.

Al otro lado de la noble matrona iba Luis de Bobadilla, colocado de tal suerte, que sus ojos negros y brillantes pudiesen conversar en silencio con los bellos y expresivos azules de Mercedes, siempre que lo permitieran la sensibilidad y modestia. El diálogo que tenia lugar entre los tres era en extremo franco, porque las personas reales se habian retirado á sus apartamentos y cada grupo de curiosos estaba asaz distraido con la novedad de los objetos que le rodeaban y su propia conversacion para prestar interés á lo que hablaban los demás.

—Es una maravilla, Luis, observó doña Beatriz, prosiguiendo un asunto que parecia haberles interesado á todos, que siendo tú mismo tan andariego y aventurero, no hayas oido hablar nunca de este Cristóbal Colon? Há muchos años que anda solicitando de sus altezas le proporcionen medios para llevar á cabo su designio. La cuestion referente á sus proyectos fué discutida con toda formalidad delante de una junta de sabios en Salamanca; y no le faltan al navegante prosélitos hasta en la córte misma.

—Entre los cuales puede citarse á doña Beatriz de Cabrera, dijo Mercedes con una sonrisa, cuyo efecto era traer á manifesto los ocultos sentimientos que yacian en su alma. He oido decir á la reina que no tenia Colon una amiga más firme que esa en toda Castilla.

—Raras veces se equivoca su alteza, hija mia, y nunca en mi corazon. Verdad es que patrocino á ese hombre, porque me parece destinado á alguna honrosa empresa, y por cierto que otra más magnífica que la suya nunca ha sido propuesta por ingenio humano. ¡Qué idea tan grandiosa la de entablar

relaciones directas con las naciones situadas al otro lado del mundo y difundir en ellas los consuelos de la santa Iglesia!

— ¡Ah, señora tía, repuso riéndose D. Luis, y la de andar en su deliciosa compañía con los talones al aire y la cabeza abajo! Supongo que ya se habrá adiestrado Colon á este modo de pasear, porque deberá costar mucho trabajo aprenderlo. Debería empezar á ejercitarse en las laderas de las montañas, echando atrás el cuerpo, hasta trepar como las moscas por los muros y torres de la Alhambra.

Involuntariamente aunque con ardor había Mercedes apretado el brazo á doña Beatriz, mientras expresara esta señora el interés que tomaba en el buen éxito del proyecto, pero al oír esta salida de D. Luis, se puso seria y dirigióle una mirada, que el mancebo conoció llevaba consigo cierto vituperio. Ganar el amor de la pupila de su tía era su deseo más ardiente, y una ojeada de disgusto podía en cualquiera ocasion refrenar sus afectos, que le prestaban á veces ciertos visos de liviandad, poco adecuada á las cualidades verdaderas de su entendimiento y corazón. Advirtiendo pues la mirada de Mercedes, no se detuvo en reparar el daño que se había hecho á sí mismo, y añadió casi al instante de expresarse con tanta ligereza:

—Segun veo, también doña Mercedes pertenece al partido del navegante; y me parece que el señor Colon tiene más protectores entre las damas de Castilla que entre los nobles.

—Extraño es, por cierto, D. Luis, interrumpió la reflexiva doncella, que las damas hayan de tener más confianza en el mérito, más generosos impulsos, mayor celo para con Dios, que los caballeros.

—Es preciso que así sea, pues que vos y mi tía protegéis al navegante. Pero no siempre deberán entenderse mis palabras literalmente como las digo; sonrióse esta vez Mercedes con evidente socarronería. Nunca he estudiado con los trovadores, ni, para decir verdad, demasiado con los padres de la Iglesia. Para ser franco, ahora os diré que la noble idea del descubrimiento ha causado en mí una impresión extraordinaria; y si el señor Colon trata con formalidad de navegar en busca de Catay y de las Indias, suplicaré á sus altezas me permitan agregar á la expedicion, porque ahora que el moro está subyugado, queda muy poco que hacer en España para un noble.

—Si llegas á ir efectivamente, replicó doña Beatriz con grave ironía, habrá á lo ménos un sér humano con la cabeza al revés cuando llegue á Catay la expedicion. Pero aquí viene uno de la servidumbre; supongo que su alteza me necesita para algo.

No se equivocaba la señora de Moya, pues el mensajero venía á participarle que la reina la mandaba llamar. Las costumbres de la época, así como las del país, impedían que doña Mercedes continuase el paseo en compañía de su mozo colateral; pasaron los tres en consecuencia á las habitaciones de doña Beatriz, para quien se había preparado un departamento de órden de la reina entre las infinitas y lujosas viviendas de los reyes moros. Aun allí se detuvo un instante la dama ántes de resolverse á dejar solo á su vagamundo sobrino con su hechicera pupila.

—Aunque es un caballero andante, dijo la de Moya, nada tiene de trovador, y no podía encantar tus oídos con falsas endechas. Mejor sería tal vez ponerle debajo de tu ventana con su guitarra, pero, como conozco su poca destreza, me fiaré de ella, dejándole á solas contigo, durante los pocos minutos que estaré ausente. Supongo que un caballero que tiene tanta aversión á trastornar el órden de la naturaleza, tendrá á ménos doblar la rodilla, aunque fuese por lograr una señal de afecto, ante la doncella más preciosa de Castilla.

Rióse D. Luis; y doña Beatriz dejó la estancia sonriéndose, despues de haber besado á su pupila, quien ruborizada en extremo, fijó en el suelo los ojos. Era Luis de Bobadilla el declarado pretendiente y caballero jurado de Mercedes de Valverde; pero aunque tan favorecidos ambos por su nacimiento, fortuna, afinidad y figura, existia cierto obstáculo al logro de sus deseos. Su union era deseable en cuanto á las consideraciones que por lo comun deciden semejantes materias; pero existia cierta influencia que habia de superarse en los escrúpulos de doña Beatriz. Delicada en extremo y fiel traslado de las miras puntillosas de su regia ama, á par que demasiado altiva para cometer una accion poco decorosa, hasta las ventajas mismas que un enlace con su pupila pudieran proporcionar á su sobrino, habian hecho vacilar á la marquesa. D. Luis tenia en su carácter muy poco de la gravedad castellana, y muchos equivocaban la vivacidad de su espíritu con una ligereza de disposicion y liviandad de pensamiento. Pertenezia su madre á una ilustre familia francesa, y el orgullo nacional de los españoles habia hecho que muchos advirtiesen en el hijo una heredada disposicion á la frivolidad, atributo que se suponía inherente á todo un pueblo. La idea de verse considerado en semejante luz, habia motivado los viajes del mancebo al extranjero; y á su vuelta conociera cierta frialdad por parte de sus antiguos conocidos, cuyo descubrimiento le impulsó una y otra vez á reiterar sus correrías á regiones extrañas. Solo su precoz y gradualmente aumentada pasion por doña Mercedes le habia inducido á regresar de nuevo á su patria; determinacion que felizmente para él tomó á tiempo para asistir á la reduccion de Granada. No obstante estos rasgos de excentricidad, que en Castilla pudieran considerarse con bastante exactitud, como peculiaridades, era D. Luis de Bobadilla un caballero digno de su linaje y nombre. Sus proezas en el campo y en el torneo fuéron tan señaladas, que le habian adquirido una alta reputacion militar, no obstante lo que en él se juzgara como defecto; así es que se le veía como á un mancebo irreflexivo y de poco juicio, mas bien que como á sospechoso y perverso. Las cualidades marciales, y especialmente en aquel siglo, borrraban un millar de defectos; y se habia visto á D. Luis en un torneo desensillar hasta al mismo Alonso de Ojeda; que pasaba entónces por la más diestra lanza en la Península. Un hombre semejante no podia ser objeto de menosprecio, aunque lo fuese de desconfianza. Pero los sentimientos de la tia se referian tanto á su propio carácter como al del mancebo. Delicadamente concienzuda, al paso que conocia las verdaderas cualidades de su sobrino mejor que los que por encima le observaban, tenia sus escrúpulos acerca de la conveniencia de

conceder la mano de la rica heredera, confiada á su tutela, á un deudo tan cercano, cuando semejante paso no mereceria la aprobacion general. Recelaba tambien que su parcialidad no la engañase, y que Luis fuese aquel sugeto frívolo que parecia á los ojos de los castellanos, resultando el sacrificio de la felicidad de su pupila de semejante indiscrecion. Con estas dudas, al paso que anhelara el enlace, habia considerado con frialdad en público las pretensiones de su sobrino; y aunque no impedia el trato entre los dos mozos, porque las circunstancias hubieran hecho demasiado dura semejante medida, habia insinuado su desconfianza á Mercedes en varias ocasiones, y tenido la precaucion de dejar lo ménos posible á solas con su pupila á un pretendiente tan bello y comensal de su casa.

Mercedes era la única confidente de sus propias sensaciones. Esta doncella era hermosa, de noble sangre y heredera de cuantiosos bienes, y como las debilidades humanas preponderaban en el siglo XV como en el nuestro, varias veces habia oido á muchos criticar los supuestos defectos de D. Luis, siendo sus mayores detractores aquellos á quienes hacian sombra su buen parecer y sus prendas aventajadas. Pocas doncellas se atrevieran en tales circunstancias á hacer alarde de su predileccion, tomando su defensa en contra del dictámen general; y el profundo entusiasmo que prevalecia en la hermosa doncella castellana estaba temperado con la prudencia para no hacerla culpable de ligerezas intempestivas. Las formas y etiqueta que rodean por lo comun á las damas de rango favorecian tambien esta natural prudencia; y hasta el mismo D. Luis, aunque con todo el celo é instinto de un amor hubiese estudiado con prolijidad el semblante y las emociones de aquella cuyo favor hacia tiempo andaba solicitando, se hallaba poco seguro entónces del éxito de sus pretensiones. A favor de uno de aquellos acasos que tan á menudo deciden, por una feliz concurrencia de circunstancias, las fortunas de los hombres tanto en amores como en asuntos de intereses positivos, iban ahora á resolverse estas dudas tan repentina como inesperadamente.

El triunfo de las armas cristianas, la novedad de la situacion y su excitamiento, habian sacado las sensaciones de Mercedes de aquel retraimiento en que por lo comun yacen cubiertas bajo el velo de la desconfianza doncellil, y aquella tarde manifestara su sonrisa más abierta, sus ojos más brillantes, y sus mejillas más carminadas de lo que comunmente se advertia en una, cuyas sonrisas eran siempre dulces, cuyos ojos nunca estaban apagados, y cuyas mejillas correspondian con tan exquisita sensibilidad á los variados impulsos de su alma.

Luego que la tia salió de la estancia sentóse presuroso D. Luis en un escaño que estaba á los piés de la doncella, quien ocupó un suntuoso divan, donde pocas horas ántes se habia recostado una de las princesas de la familia de Boabdil.

—Aunque mucha es la veneracion que profeso á su alteza, comenzó el mancebo sin otro peludio, se aumenta en este instante hasta lo infinito mi respeto. Ojalá que se le ofreciese enviar por mi tia media docena de veces cada hora; y ojalá que su presencia fuese tan indispensable á la soberana,

que sin su intervencion no pudieran seguir adelante los consejos de Castilla, si su ausencia me proporcionara la bendita oportunidad de repetiros á cada momento la efusion de mis sensaciones.

—No siempre los más afluentes en discursos son los que sienten con mayor vehemencia, señor D. Luis.

—Tampoco son los que ménos sienten. ¡Ay Mercedes, puedes dudar de mi amor! Con mi desarrollo ha nacido, con el crecimiento de mis ideas ha cobrado vuelo; hasta que llegara á entretejerse con mi misma alma, de modo que apenas puedo poner en juego alguna de sus facultades sin que con ella se mezcle tu imágen divina. Te veo en todo lo que es hermoso; si escucho el trino de melodiosa ave, oigo en tus gorjeos al laud; y si mis mejillas sienten el blando soplo de la brisa del Sur, perfumada al rozar las flores, al punto me imagino que es el soplo de tu aliento!

—Habeis vivido tanto tiempo, D. Luis, entre los ingenios livianos de la corte francesa, que sin duda habeis olvidado que el corazon de una doncella castellana es demasiado sencillo y sincero para saborear con agrado semejantes rapsodias.

Si hubiera tenido más años D. Luis, ó mayor conocimiento del sexo hermoso, le habria lisonjeado esta reprension; pues en el rostro de su interlocutora se traslucía un sentimiento más blando del que expresaran las palabras, á la par que cierto recuerdo triste y melancólico.

—Si me supones amigo de conceptos exagerados, Mercedes, grande es la injusticia que me haces. Tal vez no exprese debidamente mis pensamientos y sensaciones; pero jamás ha proferido mi lengua lo que no emana del corazon. ¿No te he amado desde que éramos niños? ¿Dejé nunca de mostrarte predileccion en los juegos y demás goces cordiales de aquella edad sincera?

—Sincera fué en verdad para nosotros, contestó Mercedes, mientras brillaba en sus ojos el recuerdo de fantasías agradables y el raudal de imágenes placenteras; cuya evocada ilusion echó por tierra en un instante las barreras de su reserva, que tantos años de experiencia le costara adquirir. Tú eras sincero entónces, Luis, y yo tenia entera fe en lo que decias, en tus esfuerzos por complacerme.

—¡Bendita seas, mil veces bendita por esas palabras deliciosas, Mercedes! esta es la primera vez en dos años que me has hablado como solias, llamándome Luis, sin la añadidura cortesana de ese *don* maldito.

—Un noble castellano nunca debe pensar ligeramente de sus honores, y adeuda á su rango hacer que tambien los respeten otros; contestó nuestra heroína, cual si en verdad se arrepintiese de su franqueza. Estás muy pronto á recordarme mis olvidos, Luis.

—Esta mi desgraciada lengua nunca puede seguir el camino que su dueño le demarca. ¿No has visto siempre en mis miradas, en mis acciones, en mis motivos, un deseo de agradarte, y á tí tan solo, Mercedes? Cuando aprobó su alteza mi conducta en el último torneo, ¿no busqué al punto tus ojos para preguntarles si lo habian advertido? ¿Qué deseo has manifestado nunca que no me hallase dispuesto á satisfacer?

—No, Luis; tus palabras me obligan á recordarte que manifesté el deseo de que no emprendieses tu último viaje al Norte, y sin embargo te empeñaste en partir. Conocí que disgustaría á doña Beatriz, porque tu genio andariego le hacia temer que adquirieses los hábitos de un romero, y que la reina te mirase con desagrado.

—Ese fué el móvil de tu deseo, y picóme el orgullo pensar que Mercedes de Valverde comprendiese tan mal mi carácter, que creyera posible que un noble de mi apellido y linaje pudiera olvidar sus deberes hasta el punto de convertirse en asociado de pilotos y aventureros.

—No podías juzgar que yo lo creyese de tí.

—Si me hubieras mandado, Mercedes, quedarme por amor tuyo; si me hubieras impuesto el servicio más pesado, como á tu caballero, como á quien gozase el más ténue favor tuyo, primero me hubiera yo separado de la vida que de donde habitabas. Pero ni una sola mirada de bondad me fué dable conseguir en recompensa de los tormentos que por causa tuya me despedaban.

—¡Tormentos, Luis!

—¿Y no es tormento amar hasta el grado de besar la tierra donde imprime sus huellas el objeto de mis afanes? ¿y sin embargo, no hallar recompensa alguna en palabras, ni amistosa mirada, ni señal ó símbolo de que el ser divino, idolatrado en lo más recóndito de mi corazón, piensa un instante en su pretendiente sino para considerarle como á un vagamundo ó aventurero descabellado?

—Nadie que te conozca á fondo, Luis, podrá tener de tí semejante idea.

—Un millon de gracias valen esas pocas palabras, gentil doncella, y diez millones la sonrisa con que las has acompañado. Fácil te era amoldarme á todos tus deseos.

—¿A mis deseos, Luis?

—Sí: á todas tus severas ideas de sobriedad y dignidad de conducta, solo con que sintieras hácia mí el interés suficiente para dejarme comprender que mis acciones pueden proporcionarte placer ó disgusto.

—¿Cómo puede ser de otro modo? ¿Te serían indiferentes acaso los procederes de una persona á quien desde la niñez hayas conocido y estimado como á un amigo?

—¡Estimado! ¿es posible, Mercedes bendita, que confieses hasta eso poco en mi favor?

—No es poco el estimar, sino mucho, Luis. Los que aprecian la virtud nunca estiman á los indignos, y es imposible conocer tu excelente corazón y noble ánimo sin estimarte. Nunca, te aseguro, he ocultado mi aprecio de tí, ni de ningun otro.

—¿Nada has ocultado, Mercedes? ¡Ah! completa una condescendencia tan celestial, y confiesa, aunque solo sea con una leve alusion, que otro blando sentimiento se ha mezclado alguna vez con ese aprecio de que hablas.

Ruborizóse Mercedes, pero se negó á hacer la confesion que su apasionado exigia. Pasóse en verdad un rato ántes que le diese la más leve respuesta: y

cuando habló fué vacilante y con frecuentes interrupciones, cual si recelase la propiedad ó discrecion de lo que iba á decir.

—Mucho y en lejanas regiones has viajado, Luis, y perdido algun favor en la córte por tu aficion á esas romerías; ¿por qué no intentas readquirir la confianza de tu tia por los mismos medios que te la enajenaron?

—No te entiendo. Ese es un consejo muy original en tí, que eres la circunspeccion personificada.

—Los prudentes y los discretos tienen buena idea de sus propias acciones y palabras, y por eso ha de confiarse preferiblemente en ellos. Parece que te han sorprendido las osadas opiniones del señor Colon, y al paso que te mofas de ellas, advierto que no han dejado de impresionar tu ánimo.

—En adelante te miraré con mayor respeto, Mercedes; porque has penetrado más hondo que mi necia afectacion de menosprecio y mi liviandad de lenguaje, descubriendo el verdadero sentimiento que encubrian. Desde que oí hablar por la primera vez de tan vasto designio, no se ha separado un instante de mi imaginacion; y la imágen del genovés ha estado presente siempre á mis ojos, á par de la tuya, Mercedes querida, por no decir grabada en mi alma. No dudo que encierren alguna verdad sus opiniones, porque tan noble idea no puede ser del todo falsa.

Claváronse en el rostro de Luis los interesantes y rasgados ojos de Mercedes, acrecentándose su brillo á medida que cierto oculto entusiasmo, que moraba en su corazon, se encendia despidiendo sus reflejos por aquellos resquicios de los sentimientos del alma.

—*Hay*, contestó con solemnidad la doncella, y *ha de haber* en ellas verdad infalible. El genovés ha sido inspirado por el cielo con su pensamiento sublime, y conseguirá, más temprano ó más tarde, patentizar su certidumbre. ¡Qué idea tan sublime ver á una nave dirigir su rumbo al rededor de esta tierra; y de su extremo oriental, comarca del pagano, traída á íntima comunicacion con el nuestro; y la Santa Cruz extendiendo su sombra bienhechora bajo el sol ardiente de Catay! ¡Estas son anticipaciones gloriosas y celestiales! ¿Y no se adquiriria un renombre imperecedero, quien participara de la honra de haber contribuído á tan grande descubrimiento?

—¡Por los cielos, que he de ver al piloto tan luego como aparezca el sol de mañana, y me ofreceré á acompañarle en su empresa! Oro no habrá de faltarle, si es su único apuro.

—¡Hablas como mancebo castellano, generoso y noble, cual eres! dijo doña Mercedes con un entusiasmo que la hacia prescindir de su discrecion habitual, y como conviene á Luis de Bobadilla. Pero á ninguno de nosotros sobra hoy dinero, y los medios para abastecer los preparativos no caben en las facultades de ningun vasallo. Ni tampoco es conveniente que otros sino los soberanos envíen semejante expedicion, pues, si el éxito es fausto, puede haber vastos territorios que conquistar y regir. Mi poderoso deudo el duque de Medina-Celi ha considerado maduramente el asunto, y contemplólo en una luz favorable, como lo manifestó en cartas á sus altezas; si bien lo supuso de demasiado peso para que nadie lo emprendiese sino un monarca, influyendo

al mismo tiempo con la reina nuestra señora para que acogiese la solicitud del genovés. Toda ayuda es pues ociosa, á no ser que sus altezas mismas sean quienes la dispensen.

—Bien sabes, Mercedes, que poco puedo valerle á Colon en la córte. El rey es enemigo de cuantos no son tan desconfiados, frios y adictos á los artificios como su propia persona.

—¡Luis, mira que estás dentro de su palacio, debajo de su techo, disfrutando de su hospitalidad y proteccion!

—¡Yo no! respondió con calor el mancebo; esta es la morada de mi regia señora doña Isabel; pues Granada es conquista de Castilla y no de Aragon. Respecto á la reina, siempre me oirás hablar de ella con el respeto debido, pues, como tú, es cuanto hay en dama de virtuoso, gentil y amable; pero en el rey se hallan muchos de los defectos de nosotros los hombres corrompidos. No podrás citarme tan siquiera uno de los mancebos generosos y desprendidos pertenecientes á la nobleza de Aragon, que ame á D. Fernando con cordialidad y confianza; mientras Castilla entera adora á doña Isabel.

—Puede ser verdad en parte, Luis, pero es imprudente. D. Fernando es rey, y yo colijo de la poca experiencia que me ha dado mi permanencia en la córte que con los que manejan los negocios se debe ser tolerantes en sus deslices; pues si no, la depravacion humana invalidará siempre las medidas más acertadas. Además, ¿quién puede estimar de veras á la esposa sin querer al marido? Parece que el vínculo que los une es tan estrecho, que deja identificados sus caractéres y virtudes.

—¿Supongo que no pretendes comparar la piedad modesta, verdad santa, virtud sincera de nuestra regia ama, con la suspicaz y astuta política de nuestro caviloso señor?

—No es mi ánimo hacer comparaciones, Luis. Estamos obligados á obedecerlos en honor y lealtad; y si doña Isabel tiene por dotes mayor franqueza y sencilla ternura que su esposo D. Fernando, ¿no sucede siempre lo mismo entre hombres y mujeres?

—Si pudiera suponer que me ponias en parangon con ese artificioso monarca, tanto como te quiero, Mercedes, me apartaria de tí para siempre.

—Nadie te comparará, Luis, á los falsos de lengua ó de doble cara; porque es uno de tus defectos hablar la verdad cuando sería mejor coserse los labios, como tu presente conversacion lo manifiesta, y mirar á los que te desagradan, cual si estuvieses siempre dispuesto á enristrar la lanza y meter espuelas á tu caballo para embestirles.

—Muy venturosas han sido mis miradas, pues que han grabado en tí semejantes recuerdos, Mercedes hermosa, respondió el mancebo en tono de convencion.

—No hablo respecto á mí, pues siempre te has ostentado para conmigo cariñoso y gentil, interrumpió la virgen castellana, tan apresurada, que la hizo subir la sangre al rostro inmediatamente, sino para que en adelante seas más reservado en tus observaciones atento al rey.

—Empezaste diciendo que yo era un vagamundo.

—No he usado por cierto de semejante vocablo, D. Luis; vuestra *tía* pudo haberlo proferido quizás; pero nunca sería con intención de ofenderos. Dije que habíais viajado *mucho y en comarcas lejanas*.

—Está muy bien; merezco el nuevo *don* con que me honras otra vez; me dices que he viajado *mucho*, y me hablas, con aprobación del proyecto del genovés. ¿Es acaso tu objeto y deseo que yo me aliste en esa expedición?

—Tal es lo que pretendí insinuarte, Luis; porque la juzgo empresa digna de tu ánimo esforzado y anhelosa espada, al paso que la gloria del suceso repararía un millar de yerros cometidos en el calor indiscreto de la mocedad.

Contempló D. Luis largo rato las encendidas mejillas y brillantes ojos de la bella entusiasta en silenciosa y atenta observación; porque los celos y la duda le hincaban sus garras destrozadoras, y con la desconfianza del verdadero afecto examinó sus méritos para interesar á un sér tan amable, y le asaltaron dudas sobre los motivos que la indujeran á desear su partida.

—¡Ojalá me fuese dado leer en tu corazón, Mercedes! prosiguió al fin el manco; porque mientras la modestia encantadora y la reserva de tu sexo solo sirven para encadenarnos más, perplejan el ánimo de los hombres más acostumbrados á los rudos encuentros de la lid. Deseas que me embarque en una aventura que la mayor parte de los hombres, á cuya cabeza se halla el sabio y prudente D. Fernando,... á ese á quien tú tanto estimas,... consideran como proyecto de un visionario, y como precipicio de segura destrucción! Si tal pensara, partiría mañana mismo, solo para que mi odiosa presencia no turbase jamás tu felicidad.

—D. Luis, infundada es tan cruel sospecha, dijo Mercedes, procurando castigar la desconfianza de su amado con afectado resentimiento, aunque las lágrimas luchaban á través de su orgullo y caían de sus ojos reprochadores. Sabes muy bien que ni aquí ni en parte alguna hay quien mal te quiera; no ignoras que eres un favorito universal, y aunque la prudencia y formalidad castellana no siempre consideren tu vida vagarosa con el mismo aplauso que le merece la del cortesano más arreglado ó hidalgo más comedido.....!

—¡Perdóname, idolatrada Mercedes! tu frialdad y aversión me vuelven el juicio algunas veces.

—¡Frialdad! ¡aversión! ¡Luis de Bobadilla! ¿Cuándo te ha mostrado Mercedes una ni otra?

—Creo que en este momento me estás dando pruebas de entrambas.

—Entonces poco sabidos te son sus motivos, y mal aprecias su corazón. No, Luis, no te odio, ni quisiera parecer indiferente hacia tí. Si tus obstinados sentimientos tal te domeñan, de tal modo te punzan, seré más explícita en mis palabras. Sí, más bien que te llesves una falsa idea y te sumerjas de nuevo en alguna descabellada aventura marítima, sojuzgaré el orgullo que como doncella me corresponde, y olvidaré la reserva y cautela que más convienen á mi sexo y rango, á fin de solazar tus mientes. Al aconsejarte que sigas las fortunas de ese Colón y que abracés sus nobles designios, tuve á la vista tu propia felicidad, así como tú, una y mil veces me has jurado, que solo yo puedo asegurar la tuya...

—¿Qué quieres decir, Mercedes? ¡Mi felicidad solo puede afianzarse enlazándome contigo!

—Y tu union conmigo solo puede asegurarse ennobleciendo tú esa propension á las romerías con alguna hazaña digna y célebre, que justifique á doña Beatriz al conceder la mano de su pupila á un sobrino andariego y te granjee la gracia de doña Isabel.

—Y tú ¿tambien serias galardón de tan azarosa ventura?

—Luis, si quieres saberlo todo, ese galardón lo has alcanzado ya; refrena tu impetuosidad, y escucha lo que voy á decirte. Aun cuando te confieso más de lo que está bien á una doncella, no has de suponer que voy á olvidarme del todo. Sin el benévolo consentimiento de mi tutora y beneplácito de su alteza no contraeré matrimonio con caballero alguno, no..... ni aun contigo, Luis de Bobadilla, por muy caro que seas á mi corazón—los afectos de femeníl ternura casi ahogaron en copiosas lágrimas estas palabras—me casaría, sin las sonrisas y felicitaciones de cuantos tienen derecho á regocijarse ó llorar por las prosperidades de los de la casa de Valverde. Tú y yo no podemos casarnos como un zagal y una pastora; tenemos que recibir la bendición nupcial de mano del prelado á presencia de amigos que honren y aprueben nuestra union. ¡Ah! Luis, me has reprochado de frialdad é indiferencia hácia tí—los sollozos casi ahogaban á la generosa doncella,—pero no todos han sido tan ciegos como tú; no.... no hables, déjame desahogar ahora que reboza mi corazón, porque temo que la vergüenza me obligue á arrepentir de lo que te confieso... todos empero no han sido tan ciegos como tú. Nuestra sabia reina conoce harto bien el corazón humano, y há tiempo penetró lo que tan lerdo has sido en descubrir; y solo su penetracion, tanto de ojos como de pensamiento, me ha impedido decirte con mayor premura una parte de lo que ahora te confieso con tanta repugnancia.

—¡Cómo! ¿es tambien mi enemiga doña Isabel? ¿tambien tengo que vencer los escrúpulos de su alteza, amen de los de la insulsa y gazmoña de mi tia?

—Luis, tu fogosidad te impele á ser injusto. Léjos de ser insulsa y gazmoña, doña Beatriz es lo contrario. Nunca espíritu más sincero y generoso supo sacrificarse á la amistad, al paso que la sencillez es el atavío de su naturaleza. Muchas de las cualidades que amo en tí, provienen de su sangre, y no debias vituperarla por eso. Respecto á su alteza no creo sea necesario que yo preconice sus relevantes prendas. Sabes que se la venera como madre del pueblo; que mira con igual interés á todos, hasta donde sus conocimientos alcanzan; y que cuanto hace en favor de cada uno lo concede siempre con verdadero afecto y con una prudencia, que como yo misma he oido al cardenal, parece inspirada por la divina sabiduría.

—Ay, Mercedes, fácil es parecer benévola, prudente é inspirada, teniendo por trono Castilla y Leon, y otros opulentos reinos por escabel.

—Luis, si te importa conservar mi afecto, contestó la sincera doncella con gravedad desnuda de la flaqueza de su sexo, aunque mucho de su veracidad, no hables con ligereza de mi regia señora. Cuanto en esta materia ha hecho se lo han inspirado los sentimientos y la bondad de una madre, y

tu injusticia me hace recelar que tambien lo ha hecho con la mayor sabiduría.

—¡Perdóname, adorada Mercedes, mil veces más querida é idolatrada que ántes, ahora que has tenido conmigo tanta generosidad y confianza! Pero no puedo descansar en paz hasta que me digas cuanto con referencia á mí ha hecho ó dicho la reina.

—Sabes muy bien cuán buena y generosa se ha manifestado siempre su alteza conmigo, Luis, y cuán justa soy en mostrarme reconocida á sus muchos favores. No sé como sucede, pero lo cierto es que miéntras tu tia jamás ha parecido descubrir mis sentimientos, ceguedad que han participado todos mis deudos, los ojos regios penetraron un secreto, que en aquel instante, segun creo, se hallaba oculto hasta de mí misma. ¿Te acuerdas de aquel torneo que tuvo lugar poco ántes de emprender tu última y loca expedicion?

—¿No me he de acordar? ¿No fué tu frialdad despues de mi triunfo en aquel torneo, donde hasta tus favores me engalanaban, la que me arrojó de España, y casi me hubiera lanzado del mundo?

—Si el mundo pudiera imputar tus hechos á causa semejante, todos los obstáculos desaparecerian y felices pudiéramos ser sin otros esfuerzos. Pero, y Mercedes se sonrió con socarronería, aunque con gran ternura en su voz y miradas, temo que tengas demasiada aficion á esos arranques de locura, y que jamás dejes de desear te arrojen á los últimos límites de la tierra cuando no fuera de sus lindes.

—En tu poder está en fijarme tan firmemente como las torres de esta Alhambra. Si yo tuviera diariamente una de esas sonrisas, me verias encadenado á tus piés como un cautivo moro, sin mas deseo que contemplar tu hermosura. Pero su alteza... te has olvidado añadir lo que su alteza dijo.

—En ese torneo fuiste vencedor, Luis. Toda la caballería de Castilla estaba en el arzon aquel glorioso dia, pero nadie pudo competir con tu brazo. Hasta Alonso de Ojeda fué desensillado por tu lanza, y todas las bocas se llenaron de tus encomios, y todas las memorias... tal vez sería más exacto decir todas ménos una... olvidaron tus yerros.

—¡Y esa fué la tuya, Mercedes!

—Bien sabes que no, Luis. En aquel dia solo me acordé de tu hidalgo corazon, de tu varonil conducta en la liza, y de tus buenas cualidades. La memoria más fiel fué la de la reina, quien me mandó subir á su gabinete luego de concluirse los festejos, y quiso pasara con ella una hora en blando y afectuoso coloquio ántes que tocase en lo más leve el objeto verdadero de su cita. Háblome, Luis, de nuestros deberes como cristianas, de nuestras obligaciones como damas, y especialmente de los solemnes compromisos que acarrea el matrimonio, y de las muchas penalidades, que á buen escapar, acompañan estado tan honorífico. Luego que me hubo derretido en lágrimas, obra de un afecto que igualaba á la ternura de una madre, me hizo prometer. Y yo lo confirmé con voto respetuoso, que jamás me presentaría como novia delante del altar miéntras su alteza viviese, sin que estuviera presente para aprobar mis juramentos; ó si se hallase impedida, á lo ménos sin su consentimiento por medio de su regia firma.

—¡Por san Dionisio de Paris! ¡Su alteza trató de prevenir en contra mia tu purísima y generosa voluntad!

—Ni siquiera mencionó tu nombre, Luis; ni su discurso hubiera tenido relación alguna contigo, á no ser porque mis pensamientos se dirigian involuntariamente hácia tí. El objeto de su alteza todavía lo ignoro; pero tal vez la susceptibilidad, que evocó tu imágen á mis mientes, hizomé sospechar que fuese el objeto de la reina impedir me casara entónces sin su permiso. Pero conociendo hasta tal punto su corazón maternal y su cariñoso afecto, ¿cómo puedo dudar que acceda á mis deseos cuando sepa que mi eleccion no es de ellos indigna, aun cuando parezca á ojos severos hasta cierto punto indiscreta?

—¿Pero tú imaginas, Mercedes, que fuese por temor á mí que te exigiera doña Isabel esa promesa?

—Tal recelo, como te he confesado con mayor prontitud de la que convenia al orgullo de una doncella, porque te hallabas más vivo que ningun otro en mi memoria. Además, que tus triunfos durante todo aquel dia y el modo con que tu nombre estaba en boca de todos, deberian inclinar los pensamientos á fijarse en tu persona.

—Mercedes, no puedes negarme que fué por temor á mí que su alteza te exigió ese voto.

—Nada pretendo negar que verídico sea, Luis, y ya enseñándome estás á arrepentirme de la indiscreta confesion que he hecho. Niego que por tí hablaría su alteza, pues no creo que tales sentimientos contra ti la animasen. Llena estaba de afecto maternal hácia mí, y creo, pues nada quiero ocultar de cuanto sepa, que el recelo de tus facultades para agradar puedan haberla inducido á temer que una huérfana como yo pudiera consultar su fantasia más que su prudencia, y enlazarse con uno á quien más le complacieran los límites del mundo que sus nobles castillos y su propia casa.

—¿Y piensas respetar ese voto?

—Luis reflexionas poco en tus palabras, ó no me harias tal pregunta. ¿Qué doncella cristiana puede olvidar nunca sus votos, sea de peregrinaciones, penitencias ó cumplimiento de..... ¿y por qué habré de ser la primera que incurra en ese deshonoroso borrón? Además, aunque nada hubiera prometido, el deseo de la reina, expresado por sus reales labios, fuera suficiente para impedirme contrajese matrimonio con caballero ninguno. Es mi soberana, y casi pudiera decir mi madre: apenas le sería dado á doña Beatriz misma mostrar un interés más vivo por mi porvenir. Ahora, Luis, preciso es que escuches mi súplica; aunque dispuesto te veo á exclamar locas invocaciones; pero te he oido con paciencia algunos años, y ahora me toca hablar, y á tí prestarme atención. Creo en mi ánima que te tuvo la reina presente al exigir mi voto, el cual pronuncié voluntariamente, y no me lo arrancó por fuerza la soberana, como quieres suponer. Supongo previese doña Isabel que habia cierto peligro en que accediera á tu pretension y se imaginara que un caballero tan aficionado á romerías no fuera el más adecuado para labrar la felicidad de una familia. Pero, Luis, si no ha hecho su alteza justicia á tu noble y generoso corazón, si las apariencias la han engañado, así como á muchos

de los que la rodean; en fin, si no te conoce á fondo, ¿no tienes tú mismo la culpa? ¿No has andado largo tiempo errante léjos de Castilla, y aun cuando has regresado á ella, te se ha visto asistir con puntualidad y celo á los actos de la córte, cual conviene á tu alto rango y reconocidos derechos? Verdad es que la reina, así como todos los que presentes se hallaron al torneo, atestiguó tu destreza, y que en el trascurso de la reciente guerra se ha hecho más de una vez mencion honorífica de tu nombre, en virtud de tus hazañas contra el moro; pero miétras la imaginacion de la dama rinde homenaje á estos actos varoniles, el corazon de la mujer suspira tras de otras virtudes más serenas y blandas, cabe el hogar y dentro del círculo doméstico. Esto lo ha previsto doña Isabel, y lo siente, y lo conoce, por muy feliz que haya sido su casamiento con D. Fernando; ¿será pues extraño que se tome tanto interés por mí? No, Luis; el pesar te ha hecho injusto con mi regia ama, que te interesa hacerte propicia, si eres sincero en los deseos que manifiestas de obtener mi mano.

—¿Y cómo podré conseguirlo, Mercedes? el moro está conquistado, é ignoro quien quiera batallar conmigo para disputarme tu favor.

—Nada de eso espera la reina de tí... ni tampoco yo. Ambas sabemos que eres un completo caballero cristiano, y como acabas de decir, no hay quien quiera medir contigo su lanza, porque á ninguno se le ha alentado para que pudiese justificar semejante locura. Solo por medio de ese Colon has de ganar el regio consentimiento.

—Creo haber entendido en parte lo que quieres darme á conocer; pero quisiera que me hablases con mayor claridad.

—Te lo diré con palabras tan inteligibles como pueda mi lengua, repuso la ferviente doncella, miétras que el carminado matiz de la ternura ruborizaba su rostro resplandeciente ya con sagrado entusiasmo. Ya sabes las teorías generales de Colon y el modo con que se propone llevar á cabo sus miras. Todavía era yo niña cuando se presentó en Castilla por primera vez para solicitar de la córte se interesase en esta grande empresa, y muchas veces he visto á su alteza dispuesta á favorecer sus pretensiones; pero ya la desconfianza de D. Fernando, ya la preocupacion de sus ministros, han desalentado sus propósitos. Creo que en la actualidad ha vuelto la reina á patrocinar el proyecto, porque há poco que Colon, quien se despidiera de todos con intencion de abandonar á España y buscar recursos en naciones extranjeras, ha sido llamado de nuevo á la córte por influjo de fray Juan Perez, antiguo confesor de su alteza real. Ahora se encuentra aquí aguardando con ansia una audiencia, y solo se necesita interesar á la reina un poco más para que obtenga el navegante la gracia que solicita. Si consigue las caravelas que pretende, no hay duda que muchos nobles desearian participar de una empresa, en la cual cabrá eterno honor á todos los interesados en ella, si su éxito fuere feliz; y tu podías contarte en su número.

—No sé cómo entender esta solicitud, Mercedes; pues me parece extraño aconsejar y aun impeler á los que tan caros nos son á tomar parte en una aventura, de la cual puede que nunca tornen.

—Dios te protegerá, exclamó la doncella con el rostro encendido de piadoso ardor; la empresa tendrá por objeto su santa gloria, y su poderosa mano servirá de guía y escudo á las caravelas.

Sonrióse D. Luis de Bobadilla, pues que tenia ménos fé religiosa y mayor conocimiento que su amada de los obstáculos materiales que pudieran ofrecerse al buen éxito de la expedicion. Haciendo pues plena justicia á sus motivos, no obstante algunas dudas sucintamente expresadas, agradóle la aventura, pues que alhagaba su inclinacion natural á correrías y su deseo de exponerse á riesgos. Conoció á par que doña Mercedes que habia ganado con sus propios puños, por decirlo así, que se desconfiase de su carácter, único obstáculo al logro de sus deseos; y como era bastante agudo ocurriósele al punto por qué medios obtendria el beneplácito de doña Isabel. Quedaron pues resueltas las únicas dudas que aun le mortificaban en virtud de la siguiente pregunta:

—Si se halla dispuesta su alteza á favorecer á Colon, ¿por qué se ha demorado tanto tiempo el asunto?

—La guerra de los moros, lo exhausto del erario y el carácter circunspecto del rey han tenido la culpa.

—¿Y no es probable que su alteza considere á los secuaces de ese hombre como á otros tantos necios visionarios, en caso de que el éxito no corone nuestros afanes, como es muy dable suceda... si acaso volvemos?

—No es ese el carácter de doña Isabel. Ella entrará en el proyecto para mayor gloria de Dios, si llega á abrazarlo; y considerará á cuantos acompañen á Colon como á otros tantos cruzados, bien merecedores de su aprecio. No volverás sin buen éxito Luis, sino con tal renombre que envanecerá á tu esposa de su eleccion y gloriarse en tu apellido.

—Eres una divina entusiasta, queridísima doncella. Si pudiera llevarte conmigo, me embarcaria en la expedicion sin ningun otro compañero.

No quedó sin la réplica correspondiente tan galante salida, despues de la cual discutióse el asunto con mayor calma, y ciertamente en conceptos más inteligibles. Consiguió D. Luis moderar su impaciencia, y la generosa confianza por medio de la cual llegó á confesarle Mercedes el afecto que le tenia, unida al dulce y santo interés con que manifestaba la doncella las probabilidades de buen éxito que su imaginacion la representara, indujo por fin al mancebo á considerar la empresa como un objeto sublime, más bien que como un proyecto que halagase su aficion á aventuras.

Habia dejado doña Beatriz á los dos novios solos por espacio de dos horas, porque la reina la ocupara ese tiempo; despues volvió, y su vagamundo, indiscreto, á par que noble y bondadoso sobrino, despidióse á poco. Sin embargo, Mercedes y su tutora no se retiraron á descansar hasta la media noche; porque la primera abrió su corazon de par en par á doña Beatriz, refiriéndole circunstanciadamente el coloquio que habia tenido con su amartelado, y explicándole sus esperanzas y la relacion de estas con la empresa del piloto genovés. Agradó esta confesion á la marquesa, aunque en parte la desazonara, al paso que se sonreia de la habilidad del amor en juntar á los

grandes designios de Colombo el feliz realizamiento de sus propias ilusiones. Era Luis de Bobadilla hijo del único hermano de doña Beatriz, y esta habia trasferido al sobrino todo el afecto que profesara á su padre. En verdad, cuantos conocian al mancebo se prendaban de su honradez y bizarría, aunque los más prudentes solian mirar con ceño sus indiscreciones; y fácil le hubiera sido escoger una esposa entre las más bellas y nobles vírgenes de Castilla, á excepcion de alguno que otro caso, en que se hallase la circunspeccion y reserva que denotan principios poco comunes y cierta prevision que se extiende más allá de las usuales consideraciones del matrimonio. Asi es que la marquesa de Moya prestó voluntario oído á la relacion de su pupila, y ántes de separarse para descansar lo que quedaba de la noche, la sencilla Mercedes, con su ingénuo y modesta confesion, vehemente elocuencia y candorosa sinceridad, habia casi ganado á su partido á la prudente y experimentada doña Beatriz.

CAPÍTULO VI.

Id en busca de siglos que pasaron,
 Y preguntad sus glorias que se hicieron:
 ¿Dó están los viejos sabios que enseñaron
 Al hombre de las eras que existieron?
 ¿Los guerreros dó están que conquistaron
 Los pueblos que ser libres no supieron,
 En fin, aquellos que su imperio ancharan
 Hasta donde los mundos alcazaran?

RUINAS DEL TIEMPO.

Dos ó tres dias trascurrieron ántes que los cristianos se hallasen cómodamente establecidos en las antiguas sedes del poder mahometano. A pesar del breve espacio, así en la ciudad como en la Alhambra, reinaba mayor orden que en los momentos de anterior prisa, algazara, tristeza, delicia y pesadumbre que acompañaron á la toma de posesion y consiguiente desalojamiento. Además, como el político y tolerante Fernando expidiera órdenes severas para que los moros fuesen tratados, no solo con bondad, sino con consideracion, comenzó á tranquilizarse gradualmente el aspecto de las cosas y á proseguir la poblacion sus acostumbradas tareas, entregándose sin recelo á sus antiguas ocupaciones.

Como era de esperar, asediaban al rey cuidados nuevos; pero su ilustre consorte, quien se reservaba para las grandes ocasiones, ejercitando sus facultades ordinarias en la manera tranquila y suave tan adecuada á su sexo y disposicion natural como á su piedad y sincero candor, habiase ya sustraído, en cuanto lo permitian su rango y autoridad, del boato y marciales escenas de una córte belicosa, buscando con su acostumbrado afan el retiro consagrado á los íntimos afectos y á las relaciones privadas que tanto congenian con los sentimientos más blandos del sexo hermoso. Rodeábanla sus hijos, quienes poseian gran parte de sus esmeros maternos; pero tambien dedicaba Isabel algunas horas á la amistad y á la bondad de un cariño que parecia incluir á todos sus súbditos en los lazos de su propia familia.

En la mañana del tercer dia que sucedió á la noche de la entrevista referida en el capítulo precedente, tenía reunidos la reina al rededor de sí á unos á cuantos privilegiados sugetos, que gozaban admision á sus horas más privadas; pues que mientras la córte de Castilla era celebrada entré las de la cristiandad por su severa etiqueta, cuyo hábito tal vez adquiriera de los pomposos usos orientales de sus mahometanos vecinos, la naturaleza afectuosa de Isabel ceñia su privado círculo de cierta benéfica aureola, que lo hacia grato á cuantos disfrutaban el alto honor de ser admitidos en él. Por aquellos tiempos gozaban los eclesiásticos una especie de favor exclusivo, mezclándose en todos los asuntos mundanos, y hasta con frecuencia dirigiéndolos, en bien de la religion y prosperidad de España.

Contábase entre los presentes á Fernando de Talavera, prelado de excelso rango, que acababa de ser promovido á la nueva dignidad de arzobispo de Granada, y á fray Pedro del Carrascal, antiguo ayo de Luis de Bobadilla, teólogo sin prebenda que debía el favor que en la córte disfrutaba á la sencillez de su carácter y á su noble cuna. Estaba sentada Isabel junto á una mesita, donde ejercitaba su aguja, siendo el objeto de su tarea la muy casera ocupacion de coser una camisa para el rey su esposo, pues hacia parte de sus propensiones feménils la de desempeñar este humilde deber, con tanta escrupulosidad como si hubiese sido consorte del artesano más oscuro de su propia capital. Era esa sin embargo una de las modas de aquel siglo, ó más bien una parte de la política de las princesas; pues el mayor número de los que viajan en busca de monumentos históricos ha visto la famosa silla de montar que perteneció á la reina de Borgoña, la cual tiene en el pomo un sitio destinado para colocar la rueca, á fin de que siempre que su dueña cabalgara, pudiese ocuparse en hilar, y ofrecer á sus admirados súbditos un ejemplo de laboriosa economía. Tambien nuestros propios ojos, en estos tiempos de boato, cuando muy pocas señoras particulares condescienden en tocar una cosa tan útil como la de costura que ocupaba la aguja de doña Isabel la Católica, hemos visto á una reina sentada entre sus regias hijas, ocupada tan laboriosamente con su hilo y tijeras, cual si su subsistencia dependiera de su industria (1). Pero doña Isabel no conocia la afectacion; en sentimientos, discursos,

(1) ¿Aludirá el autor á la esposa del ex-rey de los franceses Luis Felipe de Orleans?

y obras, era la verdad misma; y la ternura matrimonial le prestaba un placer íntimo al hallarse ocupada así en obsequio de un esposo á quien amaba, al paso que no se le ocultaban sus defectos como monarca. Cabe ella estaba sentada la compañera de sus días juveniles, la afectuosa y bien probada Beatriz de Cabrera. Ocupaba Mercedes un escaño á los piés de la infanta Isabel, y dos ó tres damas favoritas de la servidumbre estaban á corta distancia, diferenciándose en aquellas imperceptibles distinciones de rango que denotaban hallarse presente la reina, aunque con tal libertad, que hacia decorosas estas observancias indispensables de forma, sin hacerlas penibles. El mismo rey estaba escribiendo en una mesa colocada en un apartado rincon de aquel vasto aposento, y nadie, ni aun el recién creado arzobispo, presumia aproximarse de aquel lado de la vivienda. Sosteníase el coloquio en voz más sumisa que de ordinario; y hasta la reina, cuya voz era la pura melodía, modulaba sus tonos de manera que no interrumpiesen la serie de pensamientos en que su ilustre consorte parecia hallarse profundamente sumergido. Pero, en el preciso momento que ahora queremos presentar al lector, habia estado Isabel absorta por largo rato en honda meditacion, y un silencio general reinaba en el círculo que rodeaba las mesitas de costura.

—Hija marquesa, pues así solia la reina dirigirse á su amiga; dijo Isabel, rompiendo su largo silencio, ¿se ha visto u oído algo últimamente del señor Colon, de aquel piloto que tanto nos ha instado sobre el asunto del viaje á Occidente?

Las rápidas é inquietas miradas de inteligencia y satisfaccion que cruzaron entre Mercedes y su tutora, dieron á conocer cuanto les interesaba la pregunta, mientras la última contestó en los términos que convenian á su respeto con su regia ama.

—Podeis acordaros, señora, que fuè invitado á venir por cartas que le remitiera fray Juan Perez, antiguo confesor de vuestra alteza, quien emprendió el viaje á la córte desde su convento de Santa María de Rábida, en las Andalucías, para interceder en su favor, á fin de que no perdiese Castilla los frutos de tan gran proyecto.

—Segun eso, hija marquesa, supones que sus designios son grandiosos.

—¿Y quién puede dudarlo, señora? Parecen muy razonables y sencillos: luego, ¿quién no calificará de grande una empresa dirigida á ensanchar los límites de la iglesia de Dios y á conferir honra y riquezas al estado? Mi entusiasta pupila Mercedes de Valverde, es una defensora tan acérrima de los vastos proyectos de ese navegante, que despues de sus deberes para con Dios y sus soberanos, parece constituir esta idea el afan de su vida.

Volvióse risueña la reina hácia la ruborizada doncella, objeto de esta observacion, y contemplóla un instante con la expresion de afecto que solia tan á menudo iluminar su amable rostro al contemplar las facciones de sus propias hijas.

—¿Es así, Mercedes? dijo Isabel: ¿te ha convencido Colon hasta el punto de hacerte tan admiradora de sus planes?

Levantóse Mercedes con respeto luego que la reina le dirigió el habla, y

acercóse uno ó dos pasos á la real persona ántes de ofrecerle su respuesta.

—Bien me está hablar con recato en vuestra presencia, señora, dijo la bella doncella; pero no negaré que me interesa sobremanera el buen éxito de las pretensiones del señor Colon. Es tan noble su pensamiento, señora, que lástima sería que justo no fuese.

—Así raciocina la gente moza y dotada de nobles mientes; y te confieso, Beatriz, que á veces, al considerar esta materia, me vuelvo yo misma tan crédula como los demás. ¿Pero se encuentra todavía aquí el piloto Colon?

—Sí, señora, aquí está, respondió Mercedes con ahinco y con una premura de que al instante se arrepintió, porque no se dirigia á ella la pregunta. Conozco á un sugeto que le vió el día mismo que las tropas tomaron posesion de la ciudad.

—¿Y quién es ese sugeto? preguntó la reina con entereza, aunque sin severidad, fijando de nuevo la vista en el rostro de la doncella, con un interés que parecia acrecentarse á medida que la cõtemplaba.

Sintió amargamente Mercedes su indiscrecion, y á despecho de un poderoso esfuerzo para reprimir sus sensaciones, la sangre denunciadora se le subió á las sienes ántes que tuviese resolucion para replicar.

—D. Luis de Bobadilla, sobrino de mi tutora doña Beatriz, contestó por último la doncella; porque el amor á la verdad era más fuerte en su corazon sin mancilla que el recelo de la vergüenza.

—Sois demasiado específica, señorita, observó Isabel con serenidad, pues la aspereza rara vez intervenia en sus coloquios con los buenos y sanos de alma. D. Luis pertenece á una familia demasiado ilustre para necesitar heraldo que preconice sus parentescos. Solo con los ignobles se muestra el mundo poco interesado en saber quienes sean. Hija marquesa, añadió la reina, aliviando á Mercedes de un estado de violencia poco ménos penoso que el de la tortura al volver la vista hácia su amiga; ese sobrino tuyo es un vagamundo confirmado... pero me parece difícil que emprendiese la expedicion que el genovés se propone para gloria de Dios y beneficio del estado.

—En verdad, señora.... Mercedes reprimió su celo en virtud de un esfuerzo súbito.

—¿Qué ibas á decir, Mercedes? observó con gravedad la reina.

—Suplico á vuestra alteza me perdone; obré con irreflexion, pues no á mí fuéron dirigidas vuestras palabras.

—No es esta la córte de la reina de Castilla, hija mia, sino el aposento de Isabel de Trastámara, contestó la soberana, deseosa de dulcificar el efecto de lo que ya habia pasado. Circula por tus venas la sangre del almirante de Castilla, y hasta deuda eres del rey nuestro señor. Habla pues con franqueza.

—Conozco, señora, la bondad que vuestra alteza me dispensa, y casi me olvidé á mí misma, alentada con su influjo. Cuanto tenia que decir era que D. Luis de Bobadilla anhela con todas veras que el señor Colon consiga las caravelas que pretende, y que él mismo intenta solicitar el real permiso para alistarse en el número de los aventureros.

—Es así, Beatriz?

—Señora, Luis es un vagamundo fuera de toda duda; pero no le impelen á serlo motivos vulgares. Le he oido expresar con ahinco su deseo de ser uno de los secuaces de Colon, toda vez que ese navegante sea enviado por vuestra alteza en busca de Catay.

Sin replicarle Isabel soltó en las faldas su casera labor, y se mantuvo discursiva buen rato. Durante este intervalo ninguna de las damas que la rodeaban se atrevió á proferir una sílaba, y Mercedes se escurrió á hurtadillas para ganar su escabel á los piés de la infanta. Al fin, levantóse la reina, y atravesando el aposento, se acercó á la mesa en que D. Fernando se hallaba aun ocupado escribiendo. Detúvose allí un momento, cual si vacilase en interrumpirle; mas poniéndole cariñosamente la mano sobre el hombro, atrajo su atencion. El monarca, cual si desconociera de donde tan solo pudiera proceder semejante familiaridad, volvióse al momento, y levantándose del sitial, fué quien primero habló.

—Precisa tener en observacion á los tales moriscos.... dijo el rey, manifestando el camino por donde ya se anticipaban sus pensamientos para el engrandecimiento de su poderío. Veo que hemos dejado á Abdalá muchos lugares fuertes en las Alpujarras, que pueden convertirle en un vecino muy incómodo, á no ser que le enviémos más allá del Mediterráneo.

—De esto, Fernando, ya hablaremos en otra ocasion, interrumpióle la reina, cuya pura alma consideraba con disgusto cuanto tenia visos de falta de fe. Bastante trabajo cuesta á los que rigen los destinos de los hombres acatar la obediencia á Dios y los dictados de sus propias conciencias, sin ceder á la tentacion de faltar á los pactos prometidos. Pero vengo á hablarte sobre otra cosa. La confusion de los tiempos y la magnitud de nuestros negocios nos han hecho descuidar la palabra que dímos al navegante Colon.

—Siempre ocupada con tu aguja, Isabel, y para mi comodidad, observó el rey, jugando con la camisa que su regia consorte se habia traido en la mano sin advertirlo; pocos de nuestros súbditos tienen esposas tan previsoras y benignas como tú.

—Siempre tu felicidad y consuelo fuéron á mis ojos objetos tan secundarios á mi deber con Dios y al cuidado de mi pueblo, replicó Isabel, complacida de que el rey hubiese advertido aquel pequeño homenaje de su sexo, aun cuando sospechase que fuese un-efugio para evadir el objeto que con tanta predileccion la ocupaba entónces. Nada me atreveria á hacer en tan importante asunto sin tu completa aprobacion, toda vez que esta pueda conseguirse; al paso que me parece interesa á nuestra regia palabra el que no se demore por más tiempo. Siete años han sido una prueba cruelísima, y si no obramos con actividad, será probable que alguno de los románticos nobles del reino emprenda la aventura con la misma irreflexion que si fuese una zambra para refocilarse en la velada de algun santo patrono.

—Decis bien, señora; y desde luego pasaremos el asunto á manos de Fernando de Talavera, que ahí está, de cuya discrecion no puede haber duda. Mientras así hablaba el rey llamó por señas al sugeto mencionado, quien

al momento se acercó á los regios consortes. Arzobispo de Granada, prosiguió el ladino monarca, que tenia tantos dobleces como un moderno patriota de los que nunca pierden de vista su propio provecho; arzobispo de Granada, nuestra regia consorte desea que el asunto de Colon pase á consulta inmediatamente, y se dé cuenta á nos de él sin ulterior demora. Es de nuestro agrado que vos y otros peséis con madurez el proyecto en el término de veinte y cuatro horas, presentándonos reservadamente los informes que de su prolijo exámen resultaren. En el discurso del dia se os darán los nombres de vuestros colegas.

Mientras así Fernando daba al prelado las instrucciones correspondientes, leia este en la expresion de los ojos del monarca y en la fria serenidad de sus facciones cierto significado que no fué lerda en interpretar su aguda y experta cortesania. Sin embargo, dió á entender lo dispuesto que se hallaba en asentir; y recibió los nombres de sus colegas en la comision, de los cuales uno ó dos fuéron señalados por la reina, y luego se detuvo á tomar parte en el coloquio.

—Este proyecto de Colon necesita examinarse con mayor prolijidad; continuó el rey, luego que se arreglen los preliminares, y cuidado nuestro será que se investigue con la debida consideracion. Me han dicho que ese honrado navegante es muy buen cristiano.

—Así lo creo; tambien desea, si Dios favorece su empresa, su auxilio para el rescate del Santo Sepulcro.

—¡Hem! Tales designios no dejan de ser meritorios; pero el nuestro es más positivo para adelantar la fe verdadera; aludo á nuestra reciente conquista. Hemos elevado la cruz, esposa mia, donde há poco ondeaban las enseñas de la infidelidad, y Granada se halla tan próxima á Castilla, que nos será fácil mantener en ella nuestros altares. Tal es á lo ménos, reverendo prelado, la opinion que sobre estas materias tiene un ignorante seglar como soy.

—Y esa opinion es tan justa como sabia, señor, contestó el arzobispo. Lo que puede abarcarse es más fácil de conservar, pues que perdemos el trabajo si nos empeñamos en conseguir las cosas que la Providencia ha colocado fuera de nuestros alcances, que no parecen destinadas á nuestros propósitos.

—No faltarian, señor arzobispo, quienes pudiesen argüir contra toda tentativa de rescatar el Santo Sepulcro, corroborados en opiniones semejantes por una autoridad de tan grave peso; dijo la reina.

—No, señora; entónces interpretarían erróneamente esa misma autoridad, replicó presuroso el cortesano prelado. Estaria bien que la cristiandad desposeyese á los infieles de la Tierra Santa; pero es mejor para Castilla haberlos desalojado de esta ciudad. La distincion es muy obvia, y cualquier lógico hablará de admitirla.

—Esta verdad es tan convincente para nuestra razon, interpuso Fernando dirigiendo sus miradas á través de la ventana próxima con cierto posado orgullo, como que esas torres pertenecieron á Abdalá y ahora son nuestras.

—¡Mejor para Castilla! repitió Isabel, con el acento de una persona absorta en reflexion profunda. Mejor tal vez para su poderío mundano, pero no para

las almas de los que la proeza consiguieran, y no mejor, por cierto, para la gloria del Altísimo!

—Respetadísima consorte y esposa muy amada, dijo el rey...

—¡Señora! añadió el prelado...

Pero Isabel se alejó de ellos, reflexionando sobre principios excelsos, mientras los ojos de aquellos dos hombres mundanos se encontraron atraídos por esa especie de ladina inteligencia que es tan apreciable entre los que están inclinados á sustituir lo conveniente á lo justo. La reina no se volvió á su asiento, mas comenzó á pasearse por la parte del salon que dejara vacante el arzobispo cuando se acercó á los regios esposos. Allí permaneció aislada durante algunos minutos, porque hasta el mismo D. Fernando la respetaba demasiado para atreverse á interrumpir sus meditaciones. La reina, despues de dirigir repetidas miradas á Mercedes, le mandó por fin acercarse.

—Hija, dijo Isabel, quien con mucha frecuencia se valia de este cariñoso término para con las personas que amaba, ¿no has olvidado tu voto, supongo?

—Despues de mis deberes con Dios, señora, viene mi obligacion con mis soberanos.

Expresábase Mercedes con entereza, y salian de sus labios los acentos que jamás engañan. Clavó los ojos Isabel en las pálidas facciones de la hermosa doncella, y luego que fuéron pronunciadas las palabras antedichas, una tierna madre no pudo haber mirado á su hija predilecta con expresion de más acendrado cariño.

—Tu deber para con Dios, hija mia, debe superar á todos tus demás sentimientos, como es muy justo; tu deber conmigo es secundario é inferior. Sin embargo, así tú como los demás debeis una solemne obligacion á vuestros soberanos, y me consideraria indigna del alto cargo que he recibido de la Providencia si permitiese el más leve menoscabo de esos deberes. No soy yo quien reina en Castilla, sino la Providencia, aunque yo sea su instrumento indigno y humilde. Mis súbditos son mis hijos, y dirijo preces al cielo para que ensanche mi corazon de modo que todos tengan cabida en él. Si los príncipes se ven obligados á veces á mirar con ceño á los indignos, solo forman un débil y distante remedo de aquel Ser que no puede considerar el mal con complacencia.

—Espero, señora, dijo la doncella con timidez, advirtiendo que la reina hacia una pausa; espero que no he tenido la desgracia de ofenderos; el ceño de vuestra alteza sería la más cruel de todas las calamidades.

—¿Tú? no, hija mia; ojalá que todas las doncellas de Castilla tuviesen tu sinceridad, modestia y sumision. Pero no es justo permitamos seas víctima de tus propios sentidos. Tienes demasiada instruccion, Mercedes, para no distinguir el relumbrante oropel de aquello que tiene intrínseca valia.

—¡Señora! exclamó con ansia Mercedes, y se contuvo, porque conoció que era falta de respeto interrumpir á su soberana.

—Ya entiendo lo que quieres decir, hija mia, respondió Isabel, despues de hacer una pausa á fin de que se recobrase la asustada doncella. Habla con franqueza, pues estás dirigiéndote á una madre.

—Iba á decir, señora, que si todo lo que relumbra no es de valor, tampoco cuanto desagrada á la vista ó lo que pudiera condenar el exterior debe calificarse de baladí.

—Ya os entiendo, señorita, y la observacion no deja de ser exacta. Ahora hablemos de otras cosas. ¿Me parece que patrocinas los designios del navegante Colon?

—La opinion de una doncella, tan ignorante como yo, debe tener bien poco influjo para con la reina de Castilla, que puede pedir consejo á los preladados y graves eclesiásticos, además de consultar su propia sabiduría: contestó con modestia Mercedes.

—Pero tú tienes en buen concepto su designio, ó yo me he equivocado en lo que significan tus expresiones.

—No, señora; bien me parece en verdad el proyecto de Colon, pues lo juzgo de tal nobleza y grandor que la divina Providencia habrá de favorecerlo por el bien de los hombres y el adelanto de su Iglesia.

—¿Y crees que los nobles é hidalgos se presten á embarcarse con ese oscuro genovés, á fin de participar de su atrevida empresa?

Sintió la reina que la mano de Mercedes, que apretaba cariñosamente en la suya, comenzó á temblar, y al fijar los ojos en los de la doncella, notó que tenia carmesí el rostro y la vista clavada en el suelo. Pero la generosa doncella creyó que aquel momento era demasiado crítico para la fortuna de su amado, y cobró valor á fin de favorecer sus intereses.

—Señora, sí, lo creo; contestó con una firmeza que sorprendió complaciendo á la reina, quien, entrando de lleno en sus sentimientos, se puso á nivel de apreciarlos. Creo que D. Luis de Bobadilla se embarcará con él, pues desde que su tia le ha hablado acerca de la naturaleza y magnitud del designio, no piensa en otra cosa. Se halla dispuesto á suministrar fondos para la empresa, toda vez que sus tutores se avengan á proporcionárselos.

—Muy mal harian en avenirse sus tutores. Dado nos es disponer francamente de lo nuestro, al paso que nos está prohibido hacer sal y agua de los bienes ajenos. Si D. Luis de Bobadilla perseverara en su intencion y cumpliera con las obligaciones de su destino, juzgaré más favorablemente de su carácter que hasta aquí las circunstancias me han inclinado á hacer.

—¡Señora!

—Oyeme, hija: no podemos seguir hablando sobre este punto, porque el consejo aguarda mi presencia, y el rey acaba de salir del salon. Tu tutora y yo consultaremos sobre la materia, y no te quedarás mucho tiempo indecisa; ahora bien, Mercedes de Valverde.....

—Señora y reina mia.....

—Mercedes, tu voto fué prestado con libertad, y no ha de olvidarse con presteza.

Besó luego Isabel la pálida mejilla de la doncella, y se retiró seguida de las damas de su séquito; dejando á la entre complacida y asustada Mercedes, puesta en pié en el centro de aquella vasta estancia, y asemejándose en todo á una lindísima estatua de la Duda.

CAPÍTULO VII.

Este es un hombre que tan altas quiso
Sus mientes encumbrar, miéntras tan honda
La fábrica basó de sus designios,
Que ni el temor ni la esperanza pueden
Sacudir su estructura ponderosa.

DANIEL.

Al día siguiente hormigueaba la Alhambra con los cortesanos de costumbre, todos para mendigar gracias; quienes dispuestos á hacer pomposo alarde de mentidos servicios, quienes á solicitar el desagravio de alguna imaginaria postergacion. Las antecámaras estaban en extremo concurridas, miéntras los varios sujetos que las llenaban mirábanse entre sí con ojos celosos, cual si quisiesen investigar hasta que punto las instancias de los demás pudieran servir de obstáculo al adelanto de sus propias miras. En general se contentaban con saludarse fria y desconfiadamente, y si algunos llegaban á trocar unas cuantas frases de buena crianza, pertenecian estas á aquella urbanidad afectada y demasiado pulida que caracteriza por lo comun el lenguaje de los palacios.

Miéntras que la curiosidad se atormentaba en adivinar los negocios de los varios sujetos que presentes se hallaban, susurros, movimientos de cabeza y encogimientos de hombros y miradas significativas, se trocaban entre varios de los recelosos pretendientes al comunicarse en muda pantomima lo poco que sabian ó afectaban saber sobre diferentes asuntos; estaba en un rincon del salón principal cierto personaje, que podia distinguirse de cuantos le rodeaban por su estatura, la gravedad y dignidad de su porte, y especialmente por el género de observacion que se atraia de los demás. Pocos se acercaban á él, y los que lo hacian lanzaban en torno de sí, al volverle las espaldas, aquellas miradas de satisfaccion propia y de mal reprimido escarnio que caracterizan á las almas vulgares, cuando se les figura que su desprecio ó befa está en concierto con la opinion popular. Aquel era Colon, considerado comunmente por la muchedumbre en el concepto de un proyectista visionario, y como tal era el blanco de aquella murmuracion despreciativa que se acarrea semejante carácter. Pero ya hasta las pullas y chistes de la turba sobre este personaje se habian agotado, y comenzábase á cansar la paciencia de aquellos mendigos de regias gracias, cuando el rechinar de la

puerta dió aviso de acercarse algun nuevo cortesano. El modo obsequioso y súbito con que abrió cállle la falange de pretendientes demostró al punto la presencia de un sugeto de alto rango, y de allí á poco se presentó en medio del aposento el mancebo D. Luis de Bobadilla.

—Ese es el sobrino de la favorita de su alteza, murmuró uno de los concurrentes.

—Un hidalgo de las familias más ilustres de Castilla, añadió otro; pero dignísimo compañero de ese Colon, pues que ni la autoridad de sus tutores, ni los deseos de la reina, ni su excelsa alcurnia han podido retraerle de la vida de un vagamundo.

—Y una de las mejores lanzas de España, observó un tercero, si tuviera juicio para aprovecharse de su destreza.

—Este es aquel caballero mozo que se condujo con tanta bizarria en la última campaña, refunfuñó un oficial subalterno de los peones, el que desenilló en el torneo á D. Alonso de Ojeda: su lanza es poco segura en el blanco á par que firme en el ristre. Tambien me han asegurado que es un rodavalles.

Cual si quisiese manifestar á propósito que tal era su carácter, miró Luis con anhelo alrededor de sí un instante, dirigiéndose en seguida hácia donde estaba Colon. Las sonrisas, cabezadas, encogimientos de hombros y medio suprimidos susurros que se siguieron, indicaron la opinion comun que acerca del mancebo prevalecia; pero aconteció en aquel momento que se entreabriera la puerta de un gabinete contiguo, y olvidóse al punto el corto episodio que de referir acabamos.

—Os saludo con el más cordial afecto, señor, dijo D. Luis, inclinándose profundamente delante de Colon. Desde nuestro coloquio de ayer tarde no he podido apartar de mi imaginacion el asunto, y he venido aquí para renovar-lo.

Cuanto agradó á Colon este homenaje, se manifestó en sus ojos y en la sonrisa y manera con que erguió el talle, cual si le elevase la grandeza de su propio designio; pero vióse obligado á diferir el placer que siempre le proporcionaba esta idea, para explayarse sobre el asunto material de su empresa.

—Hanme mandado venir aquí, noble caballero, respondió el navegante con cordialidad; he recibido una cita del señor arzobispo de Granada, quien parece está comisionado por sus altezas para traer mi negocio á pronta resolución, á cuyo fin se reunen los delegados esta mañana misma. Tocamos ya al alba de grandes sucesos; no está muy distante el dia en que esta conquista de Granada quedará sumergida en eterno olvido, en virtud de la mayor importancia de los inmensos prodigios que Dios ha tenido hasta ahora en reserva.

—Por san Pedro, mi patrono bendito, que os creo como al Evangelio. ¡Señor! Catay ha de estar precisamente en el paraje que insinuais, ó muy cerca de él, y vuestros propios ojos no han de verla, ni sus abundantes veneros de riquezas ántes que los míos. Acordaos de Pedro de Muñoz, os lo suplico, señor Colon.

—No lo olvidaré, yo os lo prometo, hidalgo; y todas las grandes hazañas

de vuestros abuelos quedarán eclipsadas por la gloria que adquirirá su descendiente. Pero oigo que me llaman; ya hablaremos de eso luego.

«El señor Cristóbal Colon!» gritó uno de los pajes en alta voz, y acudió al reclamo el navegante, henchido de esperanza y de gozo.

El modo en que uno, mirado tan generalmente con indiferencia, por no decir con desprecio por la muchedumbre, habia merecido que se le eligiese de entre aquella turba de cortesanos, causó alguna sorpresa; pero como siguiese adelante la comun costumbre de las antesalas, y los empleados subalternos no tardasen en presentarse en ella con el objeto de oír las respectivas solicitudes de los pretendientes y de contestar á sus preguntas, muy pronto quedó olvidada la ocurrencia. Retiróse Luis bastante vejado, pues deseaba disfrutar un largo rato de conversacion con el navegante genovés sobre una materia que tan íntimamente ligada estaba con sus esperanzas más lisonjeras y que más ocupaba sus pensamientos. Le dejaremos por ahora con los demás que hacian antesala, á fin de seguir á Cristóbal Colon en los santuarios del palacio.

Fernando de Talavera no habia perdido de vista sus órdenes; pero, en vez de nombrar asistentes de este prelado á unos hombres inclinados á prestar imparcial oído á las proposiciones de Colon, así el rey como la reina habian cometido el error de elegir seis ú ocho de sus cortesanos, quienes, si bien eran sugetos de probidad y luces en el sentido más lato de la expresion, tenían poco uso en las investigaciones científicas para apreciar debidamente la grandeza de los descubrimientos que se les proponian. Introdújose á Colon á presencia de esta junta de ilustres hidalgos y distinguidos teólogos, entre los cuales supondrá nuestro lector que tomó asiento el navegante. Presidia á aquella solemne asamblea el arzobispo de Granada.

—Segun parece, señor Colon, dijo el prelado, toda vez que sus altezas os otorgaran sus poderes y facultades, os comprometéis á emprender un viaje por el desconocido Atlántico, para buscar la tierra de Catay y la célebre isla de Cipango.

—Tal es mi designio, santo y noble prelado, y este asunto se ha cernido ya tantas veces por mí en union con los agentes de nuestros soberanos, que poco se necesita amplificar la materia.

—Verdad es que el punto se discutió en Salamanca, donde, á pesar de que muchos ilustrados eclesiásticos fuéron parciales á vuestra opinion, un número más crecido de sabios pronuncióse contra ella. Sin embargo, el rey nuestro señor y su augusta consorte están dispuestos á mirar el asunto con ojos más favorables, y nombrado han esta comision para que podamos establecer las bases prévias y determinar los derechos de las partes respectivas. ¿Qué fuerza de buques y de abastos pretendéis á fin de llevar á cabo las grandes empresas que meditais cumplir con la bendicion del Altísimo?

—Bien habeis hablado, señor arzobispo; con la bendicion de Dios y bajo su tutela especial conseguirse há todo, pues que su gloria y culto divino están íntimamente ligados con el éxito. Teniendo de mi parte un aliado tan poderoso, escasa ayuda de favor mundano será necesaria. Dos caravelas de lige-

ro porte es cuanto pido, autorizadas con la enseña de los soberanos, y abastecidas con el adecuado complemento de tripulación.

Miráronse unos á otros sorprendidos los comisionados, y mientras estos descubrían en súplica tan moderada el entusiasmo imprevisor de un fanático visionario, aquellos desentrañaban en ella la confianza implícita de un sincero predestinado.

—No es muy encumbrada la pretension, observó el prelado, quien seguía el dictámen de los primeros; y aunque estas guerras han dejado bastante agotado el tesoro de Castilla, no sería difícil proporcionar esos modestos recursos sin el auxilio de un milagro. Hallaríanse las caravelas, ni tampoco les faltaría tripulación; pero hay algunos puntos de importancia que determinar ántes que lleguemos á esas concesiones. Parece, señor, que exigís se ponga la empresa bajo vuestro mando personal.

—Sin esa condicion no podría responder del éxito. Pido plena y completa autorización de almirante ó jefe de sus altezas. Aunque las fuerzas que se empleen parezcan cortas, grandes han de ser los riesgos y el poder de entrambas coronas habrá de sostener con todas veras al varon cuyos hombros abrumare el enorme peso de semejante responsabilidad.

—Es muy justo, y nadie pudiera disputarlo. Pero ¿habeis considerado maduramente las ventajas que á los soberanos habrán de refluir en caso de que patrocinaren vuestra empresa?

—Señor arzobispo, durante diez y ocho años ha ocupado mis pensamientos este negocio, y sido el tema de mis vigilias. Poco ó nada he hecho en el discurso de tan largo período que tendencia no tuviese directa y afanosa al buen éxito de tan potente tentativa. Así es que no me ha sido posible olvidar las ventajas que deben emanar de ella.

—Enumeradlas, pues, señor.

—En primer lugar, cual se debe á su omniscia y omnipotente proteccion, daráse gloria al Altísimo, á causa de la propagacion de su culto y del más lato imperio de su Iglesia. Aquí Fernando de Talavera y los eclesiásticos presentes se persignaron con devocion, en cuya ceremonia juntóseles el navegante. Sus altezas, como es justo, sacarán el beneficio inmediato, el de ensanchar los límites de sus dominios y acrecentar el número de sus vasallos. En raudal rápido y henchido afluirán sobre Castilla y Aragon riquezas incalculables, pues que su Santidad concede libremente á los monarcas cristianos los tronos y territorios de cuantos príncipes infieles se logre descubrir, y el vasallaje de los pueblos, que por su medio, lleguen á convertirse á la fe.

—Eso es muy plausible, repuso el prelado, y se funda en principios asaz justos. Cierta es que su Santidad tiene tal poder, y que se le ha visto usarlo en pro de la gloria de Dios. No desconocereis por otra parte, señor Colon, que ya D. Juan de Portugal se ha interesado mucho en esta clase de proyectos, y que tal vez, así él como sus predecesores, han llevado los descubrimientos hasta su límite más remoto; al paso que sus empresas obtuvieran de Roma ciertos privilegios indisputables.

—No ignoro las empresas de los portugueses, ilustre prelado, ni tampoco el

espíritu con que D. Juan ha ejercido su poder. Sus buques navegan á lo largo de las costas occidentales de Africa, y en opuesta direccion á la que me propongo seguir. Mi objeto es lanzarme de una vez en el anchuroso Atlántico, y en virtud de seguir al sol hácia el punto de su ocaso, alcanzar los límites orientales de las Indias, siguiendo un rumbo que acortará el viaje de algunos meses.

Aunque el arzobispo y la mayor parte de sus colegas pertenecian á la clase numerosa de los que contemplaban á Colon como á un exaltado visionario, la firme á par que elevada dignidad con que tan sencillamente aludía á sus proyectos, el modo con que alisaba entre tanto con mansedumbre sus blancos cabellos, y el entusiasmo que nunca dejaba de resplandecer en sus ojos, mientras se explayaba en sus nobles designios, produjeron una profunda impresion en los circunstantes, y hubo momento en que la sensacion general se inclinara á favorecerle hasta donde alcanzasen los medios comunes. Fué una prueba singular y notable de la existencia de esta pasajera sensacion que uno de los comisionados le preguntara acto continuo.

—¿Os proponeis, señor Colon, ir en busca de la córte del Preste Juan?

—Ignoro que aun tenga existencia semejante personaje, noble señor; contestó el navegante, cuyas nociones habian adquirido aquella fija y filosófica despreocupacion que nos presta la ciencia, y quien poco se mezclaba en analizar las falacias populares de aquel tiempo, al paso que le alucinaba en gran parte la ignorancia del siglo. No encuentro bases en que establecer la verdad de que tal monarca exista, ni de que haya en el mundo semejantes territorios.

Esta admision fué nada favorable á la causa del piloto genovés; pues afirmar que la tierra es esférica, y que el Preste Juan era una creacion de la fantasía, equivalia á abandonar lo maravilloso para retroceder á las demostraciones y probabilidades; carrera antipática al espíritu humano en su condicion inculta.

—No faltan hombres dispuestos á creer en la existencia del poder y territorios del Preste Juan, interrumpió otro de los comisionados, quien debia su actual nombramiento á la política del rey Fernando, ni quienes nieguen sin rebozo que la tierra es redonda, pues que todos sabemos que hay reyes y comarcas, y cristianos tambien; siendo muy claro á los ojos de todos que las tierras y los mares son unas planicies.

La mayor parte de los presentes accedió á ese dictámen con una sonrisa aprobadora; mientras el mismo Fernando de Talavera dudó hasta cierto punto de su exactitud.

—Señor, contestó Colon con mansedumbre, si cuanto en este mundo existe fuera lo que parece, poco caso se haria de la confesion y mucho ménos de la penitencia.

—Os juzgo buen cristiano, señor Colon, observó el arzobispo con cierta aspereza.

—Tal soy, y cual me han hecho la gracia de Dios y la débil naturaleza, señor arzobispo; aun cuando confio humildemente que, luego que haya conseguido este grandioso fin, se me tendrá por más digno del favor divino.

—Dícese que os juzgais señalado especialmente por la Providencia para este designio.

—Siento en mi interior cierta cosa, reverendo prelado, que á tal esperanza me impele; al paso que nada fundo en misterios que suponeis superiores á mi comprension.

Difícil hubiera sido acertar si Colon habia ganado ó perdido en la opinion de su auditorio con esta respuesta. Los sentimientos religiosos de aquel siglo estaban acordes con esta idea; pero en el sentir de los eclesiásticos presentes parecia arrogante que un seglar, humilde y desconocido, pudiera creer posible que fuese el elegido, mientras se desairaba á tantos, cuyos méritos eran más relevantes. Sin embargo no se traslució en la asamblea la más leve muestra de que tal sensacion hubiese por ella discurrido, pues entónces como ahora el que confia en el poder de Dios se arroga cierto influjo que por lo comun le pone á cubierto de todo reproche.

—¿Os proponeis llegar á Catay atravesando el extenso Atlántico, prosiguió el arzobispo, y negais la existencia del Preste Juan?

—Perdonadme, santo prelado. Propóngome llegar á Catay y á Cipango en la manera que decis, pero no niego absolutamente la existencia del monarca mencionado. En pro de las probabilidades del buen éxito de mis empresas, ya he producido abundantes pruebas y razones que han satisfecho á muchos eclesiásticos, á par que faltan datos fijos para establecer el segundo hecho.

—No obstante, asegúrase que Giovanni di Montecorvino, piadoso obispo de nuestra santa Iglesia, convirtió á ese príncipe á la verdadera fe cerca de dos siglos hace.

—Todo puede conseguir el poder de Dios, señor arzobispo, y léjos de mí poner en duda los méritos de sus ministros. Cuanto sobre este punto contestar puedo, es que no encuentro razones plausibles ni científicas que me impulsen á proseguir lo que puede ser tan ilusorio como la luz que retrocede ante la mano que se empeña en palparla. Respecto á Catay, su posicion y maravillas, tenemos el testimonio, harto mejor basado, de los célebres venecianos Marco y Nicolo Polo, quienes no solo viajaron por aquellas regiones, sino que residieron luengos años en la córte de su monarca. Pero, nobles señores, sea que exista el Preste Juan ó el reino de Catay, límites ha de tener por Occidente el Atlántico, y en busca de ese límite estoy dispuesto á navegar.

Dió indicios el arzobispo de su falta de creencia, alzando al techo los ojos; pero como tuviese que cumplir los mandatos de quienes acostumbraban á hacerse obedecer y recordase que las teorías de Colon se habian oído é informado años ántes en Salamanca, determinó con prudencia encerrarse en la esfera demarcada, y dirigirse al punto que debia investigar.

—Manifestado habeis las ventajas que juzgais han de resultar á los soberanos, toda vez que tenga buen éxito vuestra empresa, dijo el arzobispo; y en verdad que mezquinas no son, si llegan á realizarse vuestras esperanzas, señor; quedan ahora por saber las condiciones que os reservais, como recompensa de vuestros peligros y de tantos años de incansable tarea.

—Todo se ha considerado maduramente, ilustre arzobispo, y hallaréis en

este escrito mis deseos, aunque no rezan en él varias condiciones de menor cuantía.

Así hablando, entregó Colon los apuntes á Fernando de Talavera. Recorriólos con la vista el prelado, rápidamente al principio, y luego con calma; de modo que hubiera sido difícil averiguar si el escarnio ó la indignacion se expresaban en su semblante con mayor fuerza al arrojar sobre la mesa el documento con ademán de burla. Luego que este acto de menosprecio quedó verificado, volvióse hácia Colon, cual si quisiera ejercerse de que el navegante no estaba completamente falto de juicio.

—¿Pedis con formalidad estas condiciones, señor? preguntóle con adustez y lanzándole una mirada, la cual hubiera hecho vacilar la mayor parte de los hombres que se viesen en la humilde posición del navegante.

—Señor arzobispo, respondió Colon con una dignidad que no era fácil sacar de los estribos, diez y ocho años há que este asunto ocupa mis mientes. Durante tan largo periodo, en ninguna otra cosa he pensado, y puede decirse que en ella se ha ocupado mi ánima en sus ensueños y vigiliás.

Temprano y claro presentóse á mis ojos la verdad; cada dia empero me he ido afirmando en ella. Confío en el éxito, puesto que emana del Altísimo. Créeme su agente para la consecucion de grandes fines, que no se lograrán con esta sola tentativa. Hay más allá, y debo conservar la dignidad y los medios para descubrirlo. No puedo rebajar un ápice de estas condiciones.

Aunque el tono de estas palabras fueran concluyentes, imaginóse el prelado que el cerebro del navegante habia llegado á descomponerse por causa de la larga contemplacion de un asunto aislado. Las únicas cosas que dejaban alguna duda acerca de la rectitud de su dictámen, eran el método y la ciencia con que tantas veces habia sostenido, hasta en su misma presencia, lo razonable de sus suposiciones geográficas; cuyos argumentos, aun cuando hubieran dejado de convencer á quien tan empeñado estaba en considerar que el proyectista fuese un visionario, habian llenado de dudas al oyente. Con todo, parecíanle tan extravagantes las condiciones que acababa de leer, que por breve rato cierto sentimiento de compasion reprimió el acceso de ira á que se sentia dispuesto á dar suelta.

—¿Qué os parece, nobles señores? dijo con sarcasmo el arzobispo, volviéndose hácia tres delegados que habian asido anhelosos el papel y se esforzaban en leerlo todos á la par. ¿Qué os parece de las moderadas y modestas condiciones del señor Cristóbal Colon, el célebre navegante que confundió á la junta de Salamanca? ¿No son cuales conviene aceptar á sus altezas con dobladas rodillas y efusiones de gratitud?

—Leedlas, señor arzobispo, clamaron varios de consuno; hacednos conocer su naturaleza.

—Hay muchas de menor cuantía que pudieran otorgarse como indignas de discusion, prosiguió el prelado, tomando el papel; pero anótanse dos que deberán causar á los soberanos satisfaccion suma. El señor Colon se contenta desde luego con el rango de almirante y virey de las comarcas que descubra y respecto á ganancias... con un diezmo... ¡la parte de la iglesia, reverendos

hermanos...! ¡con un *mezquino* diezmo de las procedencias y alcabalas quedará satisfecho!

El murmullo general que circuló entre los comisionados dió á entender que el disgusto era comun, y en aquel instante no podia contar el genovés con un solo voto.

—Ni esto es todo, nobles ilustres y eclesiásticos santos, prosiguió el arzobispo, aprovechando la ventaja luego que creyó á sus oyentes dispuestos á oírle; no es todo: pues no sea que estas excelsas dignidades llegaren á abrumar los hombros de sus altezas y los de su regia progenie, consiente el liberal genovés en transmitirlos á su propia posteridad, para todo el tiempo porvenir, convirtiendo el reino de Catay en mina prolífica en pro de la casa de Colon, para el sosten de cuyo esplendor habrá de consignarse á su cuidado especial una décima parte de los beneficios.

Alzándose hubiera una recia y abierta carcajada con este salida, si reprimido no la hubiese el noble porte de Colon, y hasta Fernando de Talavera, al hallarse blanco del severo reproche con que respondieron á su invectiva unos ojos y un semblante en que retratada se contemplaba la autoridad más grave y serena, comenzó á creer que se habia propasado algo más de lo que debia.

—Perdonadme, señor Colon, añadió el prelado inmediatamente y con mayor urbanidad, pero vuestras condiciones resonaron tan campanudas en mis oídos que casi me cogieron de sorpresa. No supongo que pretendais sostenerlas con seriedad.

—Ni un ápice de ellas rebajaré, ilustre señor; pues á tanto se extiende mi derecho, y aquel que se aviene á ménos de lo que merece, se convierte en instrumento de su propia humillacion. Daré á los soberanos un imperio que excederá en mucho á todas sus demás posesiones, y justo es que exija mi galardón. Tambien os digo, reverendo prelado, que mucho hay en reserva, y que de estas condiciones se necesita para el cumplimiento de los hados porvenir.

—¡Son por cierto proposiciones muy modestas para un oscuro genovés! exclamó uno de los cortesanos, ahogado ya de cólera. El señor Colon quiere asegurarse de un excelso rango en el servicio de sus altezas, y si nada consigue pretende disfrutar de sus honores á poca costa; miéntras si tan improbable designio llegase á tener algun resultado, se convertiria nada ménos que en un *vice-rei*, contentándose humildemente con las rentas que á la iglesia corresponden.

Esta observacion pareció determinar todo vacilamiento, y levantáronse á una los comisionados, cual si el asunto fuese indigno de ulterior discusion. Con el objeto empero de conservar la apariencia de imparcialidad y cordura, volviósse el arzobispo otra vez al navegante, y seguro ya de obtener sus miras, hablóle en términos más comedidos.

—Por la vez postrera, señor, le dijo, ¿os pregunto si insistis en vuestras inauditas condiciones?

—En ellas y no en otras ningunas, respondió Colon con firmeza; cónstame la magnitud de los servicios que voy á prestar, y en nada los degradaré, ni de

modo alguno menoscabará su dignidad aceptando otra cosa. Pero, señor arzobispo, y vos también noble hidalgo, que con tal liviandad tratais mis pretensiones, vedme pronto á añadir al riesgo de mi persona, de mi vida y fama, el del oro... suministraré una octava parte de las cantidades requeridas, toda vez que en igual proporción se me acrecienten las ganancias.

—¡Basta... basta! vociferó el prelado, preparándose para dejar el aposento; elevarémos nuestro informe á los soberanos, y no tardaréis en saber su resolución.

Así terminó la conferencia. Saliéronse de la sala los cortesanos, hablando acalorados unos con otros, cual hombres que tuviesen poca reserva en reprimir su empacho: mientras por el otro extremo se retiraba Colon, lleno del noble carácter de sus propios designios, con el porte majestuoso de un hombre á quien no pudieran rebajar el concepto que de sí mismo tenía los clamores de los ignorantes, y que justipreciaba con demasiada exactitud la mezquina necesidad para permitir las que causasen la más leve alteración en sus altos propósitos.

Fernando de Talavera cumplió al punto su palabra. Era confesor de la reina, y en virtud de ese sagrado encargo, tenía á todas horas acceso á su presencia. Lleno del asunto de la entrevista reciente, dirigióse en derechura á las habitaciones de Isabel, donde fué admitido sin demora. Oyó la esposa de Fernando sus informes con mortificación y pesadumbre, pues ya su ánimo estaba consentido en la próxima salida de aquella extraordinaria expedición. Pero la influencia del arzobispo era muy grande, porque constábase á su regia penitente la sinceridad y adhesión de su prelado.

—Esto, señora, es llevar la presunción hasta la insolencia, continuó el airado eclesiástico; bueno es que se nos presente aquí un aventurero mendicante pretendiendo honores y regalías que solo pertenecen á Dios y á sus ungidos, los príncipes de la tierra. ¿Quién es este Colon? un oscuro genovés; sin embargo, pretende encumbrar sus miras á una altura que haría vacilar hasta á cualquiera que se apellidase Guzman.

—Es un buen cristiano, santo padre, replicó Isabel con mansedumbre, y parece deleitarse en el servicio y gloria de Dios, mientras anhela favorecer el engrandecimiento de su visible y católica Iglesia.

—Verdad, señora, pero también en esto puede existir engaño.

—No, señor arzobispo; no creo que el engaño sea uno de los defectos de ese hombre, porque habla más franca ni porte más varonil que el suyo raras veces se presentan ni aun entre los poderosos. Por luengos años ha sido pretendiente en nuestra corte, y sin embargo, no se le puede imputar el más leve acto de indigna bajeza.

—Me guardaré, doña Isabel, de juzgar con aspereza del corazón de ese hombre, pero si podemos poner en ciernes sus acciones y solicitudes, reduciéndolas al grado correspondiente á la dignidad de las dos coronas con franqueza y sin censura. Confieso que es grave y mesurado, que de toda liviandad carecen sus maneras y discursos; y estas son recomendaciones sin duda muy plausibles cuando un espíritu de mundano doblez se agita hoy en las

córtés—sonrióse Isabela; pero nada dijo, porque su consejero espiritual acostumbra reprocharla con franqueza, y ella escucharle con mansedumbre—donde el siglo no ostenta por cierto los ejemplos más puros de sobriedad de ideas ni devoción; pero aun estas pueden existir sin el espíritu adecuado para el cielo. ¿Qué son sin embargo la gravedad y el decoro, si se hallan sostenidos por una hinchada vanidad y una codicia sin término? Y tal las denominaré porque las pretensiones de un ente tan baladí no merecen el nombre elevado de ambición. Reflexionad, señora, sobre la intrínseca valía de estas exigencias. Solicita ese Colon que se le establezca para siempre en el alto rango de sustituto de un rey, no solo para su propia persona, sino para sus descendientes, en todo tiempo, con el título y autoridad de almirante sobre los mares adyacentes, toda vez que llegare á descubrir esas comarcas que tanto exajera, ántes aun de aceptar el mando de bajel alguno de vuestras altezas; destino por sí solo asaz honroso para un sugeto de tan mezquina suposición. Si tan extravagantes pretensiones á realizarse llegaran... y todas las probabilidades están en contra de su buen éxito... sus exigencias superarían á sus servicios; por lo contrario, en caso de frustración, el nombre castellano y aragonés quedaria puesto en ridículo, y un triste descató mancoillaria tal vez la dignidad regia, por haber sido engañada de tal modo por una venture-ro ladino. Deslustraríase hasta cierto punto esta reciente conquista en virtud de un error tan malhadado.

—Hija marquesa, observó la reina, voviéndose hácia su fiel y bien probada amiga, que se ocupaba con la aguja en un escaño inmediato á la princesa, en verdad que estas condiciones de Colon parecen traspasar los límites de lo justo.

—Tambien la empresa excede á todos los términos usuales de las aventuras y de los riesgos, señora: fué la firme réplica que dió doña Beatriz, al mirar disimuladamente el rostro de Mercedes. Nobles esfuerzos merecen nobles galardones.

Siguieron los ojos de Isabel el soslayo de los de su amiga, y permanecieron fijos largo rato en las pálidas y anhelosas facciones de la doncella castellana. Entre tanto la hermosa jóven ignoraba fuese objeto de tanta atención; pero al que estuviese enterado de su secreto le era fácil trazar la anhelante zozobra con que aguardaba el fallo. Habíanle parecido tan razonables á Isabel las opiniones de su confesor, que se hallaba próxima á dar su aprobación al informe de los comisionados y á abandonar completamente cuantas esperanzas habia empezado á copular en sus mientes con el buen éxito de los planes de Colon, cuando un sentimiento más blando, una sensación que con tanta peculiaridad pertenecía á su propio femenino corazón, acudió á intervenir para dar al navegante otra probabilidad de victoria. Rara vez acontece que una mujer sea insensible á las simpatías que tienen relacion con sus afectos, y los deseos que emanaron de su amor á Mercedes de Valverde, fueron la causa de la decisión que tomara la reina de Castilla en aquellos críticos momentos.

—No debemos obrar con aspereza ni precipitación respecto á ese genovés, señor arzobispo, dijo, volviéndose de nuevo al prelado; suyas son la sinceri-

dad y honradez, y tales virtudes aprenden á apreciar los soberanos. Verdad es que sus pretensiones han llegado á hacerse asaz exageradas, por causa sin duda de una continua y larga meditacion sobre un proyecto favorito y grandioso, pero quizás palabras de afecto y sanos raciocinios consigan reducir las á terminos moderados. Propóngansele, pues, condiciones emanadas directamente de nos, y sin duda sus necesidades, y cuando no un sentimiento de justicia, le conducirán á aceptarlas. Lo del vireinato, en verdad, excede á la usual política de los príncipes, y, como bien decis, santo prelado, el diezmo es una regalía de la iglesia; pero respecto al rango de almirante, pareceme esa una justísima pretension. Citadle de nuevo; hacidle estas rebajadas proposiciones; sea en buen hora virey en su propia persona y durante el beneplácito de D. Fernando y de nos; pero exigid que abandone esa solicitud respecto á su posteridad.

Aun estas concesiones parecieron harto elevadas á Fernando de Talavera, quien, á par que desempeñaba su sagrado oficio con encumbrada autoridad, conocia demasiado á fondo el carácter de Isabel, para que presumiese discutir una orden de ella emanada, aun cuando se pronunciase en la manera blanda que tanto la caracterizaba. Despues de recibir algunas otras instrucciones y conseguido el dictámen del rey, quien estaba trabajando en un gabinete contiguo, partió el prelado á ejecutar su nuevo encargo.

Trascurriéronse dos ó tres dias ántes que llegase á término el negocio, y otra vez hallábase doña Isabel sentada en su doméstico círculo, cuando su confesor pidió acceso á su real presencia. Entró el arzobispo con purpurino semblante, miéntras tan desazonado parecia en su porte, que á la persona más imparcial le hubiera sido dado advertirlo.

—¿Qué ocurre, santo arzobispo? preguntóle Isabel; ¿os veja el espíritu vuestro rebaño, ó tan duro es amansar á esos infieles?

—Nada de eso, señora; nada referente á mi nueva grey; pues que hallo hasta á los secuaces del falso profeta más razonables que algunos de los que se jactan de ensalzar el nombre de Cristo y de preconizar sus favores. El tal Colon es un loco, más adecuado para convertirse en santo á los ojos de los musulmanes, que para ser ni aun el último piloto en el servicio de vuestra alteza.

A este acceso de indignacion, la reina, la marquesa de Moya y doña Mercedes de Valverde, dejaron caer simultáneas la costura, y fijaron los ojos en el prelado con uniforme interés. Lisonjeado habiales la idea de que estaban próximas á desvanecerse cuantas dificultades se opusieran al favorable término de la negociacion, y que se acercaba el tiempo en que aquel mortal, quien, á despecho de la osadía y carácter extraordinario de sus proyectos, habia conseguido obtener su admiracion é interesar sus sensaciones, fuese á partir, y exhibiera al mundo una solucion práctica de los problemas que á tal grado trajeran perplejas sus mentes, al paso que excitada su curiosidad. Pero aquí se ofrecia cierta ocurrencia, que parecia poner un término súbito é imprevisto á todas sus esperanzas, y miéntras Mercedes sentia que alguna cosa parecida al desespero le helaba el corazon, así la reina como doña Beatriz se quedaron confusas y disgustadas.

—¿Explicasteis debidamente al señor Colon la naturaleza de nuestras proposiciones? preguntó Isabel, con mayor severidad en la voz de lo que acostumbraba. ¿Todavía insiste en su pretension de la facultad vice-regia, y en aquella cláusula tan ofensiva para nos á favor de su posteridad?

—Así es, señora; aunque fuese la misma Isabel de Castilla pactando con Enrique de Inglaterra ó con Luis de Francia, el genovés no podria exigir términos más subidos, ni condiciones más inflexibles. Nada quiere rebajar. El dichoso hombre se considera elegido por Dios para traer á cabo ciertos fines; y así su lenguaje como sus exigencias son tales que ni el hombre que sintiese un santo impulso para ayudarle en su carrera podria considerarse en pretendellas garantizado.

—No deja de tener su mérito esa constancia, observó la reina; pero tambien las concesiones tienen sus límites. Ya no instaré á favor del piloto; mas le dejaré que corra la fortuna que sigue naturalmente en pos de los que son presumidos y extravagantes en sus pretensiones.

En toda apariencia estas palabras sellaban la suerte de Colon en Castilla. Aplacóse el arzobispo, quien, despues de haber tenido una corta conferencia con su regia penitente, salióse de la estancia. Pocas horas más tarde, Cristóbal Colon, como le llamaban los españoles, ó Columbus, como le plugo denominarse á sí mismo en futuros años, recibió por respuesta definitiva la comunicacion oficial de que se habian desechado sus condiciones, y roto completamente el negociado de su propuesto viaje á las Indias.

CAPÍTULO VIII.



Ví así desde la infancia con dolor,
Mis más dulces anhelos decaer,
Jamás he amado fruta ó tierna flor,
Que primera no fuese en perecer.

LALA ROOJK.

Habíase adelantado ya la estacion hasta los primeros dias de febrero, y en aquella baja latitud tornábase el temporal benigno y las brisas vernaes. A la mañana que siguiera á la antedicha entrevista, seis ú ocho personas atraidas por la benignidad del dia, y llevadas moralmente por un motivo más elevado, se hallaban reunidas delante de la puerta de uno de los edificios que

se erigieran para acomodo del ejército conquistador. Formaban el grupo varios españoles de edad madura, entre los cuales se hallaba el mancebo Luis de Bobadilla, y erguíase la alta y respetable forma de Colon. Estaba en traje de camino, y una pujante y bien aderezada mula andaluza á su lado, pronta para recibir á su jinete. Cabe ella relinchaba un generoso corcel, indicando por sus jaeces que su dueño iba á acompañar al caminante. Veíase entre los reunidos allí á Alonso de Quintanilla, contador general de los dominios castellanos, leal amigo del navegante, y á Luis de San Angel, receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, uno de los más celosos prosélitos de cuantos adquiriera Colon á la justeza filosófica de sus opiniones y á la verdad de sus vastos conceptos.

Los dos últimos habian estado en íntimo coloquio con el navegador, pero hallábase terminado el diálogo, y el señor San Angel, varon de sentimientos generosos y de imaginacion ardiente, se expresaba en los términos que siguen:

—Por el lustre de ambas coronas no debería de haber acontecido esto. Pero id con Dios, señor Colon; el cielo os conserve en su santa guarda, y envíe en lo venidero delante de jueces más sabios é imparciales. Lo pasado solo podrá causarnos pesar y vergüenza, mientras lo futuro está encerrado en el seno del tiempo.

Despidiéronse del navegante cuantos habia en la reunion, excepto Luis de Bobadilla, quien luego montó en su noble corcel. Ni una sílaba salió de los labios de los jinetes, hasta no hallarse buenamente en el llano, aunque á Colon se le escapaban frecuentes suspiros, cual arrancaria del pecho un hombre abrumado de pesares. Sin embargo, la serenidad estaba en su rostro y la dignidad en su talante, mientras ardía en sus ojos aquel fuego inextinguible que se alimenta en el alma.

Luego que hubieron dejado atrás las puertas de Granada, volvióse Colon urbanamente á su juvenil compañero, y dióle gracias por su escolta; mas en virtud de cierta consideracion, que hacia honor á su propio corazon, le dijo:

—Mientras tanto me ensoberbece esta honra, pues que me la otorga un sugeto tan noble y tan lleno de esperanzas, no es justo que me olvide de vuestro propio decoro; ¿no advertisteis, amigo Luis, mientras atravesábamos las calles, que varios españoles me señalaban como objeto de mofa?

—Bien lo noté, señor, contestóle Luis con las mejillas encendidas de indignacion, y á no ser porque recelaba disgustaros, hubieran pisado á esos belitres las herraduras de mi corcel por carecer de una lanza donde ensartarlos.

—Bien habeis obrado y sabiamente por cierto, manifestando de ese modo vuestra tolerancia. Pero esos son hombres, y su comun juicio forma la pública opinion; no advierto que la cuna ni las diversas circunstancias que les diferencian, cause distinciones materiales entre ellos, por mucho que varien la expresion. Hay plebeyos entre los nobles, y nobles entre los plebeyos. Hasta este bondadoso acto de urbanidad hallará sus mofadores y bufones en la córte de los dos soberanos.

—¡Considere lo que hace, quien presume hablar de vos con ligereza á Luis de Bobadilla! El linaje á que pertenezco no es asaz sufrido, y la sangre castellana suele estar muy dispuesta á repentinos hervores.

—Mucho sentiria ver á hombre ninguno desnudar la espada en querella que me perteneciera, y cuyo desagravio consistiese en mis propios bríos. Pero si hemos de reñir con todos los que piensan ú obran con necesidad, bien podemos jamás desceñirnos el arnés. Dejad que los mancebos nobles, si tal les place, den suelta á su humor festivo á mi costa... pero no me pongais en la precision de arrepentirme de la amistad que os profeso.

Prometióselo Luis de buena fe, y luego, cual si sus pensamientos vagamundos quisieran volver al mismo tema, sin que á ello se les invitase, tornó presuroso al asunto:

—Hablais de los nobles, cual si pertenecieseis á diversa clase de la suya; ¿supongo, señor Colon, que tambien sois noble?

—¿Y haria alguna mudanza en vuestras opiniones y afecto respecto á mí, si os respondiera que no?

Encendiósele un instante la mejilla á D. Luis, porque se arrepintió de la observacion que acababa de hacer; pero retrocediendo á su propia naturaleza tan generosa como franca, contestó sin detenerse y sin reserva ni duplicidad:

—¡Por san Pedro el nuevo santo de mi devocion, que desearia fuerais noble siquiera por la honra de la clase! Hay tantos entre nosotros que dan tan escaso lustre á sus espuelas, que mucho nos alegraríamos de recibir vuestra digna adquisicion.

—El mundo está formado de mudanzas, caballero, repuso Colon sonriéndose. Las estaciones padecen sus cambios: sigue la noche al día; los cometas van y vienen; los monarcas se tornan súbditos, y los súbditos monarcas; los nobles pierden el recuerdo de su genealogía, y élévanse los plebeyos al rango de los nobles. Hay en nuestra familia una tradicion de que en cierto tiempo pertenecíamos á la clase privilegiada; mas el tiempo y nuestra malhadada fortuna nos han reducido á humildes ocupaciones. ¿Y habré de echar de ménos la compañía honorífica de D. Luis de Bobadilla en el gran viaje, toda vez que mis pretensiones sean más afortunadas en Francia que en Castilla, porque su guía haya perdido sus testimonios de nobleza?

—Sería motivo bien indigno, señor, y me apresuro á corregir vuestro yerro. Supuesto que ahora vamos á separarnos por algun tiempo, os pido permiso para desnudar ante vuestros ojos mi ánima. Confieso que al oír hablar por primera vez de vuestro meditado viaje, parecióme el designio de un loco...

—¡Ay, amigo D. Luis, interrumpió Colon meneando tristemente la cabeza, por desgracia esa es la opinion de muchos! Temo que así el mismo D. Fernando de Aragon, como ese adusto prelado, reciente juez del litigio, opinan de igual manera.

—Perdonadme, señor Colon, si algo he proferido que lastimaros pudiera; pero si alguna vez os he hecho injusticia, vedme aquí dispuesto á subsanar el agravio, como pronto veréis. Así preocupado, trabé coloquio con vos, á fin de divertirme con vuestros disparates, pues tal los consideraba; pero, aun cuan-

do no se operase en mí un cambio inmediato de opinion respecto á la verdad de la teoría, advertí muy en breve que traía el asunto entre manos un gran filósofo y un profundo racionador. Aquí se hubiera posado mi juicio y satisfecho mi opinion, á no haber ocurrido una circunstancia de grave peso para mí. Habeis de saber, señor, que aunque provengo de la sangre más vieja de España, y no sin mucha y buena hacienda, quizás no siempre he correspondido á las esperanzas de los que se encargaron de mi mocedad...

—Todo eso es innecesario, noble señor.

—¡No tal, por san Lúcas! y decirlo hé. Ahora hierven en mi pecho dos poderosas pasiones, que á veces chocan entre sí. Una es el amor de correr tierras... un ardiente deseo de visitar regiones extrañas, y de un modo libre y vagamundo... con cierta disposicion para la mar y anhelo de las tareas de los puertos: otra es el amor de Mercedes de Valverde, la doncella castellana más bella, gentil, afectuosa, sincera, verídica, y...

—Y más noble sobre todo, añadió Colon sonriéndose.

—Señor, repuso Luis con gravedad, no hablo de broma cuando enumero los méritos del ángel de mi guarda. No solamente es nobilísima y adecuada en todos conceptos para honrar mi nombre, sino que por sus venas fluye la sangre misma de los Guzmanes. Pero he perdido la gracia de otros, y tal vez parte de la de mi adorada señora, por esta inclinacion aventurera; y hasta mi propia tia, tutora de la doncella, no ha mirado mis pretensiones con ojos favorables. Tambien doña Isabel, cuya palabra es ley para las nobles vírgenes de la córte, tiene sus preocupaciones, y me ha sido preciso volver á ganar sus buenas gracias á fin de tornar á adquirir las de doña Mercedes. Ocurrióseme—Luis era demasiado hidalgo para revelar los secretos de su dama, confesando que el pensamiento fuese de esta—ocurrióseme, que si mis vagamundos caprichos se encaminaban en el rumbo de alguna heroica empresa, tal como la que ahora meditais, lo que fuera desmérito convertirse habria en mérito á los ojos regios, que por consiguiente atraerian en pos los de los demás. Con esta esperanza, pues, entré en relaciones con vos, hasta que la fuerza de vuestros argumentos ha completado mi conversion, y ahora no hay sacerdote que tenga más fe en los dogmas de la religion que la que yo tengo en la teoría de que el camino más corto á Catay yace á través del anchuroso Atlántico; ni existe lombardo alguno más convencido de que su Lombardía es plana como la palma de la mano, que lo estoy yo de que esta buena tierra en que todos vivimos es una esfera.

—Hablad con reverencia, doncel, de los ministros del altar, dijo santi guándose Colon; pues ninguna idea liviana debe mezclarse con lo que tiene referencia á sus sagradas funciones. Segun parece, pues, añadió sonriéndose el navegante, debo mi discípulo á los dos agentes poderosos, amor y razon; aquel como más potente fué quien venciera los primeros obstáculos, y esta quien lograra la superioridad á la conclusion del asunto, como suele por lo comun suceder, pues el amor es generalmente quien triunfa á la salida, y la razon al terminarse la jornada.

—No negaré el poderío de esos agentes, y los siento demasiado arraigados

aquí para intentar contrarrestarlos. Ya sabéis mi secreto, y luego que os revele mis intenciones de todo quedaréis enterado. Juro solemnemente, destócese D. Luis y alzó los ojos al cielo, mientras así se expresaba, unirme á vos en este viaje, siempre que reciba de vos el debido aviso, salgais de cualquier puerto, navegueis en cualquiera nave, y os deis á la mar en cualquiera estacion. Al hacerlo, confío en primer lugar servir á Dios y á su Iglesia; en segundo visitar á Catay y esas comarcas distantes y maravillosas; y en tercero y último ganar la posesion de doña Mercedes de Valverde.

—Acepto la garantía, hidalgo doncel, replicó el navegante, admirado de su entusiasmo y complacido de su sinceridad—aunque la representacion de vuestros pensamientos hubiera sido más leal, si hubieseis traspuesto vuestros motivos al enumerarlos.

—Dentro de pocos meses seré dueño de mí mismo, prosiguió el mancebo, absorto en sus propios propósitos para hacer caso de lo que Colon le decia, y entónces, solo el explícito y solemne mandato de doña Isabel misma podrá impedir que contemos á lo ménos con una carabela; y preciso ha de ser que las arcas de Bobadilla hayan sido tratadas con asaz desarreglo durante la niñez de su dueño, para que no puedan costearnos hasta dos. Yo no soy vasallo de D. Fernando, sino súbdito de la rama primogénita de la casa de Trastámara, y ni aun la fria discrecion del rey habrá de impedirme.

—Eso tiene el halagüeño sonido de la generosidad, y vuestros sentimientos son cuales corresponden á un hidalgo mozo y emprendedor; pero me es imposible aceptar vuestra oferta. No estaria bien en Colon servirse de oro que proviniese de un espíritu tan confiado ni de una cabeza tan inexperta; amen de que existen obstáculos todavía más serios. Mi empresa debe apoyarse en algun respetable príncipe, y ni aun el mismo Guzman se ha considerado con autoridad bastante para patrocinar tan lata empresa. Si llegásemos á hacer descubrimientos sin la sancion adecuada, trabajaríamos para otros, sin beneficio nuestro; pues que los portugueses ó un monarca cualquiera, nos defraudarian de nuestro galardón. Una voz interior me dice que estoy destinado para llevar á efecto tan vasta obra, y que esta deberá conducirse de un modo adaptado á la majestad del pensamiento y á la grandeza del designio. Y ahora, D. Luis, fuerza es que nos separemos. Si mi solicitud tuviere buen éxito en la córte de Francia, recibiréis mi aviso, pues mi mejor deseo es que me sostengan corazones y brazos como los vuestros. A pesar de todo, guardaos por imprevision de perjudicar vuestra fortuna; tened presente que hoy en Castilla soy un hombre arruinado. Tal vez no os adelantaria en la opinion de la córte, si se supiese que aun cultivabais mi amistad... sí; lo repito... fuerza es que nos separemos en este paraje.

Aseguró Luis de Bobadilla á su amigo cuan indiferente le era lo que otros juzgasen de él; pero Colon, hombre de mayor experiencia, quien tan superior se alzaba sobre las hablillas del vulgo en materias referentes á su propia persona, sentia una generosa repugnancia de permitir que el desprendido mancebo sacrificase sus esperanzas en obsequio de amistosas despreocupaciones á favor suyo. La despedida fué cordial, y el navegante sintió enardecersele

el corazón al atestiguar las sinceras y honradas emociones que el noble manco no pudo reprimir al separarse. Sin embargo, diéronse el último adiós á media legua de la ciudad, y cada cual dirigió su ruta en la dirección que le era propia, henchida de empacho el alma de D. Luis de Bobadilla, al considerar el perverso trato que recibiera de la corte su amigo.

Prosiguió su camino Colon, absorto en pensamientos muy diferentes. Siete cansados años había pasado en solicitar á los monarcas y á los nobles de España á fin de que le auxiliasen en su empresa. Durante ese largo período, cuánta penuria y befa, cuánto desprecio y hasta odio había tolerado con paciencia, mas bien que abandonar la precaria acogida que había alcanzado de unos pocos sugetos liberales y cultos en esta nación. Trabajado había para proporcionarse el pan cotidiano, mientras suplicaba á los grandes á fin de que consintiesen en lo que más poderosos les haría, y cada vislumbre de esperanza, por débil que fuera su destello, había sido saludada con alborozo, y cada desconcierto sufrido con una constancia que tan solo el espíritu más exaltado tolerar pudiera. Ahora empero exigíase de él sobrellevarse con serenidad el más cruel de todos sus pesares. El celo de Isabel había despertado en el pecho del heroico varon una confianza que por tantos años desconociera, y aguardaba la conclusion del asedio con la plácida dignidad que tan conforme estaba con su designio no ménos que con su filosofía excelsa. Llegado había la hora anhelada del triunfo, pero esa trajo consigo la fatal destruccion de sus esperanzas. Creyera que sus motivos se habian comprendido, que su carácter estaba debidamente avaluado, que sus altos objetos se hallaban sentidos; pero considerábase ahora conceptuado todavía como un proyectista visionario, sospechadas sus intenciones, y menospreciados los servicios que ofreciera. En resúmen, las brillantes ilusiones, que por tantos años habian alentado sus tareas, se hallaban desvanecidas en un soplo, mientras el desconcierto era aun más grave á causa de la efimera esperanza, producida por el reciente patrocinio que le habia dispensado la reina.

Nada extraño es por consiguiente, que luego que se vió solo en el camino, desfalleciera el ánimo de varon tan animoso, y se hallara obligado á implorar el auxilio del Todopoderoso. Humilló la frente, y agitó sus mientes uno de aquellos amargos instantes, en que lo pasado y lo futuro se agolpan en el alma y producen la sensacion agonizadora de no hallar sino angustias en los recuerdos, ni más que desaliento en las esperanzas. El tiempo malgastado en España parecíale un borron en su existencia, y luego acudia á su imaginacion la probabilidad de otra probatura dilatada y desfallecedora, que cual esta pudiese conducir á la nada. Ya habia llegado al lustro que iba á sellar el año sexagésimo de su vida, y su ser parecia deslizarse á prisa, mientras aun quedaba sin verificarse su grandioso objeto. Todavía empero le sostenia la enérgica resolucion del hombre. Ni una vez se le ocurrió prestarse á hacer rebaja de lo que estaba íntimamente persuadido le pertenecia de derecho; ni una vez ofrecióse á su idea la más leve duda acerca de la realizacion de la augusta empresa de que se mofaban otros. Henchía su alma el valor, aun mientras el pesar rebosaba en su pecho. ¡Hay un Dios, misericordioso y om-

nipotente! exclamaba Colon alzando al cielo la vista. El sabe lo que conviene á su propia gloria, y en él deposito mi confianza. Siguióse una pausa, y el entusiasmo le iluminó, miéntras una sonrisa, perceptible apenas, animaba el grave rostro del navegante, quien luego dijo estas palabras en voz sumisa. Si; ¡señalar el tiempo pertenece á su inescrutable sabiduría! pero los infieles serán alumbrados, y el santo sepulcro redimido!

Después de esta efusion de sentimientos, aquel respetable varon, cuyos cabellos eran ya blancos como la nieve, por causa de trabajos, ansiedades y peligros, prosiguió en su ruta con la serena dignidad de quien creia que no era creado para nada, y confiaba en Dios para el cumplimiento de su destino. Si algun mal reprimido sollozo se le escapaba del pecho á intervalos, no por eso anublaba la placidez de su venerable rostro; y si la pesadumbre gravitaba en su alma, posábase en una base que era bastante robusta para sufrirla. Dejando que siga Colon el camino ordinario de herradura á través de la vega, volveremos ahora á Santa Fé, donde Fernando é Isabel habian establecido su córte, después de los primeros dias que sucedieron á la toma de posesion de su nueva conquista.

Luis de San Angel era un hombre de sensaciones ardientes y de impulsos generosos. Era uno de aquellos pocos espíritus privilegiados que viven con anticipacion á su época, y que permiten que á su razon ilumine y alegre la fantasía, sin dejar empero que se deslumbré con ella. Como él y su amigo Alonso de Quintanilla, después de separarse de Colon, cual ya se ha manifestado, se encaminasen hácia el pabellon regio, departian amigablemente juntos respecto á aquel hombre, sus conceptos vastos, el tratamiento que habia recibido y la vergüenza que de resultas caería sobre la España, si así se le permitiese ausentarse para no volver. El receptor de las rentas eclesiásticas, muy brusco de lenguaje, no puso coto á sus expresiones cuyas sílabas encontraban eco en el corazon del contador general, antiguo amigo del navegante. En fin, al llegar al pabellon estaban conformes en hacer un enérgico esfuerzo, á fin de inducir á la reina á acceder á las proposiciones de Colon, y traerle de vuelta á su regia presencia.

El acceso á Isabel era siempre fácil para aquellos de sus servidores que ella conocia por honrados y leales. El siglo en cuestion era el de las formalidades, y en muchos puntos el de las exageraciones, al paso que aquella córte se hacia célebre por su adhesion al etiquetero ceremonial; pero el espíritu de pureza que alentaba á la reina, difundia en torno de ella cierta aureola de verdad y de gracias naturales, que comprendia á todos sus dependientes, haciendo que las meras formas, excepto en cuanto tenian conexion con la delicadeza y el decoro, fuesen completamente inútiles y á la verdad impracticables. Ambos pretendientes á la entrevista gozaban su favor, y concedióse la solicitud de audiencia con la sencilla y directa venia que aquella dama se complacia en facilitar, siempre que juzgaba pudiera complacer á las personas que su aprecio distinguia.

Hallábase rodeada la reina del corto número de damas entre las cuales vivia en el retiro de su gabinete, cuando entraron en él Luis de San Angel y

Alonso de Quintanilla. Entre aquellas por consiguiente veíase á la marquesa de Moya y á doña Mercedes de Valverde. El rey, en esta ocasion, estaba en un despacho contiguo, trabajando como de costumbre en redactar órdenes y cerner cálculos. El trabajo oficial servia de distraccion á D. Fernando, y jamás estaba más contento que cuando despachaba un cúmulo de negociados, que la mayor parte de los hombres habria tenido por tarea enojosa. Era el monarca un héroe en el arzon, un guerrero al frente de sus ejércitos, un sabio en el consejo, y respetable, si no grande, en todas las cosas, excepto en sus motivos.

—¿Qué solicitud ha traído al señor San Angel y al señor Quintanilla tan de mañana á mi presencia? preguntó Isabel sonriéndose, como para asegurarles de que su pretension sería acogida benignamente. Rara vez os he visto mendigar favores, y tampoco esta es hora la más adecuada.

—Todas lo son, excelsa señora, cuando se viene á *conferir* gracias, no á *solicitarlas*; repuso con adustez Luis de San Angel. No venimos aquí á pretender para nosotros, sino á mostrar á vuestra alteza de que modo la corona de Castilla puede adquirir más ricos florones de los que posee en la actualidad.

Sorprendióse Isabel, tanto con las palabras del interlocutor y su precipitada vehemencia, cuanto con la libertad de sus expresiones... Acostumbrada, sin embargo, en cierto modo á la última, no padeció sobresalto su serenidad, y ni aun dió muestras de hallarse ofendida.

—¿Tiene el moro acaso otro reino de que se le despoje? preguntó, ¿ó pretende quizás el receptor de la iglesia que guerreemos contra la santa sede?

—Pretendo, señora, hacer que vuestra alteza acepte las dádivas que vienen de Dios, con gozo y gratitud, y no las deseche con desagrado, replicó San Angel, besando la mano que le tendia la reina, con un respeto y afecto que neutralizaban la aspereza de sus dichos. ¿Sabeis, augusta amia, que Cristóbal Colon, aquel de cuyos elevados proyectos tanto nos prometíamos los españoles, ha montado en su mula, y ausentándose de Santa Fé?

—Eso lo esperaba yo, aunque desconocia que se hubiese verificado ya. El rey y yo confiamos el asunto al arzobispo de Granada, á fin de que lo examinase en union de otros graves consejeros, y estos hallaron exorbitantes las proposiciones del genovés; ó por decir mejor tan llenas de excesiva y arrogante extravagancia, que mal convenia á nuestra dignidad y á nuestro deber concedérselas. El que idea un proyecto de tan dudosa ventura, debería manifestar alguna moderacion en sus preliminares. Aun no faltan quienes crean que ese hombre es un visionario.

—No es probable, señora, que un pretendiente digno abandonase sus esperanzas ántes que menoscabar su dignidad: ese navegante conoce que está tratando de imperios, y negocia como quien está convencido de la importancia del asunto en cuestion.

—Quien no se aquilata debidamente en materias graves es muy justo que espere hallarse en liviana estimacion para con los demás; se atrevió á añadir Alonso de Quintanilla.

—Y á mayor abundamiento, excelsa y amadísima señora, añadió San Angel, sin permitir que la reina hablase, el carácter de ese hombre y el alto importe de sus intenciones pueden justipreciarse por la valía en que tasa sus propios servicios. Si el buen éxito los coronase, ¿no eclipsarian sus descubrimientos cuantos se han verificado desde la creacion del mundo? ¿No es nada navegar al rededor del globo, hacer patente la sabiduría de Dios, en virtud de experimentos materiales, seguir al sol en su carrera diurna, é imitar los movimientos de esa luz que tan gloriosa se mueve? ¿Y luego los beneficios que afluirán sobre Castilla y Aragon pueden acaso calcularse? ¡Maravillo-me que una princesa, que en todas las demás ocasiones ha manifestado un espíritu tan excelso, se retraiga ahora de cooperar á una empresa tan grandiosa!

—Sois muy exaltado, buen San Angel, contestó Isabel con una sonrisa que alejaba toda idea de enfado; y cuando existe tal exaltacion suele haber mucha falta de cálculo. ¿Si del éxito favorable dependen el honor y el provecho, qué no dependerá de su malogro? Si el rey y yo enviásemos á Colon nuestros despachos como virey perpétuo de las regiones que descubriera, y no llegase á descubrir ninguna, pudiera muy bien exponerse á justa crítica la sabiduría de nuestros consejos, y sin beneficio quedar profundamente comprometida la dignidad de entrambas coronas.

—Traslúcese en esto, señora, la mano del arzobispo. Jamás ese prelado ha creído en la justicia de las teorías del navegante, y fácil es suscitar objeciones cuando los sentimientos están dirigidos á que aborte un proyecto. La gloria no se consiguió nunca sin correr algun riesgo. ¡Vuelva la vista vuestra alteza á nuestros vecinos los portugueses! ¿Cuánto no han ensalzado ese reino los descubrimientos, y cuánto más no nos ensalzarian á nosotros? Bien sabemos, excelsa ama mia, que la tierra es redonda.

—¿Y está averiguado ese hecho importante? preguntó el rey, quien atraído por los animados é inusuales tonos del interlocutor, habia salido de su gabinete, y aproximádose sin ser sentido. ¿Se ha admitido esa teoría? Nuestros doctores de Salamanca estuvieron divididos sobre esa gran cuestion, ¡y por san Diego que tampoco la veo muy clara!

—¿Si no es redonda, señor rey, contestó San Angel volviéndose velozmente para recibir á su nuevo adversario, cual bien disciplinado tercio cambiando su frente de batalla, de qué otra forma puede ser? ¿Podrá ningun doctor, aunque venga de Salamanca, ó de cualquier otro punto, sostener que la tierra tiene bordes, y que puede un hombre asomarse á ellos y dar un salto hasta el sol, cuanto este astro glorioso pasa por debajo durante la noche? ¿es esto razonable, ó concuerda con las santas escrituras?

—¿Y podrá un doctor de Salamanca ó de otra parte, repuso el rey con gravedad, aunque era evidente que sus sentimientos se interesaban muy poco en la discusion, alegar que existen naciones que andan con la cabeza abajo, y donde llueva hácia arriba, y permanezca la mar tranquila en su lecho, aunque tenga este encima, y deba su único sosten al ambiente?

—No es para resolver esos grandes problemas, señor D. Fernando, que me intereso en el viaje de Colon. Podemos ver, muy venerando amo mio, y

más diré, tenemos demostraciones de que la tierra es esférica, y sin embargo, no advertimos que las aguas se desprendan y caigan de ninguno de sus puntos. El casco de un bajel es mayor que la extremidad de sus mástiles, y á pesar de eso, los últimos se ven primero en el Océano; lo que prueba que el cuerpo de la nao queda oculto en virtud de la forma de las aguas. Siendo esto así, cual saben que lo es cuantos han viajado por los mares, ¿por qué motivo no forman las aguas un nivel aquí mismo en nuestras propias costas? Si el mundo es redondo, medios habrá de rodearlo por mar así como por tierra, y de completar una jornada entera, así como una parcial. Propónese Colon abrir el camino para esta empresa, y el monarca que facilite los medios vivirá en la memoria de nuestros descendientes, como más digno de renombre que el conquistador más afamado. Acordaos, pues, excelso señor, que todo el Oriente está poblado de infieles, y que el supremo jefe de la iglesia concede libremente sus dominios á cualquier príncipe cristiano que consiga sacarlos de su estado de obcecacion, para encaminarlos á la luz del favor divino. Creedme, doña Isabel, si algun otro soberano llegara á otorgar las condiciones que Colon solicita y alcanzase los beneficios que es probable emanen de tantos descubrimientos, los enemigos de España harian resonar el mundo con sus cánticos de triunfo, mientras la Península entera lloraria para siempre esta infortunada decision.

—¿Y á dónde ha marchado Colon? preguntó el rey apresurado, pues todos sus celos políticos se habian excitado con las observaciones del receptor general. ¿No habrá vuelto á la córte de D. Joáo de Portugal?

—No, señor y amo mio; sino á la del rey Luis de Francia, cuyo amor al Aragon es casi proverbial.

Murmuró el rey algunas palabras, mientras con pasos descompuestos medía la habitación, porque en tanto ningun hombre en este mundo estaba ménos dispuesto que él á aventurar sus medios, sin la perspectiva de un seguro resultado, la idea de que otro alcanzase una ventaja, que él hubiese despreciado, le sujetaba desde luego al albedrío de las únicas sensaciones que ejercieran influjo sobre su fria y calculadora política. Respecto á Isabel el caso era distinto. Sus piadosos deseos habíanse inclinado constantemente hácia la verificacion de los proyectos del navegante, y su generoso pecho habia simpatizado con sus nobles ideas, vastas resultas morales, y extensa gloria de la empresa. Tan solo por haber ocupado sus mientes de tal manera, así como sus aspiraciones religiosas la guerra de Granada, habíase visto impedida la princesa de interesarse más pronto en el pleno exámen de las miras de Colon, cediendo á los consejos de su confesor para que negase los términos que el genovés solicitaba, con una repugnancia que no le fuera dable atenuar. Luego ejercian en ella su influjo las sensaciones más blandas de su sexo, pues mientras reflexionaba en el asunto que á su decision acababa de someterse, su vista discurría en torno del cuarto, y posábase en el rostro hechicero de Mercedes, quien permanecia callada por pura cortedad; pero cuyas pálidas y elocuentes facciones dejaban traslucir todas las ansias del entusiasmo de la mujer.

—Hija marquesa, preguntó la reina, volviéndose como de costumbre en sus dudas hácia su bien probada confidente: ¿cuál es tu opinion sobre esta ponderosa materia? ¿Debemos humillarnos hasta el punto de solicitar que vuelva ese altanero genovés?

—No digais altanero, señora; pues paréceme superior á semejante debilidad; ántes bien le considero como á quien tiene un justo aprecio de lo que trae entre manos. Convengo en un todo con el receptor general en creer que mucho descrédito recaerá en Castilla, toda vez que se llegare á descubrir un nuevo mundo, y que los favorecedores de esta empresa señalarian con el dedo á esta córte, recordándole que tuvo en sus manos la gloria del suceso y que la desechó con desacierto imperdonable.

—Y solo por una quisquilla de vanos honores, señora, interpuso Luis de San Angel; por una cuestion de pergaminos y de bambolla.

—No tanto, no, replicó la reina; no faltan quienes crean que los honores pretendidos por Colon excederian en mucho al servicio que prestase, aun cuando fuera igual á sus esperanzas más halagüeñas.

—Entónces, excelsa ama mía, ignoran las miras de Colon. Reflexionad, señora, que no será hazaña adocenada probar que la tierra es una esfera, en virtud de medida material, aunque ya asaz nos conste por teorías. Luego vienen la opulencia y beneficios de aquellas posesiones orientales, punto del orbe de donde emanan todas las riquezas... de allí las perlas, las especias, los metales más preciosos. Despues de estos, ó más bien ántes, viene la grande gloria de Dios ¡que todo lo corona y sobrepuja!

Santiguóse Isabel, encendiéronseles las mejillas, brilláronle los ojos, miéntras su forma amatronada, aunque siempre hermosa, parecia erguirse con la majestad de las sensaciones que semejante cuadro creara.

—Mucho recelo, D. Fernando, dijo la princesa, que nuestros consejeros hayan obrado con precipitacion, y que la magnitud de este proyecto pueda justificar unas condiciones casi extraordinarias.

El rey empero participó muy poco de las emociones generosas de su consorte regia; pues sentia más á lo vivo el aguijon de los celos políticos que ningun estímulo por las ciencias. Tentábase generalmente en el concepto de un príncipe sabio; de cuyo título no podria inferirse por cierto que fuese generoso ni justo. Sonrióse al notar cual se encendia el entusiasmo de su esposa, y prosiguió leyendo un papel que acababa de entregarle un secretario.

—Vuestra alteza siente cual sentir debe doña Isabel de Castilla, cuando se trata de la gloria de Dios y del honor de su corona, añadió Beatriz de Cabrera, usando aquella libertad de discurso que tanto alentaba su regia señora en sus relaciones más privadas. Preferiria oiros pronunciar las palabras que ordenasen la vuelta de Colon á Santa Fé, á escuchar de nuevo los vítores de nuestro último triunfo sobre el alarbe.

—Sé que mucho me amas, Beatriz, exclamó la reina, y si en ese pecho tuyo no late un corazon leal, no le es permitido á la abyecta especie humana hacer alarde de poseer joya tan rica.

—Todos amamos y reverenciamos á vuestra alteza, prosiguió San Angel, y solo apeteecemos su gloria. Imaginaos, señora, que ante vos yace abierto el gran libro de la historia, y ésta vasta proeza de la reduccion del moro, seguida de la hazaña aun mayor del descubrimiento de una fácil y pronta comunicacion con las Indias, de la propagacion del culto divino, y de la afluencia de inagotables tesoros para España. Ese Colon desdeña verse sostenido por los frios é interesados cálculos del hombre; pero su empresa misma busca el sosten más generoso de aquella á quien mucho place arriesgarse en pró de la gloria de Dios y del bien de su Iglesia.

—Vamos, San Angel, con un mismo aliento me lisonjeais y zaherís.

—Estas expresiones provienen de un carácter honrado que da suelta á sí mismo por culpa de su desconcierto, amadísima señora, y de una lengua que se ha vuelto atrevida á causa de su mucho celo por la fama de vuestra alteza. ¡Ay! y mil veces ¡ay! si llegase el rey Luis á conceder lo que hemos rehusado, no volverá la pobre España á levantar la cabeza de pura vergüenza.

—¿Estais cierto, San Angel, de que se haya encaminado á Francia el genovés? preguntó el rey con voz imperante y aguda.

—Lo sé de sus propios labios, señor; sí, sí; en este instante está procurando olvidar nuestro idioma castellano y amoldar su lengua al dialecto del francés. Fanáticos son y casquivosos discípulos de rancias preocupaciones cuantos niegan las teorías de Colon. Los antiguos filósofos han raciocinado de igual manera, y aunque á los tímidos parecer pudiese audaz y hasta temeraria aventura soltar las velas por el anchuroso Atlántico, si el osado portugués no lo hubiese hecho, jamás habria hallado las islas que le ensoberbecen tanto. ¡Vive Dios! que siéntome hervir la sangre al considerar lo que esos lusitanos hayan acometido, mientras nosotros los de Aragon y Castilla hemos estado lidiando con el moro por unos cuantos valles y aldeas, y en cruda lucha por la toma de posesion de una ciudad.

—¡Señor, os olvidais de la honra de los soberanos, así como tambien del servicio de Dios! interrumpió la marquesa de Moya, que poseia el delicado tacto de conocer que el receptor general iba perdiendo de vista su discrecion, arrebatado de la magnitud de su celo. Esta conquista es una de las victorias de la iglesia, y añadirá lustre á las dos coronas en todos los años futuros. La cabeza de la iglesia misma lo ha reconocido así, y todo buen cristiano deberá atribuirle semejante carácter.

—No es que pretenda rebajar el mérito de esta hazaña, doña Beatriz; solo he hablado con referencia á la conquista de tantos millones de almas que es probable llegue á verificar Colon.

La marquesa, cuyo entendimiento era tan agudo como sincero su amor hácia la reina, le replicó, y por algunos momentos ella, Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla sostuvieron la discusion entre sí, mientras Isabel conversaba con su esposo, sin que los presentes osaran mezclarse en su conferencia. La reina parecia hablar con teson y hallarse en extremo excitada, pero Fernando conservaba su acostumbrada frialdad y cautela, aunque sus maneras estuviesen señaladas con aquel respeto profundo que desde muy temprano

inspirádole había el carácter de Isabel, y que esta consiguió conservar durante el discurso de su vida. Este era un cuadro bien familiar para los cortesanos; pues uno de aquellos personajes regios era tan notable por su ladina prudencia, como el otro por su generoso y sincero ardor, siempre que un digno motivo le impeliere. Este aislado coloquio duró media hora; de cuando en cuando hacia una pausa la reina á fin de escuchar lo que en el otro grupo se decia, y retornaba luego á sus propios argumentos para con su marido.

Al fin dejó Isabel á Fernando, quien con la mayor indiferencia volvió á dedicarse á la lectura del papel; y la reina se dirigió con pasos lentos hácia el excitado corro, que se hallaba ahora unánime y algo desentonado en la expresion de lo que lamentaba; desentonado diremos, aun más de lo que permitia la indulgencia de una señora tan tolerante. La intencion de la princesa, sin embargo, de reprimir este ardor con su presencia, fué distraida de su objeto por una mirada al rostro de Mercedes, quien, separada de los demás, y con la labor en la falda, escuchaba anhelosa las opiniones que habian atraído á sus compañeras á formar parte en el corro.

—Tú no tomas cartas en esta acalorada discusion, hija mia; observó la reina, deteniéndose delante de la silla de nuestra heroína, y fijando la vista por un momento en su rostro, donde la expresion más elocuente se pintaba. ¿Has perdido tu interés hácia Colon?

—No hablo, señora, porque bien está á la mocedad é ignorancia ser modesta; pero, aunque callo, no por eso dejo de *sentir* tanto como los demás.

—¿Y qué sientes, hija mia? ¿crees que los servicios de ese genovés no pueden comprarse á un precio demasiado alto?

—Ya que vuestra alteza me dispensa esta honra, contestó la amable doncella, miéntas el rubor carminaba gradualmente su pálido rostro, al encenderse su alma con tan excelso asunto, no vacilaré en hablar. Creo que esta gloriosa empresa ha sido ofrecida á los soberanos como recompensa de cuanto han hecho y sufrido por la iglesia y por su divino culto. Creo que una mano omnipotente ha guiado á esta córte á Colon, y que la misma le ha mantenido en ella y hecho que sucumba á siete años de servidumbre prolongada, más bien que abandonar su proyecto; y creo por fin que esta última apelacion en favor suyo viene de un espíritu oculto que triunfar debiera.

—Eres una entusiasta, hija mia, y especialmente en esta causa, repuso la reina, sonriéndose con bondad al notar el rubor que cubria el rostro de Mercedes. Tus deseos me impulsan sobremanera á interesarme en este designio.

Así habló Isabel, en un momento en que no tenia lugar, ni se le ocurría la idea de analizar sus propias sensaciones. Sin embargo, hasta esta pasajera emocion de los afectos femeniles contribuyó á dar á su alma una nueva prevencion, y juntóse al grupo, que se abrió con el mayor respeto para acogerla, dispuesta sobremanera á ceder á las súplicas de San Angel, bien intencionadas á par que algo bruscas. Aun vacilaba á pesar de todo la princesa; porque su canto esposo le habia recordado lo muy exhausto que ambas tesorerías se hallaban á la sazón, y la penuria en que dejara á las dos coronas la reciente guerra.

—Hija marquesa, dijo Isabel, correspondiendo de paso á las reverencias que le hicieron los del corro, ¿crees que ese Colon sea designado por Dios para el cumplimiento de los altos propósitos de que hace alarde?

—Señora, no diré tanto; aunque sospecho que el genovés tenga de sí mismo semejante opinion. Pero lo creo hasta el punto de asegurar que el cielo se acuerda de sus fieles servidores, y cuando necesita acciones importantes, elige para la obra adecuados agentes. Ahora, bien sabemos que la iglesia, en algun día, habrá de enseñorearse del mundo entero; ¿y por qué no ha de ser el actual, así como otro el señalado? Dios ordena las cosas misteriosamente, y hasta la aventura que á tantos sabios sirve hoy de befa, puede estar destinada á apresurar la victoria de nuestra santa religion. Debemos acordarnos, señora, de la humildad con que empezó esta iglesia; cuan pocos hombres sabios en apariencia le prestaron ayuda, y del alto punto de gloria á que ha llegado. Esta conquista del moro tiene indicios de haberse cumplido alguna época milagrosa, y tal vez el término de su reinado de siete siglos puede ser la aurora de un día todavía más glorioso.

Sonrióse Isabel al oír los propósitos de su amiga, pues que correspondian con los que sus propios y secretos pensamientos le indicaban; pero sus luces superiores moderaban su entusiasmo.

—No parece cuerdo imprimir el sello de la Providencia á este ó esotro designio, hija, contestó la princesa; y solo á la iglesia corresponde señalar las cosas que se reservan para los milagros y las que corresponden al humano esfuerzo. ¿Qué cantidad, señor San Angel, necesita Colon para llevar á cabo la aventura, de modo que queden satisfechas sus urgencias?

—Solo pide dos ligeras carabelas, señora, y tres mil pesos... cantidad que muchos de nuestros mancebos pródigos malgastarian en sus placeres en pocas semanas.

—No es mucho en verdad, observó Isabel, que hacia rato iba animándose con la idea de lo noble de semejante proyecto; mas, mezquino como es, duda el rey mi señor que nuestros erarios en este momento puedan abastecer el pedido.

—¡Oh! ¡lástima fuera que semejante ocasion de servir al Altísimo, semejante oportunidad de ensanchar el poderío cristiano y enaltecer las glorias de España, se perdiese por cantidad tan frívola de oro! exclamó doña Beatriz.

—Y lo sería en efecto, repuso la reina, cuyas mejillas resplandecian ahora con tanto entusiasmo como el que tan brillante carminaba el rostro de la fogosa Mercedes. —Señor de San Angel, no es posible conseguir que el rey entre en este negocio, á favor de Aragon; pero yo lo emprendo bajo mi propio riesgo, como reina de Castilla, y en cuanto pueda servir de adelantamiento para los intereses cristianos, en beneficio de mi muy amado pueblo. Si el tesoro real se encuentra exhausto, mis joyas bastarán para cubrir la corta suma que se pide; y yo las empeñaré como seguridad del oro, mas bien que permitir se ausente Colon sin probar la veracidad de sus teorías. Y por cierto que las resultas son de tamaña magnitud que el asunto no necesita de ulterior debate.

Una exclamacion de sorpresa y gozo se escapó de los labios de los que pre-

sentes se hallaban, pues no era comun ver á una princesa despojarse de sus adornos personales para adelantar los intereses de la iglesia ó los de sus súbditos. El receptor general, sin embargo, allanó la dificultad respectó al suministro de fondos, diciendo que sus cajas anticiparian la cantidad necesaria, bajo la garantía de la corona de Castilla, y que las joyas ofrecidas con tanto desprendimiento podrian permanecer en custodia de su regia dueña.

—¿Y ahora, cómo conseguiremos que vuelva Colon? observó la reina luego que estos preliminares se hubieron discutido. Há rato que está en marcha, y no hay tiempo que perder para avisarle de estas nuevas determinaciones.

—Aquí tiene vuestra alteza un correo voluntario, y ya en traje de camino, en la persona de don Luis de Bobadilla, dijo el contador general, cuyos ojos habia atraído hácia una de las ventanas el rumor de los cascos de un corcel; no se hallará hombre en Santa Fé que más gozoso se preste á llevar esta nueva al navegante.

—Tal servicio no es adecuado para que lo desempeñe un hombre de rango tan distinguido, contestó Isabel vacilante; y á pesar de eso debemos considerar que cada momento de tardanza es un nuevo perjuicio para Colon.

—Nada, señora, no tengais miramiento por mi sobrino, dijo doña Beatriz con ansiedad: demasiado dichoso habrá de considerarse en que le emplee vuestra alteza para el cumplimiento de su voluntad.

—Que le llamen pues á mi presencia, sin demora alguna. ¿De qué sirve mi decision miéntras el principal personaje de esta noble aventura se halla cada minuto más distante de la córte?

Despáchese inmediatamente un paje en busca del noble doncel, y á poco oyéronse en el aposento las pisadas de D. Luis. Entró el hidalgo, encendidas las mejillas y visiblemente conmovido, miéntras agitaba sobremanera la idea de la perentoria partida de su amigo. No dejó de achacar la culpa de esta ocurrencia á los que tenian poder para estorbarla, y cuando sus ojos negros y expresivos se fijaron en el rostro de su soberana, si hubiera estado al alcance de esta leer en ellos, habria comprendido que el mancebo la consideraba como á una persona que en más de una ocasion habia deshojado sus esperanzas más halagüeñas. Sin embargo, la influencia del carácter puro de doña Isabel y sus suaves maneras eran rara vez olvidadas por aquellos á quienes se permitia acercarse á su persona. Así es que el saludo del noble mozo fué respetuoso, cuando no expresivo.

—¿Es benaplácito de vuestra majestad dispensarme algun mandato? dijo el mancebo tan luego como hubo hecho á la reina el acatamiento de uso.

—Os agradezco vuestra pronta obediencia, D. Luis; pues en efecto necesito emplearos en una comision. ¿Podeis decirnos qué se ha hecho de Cristóbal Colon, aquel navegante genovés, con quien, segun me han informado, teneis relaciones muy íntimas?

—Perdonadme, señora, si algo no del todo conveniente se me escapare de los labios; pero cuando el corazon rebosa preciso es desocuparlo para que no estalle. El genovés se halla próximo á sacudir de sus sandalias el polvo de España, y en este momento endereza su viaje hácia otra córte, á fin de ofre-

cer á un monarca extranjero unos servicios que los nuestros jamás deberían haber desechado.

—Bien se echa de ver, D. Luis, que no habeis pasado mucha parte de vuestros ocios en la córte, replicó sonriéndose la reina; pero ahora tengo empleo para vuestra disposicion vagamunda. Montad á caballo y dad alcance á Colon, á fin de participarle la nueva de que están admitidas sus condiciones, y añadidle mi súplica de que vuelva al instante.

—¡Señora...! ¡doña Isabel...! reina bondadosa y excelsa! ¿he oido á derechas lo que vuestra alteza me dice?...

—Para muestra de que vuestros sentidos no os engañan, D. Luis, aquí teneis mi mano en prenda.

Dijolo con el más blando cariño, y la benigna manera con que la regia mano fué ofrecida transmitió un destello de esperanza al alma del amador, que no habia experimentado desde que le insinuaran que era preciso asegurarse del aprecio de la reina para conseguir su felicidad. Doblando la rodilla con respeto, besó la mano de la reina; y sin variar de actitud, suplicó saber si debería partir al momento para cumplir la comision que su alteza habia mencionado.

—Alzaos, D. Luis, y no perdais un instante á fin de aliviar el abrumado corazon del genovés, casi podria añadir para solazar tambien el nuestro; pues que, hija marquesa, desde que este santo designio germinó en mi ánima con una luz repentina y casi milagrosa, pareceme que ha de oprimir mi pecho una montaña hasta que averigüe la verdad el señor Colon.

Luis de Bobadilla no aguardó segundo mandato; mas retiróse de la regia presencia con la precipitacion que la etiqueta permitia, y al siguiente minuto estaba ya en el arzon.

Al presentarse en el aposento su amado, habiase escurrido Mercedes al hueco de una ventana, desde donde por fortuna disfrutaba la jóven una completa vista del extenso patio. En el acto de ganar la silla, atisbóla don Luis, y aun cuando ya las espuelas estaban en los ijares de su caballo, acortó la brida, y el fogoso bruto quedó derribado sobre su cuarto trasero. Tan móviles son los sentimientos de la mocedad, tan halagüeñas y magnéticas las esperanzas de los que aman, que las miradas que trocaron aquellos dos mozos fuéron las de una mútua delicia; á ninguno de los dos se le ocurrió en aquel instante el desesperado acaso del resuelto viaje, la probabilidad de su aciago éxito, ni los muchos motivos que pudieran inducir á la reina á prolongar la época de su consentimiento para el anhelado enlace. Mercedes fué quien primero sacudió su éxtasis; pues alarmándose con la indiscreta demora de Luis, hizole presurosa una seña con la mano á fin de que alojase la brida. Otra vez los acicates se enterraron en los ijares del noble bruto, cuyos herrados cascos hicieron saltar del pavimento mil chispas de fuego, y al próximo instante jinete y corcel habian desaparecido.

Entre tanto proseguia Colon su melancólico viaje á través de la vega. Caminaba con lentitud, y muchas veces, despues que su compañero le dejara, habia refrenado su mula, y sumido en tristes pensamientos con la cabeza

caída, representaba el emblema del pesar. La noble resignación que había manifestado en público, le amilanó en la soledad, y sentía su alma cuán duro le era sufrir sus desconciertos con entereza. Viajando en tanta congoja había ya llegado al célebre punto del puente de Piños, escena de muchos y sangrientos combates, cuando hirió por primera vez sus oídos el rumor de los cascos de un caballo. Volviendo la cabeza, reconoció á D. Luis de Bobadilla que venía á escape en su seguimiento, con los ijares del corcel bañados en sangre y el pecho blanco de espuma.

—¡Enhorabuena! ¡mil veces enhorabuena, señor Colon! vociferó el agitado mancebo, aun ántes que estuviese bastante cerca para que le oyera con claridad el navegante. ¡Loada sea la Virgen santísima! ¡enhorabuena! ¡Señor, enhorabuena! ¡regocijaos!

—¡No esperaba yo esto, D. Luis! exclamó el navegante: ¿á qué venis?

Procuró el hidalgo explicar su misión; pero su ansia y falta de aliento le trastornaron las ideas, é hicieron su habla quebrada y confusa.

—¿Y á qué he de volver yo á una corte vacilante, suspicaz y fría? preguntó Colon. ¿No he malgastado años enteros en procurar encaminarla á su propio beneficio? Reparad en estos cabellos, noble mancebo, y acordaos que he perdido un tiempo casi igual al que contais de vida, en esforzarme para hacer patente á los que rigen los privilegiados destinos de esta Península que mi proyecto tiene por base la verdad.

—Al fin habeis ganado el pleito. Isabel, la verídica y sincera reina de los dominios castellanos, ha llegado á convencerse de la importancia de vuestros designios, y empeña su real palabra para patrocinarlos.

—¡Será posible! ¿y es cual lo manifestais, señor D. Luis?

—Me envían á vos expresamente á fin de que apresure vuestro retorno.

—¿Y quién os manda, hidalgo?

—Doña Isabel misma, mi muy excelsa señora, y vengo en virtud de sus propios y personales mandatos.

—¿Sabeis que no puedo rebajar un ápice de mis condiciones?

—Tampoco se espera que lo hagais. Nuestra excelente y generosa reina os concede cuanto pedís, y segun he sabido, se ha prestado noblemente á empeñar las alhajas de su pertenencia, ántes de permitir que la empresa se frustré.

Profundamente conmovido Colon al oír esta nueva, se ocultó con la toca los ojos por un instante, cual si se avergonzara de manifestar la ternura que le derretía. Al descubrir el rostro, iluminábalo la felicidad, y toda duda parecía haberse borrado de él. Largos años de padecimiento quedaron olvidados en aquel instante de gozo, y el navegante manifestó á su amigo que se hallaba dispuesto á acompañarle de regreso á la corte de Santa Fe.

CAPÍTULO IX.

¡Cuán nos hechiza el Genio á que acompaña
 La Santidad! ¡Cuán dulces y divinas
 Son ¡ay! del arpa terrenal las notas,
 Cuyas cuerdas recorre condolida
 De la dulce Piedad la mano blanda,
 Que de la Religion en la ara amiga
 La cuelga en pos, miétras allí vibrando
 En los oídos de Dios solemne trina.

JUAN WILSON.

Recibieron á Colon sus amigos Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla con una satisfaccion que no acertaban á manifestar. Hacíanse lenguas de los favores que á Isabel adeudaban, y añadieron á las aseguaranzas de D. Luis tantas pruebas de la sinceridad de la regia palabra, que disiparon las dudas del alma de Colon, quien sin demora fué introducido á presencia de la reina.

—Señor Colon, díjole la princesa, miétras este avanzando se arrodillaba á sus piés, seais muy bien venido, otra vez más. Nuestras desavenencias han terminado, y en adelante confio que obrarémos con unida voluntad á fin de dirigirnos á un mismo y grandioso objeto. Alzaos, y recibid esta ofrenda de mi patrocinio y amistad.

Besó Colon la mano ofrecida, y púsose en pié. En aquel instante quizá no habia nadie presente cuyas sensaciones no estuviesen henchidas de esperanza; porque fué casualidad intimamente adherida al origen y ejecucion de aquella grande empresa, que despues de haberse planteado el proyecto y seguido la pretension, entre befas, dudas y desaires, se acogiera repentinamente con un interés harto parecido al entusiasmo.

—Señora, contestó Colon, cuyo grave aspecto y noble semblante no contribuían en leve manera al adelanto de sus miras; señora, mi corazon os agradece esta bondad, tan grata, porque poco la esperaba esta mañana mismo.... de Dios recibiréis la recompensa. Grandes cosas en reserva tenemos, y sinceramente deseo que todos nos hallemos dispuestos al cumplimiento de nuestras respectivas obligaciones. Espero que el rey mi señor no negará á mí empresa el apoyo de su excelso patrocinio.

—Sois un servidor de Castilla, aunque poco ó nada hacemos nunca por este reino sin la aprobacion y consentimiento del monarca de Aragon. Don

Fernando está ya de nuestra parte, aunque su cautela superior y más profunda sabiduría no abrazaron el proyecto con tanta presteza como lo hicieron desde luego la fe de una mujer y sus esperanzas.

—No deseo sabiduría más excelsa ni fe más intrínseca que las de doña Isabel; repuso el navegante con dignidad tan grave, que tornó tanto más agradable el cumplimiento al darle visos de la sinceridad. La bien conocida prudencia de vuestra alteza me escudará de la mofa de los ociosos y casquivanos, mientras coloco mis esperanzas en su palabra regia. En adelante, y espero que para siempre, soy vasallo y siervo de la reina de Castilla.

Conmovió á la princesa el aire de altiva verdad que elevaba los pensamientos y maneras de Colon. Hasta entónces rara vez habia visto al navegante, y nunca en circunstancias que la facultasen á sentir tan de véras la influencia de su porte y palabras. Carecia Colon de aquel pulimento de modales que algunos pretenden se adquiere en las córtes, y que seria más justo suponer fuese propiedad de los que consagran sus vidas al arte de complacer; pero el carácter de aquel hombre se traslucia en su exterior, y respecto á su persona, cuanto pudiera recomendarla el artificial doctrinamiento no habria igualado al noble aspecto de la naturaleza, animado con altas aspiraciones. A una imperante estatura y á una gravedad realzada por lo sublime de sus conceptos, añadia Colon el plácido ahinco de un entusiasmo arraigado y que prestaba colorido á los pensamientos del navegante, difundiendo la gracia de la verdad y de la honradez á cuanto hacia ó hablaba. Ninguna de las cualidades de su ánimo sobresalía tanto en él como el sentido de lo recto, segun se consideraba entónces relativamente á las opiniones del siglo; y es una circunstancia singularísima que la mayor empresa de los tiempos modernos fuese confiada por la Providencia, para el cumplimiento de miras tan especiales, al cuidado de una soberana y á las manos ejecutivas de un caudillo, personajes entrambos distinguidos por la entereza de su carácter.

—Os agradezco esta prueba de confianza, replicó la reina sorprendida á par que lisonjeada, y mientras Dios me dé facultades para dirigir así como el conocimiento adecuado para resolver acerca de vuestros intereses y los de este proyecto, tan halagüeño tiempo há para mi corazon, unos y otros contarán con mi patrocinio. Mas no hemos de excluir de nuestra confederacion al rey, pues que al fin le hemos convertido á nuestras doctrinas, y no dudo que desde ahora anticipe el éxito de nuestra aventura con tanto anhelo como nosotros.

Manifestó Colon su anuencia con una profunda cortesía, y el afecto conyugal de Isabel quedó lisonjeado en virtud de esta concesion tácita que acataba el carácter y los motivos de su esposo; pues que, mientras era imposible que un alma tan pura, ardiente y desinteresada como la de la reina, no descubriese alguna vislumbre de egoismo en la cautelosa política de Fernando, los sentimientos de la esposa prevalecian en su pecho á tal punto y superaban la sagacidad de la soberana, que la ocultaban los defectos que los enemigos del aragonés se complacian en exagerar. Reconocian todos la veracidad de Isabel, pero Fernando estaba muy léjos de gozar de semejante fama en el

sentir de sus contemporáneos, ni con respecto á buena fe, ni á pureza de intención. Y sin embargo, podía clasificársele entre los príncipes más rectos que ocupaban entónces los tronos de Europa; haciéndose sus defectos más notables, quizás á causa de verse necesariamente puesto en parangón y formando tan vivo contraste con las virtudes más sinceras de la reina. En una palabra, estos dos soberanos unidos tan íntimamente en virtud de intereses personales y políticos, ofrecían en el trono el cuadro que puede verse en todas las gradaciones de la escala social, en las que las miras del hombre sirven de contrapeso al carácter más sincero y generoso y á la conducta más delicada de la mujer.

Presentóse ahora D. Fernando y se mezcló en el coloquio de tal suerte, que parecía mostrarse comprometido plenamente á redimir las prendas que su esposa había dado. Nos han repetido los historiadores que su conversión á las ideas del navegante fué obra de las intercesiones de un favorito, aunque sería más fundado suponer que su deferencia hácia Isabel, cuyo puro anhelo en la causa de la virtud le desviaba á veces de su política interesada, fué la causa principal de su condescendencia. Cualquiera que fuese el motivo, cierto es que el rey jamás abrazó aquella empresa con los esfuerzos sinceros y celosos para asegurar sus resultas que desde aquel instante distinguieron la conducta de su esposa.

—Hemos traído otra vez aquí á nuestro desertor, dijo Isabel al acercarse su esposo, miéntras encendía sus mejillas y ojos un piadoso entusiasmo, cual acontecía á Mercedes, testigo extasiada de la escena en cuestión. Hemos atado corto á nuestro novillero, y no debemos permitirnos un instante de innecesaria demora, hasta que no se le envíe al gran viaje. Si efectivamente consigue llegar á Catay y á las Indias, será un triunfo para la Iglesia, superior aun al de esta conquista de los territorios del moro.

—Pláceme ver al señor Colon en Santa Fé, de nuevo; repuso el rey con toda cortesía; y solo con que consiga la mitad de lo que se propone, tendrémos motivos para alegrarnos de no haberle rehusado nuestra protección. Tal vez no haga más poderosa la corona de Castilla, pero fácil le será enriquecerse á sí mismo, como súbdito, hasta el punto de no hallar en qué invertir su acumulado oro.

—Jamás faltará en qué invertir el oro de un cristiano, señor; respondió el navegante, miéntras los infieles sean dueños del Santo Sepulcro.

—¿Cómo! exclamó Fernando en tono incisivo. ¿Pues qué? ¿estais ideando una cruzada, además del descubrimiento de regiones desconocidas?

—Tal, excelso rey, ha sido por largo tiempo mi esperanza, y ese sería el destino de las riquezas que fuera de toda duda han de emanar del descubrimiento de una nueva y más corta ruta á las Indias. ¿No es un borron para la cristiandad el que se tolere al mahometano elevar sus altares inmundos sobre el lugar santo que visitó Cristo en la tierra, en donde nació y yacieron sus restos sagrados hasta su gloriosa resurrección? Dispuestos á borrar esta vergonzosa mancha, sobran corazones y espadas en el mundo, pero falta oro. Si el primer anhelo de mi alma es hallar un camino al Oriente á favor de

un pasaje en opuesta direccion, constituye el segundo ver que las riquezas que con toda certeza afluirán de descubrimiento semejante, se consagren al servicio de Dios, reedificando sus altares, y haciendo que reviva su culto en la tierra donde padeció su agonía y le plugo espirar por los pecados de los hombres.

El entusiasmo del navegante hizo sonreír á Isabel, aunque, para decir verdad, ese sentimiento halló cierto eco en su propio y piadoso corazón, no obstante que el siglo de las cruzadas le parecia haber ya trascurrido. No le sucedió lo mismo á Fernando. Sonrióse tambien, mas no se despertó en su interior sensacion alguna que tuviese la más leve analogía con la idea del genovés. Al contrario, ocurriósele tal desconfianza acerca de la prudencia de confiar el cuidado, hasta de dos insignificantes carabelas y el destino de la mezquina cantidad de tres mil pesos, á un fanático visionario, quien ántes de dar el primer paso en una empresa tan incierta, daba suelta á su imaginacion en pos de otra, que frustrara los esfuerzos y piadosa constancia de la Europa entera. Para el monarca, ese descubrimiento de una ruta occidental á las Indias y el rescate del Santo Sepulcro, eran cuestiones igualmente problemáticas, y para incurrir en su desconfianza, bastaba creer que fuese practicable cualquiera de las dos. Sin embargo, tenia delante á un hombre próximo á embarcarse para acometer la primera, dejando de reserva la última, como consecuencia del buen éxito de la aventura en que ya se veia empeñado.

Por algunos minutos sintióse tentado el rey con todas veras á deshacer los planes de Colon, y si el coloquio hubiese terminado aquí, sería difícil acertar hasta que punto su calculadora política hubiera prevalecido sobre la buena fe, la sincera integridad y reciente entusiasmo de su regia consorte. Por dicha la conversacion habia proseguido miéntras el receloso monarca meditaba el asunto, y cuando se reunió al corro halló que la reina y el navegante continuaban discutiendo la cuestion con tanto interés que no habian echado de ménos su ausencia.

—Manifiestaré á vuestra alteza cuanto saber desea, contestaba Colon á una pregunta de Isabel. Espero llegar á los dominios del gran khan, descendiente del monarca á quien visitaron los Polos há un siglo, en cuya época muchos magnates de aquella opulenta córte, incluso el monarca mismo, se mostraron inclinados á abrazar nuestra santa religion. Aseguran los divinos libros de los Profetas que día ha de llegar en que toda la tierra adore al Dios verdadero, y ese día, segun debe creerse en virtud de las numerosas señales visibles á los que las buscan, está á mano y se ostenta henchido de esperanzas para los que honran al Altísimo y anhelan su gloria. Para sujetar á la Iglesia esas vastas regiones, solo se necesita una fe constante, sostenida por el sacerdocio, y las manos protectoras de los príncipes.

—Eso encierra una probabilidad aparente, observó la reina, y así nos guie la sabiduría divina en esta estupenda empresa, á fin de que el éxito sea favorable. ¿Y esos Polos, señor Colon, eran algunos piadosos misioneros?

—Eran unos meros viajeros, señora, hombres que buscaban su propio lu-

cro, aunque no descuidaran los deberes de la religion. Será bien plantar primero la cruz en aquellas islas, y luego difundiremos la verdad por el contiguo continente. Cipango, en particular, es punto adecuadísimo para el comienzo de obra tan gloriosa, que sin duda acrecerá con la celeridad de un milagro.

—¿Y se sabe que la tal Cipango produzca especias ú otras producciones que sirvan para nutrir á una tesorería casi consunta y resarcirnos de los costos y riesgos de la empresa? preguntó el rey algo intempestivamente para el celo de sus interlocutores.

Pintóse una sombra de desazon en el rostro de Isabel; pues que el rasgo prevaleciente en el carácter de Fernando la hacia experimentar algunas veces lo que siente toda afecta esposa, cuando á su marido se le olvida pensar, conducirse ó hablar de acuerdo con sus propias inclinaciones virtuosas y sinceras; sin embargo, no permitió la princesa que se le escapase otra señal de su transitoria emocion.

—Segun el relato de Marco Polo, contestó Colon, ha de saber vuestra alteza que no hay en el mundo una isla más rica. Abunda especialmente en oro: ni escasean allí tampoco las perlas ni las piedras preciosas. Pero aquella region, á par que es una mina de inagotable riqueza, está sumergida en la más tenebrosa idolatría. La sabia Providencia parece haber unido la primera con la última, por via de galardón al monarca cristiano que extienda allí el dominio de la Iglesia. Los mares contiguos están sembrados de islas más pequeñas; asegura Marco Polo que se han contado hasta siete mil cuatrocientos cuarenta, ninguna de las cuales deja de producir algun árbol odorífero ó algun arbusto que no exhale el perfume más aromático. Hacia allá, pues, excelsos soberanos, es mi intencion dirigir el rumbo sin hacer caso de objetos ménos importantes, á fin de engrandecer vuestros dos reinos y servir á la iglesia del verdadero Dios. Si llegásemos á Cipango con felicidad con la bendicion del Altísimo que nos impelen un celo y una fe que nos alentarán, lo cual espero conseguiremos al cabo de dos meses de diligente navegacion, será mi próximo deseo pasar al continente y buscar al khan mismo en su reino de Catay. El dia que mis piés huellen la tierra del Asia será un dia de gloria para España y para cuantos hayan contribuido á llevar á cabo tan grande empresa.

Los penetrantes ojos de Fernando estaban fijos en el navegante, mientras así daba suelta á sus esperanzas con el plácido y veraz acento de un entusiasmo profundo, y en aquel momento el monarca hubiérase hallado asaz perplejo en analizar sus propias sensaciones. La pintura de los tesoros que Colon habia evocado ante su fantasía era tan halagüeña, como problemática la hacian sus calculadores hábitos de desconfianza y cautela. Isabel entre tanto discurría en los piadosos anhelos de su puro espíritu en pró de la salvacion de los infieles; y así el uno como el otro soberano sentian un impulso favorito hácia la realizacion de aquel viaje.

Generalizóse el coloquio acerca de varios pormenores; recapituláronse los términos que Colon exigia, y obtuvieron la aprobacion de quienes tan interesados se hallaban en concederlos. Borróse entónces toda idea del arzobispo y de sus objeciones, y si el genovés hubiese sido un monarca pactando con

otros sus iguales, no hubiera quedado más satisfecho del modo respetuoso con que sus condiciones se escucharon. Hasta su proposición de recibir una octava parte de las ganancias que resultasen tanto de aquella expedición como de las venideras, que hubiesen de dirigirse á los puertos descubiertos por él toda vez que suministrase en proporción igual parte de los gastos de armamento, fué admitida del modo más cumplido. Esta concesión le hacia de una vez partícipe de la corona en los riesgos y beneficios de las muchas empresas que se esperaba habían de seguir al buen éxito de la actual.

Retiráronse de la real presencia Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla en compañía de Colon. Habiéndole acompañado á su alojamiento, se despidieron de él con maneras á tal punto respetuosas y cordiales que prestaron solaz á un corazón tan ulcerado hasta allí. Al volver de allá, el receptor, quien no obstante la liberalidad de sus miras y el fuerte apoyo que prestaba al navegante, no tenía costumbre de disimular sus pensamientos, comenzó el coloquio con las palabras siguientes:

—¡Por todos los santos! amigo Alonso, exclamó, este Colon crece demasiado entre nosotros, y en tal guisa, que á veces me vienen ganas de dudar de la prudencia de nuestra intervención. Ha pactado con ambos soberanos á fuer de monarca, y cual si ciñera corona ha conseguido su fin.

—¿Y quién le ha ayudado más que tú mismo, San Angel? respondió Alonso de Quintanilla; pues sin el osado asalto que liste á la tolerancia de doña Isabel, es muy probable que este viaje jamás se hubiera decidido, y que el genovés se hallase á estas horas camino de la corte del rey Luis.

—No me pesa: cuanto tienda á cercenar el poderío de Francia vale bien los conatos más enérgicos. Su alteza, Dios y todos sus santos la bendirán por sus rectas intenciones y generosos pensamientos, jamás tomará en mala parte los mezquinos costos que haya causado tan grandiosa tentativa, aun cuando fuese su éxito estéril del todo. Pero ahora que el negocio está concluido, cáusame asombro ver que una reina de Castilla y un rey de Aragon hayan admitido las condiciones que les propusiera un oscuro marinero; uno que carece de servicios, de alcurnia y de oro para recomendarle.

—¿Pero no cuenta en su apoyo con Luis de San Angel?

—Eso sí, dignísimo amigo, contestó el receptor general, y con todas veras; prescindiendo del motivo que es asaz bueno y suficiente. No me maravillo sino del feliz éxito de nuestra intervención en el asunto, y del modo con que se ha conducido Colon en este negociado. Mucho temí que el alto precio en que tasaba sus servicios arruinase nuestras esperanzas.

—Y sin embargo, discutiste el punto con la reina cual si las creyeses moderadísimas, en comparación de las ventajas que redundarian del viaje.

—¿Y qué tiene eso de extraño, amigo mío? Agotamos nuestros medios á fin de conseguir nuestros fines, y luego que nos sentimos desalentados con el esfuerzo que acabamos de hacer, empezamos á discurrir sobre el lado opuesto de la cuestión. ¡Yo mismo me sorprendo del resultado que hemos obtenido! Respecto al genovés, no hay duda que puede considerársele como á un sér extraordinario, y aquí, dentro de mi corazón, creo que le asiste justicia en

exigir condiciones tan elevadas. Si sale con la suya, ¿quién podrá igualarle en grandeza? y si se frustran sus planes, las condiciones de nada pueden servirle y acarrear á Castilla poquísimo daño.

—He observado, señor de San Angel, que cuando los hombres de mérito se aquilatan á sí mismos, se encuentra dispuesto el mundo á creerlos bajo su palabra; al mismo tiempo que se halla muy propenso á mofarse de las pretensiones de los ignorantes. En resumen, las exigencias de Colon le habrán conceptuado sobremanera, pues que sus altezas sintieron que se hallaban negociando con quien tenia absoluta fe en sus proyectos.

—No vas descaminado, Alonso; porque los hombres suelen considerarnos en conformidad á lo que nos apreciamos nosotros mismos, toda vez que nuestra conducta no desdiga de nuestras pretensiones. Pero en este Colon hay un mérito intrínseco que le sostiene en cuanto dice y hace; en él se halla sabiduría de discurso, dignidad y gravedad de talento, con nobleza de sentimientos y de ideas. Muchas veces cuando le he oido hablar figurado me ha parecido estaba inspirado.

—Bien, ahora tiene ocasion de mostrar si esas inspiraciones vienen de una fuente buena ó mala, repuso el otro. Y en verdad, no siempre confio en la sabiduría humana.

Así discutian estos celosos amigos del navegante su carácter, analizando las probabilidades de buen éxito de su empresa; pues al paso que se contaban entre sus sostenedores más decididos y habian manifestado el mayor interés por prestarle apoyo cuando su causa parecia desesperada, ahora que era dable se le proporcionasen los medios de demostrar la exactitud de sus temas, dudas y desconfianzas asaltaban sus mentes. Tal es la naturaleza humana. La oposicion aguijonea nuestro celo, aguja nuestros recelos, estimula nuestra fantasta, y presta atrevimiento á nuestras opiniones; al paso que abandonados á nosotros mismos en busca de pruebas para vigorizar lo que por largo tiempo hemos sostenido bajo las contrariedades de la resistencia, empezamos á desconfiar de la justicia de nuestras propias elucubraciones, y á temer que se nos demuestre su falacia.

Aunque Luis de San Angel y su amigo conversaban de este modo con sinceridad, no por eso habian apostatado de sus convicciones. Sus dudas eran pasajeras y de poca validez: siendo muy notable, que cuando estos mismos se hallaban en presencia de Colon, el sereno, firme y profundamente basado entusiasmo de aquel hombre maravilloso, jamás dejaba de arrastrar á favor suyo, no solamente las opiniones de estos sus sostenedores decididos, sino las de cualesquiera otros que sus palabras escuchasen.

CAPÍTULO X.

La voz del canto mora en tus oteros,
 ¡Oh madre España! y los recuerdos gratos
 De tus dulces y tristes melodías,
 Que mis sueños pueriles arrullaron,
 Sacuden hoy con pena estremeciente
 El corazón del pobre desterrado.

EL SANTUARIO DE LA SELVA.

Desde el momento que Isabel empeñó su real palabra á fin de patronizar á Colon en su grandioso proyecto, cesaron las dudas razonables acerca de la salida de la expedición, aunque contadas eran las personas que dedujeron de ella resultados de importancia. La conquista del reino de Granada parecia en aquel momento tan superior á las consecuencias probables de esta nueva empresa, que absorbía la pública atención.

Sin embargo, existía un corazón juvenil y generoso, cuyas esperanzas se hallaban concentradas en el próspero éxito de aquel viaje. No es necesario añadir que aludimos al de Mercedes de Valverde. Esta doncella castellana habia vigilado el desarrollo sucesivo de los acontecimientos con aquella esperanza que solo á las almas juveniles, fervorosas, inexpertas é incorruptibles les es dado sentir; y ahora que sus anhelos estaban en víspera de realizarse, un gozo noble y tierno se apoderó de su alma, colmándola de dicha. Aunque amaba con tanta sinceridad y con todo el celo femenino, la naturaleza la habia dotado de un talento sagaz y previsor, que cuando se animaban los sentimientos que tan dispuestos se hallan á concentrar las fuerzas del bello sexo, manifestábase el grado de desconfianza que así la reina como su tutora habian acogido, y justificaban plenamente la indecision de estas á sus ojos, los que podria decirse estaban más bien hechizados que ciegos con el ascendiente de la pasión que la dominaba. Bien conocia Mercedes lo que se debía á su fama virginal, á sus grandes esperanzas, á la elevada posición que ocupaba cerca de Isabel y á su inmediata confianza, para admitir por un instante la idea de disponer indignamente de su mano; y mientras difería, con la altivez y discreción propias de su alta cuna y del decoro mujeril, á cuanto la reputación y la prudencia podian exigir de una noble doncella, confiaba implícitamente en que su amado conseguiria justificar su elección, con la ilimitada seguridad de una mujer. Habiala acostumbrado su tía á creer que el viaje de Colon se-

ría de grandes consecuencias, y su entusiasmo religioso, así como el de la reina, la impelían á esperar tuviese éxito la mayor parte de lo que tan fervientemente esperaba.

Mientras los que se hallaban cerca de la persona de Isabel sabían que las condiciones pactadas entre los soberanos y el navegante estaban extendiéndose por escrito con las necesarias formalidades, D. Luis de Bobadilla ni pretendía una entrevista con su amada, ni se veía favorecido con tal gracia; no bien se divulgó, que, poseedor de los documentos necesarios, había dejado Colon la corte para dirigirse al punto destinado para su embarque, cuando el mancebo, sin reparo alguno, acudió á la generosidad de su tía, suplicándola patrocinase sus pretensiones, ahora que se hallaba en vísperas de ausentarse de España para acometer una aventura, que la mayor parte de los hombres consideraban como un arrojado de desesperación. Lo único que pedía era la seguridad de que así su dama como sus deudos y amigos le recibirían con aprecio, toda vez que regresara triunfante.

—Veo que has tomado una lección de ese nuevo amigo tuyo, contestóle sonriéndose la animosa y benigna doña Beatriz, y que impones también condiciones. Pero advierte, Luis, que Mercedes de Valverde no es la hija de un humilde labriego para que se la aprecie con liviandad, sino que desciende de la sangre más noble de España; su madre era Guzman, y cuéntanse entre sus parientes un sin número de Mendozas. Además, es una de las herederas más ricas de Castilla, y bajo tales circunstancias sería mal visto que su tutora olvidase hasta tal punto su vigilancia que fuese á prestar oídos á las pretensiones de uno de los caballeros andantes de la cristiandad, solo por ser hijo de su propio y bien amado hermano.

—Y aun concediendo, señora, á doña Mercedes esas preeminencias, sin hablar de las prendas más altas que tan superior la hacen... de su corazón, de su hermosura, de su veracidad y de sus mil virtudes... y aun suponiendo cierto lo que decís, ¿será acaso un Bobadilla indigno de ella?

—¡Cómo! aun cuando sea cuanto tú mismo dices, Luis... objeto codiciable á causa de su corazón, veracidad y mil virtudes, pareceme que muchas menos dotes pudieran satisfacer á un vagamundo, por temor de perder algunas de ellas con sus muchas romerías.

Rióse Luis á despecho de sí mismo, al advertir la afectada seriedad con que le hablaba su tía; y reprimiendo el disgusto que le ocasionaba este lenguaje, contestóle en términos que no desacreditasen el buen concepto que la jovialidad de su carácter le había granjeado.

—No puedo llamaros hija, marquesa, á imitación de doña Isabel, respondió el mancebo con una sonrisa tan halagadora, cual usara el difunto hermano de doña Beatriz siempre que se proponía alcanzar de ella algún favor derritiéndola con sus zalamerías; lo cual hizo estremecer á la cariñosa dama, pero con mayor verdad puedo deciros tía marquesa... y tía á quien amo entrañablemente por cierto... quisiera ahora preguntaros ¿por qué razón juzgais con tanta severidad mis indiscreciones juveniles? Yo esperaba que una vez decidido el viaje de Colon, se hubiese olvidado todo en aras del noble proyecto que tanto nos ocupa.

—Luis, contestó la tía mirando á su sobrino con la severa resolucion que tan frecuentemente demostraba en sus actos, así como en sus palabras y aspecto, ¿crees que un alarde de valor será suficiente para ganar á Mercedes, adormecer la vigilancia de sus amigos, y adquirir la aprobacion de su tutora? Has de saber, rapaz confiado, que Mercedes de Guzman fué la compañera de mis días infantiles; y despues de su alteza, mi amiga más querida, y que depositó en mi lealtad su confianza para que procurase el bienestar de la huérfana que en este mundo dejaba. Durante la penosa y lenta enfermedad que acabó sus días tuvimos lugar de discutir acerca de la futura suerte de su hija querida. Jamás cupo en nuestra mente que la niña no llegase á ser esposa de un noble cristiano. Creo en mi ánima que la pobre mujer tenia más presente la fortuna mundana de la huérfana desvalida que sus propios pecados, y que con mayor frecuencia oraba para alcanzar de Dios el afianzamiento de la primera que el perdón de los últimos. Poco sabes, Luis, la fuerza del amor de una madre, ni puedes conocer las agonías que laceran su corazón, cuando se ve precisada á dejar abandonada una tierna flor como Mercedes al egoismo del mundo.

—Fácil me es imaginar todo lo que decis, doña Beatriz; ¿mas será posible que las tías no profesen á sus sobrinos alguna parte de aquel afecto, que encarece tanto el amor materno?

—Grande es también ese cariño, noble doncel, pero de ningún modo comparable al otro; además tú no te hallas en el caso de una jóven sensible, entusiasta, dotada de un corazón sincero, confiado en su pureza y asequible á los tiernos sentimientos de la maternidad.

—¡Por Santiago! ¿y no soy yo cabalmente el jóven que puede hacer feliz á una criatura semejante? También yo soy sensible, y pardiez harto sensible para el provecho de mi propia paz, y tan sincero como puede verse por mi constancia en este primer amor, cuando fácil me era haber tenido más de cincuenta; y si no poseo en tanto grado la confianza de pureza, tengo la de juventud, fuerza, salud y valor, que son igualmente útiles para un caballero; al paso que me sobra abundancia de aquel afecto que constituye á los buenos padres de familia. Estas son, doña Beatriz, las cualidades que razonablemente pueden exigirse de un hombre.

—Segun eso, rodavalles, ¿te consideras por todos títulos un digno esposo para Mercedes de Valverde?

—Poco á poco, señora tía, que teneis un modo muy brusco de determinar las cuestiones. ¿Quién hay, ó puede haber que sea exactamente digno de tal conjunto de perfecciones? Tal vez no sea yo del todo *merecedor* de ella, pero tampoco me juzgo su *desmerecedor*. Soy casi tan noble como mi dama, poseo una hacienda tan pingüe como la suya, y me hallo en edad adecuada; tengo las demás dotes que honran á un caballero y más amor á ella que á mi propia alma. Creo que esta cualidad no es grano de anís, pues el que ama con tanto fervor no dejará de esmerarse en hacer dichoso al objeto de sus afanes.

—Eres un mozo inexperto y necio; dotado de corazón excelente, de carácter feliz y desinteresado, y de cabeza formada para contener ideas más cuerdas

que las que por lo comun se albergan en ella, exclamó la tia, cediendo á un impulso de afecto natural, mientras fruncia las cejas al escuchar las locuras de su sobrino. Oyeme, empero, y discurre una vez siquiera con gravedad, y reflexiona sobre lo que te digo. Ya te he hablado acerca de la madre de Mercedes, te he referido las dudas que asediaron su lecho de muerte, y contado sus ansiedades y su confianza en mí. Su alteza y yo estábamos solas con ella, la mañana de aquel día que su espíritu tomó vuelo para la bienaventuranza; y entonces la moribunda hizo efusion de sus sentimientos, de tal modo que nos dejó á entrambas una impresion que jamás podrá borrársenos, mientras algo quede que hacer en obsequio de la felicidad de su hija. Has creido que la reina te trataba con despego. Quizás, en tus discursos poco meditados, te habrás atrevido á motejar á su alteza de haber llevado su celo, en pró del bienestar de una súbdita, más allá del límite impuesto á los derechos de una soberana...

—Despacio, doña Beatriz, interrumpió presuroso el mancebo; en esto me haceis gran injusticia. Podré haber sentido... sin duda he deplorado tristemente las consecuencias de la desconfianza de doña Isabel respecto á mi constancia; pero nunca mi pensamiento ha revelado hasta el punto de dudar de su derecho en lo que concierne á disponer de nuestros servicios y de nuestras vidas. Pero nosotros, que tan á fondo conocemos el corazon de la reina y los motivos que la guian, tambien sabemos que nada hace por capricho ni por deseo de mandar, no teniendo sus acciones otro móvil que el afecto maternal que profesa á su pueblo.

Al decir esto D. Luis con veraz mirada y facciones animadas por la sinceridad, era imposible no traslucir que sus dichos fuesen el eco de sus intenciones. Si considerasen los hombres las consecuencias que á veces resultan de sus palabras más insignificantes, usarian en sus discursos menor ligereza, y el oficio de chismoso, el mayor mal de la sociedad, llegaria á abolirse por falta de ocupacion. Pocos se cuidaban ménos ó eran más irreflexivos acerca de las consecuencias de sus palabras, que Luis de Bobadilla; y sin embargo esta improvisada, aunque sincera réplica, le hizo lado en el concepto de más de una persona de las que ejercian una influencia material sobre su fortuna. Aquel honrado encomio de la reina penetró directamente en el corazon de la marquesa de Moya, quien más bien idolatraba que queria á su regia ama, pues la antigua y estrecha intimidad que entre ellas habia existido, le daba un profundo conocimiento del carácter puro de Isabel; y luego que repitió á esta las expresiones de su sobrino, la bien establecida reputacion de veracidad que disfrutaba la marquesa hizo que fuesen creidas sin repugnancia. Por muy rectas que sean nuestras miras en general, el medio más seguro de interesar los sentimientos ajenos es la seguridad de que se nos respeta y estima; al paso que de todos los mandatos divinos el más difícil de obedecer es aquel que nos ordena amar á los que nos odian. Isabel, á pesar de su elevado rango y excelsas cualidades, era mujer en toda la acepcion de la palabra; y cuando descubrió que á despecho de su frialdad para con D. Luis conservaba este una deferencia tan profunda hácia su carácter, y tal aprecio á

sus sensaciones y motivos, cual su propia conciencia la susurraba que merecía tan justamente, sintióse mejor dispuesta á mirar con tolerancia los defectos del mancebo atribuyéndolos á su mocedad.

Peró esto es anticipar en cierto modo los sucesos. La consecuencia inmediata del discurso de Luis fué una expresion ménos severa en el rostro de su tia, y tornar á esta más indulgente hácia su solicitud de que se le concediera una entrevista privada con Mercedes.

—Puede que en esto te haya yo hecho injusticia, Luis, repuso la de Moya, pues te supongo bien instruido en tus deberes para con su alteza, y conocedor de aquel casi divino apego á la justicia que reina en su corazon, y se difunde desde allí por toda Castilla. Nada has perdido en mi aprecio con expresar de ese modo tu respeto y amor hácia la reina, porque es imposible acatar las virtudes que ensalzan al sexo bello y no admirarlo en su más excelsa representante.

—¿No lo demuestro, tia, en mi adhesion á vuestra pupila? ¿No es mi eleccion, hasta cierto punto una prenda de la verdad y justicia de mis sentimientos en esas materias?

—¡Ah! Luis de Bobadilla, no es difícil inclinarse hácia la doncella más noble y rica de España, cuando esta es tambien la más hermosa.

—¿Con qué soy un hipócrita, marquesa? ¿Acusais al hijo de vuestro hermano de fingir lo que no siente? ¿Le juzgais subyugado por una pasion tan baja como la del oro?

—De las haciendas que estén en regiones extrañas tal vez, muchacho irreflexivo. No, Luis, nadie que te conozca te acusará de hipocresía. Creemos en la verdad y ardor de tu afecto, y por esa causa misma desconfiamos de tu pasion.

—¡Cómo! ¿tienen más cabida con la reina los sentimientos ficticios que los reales? ¿la place más un amor mentido que esta pasion recta y honrada?

—Justamente ese sentimiento honrado, recto, como tú lo llamas, es el más á propósito para despertar las simpatías en el tierno pecho de una doncella. No hay iman que mejor pruebe la lealtad de las sensaciones que el corazon cuando la cabeza no lo esclaviza la vanidad; y miéntras más acendrada es una pasion, ménos tarda en descubrirla el objeto de ella. Dos gotas de agua no se deslizan juntas más naturalmente que dos corazones, sobrino mio, cuando existe entre ellos una fuerte afinidad. Si tú no amaras á Mercedes, te oiria reir y cantar con ella, siempre que lo permitiesen las circunstancias, y en cuanto fuera decoroso en tí, como mi próximo deudo y compatible con la dignidad de la virgen noble, cuya satisfaccion ni por un instante me desazonaria.

—Y mucho que soy vuestro próximo deudo, amada tia; y á pesar de eso, mayor trabajo me cuesta conseguir un vislumbre de vuestra pupila...

—La que está bajo la tutela especial de la reina.

—Bien, sea así: ¿y por qué razon se lo ha de prohibir á un Bobadilla, aunque sea la princesa más estirada de estos reinos?

Recurrió entónces Luis á todos los recursos de la persuasion, y aprovechándose de la ventaja que habia conseguido á fuerza de adular y zalamear á

doña Beatriz, obtuvo la promesa de que solicitaría de la complaciente Isabel la concesion de una entrevista con Mercedes. Y á la reina pertenecia otorgar la venia, pues que Isabel, desconfiando del influjo que la sangre pudiera ejercer, habia precavido á la marquesa sobre este punto; y ambas habian reconocido lo prudente que sería que los dos mozos se viesen lo ménos posible. Al solicitar el permiso fué cuando la tia refirió la conversacion, é hizo mencion á su regia señora de los sentimientos de su sobrino respecto á ella. El efecto de semejante informe fué favorable á las miras del doncel, y nno de sus primeros frutos la licencia deseada para la entrevista.

—Ellos no son soberanos, observó la reina con sonrisa melancólica, al paso que la favorita no alcanzaba á penetrar si procedia de una sensacion de tristeza, ó era resultado de aquel retrospecto del alma sobre ciertas emociones que se pueden despertar otra vez; ellos no son soberanos, hija marquesa, para que se les obligue á casarse por poderes como personas desconocidas. Tal vez será prudente impedir que su trato sea demasiado frecuente; pero sería más que cruel negar al mancebo, ahora que está próximo á ausentarse para tomar parte en una empresa de éxito tan dudoso, una oportunidad de declarar su pasion y hacer protesta de constancia. Si en verdad tu pupila se le inclina, la memoria de esta entrevista solazará muchas penosas horas mientras esté ausente D. Luis.

—Y añadirá cebo á la llama, contestó la marquesa con sequedad.

—No podemos saberlo, Beatriz; pues el corazon amoldado por la mano del Altísimo para que reciba la blanda impresion de sus deberes religiosos, puede templarse hasta resistir las sensaciones mundanas. Jamás olvidará Mercedes sus deberes, al paso que no sería cuerdo dejar entregada á sus propias ilusiones una imaginacion tan entusiasta como la de nuestra pupila. La realidad es á veces ménos azarosa que las creaciones de la fantasía. Tampoco tu sobrino podrá perder mucho con esta concesion, pues conservando siempre un recuerdo del objeto que ahora parece perseguir con tanto afan, se esmerará con mayor ahinco para merecerlo.

—Mucho temo, señora, que las razones más poderosas sean poco válidas para la irrefrenable fogosidad de los afectos.

—Tal vez no, Beatriz, y no veo razon para rehusar esta entrevista, ahora que D. Luis se halla tan próximo á ausentarse. Dile que le otorgo lo que desea, é insinuale al mismo tiempo tenga presente que no es lícito á un grande dejar á Castilla sin haberse presentado á su soberana.

—Recelo, señora, contestó riéndose la marquesa, que D. Luis considerará este mandato, por muy bondadoso y honorífico que sea, como una reprobacion, pues que más de una vez se ha ausentado sin presentarse ni aun á su propia tia.

—En esas ocasiones sus viajes no tuvieron otro objeto que un capricho; pero ahora se le ve empeñado en una empresa noble y honrosa, y le manifestaremos cuanto nos place.

En seguida tomó la conversacion otro giro, pues quedó resuelta la solicitud del mancebo. En la ocasion presente se habia separado Isabel de una ley que

estableciera para su propio gobierno, bajo el influjo de sus sentimientos blandos, los cuales la hacían olvidar á menudo de que era soberana, cuando no existían deberes demasiado graves para obligarle á prescindir de su alta gerarquía; porque difícil fuera decidir bajo qué aspecto aquella purísima dama merecía con preferencia la estimación del género humano, si por su excelso carácter como reina justiciera y concienzuda, ó como mujer incomparable en virtudes cuando obraba según los tiernos impulsos de su sexo. Respecto á su amiga, era más severa que la reina en el cumplimiento de las que consideraba sus obligaciones para con su pupila, pues que siendo mayor su responsabilidad, se veía expuesta á la sospecha de que obraba con la mira de acrecentar la opulencia de su propia familia. Sin embargo, los deseos de Isabel eran leyes para la marquesa de Moya, quien aprovechó la primera oportunidad para avisar á su pupila de que permitía á D. Luis la ofreciese personalmente sus respetos ántes de acometer una empresa tan llena de peligros.

Recibió nuestra heroína esta nueva con las encontradas sensaciones de zozobra, deleite, desconfianza y júbilo, que tan propensas están á agitar el corazón de la mujer, cuando lo conmueve una pasión dominante. Nunca había creído posible la tierna doncella que D. Luis se ausentara en expedición semejante, sin verse con ella á solas; pero ahora que se hallaba segura de haber otorgado su admisión tanto la reina como su tutora, casi penábase semejante condescendencia. Estas emociones contradictorias pronto dieron lugar á una tierna melancolía que gradualmente fué acrecentándose á medida que se acercaba la hora de la despedida. A veces gloriábase la noble doncella en la resolución de su amante, y en el desinteresado sacrificio que hacía por la gloria y engrandecimiento de la Iglesia, acordándose orgullosa que de toda la grandeza de Castilla, tan solo él aventuraba con el piloto extranjero su vida y reputación; mas luego, asaltábanla dudas agonizadoras al revelar que la pasión de las aventuras y el deseo de visitar tierras lejanas se rebullía en su corazón á par que su amor hacía ella. Pero nada tenía de extraño. Mientras más puros é ingenuos son los sentimientos de los que se someten verdaderamente á la influencia de esta pasión, más asequibles á las desconfianzas y más expuestos á los recelos.

Decidida ya, condújose doña Beatriz con franqueza respecto á los novios. Luego que D. Luis fué admitido á su presencia, la mañana señalada, le dijo que le esperaba Mercedes, á quien vería donde acostumbraba recibir las visitas. Tomando entónces el mancebo tiempo apenas para besar la mano de su tía y hacer otras demostraciones de respeto que las costumbres de aquella época exigían de la gente moza para con las personas de mayor edad, especialmente cuando existían vínculos de sangre tan cercanos como los que unían á la marquesa de Moya y al conde de Llera, desapareció presuroso el doncel, y no tardó en hallarse en presencia de su dama. Preparada á esta entrevista, solo demostró Mercedes su emoción en el rubor de sus mejillas y el mayor brillo de los ojos, resplandecientes siempre, cuando no los velaba una sombra de tristeza.

—¡Luis! exclamó, y en seguida, cual si la hubiese avergonzado la emoción

que su voz manifestara, retiró la doncella el pié que habia avanzado involuntariamente para recibirle, mientras continuaba tendida su mano en amistosa confianza.

—¡Mercedes! y retiróse la mano para poner término á los besos con que se la cubrian. Más difícil ha sido verte estos días que será descubrir el dichoso Catay del piloto genovés; pues nunca fué paraíso más guardado por los ángeles tutelares que vigilada es tu persona por tus protectoras.

—¿Y puede ser necesaria tan rígida custodia, Luis, cuando eres el único peligro que se recela?

—¿Juzgan acaso que os robaré, cual damisela moruna puesta á las ancas de un caballero cristiano, y esconderte en la carabela de Colon, para que en amor y compañía navegemos en busca del gran khan ó del Preste Juan de las Indias?

—Tal vez te crean á tí capaz de tal acto de locura, querido Luis, pero dudo que de mí sospechen.

—No: tú eres un verdadero modelo de prudencia cuando debias ser un modelo de sentimentalismo para mí.

—¡Luis! exclamó de nuevo la doncella, y esta vez se agolparon á sus ojos las lágrimas.

—Perdonadme, Mercedes, queridísima Mercedes; pero estas demoras y estas crueles precauciones me hacen olvidar de mí mismo. ¿Soy acaso algun menestero y desconocido aventurero, que de tal suerte me tratan, ó un noble hidalgo de Castilla?

—Os olvidais, Luis, de que las nobles doncellas castellanas no tienen costumbre de recibir á solas á los nobles caballeros castellanos, y á no haber sido la condescendencia de su alteza y por la bondad de mi tutora, quien acontece ser vuestra propia tia, esta entrevista no hubiera tenido lugar.

—¡A solas! ¿y Hamais á esto recibirme á solas, y lo considerais como un favor excesivo de parte de su alteza, cuando veis que nos vigilan con los ojos, ya que no con los oídos? Temo elevar un poco mi voz, no sea que mis palabras interrumpian las meditaciones de aquella venerable señora.

Al expresarse de ese modo Luis de Bobadilla miró al soslayo hácia la dueña de su dama, que se alcanzaba á ver por la puerta entreabierta que caia á un aposento contiguo, donde la buena señora estaba sentada leyendo con toda atencion unas devotas homilias...

—Aludís á mi pobre Pepita, contestó riéndose Mercedes; pues la presencia de la sirviente, á que se habia acostumbrado desde la infancia, no era restriccion á sus inocentes pensamientos y sencillas palabras, que lo hubiera sido una reduplicacion de sí misma, si cupiese en lo posible semejante cosa.

—Muchas han sido las protestas de la honrada anciana contra esta entrevista, la cual insiste en que es contraria á los usos de las damas nobles, y que, en su sentir, jamás hubiera otorgado mi bendita madre si aun viviese.

—¡Ay! la tal dueña tiene una cara que haria enristrar la lanza contra ella á cuantos están dotados de pensamientos nobles. Cualquiera puede leer la envidia de tu lozanía y belleza escrita en cada arruga de su rostro.

—Poco conoces á mi excelente Pepita, para quien es ajeno todo sentimiento envidioso, y que solo tiene una debilidad conocida: profesarme demasiado afecto y una indulgencia sin limites.

—Casi detesto tanto á una dueña como á un infiel.

—Señor, interpuso Pepita, cuyos vigilantes oídos, á pesar del libro y de las homilias, habian escuchado cuanto pasaba; temo que sea esa una opinion general entre los caballeros juveniles; pero tambien me aseguran que esa misma dueña, que es tan desagradable para el galan, suele con el tiempo tornarse en objeto asaz gracioso para el marido. Pero ya que mis facciones y arrugas os son tan repugnantes, cerrando esta puerta quedarán sin testigos tan desagradables espectáculos, así como encerradas mi fastidiosa tos y vuestras protestas amorosas, señor caballero.

Dijose esto en mejor lenguaje que el usado comunmente por las mujeres de la clase á que pertenecia la dueña, y con una afabilidad tan inalterable, que ni agriarla pudieron las observaciones de D. Luis.

—No cerrarás la puerta, Pepita, dijo Mercedes, sonrojándose hasta los cabellos, y se levantó apresuradamente para impedirlo. ¿Qué puede tener que decirme el conde de Llera que no te sea lícito escuchar?

—No, querida niña, el noble hidalgo va á hablarte de amor.

—¿Y es á tí, cuyos labios vierten con tanta frecuencia el lenguaje del amor, á quien eso puede asustar? ¿Me has hablado tú misma de otra cosa, desde que me conoces y cuidas?

—Mal agüero es para vuestra pretension, señor, dijo Pepita sonriéndose, mientras suspendia el movimiento de la mano que iba á cerrar la puerta, si doña Mercedes compara vuestro afecto con el mio. Seguramente, hija, no supones que yo sea un mozo noble, campechano y galan, que viene á rendir su alma á tus piés, y equivocas las sencillas frases de mi cariño con las que es probable fluyan de la melosa lengua de un Bobadilla, empeñado en conseguir la correspondencia de la doncella más hermosa de España.

Sobrecogióse Mercedes, pues su corazon, aunque tan inocente como la pureza misma, le habia enseñado la diferencia entre el lenguaje de la nodriza y el del pretendiente, aun cuando uno y otro expresaran el afecto más vehemente. Su mano soltó el marco de la puerta y fué á colocarse con su lindísima compañera sobre el ruborizado rostro. Aprovechóse Pepita de esta ventaja, y dejó encerrados á los dos novios. Una sonrisa de triunfo brilló en las hermosas facciones de Luis, quien, despues de haber obligado á su dama con blanda instancia á volver al asiento del cual se habia levantado para recibirle, dejóse caer sobre un escaño que estaba á sus piés, y colocando sus bien torneados miembros en graciosa actitud, la más á propósito para clavar los ojos en aquella preciosa cara, que á fuer de ídolo habia elevado, renovó de este modo su coloquio.

—Ese es el *non plus ultra* de las dueñas, exclamó el doncel; aunque bien pudiera yo haber adivinado que ninguna que perteneciese á la secta carrasqueña y cohibidora de entes semejantes, tendria cabida á tu lado. La tal Pepita es una alhaja, y puede considerarse como poseedora vitalicia de su actual des-

tino, toda vez que, por la artimaña del genovés, mi propia resolución, y tu favor, me esté reservada la dicha de ser tu esposo.

—Olvidas, Luis, contestó Mercedes temblando aun, mientras se reía de su propio concepto, que si el marido aprecia á la dueña á quien no podía tolerar el novio, acontecer puede que este aprecie á la dueña que parezca insufrible al marido.

—Estos son argumentos muy retorcidos y mal adaptados á la filosofía monda y lironda de Luis de Bobadilla. Solo hay una cosa que pueda, ó que pretenda saber en materias de controversia, y la que estoy pronto á sostener delante de los doctores de Salamanca y á la faz de toda la caballería de la cristiandad, inclusa la de los infieles; y esa es, que eres la más hermosa, la más dulce, la mejor, la más virtuosa, y por todos títulos la más hechicera vírgen de España; y que ningun otro caballero viviente ha amado ni ama, honrado ni honra á su dama como yo á tí.

El lenguaje de la lisonja es siempre halagüeño á los oídos femeniles, y Mercedes, dando á las palabras del mancebo la impresion de sinceridad que sus maneras tan plenamente garantizaban, se olvidó de la dueña y de su corto episodio, en el deleite de escuchar una declaracion que tan grata era para sus afectos. Sin embargo, la esquivez propia de su sexo y la fecha tan reciente de su mútua confianza, hizo que su respuesta fuese ménos abierta de lo que pudiera haberlo sido.

—Dicho me han, contestó ella, que vosotros los hidalgos, que anhelaís ocasiones de manifestar vuestra destreza y bizarría con lanza y adarga, en lid y torneo, estais siempre haciendo protesta de este jaez en pró de esta ó aque-sa damisela noble, á fin de provocar á otros á sostener lo contrario para hacer alarde de sus proezas como caballeros, y ganar nombradía como galanes.

—Eso proviene de lo mucho que estás encerrada en los gabinetes impenetrables de doña Beatriz, no sea que algunos osados ojos españoles miren profanamente tu hermosura. No estamos ahora, Mercedes, en el siglo de los caballeros andantes, ni en el de los trovadores, cuando hacían los hombres mil locuras á fin de parecer todavía más débiles de lo que la naturaleza los criara. En aquel tiempo, vuestros caballeros *hablaban* floridamente acerca del amor, pero en el actual *sienten* mucho más de lo que expresar les es dado. En fin, tus palabras tienen cierto sabor á la profunda moralidad de Pepita la dueña.

—Nada digas contra Pepita, Luis, quien mucho te ha favorecido hoy, pues de lo contrario tu lengua, y tus ojos tambien, se hallarian asaz cohibidos en su presencia. Ahora esa que tú llamas moralidad de la buena dueña es por cierto la moralidad de la excelentísima y nobilísima doña Beatriz de Cabrera, marquesa de Moya, quien, segun creo, es por su sangre una de las damas de la casa de Bobadilla.

—Bien, bien, me atrevo á decir que no hay gran diferencia entre las lecciones de una duquesa y las de una dueña en la reclusion del gabinete cuando se trata de guardar á una doncella como tú, bella, rica y virtuosa. Dicese que á vosotras, vírgenes nobles, os enseñan á mirarnos á nosotros,

galanes del último vuelo, como á otros tantos endriagos, y que os predicán que el único medio para alcanzar un asiento en el paraíso es el de pensar perversamente de nosotros; y luego, cuando se ha tratado un casamiento conveniente, os alarman, pobrecillas, con la órden terminante de salir de vuestro escondrijo y desposaros con uno de esos mismos mónstruos.

—¿Y así te han tratado por ventura? Parece que mucho se trabaja á fin de conseguir que todos nos consideremos con mútua desconfianza. Pero Luis, estas palabras son la ociosidad misma, y perdemos en ellas los momentos más preciosos: ¡momentos que no tornen quizás! ¿En qué altura se halla el señor Colón de sus pretensiones, y cuando piensa despedirse de la córte?

—Ya se ha ausentado de ella; pues habiendo conseguido de la reina cuanto solicitaba, ha dejado á Santa Fé, guarecido con la autoridad regia para apoyo más firme. Ahora bien, si alguna vez llegare á tus oídos el nombre de un tal Pedro de Muñoz, ó Pero Gutierrez, desde la córte de Catay, sabrás á quien atribuir todas sus locuras.

—Preferiría, Luis, que emprendieses este viaje bajo tu propio nombre, á que lo hicieras con un apellido fingido. Raras veces son prudentes los incógnitos de esta clase, y cierto es que no acometes esta empresa—aquí la sangre parlera de Mercedes traslucióse en sus mejillas miétras así se expresaba—impelido de motivos que puedan acarrearle vergüenza.

—Es el deseo de mi tia; por mi parte colocarfame tus divisas en el yelmo, tu emblema en la tarja, y haría que se divulgase cerca y lejos que Luis de Bobadilla, conde de Llera, iba en busca de la córte de Catay con intencion de desafiar á toda su caballería á que presente una damisela tan bella y virtuosa como tú.

—No estamos en el siglo de los caballeros andantes, seor hidalgo, sino en el de la razon y verdad, contestó Mercedes riéndose, aunque cada sílaba que le probaba el sincero y pleno afecto del noble doncel iba directamente hasta su corazón, robusteciendo el dominio que tenía ya en él, y acrecentando la llama que interiormente ardia con añadirle el cebo más adecuado al propósito—no estamos en el siglo de los caballeros andantes, Luis de Bobadilla, como tú mismo acabas de afirmar, sino en uno tan positivo que hasta el amante se torna escudriñante, y se halla tan dispuesto á descubrir las faltas de su dama como á notar sus perfecciones. Algo mejor espero de tí que saber hayas cabalgado por las carreteras de Catay, provocando desafíos y buscando gigantes, á fin de ensalzar mi hermosura, miétras instigabas á otros á retarla, aunque solo fuera en contraresto de tus jactancias ociosas. ¡Ah! Luis, ahora estás comprometido en una empresa nobilísima, en una que unirá tu nombre al de los más aplaudidos, y que formará el orgullo y el triunfo de tus días venideros, cuando los ojos de entrambos se enturbien con la vejez y repasemos con anhelo nuestra vida pasada en busca de algo que pueda enorgullecernos.

Grato fué sobremanera al mancebo escuchar á su dama en la inocencia de su corazón y en la plenitud de sus sentimientos, enlazando así su porvenir con el suyo; y luego que ella dejó de hablar, sin conocer cuanto podría de-

ducirse de sus palabras, prosiguió el mancebo prestando atento oído, cual si se empeñase en recoger aun tan halagüeños sonos, mucho despues que hubiesen espirado.

—¿Qué empresa puede ser más noble ni más digna de despertar mi resolución que ganar tu mano? exclamó despues de esta pausa; ese es mi solo objeto al seguir á Colon: si me apresto á participar de sus vicisitudes es para desvanecer las objeciones de doña Isabel, y ántes le acompañaré hasta el cabo del mundo que ver deshonrada tu eleccion. Tú eres mi gran khan, adorada Mercedes, y tus sonrisas y tu afecto el único Catay que yo busco.

—No digas tal, querido Luis, pues que ignoras la nobleza de tu pecho y la generosidad de tus intenciones. El proyecto de Colon es estupendo, y á par que me regocijo de que haya tenido imaginación para concebirlo y corazon para emprenderlo, á causa de los beneficios que debe producir al pagano, y del modo con que necesariamente debe redundar en gloria de Dios, acojo con júbilo la idea de que tu nombre será asociado á esta grandiosa hazaña, y de que tus detractores quedarán avergonzados al ver con cuánta resolución y cuánto espíritu se habrá alcanzado un fin tan maravilloso.

—No es más que la verdad, Mercedes, toda vez que lleguemos á las Indias: pero si los santos nos abandonasen y se trastornara nuestro designio, mucho recelo que hasta tú misma te avergonzarías de confesar el interés que ahora te tomas, al ver que volvía sin éxito un aventurero desgraciado, haciéndose por lo mismo un objeto de escarnio y de mofa, en vez del digno portador de ese distintivo que con tanta confianza pretendes aguardar.

—Entónces, Luis de Bobadilla, no me conoces, no—repuso Mercedes con presteza y acento expresado con tierno ahinco que le hizo subir la sangre á las mejillas, miéntas se aumentaba el brillo de sus ojos hasta un extremo que parecía sobrenatural—entónces, Luis de Bobadilla, no me conoces; deseo que participes de la gloria de esa empresa, porque la calumnia y la censura no han estado del todo ociosas con tu mocedad, y porque presiento que el favor de su alteza ha de conseguirse más fácilmente por ese medio; mas si piensas que yo creo necesario que poseyera el sobrino de mi tutora el ánimo adecuado para entrar en el proyecto de Colon, á fin de captarse mis afectos, ni entiendes los sentimientos que contigo me enlazan, ni tienes justa idea de las horas de pesadumbre que por causa tuya he padecido.

—¡Queridísima y nobilísima doncella! ¡Soy indigno de tu veracidad, de tu sincera pureza y de todos los sentimientos que me consagras! Arrójame de tí, una vez por todas á fin de que no vuelva á causarte un momento de pesar.

—No, Luis; ese remedio sería más penoso que el mal que te empeñas en curar. Sí, mucho lo recelo; contestó la hermosa virgen, sonriendo y ruborizándose al hablar, miéntas clavaba en el mancebo sus ojos elocuentes, de modo que dejaba traslucir un volúmen entero de ternezas.—Contigo habré de ser infeliz ó dichosa, segun á la Providencia le plazca, pero sin tí... desdichada de veras.

Tomó ahora el coloquio aquel giro inconexo á la par que cortado que suele caracterizar la conversacion de los que sienten tanto como racionan, expre-

sando mayor interés y sentimiento que los límites de nuestra obra nos permiten recordar. Como de costumbre, vióse á Luis inconsistente, celoso, arrepentido, lleno de fervor y de protestas, ora presintiendo infinitos males, ora figurándose un paraíso terrenal: al paso que Mercedes se mostraba entusiasta, generosa, apasionada, y sin embargo razonable sobremanera, templada y tierna, correspondiendo á los votos de su fogoso pretendiente con una ternura que parecía perder en su amor las demás consideraciones, y repeler con esquivéz virginal, y con la dignidad propia de su sexo, las rapsodias, siempre que estas se deslizaban hácia lo exagerado ó indiscreto.

Duró la entrevista una hora, y apenas es necesario añadir, que juramentos de constancia y votos de no casarse con otra persona fueron tomados y repetidos una y otra vez. Al tiempo de separarse, abrió Mercedes un estuche que contenía sus joyas, y sacando una la ofreció á su novio como prenda de sus promesas.

—No te daré un guante para que lo lleves en el yelmo, cuando te presentes en los torneos, Luis; mas te entrego este símbolo santo, á fin de que al mismo tiempo conserves en tu memoria el grandioso proyecto que á la vista tienes, y el recuerdo de una que aguardará el resultado con dudas y temores poco ménos activos que los del mismo Colon. No necesitas de otro crucifijo para tus padre-nuestros, y estas piedras son záfiro, que bien sabes constituyen los emblemas de la fidelidad—virtud que debes fomentar en tu pecho para tu eterna salud, y que no habrá de pesarme saber que conservas siempre viva en tu alma cuando pienses en la indigna dadora de semejante bagatela.

—Has tenido muy presente en esto el cuidado de mi alma, Mercedes, dijo sonriéndose D. Luis, luego que hubo besado la rica cruz una y otra vez; y pareces resuelta á que, si el soberano de Catay se negase á convertirse á nuestra fe, nosotros no nos convirtamos á la suya. Mucho recelo que mi oferta aparezca á tus ojos frívola y baladí, comparada con tan magnífica dádiva.

—Un rizo de tus cabellos, Luis, es cuanto deseo. Bien sabes que no necesito joyas.

—Si yo creyera que la vista de mi guedejuda cabeza habria de darte el menor placer, cabello por cabello se separaria de ella al instante, y me alejaria de las costas de España con una cholla tan pelada como la de un monje, ó sea como la de un agareno; pero tambien los Bobadillas tenemos nuestras alhauelas, y habrá de adornarse con ellas la esposa de un Bobadilla: este collar perteneció á mi madre, Mercedes; dicen que en otros tiempos fué propiedad de una reina, aunque nadie lo ha usado que tanto lo honrara como tú.

—Lo acepto, Luis, por ser tuya la dádiva, y rehusarla no estaria bien; sin embargo, lo recibo con temor, pues advierto en estos presentes señales inequívocas de nuestras diferentes naturalezas. Tú has elegido lo brillante y ostentoso, que con el tiempo llega á fatigar, y rara vez conduce á la dicha; mientras mi tierno corazon me ha encaminado á la constancia. Recelo que alguna brillante beldad del Oriente sea más adecuada para conseguir tu admiracion duradera, que una pobre doncella castellana, quien tiene por única recomendacion su fe y su cariño.

Siguiéronse fervorosas protestas de parte del mancebo, á quien Mercedes permitió un cariñoso y prolongado abrazo ántes de separarse. Lloró ella sobre el seno de D. Luis, y en el instante preciso de la partida, como siempre sucede á las mujeres, la naturaleza venció á los usos del mundo, y su alma manifestó su debilidad. Al fin arrancóse de sus brazos el noble doncel, y aquella misma noche tomó el camino de la costa, bajo un nombre fingido y en humilde traje. Colon le habia precedido ya.

CAPÍTULO XI.

¿Mas dó está Haroldo? y olvidar podemos
Que hácia las ondas vago se encamina
Sin que su pecho abrumen las zozobras
Que á los demás mortales agonizan.
Pues no por él láméntase su amada
Con sollozo falsaz; ni mano amiga
Tiéndese para darle adios postrero
Cuando el frio extraño pasa á ajenos climas.

LORD BYRON.

No ha de suponer el lector que los ojos de la Europa estuviesen fijos en nuestros aventureros. La verdad y la mentira, compañeras inseparables en todos tiempos, segun parece, no se hallaban difundidas entónces por la faz del mundo, merced á los periódicos, con diligencia mercenaria; y solo unos pocos predilectos lograban noticia precoz de empresas semejantes á aquella en que Colon se hallaba empeñado. Así es que Luis de Bobadila se ausentó de la corte sin que se notase, y los pocos que desde luego echaron de ménos su presencia, ó le supusieron de visita en algunos de sus castillos, ó empleado en alguna nueva correría, de las que acostumbraba, y que se tenian por mengua de su nobleza y se juzgaban como indignas de su cuna. Respecto al genovés, apenas se hizo el más leve caso de su desaparicion, aunque se susurraba entre los cortesanos que Isabel habia entrado en ciertos compromisos con él; circunstancia que concedia al aventurero mayor jerarquía y ventajas mayores de las que sus futuros servicios podrian jamás justificar, segun las conjeturas más probables. Los demás empleados en la expedicion eran sobrado insignificantes para merecer mencion, y habian partido individualmente hácia la costa sin que el conocimiento de sus acciones se extendiese más allá del angosto círculo de sus propios amigos y deudos. Tampoco esta expedicion, tan osada en su designio como interesante en sus consecuencias, estaba

destinada á darse á la vela desde uno de los puertos principales de España, sino que se habían expedido órdenes para que se suministrasen los medios adecuados en una ensenada de clase inferior, la cual parecía poseer por única recomendación un surtido de robustos marinos, y una posicion apartada del estrecho de Gibraltar, que infestaban multitud de piratas procedentes de las costas de Africa. Sin embargo, dicese que la orden señalaba el lugar en cuestion, á causa de haber este incurrido en cierta pena legal, por cuyo motivo se le habia condenado á servir á la corona por espacio de un año con dos carabelas armadas en guerra. Parece que semejantes castigos formaban la política de una época en que las armadas estaban constituidas generalmente de buques embargados en los puertos de mar, y en que por lo comun se tripulaban las escuadras con soldados de los tercios terrestres.

Palos de Moguer, lugar sentenciado á satisfacer este tributo por alguna omision, era una villa de escasa importancia aun á fines del siglo décimo quinto; desde entónces acá ha ido decayendo hasta quedar reducida á una aldea de pescadores. Parecido á la mayor parte de los lugares que deben poco á la naturaleza, su poblacion era robusta y emprendedora hasta el punto que lo permitian los conocimientos de aquella época. No poseia carracas suntuosas, pues que su trágica peculiar y su falta de opulencia confinaba todos sus esfuerzos á la navegacion de la ligera carabela y de la aun más diminutiva falua. Y en verdad, todos los arbitrios que Colon habia logrado conseguir de las dos coronas, en virtud de sus prolongadas solicitudes, fuéron una orden para el armamento de las dos carabelas antemencionadas, con la dotacion de oficiales y marineros que siempre componian las reales expediciones. Sin embargo, no deberá el lector inferir de este hecho que hubiese mezquindad de espíritu ni falta de buena fe por parte de Isabel. Esto era debido en cierto modo á la exhausta condicion de su tesoro; consecuencia de sus recientes guerras con el infiel, y tal vez en mayor grado la experiencia y discrecion del gran navegante, quien comprendia que para los descubrimientos los buques de aquel porte serian más adecuados que otros de mayor calado.

Sobre un promontorio peñascoso y distante una legua corta de la aldea de Palos, estaba el convento de la Rábida, tan célebre desde entónces por su hospitalidad á Colon. En la portería de este edificio fué donde siete años ántes el piloto genovés, llevando de la mano á su tierno hijo, se presentó en solicitud de un poco de alimento para su niño hambriento y desmayado. El hecho es harto conocido para necesitar repeticion, y nos concretaremos con añadir que la larga residencia del navegante en el convento y los buenos amigos que habia hallado entre los reverendos franciscanos que lo ocupaban, así como entre otros sugetos de las inmediaciones, fuéron quizás poderosos motivos para influir en la eleccion que hizo la corona de este punto particular. No solo habia propagado Colon sus opiniones entre los religiosos, sino entre las personas más inteligentes de la vecindad, y los primeros prosélitos que obtuvo en España pertenecieron á esta aldea.

A pesar de las circunstancias mencionadas, la orden de la corona para alis-

tar las carabelas esparció la consternacion entre los marineros de Palos. En aquel siglo, creíase maravillosa proeza hacer viajes costaneros al Africa, y arrimarse al Ecuador. Las noticias más vagas, respecto á aquellas regiones desconocidas, existian entre el pueblo, y muchos llegaban hasta á creer que en virtud de seguir rumbo al Sur sería posible abordar una parte de la tierra, donde la vida animal y vegetal hubiese de tener término por causa del calor intenso del sol. La revolucion de los planetas, el movimiento diurno del globo terráqueo y las mudanzas de las estaciones, eran á la sazón misterios profundos, hasta para los sabios; ó si bien existian destellos de la verdad, eran cual los primeros albores de la mañana, que vacilantes y confusos anuncian la proximidad del día. No es pues extraño que los sencillos é incultos marineros de Palos considerasen la órden de la corona como una sentencia de exterminio para cuantos estuviesen destinados á obedecerla. Creíase que el Océano, tan luego como se traspusieran ciertos límites, sería como el firmamento, una especie de vacío en estado de caos; miéntras la imaginacion de los ignorantes forjaba grandes corrientes y remolinos que se suponía condujeran á climas tórridos y á escenas horrosas de destruccion. Muchos tambien juzgaban posible alcanzar los linderos más remotos de la tierra, y deslizarse desde allí al vacío insensiblemente.

Tal era el estado de las cosas á mediados de julio. Todavía se hallaba Colon en el convento de la Rábida, siendo huésped de su constante y apasionado amigo fray Juan Perez, cuando un hermano lego entró en la celda, donde estaban ambos, con el objeto de anunciarles que un forastero se habia apeado en la portería y preguntaba por el señor Cristóbal Colon.

—¿Tiene aspecto de ser algun mensajero de la córte? preguntó el navegante; pues desde el mal éxito que tuvo la mision de Juan de Peñalosa, aguardamos nuevas órdenes de su alteza á fin de llevar á cabo sus magnánimas intenciones.

—No creo, señor, dijo el lego; los jinetes de la reina vienen por lo comun en grave aprieto, con sus caballos hechos una espuma y con aire afanoso y voces atronadoras, miéntras este mancebo tiene un aire sumamente modesto, y monta una robusta mula andaluza.

—¿Te dijo su nombre, buen Sancho?

—Dijome dos, señor, nombrándose Pedro de Muñoz, ó Pero Gutierrez sin don alguno.

—Está bien, exclamó Colon dirigiéndose á la puerta con premura, aunque conteniéndose al instante. Estoy esperando á ese mozo, y bien venido sea. Hazle entrar sin dilacion, amigo Sancho, y prescinde de toda ceremonia.

—¿Algun conocido de la córte? observó el prior haciendo indirectamente la pregunta.

—Un mancebo, padre mio, dotado de tanto ánimo que va á arriesgar su vida y reputacion por la gloria del Altísimo y acrecentamiento de su santa Iglesia, embarcándose en nuestra expedicion. Desciende de un linaje respetable, y no carece de los dones de fortuna. A no haber sido por el cuidado de sus tutores y sus pocos años, no nos hubiera hecho falta el oro para subvenir á nuestros apuros.

Al concluir el navegante esta observacion, abrióse la puerta y entró en el aposento D. Luis de Bobadilla. El hidalgo doncel se habia despojado de los testimonios exteriores de su excelso linaje, y presentábase en la modesta guisa de un caminante, más propia para suministrar un recluta ordinario, que un representante de la privilegiada alcurnia que al caballero decoraba. Saludando á Colon con respeto cordial y sincero, y al franciscano con humilde deferencia, advirtió aquel desde luego que este espíritu gallardo y desasossegado se habia inscrito en la empresa de todas veras, y con la firme resolucion de emplear cuantos medios estuviesen á su alcance para llevarla á feliz término.

—Bien venido seas, honrado Pedro, díjole Colon, luego que D. Luis le hubo saludado; llegas á estas playas en el preciso momento en que tu presencia y apoyo pueden sernos en extremo útiles. La primera orden de sus altezas, en cuya virtud debia yo haber conseguido los servicios de las dos carabelas, que son regalía del estado, ha sido desairada completamente; y un segundo mandato, facultándome á hacer presa de cualquiera nao, adecuada á nuestro objeto, ha tenido igual éxito, no obstante que el señor de Peñalosa fué enviado de la córte para hacer válida la resolucion, bajo pena de cámara al puerto de Palos de pagar la dieta diaria de doscientos maravedís, hasta tener efecto la real orden. Estos imbéciles han evocado toda clase de errores para asombrarse á sí mismos y á sus convecinos, y ahora me encuentro tan distante de la consecucion de mis esperanzas, como lo estaba antes que este santo padre me hubiera dispensado su amistad y la reina doña Isabel su patrocinio. Fatigoso es, buen Pedro, consumir la vida en esperanzas frustradas, impidiéndome dilatar el conocimiento de la verdad y los límites de la Iglesia.

—Soy portador de buenas noticias, señor almirante, respondió el hidalgo. Viniendo de Moguer juntéme en el camino con un tal Martín Alonso Pinzon, hombre de mar con quien he navegado anteriormente, y largo ha sido nuestro coloquio acerca de vuestra comision y dificultades. Díjome que era conocido vuestro, señor Colon, y á juzgar de sus dichos, opina favorablemente de la empresa.

—Verdad, verdad, amigo Pedro, y con frecuencia ha prestado oído á mis razones, á fuer de piloto discreto y hábil, cual sin duda le considero. ¿Pero has dicho que tú le conocias?

—Sí, señor, sí; hemos viajado juntos hasta Chipre en una ocasion, y otra vez á la isla de los ingleses. En viajes tan largos suelen adquirir los hombres un justo conocimiento de su temple mútuo y recíproca disposicion; en verdad que juzgo favorablemente de una cosa y otra en Pinzon.

—Eres demasiado mozo para aventurar un juicio respecto á un piloto de los años y de la experiencia de Martín Alonso, interpuso el padre, pues es muy acreditado en esta comarca y no poco opulento. Sin embargo, pláceme en el alma saber que se mantiene en la misma opinion que ántes, respecto á este viaje; pues recientemente sospeché que hasta él mismo habia comenzado á vacilar.

D. Luis habia hablado del hombre grande de la vecindad en términos que

más correspondían á un Bobadilla que á su fingido nombre de Pero Muñoz; pero una mirada de Colon le advirtió al instante olvidase su jerarquía y tuviese presente el disfraz que había adoptado.

—Eso es halagüeno, advirtió el navegante, y nos presta una perspectiva más risueña de Catay. ¿Creo que dijiste que te hallabas caminando entre Moguer y Palos cuando tuviste ese coloquio con nuestro conocido, el buen Martin Alonso Pinzon?

—En efecto, y él es quien me envía en busca del almirante. Os dió el tratamiento que debeis á la gracia de la reina, y no considero esta como una señal muy frívola de afecto, cuando la mayor parte de los otros vecinos de estos lugares con quienes he conversado se encuentran dispuestos á apellidaros de un modo bien distinto.

—Nadie debe tomar parte en esta empresa, repuso el navegante con gravedad, cual si quisiese insinuar al mancebo que ahora tenia proporcion de retirarse de la aventura si lo juzgaba á bien, que se sienta dispuesto á obrar de diversa manera, ó desconfíe de mis conocimientos.

—¡Por san Pedro, mi patrono! refieren otro cuento en Palos y Moguer, señor almirante, contestó riéndose Luis; en cuyos lugares he sabido que ningun hombre atezado por las brisas del Océano se atreve á asomar por los caminos, no sea que le envíen á Catay por una via que nadie ha trillado sino en imaginacion. Existe sin embargo un voluntario que se halla dispuesto á seguirlos hasta los bordes de la tierra, dado caso que esta sea plana, ó acompañaros en torno de ella toda vez que sea una bola, y ese es un tal Pedro de Muñoz, quien se compromete en la aventura, no por amor al oro ni por ninguna cosa de cuantas los hombres por lo comun aprecian, sino por el de las aventuras, algo aguzado y subido de punto á impulsos del amor de la más pura y hermosa doncella de Castilla.

Fray Juan Perez fijó unos ojos tamaños en el colocutor, cuyas libres maneras y franqueza de expresiones le sorprendian en sumo grado; porque Colon habia conseguido adquirirse tal respeto, que pocos presumian usar de liviandad en su presencia, aun ántes de que se le viese condecorado con el alto cargo, conferídole recientemente por el nombramiento de Isabel. Poco sospechaba el buen religioso que un sugeto de clase personal aun más elevada, aunque completamente desnudo de carácter oficial, estaba delante de él, bajo el supuesto nombre de Pedro de Muñoz; y no pudo ménos de insinuar otra vez el disgusto que le daba semejante libertad de lengua y de comportacion para con aquellos á quienes él mismo acostumbraba considerar con respeto tan profundo.

—Parece, señor Pedro de Muñoz, le dijo, ya que este es vuestro nombre, aunque el título de duque, marqués ó conde sería más adecuado á vuestras maneras, que tratáis á su excelencia el almirante con tanta liviandad como á nuestro digno vecino Martin Alonso; un subordinado debiera ser más humilde y no permitirse tales cuchufletas sobre las opiniones de su caudillo, ni expresarse con tan poco comedimiento.

—Ruego me perdoneis, santo padre, y pido igual venia al almirante, quien

supongo me entiende mejor, por los justos motivos de ofensa que hayais tenido. Quise expresar que conozco á ese Martin Alonso, amigo vuestro, pues hemos navegado juntos; que tambien hemos traído en amor y compañía hoy una misma jornada de algunas leguas, y que despues de conversacion íntima, me ha participado su buen deseo de poner el hombro á la rueda, con el fin de desatollar esta expedicion, si no de un lodazal, á lo ménos de las arenas del rio; y que tambien me prometió venir á este santo convento de la Rábida para ese mismo propósito. Respecto á mí, lo que puedo añadir es que aquí estoy, pronto á seguir á donde quiera que el ilustre señor Colon juzgue conveniente guiarme.

—Está bien, honrado Pedro, dijo el almirante; y hago el honor debido á tu sinceridad, lo que habrá de satisfacerte hasta que se ofrezca ocasion de convencer á los demás. Plácenme estas nuevas respecto á Martin Alonso, buen padre, por el grandísimo servicio que prestarnos pudiera, pues su celo há días que ha empezado á flaquear.

—Cierto que nos será de incalculable ayuda, toda vez que acometa la empresa con anhelo. Martin es el piloto más célebre de estas costas; pues, aunque yo ignoraba que hubiese estado en Chipre, segun informe de este mancebo, constábame que habia hecho frecuentes viajes hasta el Norte de Francia, y al Sur hasta las islas Canarias. ¿Y creéis, señor almirante, que se encuentre Catay á mayor distancia que Chipre?

Sonrióse Colon al oír la pregunta, y meneó la cabeza del modo que lo haria uno que intentara preparar á un amigo para una noticia inesperada.

—Aunque Chipre esté poco distante de la Tierra Santa, y sea la sede del poder mahometano, contestó el sabio piloto, mucho más lejana se encuentra la region de Catay. No me lisonjeo ni pretendo lisonjear á los que se hallen dispuestos á seguirme con la esperanza de llegar á las Indias en virtud de un viaje que se extienda á ménos de ochocientas ó mil leguas bien medidas.

—¡Esa es una distancia fatigosa é imponente! exclamó el franciscano, mientras D. Luis se sonreía con indiferencia, pues le era igual tener que medir mil leguas ó diez mil en el Océano, con tal que el viaje le condujese á Mercedes y fuese fecundo en aventuras. Esa es una distancia fatigosa é imponente, y sin embargo, no dudo, señor almirante, que sois el hombre destinado por la Providencia á superar sus límites y á abrir camino para los que os sucedan, enarbolando la cruz de Cristo y las promesas de su redencion.

—Tal esperamos, contestó Colon haciendo con toda reverencia el signo usual del sagrado emblema á que aludia su amigo, y en prueba de que tenemos algun fundamento mundano para esa esperanza, aquí viene el señor Pinzon, y con aparente premura para vernos.

Martin Alonso Pinzon, cuyo nombre es tan familiar á los lectores del descubrimiento de América, por haber prestado tan útil servicio á Colon en su vasta empresa, entró ahora en la celda, aparentemente absorto en algun determinado designio, como los ojos observadores del genovés descubrieron al instante. No fué corta la sorpresa de fray Juan Perez al advertir que el pri-

mer saludo de Martin Alonso, el hombre grande de la vecindad, fuese dirigido á Pedro, el segundo al almirante, y el último á él mismo. No hubo tiempo, sin embargo, para que el honrado religioso, quien siempre estaba dispuesto á reprochar en el acto cualquiera falta de decoro, expresase lo que en aquella ocasion sentia, pues Martin Alonso empezó á explicar el objeto de su venida, con tal ansia, que dejó conocer no era aquella una mera visita de amistad ni ceremonia.

—Mucho me pena, señor almirante, comenzó Pinzon, saber la pertinacia y desobediencia á las órdenes de la reina, cual se ha manifestado entre nuestros marinos de Palos. Aunque vecino de este puerto, y á pesar de ser uno de los que han considerado vuestras opiniones del viaje occidental con mayor respeto, cuando no con fe absoluta, ignoraba el desborde de la insubordinacion á que aludo; hasta que encontré por acaso en el camino á un antiguo camarada, en la persona del señor D. Pedro..... quiero decir de este seor Pedro Muñoz, quien, procedente de comarcas lejanas, ha observado mayor parte de los desmanes, que yo habia tenido ocasion de conocer. Pero, señor almirante, supongo que no es esta la vez primera que llega á vuestra noticia la materia estrafalaria de que están hechos los hombres. Se nos dice que son seres racionales; mas sin embargo de esa innegable verdad, acontece que apenas uno entre ciento se toma la molestia de dirigirse por su propia razon, fácil es encontrar medios de hacer mudar de parecer á un número suficiente para todas vuestras necesidades, sin que lleguen á sospecharlo ni aun ellos mismos.

—Es mucha verdad, vecino Martin Alonso, interpuso el padre; y tan grande es, que pudiera introducirse en una homilia sin menoscabo de la religion. El hombre es un animal racional, y tambien un animal indefinible; pero no es lícito que sea un animal *pensador*. En asuntos de Iglesia, verbi gracia, como que sus intereses se hallan bajo la salvaguardia de un ministerio, ¿qué tieno que ver con ellos los indoctos ni los ignorantes? Ahora, en materias de navegacion, parece que un timonel bien puede valer más que ciento. Aunque el hombre sea un animal racional, hay muchos casos en que está obligado á obedecer sin racionar, y muy pocos en que deba permitírsele que racione sin obedecer.

—Mucha verdad, santo religioso y buen vecino; y tan obvia es, que no se hallará en todo Palos un hombre que la niegue. Y ahora que estamos en el asunto, se me tolerará que añada haber sido precisamente la Iglesia quien ha interpuesto mayor número de obstáculos para que no se realizasen las miras del señor Colon. Todas las viejas de este puerto aseguran que la idea de ser redonda la tierra es una herejía contraria á los escritos santos, y si hemos de decir la verdad, no faltan en este convento muchos de escaleras abajo que apoyen esta opinion. Por cierto que parece absurdo decirle á una persona que jamás haya puesto los piés fuera de la tierra firme y que acostumbre verse con mayor frecuencia en un valle que en una elevacion, que el globo es redondo; y aun yo mismo, que tantas veces he sureado el Océano, sería incrédulo, á no ser porque se me ha ofrecido ver salir del horizonte las velas superiores y más pequeñas de un buque, ántes que lo demás, así como los

campanarios y cruces de las poblaciones, aunque sean los objetos más pequeños de las naves y de las iglesias. Nosotros, hombres de mar, tenemos nuestro modo de infundir ánimo á nuestros seguidores, y vosotros hombres de Iglesia os valeis para el efecto de arbitrios distintos: yo trato ahora de atestar de pensamientos más sabios la cabezas de los marinos de mi pueblo, y espero, reverendo vecino, que pongais en accion los resortes de la Iglesia, á fin de acallar á las mujeres y desvanecer las dudas de los más celosos entre vuestra misma fraternidad.

—¿Y he de lisonjearme con la esperanza, señor Pinzon, de que es vuestro objeto interesaros más directamente y con mayor ahinco que ántes en el buen éxito de mi empresa? preguntóle Colon.

—No os quepa duda de que tal es mi idea; toda vez que podamos entendernos acerca de las condiciones, cual vos mismo, segun parece, habeis convenido con nuestra excelsa señora doña Isabel de Trastamara. He tenido un corto coloquio con el señor D... quiero decir con el señor Pedro de Muñoz... ¡Válgame Dios! en estos últimos tiempos se me ha pegado la manía de ser extremado en cortesía... pero como es un mancebo muy cuerdo y demuestra afan por embarcarse con vos, me he entusiasmado hasta el punto de antojármese tomar parte en la expedicion. El señor Muñoz y yo hemos viajado juntos tanto tiempo, que de buena gana quisiera ver de nuevo su digno rostro sobre el anchuroso Océano.

—Estas son prósperas nuevas, Martin Alonso, añadió afanoso el buen padre, y tu alma y las de cuantos te pertenecen, recogerán los beneficios de tan varonil y piadosa resolucion. Señor almirante, una cosa es tener á sus altezas de vuestra parte en un lugar como este de Palos, y otra alcanzar la concurrencia de mi digno vecino el honrado Pinzon; pues si aquellos son soberanos por la ley, este es un emperador por la nombradía. Ahora no dudo que las carabelas tarden muy poco en alistarse.

—En el supuesto de que os prestais, segun parece, á interesaros en nuestra expedicion, señor Martin Alonso, añadió el almirante con respetuosa gravedad, habeis sin duda meditado las condiciones y venis dispuesto á participárnoslas. ¿Consisten estas en algunos de los términos que ya anteriormente hemos discutido entre los dos?

—Señor almirante, acertádolo habeis: aunque nuestros bolsillos no se hallan hoy tan bien provistos como cuando hablamos la última vez sobre esta materia. Acerca del punto que acabo de insinuar, pueden existir algunos obstáculos; por lo demás creo que una breve explicacion dejará el asunto aclarado.

—Respecto á la octava parte, para cuyo interés me han facultado sus altezas, habrá ahora ménos causa para discutir este capítulo que cuando consultamos la postrera ocasion; porque pueden ofrecerse otros arbitrios para redimir esa prenda—Colon al expresarse así, volvió los ojos involuntariamente hácia el fingido Pero, y su ojeada siguieron los de Martin Alonso en prueba de que habia comprendido á su interlocutor;—pero habrá que vencer muchas dificultades respecto á estos medrosos y necios marinos, las cuales



podrán orillarse con vuestra influencia. Si os place venir conmigo á la celda inmediata, discutiremos desde luego los diversos capítulos de mi contrato, y entre tanto dejaremos á este doncel á la hospitalidad de nuestro reverendo amigo.

No habiendo manifestado el religioso repugnancia alguna á esta propuesta, púsose en ejecución de continuo. Pinzon y el navegante se retiraron á otra estancia más retirada, dejando á fray Juan Perez á solas con nuestro héroe.

—¿Vamos, piensas alistarte en esta grandiosa expedicion que va á mandar el almirante? preguntó el franciscano luego que cerraron la puerta los dos pilotos, y miró á Luis, por primera vez, con mayor atención que hasta entonces habia tenido lugar de practicar. Te comportas cual acostumbran los hidalgos mozos de la córte, y tiempo tendrás de adquirir un talante ménos altivo en los estrechos límites de nuestras carabelas de Palos.

—No me son desconocidas las naos, carracas, fustas, pinazas, ni el carabelon ni la feluca, santo padre, y comportarme he con el almirante en la misma guisa que lo haria ante D. Fernando de Aragon, si fuese mi compañero de viaje, ó en la presencia de Boabdil de Granada, toda vez que ese desgraciado monarca se hallase entronizado de nuevo en el solio de donde há poco se le precipitara y le viéramos impeliendo á sus caballeros para cerrar contra los hidalgos de la España cristiana.

—Esas son palabras harto retumbantes, hijo mio; ¡vaya! y proferidas en tono de torneo; pero de nada te servirán con este genovés, que tiene en sí lo que no le haria cortarse ni aun en la presencia de nuestra augusta señora doña Isabel de Castilla.

—¿Y conoceis acaso á la reina, santo varon? preguntó Luis, olvidando su simulado carácter en la libertad de sus expresiones.

—Dado me es conocer lo más recóndito de su alma, hijo mio, pues con frecuencia he escuchado los secretos de su espíritu puro y manso en el sacramento de la confesion. Por mucho que la amemos los castellanos, nadie puede saber la elevacion espiritual de aquella piadosa princesa y mujer excelentísima, á no ser que haya tenido la dicha de confesarla.

Tosió D. Luis, y jugueteando con la empuñadura de la daga, dió suelta, como de costumbre, á la primera idea que se le ocurrió.

—¿Y decidme, padre, por algun acaso de vuestros sagrados deberes, confesasteis á una damisela de la córte á quien profesa la reina señalado cariño, preguntó el doncel, cuyo espíritu, yo salgo garante, es cuando ménos tan puro como el de la misma doña Isabel?

—Tu pregunta, hijo mio, demuestra necesidad de que acudas á Salamanca, á fin de que te instruyan en la historia, prácticas y fe de la Iglesia, con preferencia á alistarte en una expedicion, aunque sea tan recomendable como la que el genovés ha tomado á su cargo. ¿Ignoras que á los sacerdotes no se les permite revelar los secretos del confesonario ni formar comparaciones entre los penitentes? y además que no tomamos ni aun á la misma doña Isabel... la Virgen santísima la conserve en su santa guarda, por tipo de la santidad á que todos los cristianos están obligados á dirigirse. La doncella de

quien hablas puede ser virtuosa, segun las nociones mundanas, y ser no obstante una grave pecadora á los ojos de la santa madre Iglesia.

—Quisiera, ántes de salir de España, oir á un Mendoza ó Guzman, que no gozase el privilegio de tener un cerquillo ó una cholla rapada, atreverse á decir otro tanto, venerable guardian.

—¿Qué necesidades estás profiriendo, hijo? ¿qué pudieras decir á un Mendoza, Guzman, ó Bobadilla, aun cuando se expresara en los términos que mejor te agradaran? Pero, ¿quién es la doncella por la cual pareces interesarte tanto, aunque dudo obtengas correspondencia?

—Hablé en chanza. Nuestras situaciones han abierto entre nosotros tal sima, que es muy probable no lleguemos jamás á trocar palabra; ni es tanto mi mérito que olvidara las ventajas que tan alta sobre mí la encumbran.

—¡Ya! ¿pero tendrá algun nombre?

—Lo tiene, reverendo señor, y noble en sumo grado; tuve en mis pensamientos á doña Mercedes de Valverde, cuando mis labios dieron salida al liviano concepto. Es probable que conozcais á esa heredera ilustre.

Fray Juan Perez, que era un sacerdote verdaderamente intachable, hizo un movimiento de sorpresa al oir este nombre; luego clavó los ojos en el jóven con expresion compasiva, y en seguida humilló la frente, y sonriéndose meneó la cabeza cual si rebulliesen en ella un mar de pensamientos.

—Verdad es que conozco á esa dama, dijo el guardian; y aun la última vez que estuve en la córte para el asunto de Colon, aconteciendo que su confesor enfermara, tuve que confesarla así como tambien á su regia señora. Cierto es que bien merece la estimacion de doña Isabel; pero tus encomios de esa noble doncella, y que deben parecerse en algo á los que tributamos con distancia al sol que gira sobre nuestras cabezas, dificulto que estén fundados.

—Eso no lo podeis saber, padre mio. Si la expedicion tuviese el éxito que esperamos, cuantos han tomado parte en ella serán honrados y enaltecidos; ¿y por qué no yo como los demás?

—En eso tal vez no vayas equivocado; mas respecto á doña... contúvose aquí el padre, pues se hallaba á punto de revelar los secretos de la confesion. Y en verdad habian escuchado sus oídos las palabras de penitencia que emitieran los labios de Mercedes, y de las cuales su amor hácia D. Luis era el tema principal; y habia sido el fraile mismo quien con una especie de fraude piadoso, que involuntariamente se le ocurriera, insinuara el recurso de tornar en provecho de los amores del mancebo su propension á las correrías. En aquel instante casi rebozaba en las mientes del buen religioso el recuerdo de la pureza de alma y sentimientos delicados de su hechicera penitente, mas la costumbre y el deber intervinieron á tiempo para impedir pronunciase el nombre que ya estaba en sus labios. A pesar de eso, siguieron sus ideas el mismo rumbo, y su lengua pronunció las palabras que creyó nada tendrian de imprudentes. Mucho mundo has corrido, segun nos dió á entender el saludo de Pinzon, continuó el padre, despues de corta pausa: ¿has topado alguna vez en tus viajes con cierto caballero castellano nombrado D. Luis de Bobadilla... un grande á quien decora tambien el título de conde de Llera?

—Ignoro sus esperanzas, y poco me importan sus dictados, contestó con serenidad el mancebo, creyendo le estaría bien manifestar una indiferencia heroica hacia las opiniones del franciscano; pero he visto á ese caballero: por cierto que es un mancebo tan vagamundo y descabellado que poco bueno habrá de esperarse de él nunca.

—Temo que sea demasiado cierto, repuso fray Juan Perez, meneando la cabeza con aire melancólico; y sin embargo aseguran que es un gallardo caballero, y la mejor lanza de cuantas hay en España.

—¡Ay! hasta ahí puede ser, respondió el de Llera, tosiendo un poco más recio que el decoro permitía, porque su garganta empezaba á sentir cierta garraspera: hasta ahí puede ser; mas ¿de qué sirve una buena lanza sin una buena reputacion? he oido hablar muy poco que sea lisonjero para ese noble mancebo.

—Creo que no es el sugeto por quien comunmente se le tiene, replicó el sencillo padre sin sospechar el incógnito de su interlocutor; y me consta que hay quienes juzgen bien de él... aun más, sugetos cuya existencia, y aun pudiera decir, cuya alma misma está concentrada en ese mancebo.

—¡Franciscano bendito! ¿por qué no mencionais los nombres de uno ó dos de esos sugetos? preguntó Luis con una impetuosidad que sobresaltó al prior.

—¿Y por qué habré de revelártelos á ti, hijo mio, más que á otro cualquiera?

—¿Por qué, padre...? por muchas razones buenisimas y convincentes. En primer lugar, yo mismo soy un mozo, como estais viendo, y el ejemplo, dicen, vale más que el precepto. Luego, tambien, soy algo dado á correrias, y puede aprovecharme el saber que tal lo han escapado otros que tuvieran propensiones iguales. Además que me regocijaria si supiese que... pero dos argumentos concluyentes son más válidos que tres, y ya vos habeis proferido uno.

Fray Juan Perez, cristiano timorato, eclesiástico instruido, y hombre de letras profundo, era al mismo tiempo más sencillo que un niño respecto á materias que tenian referencia con el mundo y sus pasiones. Sin embargo, no fué tan terdo que pudiera escapársele el extraño lenguaje de su huésped. Sus pensamientos habian tomado cierta direccion luego que se mencionó el nombre de nuestra heroína; y como él mismo habia sido quien trazara el rumbo que tan afanoso siguiera el noble mancebo, no tardó la verdad en ilustrar su imaginacion.

—Caballero, exclamó el religioso, ¿vos sois D. Luis de Bobadilla!

—Jamás disputaré los dones proféticos de un eclesiástico, dignísimo prior, despues de vuestro descubrimiento. Yo soy el mismo que decis, alistado en esta empresa á fin de ganar el amor de doña Mercedes de Valverde.

—No me equivoqué... pero, señor, bien podiais haber tomado nuestro pobre convento ménos de sorpresa. Permitidme ordene os ofrezcan algun refrigerio.

—Perdonadme, excelentísimo prior; Pedro de Muñoz, ó sea Pero Gutierrez no tiene en este momento necesidad de alimentarse; pero ahora que me conoceis, ¿habrá ménos razon para que hablemos de doña Mercedes?

—Ahora que os conozco, señor conde, hay más razón para que guardemos silencio sobre ese punto, contestó fray Juan Perez sonriéndose. Vuestra tía, la muy apreciable y virtuosa marquesa de Moya, podrá proporcionaros los medios para traer á buena cuenta vuestras pretensiones con esa digna doncella; y mal estaria á un eclesiástico poner trabas á su prudencia en virtud de una indiscreta mediación.

Estas explicaciones sirvieron de prelude á un diálogo dilatado y de la mayor intimidad, durante el cual, ahora que se hallaba prevenido el prior, consiguió salvar su principal secreto, aunque alentaba al mozo respecto á las esperanzas vitales que su existencia constituian, así como tambien en su propósito de adherirse á la fortuna del navegante. Entre tanto Colon seguia encerrado con su nuevo consejero, y cuando volvieron á presentarse en la celda de fray Juan Perez, divulgóse entre los que se hallaban de puertas afuera que Martin Alonso Pinzon se habia comprometido en el proyecto con tanto celo, que tenia intencion de embarcarse en una de las carabelas.

CAPÍTULO XII.

Mas aquel que en delicia tenebrosa
Cada peligro torna, y su mirada
En cada yermo posa,
Sigue audaz su camino, y la pisada
Sin espanto imprimiera
Donde sobrecogida
El que ama la vida
Su planta con terror retrocediera.

EL ABENCERRAJE.

La noticia de que Martin Alonso Pinzon iba á seguir al piloto genovés cundió por la aldea de Palos con la rapidez de un incendio. Ya no faltaron voluntarios; pues el ejemplo de un sugeto tan conocido y respetado en aquellas cercanías obró más eficazmente en el ánimo de los hombres de mar, que las órdenes de la reina ó la retórica de Colon. Todos conocian á Martin Alonso, estaban acostumbrados á someterse á su influencia y tenian confianza en su juicio; cuando por lo contrario los mandatos de unos soberanos ausentes, aunque queridos, más llevaban el sello de una severa pena que de una empresa generosa; y respecto á Colon, si bien infundia respeto á la mayor parte de los que le trataban, luego que volvia las espaldas se le consideraba como á un simple aventurero, cual se le habia tenido en Santa Fé.

Aprestáronse los Pinzones á echar mano de la tarea que en la expedicion les cabia, á manera de hombres que estaban más acostumbrados á obrar que á discurrir. Varios individuos de su familia acometieron la empresa con cordialidad, y un hermano de Martin Alonso, cuyo nombre era Vicente Yañez, marino tambien, se unió á los aventureros en calidad de comandante de uno de los buques, mientras otro se embarcó de piloto. En fin, ocupóse activamente el mes que sucedió á los incidentes mencionados, y se hizo más en tan corto tiempo para la solución del gran problema del genovés, que cuanto se habia conseguido durante los diez y siete largos años que el proyecto ocupara su mente.

A pesar de la influencia local de los Pinzones existia una vigorosa oposicion al proyecto en los ánimos de la pequeña poblacion elegida para punto de alistamiento de los bajeles requeridos. Aquella familia tenia sus contrarios y rivales así como sus amigos y deudos, y cual sucede por lo comun en casi todas las empresas humanas, levantáronse dos partidos, de los cuales el uno estaba tan obstinado en contrarestar los designios del navegador como el otro resuelto á patrocinarlos. Habíase embargado una nave para el servicio, en conformidad á las órdenes de la córte, y sus dueños se pronunciaron por cabecillas de la faccion desafecta. Tambien se habia matriculado á muchos marineros para este misterioso y extraordinario viaje; y como era de esperar, tanto ellos como sus amigos no tardaron en unirse á las filas de los descontentos. Hallóse imperfectamente concluida gran parte de la obra necesaria, y cuando se citó á los artifices para repararla, todos se quitaron de enmedio. A medida que se acercaba el tiempo de la salida, más se iba encrudociendo la contienda, y hasta los Pinzones mismos tuvieron la mortificacion de descubrir que muchos de los que se habian ofrecido voluntariamente á seguir su suerte, comenzaban á titubear, mientras algunos se desertaban manifiestamente.

Tal era el estado de las cosas á fines del mes de julio, cuando Martin Alonso Pinzon acudió otra vez al convento de Santa María de Rábida, donde Colon seguia pasando la mayor parte del tiempo que no invertia en vigilar los preparativos; y donde D. Luis de Bobadilla mataba las fastidiosas horas, anheloso de un servicio activo y pensando en la amabilidad, pureza y otras virtudes de doña Mercedes de Valverde. Fray Juan Perez se esforzaba con buena fe para facilitar la ejecucion de las miras de sus amigos; y habia conseguido, si no suprimir absolutamente la expresion de las opiniones ofensivas por parte de los ménos ilustrados de la comunidad, á lo ménos que fuera más reservada.

Cuando se avisó á Colon y al guardian que el señor Martin Alonso solicitaba una audiencia, ninguno de los dos demoró un instante su beneplácito. A medida que se acercaba la hora de la partida, eran más aparente la importancia de los servicios de aquel hombre, y bien conocian ambos que hasta la regia proteccion de doña Isabel misma, en aquel crítico momento, era de menor suposicion que la del activo mareante. Así es que el señor Pinzon no tuvo que aguardar mucho para ser introducido en el aposento que servia de sa-

la de recibo al celoso franciscano, lo que aconteció casi tan luego como se prohiriera el aviso.

—Bien venido seais, Martín Alonso, exclamó el guardian, al instante que alcanzaron sus ojos los primeros perfiles de las facciones de su antiguo conocido ¿que tal van los asuntos en Palos, y cuándo veremos esa santa empresa en buen rumbo hácia su próspero éxito?

—Por san Francisco, reverendo guardian, que eso es más de lo que pudiera responder con certidumbre hombre nacido. He juzgado ya veinte veces que estábamos en camino recto para hacernos á la vela, y otras tantas se ha atravesado alguna dificultad para impedirlo. La *Santa María*, á cuyo bordo se embarcarán el almirante y Gutierrez... ó Muñoz si le place más, está ya lista. Esta nave puede considerarse como de alto bordo, pues pasa de cien toneladas; de modo que espero que su excelencia y los gallardos caballeros que le acompañen, irán tan cómodos como se hallan aquí los santos religiosos de la Rábida... por que la carabela tiene puente y cubierta.

—Estas son nuevas plausibles en verdad, contestó el padre restregándose las manos en su júbilo ¿con qué la buena nave tiene cubierta? Señor almirante, quizás el bajel no sea del todo adecuado á vuestros altos merecimientos, pero en suma iréis seguro á par que cómodo, si tenéis presente que la cubierta es un abrigo conveniente y apetecible.

—No hay para que ocuparse de mi seguridad ni consuelo, amigo Juan Perez, cuando hay otras materias de mayor gravedad. Pláceme que hayais venido al convento esta mañana, porque iba á remitir unas cartas á la corte, por medio de un propio, y quisiera enterarme del estado de los asuntos. ¿Creéis que la *Santa María* quedará lista para la mar á fines del presente mes?

—Tal juzgo, santo padre. La nave ha sido preparada con la diligencia debida, y cabrán en ella algunos sesenta hombres, toda vez que el pánico que se ha apoderado de tantos obcecados idiotas en Palos, nos deje ese número dispuesto á embarcarse con nosotros. Confío en que los santos protegerán tantos esfuerzos como hacemos de nuestra parte y tendrán en las mientes nuestro celo, cuando llegue la hora de repartir los beneficios de esta empresa, que no ha tenido par en la historia de la navegacion.

—Esos beneficios, honrado Martín Alonso, se hallarán en el acrecentamiento de la Iglesia y en el aumento de la gloria de Dios, dijo el prior significativamente.

—Fuera de toda duda, fray Juan Perez, esa es nuestra mira comun; aunque supongo que será lícito á un mareante atareado acordarse hasta cierto punto de su mujer y de sus hijos; siempre, se entiende, en discreta subordinacion á esos fines más interesantes. Mucho me equivoco respecto al señor Colon, si tambien el no espera sacar alguna pequeña ventaja de esta su visita á Catay.

—No os habeis engañado, buen Martín Alonso, contestó el genovés con gravedad. Por cierto que espero afluyan las riquezas de las Indias en las arcas de Castilla, á consecuencia de este viaje. Y sin duda, santo guardian, que á mi modo de ver la recuperacion del Santo Sepulcro depende en alto grado

del buen éxito de nuestra empresa; esto es en cuanto á su éxito material y mundano.

—Es muy plausible, señor almirante, repuso Martín Alonso con alguna premura, y deberá alcanzarnos gran favor en el concepto de todo buen cristiano... y especialmente en el de los santos religiosos de la Rábida. Pero harto difícil es persuadir á los marineros de Palos á que cumplan sus empeños con nosotros, sin predicar una cruzada como el medio de derretir los pocos má-ravedís que les hubiera cabido ganar á fuerza de trabajos y peligros. Los dignos pilotos Francisco Martín Pinzon, mi propio hermano, Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño, y Bartolomé Roldan, se encuentran ahora firmemente ligados con nosotros por vínculos legales; mas si columbrasen una cruzada al extremo de la cadena, todos los santos del calendario apénas tendrían suficiente influencia para que no se desataran de la obligacion.

—A nadie sino á mí mismo considero ligado para este objeto, contestó Colon con serenidad. Cada cual, amigo Martín Alonso, juzgado será por sus propios hechos, ó citado á cumplir sus propios votos. De los que á nada se empeñan, nada será exigido; y á los mismos nada les corresponderá en el gran y final ajuste de cuentas del humano linaje. ¿Pero qué noticias tenemos de la *Pinta*, vuestra propia embarcacion? ¿Se encuentra ya en estado de surcar el Atlántico?

—Como sucede siempre con los bajeles embargados para el real servicio, señor, el trabajo ha andado asaz flojo, las cosas han carecido de aquella jubilosa actividad que acompaña el trabajo de los que laboran con libre albedrío y para su propio provecho.

—Los necios marinos han trabajado en su propia ventaja sin conocerlo, observó Colon; es el deber de los ignorantes someterse á ser conducidos por hombres más ilustrados, y agradecer las ventajas que les redundan de un conocimiento prestado, aunque lo obtengan en contrariedad á sus propios deseos.

—Así es en verdad, añadió el prior; pues de lo contrario las obligaciones de nosotros, hombres de iglesia, quedarian reducidas á límites muy mezquinos. Fe, fe en la iglesia, es el primero y último deber del cristiano.

—Esto parece razonable, muy sabios señores, replicó Alonso, aunque los ignorantes hallan harto difícil comprender las materias que no entienden. Cuando un hombre se imagina que van á condenarle á una muerte inaudita, se halla poco dispuesto á considerar las ventajas que yácen al otro lado de la sepultura. A pesar de todo, la *Pinta* está más adelantada para el viaje que las demás embarcaciones, y tiene el completo de su tripulacion, pues hasta el último hombre se halla ligado por escrituras que serian poco disputables á los ojos de un notario.

—¿Solo queda la *Niña*? añadió Colon; preparado este bajel y cumplidos nuestros deberes religiosos, podrémos comenzar la empresa.

—Bien se puede, señor: mi hermano Vicente Yañez se ha convenido en hacerse cargo de esa pequeña carabela, y lo que un Pinzon promete un Pinzon lo cumple. Esta nave se halla ya lista para darse á la vela con la *Santa Maria*

y la *Pinta*; muy lejos ha de estar Catay si no llegamos á él con una ú otra nave.

— Todo eso es muy alentador, vecino Martin Alonso, dijo el padre restregándose las manos con deleite, y yo no dudo que al fin todo venga á pedir de boca. ¿Qué dicen hoy dia los noticieros de Moguer y de los otros puertos acerca de la forma de la tierra y de las probabilidades que asisten al señor Colon para llegar á las Indias?

— Aunque no haya un solo marino en esta rada que no admita la verdad de que el velámen superior de un buque, aunque más pequeño, es el primero que se divisa en el Océano, niegan sin embargo que provenga esto de la hechura de la tierra, pues afirman que es efecto del movimiento de las aguas.

— ¿Y ninguno de ellos ha observado las sombras que proyecta la tierra en los eclipses de la luna? preguntó Colon, en su modo sereno, aunque se sonreía mientras hacia la pregunta, cual lo verifica el que, habiendo analizado un problema natural, somete una de sus pruebas más populares á la consideracion de los que juzga ménos dispuestos á penetrar más allá de la superficie. ¿No ven que estas sombras son redondas, y que las sombras de esta figura solo pueden proceder de un cuerpo tambien redondo?

— Eso es concluyente, buen Martin Alonso, dijo el guardian, y debe desvanecer las dudas del charlatan más idiota de estas playas. Decidles que den vuelta á sus posadas, comenzando por la derecha, y que observen si en virtud de seguir las paredes, no vuelven al mismo punto de donde salieron, por la izquierda.

— Reverendo prior, si pudiésemos reducir nuestro lejano viaje á estos familiares ejemplos, no hay novelero en Moguer ni artesano en Sevilla á quien no fuera fácil comprender el misterio. Pero distinto es manifestar buenamente un problema y hallar quien pueda entenderlo. Ahora bien, un raciocinio parecido á ese ofrecí yo al alguacil de nuestro Palos, y preguntóme el digno señor si yo esperaba volver de mi viaje por la via de la recién abatida ciudad de Granada. Imagínome que el modo más propio de persuadir á estas buenas gentes, para que crean nos será dable llegar á Catay por un viaje accidental, es ir allá y volver en seguida.

— Lo que haremos muy en breve, seor Martin Alonso, observó Colon alegremente. Pero el tiempo de nuestra partida se acerca, y no es justo que ninguno de nosotros olvide los deberes de la religion. Os encomiendo á vuestro confesor, Pinzon amigo, y espero que cuantos en mi compañía se den á la vela para traer á cabo este vasto designio, recibirán la santa comunión con nosotros, ántes que salgamos del puerto. Este santo guardian oirá mis pecados y los de Pedro de Muñoz; los demás aventureros pueden encontrar los consejos y amonestaciones espirituales de los ministros de la Iglesia de que tengan costumbre aprovecharse.

Con esta insinuacion de que intentaba prestar el acatamiento debido á los ritos de la Iglesia, ántes de darse á la mar, ritos que rara vez se descuidaban en aquellos dias, recayó por entónces el coloquio sobre los diversos pormenores de los preparativos. Despues de esto se separaron los colocutores, trascurriéndose algunos dias más en tareas activas.

El jueves por la mañana del día dos de agosto de 1492 entró Colon en la celda del guardian ó prior fray Juan Perez, vestido de penitente, y con un aspecto tan devoto y plácido que era óbvio se hallaban sus pensamientos dirigidos hácia sus propios deslices y la bondad de Dios. Aguardábale el celoso sacerdote, y arrodillóse el navegante á sus piés, ante el cual Isabel se habia puesto de hinojos muchas veces para cumplir igual solemnidad. La religion de este hombre extraordinario estaba adulterada con las costumbres y opiniones del siglo, como en verdad, mucho ó poco, ha de acontecer con la religion de cada hombre; su acto confesional, por lo tanto, tenia aquella mezcla de piedad y de error que con tanta frecuencia halla el moralista en sus investigaciones sobre el espíritu humano. La verdad de esta extrañeza habrá de verse luego que se observen una ó dos confesiones del gran navegante, al deponer este á las amonestaciones de su consejero espiritual el catálogo de sus pecados.

—Acúsome tambien, santo padre, prosiguió Colon después de haber enumerado los deslices más familiares á la humana especie, y mucho temo que mi ánima se haya exaltado en demasía sobre este punto del viaje, y que me haya creído más directamente electo por Dios para algun buen fin, de lo que plazca conceder á su infinita sabiduría.

—Sería un peligroso error, hijo mio, y te amonesto cuidadosamente acerca de los males de la justificacion propia. Que Dios elige sus agentes está fuera de duda; pero es un temible yerro equivocar los impulsos del amor propio con los movimientos del espíritu divino. Únicamente los ministros del Altísimo pueden juzgarlo.

—Así me esfuerzo en considerarlo, santo varon, respondió el navegante con mansedumbre; y sin embargo, hay en mi interior cierta cosa que me impulsa á esa creencia, ora sea ilusion, ora proceda del cielo. Yo brego, padre mio, por doménar esas sensaciones, y más que todo procuro conseguir que tomen una direccion que glorifique el nombre del Altísimo y propague los intereses de su Iglesia.

—Está muy bien; empero debo amonestarte contra una creencia demasiado implicita en esos impulsos interiores. Mientras tiendan tan solo á acrecentar tu amor hácia el Padre Supremo de todo lo creado, puedes estar cierto de que es un manantial de verdad incontrovertible; mas si la exaltacion apareciera como objeto de sus afanes, guardarte has de semejante impulso, cual esquivarias lo que te dictara el perverso padre de la mentira.

—Así lo considero; y ahora que he descargado mi conciencia con toda sinceridad, reverendo ministro, ¿puedo esperar los consuelos de la Iglesia y su salvadora absolucion?

—¿No se te ocurre, hijo mio, alguna otra cosa que no puede estar oculta al que lee en las conciencias?

—Muchos son mis pecados, santo guardian, y no pueden reprocharse demasiado á menudo, ni asaz acerbamente; pero creo que todos van incluso en las transgresiones principales que he procurado recapitular.

—¿Nada tienes de que acusarte que tenga conexión con aquel sexo de que se vale con tanta frecuencia el demonio para tentarnos?

—Errado he como hombre, padre mio; pero creo que mis confesiones anteriores y las penitencias me han absuelto.

—¿Has tenido presente á doña Beatriz Enriquez y á tu hijo Fernando que se hospeda en nuestro mismo convento?

Humilló la frente Colon profundamente contrito, y el hondo suspiro, casi semejante á un sollozo, que exhaló su pecho, dió muestras de cuan intensa era su contricion.

—Decis bien, padre; esa es una ofensa que jamás deberá olvidarse, aunque muchas veces se me haya absuelto desde que la cometí. Abramadme con las penitencias que conozco son justas, y veréis como un cristiano puede humillarse y besar el azote que reconoce haber merecido.

—Tal arrepentimiento es cuanto la Iglesia exige; y ahora estás comprometido en una hazaña demasiado importante para tus intereses, para que se te distraiga de tus grandiosos intentos en consideraciones de menor cuantía. Rezarás un Padre nuestro diario, por el término de veinte dias, cuya prece redundará en beneficio de tu ánima; despues de cuyo plazo la Iglesia te perdona este pecado, pues entónces te hallarás próximo á la region de Catay, y pudieras necesitar de todas tus facultades para verificar el alto designio.

Prosiguió entónces el bondadoso guardian á prescribir varias penitencias muy ligeras, la mayor parte de las cuales se reducía á un aumento moderado de los deberes cotidianos de la religion. Hecho esto absolvió al navegante. Vino en seguida la vez de D. Luis, y á menudo sonrióse involuntariamente el prior, escuchando á aquel mancebo impetuoso y ardiente, cuyo lenguaje contrastaba con el blando y apacible de la intachable Mercedes. La penitencia señalada al de Bobadilla no careció de severidad, aunque bien considerado el noble mancebo, que no tenia demasiado apego á los deberes del confesonario, se juzgó bien parado, al considerar lo abultado de la cuenta que le fuera preciso dar y el crecido saldo que en contra le resultaba.

Mientras los dos aventureros principales cumplian de este modo con sus obligaciones religiosas, Martin Alonso Pinzon y los marinos subalternos de la empresa acudieron á sus diversos confesores para presentarles el cargo de sus pecados. Despues de esto vino una escena que era por todos conceptos característica de aquel siglo, y que sería imponente y adecuada en todos tiempos y lugares para unos hombres próximos á embarcarse en una aventura de éxito tan cuestionable.

Celebróse misa mayor en la iglesia del convento, donde Colon recibió la comunión de manos de fray Juan Perez, confiando humilde en la providencia de Dios y en su todopoderoso patrocinio. Cuantos iban á darse á la vela con el almirante imitaron su ejemplo, comulgando en su compañía; pues aquella era una época en que las conclusiones del hombre no habian comenzado á combatir la fe y las prácticas de la Iglesia, hasta el punto de considerar sus ritos como el fin de la religion, sino que se contentaba con acatarlos como sus medios. Más de un tosco marino, cuya vida no debiera haber sido tan santa que no fuera acreedora á muy severa censura, se arrodilló aquel dia al pié del altar con devota dependencia de Dios, con sentimientos que cuando

ménos le conducian al camino real de la salvacion; y presuntuoso fuera suponer que el Ser Omniscio, á quien sus ofrendas tributaba, no mirase su ignorancia con indulgencia y no considerase con lástima hasta su misma supersticion. Nos mofamos de las preces de los que se encuentran en peligro, sin reflexionar que aquellas son un homenaje al poder de Dios, y nos sentimos dispuestos á imaginarnos que estos arranques de devocion no pasan de ser aparentes, porque el espíritu en la vida comun no siempre se encuentra elevado al mismo grado de religiosidad y pureza. Más humilde sería acordarnos de las debilidades de la humana especie; tener presente que como nadie hay perfecto, la cuestion queda reducida á una de simples grados; y traer á la memoria que el Ser Supremo puede aceptar cualquiera peticion devota, aun cuando proceda de aquellos que por hábito no se ajustan á sus santas y sabias leyes. Estas piadosas, á par que pasajeras emociones, son obra del Espíritu Santo, pues que el bien solo puede provenir de esa fuente; y es tan fuera de razon como irreverente imaginarnos que Dios oirá con menosprecio los efectos de su propia gracia por muy humildes que sean.

Cualquiera que fuese en aquella circunstancia la disposicion de la mayor parte de los arrepentidos penitentes, no puede dudarse que ese dia se postrara ante el altar de la Rábida uno en la persona del gran navegante mismo, quien hasta donde alcanzaban los ojos, profesaba el mayor respeto á los dogmas de la religion, y observaba escrupulosamente todos sus ritos. En Colon se hallaba aquel ferviente entusiasmo cristiano profundamente arraigado que tanto entónces distinguiera al cristianismo en todos sus actos, instigándole siempre á alzar los ojos hácia la mano protectora de Dios en espectacion de su auxilio. Las excelsas miras que hácia el porvenir le iluminaban no son ya desconocidas del lector, y poca duda hay de que no se persuadiese hallarse designado por la divina Providencia como su instrumento selecto para llevar á cabo el grandioso designio que tanto ocupaba sus mientes, amen de realizar otros objetos ulteriores.

Como queda dicho, Colon prestó cumplimiento debido á los ritos de la Iglesia con devotísima confianza en la verdad de su mision, á par que con las esperanzas más brillantes respecto á la prosperidad de sus results. No podemos decir otro tanto atento á la mayor parte de sus seguidores. Los ánimos de estos habian vacilado de cuando en cuando mientras se aprestaban los preparativos, y habíalos visto el último mes ya anhelosos de partir, ya atormentados de recelos y temores. Aunque hubo para ellos algunos dias de esperanza, fuéron más numerosos los de amilanamiento y tristura, por causa de las aprensivas zozobras de las madres, esposas y demás personas que se interesaban por aquellos marinos. El oro, fuera de toda duda, era el gran polo de su atraccion, y momentos hubo en que halagüeñas visiones de minas inagotables y de tesoros orientales alucinasen sus fantasías; y en aquellos instantes no podia darse hombres más ansiosos de empeñarse en la misteriosa empresa, ni más listos para arriesgar sus vidas y esperanzas en los acasos de su éxito. Estas impresiones, empero, se desvanecian súbitas, y cual acabamos de manifestar, era el abatimiento la sensacion que prevalecia entre los que se hallaban próximos á embarcarse.

—Nuestros guapos, señor almirante, no parecen ballarse demasiado alegres, dijo D. Luis al salir por las puertas de la iglesia, y si ha de decirse la verdad, desearía embarcarme en una expedición de la magnitud de la presente con rostros más risueños y corazones campechanos.

—¿Imagináis por ventura, conde, que quien hace muestra de placidez cuenta con el ánimo más firme, ó que es débil el corazón porque el continente aparezca desalentado? Estos sencillos marinos se acuerdan de sus transgresiones, y se esmeran sin duda porque una empresa tan santa no se vea contaminada por la corrupción de sus propios corazones, sino ántes bien purificada en virtud de sus anhelos por obedecer la voluntad del Altísimo. Espero, Luis—el íntimo trato había dado á Colon una especie de interés paternal por cuanto concernía al noble mancebo que estrechaba la distancia puesta entre ellos por la categoría—espero Luis, que no os halleis completamente despojado de estos piadosos anhelos.

—Por san Pedro, el nuevo santo de mi devoción, señor almirante, que pienso más en Mercedes de Valverde que en este grave negocio. Ella es mi estrella polar, mi religión, mi Catay. Proseguid en nombre del Cielo y haced cuantos descubrimientos os plazca, llegad á Cipango ó á la parte más remota de las Indias; retad al gran khan en su trono y yo os seguiré con una lanza y una espada jurando á voces que la doncella de Castilla no tiene igual, y recorriendo el Oriente para hacer bueno á la faz del universo que no la hay semejante, aunque vengan sus competidoras en hermosura desde los cuatro ángulos de la tierra.

Al oír Colon esta rapsodia creyó oportuno censurar el móvil que la dictara, y dijo:

—Duéleme hallar, mancebo amigo, que no teneis los sentimientos adecuados al que se halla comprometido en una obra dispuesta por el cielo. ¿No preveis la larga série de sucesos que probablemente resultarán de este viaje? la propagación de la religión autorizada por la Iglesia; las conquistas de imperios lejanos sometidos al cetro de Castilla; la solución de los puntos disputados en la filosofía y en las ciencias; la adquisición de tesoros inagotables, con la última y más honrosa consecuencia de todas, la recuperación del Santo Sepulcro, arrancándolo de manos de los infieles.

—No hay duda, señor Colon, no hay duda, todas esas ventajas columbro, pero veo á doña Mercedes al cabo de todas ellas. ¿Qué me importa el oro, si ya lo poseo ó lo poseeré pronto más de lo que necesito? ¿Qué tengo yo que ver con el engrandecimiento del cetro castellano, si jamás puedo empuñarlo? y respecto al Santo Sepulcro, concededme á Mercedes y á imitación de mis antepasados estoy dispuesto á hacer astillas una lanza con el infiel más brioso que nunca ciñera turbante, bien en esta ó en cualquiera otra querrela. En fin, señor almirante, guiad á donde os plazca, y aunque nos aventuramos con distintas miras y con esperanzas diversas, no dudeis que nos encaminen al mismo término. Conozco que es preciso prestaros sosten para la consecución de este grande y noble designio, y poco interesan las causas que me hayan hecho agregarme á vuestro séquito.

—Sois un mozo, Luis, ligero de cascos, y preciso es seguiros la corriente, aunque solo sea por amor de la tierna y piadosa dama que señorea vuestros pensamientos.

—Bien la habeis visto, señor, y decir podeis si no es la más digna de ocupar las mientes de todos los mancebos que hay en España.

—Hermosa es, y llena de virtudes, de nobleza, y de celo tambien por la prosperidad de este viaje. Todos estos son méritos bien raros, y debo disimularos vuestro entusiasmo á favor de ella. No olvidéis, empero, que á fin de ganarla, importa primero aportar á las costas de la gran Catay.

—Materialmente, querreis decir, señor almirante; pues con los ojos de la imaginacion las veo claras y bien distintas, y apenas otra ninguna cosa, con Mercedes puesta de puntillas en sus playas, sonriéndose para darnos la bienvenida, y, por san Pablo, á veces llamándonos ansiosa con la mano, y con aquella sonrisa que enciende el alma con su hechicería, mientras apacigua el fervor con su modestia. La bendita Virgen María nos dispense pronto un viento favorable para que podamos dejar este fastidioso rio y este cansadísimo convento.

Nada contestó Colon; pues mientras tributaba las consideraciones debidas á la impaciencia de un amante, volvíanse sus pensamientos á asuntos de mayor gravedad y magnitud, para que pudiesen distraerlos largo tiempo ni aun las locuras del amor.

CAPÍTULO XIII.

No le llora solo Zayda
 Más cuantos suelen vivir
 Entre el muro de la Alhambra
 Y fuertes del Albaicin.

BRYANT.

Llegó por fin el momento de la partida. Estaba á mano el instante que tanto anhelara el genovés, y luengos años de pobreza y menosprecio quedaban todos olvidados en aquella hora bendita, ó bien si acudían á su mente, no era ya con la amargura de la esperanza diferida. Hallábase por fin el navegante en posesion de los medios para conseguir el primero y grandioso objeto para el cual había consagrado los últimos quince años, con la esperanza en perspectiva de que el éxito de su aventura actual le conduciría á la conquista del Santo Sepulcro. Mientras los que le rodeaban veían con asombro los ténues recur-

sos para alcanzar tan nobles fines, ó quedábanse heridos de estupor al contemplar la temeridad aparente de una empresa que parecía desafiar las leyes de naturaleza y dar por nulas las reglas de la Providencia, aquel hombre singular iba tranquilizándose á medida que se aproximaba la hora de hacerse á la vela, oprimiendo únicamente su alma la sensacion de un júbilo intenso que trataba de moderar. Dijo en voz baja fray Juan Perez al noble D. Luis, que el gozo del almirante solo podia compararse justamente al éxtasis apacible de un alma cristiana próxima á despedirse de este valle de penas y trabajos para entrar en la fruicion desconocida aunque cierta de la bienaventuranza inmortal.

Sin embargo, esta disposicion de ánimo de cuantos existian estaba muy léjos de ser la de todos los moradores de Palos. Verificóse el embarque durante la tarde del 2 de agosto; siendo la intencion de los pilotos navegar los bajeles aquel dia hasta una punta á la altura de la ciudad de Huelva, posicion más favorable para darse á la mar, que la en que permanecian anclados en frente de Palos. Aunque poca la distancia, era el principio de un viaje, y para muchos este corto movimiento equivalia á cortar las amarras de la vida. Colon mismo se embarcó de los últimos, pues tenia que despachar pliegos á la córte y evacuar otros deberes importantes. Al fin salió del convento, y acompañado de Luis y del guardian, se encaminó tambien hácia las playas. Este pequeño tránsito se hizo en mudo silencio, pues cada uno de los tres se hallaba sumergido en pensamientos profundos. Hasta entónces nunca habia parecido la empresa tan peligrosa é incierta al buen franciscano. Caminaba Colon revistando en sus mientes los diversos detalles de la expedicion, mientras D. Luis pensaba en la doncella de Castilla, nombre que habia puesto el mancebo á su Mercedes, y en los muchos y aburridos dias que era preciso transcurriesen ántes que pudiera verla otra vez.

Paráronse en la playa para aguardar que llegase el bote y en un sitio apartado de las casas del pueblo. Allí fray Juan Perez se despidió de sus dos amigos. El largo silencio que todos habian conservado era más solemne que lo hubiera sido cualquier discurso ordinario; pero ahora fué indispensable interrumpirlo. Conmovido el prior, no le fué posible durante un largo rato confiar sus palabras á la lengua.

—Señor Colon, prorumpió el sacerdote al fin, há muchos años que os presentásteis en la portería de nuestra Madre y Señora de la Rábida... para mí han sido breves, efecto de vuestra sincera y tierna amistad.

—Ya han pasado siete, fray Juan Perez, contestó el navegante, siete cansados años han sido para mí en calidad de pretendiente, otros tantos de satisfaccion, padre mio, en cuanto á vos respeta. No penseis que podrá jamás olvidárseme la hora en que, conduciendo á mi hijo Diego, pobre, errante, sin hogar ni recursos, caminando á pié, me detuve á vuestras santas puertas á fin de implorar un poco de pan y agua, poniendo á tributo la caridad de vuestro convento. El porvenir está en las manos de Dios; lo pasado, empero, queda grabado aquí, poniéndose la mano en el corazon, y jamás puede olvidarse. Habeis sido mi constante amigo, venerando guardian; y eso tambien en una

época en que á nadie hacia favor el declararse patrono de un genovés oscuro. Si algun dia los hombres llegaren á variar de opinion respecto á mí...

—Ah, señor almirante, ya han variado á estas horas, interrumpió el prior con gravedad. ¿No teneis los despachos de la reina? ¿No contaís con el patrocinio de don Fernando? ¿No lleváis por compañero á este noble mancebo, aunque de incógnito todavía? ¿No os siguen los buenos deseos de todos los hombres ilustrados? ¿No os lanzáis, por último, á este grandioso viaje, llevándoos nuestros recelos y esperanzas?

—En cuanto á vos, apreciable fray Juan Perez, puede ser verdad. Cónstame que llevo todos vuestros mejores deseos á favor de mi aventura; y tambien conozco que tendré parte de vuestras preces. Pocos, sin embargo, quedarán en España que piensen en Colon, con esperanza ó respeto, mientras andamos errantes por el gran desierto del Océano, á no ser unos cuantos, cuyo número es asaz reducido. Mucho me temo que hasta en este mismo instante, cuando los medios de averiguar la certidumbre de nuestras teorías se hallan en ejecucion, cuando nos hallamos, como quien dice, en los umbrales mismos del arco triunfal que va á introducirnos en las Indias, poquísimos son los que creen en las probabilidades del éxito.

—Teneis de vuestra parte á doña Isabel, señor.

—Y á doña Mercedes tambien, añadió D. Luis; prescindiendo de mi tia, que tan sincera como decididamente os apoya.

—Señores, solo pido unos cuantos meses, dijo Colon, con la frente alzada al cielo y la cabeza descubierta, mientras sus canosos cabellos flotaban á impulso de la brisa y brillaba en sus ojos la luz del entusiasmo... unos pocos meses que solo parecerán un instante para el hombre feliz, y que hasta al desgraciado soportables parecer pueden, pero para nosotros tendrán la similitud de siglos, van ahora á decidir la cuestion. Padre guardian, más de una vez he dejado las riberas de la mar convencido de que llevaba mi vida en un hilo, conociendo todos los peligros del Océano y con esperanza igual de encontrar la muerte como un próspero regreso; pero, en este glorioso instante no me asedian dudas; y respecto á mi vida, cónstame que se halla en la santa guarda de Dios, mientras mis esperanzas de buen éxito reposan en la sabiduría del Altísimo.

—Sentimientos consoladores son esos en hora tan solemne, ilustre almirante, y espero devotamente que las resultas los justifiquen. Pero ahí viene el bote, y preciso es que nos despidamos. Bien sabeis, señor, ó más bien hijo mio, que mi espíritu os seguirá mientras esteis empeñado en esta empresa.

—Santo guardian, acordaos de mí en vuestras oraciones. Débil soy, y mucho necesito de vuestro sosten, y confío en la eficacia de vuestra intercesion, robustecida con las preces de vuestros piadosos hermanos. ¿Nos concederéis algunas misas?

—No dudeis de nosotros, amigo: cuanto la Rábida pueda influir con la Virgen bendita ó con sus santos, se pondrá por obra incesantemente á favor vuestro. No es dado al hombre prever los sucesos que la Providencia dirige, y aun

cuando juzgamos tan certero este designio que ideado habeis, puede no obstante salir fallido.

—No fallará, señor; hasta aquí lo ha dirigido Dios, y no permitirá que se frustre.

—No lo sabemos, Colon; nuestra sabiduría no pasa de ser un átomo entre las arenas de la ribera, cuando se compara con sus inescrutables designios. Vivid seguro, empero, que como es posible volviérais chasqueado y abatido, siempre hallaréis abiertas de par en par las puertas de Santa María; pues que á nuestros ojos igual mérito tiene el que intenta una noble empresa, como en el concepto de otros el que la lleva á cabo prósperamente.

—Ya os entiendo, santo prior; y el vaso y el plato que dispensasteis á mi Dieguito, no fuéron para mí ménos gratos que esta prueba de vuestra amistad. No quisiera partir sin vuestra bendicion.

—Arrodillaos pues, señor almirante; porque en este acto no va á hablaros Juan Perez de Marchena, sino un ministro de Dios y de su santa Iglesia.

Tanto los ojos de Colon como los del guardian se arrasaron en lágrimas, pues en aquel instante sus corazones se hallaban conmovidos por los sentimientos naturales en ocasion tan solemne. El primero amaba al último porque habia probado que era amigo suyo, cuando los amigos eran tan escasos y estaban tan recelosos; y el digno padre profesaba al navegante aquella especie de cariño que tienen los hombres por quienes se ha favorecido. Cada cual respetaba y tenia en aprecio los motivos del otro, existiendo un vínculo de union en su reverencia por la religion de Cristo. Arrodillóse Colon en la playa, y recibió la bendicion de su amigo con el humilde acatamiento de la fe y con sensaciones de reverencia parecidas á las de un hijo piadoso que escucha las bendiciones que le prodiga su padre.

—Y á vos, mancebo, prosiguió fray Juan Perez con voz ahogada, tampoco os puede perjudicar la bendicion de un anciano sacerdote.

Semejante á la mayor parte de los hombres de aquella época, D. Luis, en medio de sus sentimientos impetuosos y de sus propensiones juveniles, tenia atesorada en su corazon la imágen del hijo de Dios y conservaba el mayor respeto por las cosas sagradas. Púsose de hinojos sin demora, y prestó oído á las trémulas palabras del eclesiástico con humildad y reconocimiento.

—Quedad con Dios, santo guardian, dijo el navegante, apretándole la mano. Habeisme amparado cuando otros me han abandonado; mas confio en el Altísimo, que no está muy lejano el dia en que los que en mis predicciones confiaran dejen de ruborizarse á la mencion de mi nombre. Olvidaos de nosotros en todo, excepto en vuestras preces, durante unos cuantos meses, y aguardad luego unas nuevas que tanto enaltecerán á Castilla, que esta conquista de Granada solo será mero incidente de interés efímero entre las glorias del reinado de Fernando é Isabel.

No dijo esto Colon en tono jactancioso, sino con el plácido convencimiento de un hombre que descubria una verdad oculta á la vista de los otros; y veíala con intensidad tan clara, que el efecto de su vision moral dió margen á una confianza semejante en un todo á la que produce una evidencia en los

sentidos de los hombres ordinarios. Comprendióle el prior, y la aseguanza así trasmitida alentó el ánimo del digno franciscano mucho despues de haberse apartado de su amigo. Con un largo abrazo se despidieron.

A este tiempo esperaba en la orilla el bote de Colon. Al dirigirse hácia él con pasos lentos el ilustre navegante, pasó corriendo una jóven desatentada, y sin hacer caso de su presencia, ni de la de D. Luis, abrazó con desesperacion á un marinero que acababa de saltar de la lancha para salirle al encuentro. Despues de haber permanecido sobre su seno algunos instantes en agonía indescribible, y llorando cual acostumbran las mujeres en los primeros trasportes de sus emociones,

—Vente pues, Pepe mio, dijo por fin la esposa, con acentos apresurados y sumiso afán, cual se expresaria quien intentase persuadirse que era imposible negarse á tal súplica. Vente, Pepe mio; tu hijo ha llorado mucho por tí, y ya has llevado el asunto más allá de todo aguante.

—No, Mónica, no; contestó el marido, mirando de soslayo á Colon, quien ahora se hallaba bastante cerca para oír estas palabras; bien sabes que no es por mi deseo que me hallo alistado en este viaje desconocido. Con mil amores lo abandonaria, pero las órdenes de la reina son demasiado severas para un pobre marinero como yo, y obedecerlas es preciso.

—Esas son tonteras, Pepe, repuso la mujer tirando de su marido por la almilla á fin de apartarle de la orilla. Bastante mal rato me has dado ya; vente, pues, á mirar de nuevo á tu hijo.

—No ves que el almirante está cerca, Mónica; y estamos faltándole al respeto debido.

La deferencia habitual que tributaban los humildes á los poderosos en aquella época, hizo que la mujer interrumpiese sus instancias. Miró á Colon con aire suplicante, y tornáronse elocuentísimos sus bellos ojos negros, animados con los tiernos sentimientos de esposa y madre miéntras dirigía la palabra al navegante.

—Señor, dijo con ansiedad la cuitada ¿es verdad que ya no necesitais á mi Pepe? El pobre ha ayudado á llevar á Huelva vuestras naves, y ahora su mujer y su hijo le llaman de vuelta á casa.

Conmóvió á Colon el desconuelo de aquella mujer, cuyos sentidos manifestaban en cierto grado el desconcierto que suele padecer la razon en casos de pena excesiva, y contestóle en términos ménos ásperos que en momentos tan críticos se hubiera hallado quizás dispuesto á emplear respecto á cualquiera que mostrase síntomas de desobediencia.

—A tu marido se le honra en habérsele elegido por compañero nuestro en este gran viaje; en vez de llorar su destino, te conducirias mejor como esposa de un marinero valiente si te regocijases de su buena fortuna.

—No le creas, Pepe mio; pues habla inspirado por el maligno á fin de conducirte á tu perdicion. Ha proferido blasfemia y desmentido la palabra de Dios; al asegurar que la tierra es redonda, y que se puede navegar hácia Levante, dirigiendo el rumbo á Poniente, á fin de arruinarte á tí y á otros, alucinándoos para que le sigais.

—¿Y por qué habría yo de hacer eso, buena mujer? preguntóle el almirante. ¿Qué iba á ganar con la perdición de vuestro marido ó con la ruina de alguno de sus camaradas?

—No lo sé... ni tampoco me importa... Pepe es todo para mí, y él no irá con vos á este loco y malvado viaje. Ningun bien puede resultar de una expedición que se empieza por desmentir las verdades del Altísimo.

—¿Y qué desgracia particular recelas en este viaje más que en otro ninguno, que así te ases de tu esposo y te permites semejantes discursos para con quien tiene para lo que hace autorizacion de sus altezas? Bien sabias que era marinero cuando te casaste con él, y sin embargo quisieras impedir que tu marido sirviese á la reina, cual le obligan su ejercicio y deber.

—Vaya en buen hora contra el moro, el portugués ó la gente de *Inglaterra*, pero no viaje en el servicio de Satanás. ¿A qué decirnos que la tierra es redonda, señor, cuando nuestros ojos nos aseguran que es plana? ¿Y si es redonda, cómo habrá de volver jamás una nave que por su declive vaya descendiendo día tras día? La mar no corre hácia arriba, ni tampoco una carabela puede trepar por una catarata. Y luego que durante meses enteros hayais corrido un largo en el interminable Océano, ¿de qué modo podréis vos y los que os acompañan descubrir nunca el rumbo que debeis tomar á fin de tornar al punto de vuestra salida? Oh, señor, Palos es una villa muy pequeña, y tan luego como se pierda de vista en tal confusion, ¿quién da con ella otra vez?

—Aunque todo esto aparezca necio y frívolo, observó Colon, volviéndose con sosiego hácia Luis, es cabalmente lo que he estado sujeto á oír de boca de los hombres instruidos durante los últimos diez y seis años. Cuando las tinieblas de la ignorancia ofuscan el ánimo, evocan los pensamientos mil razones más huera y baladies que los fenómenos de la naturaleza que parecen tan vanos al espíritu obcecado de tal suerte. Probaré el efecto de la religion sobre esta mujer, y convertiremos sus sentimientos actuales acerca de ese punto, de enemigos que eran, en fieles aliados.

—Mónica, prosiguió el almirante llamándola familiarmente y con cariño por su nombre ¿eres cristiana?

—¡Virgen purísima! señor almirante; ¿y qué otra cosa pudiera yo ser? ¿Creeis que Pepe se hubiera casado con una muchacha moruna?

—Escúchame, pues, y sabe que te portas de un modo nada parecido al de los fieles. No es el moro el único infiel que existe en la tierra, la cual gime bajo el peso de las infidelidades y de los pecados. No son más numerosas las arenas de estas playas que el número de incrédulos en el solo reino de Catay; pues hasta ahora ha señalado Dios una parte muy reducida del orbe á los que tienen fe en la mediacion de su Hijo. Hasta el sepulcro del Salvador se encuentra todavía bajo el poder de los infieles.

—Ya he oído hablar de eso, señor; y mil lástimas da que tan poca sea la fe entre aquellos que votado han obediencia á la ley de Dios, para que mal tan grave no haya encontrado remedio.

—¿No te han dicho tambien que tal por algun tiempo ha de ser el destino

del mundo? esa luz, empero, resplandecerá luego que la Palabra se pronuncie y resuene cual trompeta en los oídos de los infieles y cuando la tierra misma constituya un vasto templo, símbolo de alabanzas á Dios, del amor á su nombre, y de la obediencia á sus voluntades.

—Señor, los santos padres de la Rábida y los curas de nuestra parroquia nos consuelan á menudo con tales esperanzas.

—¿Y nada has visto recientemente para alentar esas esperanzas, para hacerte creer que Dios se acuerda de su pueblo y que la luz comienza ahora á alborear entre las tinieblas que á la España ofuscan?

—Pepe mio, imposible que su excelencia no aluda al último milagro que se operó en el convento, donde dicen que lágrimas verdaderas cayeron de los ojos de la Virgen María, mientras estaba contemplando al niño recostado en sus brazos.

—No quiero decir eso, interrumpió Colon algo secamente, al mismo tiempo que se santiguaba; no me refiero á esa maravilla, que puede dudarse en tanto carezca del apoyo de la autoridad eclesiástica. ¿No puede tu fe ni tu celo sugerirte que mis palabras tuvieron por objeto el triunfo de nuestros dos soberanos, y con el cual se ha hecho tan señaladamente visible á los incrédulos el poder de Dios para engrandecimiento de la religion santa?

—Habla de la expulsion del moro, Pepe mio, exclamó la mujer mirando á su marido con deleitadas ojos; de ese suceso que ha tenido lugar poco há, segun cuentan, quedando vencida la ciudad de Granada; en cuyos muros, he oido decir, ha entrado triunfante doña Isabel.

—En esa conquista estás viendo el principio de las grandes hazañas de nuestros dias. Granada tiene ya sus iglesias, y la distante tierra de Catay no tardará en seguir su ejemplo. Tales son las obras del Señor, mujer sencilla, y al retraer á tu marido de esta grande empresa, le impides el galardón que el cielo tiene ofrecido, y sin saberlo puedes ser el instrumento que atraiga una anatema en vez de una bendicion sobre ese mismo niño, cuya imágen ahora ocupa tus pensamientos más que la de su Hacedor sacrosanto y Redentor divino.

Quedó estupefacta la mujer mirando primero al navegante y luego á su esposo, despues de lo cual, humillando la cabeza sobre el seno, se santiguó con devocion. Recobrándose en breve de su amilanamiento, tornó á volverse á Colon, y le preguntó con ahinco:

—¿Y vos, señor, os dais á la vela con el deseo y la esperanza de servir al Altísimo?

—Tal es mi objeto, buena mujer. Llamo al cielo mismo por testigo de la verdad que profiero; así prospere mi viaje, en proporcion de la veracidad de mis dichos.

—¿Y vos tambien, señor, prosiguió ella dirigiendo la palabra á D. Luis con presteza igual, es para servir á Dios que emprendéis este inusitado viaje?

—Si no precisamente en obediencia á los mandatos de Dios mismo, honrada jóven, es á lo ménos porque me lo ordena un ángel.

—¿Y crees que es así, Pepe mio? ¿Por qué pues nos han engañado y se ha dicho tanto y con tanta injusticia del almirante y de sus razones?

—¿Y qué se ha dicho? preguntó con calma el genovés. Habla con franqueza, no temas me disguste.

—Señor, tenéis vuestros enemigos, como otro hombre cualquiera; y las esposas, y las madres y las novias de Palos, no han andado remisas en dar suelta á sus sentimientos. En primer lugar dicen que sois pobre.

—Es tan cierto y palpable, buena mujer, que sería ocioso empeñarse en negarlo ¿mas es la pobreza un delito en Palos?

—Poco se respeta á los pobres, señor, en esta comarca. Ignoro el motivo, pues á mis ojos son lo mismo que los demás; pero lo cierto es que pocos nos miran con aprecio. Luego dicen, señor, que no sois castellano sino genovés.

—También es verdad; ¿y es ese un crimen entre los marinos de Moguer, quienes deben estimar á un pueblo tan célebre por sus hazañas en la mar como el de la soberbia república?

—Nada sé de eso, señor; pero muchos juzgan que es un baldon no pertenecer á España y más particularmente á Castilla, que es patria de la misma doña Isabel, ¿y en verdad, cómo puede juzgarse tan honorífico ser genovés como español? Yo preferiría que mi Pepe se diese á la vela á las órdenes de un español; y mejor cien veces, de un piloto de Palos ó de Moguer.

—Tu argumento es ingenioso cuando no concluyente, repuso Colon sonriéndose, única manifestacion exterior que descubria sus sentimientos interiores: mas ¿no puede servir á Dios un hombre porque sea pobre y genovés?

—¿Quién lo duda, señor? y yo tengo mejor concepto de este viaje desde que sé vuestros motivos, y desde que os he conocido y conversado con vos. Mas siempre es duro sacrificio para una esposa permitir que vaya su marido á una expedicion tan desacreditada... y ese, padre de su único hijo.

—Aquí tenéis á un mozo noble, hijo único tambien, amante fino, impetuoso en sus deseos, rico, colmado de riquezas y dueño de sus acciones y voluntades, quien no solo se embarca en mi compañía, sino que lo verifica con el beneplácito... mejor dijera, por orden expresa de su amartelada.

—¿Y es verdad eso, señor? preguntó la mujer con anhelo.

—¡Es tan cierto, buena mujer, que mis más halagüeñas esperanzas dependen del viaje presente! ¿no os dije que me embarcaba por mandato de un ángel?

—¡Estos señoritos tienen la lengua tan melosa! Pero, señor almirante, pues tal es vuestro título, añaden además, que solo para vos este viaje puede acarrear honores y riquezas, mientras que á vuestros seguidores producirá miseria y muerte. De pobre y desconocido os torna un elevado oficial de la reina, y no falta quien piense que las galeras venecianas llegarían á puerto algo aligeradas de sus cargamentos si aconteciera topaseis con ellas por el camino.

—¿Y todo eso qué perjuicio puede traer á tu esposo? Yo voy adonde él va, participo de sus riesgos, y en su compañía expongo mi vida al lado de la suya. Si se ganase oro de resultas de esta aventura, no quedará olvidado en el reparto; y dado caso que nos alleguemos al cielo en virtud de nuestros peligros y trabajos, tu Pepe no saldrá mal librado. Cuando se nos emplace á dar la última y estrecha cuenta, buena mujer, á nadie se le preguntará si fué en este mundo genovés ó descamisado.

—Verdad es, señor, y sin embargo, cosa dura es arrancar á una esposa de los brazos de su marido. ¿De veras, Pepe, quieres embarcarte con el señor almirante Colon?

—Un bledo me importa, Mónica mía; se me ordena que obedezca á la reina, y nosotros hombres de mar, no tenemos derecho á discutir la justicia de sus mandatos. Ahora que he oido hablar á su excelencia sobre este asunto me pesa mucho ménos que ántes.

—Si ha de servirse á Dios en este viaje, prosiguió la mujer, no debes hacerle más rebacio, esposo mio, que otro cualquiera. Señor ¿dais licencia para que mi Pepe pase la noche con su familia, so convenio de que por la mañana se presente á bordo de la *Santa Maria*?

—¿Y qué fianza tengo yo para asegurarme de que se cumplirá esta condicion?

—Señor almirante, somos cristianos mi Pepe y yo, y servimos á un mismo Dios, quien igualmente nos redimió á todos.

—Razon teneis, y en ella confio. Pepe, puedes quedarte en tierra hasta el alba de mañana; espero encontrarte en tu puesto. No faltará gente para remar.

Miróle la mujer expresando su gratitud, y creyó Colon que leía en ella la prenda de su buena fe en su noble y altivo ademán español. Como ocurriesen algunos quehaceres en la lancha para desatracar de la arena, paseáronse un rato por la playa el almirante y D. Luis en familiar coloquio.

—Es una muestra de las preocupaciones que he tenido que superar y sufrir á fin de obtener los cortos recursos para llevar á cabo los designios bondadosos de la Providencia, dijo Colon tristemente, aunque sin acrimonia. ¿Es un crimen ser pobre? ¿haber nacido genovés? ¿ser inferior á los que se consideran nuestros jueces y señores? Vendrá día, condesito de Llera, cuando Génova no se avergonzará de haber sido cuna de Christóforo Colombo y cuando vuestra misma altiva Castilla participaria con mil amores de tal deshonor. Poco sabeis, noble doncel, cuanto teneis adelantado en la senda de la fama con haber nacido de cuna ilustre y hallaros poseedor de haciendas cuantiosas. Aquí me veis, avanzado en años, con la cabeza encanecida por culpa del tiempo y de los trabajos, y sin embargo solo me encuentro en los umbrales de una empresa que va á colocarme entre los varones que á Dios han servido y hecho algun bien á sus semejantes.

—¿No es ese el curso comun de las cosas en la tierra? ¿Los que se hallan colocados debajo de sus merecimientos no bregan por alzarse hasta la condicion para que los creara Dios, miéntras aquellos á quienes la suerte ha favorecido por su cuna se contentan frecuentemente con los honores que por su propia mano no consiguieran? Solo veo en esto la índole del hombre y el uso del mundo.

—Teneis razon, Luis; pero la filosofía y los hechos son cosas muy distintas. Dado nos es raciocinar tranquilamente sobre los principios cuando su aplicacion en la práctica nos causa mucha pena. Poseeis un pecho franco y varonil, noble doncel; ni temeis el escarnio del cristiano, ni la lanza del agareno; y os veo pronto á retar á cualquiera sin temor y con verdad. Siendo castellano

vos mismo, ¿creeis tambien que un paisano vuestro sea de mejor condicion que uno que naciera en la república veneciana?

—No si fuese el tal genovés D. Cristóbal Colon mi almirante, y el castellano Luis de Bobadilla, contestó riéndose el mancebo.

—No hay que andarse en negativas; ¿teneis alguna nocion semejante á la que acaba de manifestar con tanta franqueza la mujer de Pepe?

—¿Qué pretendeis, D. Cristóbal? Lo mismo son los españoles que los italianos é ingleses. ¿No es su mayor defecto juzgar bien de sí mismos y mal de sus prójimos?

—Una pregunta lisa y llana, que llana y lisamente se hace, Luis, no ha de responderse con una verdad de Pero Grullo.

—Ni tampoco ha de confundirse una réplica cortés y franca, con un efugio. Nosotros los de Castilla somos humildes y rancieros cristianos, y por la misma razon nos creemos intachables, y á los demás hombres unos pecadores de marca mayor. ¡Por Santiago de bendita memoria! basta, para hacer orgulloso á un pueblo, el haber dado nacimiento á una reina como doña Isabel y á una noble vírgen cual Mercedes de Valverde.

—Esa es doble lealtad, pues con un mismo aliento sois fiel á vuestra reina y á vuestra señora. Con eso he de satisfacerme por fuerza si bien nada contestais á mi pregunta. Mas aunque no soy castellano, ni los Guzmanes mismos se han atrevido á emprender el viaje á Catay, todavía la casa de Trastamara puede alegrarse de reconocer que uno de Génova les ha prestado tan relevante servicio. Dios no hace caso de las condiciones mundanas ni de los humanos límites al elegir sus agentes; porque la mayor parte de sus santos fuéron pobres hebreos. Verémos, noble doncel, lo que el espacio de tres meses haya de revelar á la admiracion de los hombres.

—Señor almirante, espero y ruego á Dios sea la isla de Cipango y las regiones del gran Khan: en caso contrario hombres somos, no solo para sobre llevar nuestros trabajos, sino para sufrir con paciencia nuestros sinsabores.

—Respecto á sinsabores en esta materia, no espero ninguno, ahora que tengo la regia fe de Isabel y estas buenas naos para mi sosten: la charanga que navega desde Madeira á Lisboa no está más segura de ganar el puerto que lo estoy yo de llegar á Catay.

—No hay duda, señor Colon, que cuanto navegante alguno hacer puede, vos podeis hacerlo. La decepcion, sin embargo, parece ser destino inevitable del hombre, y bueno fuera que todos estuviésemos preparados para sufrirla.

—El sol que está ocultándose ahora tras esa montaña, amigo Luis, no brilla más claro á mis ojos que el derrotero de las Indias; lo he visto durante diez y siete años, tan distinto como ahora vemos esos buques anclados en el rio; más brillante que la estrella polar, y no dudo que tan fiel como ella. Bien está el hablar de decepciones, pues que son hijuela de la especie humana; ¿y quién conocerá esto mejor que uno á quien siempre ha servido de lazarrillo la falsa esperanza durante los años ménos fragosos de su ciega carrera, ora alentado por los príncipes, por los eclesiásticos, por los estadistas;

ora mofado y escarnecido como un visionario sin razones ni hechos en que fundar sus teorías?

—Por san Pedro, mi nuevo santo, señor almirante, que vuestra vida habrá sido harto penosa. Los tres meses venideros seguramente debereis contarlos entre los más importantes de vuestra vida.

—Poco conocéis la calma de la convicción y confianza, replicó el navegante, si imagináis que la menor duda me asedia al allegarse la hora decisiva. Este día es el más dichoso para mí de cuantos alborear he visto durante muchos fatigosos años; pues, aunque nada tienen de grandes los preparativos, y nuestras barcas son de porte insignificante, constituyen los medios á través de los cuales una luz por luengos siglos oculta está próxima á destellar sobre el mundo, y á enaltecer á Castilla á tal altura que descuelle entre las más ensoberbecidas naciones cristianas.

—Debeis sentir, señor Colon, que no haya sido Génova vuestro país natal, el que se halle próximo ahora á recibir tan grandiosa dádiva, por no haberla sabido obtener auxiliándoos en este célebre viaje.

—No ha sido ese el menor de mis pesares, hijo Luis. Duro es abandonar la patria en busca de relaciones nuevas, cuando la vida toca ya á su término; aunque nosotros los hombres de mar sentimos esto mucho ménos tal vez que los que nunca dejan la tierra firme. Pero Génova nada quiso conmigo: y si el hijo está obligado á profesar cariño y respeto á su padre, así á estos incumbe el deber de dispensar proteccion y auxilios. Cuando el tronco olvida su obligacion, no ha de vituperarse al vástago si busca nutrimento y sosten donde quiera que lo halle. Todos los deberes humanos tienen sus límites; solo aquellos que adendamos á Dios nunca cesan de requerir el cumplimiento debido y la atencion incesante. Génova ha sido para mí una madrastra; y aunque nada me induciria á alzar mi mano contra ella, ya no tiene derecho á mis servicios. Además, cuando el objeto de nuestras miras es la gloria de Dios, importa poco con cual de sus criaturas para verificarlo nos coliguemos, á fin de buscar instrumentos adecuados. No es fácil que un hombre llegue á odiar el país de su cuna; pero las injusticias pueden hacer que deje de amarle. Mútuo es el vínculo, y luego que la patria cesa de proteger la persona y la reputacion, la propiedad ó los derechos, el ciudadano se emancipa de todas sus obligaciones. Si la adhesion está ligada con el patrocinio, también el patrocinio está ligado con la adhesion. Doña Isabel es ahora mi ama, y despues de Dios á ella serviré, y tan solo á ella. En adelante no reconoceré por patria sino á Castilla.

En este momento se avisó que el esquife estaba listo, y los dos aventureros se embarcaron inmediatamente.

Preciso es que necesitase Colon todas las convicciones fijas y profundas de un temperamento exaltado para inducirle á regocijarse de que por fin hubiese conseguido los medios de satisfacer sus anhelos, si se considera con des- preocupacion el importe de semejantes arbitrios. Ya se han mencionado los nombres de sus naves, la *Santa Maria*, la *Pinta*, y la *Niña*, y aludido á su tamaño y construccion. No estará demás que ilustremos al lector, á fin de que

forme sus opiniones acerca del carácter de este gran designio, dando un ligero bosquejo de las naves, en especial de aquella donde ahora se embarcó Cristóbal Colon acompañado de Luis de Bobadilla. Era esta, como ya hemos insinuado, la *Santa María*, buque casi de doble porte que los que en tamaño le siguieran. Este bajel se había preparado con mayor esmero que los demás, pues se había tenido presente la dignidad y las comodidades del jefe que á su bordo iba. No solo tenía cubierta, sino que se alzaba sobre su popa un alcázar, dentro del cual estaba la cámara del almirante. Respecto á la figura de la *Santa María* no se han conservado nociones exactas ni tampoco pueden aducirse de la de los buques del presente tiempo, que son chatos, simétricos, y artísticamente envergados; pues aunque la *Santa María* tuviese alcázar y castillo de proa, cual hoy se usan, no estaban contruidos con el desembarazo que los modernos. A la popa ó alcázar se le daba el nombre de castillo, por tener con este alguna caprichosa semejanza, mientras á proa se alzaba un tinglado que servia de guarida á la chusma, de tan vastas dimensiones, que estribaba sobre los bordes del buque cual si fuese una estructura separada, ocupando una tercera parte de la cubierta desde el palo mayor. Para los que no han visto las embarcaciones usadas en Europa há un siglo, no será fácil comprender de que modo unos buques tan pequeños podian descollar tanto sobre el agua, sin riesgo; pero esta dificultad puede explicarse, porque en la memoria de algunos vivientes han existido naves muy viejas que conservaban muchas de las peculiaridades de esta construccion, algunas de las cuales hemos examinado. La comba de estos barcos comenzaba en las fajas ó poco más arriba, y pandeaba hácia los extremos, de tal suerte que reducía su anchura hácia la popa hasta casi una cuarta parte, cuando no algo más. En virtud de estas precauciones su elevacion fuera del agua era ménos peligrosa de lo que pudiera haber sido; y como siempre eran barcos cortos, con la ventaja de hacerles levantar fácilmente la cabeza, y bajos de cintura además, podrian considerarse seguros en los mares más bien que lo inverso. Por ser muy cortos tenían tambien mucha anchura en la bodega; lo que si no era un elemento de ligereza, lo sería indudablemente de seguridad. Aunque solian llamarse navios aquellos bajeles, sus aparejos no eran cual hoy se usan, pues sus arboladuras fijas descollaban mucho más que las modernas, al paso que los mástiles movibles eran ménos numerosos y de menor importancia que los que en nuestros tiempos vemos erguirse hasta las nubes en forma de agujas delgadas. Tampoco tenía un navío el mismo número de palos en el siglo décimoquinto que le pertenecen en el décimonono. El término mismo, cual se usaba en todos los países meridionales de Europa, derivándose directamente del vocablo latino *navis*, se aplicaba más bien como voz genérica, que distintiva, y por título ninguno daba á entender una construccion particular, ó determinada arboladura. La carabela era un navío en este sentido de la expresion, aunque tal vez no lo fuese, si estrictamente examinamos la clasificacion más minuciosa de los marinos que la tripulaban.

Mucho ha sorprendido á los inteligentes, y con sobrada justicia, el hecho de que dos de los buques destinados á aquella extraordinaria expedicion ca-

reciesen de cubiertas. En aquellos tiempos, cuando la mayor parte de los viajes de mar se hacian en direccion paralela á las costas principales, y cuando aun los que se extendian hasta las islas, eran de corta duracion, rara vez se aventuraban los bajeles á separarse mucho de la tierra; siendo costumbre entre la gente de mar, y práctica que ha llegado hasta nuestros dias en los mares meridionales de Europa, meterse en puerto al ver amagos de temporal. En circunstancias semejantes, no eran muy esenciales las cubiertas, ni para la seguridad de la embarcacion, ni para el resguardo del cargamento ó abrigo de la marinería, como sucede cuando ha de arrostrarse la furia de los elementos. Sin embargo, no debe suponer el lector que aquellas naves estuviesen completamente sin techumbre á causa de que no se las clasificase entre las que tenian cubiertas: esas carabelas mismas, cuando servian en alta mar, se hallaban provistas de alcázares y castillos de proa con sus crujías de comunicacion, á que guarecian lonas embreadas ú otros arbitrios de resguardo, á fin de proteger de las rociadas los cargamentos.

A pesar de todas estas explicaciones deberá concederse que los preparativos para la grandiosa empresa de Colon, al paso que la fantasía de las gentes de tierra exagere su insuficiencia, se ocurren al experto navegante como igualmente incompletos, tanto respecto á su magnitud como á sus riesgos. No es probable que tan defectuosas las juzgaran los marineros de aquella época, pues que unos hombres tan avezados al Océano, como lo estaban los Pinzones, no hubieran aventurado voluntariamente sus buques, su dinero y sus personas, en una expedicion que no poseyese los ordinarios medios de seguridad.

CAPÍTULO XIV.

Del mar azul sobre las gayas olas
 Cual ellas libre el pensamiento vaga
 Y léjos hasta do la brisa corre
 Y se encrespa la espuma, extensa el alma
 Cual la escena que en torno se engrandece
 Allí mira su imperio, allí su casa

LORD BYRON.

Como se retirase Colon á su cámara á poco de haber subido á la cubierta de la *Santa Maria*, no tuvo proporcion Luis de hablarle durante aquella noche. Verdad es que se alojaba en la misma estancia, como le daba derecho su fingido destino de secretario del almirante; pero el gran navegador estaba

demasiado absorto en los deberes que tenia que desempeñar ántes de darse á la vela, para que se le interrumpiese; así pues, paseóse nuestro aventurero en el estrecho recinto de la cubierta hasta cerca de la media noche, pensando, como de costumbre, en Mercedes, y en su regreso; entónces, cuando bajó á la cámara para descansar halló á Colon durmiendo profundamente.

El día despues fué viérnes; y es digno de notarse que el viaje más grandioso y feliz de cuantos se han emprendido en el globo, se empezó en un día de la semana que desde tiempos remotos ha tenido la gente de mar por tan aciago en las empresas náuticas, que con frecuencia han diferido hacerse á la vela en él, para evitar sus desconocidas aunque receladas consecuencias (1). Luis fué uno de los primeros que se presentó sobre cubierta, y alzando los ojos, notó que el almirante estaba ya en pié y en posesion del encumbrado castillo de popa, cuyos estrechos límites se tenían por lugar de privilegio consagrado á los usos de la categoria de distincion, correspondiente al entarimado del alcázar moderno.

El espacio que ocupaba este sitio de preferencia á bordo de la *Santa Maria* pudiera medir algunos quince piés en una direccion, y algo ménos en la contraria, constituyendo una adecuada vistilla, mas bien por su retiro y exclusion que por sus dimensiones.

Luego que el almirante ó D. Cristóbal, cual ahora le titulaban los españoles, desde su nombramiento para aquel rango, que le dispensaba los derechos y consideraciones de un noble, luego que don Cristóbal advirtió la llegada de Luis, hizo seña al mancebo para que subiese y se colocase á su lado. Aunque la expedicion era tan insignificante en número y en fuerza, pues no igualaba al poder de un moderno bergantin de guerra, la autoridad de la soberana, la gravedad y el aspecto del mismo Colon, y sobre todo, su propio objeto tan misterioso como desconocido, le habia rodeado de cierta dignidad muy desproporcionada á sus recursos. Acostumbrado á domeñar las pasiones de hombres turbulentos, y conociendo la gran importancia de impresionar á sus seguidores con la idea de su alto destino y su influencia respecto á la córte, habiase retirado Colon de toda familiaridad con sus subordinados, entendiéndose con ellos por conducto de los Pinzones y de los demás comandantes, á fin de no perder parte alguna de aquel respeto que pudiera ser favorable á sus designios. No era necesaria su experiencia para darle á conócer que á unos hombres apiñados en tan estrecho espacio, solo podia contenérseles en sus posiciones sociales en virtud de la observancia más rígida de la disciplina, de las formas y del decoro; y al efecto habia observado una atencion debida á estos grandes requisitos, al prescribir el modo con que hubiese de prestarse el servicio á su persona, y sostenerse su dignidad personal. Este tambien es uno de los grandes secretos de la disciplina naval, pues á los que

(1) Aquí el autor se ha equivocado respecto al día tenido por aciago entre la gente supersticiosa de España. Dice nuestro adagio: *En mártes ni se cases ni te embarques*. Si el día de la salida hubiera sido mártes en lugar de viérnes, difícil habria sido en aquel tiempo y bajo tales circunstancias conseguir que se diesen á la vela los marineros de Palos.

son incapaces de raciocinio, puede traérseles á que sientan, y ningun hombre se halla dispuesto á menospreciar á quien ha sabido atrincherarse con los usos de la deferencia y de la reserva. Todos los dias estamos viendo lo que puede el influjo de un título ó de un nombramiento para con los turbulentos que están sometidos á su autoridad, cuando pudieran resistirse á ese mismo mando legal, si proviniera de una fuente ménos elevada en apariencia.

—Habreis de manteneros conmigo á mi persona, seor Gutierre, dijo el almirante, valiéndose del nombre fingido que D. Luis aparentaba ocultar bajo el de Pedro de Muñoz, pues sabia que en un bajel no falta nunca quien escuche, y queria que el mancebo pasase por un caballero de la servidumbre del rey. Este es nuestro puesto, y aquí hemos de pasar muchas horas, hasta que Dios en su sapiente Providencia nos haya abierto el camino de Catay y llevádonos cerca del trono del gran khan. Aquí está nuestro rumbo para atravesar este Océano desconocido.

Hablando de esta suerte, Colon señalaba á un mapa extendido sobre una caja de municiones, y con el dedo tranquilamente trazaba en el pergamino la línea que se proponia seguir. Hallábanse definidas en el mapa, con sus contornos generales, las costas de Europa, con tanta exactitud como lo permitian los conocimientos geográficos de la época, y una extension de tierras que se prolongaba hácia el Sur hasta las playas de Guinea; lo que existia más allá era *terra incógnita* para el mundo científico en aquellos tiempos. Las islas Canarias y las Azores descubiertas hacia algunos siglos, ocupaban sus sitios exactos, miéntras ceñia la extremidad occidental del Atlántico una delineacion caprichosa de la costa oriental de la India ó de Catay, á la que servia de orla la isla de Cipango ó Japon, y un archipiélago, representado principalmente en conformidad á los relatos de Marco Polo y de su digno deudo. Por feliz equivocacion, hallábase colocada Cipango en una longitud que correspondia próximamente con la de Washington, ó algunas dos mil millas al Este de la posicion que ocupa en realidad. Este error de Colon respecto á la extension de la circunferencia del globo, debió haber impedido muy probablemente que su osada empresa llegase á tener un fin desastroso.

Luis por primera vez examinó el mapa, movido con curiosidad, y sintiendo nacer en su pecho el noble deseo de resolver aquel problema grandioso, al contemplar con una sola mirada todos sus vastos resultados, como los interesantes fenómenos naturales que dependian de su buen éxito.

—¡Por san Gennaro di Nápoli! exclamó el noble, única afectacion que tenia D. Luis de invocar á los santos de las diversas comarcas que habia recorrido, sirviéndose de votos y exclamaciones; modo sumario de dar á entender á los que le oian hasta donde se extendieran sus viajes, al mismo tiempo que una parte de los adelantos que su educacion habia recibido de ellos;—por san Gennaro, señor D. Cristóbal, que esta travesía será en extremo meritoria, si conseguimos trazar nuestro rumbo al través de esta vastísima zona de agua, y mucho más si logramos retornar.

—Esta dificultad es la que en este momento se presenta con mayor fuerza á la imaginacion de cuantos montan este navío. ¿No reparais, Luis, los tris-

tes y abatidos semblantes de los marineros, y no oís los lamentos que resueñan en la playa?

Esta observacion hizo alzar al mancebo los ojos de la carta y reconocer la escena que tenia al rededor. La *Niña*, que era en efecto una ligerísima faluca, habia zarpado ya, y se deslizaba junto á ellos á impulso de su vela latina, que se hinchaba en el trinquete; hormigueaba en sus costados multitud de botes llenos por la mayor parte de mujeres y niños, quienes juntando las manos en la agonía de la desesperacion, lanzaban los ayes más lastimeros. La *Pinta* estaba levando el ancla, y aunque la autoridad de Martin Alonso Pinzon tuviese el efecto de hacer su pesar ménos clamoroso, una turba semejante rodeaba sus bordas, miéntras en torno de la *Santa María* misma otra infinidad de botes surcaba las aguas, aunque sin osar acercarse á la nave por respeto al rango y autoridad del almirante. Era claro que el mayor número de cuantos se quedaban en tierra tenia creído que por última vez veia alejarse á sus amigos y deudos de aquellas playas, miéntras no pocos de los navegantes mismos juzgaban hallarse próximos á dejar para siempre las costas de España.

—¿Habeis buscado á Pepe esta mañana entre la tripulacion? preguntó el almirante, pues por la primera vez en aquella mañana se le ocurría el incidente del mozo marineró. Si faltara á su palabra pudiéramos considerarlo como un mal agüero y vigilar de cerca á sus camaradas, miéntras haya probabilidad de escapatoria.

—Si su ausencia, señor, fuera un agüero aciago, su presencia deberá recibirse como próspero. El noble mozo está allá arriba sobre nuestras cabezas alojando las velas.

Alzó la vista Colon, y allá en verdad estaba el marino abrazado á la delgada extremidad de la entena, que aun entónces llevaban las naves en su mástil de popa, columpiándose en el aire miéntras desataba los tomadores que retenian la lona en sus dobleces. De cuando en cuando miraba hácia abajo, anheloso de descubrir si habia sido notado su regreso, y una ó dos veces, sus manos, tan ágiles por lo comun, se habian demorado miéntras el marineró dirigia la vista hácia el timon de la nave, cual si algo tambien llamase su interés por aquel lado. Hizo el almirante una cariñosa seña al complacido grumete, quien al instante dejó caer la vela, miéntras su jefe acompañado de D. Luis se dirigió al coronamiento para averiguar si habia alguna lancha arimada al bajel. Allí, en verdad, y apegado á la popa se veia un esquife, remado solamente por Mónica, á quien habian permitido acercarse tanto, en consideracion á su sexo. Al instante que la esposa de Pepe advirtió la presencia del almirante, levantóse del banco y juntó las manos, mirándole con anhelo, cual si desease hablarle, pero tuviera miedo de hacerlo. Notando que á la pobre mujer causaban cortedad el bullicio, la turba de personas y la presencia de la embarcacion, que casi podia tocar con las manos, dirigióle la palabra Colon. Hablóle con blandura, miéntras sus miradas, por lo comun tan graves y severas, suavizaba una expresion de bondad que nunca hasta allí notara D. Luis.

—Veo que tu marido ha sido fiel á su promesa, buena mujer, djíjole, y no dudo le hayas dicho que es más prudente y varonil servir á la reina, que echarse encima el borron de prófugo.

—Sí, señor, hécholo he. Endono mi esposo á doña Isabel, sin murmurar, ya que no con alegría, ahora que me consta vais á partir en servicio de Dios. Conozco la perversidad de mi repugnancia, y rezaré para que él sea primero en todas ocasiones, hasta que los oídos del infiel queden abiertos á las palabras de la fe verdadera.

—Habeis hablado cual esposa española y mujer cristiana. Nuestras vidas están en las manos de la Providencia, y no dudeis de que en salud torparéis á reuniros con Pepe, despues que haya visitado á Catay y tenido su parte en el descubrimiento.

—¡Ah, señor...! ¿y cuándo? exclamó la jóven, incapaz á despecho de su forzado espíritu, de reprimir los impulsos de su sexo.

—Cuando Dios lo permita, honrada mujer. ¿Y cuál es vuestro nombre?

—Mónica me llamo, señor almirante, y mi marido es Pepe; y al pobrecito niño huérfano que deja en estas playas se le puso Juan en la pila. No corre por nuestras venas sangre de moros, sino que somos españoles rancios, y ruego á vuestra excelencia se acuerde de esto en las ocasiones que requerir pudieren una obligacion más peligrosa que de ordinario.

—Confia en que miraré por el padre de Juan, contestó el almirante sonriéndose, aunque una lágrima brillara en sus ojos. Yo tambien dejo en tierra á los que me son más caros que mis propias entrañas, y entre otros á un hijo, huérfano de madre. Si algun grave accidente sucediese á nuestro bajel, mi Diego quedaria desvalido, mientras que tu Juan disfrutara á lo ménos del cuidado y afecto de aquella que le trajo al mundo.

—¡Mil perdones, señor! dijo la mujer, conmovida sobremanera con la sensacion que en la voz del almirante se traslucia. Somos egoistas, y nos olvidamos que los demás tienen sus penas, cuando las nuestras propias nos punzan tan á lo vivo. Id en buen hora, y á nombre de Dios, para cumplir su santa voluntad; llevaos á mi esposo en vuestra guarda: solo siento que mi Juanito no sea ya hombre para acompañaros tambien.

No pudo Mónica hablar más; pero sacudiendo de sus ojos las lágrimas, volvió á empuñar los remos, y apartó lentamente el esquife, cual si aquella máquina inanimada sintiese la repugnancia de las manos que hácia la playa la impelian. El corto diálogo que acabamos de mencionar se habia proferido en voz tan recia, que se enteraron de él cuantos se hallaban inmediatos á los collocutores, y cuando Colon volvió al bote las espaldas, notó que muchos de los marineros estaban pendientes de las jarcias ó caballeros sobre las vergas, escuchando ansiosos cuanto hablado se habia. En aquel preciso instante retiróse del fondo tenaz el áncora de la *Santa Maria*, y la proa de la nao comenzó á sesgar en direccion á la brisa. A poco oyóse el zapateo de la grande vela mayor que llevaban los buques de aquel porte, y cinco minutos despues las tres embarcaciones dejábanse caer con lentitud, mas con serenidad, por la corriente del Odiel, en uno de los brazos de cuyo rio habian permanecido

ancladas, haciendo rumbo hácia una barra sita en la proximidad de su embocadura. Aun no se habia levantado el sol, ó más bien, no daba luz por hallarse en la forma de un disco de fuego alzándose sobre los montes de España y reflejando un destello sombrío sobre una costa que no pocos de los que iban en la expedición recelaban ver por última vez. Muchos botes seguian cosidos á los costados de los buques menores hasta llegar á la bahía de Saltes una ó dos horas despues, y aun algunos continuaron su compañía hasta comenzar á mecerse en el prolongado oleaje del Océano, cuando al advertir que el viento soplabá frescal á Occidente, separáronse con repugnancia, uno por uno entre gemidos y sollozos. En franquia ya las embarcaciones comenzaron á surcar serenas las azuladas aguas del deslindado Atlántico, semejante á otros tantos seres humanos impelidos silenciosamente por el hado hácia destiños que ni está en sus alcances prever, dominar ni evitar.

El día estaba hermoso, y la ventolina á un tiempo fresca y favorable. Hasta ahí los agüeros eran propicios; mas el desconocido porvenir ofuscaba con sus tinieblas los sentidos de gran parte de los que así dejaban, en hosca incertidumbre, cuanto más caro habia para ellos en la tierra. Sabíase que era intencion del almirante dirigir su rumbo en derechura á las islas Canarias, para desde allí deslindar las veredas ignotas y hasta entónces inexploradas del desierto Océano que más allá se extendia. Los que dudaban tenían aquellas islas como á puntos desde los cuales hubieran de comenzar sus peligros verdaderos, y ya buscaban anhelosos su aparicion en el horizonte, con sensaciones harto parecidas á aquellas con que el hombre culpable mira el día de su juicio, el sentenciado á muerte la mañana de su ejecucion, y el pecaminoso mortal la hora de su muerte. Sin embargo, muchos se sobreponian á esta debilidad, pues que aceraran sus nervios y fortalecieran sus ánimos para cualesquier aventura, aunque casi todos sentian fluctuar sus sentimientos; habia horas en que la esperanza parecia alentar á la tripulacion: y en pos de ellas acorrian instantes en que se inclinaba al vacilamiento, ó era casi general la desconfianza.

Un viaje á las islas Canarias ó á las Azores en aquel siglo se consideraba como una de las proezas más atrevidas por la gente de mar. No era por cierto la distancia tan grande como la de muchas de sus ordinarias excursiones, pues con frecuencia navegaban los buques en la misma direccion hasta las islas de Cabo Verde; pero todas las expediciones de los europeos consistian en viajes costaneros; y en el mar Mediterráneo solazaba al marino la aseguranza de que navegaba por límites conocidos, imaginándose engolfado dentro de los lindes del humano conocimiento. Al contrario, miéntras surcaba con osada quilla el anchuroso Atlántico, creíase en cierto modo colocado en una posicion semejante á la del aereonauta, quien, miéntras se cierne en el aire mira á sus piés la tierra, único lugar de descanso que reservado tiene, solo apeadero que puede llamar suyo, miéntras en torno ve dilatarse hasta lo infinito el vacío azulado del espacio inmedible.

Las islas Canarias eran conocidas de los antiguos. Juba, rey de Mauritania y contemporáneo de César, se dice haberlas descrito con mediana exactitud,

bajo el nombre general de islas Afortunadas. La obra misma se ha perdido, pero el hecho se sabe en virtud de la evidencia de otros escritores; y por igual conducto se nos dice que poseian aquellas, hasta en aquel siglo remoto, una poblacion que habia hecho progresos muy respetables en civilizacion y cultura. Pero corriendo el tiempo, y mientras el período tenebroso que empañó la brillantez del dominio romano, hasta la situacion de estas islas fué perdida para los europeos; ni tornó á averiguarse hasta la primera mitad del siglo décimocuarto, cuando volvieron á descubrirlas algunos españoles, que fugitivos se sustraían de la persecucion encarnizada de los moros. Después los portugueses á la sazón los navegantes más emprendedores del mundo conocido, tomaron posesion de una ó dos de ellas, é hicieron allí su punto de partida para sus viajes de descubrimiento á lo largo de la costa de Guinea. Luego que los españoles, cercenando el poderío de los musulmanes, volvieron á conquistar en la Peninsula su antiguo dominio, dirigieron otra vez sus miras hácia aquella direccion domeniando á los naturales de varias de las otras islas; y el grupo total de ellas pertenecia igualmente á esas dos naciones cristianas al tiempo de nuestra narracion.

Luis de Bobadilla, que habia hecho dilatados viajes en los mares más al Norte, y atravesado y vuelto á atravesar el Mediterráneo en direcciones diversas, solo conocia estas islas por oídas; y mientras los dos amigos se hallaban sobre el alcázar, indicó Colon al noble conde de Llera la posicion de las islas expresadas y explicóle sus varias peculiaridades, refiriendo las intenciones que tenia respecto á ellas, enumerando los recursos que proporcionaban é insinuando sus ventajas como puertos de procedencia.

—Muchas ventajas han proporcionado á los portugueses estas islas, dijo el gran navegante, como puntos de abasto para víveres, leña y agua; y no veo por que razon Castilla no ha de imitar su ejemplo, y disputar su parte de semejantes beneficios. Bien veis cuan léjos al Sur han penetrado nuestros vecinos, y que comercio y cuantas riquezas afluyen á Lisboa, en virtud de esas nobles empresas, que solo son un cubo de agua en el Océano, si se comparan con las riquezas de Catay y todas las inmensas consecuencias que habrán de seguirse de este viaje á Occidente.

—¿Y esperais llegar á los territorios del gran khan, señor D. Cristóbal, preguntó Luis, atravesando tan pequeña distancia como la que los portugueses han franqueado hácia el Mediodía?

Miró cauteloso en torno el navegante, para cerciorarse de si habia quien sus palabras escuchara; pero hallando que nadie estaba al alcance de su voz mientras tomaba las medidas necesarias para asegurar el sigilo, bajó el tono de sus acentos, y contestó de un modo que lisonjeaba á su juvenil interlocutor, pues sus palabras probaban que era su objeto dispensarle la franqueza y confianza de un amigo.

—Bien os consta, D. Luis, prosiguió el navegante, la naturaleza de los hombres con quienes tenemos que habérnoslas. Ni aun podré estar seguro de sus servicios mientras estemos próximos á la costa de Europa; pues que nada hay más fácil que una de esas embarcaciones nos abandone durante la no-

che y busque puerto en costa conocida, procurando su justificacion en alguna supuesta necesidad.

—No creo que Martin Alonso sea capaz de accion tan ignoble é indigna, interpuso D. Luis.

—No lo es, amigo, por una causa tan deshonrosa como el miedo, contestó Colon con cierta pensativa sonrisa, la que manifestaba la sagacidad con que habia penetrado la índole de sus compañeros. Martin Alonso es un navegador atrevido é inteligente, y podemos esperar de sus manos relevantes servicios tocante á hechos de resolucion y perseverancia. Pero los ojos de los Pinzones no siempre han de estar abiertos, ni los conocimientos de los filósofos del mundo pudieran resistirse contra la desenfrenada impetuosidad de una turba de hombres á quienes el miedo hiciera amotinarse. No me atrevo á responder de nuestra propia gente, miéntras les queda esperanza de regreso; y ménos confianza me inspira la chusma que no se halla directamente bajo mis propios ojos é inmediato mando. La pregunta que acabais de hacerme, Luis, no puede contestarse en público, pues que la distancia que atravesar tenemos pudiera amedrentar á nuestros alarmados marinos. Sois un hidalgo, un caballero de valor conocido y en quien se puede confiar; y deciros me es lícito, sin temor de dar nacimiento á ninguna sensacion indigna, que este viaje no tiene precedente en la tierra, tanto á causa de la largura del camino cuanto por lo solitario de sus veredas.

—Y sin embargo, señor, echais el pecho al agua, con la confianza de un hombre que seguro estuviere de alcanzar el puerto deseado.

—Luis, bien habeis juzgado de mis sentimientos. Respecto á esos temores ordinarios de bajadas y subidas, de las dificultades del regreso y del ridículo miedo de que llegemos hasta el márgen del mundo, desde donde caigamos de cabeza en el espacio, ni vos ni yo creo que estamos sujetos á ellos, de manera ninguna.

—¡Por Santiago! D. Cristóbal, mis nociones acerca de esos asuntos no están desenmarañadas del todo. No he visto ni oido hasta ahora que nadie se haya resbalado desde la tierra á los aires de Dios; verdad es que no supongo ser probable que nos acontezca á nosotros ni á nuestras buenas naos; mas por otra parte, hasta ahora, solo tenemos doctrinas para probarnos que la tierra sea redonda, ni que pueda ser posible encaminarse á Levante, con dirigir la proa á Occidente. Sobre estas materias declárome desde luego neutral; al mismo tiempo que os digo, que si se os viniera á las mientes hacer rumbo para la luna, siempre hallariais á vuestro lado á Luis de Bobadilla.

—Os haceis ménos experto en las ciencias de lo que es verdad ó necesario, noble calavera; pero nada más hablaremos de esto por ahora. Suficiente lugar habrá para familiarizaros con mis raciocinios y convicciones. ¿Y no es este, D. Luis, un espectáculo verdaderamente celestial? Aquí me teneis en el anchuroso Océano, llevando conmigo la alta decoracion de virey y almirante que sus altezas me han dispensado mandando una escuadra á la que nuestros dos soberanos autorizan para muestra de su poderío hasta las regiones más lejanas del mundo, y especialmente á fin de ensalzar la cruz de

nuestro Redentor bendito á los ojos de los infieles, quienes nunca ántes han oído su nombre, ó si oído le han, reveréncianlo á la manera que un prosélito de Cristo diera acatamiento á los ídolos paganos.

Profirióse esto con el sereno entusiasmo propio del carácter entero del gran navegador, haciéndole á veces objeto de desconfianza ó respeto profundo. El efecto, sin embargo, que en Luis produjeron sus palabras, como acontecia respecto á la mayor parte de aquellos que vivian en la suficiente familiaridad con el hombre para ponerles á cabo de apreciar sus motivos, siempre era favorable para Colon, y probablemente lo hubiera sido en todo caso, aun cuando no existiera doña Mercedes. No dejaba de tener el mancebo por su parte cierta exaltacion, y como ha sucedido siempre respecto á los hombres generosos y sencillos, sabia bien en que luz habrian de contemplarse los impulsos de aquellos, á quienes semejantes influencias calificaban. Esta respuesta estaba por consiguiente en concordancia con los sentimientos del almirante, y los dos amigos permanecieron sobre el alcázar durante algunas horas hablando del porvenir con el ardor de quienes lo esperaban todo, aunque fué su diálogo difuso y general para que pudiera ser referido.

Serian las ocho de la mañana cuando los bajeles pasaron la barra de Saltes; y muy entrado se halló el dia ántes que los navegadores perdiesen de vista las eminencias familiares, que en torno de Palos descollaban, así como tambien las demás bien conocidas atalayas de la costa. El rumbo se dirigia al Sur, y como las embarcaciones de aquel tiempo eran escasas de mástiles y por tanto daban al viento poquísima lona, si se considera con referencia á la navegacion de hoy dia, la proporcion de camino que lograban hacer era más corta, y estaba léjos de prometer un pronto término á un viaje que conocian todos habria de ser dilatado sin ejemplo, y que muchos recelaban seria indefinido. Dos leguas marítimas, ó tres millas inglesas por hora, era buen caminar para un bajel en aquellos dias, aun cuando tuviese en su favor el viento; habiendo anotado el mismo Colon en el célebre diario de aquella navegacion dias que llegaron á ciento y sesenta millas en las veinte y cuatro horas, cuya marcha cita como maravillosa prueba de ligera andadura, propia para dejar satisfecho al marino más estirado. En nuestros dias de locomocion y trajin, apenas sería necesario insinuar al inteligente lector, que ese camino es poco ménos de la mitad del que recorrería un buque velero en idénticas circunstancias.

Así púsose el sol por primera vez á los ojos de los aventureros, despues de haber navegado á favor de una recia ventolina, para servirnos de las mismas palabras que usa Colon en su memoria, durante once horas desde su salida de la barra. Hasta entónces habia andado algo ménos de cincuenta millas, con rumbo clavado al Sur. La tierra en las cercanías de Palos se habia hundido ya tras la márgen acuosa del Océano en aquella direccion; y la costa, extendiéndose á Oriente, solo dejaba ver acá y allá, á los más expertos marinos, las nebulosas cumbres de algunas montañas del reino de Sevilla al sumergirse el rojo disco del sol en el horizonte occidental. En aquel instante hallábanse otra vez en el alcázar Colon y Luis, contemplando con melancólico interés las úl-

timas sombras que se desprendían de las tierras de España, mientras estaban cerca de ellos dos marineros ocupados en empalmar un cabo que había faltado con el roce de un botón. Hallábanse estos sentados en la cubierta; mas como se habían apartado algún tanto por respeto al almirante, ni este ni su compañero advirtieron su presencia al principio.

—Ahí se hundió el sol bajo las ondas del anchuroso Atlántico, señor Guiterrez, observó el caudillo, quien siempre se valía cauteloso de uno de los nombres supuestos de D. Luis, cuando recelaba estuviese cerca alguna otra persona. Ya nos abandona el sol; y en su diurna carrera veo una prueba inequívoca de la forma globular de nuestra tierra y de lo infalible de una teoría que nos demuestra que la región de Catay puede alcanzarse en vogando á Occidente.

—Siempre estoy dispuesto á admitir la sabiduría de vuestros planes, esperanzas y pensamientos, señor D. Cristóbal, contestó el mancebo, puntilloso observador de las reglas del respeto, tanto en sus modales como en su habla; sin embargo, confieso que no puedo comprender lo que el curso del sol tenga de comun con la situación de Catay, ni con el camino que allá conduce. Bien sabemos que este astro grandioso recorre los cielos, que sale del mar por las mañanas, y se retira al mismo por la noche; pero esto lo verifica tanto en las costas de Castilla como en las de Catay, y por consiguiente no alcanzo lo que pueda aducirse en pró ni en contra de nuestra tentativa.

Mientras se decía esto, dejaron de trabajar los dos marineros y fijaron los ojos con curiosidad en el semblante de Colon. En virtud del movimiento, reparó Luis que uno de ellos era Pepe, y haciéndole una demostración de que le conocía, pasó la vista á su compañero, quien era totalmente desconocido. Este tenía el aspecto de un curtidísimo hombre de mar, conocidos en todas partes con la denominación de *perro marino*, cuyo término expresa la idea de un hombre tan identificado con los mares por la fuerza de la costumbre, que se reflejaba en su exterior, sus pensamientos, su lenguaje y hasta en su moralidad. Este marinero rayaba en los cincuenta años; su estatura era mediana, atlética y todavía muy activa, si bien se traslucía aquella mezcla del ser animal é intelectual en sus toscas y groseras facciones, que con tanta frecuencia se halla esculpida en los rostros de los hombres dotados de socarronería natural y de entendimiento claro y vigoroso, cuando sus hábitos han sido sensuales. Que era un marinero sobresaliente lo conoció Colon á la primera mirada, no solo en su aspecto, sino por la ocupación á que se adonaba, la cual pertenecía á aquel ramo de faenas que solo se confían á los hombres más diestros en cualquiera tripulación.

—Este es mi modo de raciocinar, respondió el almirante, luego que apartó la vista de aquellos dos hombres, á quienes también había dispensado una rápida ojeada: el sol no se ha hecho para dar vuelta á la tierra sin suficiente causa, pues que la providencia de Dios está regida por su sabiduría infinita. No es probable que un lumínar tan generoso fuese destinado á derramar sus beneficios en donde hubiese de desperdiciarlos, y estamos ciertos ya de que tanto de día como de noche camina sobre la tierra, del Oriente á Occidente

hasta la distancia que conocida nos es; de donde infiero que el sistema es armonioso, y que los beneficios del almo astro se dispensan al hombre incesantemente, repartiéndose por todos los puntos de la tierra en que habitamos. El sol, que acaba de desaparecer respecto á nosotros, está visible todavía en las Azores, y se hará visible otra vez para Esmirna y las islas griegas, una hora ó dos ántes que torne á deslumbrar nuestros ojos. Nada ha creado la naturaleza sin objeto; y creo que á Catay iluminará el disco que acaba de ponerse para nosotros miéntras nos hallamos en la hora más profunda de la noche, á fin de volver por la carrera oriental á través del extenso continente de Asia, con el objeto de sonreirse á nuestra vista cuando venga la mañana. En resumen, amigo Pero, lo que Febo hace ahora en los cielos con tanta premura, lo imitamos nosotros más humildemente con nuestras carabelas; concédasenos el tiempo suficiente, y tambien recorreremos el mundo, regresando de nuestro viaje por la region de los tártaros y persas.

—De lo cual inferis que el mundo es redondo, y en eso hemos de estribar la certidumbre de nuestro buen suceso.

—Es tan cierto, señor de Muñoz, que sentiria mucho pensar que semejante teoría fuese desechada por el último hombre de cuantos con nosotros navegan. Aquí tenemos á dos marinos que han entreoido nuestro coloquio, y les interrogarémós á fin de enterarnos de las opiniones de unos hombres curtidos por las brisas del Océano. ¿Eres tú el esposo de aquella moza con quien conversé ayer tarde en la playa, y tu nombre es Pepe?

—Señor almirante, la memoria de vuestra excelencia me dispensa demasiada honra con no olvidar una cara indigna de que se la note y recuerde.

—Es honrada, amigo mio, y manifiesta un corazon sincero. ¿Podré contar contigo, vengan como viniéren las cosas?

—Su excelencia no solo tiene el derecho de mandarme, como almirante de sus altezas, sino que lleva tambien consigo la buena voluntad de mi Mónica, lo que equivale á haber ganado la de su marido.

—Te doy gracias, honrado Pepe, y contar puedo con tu fidelidad en lo futuro, respondió Colon, volviéndose hácia el otro marinero. Y tú, camarada, tienes aspecto de no asustarte del agua brava. Supongo que tendrás algun nombre.

—Con alguno me conocen, noble almirante, contestó alzando los ojos con la franqueza de un hombre acostumbrado á que se le permitiera dar suelta á sus diebarros; si bien no tiene don ni señor que lo lleve á remolque. Mis camaradas suelen llamarme Sancho, cuando aprieta la prisa, y luego que la cortesía puede más que la premura, añaden el vocablo Mundo; lo que forma el compuesto Sancho Mundo para expresar un hombre tan insignificante y pobre como yo.

—Muy grande es el nombre de Mundo para tan pequeño personaje, dijo el almirante, quien previa la conveniencia de conseguir amigos entre la tripulación, y habia estudiado á los hombres para conocer que miéntras la familiaridad socava el respeto el apeamiento hasta cierto grado tiende á captarse los corazones. Mucho me admira que te atrevas á llevar tan altanero apellido.

—Digo á mis camaradas, señor muy excelente, que Mundo es mi título; y que soy mucho mayor que todos los reyes, el más estirado de los cuales se contenta con tomar sus títulos de una de las partes, cuyo todo me corresponde.

—¿Es el nombre de tus padres ó lo has tomado con el fin de proporcionarte ocasiones de manifestar la agudeza de tu ingenio cuando te pregunten tus superiores?

—Respecto á la buena gente que primero habeis mencionado, señor almirante, dejaremos que contesten por sí mismos, y eso por la buena razon de que ignoro como se llamaban, ó si en realidad tenian nombre alguno. Dícenme que fui hallado, pocas horas despues de nacer, metido debajo de una canasta vieja, junto á la compuerta del dique en la famosa ciudad de...

—No hagas caso del lugar, amigo Sancho, halláronte en un cesto por cuna, hé aquí el primer tomo de tu historia.

—Perdonad, señor excelentísimo; pues no quisiera que esa circunstancia ofreciera márgen en siglos venideros á que se diesen de calabazadas los hombres por averiguar el punto donde nació. Dicen que ninguno de cuantos aquí vamos sabe exactamente adonde nos dirigimos, y será por tanto muy del caso que una ignorancia igual oculte los parajes de donde procedemos. Pero como yo tuviese el mundo delante de mí, diéronme de él en la pila cuanto podía adquirirse en virtud de un nombre.

—¿Has sido marino largo tiempo, Sancho Mundo, ya que te empeñas en que Mundo te se llame?

—Tan largo tiempo, señor, que me mareo y pierdo las ganas de comer siempre que ando por tierra firme. Como me hallaron en la compuerta, no fué difícil meterme dentro del dique, y un día me botaron al agua en una carabela, y víme en esos mares, Dios sabe como. Desde aquel tiempo me he sometido á la suerte, y al llegar á puerto, procuro siempre reembarcarme lo más pronto posible.

—¿Y por qué feliz acaso he obtenido tus servicios en esta gran expedicion, buen Sancho?

—Las autoridades de Moguer me matricularon en ella por orden de la soberana, señor excelentísimo, porque creyeron que este viaje sería más de mi gusto que ningun otro, como es probable que jamás tenga fin.

—¿Te obligaron mal de tu grado á servir en esta nao?

—A mí no, señor almirante, aunque los que aquí me enviaron tal creyeron. Es muy natural que, una vez en su vida, desee el hombre visitar todas sus posesiones, y como me han dicho que hacemos rumbo hácia el otro lado del mundo, no permitia Dios se me hubiese escapado tan buena proporción de visitar aquella parte de mis heredades.

—Tú eres cristiano, Sancho, y desearás ayudarnos á llevar la cruz en aquellas regiones paganas.

—Señor excelentísimo, don almirante, poco le importa á Sancho cual sea el cargamento de la nave, con tal que no haya necesidad de dar mucho á la bomba, y que el gazpacho esté bien hecho. Si no soy un cristiano muy devoto,

la culpa es de los que me hallaron cerca de la compuerta del dique, pues que tanto la iglesia, como la pila de bautismo, están á tiro de piedra de aquel para-je. Me consta que este mi amigo Pepe, es cristiano, señor; porque le ví pocos dias há debajo del manteo del padre cura, ocurrencia que dudo hayan visto en cuanto á mí respeta los hombres más viejos que existen en Moguer. Pero, noble almirante, á todo riesgo tomaré á mi cargo deciros que ni soy judío ni musulman.

—Sancho, manifiestas ser un marinero diestro y atrevido.

—Atento á esas cualidades, señor D. Colon, dejemos que hablen otros. Cuando arrecie el chubasco juzgaréis de la primera por vuestros propios ojos; y luego que la carabela llegue al borde mismo de la tierra, hácia donde piensan algunos que navegamos, entónces habrá ocasion de ver, quien puede y quien no contemplar el abismo con semblante sereno.

—Basta; cuento con Pepe y contigo entre mis más fieles seguidores.

Separóse Colon, y volvió su rostro á recobrar la acostumbrada gravedad y que tanto realce prestaba á su persona, en virtud de la impresion que causaba en cuantos le miraban. Pocos minutos despues, el almirante y su fingido secretario se retiraron á la cámara.

—Mucho me maravilla, Sancho, díjole Pepe, luego que se quedaron solos sobre la cubierta, que te arriesgues á menear la lengua con tanta franqueza, hasta en presencia de un jefe que representa á la reina. ¿No temiste ofender al almirante?

—¡Válgame Dios! ¡cuánto puede con un hombre tener mujer é hijo! ¿No conoces la diferencia que existe entre los que se jactan de abolengo y alcurnia ilustre y los que nada poseen en el mundo sino un nombre asaz cuestionable? El señor almirante, ó es un hombre en extremo grande y elegido por la Providencia para abrir el camino de los desconocidos mares que menciona, ó no pasa de ser un genovés hambriento, que nos lleva ni él mismo sabe adonde, á fin de que pueda comer, beber y dormir con honra y provecho, miéntas nosotros seguimos jadeando sus pisadas, cual asnos pacientes arrastrando la carga que el caballo menosprecia. En un caso es demasiado grande para cuidarse de palabras ociosas; en el otro ¿qué expresiones puede haber sobrado malas que un castellano no le diga?

—¡Ya! tienes mucha aficion á llamarte castellano, á pesar de lo de la compuerta y canasta y de hallarse Moguer en territorio sevillano.

—Escucha, Pepe ¿no es señora nuestra la reina de Castilla? Y los vasallos... los vasallos legitimos y verdaderos, como tú y yo, por ejemplo, ¿no serán dignos de ser paisanos de su soberana? Jamás te echés por tierra, Pepe amigo, pues siempre hallarás al mundo demasiado dispuesto á hacerlo contigo, sin que tú le ayudes para tu propio descrédito. En cuanto á este genovés, será enemigo ó amigo de Sancho, segun vayamos viendo: en el primer caso espero mucho de sus intenciones; en el último, bien puede, te aseguro, andar á caza de su Catay hasta el dia del juicio, que no se hallará más cerca de ella, miéntas pueda yo estorbárselo.

—En verdad, Sancho, que sean acertadas ó no tus palabras referentes á este viaje, discurre con el acierto de un acreditado marinero.

A poco se levantaron los dos hombres, pues habian acabado su tarea, y dejando la cubierta, se confundieron con la tripulacion. Pero Colon no habia marrado su objeto; porque su condescendencia, como tambien sus palabras, produjeran un efecto muy favorable en Sancho Mundo, nombre que efectivamente tenia el marinero; y al granjearse la amistad de un hombre tan agudo y dotado de lengua tan suelta, consiguió el almirante el apoyo de un aliado que por ningun pretexto debia menospreciarse. Semejantes combinaciones, y con el favor de instrumentos tales como este, suelen con frecuencia dar resultados felices; porque posible es, hasta para el descubrimiento de un mundo, que dependa todo de las buenas palabras de cualquiera que sea mucho más insignificante para tener influencia sobre las opiniones que lo era Sancho Mundo.

CAPÍTULO XV.

Mientras que aquí roncando
Las horas vais pasando,
La vil traicion se estriba,
Si el morir es amargo,
Sacudid el letargo
Guardaos! arriba! arriba!

ARIEL.

Como el tiempo continuase propicio, hicieron los tres bajeles buen camino en la direccion de las Canarias: el domingo con especialidad fué tan próspero, que la expedicion anduvo más de ciento y veinte millas en el discurso de veinte y cuatro horas. Favorecales sin mudanza el viento, y el lunes por la mañana del 6 de agosto hallábase Colon departiendo alegremente con Luis y otros dos compañeros de viaje, que estaban cerca de él á popa, cuando notó que la *Pinta* aferraba súbitamente las velas y poníase en facha á toda prisa por no decir con evidente trastorno. Esta maniobra denotaba haber ocurrido algun desavío, y como por buen acaso tuviese la *Santa María* la ventaja del viento, orzó inmediatamente para averiguarlo.

—¿Qué hay, señor Martin Alonso? gritóle el almirante, luego que estuvieron al alcance de la voz. ¿Por qué habeis hecho esa parada?

—Así lo ha querido la fortuna, señor D. Cristóbal; pues se ha hecho pedazos el timon de esta hermosa nave, y nos precisa componerlo ántes de confiarme de nuevo á la ventolina.

Un severo ceño ofuscó el grave semblante del gran navegador, quien, después de ordenar á Martin Alonso tomase las oportunas medidas para reparar la avería, se paseó algunos minutos por la cubierta, notablemente agitado. Advirtiendo que el almirante tomaba tan á pecho este accidente, los demás testigos se bajaron del alcázar, dejando á Colon á solas con el fingido ayuda de cámara del rey D. Fernando.

—Espero, señor, que no es una avería grave, ni que sirva de obstáculo para que prosigamos el viaje, dijo Luis, después de manifestar, en virtud de una pausa, el respeto que sentían para con el almirante cuantos estaban bajo sus órdenes. Me consta que Martin Alonso es un diestro marino, y creeré que los recursos que empleará serán bastantes para que podamos llegar á las Canarias, donde aun daños más considerables hallarian al momento reparacion.

—Decis bien, D. Luis, y justo es que esperemos lo más halagüeño. Pésame que la fuerte marejada nos impida auxiliar á la *Pinta*; pero Martin Alonso es un experto marino, y debemos confiar en sus conocimientos. Sin embargo, mi desazon tiene un motivo más hondo que el de haberse desarmado el tal timon, por muy temible que sea semejante avería para un bajel navegando en alta mar. Bien sabeis que la *Pinta* fué embargada para el servicio de la reina, de resultas de la orden que imponía cierto castigo al pueblo de Palos, cuya habilitacion se lleva á cabo contra la voluntad de sus dueños legítimos. Ahora estos navieros, que se llaman Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, están en la actualidad á su bordo, y mucho sospecho que el accidente haya sido dispuesto por su alevosía. Sus artificios fueron muy perjudiciales para el pronto alistamiento de las carabelas, y ahora, segun sospecho, prosiguen aquí tambien en perjuicio nuestro cuando nos hallamos surcando el Océano anchuroso.

—Por el vasallaje con que me corresponde acatar á doña Isabel, D. Cristóbal, fácil me sería hallar eficaz y pronto remedio á semejante traicion, si me viese investido con las facultades de castigar. Permitidme salte en el esquiife, y me llegue á la *Pinta*, á fin de hacerles saber á esos señores Rascon y Quintero, que si se les vuelve á desarmar el timon ó á suceder cualquier accidente desfavorable, el primero quedará ahorcado de uno de los penoles de su propia carabela, y el segundo irá de cabeza á la mar, á fin de que reconozca el estado en que se encuentra el casco, amen del timon y de la quilla.

—No podemos ejercer tan alta autoridad sin grave ocasion, y cuando el crimen esté manifiesto. Juzgo que es más del caso buscar otra carabela en las islas Canarias, pues, segun lo insinúa este incidente, no nos veremos libres de las artimañas de los dos navieros mientras tengamos con nosotros su bajel. Expuesto sería botar el esquiife al agua, ó de lo contrario yo mismo acudiera á la *Pinta*; mas siendo así, solo nos queda el consuelo de confiar en Martin Alonso y en su conocida habilidad.

Alentando Colon á la gente de la *Pinta* á fin de que se esforzaran, al cabo de un par de horas surcaban los bajeles otra vez la ruta de las Canarias. No obstante la demora, en el discurso de aquel dia, inclusa la noche, hicieron noventa largas millas. Pero á la mañana siguiente volvió á desarmarse el

desgraciado timon , y como este suceso acarrease una avería más seria , su reparo se hizo aun más difícil. Estos repetidos accidentes causaron gran desazon al almirante , pues los consideró como otros tantos indicios del desafecto de sus secuaces. De resultas , determinó deshacerse de la *Pinta*, toda vez que fuese posible encontrar en las islas otro bajel adecuado.

A la mañana siguiente pusieron las tres embarcaciones á la voz unas de otras , á fin de comparar las observaciones de los navegadores ó pilotos , como entónces se denominaban , y cada uno manifestó su dictámen acerca de la posicion de los bajeles.

No fué el menor de los méritos de Colon haberse llevado á cabo su grandiosa empresa con el imperfecto auxilio de los instrumentos que se usaban entónces. Verdad es que la aguja de marear habia estado de servicio en los buques durante un siglo entero , á corto tirar , aunque sus variaciones , cuyo conocimiento no va en zaga respecto á importancia al instrumento mismo , eran entónces desconocidas de los hombres de mar , quienes rara vez se atrevian á alejarse de tierra lo bastante para advertir estos misterios de la naturaleza , y los cuales seguian confiando todavía tanto en la posicion ordinaria de los cuerpos celestes para averiguar su ruta , como en los resultados más minuciosos del cálculo. Colon , sin embargo , era una excepcion á la regla entre aquella clase poco ilustrada ; pues se hiciera dueño de cuantos conocimientos podian aplicarse á su profesion en aquella época , ó que fuesen precisos para ayudarle á llevar á feliz éxito el noble propósito , el cual parecia ahora absorber su existencia entera.

Cual pudiera esperarse , resultó la comparacion de los diversos cálculos á favor del almirante , pues convenciéronse pronto los pilotos que era él quien solo conocia la verdadera posicion de los bajeles. Este hecho fué probado por la aparicion de las cumbres de las islas Canarias , que poco despues comenzaron á erguirse del Océano , en direccion al Sur-Este , y semejantes á nubes amontonadas en el horizonte. Como los objetos de esta clase se ven á mayor distancia en la mar , especialmente cuando la atmósfera está diáfana , y el viento comenzase á hacerse ligero y variable , las embarcaciones no pudieron llegar á la Gran-Canaria hasta el juéves , 8 de agosto , ó casi una semana despues de haberse dado á la vela desde Palos. Allí tomaron puerto , anclando en el surtidero de costumbre. Inmediatamente procedió Colon á hacer diligencias en busca de otra carabela ; pero no habiendo tenido buen resultado , se dirigió á Gomera , donde creyó que le fuera más fácil conseguir el bajel que tanta falta le hacia. Miéntras en esto se ocupaba el almirante con la *Santa Maria* y la *Niña* , quedóse en puerto Martin Alonso , por serle imposible seguir sus aguas en atencion al estado en que se hallaba la *Pinta*. Pero no habiendo hallado bajel que á su objeto conviniese , volvióse Colon á la Gran-Canaria , y despues de reparar la *Pinta* , cuya carabela habia sido calafateada con evidente negligencia , entre los demás subterfugios que ocurrieran á sus dueños á fin de inutilizarla para el servicio , dióse á la mar con rumbo á Gomera , punto destinado para la partida.

Durante estas travesías un profundo descontento comenzó á notarse cada

dia con creciente aumento, entre la mayor parte de la chusma, al paso que no todos los hombres de mar, que pertenecian á una clase más distinguida, se hallaban enteramente libres de las aprensiones respecto al porvenir. Mientras pasaba desde la Gran-Canaria á Gomera con todos los bajeles, estaba cierta noche el almirante sobre el alcázar en compañía de Luis y demás compañeros, cuando llamó su atencion un coloquio que tenia lugar entre un grupo de hombres que se habian reunido cerca del palo mayor, y como corriese poco viento, las voces se oian á mayor distancia de lo que sospechaban ellos mismos.

—Te digo, Pepe, argüia el más vocinglero y exaltado de los disputantes, que las tinieblas de la noche no son más oscuras que lo es la suerte de estas tripulaciones. ¡Mira hácia Poniente y dime lo que ves allí! ¿Quién ha oido nunca hablar de tierra despues que ha dejado las Azores? ¿quién es tan ignorante que no sepa que la Providencia ha ceñido de agua todos los continentes, diseminando el Océano con algunas islas como lugares de reposo para el cansado marinero, extendiendo los anchurosos mares con intencion de reprimir una curiosidad demasiado ansiosa de investigar materias que más bien se asemejan á milagros que á cosas ordinarias de este mundo?

—Todo eso está muy bien, amigo Pero, contestóle Pepe; mas yo sé que mi Mónica piensa que el almirante está enviado por Dios para descubrimientos grandisimos y á propagar el culto divino entre los pueblos paganos.

—Sí: tu Mónica deberia ocupar el solio de doña Isabel, pues tanto sabe y es tan testaruda en todos los asuntos, ora sean referentes á sus obligaciones femeniles, ora sean las tuyas propias. Ella es la que viste las calzas más atacadas en tu casa, Pepe, como es público y notorio en Moguer; y no falta quien diga que ella desearia gobernar á todo el pueblo como te gobierna á tí.

—No tomes en boca á la madre de mi hijo, interrumpió Pepe con enfado; sufrir puedo tus vanas expresiones dirigidas contra mí, pero el que hablare mal de mi Mónica sepa que le escucha un peligroso enemigo.

—Eres muy suelto de lengua, Pero, cuando te ves á cien leguas de la costilla, que tambien vale cuatro quintos más que tú, dijo una voz que al momento Colon y Luis reconocieron era la de Sancho Mundo; y tienes valor de zaherir á Pepe tocante á la pobre Mónica, cuando sabemos todos quien es la que manda en cierta cabaña, donde tú estás más manso que un delfin con el anzuelo en el buche, por muy revoltoso que aquí parecer pretendas. Mas, basta de necedades respecto á mujeres; racionemos acerca de nuestros conocimientos como mareantes, si lo tienes á bien; y en lugar de proponer cuestiones á Pepe, demasiado mozo para tener mucha experiencia, me ofrezco desde luego por contrincante tuyo.

—Corriente: ¿y qué tienes que decir acerca de esa tierra desconocida que se halla al otro lado del grande Océano, donde nunca ha estado hombre alguno, ni es probable que vaya jamás, con buques y tripulaciones como los presentes?

→Lo que tengo que decir es, tonto y deslenguado Pero, que hubo tiempo en que tambien las Canarias eran tierras desconocidas, cuando los marinos

no se atrevían á desembocar por el estrecho, y cuando los portugueses nada sabían de las minas ni de las regiones de Guinea, puntos que yo mismo he visitado y donde tambien se ha visto el noble señor D. Cristóbal, como me consta por el testimonio de mis propios ojos.

—¿Y qué tiene que hacer en Guinea y las minas de los portugueses con este viaje occidental? Todo el mundo sabe que existe una region llamada Africa; ¿y qué extraño es que los navegantes lleguen á un territorio de cuya existencia nadie duda? ¿pero quién es capaz de asegurar que tiene el Océano otros continentes, así como tampoco de que posean los cielos otras tierras?

—Todo eso está muy bien, Pero amigo; observó un circunstante, que habia estado atento á la conversacion, y Sancho tendrá que apurarse los sesos para contestar.

—Difícil sería que lo hiciesen los que menean la lengua como las mujeres, sin saber de lo que hablan, replicó Sancho con la mayor frescura, pero poco importaría á los ojos de D. Fernando ó de doña Isabel. Escúchame, Pero; se me figura que has andado tantas veces el camino entre Moguer y Palos, que te olvidas de que exista una carretera desde Granada á Sevilla. Todas las cosas han de tener su principio, y este viaje es el cimiento de los viajes á Catay. Hemos de hacer rumbo á Occidente en vez de á Oriente, porque es la via más corta, y además porque es la única. Contestadme ahora, camaradas, ¿es posible que una embarcacion, sea cuál fuere su tamaño y porte, pase por encima de los montes y valles de un continente? quiero decir con el auxilio de sus velas.

Todos reconocieron la exactitud del aserto.

—Dirigid pues la vista al mapa del almirante, cuando por las mañanas lo extiende ante sus ojos sobre el alcázar, y veréis que la tierra coge de polo á polo, á uno y otro lado del Atlántico, haciendo por lo tanto imposible toda navegacion que no siga el rumbo que llevamos ahora. La teoría de Pero, por consiguiente, es infundada.

—Tan cierto es eso, Pero, exclamó otro, mientras los demás asentian en silencio, que no te queda más que callar.

Pero, sin embargo, tenia boca, y no tan fácil de cerrarse; y probable es que su respuesta hubiera sido tan aguda y convincente como la de Sancho, si una comun exclamacion de espanto y alarma no hubiese salido en aquel instante de los labios de cuantos le rodeaban. La noche estaba bastante clara para que el Pico de Tenerife se diseñase á alguna distancia, y de pronto de su cumbre comenzaron á brotar llamas, iluminando á intervalos aquella inmensa mole, y dejándola luego en tenebrosa oscuridad y objeto de misterio y de asombro. Muchos de los marineros se arrodillaron y se pusieron á repasar las cuentas de sus rosarios, mientras todos, por comun instinto, hicieron sobre los pechos la señal de la cruz. Alzóse en seguida un murmullo general, y á los pocos momentos, despertándose los que dormian, se mezclaron con sus compañeros, formando otro grupo de espectadores atónitos y asombrados de tan espantoso fenómeno. Convínose al punto que debería llamarse la atencion del almirante hácia aquel extraño suceso, y de consuno eligieron por su orador al célebre Pero.

Hallábanse á lá sazón en el alcázar, como ya hemos dicho, el almirante y su amigo D. Luis, y la inesperada mudanza en el aspecto del Pico, no habia dejado de llamarles la atencion. Demasiado cultos para alarmarse con tal fenómeno, hallábanse vigilando la erupcion de la montaña, cuando Pero, á la cabeza de la chusma, se presentó en el alcázar. Conseguido el silencio, comenzó Pero á manifestar el objeto de su mision con una energía no poco estimulada por el miedo.

—Señor almirante, dijo el orador, hemos venido para suplicar á vuestra excelencia mire las cumbres de la isla de Tenerife, en donde creemos todos que divisamos un solemne aviso contra nuestra pertinacia en surcar el desconocido Atlántico. Tiempo es ya, por cierto, de que los hombres se acuerden de su debilidad y de cuanto deben á la indulgencia de Dios, pues que hasta las montañas vomitan llamas y humo.

—¿Hay aquí alguno que haya navegado en el Mediterráneo ó visto la isla cuyo dominio corresponde á D. Fernando, augusto esposo de la reina nuestra señora? preguntó con serenidad Colon.

—Señor almirante, contestó Sancho con presteza. Yo he tenido esa honra, aunque tan indigno de disfrutarla. Tambien he visitado á Chipre, á Alejandría y hasta á Estambul, residencia del gran turco.

—Pues tambien habrás visto el Etna, otra montaña que siempre arroja esas mismas llamas en una comarca que al parecer debe contemplar la Providencia con extraordinaria bondad, en vez de mirarla ceñuda cual aparentais imaginarios.

En seguida explicó Colon la causa de los volcanes, refiriéndose á los caballeros que le rodeaban para corroborar la exactitud de sus asertos. Dijo á los atemorizados marinos que consideraba aquella erupcion como una simple y natural ocurrencia; ó si pudiera deducirse algun agüero, sería más bien propicio que desfavorable, pues que la Providencia daba á entender que se disponia á disipar las tinieblas de su rumbo con el auxilio de aquellos metéoros. Mezcláronse entre los grupos Luis y los demás oficiales, y ejercieron su elocuencia á fin de calmar la alarma que al principio amenazaba producir malos resultados. Lográronlo por un instante ó por mejor decir triunfaron del todo, en cuanto á los fenómenos del volcan, consiguiéndolo ménos con los argumentos aducidos por los más inteligentes de los oficiales, que en virtud del testimonio de Sancho Mundo, apoyado por el de uno ó dos de su clase, que habian presenciado iguales escenas en otras partes del orbe. Con dificultades de este jaez tuvo que lidiar el gran navegador, aun despues de haber consumido años luengos en solicitudes para alcanzar los mezquinos recursos que por fin se le hubieron otorgado, para llevar á cabo una de las proezas más grandiosas que jamás hayan coronado los designios de los mortales.

Llegaron á Gomera los bajeles el dos de setiembre, y permanecieron algunos dias en aquella isla, con el objeto de habilitarse completamente ántes de despedirse de las últimas moradas del hombre culto y de lo que pudiera considerarse como límite de la tierra conocida. La llegada de una expedicion semejante en un siglo que proporcionaba con tanta mezquindad los medios de

comunicacion, y en el cual los acontecimientos eran por lo comun mensajeros de sí propios, causó gran sensacion entre los habitantes de las diversas islas, visitadas por los aventureros. Recibió Colon grandes honras de ellos, no solo por el puesto á que le elevaran los monarcas, sino en razon á la magnitud y carácter novelesco de su empresa.

Existia una comun creencia en las contiguas islas, incluidas las Azores, las Canarias y Madeira, que hácia el Occidente se encontraba tierra, y sus moradores abrigaban una ilusion muy extraña sobre el particular, de cuya falsia tuvo la buena dicha de convencerse Colon en su segundo viaje á Gomera. Entre las personas más distinguidas que habitaban en aquellas remotas insulas á la sazón, contábase á doña Inés Peraza, madre del conde de la Gomera. Acompañábala un gran séquito de personas, no solo del país, sino de las islas adyacentes, que habian ido á pasar una temporada en su casa con el objeto de recibir honra de la condesa. Esta noble dama obsequió al almirante de un modo adecuado á la alta comision que desempeñaba, y admitió en su sociedad á aquellos aventureros que Colon le señalara como dignos de semejante privilegio. Cual es consiguiente, el supuesto Pedro de Muñoz, ó Pero Gutierrez, como indistintamente se le nombraba, fué contado, así como lo fuéron cuantos por sus circunstancias se juzgaron adecuados para concurrir á tan selecta reunion.

—Mucho me alegro, D. Cristóbal, dijo doña Inés Peraza, cierto dia, de que sus altezas hayan cedido por fin á vuestro deseo, con la mira de resolver este gran problema, no solo para el engrandecimiento de nuestra santa Iglesia, la cual, segun aseguraís, se encuentra tan interesada en vuestro feliz éxito, así como tambien para honra de los dos soberanos, lustre de España y demás consideraciones que con tanta franqueza hemos enumerado en nuestros anteriores discursos, sino en pró de los dignos habitantes de las islas Afortunadas, quienes no solamente tienen muchas tradiciones respecto á la existencia de tierras hácia el ocaso, sino que creen que hácia aquel lado las han visto con frecuencia en el discurso de sus vidas.

—Ya he oido hablar de eso, noble dama, y agradeceria mucho saber una relacion circunstanciada del suceso, oyéndola de los labios de algunos testigos oculares, ahora que estamos aquí, aconsejando acerca de una materia que á tal grado nos interesa á todos.

—Entónces suplicaré á este digno caballero, quien por todos títulos es tan capaz de hacer justicia al asunto, sea nuestro orador y os dé á conocer lo que todos creemos en estas islas, y lo que á tantos de nosotros se nos figura haber visto repetidas veces. Tened la bondad, señor Dama, de informar al almirante acerca de la perspectiva de una tierra que se nos presenta cada año allá á lo léjos del Atlántico.

—Con el mayor gusto, doña Inés, y con más justo motivo, pues que tan bondadosa me lo ordenais, contestó el sugeto á quien la señora condesa se dirigia, el cual se dispuso á referir el cuento con el ahinco que demuestran los aficionados á lo maravilloso cuando se les proporciona ocasion de ocuparse de una pension favorita.

El ilustre almirante habrá oído hablar de la isla de San Brandan, á unas ochenta ó cien leguas al Oeste de la del Hierro, que tantas veces se ha visto, á pesar de que no ha habido navegante, en nuestros dias á lo ménos, que haya podido alcanzarla.

—Sí, señor, con frecuencia he oído hablar de ese fabuloso punto, contestó con gravedad el almirante; pero me perdonareis si os digo que no ha existido tierra que, vista por el mareante, haya estado fuera del alcance de su bajel.

—Eso no, ilustre señor, clamaron interrumpiéndole de consuno una docena de voces anhelosas, entre las cuales sobresalía la de la señora condesa de la Gomera, que se ha visto esa isla podemos atestiguarlo quizás todos los presentes; y que nunca ha sido dable llegar á sus costas es un hecho que puede testimoniar más de un chasqueado piloto.

—Lo que hemos visto, lo conocemos; y lo que con nuestro conocimiento abrazamos, fácil nos es descubrirlo, repuso Colon sin ceder. ¿Díganme en qué meridiano, ó en qué paralelo se encuentra la isla de San Brandan ó San Barandon, y dentro de una semana les traigo pruebas inequívocas de su existencia?

—Bien poco sé acerca de paralelos ni de meridianos, D. Cristóbal, contestó el caballero Dama, pero tengo alguna idea de las cosas visibles. Muchas veces han visto mis ojos la isla en cuestion; y cuidado que el cielo estaba serenisimo, y en ocasiones cuando imposible era equivocarse, respecto á su forma ni á sus dimensiones. Acuérdomme que una vez ví ponerse el sol detrás de una de sus montañas.

—Es una evidencia muy clara que deberia respetar un navegador; y á pesar de eso conceptúo, señor, que cuanto os imagináis haber visto, sea alguna ilusion atmosférica.

—Es imposible... imposible, dijose y repitióse en todos los ángulos de la sala. Centenares de personas han atestiguado anualmente la aparicion de San Brandan, así como tambien su repentina y misteriosa desaparicion.

—En eso mismo, nobles damas y caballeros, consiste el error dentro del cual habeis caído. Estais viendo el Pico todo el año, y el que navegue cien millas al Norte ó al Sur, continuará viéndolo tambien todo el año, excepto los dias en que se lo estorbe la arrumazon de la atmósfera. Las tierras que Dios ha creado estacionarias permanecerán en igual guisa, hasta que, sacudidas por alguna gran convulsion, tengan que obedecer tanto á su providencia como á sus leyes sabias.

—Todo eso puede ser cierto, señor, y no hay duda que lo es; pero no existe regla sin excepcion. No negareis que Dios gobierna el mundo misteriosamente, y que sus fines no son siempre visibles á los mortales. Y si no, ¿por qué ha permitido que el infiel domine tanto tiempo en España? ¿Por qué razon sigue el incrédulo en posesion del Santo Sepulcro? ¿Por qué nuestros soberanos han estado sordos tantos años á vuestros bien fundados motivos y súplicas, para que se os permitiese llevar sus enseñas, sobrepujadas de la cruz bendita, á las regiones de Catay, á donde en este momento van á dirigirse vuestras proas?

¿Quién sabe si esas mismas apariciones de San Brandan se hayan dado como á señales para alentar á los que, á imitacion vuestra, tengan á la mira objetos mayores que los que en busca de sus costas les dirigieran?

Colon era entusiasta; pero su entusiasmo estaba basado en la reverencia que profesaba á los misterios reconocidos de la religion, y no buscaba otra razon en las cosas incomprensibles sino al ejercicio de la infalible sabiduría. Semejante á la mayor parte de los hombres de su época, creia el piloto en los milagros modernos; y su dependencia en la directa y mundana eficacia de las ofertas votivas, préces y penitencias, era cual denotábala el carácter general de aquel siglo, y más particularmente á las preocupaciones propias á su carrera. A pesar de eso, su varonil espíritu desechaba la creencia de prodigios vulgares; y miétras se creia predestinado para llevar á cabo la grandiosa obra que ante sus ojos se desarrollaba no se sentia dispuesto á conceder que aquella isla se manifestara con el objeto de atraer al atrevido marino por aquel derrotero hasta conducirle á las regiones más lejanas de las Indias.

—Que tenga la conviccion de que la Providencia me haya elegido por humilde instrumento de juntar la Europa con el Asia, en virtud de un viaje directo á través de los mares, es muy positivo, contestó gravemente Colon, aunque en sus ojos se traslucía un oculto entusiasmo; pero estoy muy distante de dar suelta á las debilidades de la imaginacion, creyendo de que se valdrá de prodigios y milagros para guiarnos. Es más conforme á la práctica de la sabiduría divina y por cierto mucho más halagüeño para mi amor propio que los medios empleados para la consecucion de nuestro designio sean los que el piloto discreto y el filósofo experimentado pondrian en juego. En primer lugar absorbió mis pensamientos la contemplacion de este asunto; luego ha ilustrado mi razon el competente curso de estudios y de reflexiones, ayudando la ciencia para producir la conviccion necesaria que me impeliese á proceder y habilitase para inducir á otros á fin de que tomasen parte en el designio.

—¿Y todos los que os acompañan, noble almirante, están guiados por iguales motivos? preguntó doña Inés, mirando de soslayo á D. Luis, cuyas gracias varoniles y marcial aspecto habian hallado favor en los ojos de todas las damas de aquella isla. ¿El señor Gutierrez se encuentra tambien movido por el mismo resorte? ¿tambien ha consagrado sus noches al estudio para que la cruz se enarbolase en las regiones del paganismo y se establezcan vínculos de union entre Castilla y Catay?

—El señor Gutierrez es un voluntario; pero justo es que le dejemos interpretar sus propios motivos.

—Entónces apelaremos al caballero para que nos dispense una repuesta. Estas damas tienen un violento deseo de saber las causas que puedan haber impelido á un sugeto que tan seguro estaria de lucir en la córte de doña Isabel y en las guerras morunas, para juntarse á semejante expedicion.

—Las guerras con el moro están concluidas, señora, dijo Luis sonriéndose; y doña Isabel así como todas las damas de su córte, favorecen más al doncel

que con mayor ahinco se presta á servir sus intereses y acrecentar el poderío de Castilla. Poco sé de materias filosóficas, y pretendo todavía ménos á la ciencia de los eclesiásticos; mas se me figura que veo delante de mis ojos á Catay, resplandeciendo como un brillante lucero en el emperio, y en busca de esa desconocida region me entrego en cuerpo y alma.

Muchas exclamaciones salieron del círculo de sus hermosas oyentes; pues era muy fácil que la gallardía mereciese aplauso, cuando iba realizada por las recomendaciones que le prestan las ventajas del buen parecer y la ostentan la mocedad y el favor. Que el piloto genovés, veterano curtido en la mar, tuviese la osadía de poner á riesgo una vida próxima ya á su término, en una temeraria empresa de registrar los misterios del Atlántico, no parecia un acto tan osado; pero muchos descubrian elevadas cualidades en el carácter de un mozo que iba á comenzar su carrera, y que con auspicios tan halagüenos confiaba sus esperanzas á los inciertos azares de tan extraordinario designio. Luis era hombre, y hallábase en el pleno goce de la admiracion que su empresa habia despertado entre tantas beldades, cuando doña Inés, muy intempestivamente por cierto, interpuso su voz para interrumpir la felicidad del mancebo y herir su amor propio.

—Esas expresiones, dijo la condesa, demuestran miras más honoríficas de que las que mis cartas de Sevilla atribuyen á cierto mancebo, perteneciente á una de las casas más esclarecidas de Castilla, cuyos títulos bastarian para instigarle á añadir nuevo lustre á un nombre que por tantos siglos ha sido glorioso en España. Corren rumores de su disposicion yagamunda; de su prurito de correr tierras en una guisa indigna de su linaje, pues no le impulsan el servicio de los soberanos, ni de su patria ni de sí mismo.

—¿Y quién podrá ser ese mozo tan imprudente? preguntó con ansia D. Luis, engreido con la admiracion que acababa de excitar para que pudiese pre-caver la respuesta. A un caballero, de quien así se habla, debería avisársele de lo mal parada que anda su reputacion, á fin de estimulársele al proseguimiento de cosas más acertadas.

—No es su nombre un secreto por cierto desde que la córte habla abiertamente de su singular y desatentada carrera; y se dice que de resultas hasta su amor ha padecido menoscabo. El sugeto á quien me refiero es el hidalgo D. Luis de Bobadilla, conde de Llera.

Dice el adagio, que *quien escucha su mal oye*, y fué ahora la suerte de D. Luis, hacer buena la verdad de este axioma. Sintió subírsele la sangre á las mejillas, y fué menester todo el esfuerzo de la prudencia para impedir que estallase en exclamaciones, las cuales precisamente habrian contenido sus votos correspondientes á la mitad de los santos del calendario, si por buena fortuna no hubiese conseguido refrenar su repentino impulso. Tragándose á toda prisa las palabras que se le agolpaban á la lengua, miró alrededor con aire de reto, cual si buscase el rostro de algun hombre que siquiera osase sonreír de lo que expresar se acababa. Felizmente rodeaban á Colon todos los tertulianos del género masculino, y tomaban parte en una vivísima discusion sobre la probable existencia de la isla de San Brandan; de modo que Luis no encontró una

sonrisa, con la que pudiera reñir justamente, que tuviese para hacerla hostil un pelo de barba. Por buena fortuna tambien, aquellos blandos impulsos, que suelen estimular á las mozas, indujeron á tomar la palabra á una de las hermosas compañeras de doña Inés, é hizo lo de manera que solazó al punto los agitados sentimientos de nuestro fogoso hidalgo.

—Es verdad, señora; dijo la graciosa abogadita, miétras los primeros acenos de su voz fuéron tan dulces que calmaron la tempestad que fermentaba en el corazon del jóven; es verdad, señora; dícese que D. Luis es un andalón y un sugeto cuyos gustos y hábitos son muy faltos de estabilidad; pero tambien se añade que tiene un excelente corazon, que es tan generoso como el rocío del cielo, y que se le cuenta por la mejor lanza de Castilla, así como tambien aseguran que es probable llegue á alcanzar la doncella más hermosa de España.

—En vano, señor de Muñoz, nos predicarán los sacerdotes, en vano nuestros padres nos pondrán cara seria, dijo sonriéndose doña Inés, miétras la gente moza y de buen parecer anteponga el valor y la liberalidad á las virtudes ménos deslumbrantes que nuestra santa religion nos recomienda. El desensillar en el torneo á un caballero ó dos, y el rehacer un escudron desordenado para dar una segunda carga á los infieles, alcanzan más favor á los ojos del mundo que años enteros consumidos en la sobriedad y semanas trascurridas sin descanso en penitencia y oracion.

—¿Y qué sabemos, señora, si el caballero á quien mentais, no tiene tambien sus semanas de mortificacion y sus horas de rezo? contestó Luis, quien por fin habia vuelto á encontrar la voz. Pero bien considerado, paréceme que ese mozo se aprecia poco, y así no extraño que su dama haga tan poco caso de él. ¿Y tambien os confian en la carta, señora, el nombre de la belleza á quien rinde homenaje el tal caballero?

—Sí, señor. Llámase doña María de las Mercedes de Valverde; es deuda cercana de los Guzmanes y de otros distinguidos nobles, y al mismo tiempo una de las doncellas más hermosas que hay en España.

—¡Verdad! exclamó Luis, y una de las más virtuosas y discretas.

—¡Que, señor! ¿será posible que conozcais tan bien á esa dama, para que habléis con esa aseguanza de sus cualidades morales y de sus dotes físicos?

—Su belleza hanla visto mis ojos, y de sus demás perfecciones hablo lo que he oido decir. ¿Pero, vuestro corresponsal, señora, insinua algo respecto al paradero de ese irreflexivo amador?

—Susúrrase que ha vuelto á ausentarse de España, y segun se supone con visible disgusto de los soberanos: pues que se nota que la reina ni aun menciona su nombre. Ignórase la ruta que haya tomado, aunque es probable que ande recorriendo esos mares de Dios, como tiene de costumbre, en busca de aventuras poco dignas entre los puertos del Oriente.

A poco la conversacion tomó un nuevo giro, y pronto despues el almirante y compañeros acudieron á bordo de sus respectivas embarcaciones.

—En verdad, señor D. Cristóbal, dijo Luis al caminar á solas con el gran

navegante hacia la playa, que un hombre nunca sabe cuando está adquiriendo nombradía, y cuando no. Aunque soy un marino de cortísimo mérito, y nada tengo de piloto, encuentro que mis hazañas en el Océano están ya suficientemente esparcidas por el mundo; solo con que vuestra excelencia adquiera la mitad de la fama que disfruto ya á estas horas, tendreis motivo de creer que no olvidará la posteridad vuestro nombre.

—Es un tributo, hijo Luis, que los hombres grandes tienen que pagar por su ensalzamiento, respondió Colon, que todos sus actos se censuran, y que pueden hacer pocas cosas que consigan ocultar de la observacion ó eximir de los comentarios.

—No estaria demás, señor almirante, arrojar de una vez en los plátanos de las balanzas mil calumnias, mentiras y detracciones; pues que todas estas lindezas han de formar precisamente artículos muy considerables en la lista de la censura. No es extraño pues que á un mozalvete no pueda ocurrírsele visitar tierras extrañas con el objeto de acrecentar sus conocimientos y mejorar sus ideas, sin que todas las noveleras de Castilla llenen las cartas que dirigen á sus comadres en las Canarias de párrafos referentes á sus movimientos y deslices. ¡Por los santos mártires del Oriente! ¡Si yo fuera reina de Castilla habia de establecer una ley prohibiendo que se criticasen por escrito los movimientos ajenos, y aun no sé si se me antojara formar otra aun más severa contra toda mujer que escribiese una simple carta!

—En conformidad á cuya ley, señor de Muñoz, jamás tendrais el placer de recibir una epístola escrita por la mano más linda que en Castilla hay.

—Quiero decir cartas que una mujer dirigiese á otra, señor almirante. Ahora, respecto á esas epístolas, como las denominais, que fuesen obra de nuestras nobles damiselas para alentar los corazones y estimular los hechos de los caballeros que las adoran, júzgalas en extremo útiles, y hasta los santos mirarian con ceño al idiota que intentase prohibirlas ó interceptarlas. No, señor, creo que mis romerías me han hecho más liberal que todo eso, elevándome sobre las mezquinas preocupaciones que obcecán al comun de los hombres en las provincias y ciudades, y lejos me encuentro de vedar la correspondencia epistolar entre los amadores, padres é hijos, y ni aun entre los esposos; pero respecto á todo cartapacio enviado de comadre á comadre, con vuestro permiso, lo aborrezco tanto como el padre de los pecados detesta la expedición que ahora emprendemos.

—Y por cierto que no tiene motivos para mirarla con buenos ojos, respondió sonriéndose el almirante; pues que será seguida de la lumbre de la revelacion, y del triunfo de la Cruz... Pero ¿qué quieres de mí, buen amigo, que pareces aguardar á que te hable, con el objeto de deshacerte de alguna grave noticia que pensativo te trae? ¿Tu nombre es Sancho Mundo, si bien me ayuda la memoria?

—Señor D. almirante, vuestra memoria bien os ha servido en esta ocasion, contestó el sugeto á quien Colon se dirigia. Yo soy Sancho Mundo, cual ha dicho vuestra excelencia, aunque á veces me llaman Sancho el de la compuerta del dique. Quisiera deciros dos palabras, respecto á nuestro viaje,

cuando os digneis oírlas, nobilísimo señor, donde no haya presente oído que desmerezca nuestra confianza.

—Puedes hablar con toda franqueza ahora, pues este caballero es mi confidente y secretario.

—No hace falta que yo le diga á un gran piloto, como vuestra excelencia, quien sea el rey de Portugal, ó lo que háyan andado buscando los marinos de Lisboa estos años atrás, porque lo sabeis mejor que yo. Por lo tanto, me contentaré con añadir que están descubriendo todas las tierras desconocidas que pueden, y estorbando que otros en cuanto está en su poder hagan lo mismo.

—D. Juan de Portugal es un príncipe muy ilustrado, buen hombre, y harías bien en respetar su clase y carácter. Es su alteza un soberano muy liberal, y de sus puertos ha enviado muchas expediciones para grandiosos fines.

—Verdad que lo ha hecho, señor, y eso último no es lo que ménos rebulle en sus ideas, contestó Sancho, mirando con socarronería al almirante; lo que dió á conocer que el pobre gaviero reservaba algo más de lo que pretendía descubrir sin que se le lisonjeara algun tanto. Nadie duda de lo dispuesto que se encuentra D. Joao á enviar á los mares toda clase de expediciones.

—Tú tienes alguna noticia, Sancho, que es muy justo sepa yo. Habla con franqueza, y confía en que retribuiré ese servicio hasta donde sus merecimientos alcanzaren.

—Si vuestra excelencia tiene la paciencia de oirme, referirle he toda la historia con minuciosidad, y hecho por hecho, de manera que nada dejaré sin decirle, explicándome con cuanta claridad un corazón desear pudiera ó exigiera un sacerdote en el confesionario.

—Habla, que nadie te interrumpirá. Proporcionado á tu franqueza ha de ser el galardón.

—Bien pues, señor almirante, habeis de saber que hará unos once años hice un viaje desde Palos á Sicilia en una carabela perteneciente á los Pinzones; no á Martin Alonso, que manda ahora la *Pinta*, bajo las órdenes de usencia, sino á un pariente de su difunto padre, quien hizo se construyera un bajel como son los bajeles, y no como estos barcos de nuestros días hechos de prisa, con jarcias podridas, y de malísimo calafateo, para no hablar del estado en que se encuentra el velámen...

—¡Por Dios! buen Sancho, interrumpió impaciente D. Luis, á quien escocian aun las observaciones de la corresponsal de doña Inés. Parece que te olvidas de que la noche se halla á mano, y que el bote está aguardando al señor almirante.

—¿Y cómo me he de olvidar de eso, señor, si estoy viendo al sol tocando con su disco la superficie de las aguas, y cuando pertenezco al bote mismo, del que me he separado para venir á contar al señor almirante lo que tengo que decirle?

—Dejad que el hombre refiera su historia como mejor le plazca, señor Pedro, interpuso Colon. Nada se adelanta con poner á un marino fuera de su rumbo.

—Ni tampoco, señor almirante, con disputar á coces con una mula. Y así, como iba diciendo, hice el viaje á Sicilia, y tuve de camarada á un tal José Gordo, portugués de nacimiento, quien preferia los vinos de España á los miserables calduchos de su propia tierra, por cuya razon navegaba mucho en los barcos españoles. Sin embargo, nunca pude averiguar si en el fondo de su corazon sería José español ó portugués; mas á fe mia, por lo que toca á cristiano, puedo decir sin equivocarme que era de los muy sospechosos.

—Es de esperar que su carácter se haya mejorado á la hora desta; dijo con calma D. Cristóbal. Y como preveo que va á seguirse alguna cosa, corroborada por el testimonio del tal José, me permitirás te diga que un cristiano sospechoso es un testigo algo sospechoso tambien. Díme pues de golpe lo que él comunicado te hubiere, á fin de que pueda juzgar del valor de sus expresiones.

—¿Que vaya cualquiera á dudar ahora que usencia no ha de descubrir á Catay? diré que es un hereje, al ver que habeis adivinado mi secreto sin haberlo oido. Acaba de llegar José dentro de esa faluca que está surta cabe la *Santa Maria*, y sabiendo que nuestra expedicion tenia alistada en ella á un tal Sancho Mundo, vínose á bordo sin demora para ver á su camarada de marras.

—Es tan natural, Sancho amigo, que extraño mucho juzgues que valga la pena de contarlo; pero ya que le tenemos salvo á bordo de la buena carabela, podremos venir, supongo, sin otra demora, al asunto de tu comunicacion.

—¡Y tanto como podremos! así, señor, diré ya sin prefacio que el asunto es concerniente á D. Juan de Portugal, á D. Fernando de Aragon, á doña Isabel de Castilla, á vuestra excelencia, señor almirante, á este señor de Muñoz y á mí mismo.

—Extraña mezclanza de personas, Sancho, dijo riéndose D. Luis, mientras le puso en la mano al marinero un doblon de á ocho: quizás eso te ayude á hacer más breve tu historia de conjuncion tan singular.

—Otro cualquiera con la insinuacion de vuestra merced, terminaria desde luego su relato. Para decir la verdad, se halla ahora José escondido detrás de aquella tapia, y como me dijo que su noticia valia bien un par de doblas, buen chasco va á llevarse cuando sepa que yo he recibido la mitad que me corresponde; mientras la otra que debe tocarle no ha salido aun de la tesorería.

—Esto pues tranquilizará su carcomilla, dijo Colon poniéndole otra moneda de oro semejante en la mano al ladino gaviero, pues observó el almirante por las expresiones de Sancho que efectivamente tenia que comunicarle alguna cosa de mucha importancia. Bien puedes ahora llamar en tu auxilio á José, y aliviarte en derechura de la pesada carga que te oprime tanto.

Hízolo así Sancho Mundo, y un instante despues se habia ya presentado José, recibido su dobla, pesádola con detencion en la palma de la mano, y dado principio á su cuento. En nada parecido al artificioso gaviero, dijo su historia sin pararse, empezándola por donde debia, y dejando de hablar luego que hubo acabado. La sustancia de su comunicacion se reducía á lo si-

gniente: José acababa de llegar de la isla del Hierro y había visto tres carabelas armadas en guerra, llevando el pendon de Portugal en los topes; las cuales cruzaban entre las islas, con ciertas señales que no dejaban la menor duda de que fuese su objeto interceptar la expedición castellana. Como el hombre se refería en corroboración de su aserto á uno ó dos pasajeros que con él habían venido, Colon y Luis se dirigieron al momento en busca de los indicados testigos á fin de oír su relación atento á la materia. Comprobóse por el resultado que nada había referido el marinero que no fuese la pura verdad.

—De todos nuestros obstáculos y embarazos, Luis, dijo el almirante al noble mozo, mientras ambos se encaminaban á la playa, este es el más sério. Esos alevos portugueses podrán detenernos, ó seguir nuestra derrota; y en último caso veremos á otros apoderarse de nuestros nobles laureles y de los beneficios que se debieran con tanta justicia á nuestros riesgos y trabajos, ó cuando ménos disputárnoslos unos hombres que carecieron de conocimientos y de resolución para aceptar la dádiva cuando les fué generosamente ofrecida.

—Para llevar á cabo su intento el rey D. Juan de Portugal, preciso es que haya enviado á unos caballeros más bizarros que los moros de Granada, contestó Luis, quien tenía toda la mala voluntad de un verdadero español hácia sus vecinos peninsulares... El es un monarca bravo é instruido, dice la gente; pero la comisión y enseña de la soberana de Castilla no ha de ser desairada, mucho ménos aquí, en medio de unas islas que la pertenecen.

—Carecemos de fuerza para contender con los que en seguimiento nuestro han sido enviados. Conocido es el número así como el porte de nuestros bajeles, y no cabe duda que los portugueses hayan ocurrido á los medios necesarios para verificar sus propósitos, sea cual fuere su objeto é intención. ¡Ah! D. Luis, duro en demasía se ha mostrado mi destino, aunque tengo confianza en que al fin alcanzaré el galardón. Por años enteros solicité del portugués emprendiera este designio y se esforzara en conseguir por medios honrosos lo que nuestra augusta ama doña Isabel ha comenzado ahora con tanto aplauso. Oyó aquel mis razones y súplicas con frialdad... aun más, desechólas con mofa y desden; sin embargo, apenas me encuentro embarcado, para hacer la aventurada probatura del proyecto que tantas veces han puesto en ridículo, empuñanse en frustrar mis intentos por medio de la violencia y de la alevosía.

—Noble don Cristóbal, moriremos hasta el último castellano ántes que acontezca semejante cosa.

—Nuestra única esperanza consiste en una pronta partida. Gracias á la actividad y al celo de Martín Alonso, la *Pinta* se encuentra ya reparada, y podemos dejar á Gomera mañana al amanecer. Dudo que tengan el arrojo de seguirnos por el Atlántico sin otros guías que aquellos que les presten sus propios y cortos conocimientos; así con el favor del Altísimo dejaremos estas riberas al salir el próximo sol. Todo depende ahora de que nos hallemos zafos de las islas Canarias sin que se llegue á descubrirnos.

Así hablando, alcanzaron el bote, y á poco rato se vieron á bordo de la

Santa María. A aquella hora encumbrábanse ya los picachos de las islas como hoscas sombras en la atmósfera, y momentos despues las carabelas parecian otros tantos puntos oscuros é informes, sobre el inquieto elemento que bañaba sus quillas.

CAPÍTULO XVI.

Nadie pensó cuán pura luz brillara
 Con los años, en torno de aquel día,
 Ni á su memoria cuanto amor realzara
 Ni qué imperio á sus hijos dejaría.

BRYANT.

La noche que siguió fué para los aventureros fértil en sentimientos discordes. Luego que Sancho hubo asegurado la recompensa, puso cortapisa á sus escrúpulos respecto á comunicar cuanto sabia á cualquiera que dispuesto se hallase á escucharle; y mucho ántes que Colon volviera al bajel, habia ya circulado la nueva de boca en boca, hasta que toda la escuadrilla quedó enterada de las intenciones de los portugueses. Muchos ansiaban que fuese cierta y que triunfasen sus perseguidores; pues á su modo de ver cualquier destino era preferible al que le ofrecia aquel viaje; pero tal es el efecto de la oposicion, que la mayor parte de la chusma estaba ansiosa de levar el ancla, solo con el fin de salir vencedora en la disputa. Colon mismo experimentaba la pesadumbre más opresora, pues le parecia que la fortuna iba á derribarle de los labios la copa en el momento de allegarla á ellos, en zaga de todos sus crueles padecimientos y dilaciones. Así es que pasó una noche de zozobra y de pena, y fué el primero que se levantó luego que vino el día.

Pocos instantes despues no habia quien durmiese á bordo; y como los preparativos hubiesen quedado dispuestos la noche anterior, al salir el sol zarparon los tres bajeles, sirviéndoles de guía la *Pinta*, como de costumbre. El viento era flojo, y la escuadra apenas podia ponerse en rumbo; pero como los instantes eran tan preciosos, dirigiéronse á Occidente las proas de los buques. A las pocas horas de navegacion, pasó junto á ellos una carabela, que largo rato habian tenido á la vista, y habló con ella el almirante. Venia de la isla del Hierro, la mas meridional al Oeste del grupo, y casi traia la misma vuelta del derrotero que trataba de hacer la expedicion, hasta salir de las mares conocidas.

—¿Hay alguna novedad en el camino de la isla del Hierro? preguntó Colon,

al deslizarse lentamente el buque extraño por el costado de la *Santa María*, cuyo andar no llegaba entónces á una hora por milla. ¿Hay algo que merezca la pena por aquel lado?

—¿Podréis decirme si estoy hablando ó no con el señor D. Cristóbal Colon, el piloto genovés á quien sus altezas han honrado con una comision importantísima? En ese caso me juzgaria autorizado para contestar á lo que oigo y veo: fué la respuesta que recibió el almirante.

—Yo soy D. Cristóbal mismo, almirante y virey, bajo las órdenes de sus altezas, en todos los mares y territorios que podamos descubrir, y cual habeis dicho, genovés por mi cuna, aunque castellano por deber y amor á la reina.

—Entónces, nobilísimo almirante, tengo que deciros que los portugueses andan alerta; pues tres de sus carabelas se hallan á la altura del Hierro en este instante con ánimo de interceptar vuestra expedicion.

—¿Y cómo lo sabeis? ¿y qué razones tengo para suponer que los portugueses se atrevan á enviar sus carabelas con orden de molestar á los que naveguen en calidad de oficiales de Fernando é Isabel, los reyes Católicos? Deberán saber que el Padre Santo ha conferido últimamente este título á los soberanos en reconocimiento del gran servicio que han prestado expulsando al moro de las tierras cristianas.

—Señor, algo se ha susurrado acerca de eso en nuestras islas; mas poco cuidado les da á los portugueses de cuanto decís, toda vez que se les figura que peligrá su oro. Al salir de Hierro topé con las carabelas, y tengo motivos para creer que el rumor público no les haya hecho injusticia.

—¿Y era hostil su aspecto? ¿dieron muestras de hacer alarde de sus pretensiones á interrumpir nuestro viaje?

—Nada nos insinuaron respecto á eso; solo se contentaron con preguntar en tono de burla, si el ilustre D. Cristóbal Colon, gran virey del Oriente, navegaba á nuestro bordo. Respecto á pertrechos de guerra, señor, tienen muchas bombardas, y gran copia de hombres con corazas y cascós. Sospecho que no abundan ahora tanto los soldados en las Azores como ántes que esos buques se hiciesen á la vela.

—¿Y se mantienen al abrigo de las costas ó cruzan en alta mar?

—Por lo comun, señor, hacen más bien lo último todas las mañanas, alargándose hácia Occidente, y vuelven á requerir la tierra luego que el día va llegando á su conclusion. Cuidado, señor D. Cristóbal, tome su merced el consejo de un anciano piloto; esa canalla no está por allí para nada bueno.

Esas palabras fueron apenas oidas, pues ya se hallaban algo distantes las dos carabelas, y á poco estuvieron fuera del alcance de la voz.

—¿Y creéis que el nombre castellano se encuentre tan abatido, D. Cristóbal, preguntó Luis de Bobadilla, que estos perros de portugueses se atrevan á hacer desacato á la enseña de la reina nuestra señora?

—Nada temo de la fuerza, sino la detencion y el fraude; pero estos obstáculos en tal momento serian para mí más crueles que la muerte misma. Lo que más sospecho es, que esas carabelas, so pretexto de proteger los dere-

chos del rey D. Juan, tengan órden de seguirnos hasta Catay, en cuyo caso tendrémos un descubrimiento disputado y unos honores divididos. Debemos á toda costa evitar á los portugueses, si es posible; para cuyo intento, trato de pasar á Occidente, sin arrimarme á la isla del Hierro, sino lo absolutamente indispensable.

A pesar de eso una impaciencia corroedora traia desasosgado al almirante y á la mayor parte de los que le acompañaban, pues hasta los elementos parecian oponerse á que penetrara en el anchuroso Océano. Cayó el viento por grados hasta que reinó tal calma, que fué preciso calar las velas, y quedaron los tres bajeles en la salada superficie, fuertemente sacudidos por la grande marejada, cual si fuesen unos animales informes, reposando perezosamente bajo los calores del estío en soñolienta holganza.

Muchos fuéron los *padrenuestros* y *avemarias* que en secreto se rezaron, y no pocos los votos de futuras penitencias para alcanzar una brisa favorable. Parecia de cuando en cuando que la divina Providencia prestaba benigno oído á sus plegarias, pues solia la ventolina acariciar el rostro del ansioso marinero, y caian las velas al instante con la expectativa de que arrancasen los buques; pero el desaliento seguia á poco, y la tripulacion quedaba convencida de que era su suerte seguir detenida por la prolija calma. Precisamente al anochecer levantóse un aire ligero, y durante algunas horas los gorgoritos de las partidas aguas pudieron oirse bajo las combas de los buques, aunque el camino que hacian era apenas suficiente para que les gobernara el timon. A media noche hasta ese movimiento, apenas perceptible, cesó, y otra vez los inobedientes cascos comenzaron á mecerse en el mar de leva, que habian traído las brisas desde los desiertos inmensos del Océano occidental.

Quando apareció la luz del dia, hallóse el almirante entre Gomera y Tenerife, cuyo enhiesto pico proyectaba á lo léjos su aguda sombra sobre las aguas, cual si fuera un cometa, hasta que su afilado ápice se renovaba en borroso remedo á lo largo de la superficie cristalina del Océano. Temió Colon que los portugueses se valieran de sus botes y remolcaran á alguna ligera carabela á fin de encontrar el paraje donde se hallaba la escuadrilla; en consecuencia determinó sabiamente se recogiesen las velas, con el objeto de ocultar los buques, en lo posible, de la vista de toda atalaya escudriñadora. La estacion se habia adelantado ya hasta el dia siete de setiembre; y tal era la situacion de esta renombrada escuadrilla á las cinco semanas exactas de su salida de las costas españolas; ocurriendo tambien en viérnes esta calma de pésimo agüero, cuyo dia de la semana fué el mismo en que se hiciera á la vela.

La experiencia nos enseña que el único remedio para una calma en la mar es la paciencia. Colon era un navegante demasiado práctico para no sentir la fuerza de este axioma, y despues de haber ocurrido á la precaucion mencionada, tanto él como los pilotos que estaban á sus órdenes consagraron su atencion al arreglo de los requisitos para hacer su futuro viaje salvo y cierto. Subiéronse al alcázar los pocos instrumentos náuticos que en aquella época se conocian, se corrigieron y comprobaron, con el doble objeto de ase-

gurarse del estado en que se hallaban y de ostentarlos á presencia de la marinería, para que esa científica manifestacion realizase el respeto de la chusma hácia sus jefes, en virtud de añadir á la subordinacion la confianza bien fundada en su ciencia

El almirante mismo habia adquirido ya una alta reputacion como navegador entre sus seguidores, á consecuencia de que sus cálculos fueran más exactos que los de los otros pilotos, cuando se habian acercado á las Canarias; y mientras ahora manejase la ballestilla que hacia las veces de cuadrante en aquel tiempo y reconociese la aguja de marear, cada movimiento que hacia era espiado por los marineros, ya con secreta admiracion ó con celosa vigilancia; pues algunos de ellos expresaban abiertamente la confianza que tenían en que su ciencia habria de llevarlos á donde él los guiase, mientras otros daban á entender aquel grado de conocimiento motejador, que por lo comun acompaña á los preocupados, ignorantes y maliciosos.

Nunca habia sido capaz D. Luis de comprender los misterios de la navegacion, pues su noble mente daba muestra de repudiar toda instruccion científica, como un adorno poco acorde con sus gustos ó necesidades. No por eso dejaba de tener bastantes luces; y en el círculo de aquellos conocimientos que era costumbre adquirieran los seglares de su rango en aquel siglo, pocos gozaban de mejor reputacion que él en la córte de Castilla. Por fortuna, tenia el mancebo la más implícita confianza en los recursos del almirante; ni contaba Colon entre sus compañeros un adicto más ciego ni sumiso que el conde de Llera.

Con toda la filosofia de que se jacta, con toda su inteligencia y razon, el hombre es víctima de su propia fantasia y ceguera, tanto como por los artificios y ardides de los demás. Hasta cuando se imagina ser más vigilante y cauteloso, se le ve con frecuencia descarriarse en pos de apariencias falaces, como regirse por el juicio y por los hechos: tal vez la mitad de los que presenciaban los cálculos de Colon creian presentir los pronósticos de la ciencia y de las deducciones lógicas, cuando á la verdad hallábanse impresionados sus sentidos sin iluminar sus entendimientos.

Así trascurrió el día 7 de setiembre, y al llegar la noche halló todavía á la pequeña flota, ó escuadra, como hoy la llamaríamos, sirviéndonos del pomposo estilo que ahora se usa, meciéndose desvalida entre Tenerife y Gomera. Ni tampoco la siguiente mañana trajo consigo mudanza alguna; pues que un sol abrasador, sin un aliento de aire, caia á plomo sobre la mar que relucia como si fuera de plata líquida. Luego que el almirante se cercioró, en virtud de haber enviado gente á los topes para examinar el horizonte, de que los portugueses no estaban á la vista, sintióse muy alentado, suponiendo que sus perseguidores yacian tan inertes como él mismo hácia la parte occidental de la isla del Hierro.

—¡Por la vírgen de la mar! D. Cristóbal, djíole D. Luis al subir á popa, donde horas hacia que el gran navegante se hallaba haciendo una guardia aburrida, mientras el noble mancebo acababa de levantarse de siesta; parece que todos los demonios contra nosotros se han coligado. Nos hallamos al tercer

dia de calma, con el Pico de Tenerife tan estacionario como un guardacanton ó poste de legua, erigido para decirles á los atunes ó delfines el camino que van haciendo por hora. Si creyera en agüeros, podria imaginarme que los santos se oponian á nuestra partida, aun cuando vamos á hacer un mandado que les tiene mucha cuenta á ellos mismos.

—No debemos creer en agüeros cuando son efecto de las leyes naturales, contestó con gravedad el almirante; pronto concluirá esta calma, porque empieza á haber cerrazon en el horizonte, la cual promete viento fresco por el Este, y con el movimiento de la nave fácil nos es conocer que las brisas no han estado muy quietas hácia el ocaso. Maese piloto, añadió Colon dirigiéndose al oficial que se hallaba en la cubierta; haréis bien en soltar las velas, y prepararos para una brisa favorable, pues no tardará en alcanzarnos la ventolina del Nor-Este.

Verificóse la prediccion una hora despues, cuando los tres buques comenzaron á surcar las olas con firme quilla. Pero la brisa fué más contraria para los impacientes marineros que lo habia sido la calma, porque les entraba por la proa un fuerte mar de leva, y como el aire era suave, los buques siguieron bregando con dificultad hácia el Occidente.

Se vigilaba para descubrir si asomaban las carabelas portuguesas, cuya aparicion era ménos temida de lo que debiera, pues se las suponía á una distancia inmensa á barlovento; Colon y sus hábiles compañeros Martin Alonso y Vicente Yañez, ó los hermanos Pinzones, quienes comandaban la *Pinta* y la *Niña*, pusieron en práctica cuantos medios les sugeria la experiencia, con el fin de adelantar en la jornada, cuyo progreso fué lento y penoso, pues cada impulso que la brisa les daba servía para hundir en la mar las proas de los buques con tal violencia, que amenazaba averías en los mástiles y jarcias. Tan poco era en verdad su camino, que se necesitaba todo el cálculo de Colon para advertir la manera casi imperceptible con que el elevado y hermoso ápice del pico de Tenerife disminuía pulgada á pulgada. Los sentimientos supersticiosos de los marineros estando ahora en actividad, algunos comenzaron á murmurar; que los elementos les amonestaban no prosiguiesen, y aunque ya algo tarde, el almirante debería hacer caso de los agüeros y señales que la naturaleza da raras veces sin suficiente razon. Estas opiniones se proferian con cautela, pues la grave y firme conducta de Colon habia producido tal respeto, que se acallaban en su presencia; y la chusma de los otros bajeles seguia siempre los movimientos de su almirante, con aquella especie de ciega dependencia que señala la subordinacion del inferior á su jefe en semejantes circunstancias.

Luego que Colon se retiró á su cámara para pasar la noche, advirtió Luis que su semblante manifestaba mayor severidad que de costumbre cuando terminó los cálculos náuticos de aquel dia.

—Espero que todo va conforme á vuestros deseos, señor almirante, dijo el mancebo en tono alegre. Ya estamos en rumbo, y á mi modo de ver ya nos hallamos á vista de Catay.

—Teneis dentro de vos, D. Luis, contestó el almirante, lo que hace llano y

liso cuanto deseais alcanzar, y por tanto os figurais verlo todo con colores muy gayas. Respecto á mí, debo mirar las cosas como realmente son, y aun cuando Catay yazga con toda claridad al cabo de nuestra ruta, aun cuando palpable esté en mis mientes..... y tú, ó Señor, que has dado cabida en mi pecho para tus grandes designios el deseo de alcanzar la distante tierra, lo sabes con toda verdad... aunque Catay tan clara resplandecé ante mi vista moral, estoy obligado á tener en cuenta los obstáculos físicos que puedan existir ántes que la alcancemos.

—¿Y esos obstáculos, señor, van haciéndose por ventura más serios de lo que al principio sospechábamos.

—Mi confianza está siempre en Dios; ved aquí, caballero, dijo Colon poniendo su dedo en el mapa; en este punto nos hallábamos esta mañana, y hasta estotro hemos avanzado con la porcion de noche que trascurrido habemos... Bien veis que una sola línea de papel señala el total de nuestro progreso; y aquí otra vez estais notando que tenemos de atravesar este vasto desierto de aguas oceánicas, ántes que ni aun esperar nos sea dado aproximarnos al extremo de nuestro camino. Segun mis cálculos, con todos nuestros esfuerzos, y á este momento crítico, no solo en cuanto á los portugueses, sino en cuanto tiene referencia con nuestra gente propia, solo hemos andado siete leguas, que son una parte pequeñísima de las mil que tenemos delante. A este paso podemos temer que nos falte hasta pan y agua.

—Confio en vuestros recursos, D. Cristóbal, como tambien en vuestra experiencia.

—Y yo en la proteccion de Dios; y espero que no abandonará á su siervo en el instante en que tanto de su auxilio necesita.

Luego se preparó Colon para descansar algunas horas; pero se acostó vestido, porque la desazon que las naves le causaban, impedia se desnudase para disfrutar más sosegado reposo. Aquel célebre navegante, á pesar del siglo en que vivia, confiaba en la divina Providencia, pues que ningun hombre, cualquiera que sea, cree de todas veras que se basta á su propia proteccion. Esta confianza absoluta en nosotros mismos está vedada por las leyes de la naturaleza, pues llevamos en nuestro pecho un amonestador que le enseña su verdadera insignificancia, demostrando cada dia, cada hora, y aun cada instante, que solo es el hombre un agente diminutivo puesto en juego por un poder superior, á fin de llevar adelante sus propios fines misteriosos y grandes para los propósitos benéficos y sublimes en cuya virtud ha sido creado el mundo y cuanto contiene. De conformidad con los usos de aquel tiempo, arrodillóse Colon, y oró con ferviente celo, ántes de irse á dormir; ni tampoco se resistió Luis de Bobadilla á imitar un ejemplo que muy pocos en aquellos dias juzgaban indigno de su inteligencia y reflexion.

El primer albor de la aurora llevó sobre cubierta al almirante y á D. Luis. Volvieron ambos á ponerse de hinojos en la popa, y repitieron sus preces; entónces, cediendo á los sentimientos naturales á su situacion, alzaronse anhelosos de observar lo que podia revelárseles al descorrerse las cortinas del dia. El nacimiento del alba y la salida del sol en la mar se han descrito

tantas veces, que su repeticion sería supérflua; pero manifestaremos que Luis contempló aquel juego de tintas que el cielo matutino ostentaba, con el refinamiento de sensaciones propio de un amador, é imaginándose que trazaba en él una semejanza con el tránsito de las emociones á través del rostro parlero de Mercedes, en los colores efimeros y blandos que preceden á las hermosas mañanas del mes de setiembre, especialmente en las latitudes bajas. Respecto al almirante sus miradas se dirigieron hácia la isla de Hierro, aguardando el acrecentamiento de la luz, á fin de averiguar las mudanzas que hubiesen acontecido durante las horas de su sueño. Trascurrieron varios minutos en atencion profunda, y despues hizo á Luis una seña para que se allegara á él.

—¿Veis aquella oscura y mal diseñada masa que va saliendo de entre las tinieblas, al Sur de nuestro bajel? díjole; reparad como á cada momento vanse pronunciando sus formas y diseñando sus contornos con mayor claridad, aunque dista de nosotros algunas ocho ó diez leguas; es la isla de Hierro, y allí están los portugueses, sin duda esperando anhelosos á que nos aproximemos. En esta calma, es imposible allegarnos los unos á los otros, y hasta aquí podemos considerarnos seguros. Necesario es ahora averiguar si las carabelas que nos persiguen se hallan ó no entre nosotros y la tierra; despues de lo cual, si lo contrario aconteciera, podemos juzgarnos en completa salvacion, toda vez que no nos acerquemos más á la isla, y si, como hicimos ayer, conservamos la ventaja del viento. ¿Descubris alguna vela, Luis, hácia aquel lado?

—Ninguna, señor: y eso que la luz tiene ya suficiente fuerza para exponer á nuestra vista el blanco velámen de una nao, si alguna hubiese.

Exhaló el gran navegante una exclamacion de gratitud, é inmediatamente dispuso subiese gente á los topes para registrar el horizonte. Fué favorable el resultado, pues por ninguna parte aparecian las temidas carabelas. Con la salida del sol nació una ventolina del Sur-Oeste, trayendo en consecuencia la isla de Hierro y cualquiera buque que por allí estuviese cruzando á sotavento directo de la escuadrilla. Soltóse trapo tras trapo sin pérdida de momento, y el almirante dirigió su rumbo al Noroeste, confiado en que sus perseguidores le estarian esperando en la banda meridional de la isla, donde era más probable hubiesen de aguardarle los que no del todo comprendieran sus designios. A este tiempo habíase calmado hasta cierto punto la marejada procedente del ocaso, y aun cuando adelantaron poco los buques, era consecutiva y daba esperanza de ser duradera la marcha. Trascurriáanse las horas con lentitud, y á medida que el dia se adelantaba, hacíanse los objetos ménos y ménos distinguibles en las inmediaciones de Hierro. En seguida tomó la superficie de la isla la turbia apariencia de una nube mal contorneada, y comenzó luego á hundirse en las olas. Aun estaba visible su cumbre, cuando en torno del almirante se agruparon los más privilegiados de sus compañeros á fin de reconocer desde el alcázar el extenso Océano, y hacer observaciones sobre el tiempo. El espectador más indiferente pudiera ahora haber advertido la notable diferencia en el estado de las sensaciones entre los diversos aven-

tureros que á bordo de la *Santa María* iban embarcados : sobre el alcázar todo era júbilo y esperanza , pues que el reciente salvamento habia inducido hasta á los más desconfiados á olvidar la incertidumbre del porvenir ; los pilotos, segun su costumbre, estaban ocupados y sostenidos por una especie de estoicismo náutico, mientras una densa melancolía se apoderaba de la chusma, y se advertia en sus rostros tan señaladamente cual si estuvieran aquellos ignorantes marinos reunidos en torno de algun agonizante compañero. Casi todos los que en la nave iban, formaban parte de los grupos sobre la cubierta, con los ojos fijos, cual si fuese por encanto, en las cumbres desfallecientes de la isla de Hierro.

Mientras se hallaban en este estado acercóse Colon á Luis , y haciéndolo despertar de una especie de arrobó en que le veia sumido , con ponerle ligeramente un dedo sobre el hombro, le dijo con ligera mezcla de sorpresa y reproché :

—No puede ser que el señor de Muñoz se encuentre afectado con las emociones de la marinería , y esto en un instante en que cuantos poseen suficiente inteligencia para prever las consecuencias gloriosas que de nuestra aventura han de emanar, se regocijan al ver que una ventolina, enviada por el cielo, nos está apartando de las perseguidoras y envidiosas carabelas. ¿Por qué estais contemplando á esos hombres que se hallan reunidos allá abajo, con ojos tan fijos y mirar tan clavado ? ¿Será que os halleis arrepentido de vuestro embarque , ó estais pensando en los encantos de vuestra señora ?

—¡Por Santiago! D. Cristóbal, en esta ocasion os marró vuestra inteligencia. Ni arrepentido me encuentro, ni pensativo, cual quisierais insinuar; pero estoy contemplando á esos pobres marineros , y me da lástima de sus aprensiones.

—La ignorancia es una cruel señora , maese Pedro , y esa es la que ahora ejerce su poderío sobre las imaginaciones de los marineros, con todo el despotismo del más despiadado tirano. Ellos temen lo peor, solo porque carecen de conocimientos para precaver lo mejor. El miedo es una pasión más fuerte que la esperanza , y siempre el aliado más fiel que la ignorancia tiene. A los ojos del vulgo lo que aun no ha llegado á suceder..... aun más , lo que hasta cierto punto no nos es familiar se tiene por imposible ; porque los hombres raciocinan dentro de un círculo que está limitado á la instruccion que posee cada cual. Esos pobretes tienen la vista clavada en la isla mientras va desapareciendo, semejante á los que miran por última vez las cosas de la vida. Y por cierto que su afán excede en mucho de lo que me habia imaginado.

—El recelo, señor, de esos hombres , aunque profundamente arraigado, se sube á asomárseles en los ojos; pues advierto lágrimas en algunas mejillas, que me parecia que jamás hubieran podido estar húmedas de otra cosa que de los rociones del agua salada.

—Allí están nuestros dos amigos Sancho y Pepe, ninguno de los cuales aparenta hallarse en demasiado grave apuro, aunque en el rostro del segundo se advierte una ligera niebla de melancolía. Respecto al primero, el socarrón manifiesta la indiferencia de un verdadero marino; la de un hombre que

jamás se considera dichoso sino cuando se halla apartado del peligro de penas y bajíos. Solo nota en torno el horizonte visible, y considera lo restante del mundo como un cero. Espero leales servicios de ese Sancho, á pesar de su socarronería, y le cuento entre los más fieles de las tripulaciones.

Aquí el almirante fué interrumpido por un grito lanzado en la cubierta, y mirando alrededor, no fué lenta su vista experta y penetrante en descubrir que el horizonte hácia el Sur ofrecía ya la acostumbrada y monótona línea de agua y cielo que forma siempre el Océano. En efecto, la isla de Hierro habia desaparecido, aunque algunos más esperanzosos de entre la chusma figurábanse que la veían cuando ya se hundiera en las aguas. A medida que la circunstancia se hacia cada vez más y más cierta, los lamentos de la chusma llegaron á ser ménos equívocos y más recios; las lágrimas comenzaron á correr sin vergüenza ni disimulo, juntábanse las manos con cierta especie de insensata desesperacion, y siguióse tal escena de clamorío que amenazaba otro nuevo peligro á los expedicionarios. En tal apuro hizo Colon juntar la gente, y puesto sobre el alcázar desde donde podia examinar los semblantes, hablóles sobre las causas de su pesar. En aquella ocasion las maneras del gran navegante fuéron enérgicas y sinceras; dando á conocer, fuera de toda duda, que creía en la verdad de sus propios argumentos, y que nada profería con esperanzas de alucinar ni comprometer.

—Cuando D. Fernando y doña Isabel, nuestros respetables y bien amados soberanos, me honraron con el nombramiento de almirante y virey en esos secretos mares hácia los cuales navegamos, dijo Colon, lo consideré como el suceso más glorioso de mi vida, así como contemplo este instante que tan penible para algunos de entre vosotros se presenta, cual segundo de aquel en esperanzas y en motivos de felicitacion. Al desaparecer la isla de Hierro, veo alejarse con ella al portugués, porque, ahora que nos hallamos en alta mar y fuera de los límites de toda tierra conocida, confío que la Providencia nos ha libertado tambien de las maquinaciones de nuestros enemigos. Miétras seamos fieles unos á otros y á los grandes objetos que están á nuestra vista, no hay ya causa para miedo. Si alguno entre vosotros quiere desahogar su pecho sobre esta materia, dejadle que hable con libertad, pues que son demasiado fuertes mis racionios para pretender acallar las dudas prevaleciéndome de mi autoridad.

—Siendo así, señor D. almirante, añadió Sancho, cuya lengua se hallaba siempre dispuesta á menearse cuando se presentaba la ocasion, lo mismo precisamente que hace á vuestra excelencia tan animoso pone á estos buenos hombres tan desalentados. Si pudieran siempre tener delante la isla de Hierro ó cualquiera otra tierra conocida, os seguirian hasta Catay, y los llevariais con tan ligero remolque como una carabela tira de su esquite; pero el dejar atras cuanto aman en el mundo, es decir, la tierra, sus hijos y mujeres, les entristece los corazones, y da suelta á sus lágrimas.

—Y tú, Sancho, un viejo marinero nacido en esos mares de Dios....

—Ay, señor excelentísimo y muy ilustre señor D. almirante, interrumpió Sancho, alzando la vista con fingida sencillez: no nací precisamente en la mar,

aunque muy cerca de su olorcillo; pues que habiéndome hallado cabe la compuerta del dique, no es probable que un buque hubiese entrado en dársena para desembarcar tan corta parte de su cargamento.

—Está bien; nacido cerca de la mar toda vez que te plazca mejor: y de tí espero más dignas cosas que lamentos mujeriles, porque una isla haya desaparecido en el horizonte.

—Excelentísimo señor, un bledo le importa á Sancho que la mitad de las insulas que en el mundo hay estuviesen algo más bajas de lo que están. Allí se ven las islas de Cabo Verde, y cuidado que malditas las ganas que tengo de volverlas á ver, y Lampidosa se encuentra tambien por allí, además de Estromboli y otras en aquel lado, que harian muy bien en quitarse de enmedio, y no permanecer donde ahora están, pues maldito el beneficio que de ellas recibimos los marineros. Pero si vuesa excelencia se digna decir á estas buenas gentes hácia adónde se dirige el rumbo nuestro, y qué esperais encontrar al llegar á bahía, y más que todo cuándo hemos de regresar, les consolaria hasta un grado indecible.

—Pues juzgo que es el oficio adecuado á los hombres distinguidos por su autoridad hacer públicas las razones de su conducta, cuando ningun daño resulta de divulgarlo; lo haré de buena gana, exigiendo presten atencion cuantos me rodean, y especialmente los que más desazonados se hallan respecto á nuestra actual posicion y movimiento futuro. El fin de nuestro viaje es Catay, región que se sabe ocupa el extremo oriental del Asia, que más de una vez ha sido visitada por viajeros cristianos; y su diferencia de todas las expediciones que por mar y tierra emprendieran, habrá consistido en la sola circunstancia de que nosotros buscamos por el Oeste lo que buscaran por el Este los viajeros primitivos. Esta osadía es propia de marineros valientes, pues solo los que con el Océano tienen familiaridad, á fuer de pilotos hábiles y de obedientes y activos marinos, pueden atravesar las aguas, sin más guia que las que presta el conocimiento de los astros, corrientes, vientos y demás fenómenos del Atlántico, al paso que semejantes auxilios pueden obtenerse por la misma ciencia. La razon que nos impele á obrar, está basada en el convencimiento de que el Atlántico, el cual nos consta posee un linderó oriental de riberas, tambien tiene otro occidental, y en ciertos cálculos que casi establecen la certidumbre de que aquel continente, que segun mi opinion ha de ser el de la India, solo puede distar de nosotros una travesía de veinte ó treinta soles, pues en mi dictámen esa es su posicion á corta diferencia desde las costas europeas.

Habiendo dicho ya dónde y cuándo espero encontrar la region que busco, insinuaré algo sobre las ventajas que podemos esperar de su descubrimiento. Segun los informes de cierto Marco Polo y de sus relacionados, sugetos de categoría y naturales de Venecia, á par que hombres de crédito y de buenas reputaciones, el reino de Catay es, no solo uno de los de mayor extension conocida, sino el que más abunda en oro y plata, juntamente con los demás metales ricos y piedras de precio. De las ventajas que semejante descubrimiento puede proporcionarnos, juzgad vosotros mismos, si á bien lo teneis,

por las que á mí habrá de acarrearne. Sus altezas me han honrado con el rango de su almirante y virey, contando en nuestro triunfo, y perseverando hasta el término feliz de nuestros esfuerzos; el hombre más insignificante puede optar confiado á alguna señal extraordinaria de sus favores, al paso que el que mucho merezca recibirá más que el que á ménos se haya hecho acreedor, pues las recompensas habrán de igualar á los servicios que se prestaren. Sin embargo, siempre habrá de sobra para todos. Marco Polo y sus deudos vivieron por espacio de diez y siete años en la córte del gran khan, y por todos títulos se hallaron aptos para dar una relacion verdadera de las riquezas y de los recursos de aquellas regiones, y buena fué la recompensa que recibieron por sus trabajos y valor aquellos caballeros venecianos, sin más recursos que unas pobres acémilas. Solo las joyas con que volvieron, han sido suficientes para enriquecer á su linaje por años luengos y para devolverlas su pasado esplendor, al paso que su empresa y veracidad hizoles honra á los ojos del mundo.

Como se sabe que el Océano hácia esta parte del continente asiático y del reino de Catay abunda en islas, podemos esperar descubrirlas primero; donde haríamos injusticia á la naturaleza si no encontrásemos fragantes cargamentos de especias y de otros costosos productos, que no hay duda enriquecen aquella parte tan favorecida de la tierra. En verdad, apenas es posible que la imaginación conciba la grandeza de los resultados que aguardan nuestro buen éxito, al paso que solamente la befa y escarnio acompañarian á un presuroso é irreflexivo regreso. Pues que no vamos en calidad de invasores, sino á fuer de cristianos y de amigos, no tenemos razon de esperar sino un recibimiento muy amistoso; y por cierto, que los regalos y las dádivas serán ofrecidas á unos extranjeros que de tan luengas tierras han venido y por una ruta hasta ahora no trillada, os repagarán con céntuplo interés vuestras fatigas y privaciones.

Para nada hago mencion de la honra de hallarme entre aquellos que son los primeros en llevar la cruz al mundo pagano,—prosiguió el almirante, destocándose y mirando en torno con solemne gravedad,—aunque nuestros antepasados creian que no era floja distincion el haber pertenecido á los ejércitos que combatieran por la posesion del Santo Sepulcro. Pero, ni la Iglesia, ni su gran Maestro, olvidan al servidor que sus intereses hace prosperar, y con fazaña tan noble podemos todos pretender bendiciones sin cuento tanto ahora como en el tiempo porvenir.

Al acabar su arenga, santiguóse devotamente Colon, y se apartó de la chusma, retirándose entre sus amigos, que ocupaban el alcázar. Por el instante, fué saludable el efecto de su discurso, y los hombres vieron desaparecer las nubes que la tierra ofuscaban, con menor sentimiento que habian manifestado previamente.

No obstante, quedáronse desconfiados y tristes; los unos soñando aquella noche con las pinturas que Colon les habia diseñado de las glorias del Oriente, y los otros imaginándose en sus ensueños que los espíritus malignos les alucinaban para llevarlos á mares desconocidos, donde se les condenara á vagar

para siempre en castigo de sus pecados; pues que la conciencia hace bueno su poderío en todas las situaciones del hombre, y con mayor viveza en aquellas donde le acometen la desconfianza y la incertidumbre.

Poco ántes del sol puesto, hizo Colon que se le arrimaran los otros dos bajeles, y acudiesen á bordo de la capitana los dos Pinzones, á quienes comunicó sus órdenes y designios para que les sirviesen de gobierno, en caso de forzosa separacion.

—Así me comprendereis, señores, concluyó el jefe, despues de haberles explicado detenidamente sus miras. Vuestra primera y más importante obligacion ha de ser seguir de cerca las aguas de vuestro almirante en cualquiera circunstancia miéntras sea posible; pero toda vez que esa probabilidad fallase, haréis rumbo clavado á Occidente, siguiendo este paralelo de latitud, hasta hallaros á setecientas leguas de las Canarias; despues de lo cual, deberéis poneros en facha durante la noche, pues es muy probable os halleis entre las islas del Asia, y será prudente á par que necesario para nuestro objeto estar mucho más alerta entónces para dar principio á los descubrimientos. Sin embargo, siempre proseguiréis vuestro camino á Occidente, confiando en que me hallaréis en la córte del gran khan, toda vez que la Providencia no permitiera reunirnos ántes.

—Está muy bien, señor almirante, repuso Martin Alonso, levantando los ojos que por largo tiempo habia tenido clavados en el mapa; pero será preferible que nos conservemos en convoy, resultando ventaja, principalmente para nosotros, que poco acostumbrados estamos á los hábitos de los príncipes, y nos hace falta por lo tanto la proteccion de vuesaencia ántes de precipitarnos temerariamente en el palacio de un monarca tan poderoso como el gran khan de las Indias.

—En esto manifestais vuestra prudencia acostumbrada, señor Martin Alonso, y os la encomio. Mejor fuera que aguardaseis mi llegada, porque aquel potentado oriental puede considerarse más obsequiado recibiendo la primera visita del virey de los reyes augustos, portador de cartas directamente de sus regios señores, que si le acatara un sugeto de rango inferior. Por vuestra parte reconoced esmeradamente las islas y sus productos, dado caso que lleguéis primero á aquellas mares, y aguardad mi venida ántes de tomar determinaciones ulteriores. ¿Cuál es el sentir de vuestra gente al despedirse de las tierras conocidas?

—Harto desfavorable se nos presenta, señor D. Cristóbal, y á tal punto que nos hace recelar una próxima rebelion. No faltan en la *Pinta* quienes necesitan se les arredre saludablemente con las iras de sus altezas, á fin de impedir que mediten una arribada violenta al puerto de Palos.

—Bien haceis en vigilar con cuidado esa disposicion de los ánimos, á fin de que no puedan rebullirse. Tratad con dulzura y mansedumbre á esos genios desafectos miéntras sea dable, alentándolos con toda clase de promesas razonables, guardándoos empero que el contagio llegue á hacerse superior á vuestra autoridad; y ahora, señores, que la noche se acerca, tomad las lanchas y volved á vuestros bajeles, á fin de que aprovechemos la brisa.

Luego que Colon se quedó solo con D. Luis, sentóse en la cámara con la mano puesta en la mejilla y con el ademan de un hombre absorto en reflexiones.

—¿Hace mucho tiempo, caballero de Bobadilla que conoceis á Martin Alonso? preguntó por fin el navegante dejando traslucir la corriente de sus pensamientos, en virtud de la pregunta.

—Mucho, señor, segun los mozos calculan el tiempo que pasa; aunque tal vez pareciere breve segun los hombres viejos.

—Es cierto; espero que sea probó, pues ya se ha manifestado liberal, emprendedor y varonil.

—Es hombre, D. Cristóbal, y por lo tanto sujeto á errar. Sin embargo, tales como son los hombres, no juzgo que Martin Alonso sea el peor. No ha tomado parte en esta empresa impelido por votos caballerescos, ni espoleado por el celo de un hombre dedicado á la iglesia de Dios; pero tenga él esperanza de que sus riesgos hayan de producirle la debida retribucion, y le hallaréis tan leal como el interés garantiza á un hombre, cuando hay ocasion de poner á prueba su egoismo.

—Entónces seréis el único depositario de mi secreto. Mirad estos papeles, D. Luis. Aquí veis que he calculado nuestro progreso desde la mañana, y encuentro que hemos andado algunas diez y nueve buenas leguas, aunque no directamente hácia Occidente. Si hiciera saber á la gente la verdadera distancia que hemos discurrido, cuando ya no hay tierra á la vista, el miedo llegaría á dominarlos, y las consecuencias ¿quién pudiera llegar á calcularlas? Por lo tanto, para la inteligencia comun solo apuntaré quince leguas, reservando el derrotero verdídeo como sagrado para nuestros ojos. Dios me perdonará este engaño, en consideracion á practicarse en pró de su propia iglesia. En virtud de estas deducciones diarias, podremos llegar á distancia de mil leguas sin que la alarma se dispierta hasta mayor grado del que pudiera á las setecientas ú ochocientas leguas de buen camino.

—Eso equivale á sujetar el valor á una regla que no suponía yo existiese, contestó riéndose D. Luis; vive mi santo patrono, que en mal concepto tendríamos al hidalgo que hallase necesario dar bríos á su corazon segun la medida de leguas que tuviese de recorrer.

—Todos los males que se desconocen son poco temidos. La distancia tiene sus temores para los ignorantes, y tambien puede encerrar sus asombros para los instruidos, hidalgo, cuando se mide en el Océano anchuroso; pues de ahí nace otra cuestion, referente á esos dos grandes artículos de la vida: el pan y el agua.

Con este ligero reproche para castigar la liviandad de su amigo, preparóse el almirante á recogerse, hincándose de rodillas y repitiendo las preces de la noche.

CAPÍTULO XVII.

A donde vas por el teñido espacio;
Hacia do en medio del relente pisas
Tu solitaria ruta, mientras al cielo
Colora la postrer huella del día;

BRYANT.

Los sueños de Colon fueron poco duraderos. Tranquilo fué su dormir mientras duró, semejante al de un hombre que tanto imperio ejerce sobre su voluntad que ha sujetado á su albedrío las funciones naturales; pues que despertaba de cuando en cuando á fin de reconocer vigilante el estado del tiempo y la condicion de las embarcaciones. En aquella ocasion, subió el almirante á la cubierta otra vez. Era la una, y halló las cosas al parecer en aquel sereno y alentador sosiego que en tiempo bonancible acostumbra indicar á bordo las horas de la segunda guardia. La mayor parte de los marineros se hallaba durmiendo sobre cubierta, el adormilado piloto, el timonel, y uno ó dos de los vigilantes, eran los únicos que se veian en pié, aunque despiertos de malísima gana. Habia refrescado el viento, é iba la carabela surcando con perseverancia incansable, y dejando atras á Ferro y sus peligros. El solo ruido que se percibia era el suave suspirar de la brisa entre las jarcias, el gorgorito de las aguas y el crujido de alguna verga, cuando la ventolina la forzaba á estirar sus cabos y violentar sus amarras.

La noche estaba muy oscura y necesitaban los ojos fijarse en los objetos buen rato ántes de acostumbrarse á verlos, con el auxilio de tan débil luz: hecho esto, descubrió el almirante que el bajel no ceñia el viento como lo habia mandado. Llegándose al timon, advirtió que estaba tan á la banda, que hacia derribar la nave hácia el Noreste, lo que equivalia casi á poner la proa á España.

—¿Eres marino y te descuidas en tu rumbo de tal modo? preguntóle con adustez el almirante; ¿ó no eres sino un arriero y te se figura que vas trajinando á la buena de Dios por los vericuetos de las montañas? ¡Te has dejado en España el corazon, y juzgas que un vano deseo de volver á ella pueda encontrar algun solaz en virtud de este ridículo artificio!

—¡Ay! señor almirante, bien ha juzgado vuesencia al creer que mi corazon se quedara en España, donde con precision habrá de hallarse, pues que dejé en Moguer á siete hijos huérfanos de madre.

—¿Y no sabes que también soy padre y que los objetos más caros para las esperanzas de un padre se me han quedado por allá igualmente? ¿en qué puedo aventajarte á tí, si también mi hijo carece de los cuidados de una madre?

—Excelentísimo señor, vuestro hijo tiene por padre á un almirante, mientras que los míos solo tienen á un timonel.

—¿Y qué podrá importársele á mi D. Diego? Colon tenía la debilidad de ostentar demasiado los honores que de los soberanos recibiera, ¿qué podrá importársele á mi hijo D. Diego si su padre pereciese siendo almirante? ¿y en qué podrá aprovecharle á él más que á vuestros hijos, hallarse sin padre?

—Señor, mucho le aprovechará que le protejan los reyes, honrándole como á memoria vuestra, y que se le obsequie y nutra como á vástago de un virey, en vez de hallarse menospreciado como á un pobre hijo de un oscuro marinero.

—Amigo, alguna razón llevas, y hasta ese punto respeto tus sentimientos, contestó Colon, quien semejante á Washington se sometía siempre al más puro sentido de la justicia; pero harías bien en acordarte de la influencia que tu perseverancia en este viaje puede producir en el bienestar de tus hijos, en vez de parar tus mientes sobre falsos vaticinios de males, que es probable jamás hayan de acontecer. Ni tú ni yo tendremos mucho que esperar en caso de que nuestros descubrimientos á fallar llegasen, al paso que uno y otro podemos aspirar á todo en caso de buen éxito.

¿Puedo fiarme de tí para que conserves en rumbo la nao, ó he de enviar por otro marinero para que te releve en el timon?

—Mejor será, noble almirante, que hagais lo último. Acordarme he de vuestro consejo y lucharé por domeñar las ansias que hácia el hogar me impelen... sin embargo, más acertado sería buscar á otro para llenar esta obligación, mientras tan próximos á España nos hallamos.

—¿Conoces á un tal Sancho Mundo, viejo gaviero de esta tripulación?

—Sí, señor, todos le conocemos; pasa por el hombre más hábil en su oficio de cuantos moguerenos huelen la mar.

—¿Pertenece á esta guardia ó está descansando en el entrepuente?

—Señor, es de este cuarto; y no duerme abajo por la sencilla razón de hallarse ahora roncando sobre cubierta. ¡Ni cuidado ni peligro alguno puede descomponer la tranquilidad de Sancho! le causa tal disgusto la vista de tierra, que dudó le tendríamos contento aun cuando llegásemos á esas distantes regiones que vuesaencia confía hemos de visitar.

—Anda, búscame al tal Sancho, y haz que se me presente. Yo haré tus veces entre tanto.

Tomó el gran navegante la caña del timon, y al momento obedeció la nave, cinéndo el viento lo más que fué posible. Sintióse el resultado por sus cabezadas más vivas y repentinas, por su mayor calado á barlovento y por un nuevo crujir en las partes altas que denotaba un estiro renovado y un aumento de acción en la arboladura y las jarcias. A poco se presentó Sancho Mundo restregándose los ojos y bostezando.

—Encárgate de esta obligación, dijo el almirante, y desempeñala con fide-

dad. Muchos de los que van aquí se han mostrado ya alevosos, dejando que el bajel se apartase de su rumbo, á fin de que sesgara la proa poco á poco en direccion á España. De tí espero proceder más digno. Creo, Sancho amigo, que puedo contarte como á un fiel y leal seguidor, hasta en los últimos apuros.

—Señor almirante, dijo Sancho, tomando el gobernalle, al mismo tiempo que le daba un poco de juego para manifestar su destreza en manejarlo, cual hábil cochera domeña su tiro de caballos, desde luego que empuña las riendas. Soy un sirviente de la corona, é inferior y subordinado vuestro; vedme aquí pronto á desempeñar cualquiera deber que sea de mi incumbencia.

—A tí no te asombra este viaje... no te atormentan pronósticos pueriles acerca de que nos veamos convertidos en vagadores sempiternos por desconocidas mares, sin esperanza de volver á ver á esposa ni á hijo.

—Señor, parece cual si conocierais nuestros corazones, lo mismo que si vueselencia los hubiera amasado con sus propias manos, y metídoslos en nuestros pechos.

—Luego no tienes ninguna de esas aprensiones tan repugnantes al hombre de juicio como vergonzosas para el marino.

—Ni aun las suficientes, señor don, para que un cura rezase un *padrenuestro*, ni una vieja dijese ¡*Jesús me ampare!* Habré tenido mis ratos de encogimiento, pues todo hombre cuenta con sus resbalones; pero ninguno ha sido causado por el temor de navegar en el Océano, pues es mi suprema dicha; ni tampoco me quitan el sueño mujer ni chiquillos, por que carezco de la primera, ni tampoco tengo los segundos.

—Si tienes encogimientos cual los llamas, confíame los que son. Quisiera hacer, amigo mio, sincero y eterno á un hombre de tu fibra.

—No dudo, señor, que hemos de llegar á Catay ó á cualquiera otra comarca que á vuesencia plazca: no tengo recelos atento á vuestra habilidad y valor, suficientes para asir de las barbas al gran khan, y si es menester, arrancarle del turbante á puñados las costosas joyas que adornarle deben; y no hay duda que habrá de gastar turbante, pues que es un infiel; no tengo yo tampoco malas corazonadas acerca de la magnitud y riqueza de nuestros descubrimientos y fletes, pues os creo bastante diestro, señor D. almirante, para llevar las carabelas de un lado del mundo al otro, y hasta de cargarlas hasta los topes de perlas finas, dado caso que anduviesen poco abundosos los diamantes.

—Si esa confianza te inspira tu caudillo ¿qué otro recelo puede darte cuidado?

—Desconfío del valor de la parte de honores ó riquezas que pueda tocarle á un tal Sancho Mundo, un pobre marinero sin nombre, y casi sin camisa, y á quien le hacen más falta ambas cosas que podrá imaginarse nunca nuestra hermosa reina doña Isabel, ni su regio consorte D. Fernando.

—Sancho, eres un ejemplo vivo de que no hay hombre que carezca de faltas, y mucho recelo que mercenario seas. Dicen que todos los hombres tienen su precio; y claramente se me figura que tú tienes el tuyo como los demás.

—Usencia tampoco ha navegado por el mundo en balde, y no tan fácilmente podriais acertar las otras inclinaciones de cada hombre. Ya hace tiempo he sospechado que yo era mercenario, y por lo mismo he aceptado toda clase de propinas, á fin de desterrar esa propension. Nada la aplaca más pronto como que le colmen de dádivas y galardones; y respecto á mi precio, procuro que el mio sea de los más altos, para que no se me tenga, con descrédito, por un espíritu rastrero y bajo. Tasadme en mucho, y tenga yo regalos de sobra, y me veréis más desinteresado que fraile alforjon.

—Bien te entiendo, Sancho; eres fácil de comprar, pero no de asustar. En tu opinion una dobla es una dádiva demasiado mezquina para que pueda partirse prudentemente entre tí y tu amigo el marinero portugués. Haré contigo una liga bajo tus propios términos; ahí va otra moneda de oro. Cuidado con serme fiel en lo que queda del viaje.

—Contad conmigo sin escrúpulo, señor D. almirante, ó con escrúpulos tambien, si os sobreviniesen por mala ventura. No tiene vuesencia en toda la escuadra un amigo más desinteresado que yo. Lo que espero únicamente es, que cuando se escriba la lista de partícipes en el despojo de las Indias, tenga en ella Sancho Mundo un lugar honroso y cual convenga á su fidelidad. Y ahora, excelentísimo señor, puede vuesencia retirarse á dormir en paz; porque la *Santa María* ha de ir tan derecha hácia Catay, como permita esta ventolina que nos sopla del Suroeste.

Hízolo así Colon, aunque se levantó del lecho una ó dos veces más durante la noche, á fin de cerciorarse del estado del tiempo y del cumplimiento de la tripulacion. Miétras Sancho permaneció al timon, fué leal á su promesa, pero al retirarse con los de su cuarto, á la hora de costumbre, releváronle otros, sucesores fieles de la alevosía criminal del otro timonel. Cuando Luis salió de su hamaca, ya estaba trabajando Colon para averiguar la distancia que se habia recorrido en el trascurso de la noche. Correspondiendo á la mirada escudriñadora del mancebo, observó gravemente el almirante, aunque no sin alguna melancolía en sus maneras:

—Hemos corrido bonitamente aunque más al Norte de lo que yo hubiera querido. Encuentro que los bajeles se hallan treinta leguas más distantes de Ferro que cuando se puso el último, y veis ahora que he apuntado veinte y cuatro en el diario, que destino para los ojos de la gente. Pero mucha ha sido la debilidad de los timoneles en el trabajo de esta noche, por no decir que ha sido alevosía; han derribado la nave de manera que parte del tiempo hemos navegado en direccion casi paralela á las costas de Europa, de suerte que han procurado engañarme sobre cubierta, miétras yo lo he juzgado necesario engañarlos á ellos dentro de la cámara. Penoso es, D. Luis, tener que valerme de semejantes ardides, cuando nos hallamos empeñados en una empresa que excede á cuantas el hombre acometiera hasta ahora, y eso tambien con mira por la gloria de Dios, ventaja de la humana especie, é intereses de España.

—Esos son ardides, D. Cristóbal, necesarios en estas circunstancias.

—Si he de decir la verdad, noble mancebo, me repugnan estas supercherias, aunque necesarias; Dios me las perdonará debiendo á su providencia

vernos zafos de los portugueses, y encaminados á nuestro destino. Ahora nuestros obstáculos han de depender de los elementos ó de nuestros propios temores. Alégrame el corazón hallar que los dos Pinzones se mantienen leales y conservan sus carabelas junto á la *Santa Maria* cual hombres determinados á sostener sus creencias y ver el fin de la aventura.

Como Luis se hallaba listo ahora, el almirante y él dejaron juntos la cámara. El sol se había levantado, y la anchurosa superficie del mar brillaba con sus rayos. Había refrescado el viento, y llamábase más y más al Sur, de modo que los bajeles corrían de bolina, y como hubiese poca marejada, el progreso de la escuadrilla fué proporcionalmente considerable. Todas las cosas parecían propicias, y como ya se hubiesen acallado los primeros arrebatos de pesar al perder de vista la tierra conocida, veíase á la gente más serena aunque el temor del porvenir se hallaba sofocado, cual los fuegos ocultos de un volcán al parecer extinguido.

El martes primero de setiembre trajo un cambio de viento aun más favorable. En este día, por la vez primera, desde que salieron de las Canarias pusieronse las proas en dirección al Oeste; y con el antiguo mundo por la espalda y el desconocido Océano en frente, prosiguieron su camino los aventureros á favor de una brisa que del Sureste soplabá. Podía calcularse el progreso de los bajeles en algunas cinco millas por hora, compensando la falta de premura con la serenidad de la carrera y la derechura del rumbo.

Concluido habíanse las observaciones que usualmente se verifican en la mar cuando el sol toca á su zenit, y Colon acababa de anunciar á sus alarmados compañeros que las naves derribaban gradualmente hácia el Sur, debido al derrame de alguna invisible corriente, cuando un grito desde el tope dió aviso de acercarse una ballena. Como la aparición de uno de estos mónstruos interrumpió la monotonía de la vida marinera, todos se pusieron á la mira, cuáles trepando por las jarcias, cuáles asomándose á la obra muerta, á fin de divertirse con los revuelcos del inmenso animal.

—¿Lo ves, Sancho? preguntó el almirante á Mundo, quien se hallaba junto á la sazón. Para mí las aguas no tienen apariencia de que semejantes animales se hallen cerca de nosotros.

—La vista de vuesaencia, señor don almirante, es mucho más verídica que la lengua de los parleros en el tope. Tan cierto como este es el Atlántico, y aquellas las crestas espumosas de las olas, esa no es ballena.

—¡La cola! ¡la cola! gritaron en coro varias voces, señalando hácia un punto, donde un objeto oscuro hacía loma sobre la mar, y que manifestaba un remate puntiagudo, con brazos cortos á uno y otro lado. Está retozando con la cabeza debajo del agua y la cola levantada.

—¡Bah! ¡bah! exclamó el experto Sancho con la indiferencia de un verdadero marino, lo que estos torpes y apresurados alborotadores llaman la cola de la ballena, no es sino el mástil de alguna malaventurada nao, que ha dejado los huesos con su cargamento y tripulación allá en los abismos de la mar.

—Tienes razón, Sancho, contestó el almirante. Ya veo lo que quieres decir; es verdaderamente un mástil.

Circuló esto con rapidez de boca en boca, y la tristura, que siempre acompaña las evidencias de semejante desastre, quedó sellada en los semblantes. Solamente los pilotos manifestaron indiferencia y se pusieron en consulta sobre la ventaja de traer á bordo el flotante mástil, como árbol de reserva en caso de apuro; mas abandonaron la tentativa en razon á la marejada y á lo favorable del viento, siendo esta ventaja de tal consecuencia que rara vez quiere perderla un verdadero marino.

—Ese es un aviso para nosotros, exclamó uno de los descontentos al deslizarse la *Santa Maria* junto á la ondeante cabeza del mástil; Dios nos ha enviado esta señal á fin de advertirnos que no osemos con proa pertinaz lo que ningun marino hasta ahora á emprender se ha aventurado.

—Dí más bien, interpuso Sancho, quien desde que percibiera la propina se habia manifestado elocuente defensor, ese es un pronóstico alentante enviádonos del cielo. ¿No estás viendo que la parte notable del palo se asemeja á una cruz, cuyo santo signo tiene por objeto guiarnos en nuestro rumbo, con las esperanzas de un éxito próspero?

—No dices mas que la verdad, Sancho, dijo Colon; una cruz se ha alzado para la edificacion nuestra, por decirlo así, en medio de las mares, y mirarla debemos como una prueba de que la Providencia está con nosotros para llevar sus bendiciones en ayuda y consuelo de los paganos del Asia.

Como la semejanza con el sagrado símbolo estaba muy distante de ser fantástica, la feliz ocurrencia de Sancho no dejó de producir su efecto. El lector entenderá más bien la similitud al considerar que la parte alta de un mástil se parece mucho á una cruz, en virtud de las crucetas, y, como sucede á menudo, aquel solitario palo flotaba casi perpendicularmente, debido al contrapeso de algun objeto que de pié le servia, dejando erguido el tope á unos quince ó diez y seis piés de la superficie de las aguas. Al cabo de un cuarto de hora esta última reliquia de Europa y de la civilizacion desapareció lejos á popa de los buques, disminuyendo gradualmente en tamaño y rebajándose hácia la superficie de las olas, hasta que sus confusos contornos se desvanecieron poco á poco, pero siempre conservando la bien conocida forma del símbolo adorado de la cristiandad.

Despues de este incidente no interrumpió la marcha de las naos suceso alguno que mereciese atencion en un par de dias con sus respectivas noches. Todo este tiempo sopló favorable la brisa, y los aventureros prosiguieron hácia el Oeste, sujetos á la brújula, lo que equivalia en verdad á derribar un poco hácia el Norte del punto verdadero,—certeza que aun no se habia averiguado por-la ciencia en aquella época. Entre la mañana del 10 de setiembre y la noche del 13 habia hecho la escuadra casi noventa leguas de Océano, surcando una línea que poquísimo discrepaba de la direccion recta á través del vasto desierto de aguas, habiendo alcanzado en consecuencia un punto tan lejano, sino más á Occidente que la posicion de las Azores, última tierra hácia el Este conocida entónces de los navegadores europeos. El dia 13 resultaron contrarias las corrientes, y siendo su direccion al Sureste, conociaseles una

tendencia á derribar los buques hácia el Sur, llevándolos cada hora más cerca al márgen septentrional de los alisos.

Hallábanse el almirante y D. Luis en su puesto acostumbrado la noche del 13, día ante dicho, en el momento en que Sancho dejaba el timon, por haber acabado de cumplir el tiempo de su tarea. En vez de mezclarse avante entre la chusma como de costumbre, el viejo timonel miró hácia la popa con ojos de deseo, y hallando que solo la ocupaban el almirante y su inseparable compañero, subió la escala como si anhelase hacer alguna revelacion.

—¿Quieres algo, Sancho? preguntó el almirante, aguardando á que se le allegase para satisfacerle de que no habia escuchas sobre la cubierta. Habla con franqueza; sabes que tienes mi confianza.

—Señor D. almirante, bien conoce vueselencia que no soy pez de agua dulce, para que me asuste porque una embarcacion cabecee hácia el ocaso en vez de hocicar al Este, ni que me asombre la vista de un tiburón ó de una ballena; y sin embargo, vengo á decir que este viaje no carece completamente de ciertas señales y maravillas, que no están demás para un marinero, como desacostumbradas, por no decir de mal agüero.

—Como bien dices, Sancho, conozco que no eres un mandria á quien pueda sobrecoger el vuelo de un ave ni el presagio de un naufragante mástil, y por eso despiertas mi curiosidad para que haga caso de tus insinuaciones. Este señor de Muñoz es mi secretario confidencial, y nada tienes que ocultar á sus oídos. Dí pues con franqueza y sin demora; si oro apeteces, está seguro de que tenerlo habrás.

—No, señor; mi nueva no vale un maravedí, ó más bien es superior al poder del oro; tal como ella es, vuesencia puede tomarla, y no pensar más en mi galardón. Bien os consta, señor, que nosotros los viejos marineros queremos dar suelta á nuestros pensamientos miétras cabe el timon nos hallamos, imaginándonos á veces que estamos viendo la sonrisa y miradas gachonas de alguna fregonzuela que en tierra se quedara, acordándonos en otras ocasiones del gustillo de las ricas frutas y del carnerillo de la sierra; y de trecho en trecho, por via de milagro, pensando en los pecadejos que cada cristiano suele tener sobre sus costillas.

—¡Hombre! todo eso lo sé bien; pero no es asunto digno de los oídos de un almirante.

—Tal no concedo, señor; almirantes he conocido á quienes despues de un largo crucero mucho agradaba un pedacito de carne fresca; ¡toma! y quienes tambien se han acordado de una carita de rosa y de unos ojuelos de azabache. Ahora bien, habia una vez...

—D. Cristóbal, dejadme que, para concluir, arroje este bribón á la mar, interpuso el fogoso Bobadilla, haciendo un movimiento hácia adelante cual si quisiese verificar la amenaza, cuya acción fué detenida por la mano de su jefe. ¿Es posible que jamás hayamos de oír empezar un cuento por el derecho, miétras exista en la nave este hombre?

—Mil gracias, señor condesito de Llera, contestó Sancho con sonrisa irónica. Si estais tan ducho en ahogar á un marino como en desarzonar á caba-

llos cristianos en el torneo y á infieles en la batida, de buena gana escogeria yo á algun otro para que fuese mi bañero.

—Bien conoces mi genio, socarron. ¿Con que me has conocido en algun otro viaje?

—Un gato tiene facultad de mirar á un rey de hito en hito, señor conde, ¿y por qué razon á un marino le estará vedado clavar los ojos en la cara de un pasajero? Pero paz con las amenazas; porque el secreto de vueselencia ha caido en orejas de difunto. Si llegamos á Catay, ninguno avergonzarse ha de haber emprendido este viaje; y si marramos nuestro designio, es muy probable que nadie vuelva para especificar el modo con que se ahogó vuestra excelencia, ó se murió de hambre, ó como fuimos convertidos en santos dentro del seno de nuestro padre Abraham.

—Basta, dijo Colon adustamente; refiérenos lo que tengas que decirnos, y cuidado con tu discrecion respecto á este hidalgo.

—Señor, vuestra palabra es para mí ley. D. Cristóbal, es uno de los pasatiempos del marino, durante la noche, andar velando á una amiga vieja y leal, es decir á la estrella del Norte; y mientras en esto me hallaba ocupado, hace una hora, advertí que esta fiel guia y la aguja de marear, por la cual estaba yo navegando, empezaron á contar unos cuentos muy distintos.

—¿Estás seguro de eso? preguntó el almirante con prontitud y un énfasis que descubrieron el interés que en la comunicacion sentia.

—Tan seguro, señor, como cincuenta años de estar mirando á la estrella, y cuarenta de vigilar la brújula, pueden lograrlo. Muy escasa necesidad tiene usencia de fiarse en mi ignorancia, pues que ahí teneis junto al codo vuestra brújula particular, la una puede compararse con la otra.

Ya se le habia ocurrido al gran navegante la comparacion; y luego que Sancho dejó de hablar, púsose Colon con D. Luis á examinar el instrumento minuciosamente. La primera impresion y la más natural fué la creencia de que la aguja de la bitácora estaba defectuosa, ó á lo ménos influida por causa extraña; pero una observacion más atenta convenció pronto al gran navegante que era verdadera la advertencia de Sancho Mundo. Admiróse al mismo tiempo que sintió hallar que el cuidado habitual y la vista experimentada del tosco timonel habian estado alerta y en pronta disposicion para notar una mudanza tan desacostumbrada como la presente. Era en verdad tan comun que los marinos comparasen la brújula con la estrella del Norte, lumbrera que se suponía no variaba nunca de posicion en los cielos, en cuanto esa posicion era referente al hombre, que á ningun experto timonel, que al caer la noche se hiciese cargo del gobernalle, podria írsele por alto semejante fenómeno.

Despues de repetidas observaciones hechas sobre sus propias brújulas, de las cuales habia dos, una en la popa y otra en la cámara, y de haber recurrido á los otros dos instrumentos en la bitácora, vióse Colon precisado á admitir que todos cuatro índices variaban igualmente de su direccion acostumbrada, cerca de seis grados. En vez de apuntar las agujas al Norte clavado, ó á lo ménos en línea directa de polo á polo, señalaban cinco ó seis gra-

dos hácia Occidente. Esta era una desercion tan novel como espantosa de las leyes de la naturaleza, como entónces se comprendian, y amagaban hacer el viaje muy problemático, pues que de una vez privaba á los aventureros de confianza segura en la guia principal del marino, y hacia dificultoso el navegar, sin certidumbre alguna respecto á rumbo determinado en tiempo de cerrazon ó en las noches de oscuridad. El primer pensamiento del almirante en esta ocasion fué impedir el efecto que descubrimiento semejante sería probable produjese en unos hombres dispuestos de antemano á augurar lo peor.

—No hablarás una palabra sobre esto, Sancho, dijo el almirante al timonel; ahí tienes otra dobla para acrecentar tu caudal.

—Excelentísimo señor, perdonad la desobediencia de un humilde marinero, si rehusa mi mano aceptar vuestra dádiva. Este asunto tiene visos de sobrenatural, y como el diablo puede haber metido la pata en el negocio, á fin de impedir que convirtamos al pagano, de quien hablais con tanta frecuencia, prefiero conservar mi ánima tan pura como dable me sea en el enredo actual, pues que nadie sabe de que armas habrémos de valernos, dado caso que lleguémos á las manos con el padre del pecado.

—A lo ménos puedo contar con tu discrecion.

—Respecto á esa, no hay cuidado, seor almirante; ni una sílaba saldrá de mis labios sobre esta materia, miéntras no me dé usencia permiso para hablar.

Despidió Colon al marinero, y volviósse hácia Luis, quien habia permanecido callado durante el coloquio.

—Pareceis apurado, D. Cristóbal, por esta variacion de las leyes ordinarias de la brújula, observó con sangre fria el mancebo; pareceme más acertado confiar completamente en la Providencia, la cual no nos hubiera llevado hasta aquí para abandonarnos en la hora de mayor necesidad.

—Dios infunde en el pecho de sus siervos el deseo de adelantar sus miras; pero los agentes humanos precisados se ven á valerse de medios naturales, y á fin de servirnos ventajosamente, necesario es que los entendamos. Considero este fenómeno como una prueba de que nuestro viaje ha de dar margen á descubrimientos de magnitud desconocida, entre los cuales, quizás, hayan de enumerarse los que sirvan de ovillo á desenredar los misterios de la aguja. Las riquezas minerales de España se diferencian de las de Francia en ciertos puntos; pues aunque algunas cosas son comunes á todas las regiones, hay otras peculiares á determinadas comarcas. Podrémos encontrarlas donde abunde el iman, ó podemos ahora mismo hallarnos contiguos á alguna isla, que ejerza sobre nuestra brújula una influencia inexplicable.

—¿Se ha averiguado si las islas causan este efecto?

—Hasta ahora no; ni tampoco juzgo probable semejante ocurrencia; aunque todas las cosas son posibles. Aguardarémos con paciencia á que el tiempo nos proporcione ulteriores pruebas de que este fenómeno es real y permanente, ántes de seguir racionando sobre una materia tan difícil de ser entendida.

No tardó en cortarse el asunto, aunque incidente tan extraordinario diese al gran navegador una noche pensativa é inquieta. Durmió poco Cristóbal Colon, y más de mil veces claváronse sus ojos en la brújula suspendida en su cámara, á fuer de *soplón*, pues que así llaman los marineros al instrumento por cuyo medio se informa el jefe del rumbo en que navega el timonel, cuando ménos lo sospecha. Levantóse Colon temprano para columbrar aun la estrella del Norte ántes que desapareciese entre los fulgores del dia, é hizo otra prolija comparacion entre el puesto que ocupaba y la direccion que la aguja tomaba. Resultó del exámen un ligero acrecentamiento en la variacion, y tendió á corroborar las observaciones de la noche precedente. El resultado del cálculo dió á entender que los bajeles habian corrido unas cien millas durante las últimas veinticuatro horas, y Colon se creyó á distancia sextuple de esa medida al Oeste de Hierro, miéntras los pilotos no juzgaban hallarse tan adelantados.

Como Sancho guardase su secreto y no hubo otros ojos tan escudriñadores entre los demás timoneles, esta circunstancia se eximió de la atencion general. Verdad que solo de noche podia advertirse esta variacion por medio de la estrella polar, y nada tiene de extraño que solo pudiese advertir el fenómeno la experimentada y vigilante vista de Sancho Mundo. Por consiguiente, todo el dia 14 y su noche respectiva se pasaron sin que la chusma se alarmara, y esto tanto más cuanto que el viento habia caido y que los buques se hallaban solamente á unas sesenta millas más allá de donde por la mañana. A pesar de eso y aunque muy leve, notó la diferencia Colon y averiguó con la exactitud de un marino experto que la aguja iba inclinándose gradualmente más y más al ocaso, aunque por oscilaciones casi imperceptibles.

CAPÍTULO XVIII.



Náufrago á medias,
 La brújula perdida, el nauta osado
 Su vista clava firme y anhelosa
 En tu brillo dorado,
 Buscando sin dudar, playa amistosa,
 Y los que surcan en la noche umbría
 Los desiertos del agua peligrosos
 Al ver tus claras luces animosos
 Salvos se cuentan so tu sacra guía.

HIMNO Á LA ESTRELLA DEL NORTE.

El dia siguiente fué sábado, 15, cuando la flotilla solo distaba diez soles de Gomera; ó bien la sexta mañana desde que los aventureros perdieran la tierra de vista. La última semana habia estado repleta de presagios melancólicos, aunque la costumbre empezaba ya á ejercer su influencia, y la chusma

daba indicios manifiestos de hallarse ménos desasosegada que lo estuviera durante los tres ó cuatro días anteriores. Sus recelos comenzaban á calmarse por falta de estímulos aparentes, aunque siempre existian ocultos dispuestos á estallar al menor asomo de una ocurrencia contraria. El viento continuaba favorable aunque flojo, y el camino en las veinticuatro horas podia calcularse en ménos de cien millas, con direccion clavada al ocaso. Todo este tiempo permanecia la atencion de Colon fija en las brújulas, y advirtió el sabio navegante que á medida que los buques iban más rectos al Oeste, las agujas de marear señalaban, aunque por inclinaciones apenas perceptibles, hácia la misma direccion.

Ya á este tiempo el almirante y D. Luis se habian hecho tan íntimos á fuerza del trato cotidiano, que por lo comun se levantaban y acostaban á la misma hora. Aunque demasiado ignorante con mucho de los peligros á que estaba expuesto para sentir desazon, y física y moralmente superior á toda ridícula alarma, se habia acostumbrado el mancebo á sentir, respecto al resultado, la excitacion que acompaña al audaz montero; de modo que si Mercedes no hubiera existido, se hallaba á la sazón D. Luis tan poco inclinado á regresar como el mismo Colon. Incesantemente platicaban ambos acerca del viaje y de sus esperanzas, y Luis tomaba tan á pecho su situacion, que le complacia investigar las circunstancias que pudieran tener algun influjo en su duracion y propósitos.

La noche del sábado que acabamos de mencionar se hallaban solos Colon y su fingido secretario sobre el alcázar, conversando como de costumbre acerca de las señales del temporal y de los sucesos del día.

—*La Niña* os señaló algo ayer tarde, D. Cristóbal; observó el mancebo. Yo me hallaba en la cámara, enredado con mis apuntes diarios, y no me fué posible enterarme de lo que pasó.

—Su gente habia visto un ave ó dos, de aquellas que se supone jamás se apartan mucho de la tierra. Es probable que tengamos algunas islas cerca, porque el hombre nunca ha surcado una extension de mar muy considerable sin topar con algunas. Sin embargo, no podemos perder el tiempo en ociosa rebusca de puntos tan insignificantes; pues que la gloria y el provecho de averiguar la situacion de un grupo de islotes sería resarcimiento muy pobre de la pérdida de un continente.

—¿Seguis observando en la aguja esos cambios cuya causa se ignora?

—Los que van ocurriendo solo sirven para corroborar el fenómeno. Mi principal recelo es el resultado que tendrá en los ánimos de la gente, cuando se enteren de la circunstancia.

—¿Y no hay medio de persuadirles que la aguja señala hácia el Occidente, como signo de que la Providencia nos anima á proseguir ese rumbo, á fin de que el buen éxito corone nuestro viaje?

—Buena salida sería esa, Luis, contestó sonriéndose el almirante, toda vez que el miedo no hubiera aguzado sus aprensiones á tal punto, que fuera su primera investigacion calcular porqué la Providencia habia de privarnos de los *medios* de saber hácia donde dirigíamos el rumbo, cuando estaba tan anhe-

losa de que no marrásemos la direccion que á nuestro fin nos condujera.

Un grito que salió del grupo de marineros, que se hallaban de guardia sobre la cubierta, interrumpió el coloquio, al paso que una claridad repentina disipó momentáneamente las tinieblas, iluminando las naves y el Océano, cual si innumerables antorchas vertieran sus luces sobre la porcion de esfera que formaba horizonte alrededor. Un globo de fuego se lanzaba á través del firmamento y parecia córrer á hundirse en la mar, á distancia de pocas leguas en los límites del horizonte visible. Luego que desapareció siguiéronse unas tinieblas tan profundas como brillante habia sido la luz extraordinaria. Aquel era el paso de un meteoro; pero fué uno de aquellos que el hombre ve una vez tan solo durante su vida, si llega á verlo alguna vez; y los supersticiosos marinos no dejaron de anotar el incidente, uniéndolo á los demás agüeros extraordinarios que acompañaron el viaje; los unos presagiando bien, los otros mal del fenómeno.

—¡Por Santiago! exclamó Luis cuando la luz se desvaneció, este viaje, señor D. Cristóbal, no parece destinado á que no hagan caso los elementos. Sea que estas maravillas hablen en nuestro favor, ó que en contra nuestra se declaren, denotan cosas extrañas á las que diariamente se ofrecen á la vista del hombre.

—Así acontece al espíritu humano, contestó Colon. Solo con que el hombre traspase los límites de sus ordinarios hábitos y deberes, descubre maravillas en las mudanzas más comunes de la atmósfera, en el resplandor de un relámpago, en el rugir de una ráfaga, en el paso de un meteoro; sin hacerse cargo de que todos estos fenómenos existen en su propia conciencia; y que ninguna conexión tienen con las leyes cotidianas de natura. Estos espectáculos nada raros son en las latitudes bajas; y nada pronostican en pró ni contra de nuestra empresa.

—Excepto, señor almirante, en cuanto puedan afectar los ánimos y fascinar las imaginaciones de la gente. Me dice Sancho que cunde en la tripulacion un sordo contagio de descontento; y que miéntras los marineros aparentan estar tranquilos, su disgusto del viaje va haciéndose más patente de hora en hora.

No obstante la opinion del gran caudillo y del trabajo que se tomó á fin de explicar el fenómeno á la tripulacion, el paso del meteoro no solamente habia causado profunda impresion en los ánimos, sino que de guardia en guardia comunicóse la ocurrencia, que fué durante la noche asunto de conversacion seria y animada. Pero el incidente no produjo una manifestacion abierta de descontento; algunos pocos lo juzgaron agüero propicio, aunque los más lo tuvieron por amonestacion contra cualquiera tentativa impía que se hiciera con el objeto de escudriñar aquellos arcanos de la naturaleza, que segun sus nociones no habia tenido á bien Dios revelar al hombre.

Entre tanto los bajeles seguian su rumbo con toda serenidad hácia el Occidente. Con mucha frecuencia habia variado el viento, tanto respecto á fuerza como á direccion, pero nunca de modo que obligase á los buques á acortar

vela, ó á sesgar del punto que el almirante creía ser el rumbo verdadero. Suponían que caminaban al poniente clavado; pero debido á la variacion, seguían un curso más al Suroeste y se aproximaban insensiblemente á los alisios, cuyo derribo lo debían también á la fuerza de las corrientes. Para el 15 ó 16 del mes la escuadrilla se hallaba unas doscientas millas más apartada de las costas europeas; aunque Colon tomaba siempre las precauciones acostumbradas para aminorar la distancia á los ojos de la gente. El último de los días mencionados fué domingo, y los oficios religiosos, que entónces rara vez se descuidaban en un buque cristiano, produjeron un efecto sublime y profundo en el ánimo de los aventureros. Hasta la sazón el temporal había participado del carácter general de aquella época del año; y pocas nubes con una ligera llovizna habían mitigado hasta cierto punto los calores, las cuales no tardaron en disiparse, y sucediólas una blanda brisa del Sureste que parecía venir embalsamada con la fragancia de la tierra. Los hombres se juntaron para cantar el himno vespertino, alentados con tan halagüeña bonanza, y los bajeles se acercaron unos á otros, cual si fuese para formar un solo templo en honra de Dios, entre las vastas soledades de un Océano, que rara vez, ó por mejor decir nunca, lo había surcado la henchida lona. La alegría y la esperanza vinieron en pos de este acto devoto, y ambos sentimientos se acrecentaron de resultas de un grito que lanzara el marinero del tope, quien señalaba á proa y á estribor cual si descubriese por aquellas partes algun objeto interesante. Levemente varióse el rumbo, y á poco se hallaron los bajeles en un campo de yerba marina que cubría el Océano muchas millas alrededor. Esta señal de no hallarse muy distante la tierra fué acogida por los marineros con gritos de gozo; y hasta los mismos que una hora ántes se habían medido en el borde de la desesperacion, sintiéronse ahora henchidos de alegría.

Aquel verdor era en verdad de una clase á propósito para despertar la esperanza en el pecho del marino más desconfiado. Aunque algunos tallos habían perdido su frescura, mucha parte se conservaban todavía lozanos, pareciendo acabados de arrancar de las madres peñas ó de la tierra que alimentádolos había. Ni aun los pilotos tenían ahora duda de que estuviese á la mano alguna desconocida costa. Viéronse también atunes en abundancia, y la gente de la *Niña* tuvo la buena fortuna de coger uno. Abrazábanse unos á otros los marineros, llenos los ojos de lágrimas, y muchas manos se apretaron cordialmente que el día anterior se hubieran retraído con misantrópica adustez.

—¿Y participais de esta esperanza, D. Cristóbal? preguntó Luis; ¿hemos verdaderamente de aguardar las Indias en consecuencia de estos yerbajos, ó carece la suposicion de fundamento?

—La gente se engaña suponiendo tan próximo el término del viaje. Todavía debe distar Catay mucho de nosotros. Solo hemos andado trescientas sesenta leguas desde que perdimos á Hierro de vista; lo que segun mi cómputo, equivaldrá á una tercera parte de nuestras jornadas. Menciona Aristóteles que ciertas naves de Cádiz fuéron impelidas á Occidente por recias ventolinas, hasta que llegaron á una mar cubierta de yerbas y en puntos donde abunda-

ban los atunes. Bien debéis saber, Luis, que este pez, suponían los antiguos, veía mucho mejor con el ojo derecho que con el izquierdo, á causa de que notaban, que al pasar el Bósforo, siempre se iban por la costa derecha para buscar el Euxino y por la izquierda para volver.

—¡Por san Francisco! nada tiene de particular que unos animalejos tan tuertos se hayan extraviado tan léjos de sus casas, interrumpió el liviano don Luis, riéndose á carcajadas. ¿Y dice también Aristóteles como ponían los ojos para mirar á las bellezas, ó si sus nociones de la justicia eran parecidas á las de aquel magistrado que tomaba propina de ámbos litigantes?

—Aristóteles habla tan solo de la presencia de esta clase de peces en el herboso Océano, que delante de nosotros se extiende. Imagináronse aquellos marinos gaditanos que se hallaban contiguos á algunas islas sumergidas, y, como el viento se lo permitiese, volviéronse cuánto ántes á sus costas. Nosotros á mi entender hemos llegado al tal paraje; mas no espero divisemos tierra tan pronto, á ménos en verdad que descubramos alguna isla que haya por aquí en el Océano á fuer de atalaya entre las costas de Europa y las del continente asiático. Sin duda no dista mucho la tierra de donde se han arrancado estas plantas; pero me importa poco divisarlas ni descubrirlas. Catay es mi norte, D. Luis, y voy en busca de continentes, no de ínsulas.

Ahora sabemos que mientras Colon juzgaba en que no hallaría tan próxima la tierra firme, se engañaba respecto á que hubiese islas en aquellas inmediaciones. Sea que aquellos yerbajos fuesen reunidos por la fuerza de las corrientes, sea que provinieran del fondo de la mar arrancados de su lecho por la acción del agua, no se ha podido averiguar aun, aunque la última es la opinion más corriente, porque en aquellas partes del Océano existen bajíos de mucha extension. Bajo la hipótesis postrimera, los navegantes de Cádiz estuvieron más cercanos á la verdad de lo que aparece á primera vista, pues que una isla sumergida tiene toda la apariencia de un banco, á excepcion de los rasgos característicos de su primitiva formacion.

No se descubrió tierra alguna. Prosiguieron los bajeles su rumbo con una velocidad que discrepaba poco de cinco millas por hora, abriéndose camino por medio de los yerbajos que á veces se acumulaban en crecidas masas en torno de las proas, aunque no podían poner serio obstáculo á su progreso. Respecto al almirante tan altas eran sus miras, tan firmes sus opiniones acerca del gran problema geográfico que iba á resolver, que más bien anhelaba marcar que descubrir las islas, las cuales en su opinion no podrían estar á demasiada distancia. Aquel dia con su noche llevó los bajeles algo más de cien millas á Occidente, poniendo la escuadra no léjos de medio camino entre los meridianos que limitaban los extremos occidentales y orientales de los dos continentes, aunque siempre más próximos al Africa que á la América, siguiendo el paralelo de latitud que en su navegacion surcaban. Como el viento continuase firme y el mar estuviese tan liso como un rio, los tres buques iban inmediatos, y la *Pinta*, que era la nave más velera, acortaba trazo á fin de adelantarse. Por la tarde del dia despues de haber hallado los yerbajos, que fué lunes 17 de setiembre, ó el octavo dia de haber perdido de vista las costas

de Hierro, habló Martin Alonso Pinzon á la *Santa María*, é informó al piloto de guardia que era su intencion tomar la amplitud del sol, tan luego como este luminar bajase lo suficiente á fin de cerciorarse de si sus brújulas conservaban su virtud. Esta observacion, que no deja de ser muy común entre la gente de mar, juzgóse al caso hacerla simultáneamente en todas las carabelas, á fin de que el yerro de la una pudiera corregirse con la exactitud de las demás.

Hallábanse á la sazón el almirante y su amigo D. Luis disfrutando de un profundo sueño en sus camarotes, pues era tiempo de siesta, cuando despertó al primero una de aquellas sacudidas de hombro que los marinos acostumbran dar y no se enfadan cuando reciben. Nunca se necesitaba más de un momento para volver en sí al gran navegante, aun cuando el letargo más narcótico le hubiese embargado los sentidos; y así fué que al instante se halló despierto.

—Señor D. almirante, díjole Sancho, quien era el huésped intruso, ya es tiempo de levantarse; todos los pilotos están sobre la cubierta listos para medir la amplitud del sol, luego que los cuerpos celestes se encuentren en lugar adecuado. Ya el Occidente ha tomado el aspecto de un delfín moribundo, y ántes de poco dorarse ha cual yelmo del Sultan alarbe.

—¡Van á medir la amplitud, exclamó Colon poniéndose en pié; noticion es por cierto! Ahora vamos á tener entre la chusma una asonada cual no hemos visto desde que dejámos el golfo de Cádiz.

—Tambien lo pienso, excelentísimo señor, porque el marino tiene en la aguja casi igual fe á la que deposita el sacerdote en la bondad del hijo de Dios. Los muchachos están en bendito humor; pero los santos saben lo que podrá suceder.

Despertó el almirante á Luis, y á los cinco minutos se hallaron ambos en su puesto usual en la popa. Habíase adquirido Colon tal fama de navegante inteligente, pues que su dictámen era por lo comun el más arreglado á razon, aun cuando fuese contrario al de los demás pilotos de la escuadrilla, que no disgustó á estos advertir que, lejos de tomar en su mano un instrumento, era su objeto dejar el resultado á su propia habilidad y práctica. Bajóse el sol lentamente, atisbóse el tiempo adecuado, y luego aquellos rudos marinos se dedicaron á su faena, segun la moda entónces practicada. Martin Alonso Pinzon, el más diestro é instruido de todos, fué quien primero concluyó la observacion. Desde su elevado puesto le era fácil al almirante inspeccionar la cubierta de la *Pinta*, cuyo buque navegaba á distancia de algunas cien varas de la *Santa María*, y no tardó en ver á aquel comandante correr de una brújula á otra, en guisa de hombre vivamente alarmado. Pasado otro minuto ó dos, botóse al agua el esquite de la carabela, é hizose al almirante señal para que recogiera trapo, miéntras se vió al piloto de Moguer surcando en su barquilla la herbosa mar para llegarse á bordo de la *Santa María*. Al trepar por uno de sus costados Martin Alonso, su pariente Yañez, capitan de la *Niña*, hacia lo mismo por la borda contraria. En un instante se hallaron ambos al lado de Colon sobre el alcázar, adonde tambien les habian seguido Sancho Ruiz y Bartolomé Roland, pilotos del almirante.

—¿Qué significa esta premura, buen Martin Alonso? preguntóle con calma

Colon; vos y vuestro hermano Vicente, así como estos honrados pilotos acorreis cual si hubieseis recibido prósperas nuevas de Catay.

—Solo Dios sabe, señor almirante, si será dado á alguno de nosotros ver esa remota tierra ú otra playa alguna, que pueda alcanzar el marinero con la guia del imau, contestó Pinzon, con una prisa que casi le privaba el habla. Todos hemos estado comparando los instrumentos; y sin excepcion, hallamos que varian del verdadero Norte un completo punto cuando ménos.

—¡Maravilloso sería eso en verdad! Habeis sin duda tenido algun descuido en vuestras observaciones, ó puede tacharseos de negligentes en vuestros cálculos.

—No tal, nobilísimo almirante, interpuso Vicente Yañez, á fin de corroborar el aserto de su pariente. Hasta las agujas se nos tornan desleales, y al mencionar yo esta circunstancia al timonel más viejo de la flota, me ha dicho que toda la noche pasada advirtió que se hallaban discordes la estrella polar y la brújula.

—Otros dicen lo mismo aquí, añadió Ruiz el piloto; ¡vaya! y aun no falta quien esté dispuesto á jurar que se ha notado esta maravilla desde el punto y hora que entramos en el mar de las yerbas.

—Tal puede ser, caballeros, contestó Colon sin manifestar la más leve mudanza en su semblante, y sin embargo no por eso resultarnos ha mal ninguno. Todos sabemos que los cuerpos celestes tienen sus revoluciones, algunas de las cuales son irregulares sin duda, al paso que otras se hallan más conformes con ciertas establecidas reglas. Así sucede con el mismo sol, que da una vuelta á la tierra en el corto espacio de veinticuatro horas, mientras no hay duda que tiene otros movimientos más sùtiles, desconocidos para nosotros, por causa de la distancia inmensa en que en los cielos se halla colocado. Muchos astrónomos se han creído capaces de descubrir estas variaciones, pues se han visto á veces grandes manchas en el disco de ese luminar, las cuales han desaparecido cual si se ocultasen detrás de él. Creo se descubrirá tambien que la estrella del Norte ha hecho un pequeño desvío en su posicion, y que proseguirá moviéndose así durante un corto período, despues del cual no hay duda que la veremos volver á su puesto ordinario, de donde podrá deducirse que su excentricidad efímera ha alterado su acostumbrada armonía con las agujas de marear. Observad bien la estrella toda la noche; y por la mañana tómesese de nuevo la amplitud, y entónces espero se hará patente la verdad de mi conjetura, comprobándose por la regularidad del movimiento del cuerpo celeste. Léjos de desalentarnos semejante signo, debemos más bien regocijarnos por haber hecho un descubrimiento que enaltecerá esta expedicion por haber añadido nuevos descubrimientos á las ciencias exactas.

Vieronse precisados los pilotos á contentarse con esta solucion, por falta de otros medios para satisfacerse. Largo tiempo permanecieron sobre el alcázar, platicando acerca de tan extraña ocurrencia, y como los hombres en sus cálculos más ciegos, á fuerza de racionar se tranquilizan ó alarman, en esta ocasion los comandantes de los buques consiguieron afortunadamente acoger la primera de estas sensaciones. Respecto á los marinos bajo su mando, la

eleccion fué más difícil, pues luego que cundió entre las tripulaciones de los barcos que las agujas habian comenzado á desviarse de su ordinaria direccion, apoderóse de ellas con cortas excepciones un sentimiento parecido al de una desesperacion mortal. Sancho prestó entónces un eminente servicio. Cuando el pánico estaba en su apogeo y la gente dispuesta á acudir al almirante, solicitando que las proas de las carabelas se pusiesen inmediatamente al Noreste, interpuso el viejo gaviero su conocimiento é influencia á fin de aplacar el tumulto. El primer arbitrio á que recurrió, con el objeto de devolver el juicio á sus camaradas, fué el de jurar que habia conocido en mil ocasiones discrepar la aguja y la estrella del Norte, sin que hubiese acontecido ningun daño, aunque sus ojos hubiesen atestiguado el hecho en mil ocasiones. Invitó á los marineros más viejos y experimentados á hacer una exacta observacion de la diferencia que ya existia, correspondiente á un punto entero de la rosa náutica, y luego que viesen por la mañana si la diferencia no se habia acrecentado en la misma direccion.

—Este, prosiguió el honrado timonel, será un signo cierto, amigos míos, de que tiene movimiento la estrella, pues que todos vemos que las brújulas continúan en el mismo estado que cuando salimos de Palos de Moguer. Cuando una de dos cosas se pone en movimiento, y se sabe cuál de las dos se mantiene constante, poca dificultad hay en descubrir la que ha echado á andar. Ahora bien, mira tú, Martin Martinez, este era uno de los más alborotados, las palabras valen poco cuando los hombres pueden probar sus dichos por medio de experimentos tan seguros como este. Estás viendo esas dos pelotas de lana torcida encima de esa hilandera; pues bien resta saber cuál va á quedarse ahí y cuál vamos á quitar. Me llevo la más chica, lo estás viendo, y queda la mayor; de donde se sigue que como solo puede quedar una, y esa es la más grande, preciso es llevarse la más pequeña. No juzgo que haya hombre ninguno digno de navegar una carabela, á favor de estrella ó de brújula, que niegue una cosa probada con tanta claridad y sencillez como esta.

Martin Martinez, aunque era un marinero de los más desafectos, no tenia nada de lógico, y como Sancho corroborase con abundantes tacos y ternos sus demostraciones, acrecentóse el número de sus partidarios. Como que nada hay que más anime al tosco y descontentadizo rebelde que notar que su partido es el más fuerte, así nada le desalienta tanto como advertir que se encuentra en minoría; y Sancho pudo conseguir atraer la mayor parte de sus compañeros á la creencia de que era conveniente aguardar el resultado de las cosas hasta la mañana próxima, ántes de entregarse á acto alguno de temeridad.

—Bien has hecho, Sancho, díjole Colon una hora despues, cuando se le acercó el marinero á fin de darle parte de lo ocurrido y del estado de excitacion en que la chusma se encontraba. En todo has obrado bien excepto en tus juramentos para probar que ántes atestiguaras el fenómeno. En cuanto he navegado de los mares, y cuidado que he sido nimio en mis observaciones y no me ha faltado estudio para hacerlas, nunca habia visto la aguja variar de su direccion hácia la estrella del Norte; y creo que lo que de mi noticia se ha escapado no sería tan fácil atrajese la tuya.

—Me haceis injusticia, seor almirante, y causado una herida á mi honradez que solo puede curarse con una dobla.

—Bien te consta, Sancho, que nadie sintió más alarma que tú, cuando notámos por primera vez la variacion de la aguja. Tan grande fué tu recelo, que hasta rehusaste recibir la moneda de oro; debilidad de que por lo comun estás en extremo inocente.

—Señor, cuando primero se advirtió la novedad, cierto es que tal sucedió; pues con el objeto de no engañar á quien tiene mayor penetracion de la que ordinariamente cabe en dote al hombre, imaginéme que eran tan ténues nuestras esperanzas de regresar á las costas españolas ó á visitar á Santa Clara de Moguer, que importaba poco quien fuese el almirante y quien el timonel mondo y lirondo.

—Y sin embargo pretendes ahora echarla de guapo y negar el miedo que te dió. ¿No juraste á tus camaradas que habias presenciado ántes este fenómeno más de mil veces?

—Sí, señor excelentísimo, esa es una prueba de que un caballero puede servir para virey y almirante, y saber todo acerca de Catay, sin tener nociones muy claras respecto á la historia. Dije á mis camaradas, señor don Cristóbal, que habia advertido estos signos ántes, y que si se me ataba á un palo para ser quemado como mártir, suerte que pienso algunas veces ha de acontecernos á los que somos hombres de bien por superfluidad, apelaria á usencia mismo, seor almirante, para atestiguar la verdad de mis asertos.

—Entónces, Sancho, echarias mano de un testigo poco á propósito, pues que ni me sirvo de juramentos falsos, ni me gusta alentar á otros para que se sirvan de ellos.

—D. Luis de Bobadilla y Pedro de Muñoz, que presentes están, serian mis fiadores, dijo el impertérrito Sancho; pues que cuando á un hombre se le acusa falsamente, defensa ha de dársele, y esa exijo yo ahora. Usencia tendrá la bondad de acordarse que fué en la noche del 13 cuando primero notifiqué á su magnitud la novedad, y que ahora nos hallamos en la del 17. Juré que veinte veces habia yo advertido este fenómeno, ó como se llama, en esas cuarenta y ocho horas, pudiendo haber dicho con mayor verdad doscientas. ¡Por santa María! no hice otra cosa que cavilar en él durante las primeras.

—Anda, Sancho, tu conciencia tiene latitud así como longitud, pero bien sabes donde te aprieta el zapato. Ahora que entiendes el motivo de esta variacion, deberás alentar á tus camaradas, así como tambien alentarte á tí mismo.

—No hay duda de que todo será como usencia dice respecto á que la estrella viaje; repuso Sancho, y se me ha venido á las mientes que es posible estemos más próximos á Catay de lo que nos figuramos; ¿quién sabe si esta variacion será hechura de algunos espíritus mal dispuestos para descarriarnos en nuestro rumbo?

—Marcha á recogerte, socarron, y acuérdate de tus pecados; dejando la solucion de esos misterios á los que tienen más enseñanza que tú. Ahí está tu dobla, y cuidado con ser discreto.

Por la mañana las tres carabelas aguardaban impacientes el resultado de las nuevas observaciones. Como el viento continuase favorable, aunque poco recio, y se descubriese una corriente en la dirección del ocaso, los buques habian hecho durante las veinte y cuatro horas precedentes algo más de ciento y cincuenta millas, lo que hacia muy perceptible el aumento de la variacion, corroborando por este medio la profecía que Colon se habia aventurado á hacer de resultas de sus observaciones. Con tanta facilidad son los ignorantes engañados por los discretos, que esta solucion satisfizo las dudas, y creyóse en general que la estrella se habia movido mientras la aguja permanecía fija.

Hasta que punto desca rriase á Colon su propia lógica, es hasta el dia un asunto disputable. Que se valió de engaños que pudieran considerarse inocentes á fin de sostener el ánimo de sus compañeros, consta del hecho de sus dos cómputos, el público y el privado; pero no hay prueba para creer que en esta ocasion tuviese que recurrir á medio semejante. Ninguna persona de instruccion creia, aun cuando se desconociesen las variaciones de la aguja, que señalase esta precisamente á la estrella polar; suponiéndose un nuevo accidente la coincidencia en la dirección del acero magnetizado y la posicion del astro celeste; y nada hay de extravagante en subputar que el gran navegador, dueño del instrumento, estaba al alcance de averiguar que no habia perdido visiblemente parte alguna de su virtud, al paso que solo le era dado racionar por analogia respecto á las evoluciones de la estrella, pudiera imaginarse que una amiga, á quien siempre encontrara tan leal, le hubiese abandonado, dejándole dispuesto á achacar el misterio del fenómeno á los moradores más distantes del espacio. Se han aventurado dos opiniones acerca de la creencia del célebre navegante en la teoría que sostuvo esta vez; la una afirmando, la otra negando su buena fe en apoyar la doctrina que estableciera. Los que sostienen la última, sin embargo, parecerán discurrir con poca exactitud, pues que su argumento principal se apoya en la improbabilidad de que un hombre como Colon profiriese un absurdo científico tan craso, cuando la ciencia misma estaba tan poco enterada de la existencia del fenómeno, como hoy se sabe de su causa. Siempre posible es que no tuviese el almirante nociones fijas sobre la materia, aun cuando estuviese medio inducido á esperar que fuese correcta la explicacion; porque cierto es que en medio de la ignorancia geográfica y astronómica de aquel siglo, ese hombre extraordinario tenia algunas vislumbres sublimes y exactas de las verdades que aun se hallaban en embrion fiando sus demostraciones al resultado del raciocinio inductivo.

Por fortuna si bien la luz del alba trajo en pos los medios de averiguar con certidumbre la variacion de la aguja, tambien acarreó los arbitrios correspondientes para cerciorarse de que la mar seguia aun cubierta de yerbajos y otras señales que se creyeron alentantes respecto á la proximidad de tierra. Estando ahora la corriente en la misma dirección que el viento, la superficie del Océano se veia al pié de la letra tan lisa como la de un estanque, y pudieron los bajeles navegar sin peligro, á pocas brazas unos de otros.

—Estas yerbas, señor almirante, gritó Martin Alonso Pinzon, se parecen las que se crían á las márgenes de los rios, y creo que nos hallamos en la embocadura de alguno muy anchuroso.

—Puede ser, contestó Colon, y no puede haber mejor prueba que la del sabor del agua. Venga un cubo, á fin de que nos cercioremos.

Miéntas se ocupaba Pepe en obedecer esta órden, aguardando á que pasase el buque por una grande aglomeracion de yerbajos, los ojos linceos del almirante descubrieron una centolla bregando en la superficie de las verdosas plantas, y gritó Colon al timonel á buen tiempo para que pudiera sesgar y se recogiera el animalejo.

—Esta es una presa de mucho valor, amigo Martin Alonso, dijo el almirante, levantando la centolla entre el pulgar y el índice á fin de que el otro la viese. Estos crustáceos rara vez se separan de tierra arriba de ochenta leguas; y mirad tambien, ahí va una de esas aves de los trópicos que nunca duermen fuera de las playas. No hay duda que Dios nos favorece, y lo que debe hacernos más agradecidos por estos signos, es la circunstancia de que provienen todos del Occidente; sí, del Occidente desconocido y misterioso.

Un viva general prorumpió de todas las tripulaciones al notar estas señales, y otra vez aquellos hombres, que tan recientemente se habian visto en el borde de la desesperacion, hinchieronse de esperanza, y consideraron como agüeros propicios hasta las ocurrencias más ordinarias del Océano. Todos los buques habian subido sus cubos de agua, y cincuenta bocas al momento la probaron, no habiendo hombre que no declarase hallar aquella agua ménos salobre que de costumbre. Tan completa fué la ilusion creada por aquellas espectativas tan halagüeñas y tan radicalmente habíase desterrado toda zozobra respecto al movimiento de la estrella polar, que hasta el mismo Colon, tan circunspecto por costumbre, tan sereno, tan juicioso en medio de sus sublimes miras, cedió á su entusiasmo, é imaginóse en visperas de descubrir alguna vasta isla colocada á medio camino entre Asia y Europa; honor que no debia menospreciarse, aunque tan poco fuera en comparacion de sus elevadas esperanzas.

—En verdad, amigo Martin Alonso, dijo el almirante, que esta agua parece ménos salada de la que por lo comun se encuentra á gran distancia de la embocadura de los rios.

—Lo mismo me dice el paladar, señor almirante; y para mejor signo, la Niña acaba de clavar otro atun y en este instante lo está metiendo adentro.

Los vivas se multiplicaban, y cada nueva prueba aparecia más alentadora que la precedente: miéntas el almirante, cediendo al ardor de las tripulaciones, mandó que se soltase todo trapo, á fin de que cada bajel se esforzara en adelantar á los otros, con la esperanza de ser el primero que descubriese la isla anhelada. Esta pugna no tardó en separar las carabelas, y la Pinta ganó á las demás, miéntas la Santa María y la Niña siguieron ménos presurosas sus aguas. Todo fué algaraza y júbilo durante el dia á bordo de aquellos buques, que navegaban por medio del Atlántico, sucediendo un horizonte á otro más allá y sin mudanza en el acuoso limite, cual un círculo se forma-

ria fuera de otro círculo, toda vez que de repente cayera en la mar alguna gran mole de materia sólida.

CAPÍTULO XIX.

Hincháronse las velas; bonancible
 Soplabá el viento, cual si optase gayo
 De su tierra nativa desprendelle.
 Y á prisa se borraaban de los ojos
 Las blancas peñas, y en la hirviente espuma
 Que en torno las ciñera, se perdian,
 Tal vez entónces de su afan osado
 El mozo vagador se arrepintiera,
 Mas en su pecho agitado y mudo
 Reprimióse el deseo, ni de sus labios
 Un acento salió de ingrata queja,
 Miétras otros lloraban y reunian
 Con la insensible brisa sus lamentos.

PEREGRINACION DE CHILDE HAROLD.

Al allegarse la noche acortó velas la *Pinta* y dejó que las naves compañeras la alcanzaran. Todos los ojos se volvieron con ansia hácia el Occidente, donde esperaban que la tierra no tardaría en aparecer. Sin embargo, la última vislumbre se desvaneció del horizonte, y las tinieblas cubrieron el Océano sin más mudanza. Continuaba la ventolina soplando halagüena del Sureste, y la superficie del Océano ofrecía una lisura cual comunmente se encuentra en los lechos de los rios grandes. Continuaban las brújulas ligerísimamente acrecentando su discordancia con la estrella polar; y nadie dudaba ya que el defecto consistiese en la estrella del Norte. Entre tanto sesgaban los bajeles hácia el Sur aunque navegaban á su entender hácia Occidente; circunstancia que impidió que Colon descubriese entónces la costa de Georgia ó la de las Carolinas, pues que si hubiera marrado las Bermudas, la corriente del Golfo, acometiéndole por estribor, le hubiera derribado al Norte al aproximarse á la tierra firme.

Pasóse la noche como de costumbre, y al medio día del 17, ó al finar el día náutico, había la escuadra dejado atrás buen trecho de Océano entre ella y el antiguo mundo. Iban desapareciendo los yerbajos, y con ellos los atunes, que se alimentaban en bajíos, los cuales ascendían muchos millares de pies más cerca de la superficie del Océano que lo comun del fondo del mar Atlántico. De ordinario iban los buques muy cerca unos de otros, con el objeto de

comparar sus observaciones; pero la *Pinta*, que á semejanza de un ligero corcel se contenía con dificultad, se disparó delantera, hasta la caída de la tarde, cuando se puso en facha para aguardar á las demás. Al llegar la *Santa María*, dispúsose á hablar con ella Martin Alonso, con la toca en la mano, y solo aguardó á que estuviera el buque al alcance de su voz.

—Dios aumenta las señales de tierra y las causas de alentamiento, señor don Cristóbal, gritó con alegría el piloto mientras la *Pinta* volvía á henchir sus velas á fin de hacer compañía al almirante. Hemos visto una bandada de aves por la proa, y las nubes hácia el Norte aparecen pesadas y densas cual si cobijasen alguna isla ó continente.

—Sois un mensajero muy grato, dignísimo Martin Pinzon, aunque quisiera advertiros que cuando más, solo espero tropezar en estas latitudes con algun grupo de islotes; pues el Asia dista aun de nosotros algunos dias de camino. Al acercarse la noche advertiréis que esas nubes toman todavía más la apariencia de tierra, y no dudo que haya islas á uno y otro lado de nosotros; pero Catayes mi fin, y los hombres que tienen delante un objeto tan grandioso no es justo se extravien en busca de otros de menor cuantía.

—¿Me dais permiso, ilustre almirante, para que me anticipe con la *Pinta*, á fin de que nuestros ojos sean los primeros que se refocilen con la vista preciosísima del Asia? No dudo que hemos de descubrirla ántes que raye la próxima alba.

—Id con la ayuda de Dios, honrado piloto, si á bien lo teneis; aunque os aviso que ningun continente saludará todavía vuestros ojos. Sin embargo, en el supuesto de que cualquiera tierra que exista en estas lejanas y desconocidas mares ha de ser un descubrimiento, y siendo honra para Castilla tambien como para todos nosotros, el que primero la columbre no se quedará sin galardón. Vos, ó cualquier otro, teneis mi permiso para descubrir islas ó sea continentes á millares.

Rióse la chusma de estas palabras, pues que fácil es provocar á risa á los que tienen el corazón poco abrumado, y un momento despues arrancó la *Pinta* con el objeto de ponerse delantera. Cuando se hundió el sol vióse la otra vez en facha para aguardar á sus compañeras, semejante á un oscuro punto entre los matizados colores del cielo de ocaso. Presentaba al Norte el horizonte acopios de nubes, en las cuales no era difícil dibujarse la fantasía las cumbres de montañas escabrosas, el seno de profundos valles, con promontorios y precipicios ofuscados por la distancia.

Al dia siguiente varió el viento por primera vez desde que entraran los navegantes en la region de los alisios, y les rociaron con aguaceros de poca duracion. Hallábanse entónces inmediatos los buques, y circulaba la conversacion de uno á otro, mientras los esquifes iban y volvian incesantemente.

—He venido, señor almirante, dijo Pinzon el mayor al subir á la cubierta de la *Santa María*, impelido por la unánime solicitud de la gente, para que os suplique pongamos la proa al Norte en busca de tierra, de islas ó continentes, que sin duda hay por allí, y por cuyo medio coronaremos esta grande empresa con la gloria que se debe á nuestros ilustres soberanos y á vuestra prevision.

—El deseo es justo, buen Martin Alonso, y muy honradamente expresado; mas no es posible acceder á él. Probable es que navegando en ese rumbo llegaríamos á hacer descubrimientos muy famosos, pero marraríamos el objeto del viaje. Catay y el gran khan yacen siempre á Occidente; y nuestro deber no es añadir otro grupo de islas como el de las Canarias y Azores al conocimiento del hombre, sino el de completar la circunnavegacion de la tierra, y abrir un camino para ensalzar la cruz en aquellas regiones que por tan luenos siglos han gemido bajo el dominio de infieles.

—¿Nada se os ocurre en apoyo de nuestra súplica, señor de Muñoz? Disfrutais la confianza de S. E., y bien pudierais alcanzar gracia tan mezquina.

—Para deciros la verdad, buen Martin Alonso, contestó D. Luis con mayor familiaridad de la que pudiera esperarse en un grande hablando con un piloto, y con algo ménos de respeto que el que correspondia usar á un secretario para con el segundo jefe de la expedicion; para deciros la verdad, buen Martin Alonso; encuéntrase mi corazon tan preocupado con la idea de convertir al gran khan, que no me siento dispuesto á torcer mientras esa gloriosa fazaña no se lleve á cabo. He notado que Satanás puede muy poco contra los que guardan la recta via, mientras tiene tanto poder sobre los que se desvian, que sus dominios están repletos de extraviados.

—¿No hay pues esperanza, noble almirante, y hemos de abandonar estos signos alentadores sin procurar seguirlos hasta alguna conclusion ventajosa?

—No veo mejor camino, honrado amigo; esta lluvia es un indicio de tierra, y tambien esta calma: luego ahí tenemos un visitante que va en busca de la *Pinta*, con intencion supongo de descansar en ella sus fatigadas alas.

Volviéronse Pinzon y cuantos estaban cerca de él, y con deleite y asombro vieron un pelicano con alas extendidas, las cuales medirian algunos diez piés, volando á pocas brazas de la superficie de la mar, y en apariencia dirigiéndose hácia el bajel mencionado. La ave aventurera, cual si desdénase visitar á un subalterno, dió vuelta á la *Pinta*, y surcando grandiosamente el aire en direccion de la *Santa Maria*, se posó en una verga.

—Si esa no es señal de que esté próxima la tierra, dijo con mesura el almirante, es aun mejor; la de sernos propicio el Sér Supremo, quien nos envia estos agüeros alentadores á fin de confirmarnos en nuestra intencion de servirle y de perseverar hasta el remate. Nunca ántes, Martin Alonso, he visto yo una ave de esta especie á mayor distancia de las riberas que la que pudiera atravesar con el vuelo de un dia.

—Tal lo he experimentado tambien, noble almirante, y á par vuestra considero esta visita como pronóstico favorable. Pero, ¿no podrá ser una insinuacion para que variemos de rumbo y busquemos tierra por ese lado?

—No lo interpreto así, ántes bien lo juzgo motivo para seguir adelante. A nuestra vuelta de las Indias podemos examinar con mayor prolijidad esta parte del Océano; aunque nada juzgaré conseguido mientras á las Indias no lleguemos, y las Indias distan todavía de nosotros centenares de leguas. Sin embargo, como el temporal nos favorece, harémos junta de pilotos, á fin de ver en qué parte del mapa ha colocado cada cual su respectivo buque.

A esta insinuacion se reunieron todos los mareantes á bordo de la *Santa Maria*, y cada uno hizo sus cálculos, clavando un alfiler en el toscó mapa; toscó respecto á exactitud, aunque muy pulido en cuanto á ejecucion, pues era el que el almirante, con los conocimientos que entónces poseia, habia delineado del Atlántico. Vicente Yañez y sus compañeros de la *Niña* pusieron el alfiler más delantero, despues de haber medido cuatrocienas leguas marinas distante de Gomera. Algo se diferenció de ellos Martin Alonso, quien clavó el alfiler veinte leguas más al Este. Cuando le tocó á Colon fijó el suyo á veinte leguas más atrás que Martin Alonso; pues sus compañeros, á fuer de calculistas ménos hábiles, habian en toda apariencia adelantádose mucho de la verdadera distancia. Determinóse en seguida lo que habia de decirse á las tripulaciones, y volviéronse los pilotos á sus bajeles respectivos.

Parecerá que Colon creia que se hallaba pasando por entre islas, y un historiador, Las Casas, afirma que en efecto no iban erradas sus conjeturas; pero si han existido islas en aquella parte del Océano, mucho tiempo há que han desaparecido; fenómeno, que al paso que no es imposible, apénas puede juzgarse probable. Se dice haberse visto rompientes por aquellos sitios hasta en el siglo actual, y no es difícil que existan extensos bajíos, aunque Colon no halló fondo á doscientas brazas. La gran coleccion de yerbajos es un hecho que autentizan los recuerdos más antiguos de las investigaciones humanas, y este fenómeno es debido probablemente á algun efecto de las corrientes, que tienden á producirlo; miéntras las aves habrán de considerarse extraviadas y atraídas á tan larga distancia de sus acostumbradas guaridas por el alimento que precisamente deberian encontrar en aquella reunion de plantas marinas y peces. Las aves acuáticas tienen la facultad de reposar sobre el agua, y el pájaro que puede surcar los aires á razon de treinta ó hasta cincuenta millas por hora, solo necesita tener las fuerzas para atravesar el Atlántico en cuatro dias con sus noches.

A pesar de estos halagüenos signos, las diversas tripulaciones comenzaron á sentir en breve el peso de un desaliento renovado. Sancho, quien estaba en constante, aunque secreta comunicacion con el gran piloto, le tenia al corriente del estado de los ánimos, y vino á decirle que empezaba á prevalecer un descontento más que comun, pues que la gente, á causa de lo súbito de la reaccion, habia pasado desde la esperanza hasta la desesperacion. Refirióse este hecho á Colon al ponerse el sol por la tarde del 20, ú once dias despues de haber la escuadra perdido la tierra de vista, y miéntras el viejo timonel aparentaba estar trabajando en el alcázar, donde hacia la mayor parte de sus comunicaciones.

—Se quejan, señor, continuó Sancho, de la lisura de las aguas, y dicen que cuando alguna vez sopla el viento en estas mares viene siempre del Este, pues que no puede soplar de ningun otro punto. Tambien creen que las calmas prueban que vamos á entrar en una parte del Océano donde no se conocen vientos, y se imaginan que estas brisas de Levante son enviadas por la Providencia á fin de alejar de tierra á aquellos que han ofendido al cielo con una curiosidad que jamás poseyera hombre ninguno de cuantos gastan barbas.

—Anfmales tú, Sancho, recordando á los pobrecillos que estas calmas reinan á veces en todas las mares; y respecto á los vientos del Este, es bien sabido que, soplando de las playas africanas, só las latitudes bajas, en todas las estaciones del año siguen al sol en su carrera diurna al rededor de la tierra. ¿Supongo que no tendrás estas aprensiones tan necias?

—Procuro mantener el corazon bien robusto, señor D. almirante, pues á nadie tengo presente á quien deshorrar, ni dejo atrás á ninguno que lamente mi pérdida. Sin embargo, complaceríame oír algo acerca de las riquezas de esas regiones remotas, porque hallo que los pensamientos del oro y de las piedras preciosas ejercen sobre mi cobardía una especie de encanto, cuando comienzo á cavilar sobre Moguer y la carne fresca que se vende en su mercado.

—Anda, anda, socarrón; tu sed de dinero es insaciable; toma esta otra dobla, y al contemplarla puedes pensar lo que quieras acerca de la córte del gran khan; asegurándote de que un monarca tan potente no carece de oro, y que tampoco es probable le falte disposición para desprenderse de él cuando lo exijan las circunstancias.

Recibió Sancho la propina, y dejó el alcázar á Colon y á su secretario.

—Estas subidas y bajadas de la chusma, dijo D. Luis con impaciencia, es preciso reprimirlas, señor; y el mejor modo de conseguirlo es aplicar á los descontentos el plano de la espada, ó si fuere menester el filo.

—Tal no puede hacerse, noble mancebo, sin que nos den mayor ocasion de la que ahora existe para semejante severidad. No creais que haya yo pasado tantos años de mi vida en solicitar los medios de conseguir tan grave designio, ni que me vea tan avanzado en mi camino, sobre desconocidas mares, para que fácilmente se me hiciera sesgar de mi propósito. Pero Dios no ha creado á todos los hombres iguales, ni tampoco ha ofrecido idénticos medios de instruccion al noble y al plebeyo. Tantas veces he apurado mi espíritu á fuerza de argumentos sobre este mismo asunto con los grandes y con los sabios, que he aprendido á tolerar á los pequeños y rudos. Imagináoos cuanto miedo hubiera aguzado las mientes de los sabios de Salamanca si nuestras discusiones se hubiesen tenido en medio del Atlántico, donde nunca ha estado hombre ninguno, y desde donde solamente los ojos de la lógica y de la ciencia pueden descubrir una segura via.

—Es muy cierto, señor almirante, y sin embargo paréceme que si fuesen caballeros vuestros antagonistas no cederian tanto al miedo. ¿Qué peligro recelamos aquí? Nos vemos en el anchuroso Océano, verdad es, y á distancia de algunos centenares de leguas de las islas conocidas; mas no por eso dejamos de estar en completa seguridad. ¡Por san Pedro! he visto perderse más vidas en una sola carga contra el moro que las que cabrian apiladas dentro de estas carabelas, y derramarse suficiente sangre para que nuestras naos pudiesen flotar en ella.

—Los peligros que la gente recela no causan tanta impresion á la vista como una carga contra el moro, señor D. Luis; mas no por eso son ménos terribles. ¿Dónde está el manantial que ha de suministrar agua al seco labio,

luego que nos falten los abastos, y dónde los campos que hayan de proporcionarnos pan y los demás alimentos? Espantoso es hallarse reducido á los últimos trances de la vida por falta de agua y víveres en la superficie del anchuroso Océano, muriéndose un hombre por pulgadas, y tal vez sin los consuelos de la Iglesia, y aun sin la esperanza de que se le entierre en sagrado. Estas son las fantasías de los marineros, y solo las mitigan cuando la obligacion exige violentos remedios para calmar sus desvaríos.

—Paréceme, D. Cristóbal, que será tiempo de pensar en eso luego que nuestras botas se hallen agotadas, y solo queden las migajas de la última galleta. Hasta entónces, suplico á vuesencia aplique la lógica necesaria á la parte *exterior* de las chollas de esos belitres, en vez de dedicarse á la interior, que mucho dudo tenga la capacidad suficiente para contener cosa que lo valga.

Entendia Colon demasiado bien el genio del mancebo para darle una respuesta formal; y ambos permanecieron reclinados por algun tiempo contra el palo de mesana, contemplando la escena que delante tenian y cavilando sobre lo precario de su situacion. Era de noche, y los rostros de los que estaban de guardia solo eran visibles al reflejo de una luz que no prestaba suficiente claridad para distinguir los semblantes. Los marineros estaban en grupos; y era evidente por los acentos bajos, aunque enérgicos, con que hablaban, que discutian asuntos referentes á la calma y á los riesgos que corrian. Diseñábanse tambien los contornos de la *Niña* y de la *Pinta* bajo un firmamento tachonado de brillantes estrellas, miéntras sus inertes velas pendian en festones como el ondeado de un cortinaje, y sus negros cascos tan estacionarios yacian como si ambos bajeles estuvieran surtos en alguno de los rios de España. Blanda y suave era la noche; pero la inmensidad del yermo, la profunda calma del adormecido Océano, y hasta el crugido de alguna entena, recordando al alma la presencia de unos bajeles así situados, formaban una escena sublime.

—¿Descubris alguna cosa revoloteando en las jarcias, Luis? preguntó con cautela el almirante. Mi oído me engaña ú oigo el aleteo de una avecilla. Tambien los sonidos son vivos y ligeros, cual los producen los pajarillos de insignificante tamaño.

—Teneis razon, D. Cristóbal; veo gran número perchados en las vergas superiores, cuyo volúmen es igual al de los cantores más pequeños de la tierra.

—Escuchad, repuso el almirante; ese gorjeo es señal propicia, y tan melodiosa á la que pudiera oirse en los naranjales sevillanos. Loado sea Dios por esta señal de la extension y unidad de su imperio; pues que la tierra no puede estar muy distante, cuando pajaritos tan endeblés han salido de las riberas tan recientemente.

La presencia de los pájaros pronto llegó á saberse de la tripulacion, y los cantos de aquellos habitantes del aire trajo más consuelo á la chusma que el que hubiera producido la demostracion matemática más hábil, aunque estuviese fundada en el saber moderno, sobre los sentimientos más susceptibles de hombres ordinarios.

—Bien te dije que no estábamos lejos de tierra, gritó Sancho, volviéndose con aire de triunfo á Martin Martinez su perpétuo contrincante. Aquí tienes una prueba que nadie sino un mandria puede negar. Ya oyes los gorjeos de las avecillas de los jardines, cantares que jamás saldrian de las gargantas de pájaros cansados, y que resuenan tan gayos como si los picaruelos estuviesen picoteando un higo ó un racimo de uvas en una viña de España.

—Tiene razon Sancho, exclamaron á una los marineros. Tambien el aire huele á tierra, y hasta la mar va tomando el color de agua costanera. Dios está con nosotros; ¡bendito sea su santo nombre! y ¡viva el rey nuestro señor, y su consorte real la señora doña Isabel!

Desde aquel punto desapareció del barco toda pesadumbre. Hasta el mismo almirante juzgó que la presencia de unas aves tan chicas, las cuales se creía tuviesen tan mezquina fuerza en las alas, era una evidencia inequívoca de que la tierra estuviese inmediata; y tambien tierra de productos generosos y de clima benigno y suave, porque estos cantorcillos, cual el sexo más blando de la familia humana, aman con preferencia las escenas que más favorecen sus propensiones gentiles y hábitos delicados.

Desde entónces ha probado la investigacion que, por muy plausibles que sean las bases del error, estaba Colon equivocado. Los hombres se equivocan muchas veces acerca de las facultades fisicas de los animales inferiores de la creacion, y otras veces exageran el alcance de su instinto. En el hecho, una ave de ligero peso estaria ménos expuesta á perecer en el Océano y en aquella latitud tan baja, que otra de mayor volúmen, no siendo acuática una ni otra. La yerba marina por sí misma suministraria infinitos puntos de descanso para los pajaritos y hasta abundante pasto. Que las aves puramente terrestres puedan hacer largas excursiones sobre la mar, es ciertamente improbable; pero dejando aparte la consecuencia de las recias ventolinas, que á veces obligan hasta á la pesada lechuza con sus torpes alas á salir á la mar centenares de leguas, el instinto no es infalible; pues no es raro encontrar á la ballena encallada en aguas de poco fondo, y al ave revoloteando fuera de los justos límites de su costumbre. Sea cual fuese la causa de la tempestiva aparicion de aquellos pequeños habitantes del vergel sobre las vergas de la *Santa Maria*, su efecto fué muy fausto para los ánimos de los marineros. Mientras cantaban, jamás aficionados ningunos prestaron oído á los pasajes más brillantes de una orquesta con mayor delicia que aquellas toscas chusmas escucharon sus gorjeos, y mientras durmieron fué con una seguridad que tenia su existencia en la veneracion y gratitud. Renováronse los cantos con el alba, despues de lo cual toda la bandada tomó vuelo, dirigiéndose al Suroeste. El dia inmediato llevó consigo una calma y luego un aire tan liviano, que los buques consiguieron con dificultad abrirse paso por la espesa yerba que daba al Océano la apariencia de una vasta pradera inundada. Hallóse ahora que la corriente venía del ocaso, y despues de amanecer comunicó Sancho al almirante un nuevo motivo de tribulacion.

—Se lo ha metido en la cabeza á la gente, señor, dispuesta siempre á

esperar maravillas, cierta nocion que encuentra grande acogida con los apasionados á milagros. Martin Martinez, que es un filósofo en materias de miedo, juzga que este mar en que nos vamos internando cada vez más yace sobre multitud de islas hundidas, y que los yerbajos, que sería ocioso negar que se van espesando á medida que adelantamos, se aglomerarán tanto, que no les será dado á las carabelas seguir adelante ni atrás.

—¿Y encuentra Martin quién crea suposicion tan ridícula?

—Señor almirante, muchos son sus prosélitos; y por la sencilla razon de que es más fácil hallar quien crea despropósitos que verdades. Pero á los dichos del hombre corroboran ciertas desgraciadas casualidades que deberán provenir del príncipe de las tinieblas, pues este señor no puede tener gran deseo de ver á usencia llegar á Catay con la intencion de hacer un buen cristiano al gran khan y de erigir la cruz en sus dominios. Además la calma aqueja gravemente á muchos, y á las avecillas se las comienza á mirar como á criaturas enviadas por Satanás para guiarnos á sitio desde donde volver no podamos. Hasta no falta quien cree que hemos de tropezar con algun bajo y quedarnos encallados en medio del ilimitado Océano.

—Haz que los hombres se preparen á sondar: ahora les mostraré la necesidad de esta idea á lo ménos, y cuida de que todos se reunan para presenciar el experimento.

Repitió Colon esta órden á los pilotos, y echóse la sondalesa del modo usual. Braza tras braza sumergióse el cordel hasta que sobró tan poco que fué preciso parar su descenso.

—Bien veis, amigos míos, que aun distamos del bajo doscientas brazas; sí, de ese bajo que tanto temiais; y mucho más, pues que el fondo está fuera del alcance de nuestra medida. ¡Ved! una ballena está á poca distancia nuestra, resoplando sus caños de agua; animal que solo se encuentra en las costas de las grandes islas ó de los continentes.

Esta llamada de Colon, conforme con las nociones del siglo, tuvo el deseado efecto; porque á la tripulacion de su bajel dominaban precisamente las ideas más populares. Sin embargo, se sabe ahora que las ballenas frecuentan aquellas partes del Océano donde más abunda su alimento; y uno de los mejores parajes donde se las coge es el llamado *Banco Falso Brasileño*, que está cerca del centro del Océano. En una palabra, las señales que tenían conexion con los movimientos de los peces y de las aves, y que parece surtieron tan feliz efecto, no solo en los marineros de la grande empresa, sino en su almirante mismo, fuéron de menor importancia de lo que se creía entónces; pues que los navegantes estaban tan desacostumbrados á dejarse ir mar afuera, no tenían los debidos conocimientos de los misterios del Océano.

Á pesar de los instantes de regocijo y de esperanza que intervenian, la desconfianza y la aprension tornaban con toda prisa á predominar entre los marineros. Los que más desafectos se habian mostrado desde el principio se aprovechaban de cualquier incidente para aumentar la comun zozobra; y cuando el sol salió el sábado 22 de setiembre, vertiendo sus luces sobre una mar en calma, no hubo pocos á bordo de los buques que se hallasen dis-

puestos á juntarse para hacer otra solicitud al almirante á fin de que las carabelas virasen por redondo y retrocediesen al Este.

—Hemos andado centenares de leguas con viento favorable, decian, por una mar enteramente desconocida de los hombres, hasta que nos vemos en una parte del Océano donde los vientos parecen habernos abandonado del todo, y donde hay peligro de que nos veamos enredados entre yerbajos inmóviles, ó bien embarrancados en islas hundidas, sin medio de procurarnos víveres ni agua.

Argumentos semejantes eran propios de un siglo en el cual hasta los hombres más instruidos se veian obligados á buscar á tientas la senda de los conocimientos exactos, á través de las nieblas de la supersticion y de la ignorancia.

Fué pues afortunadísimo para el feliz éxito de la expedicion que una ligera brisa comenzase á soplar del Suroeste en las primeras horas del dia antemencionado, facilitando á los bajeles el que pudieran caminar y salir del vasto lecho de yerbas, que al paso que obstruian el progreso de las carabelas, despertaban los temores de la tripulacion. Como era su objeto verse zafos de los obstáculos flotantes de que estaban rodeados los bajeles, surcóse la primera clara que se encontró, y luego hizose ceñir el viento á la escuadra, guardando en lo posible el deseado rumbo. Ahora creyó Colon que navegaba al Oeste Noroeste cuando en efecto iba caminando en una direccion más próxima á su verdadero curso que cuando sus naves tendian hácia Occidente, segun la aguja de marear; debiéndose á la variacion de esta su derribo de la línea de navegar que seguir deseara. Tal circunstancia por sí sola pareceria establecer el hecho de que Colon daba crédito á su propia teoría acerca del movimiento de la estrella polar, pues que apenas es creible que navegase al Oeste Suroeste cuarta al Sur durante muchos dias consecutivos, como se sabe que lo verificó cuando era su deseo más vehemente proseguir al ocase en derechura. Caminaba ahora á medio punto de su último rumbo; aunque él y cuantos le acompañaban se creian navegando casi dos puntos á sotaventó de la ansiada direccion.

Estas leves variaciones eran bagatelas si se comparan con las ventajas que alcanzó el almirante sobre los recelos de sus seguidores, en virtud de la mudanza del viento y de la desaparicion de los yerbajos. Por la primera se convencieron los hombres de que la ventolina no siempre soplabá en la misma direccion, y por la última averiguaron que no habian llegado á paraje donde se hiciese intransitable el Océano. Aunque el viento era ahora favorable para volver á las Canarias, ya nadie solicitó que se adoptara semejante medida; pues que tan dispuestos estamos todos á desear lo que parece negárenos, y tan prontos á menospreciar lo que está á nuestra disposicion.

Aquel fué un instante en que los sentimientos de la chusma parecian tan variables como las ligeras y frustradoras brisas. Pasóse el sábado del modo ya expresado, y los buques volvieron á entrar en grandes campos de yerbas justamente cuando se ponía el sol. Luego que volvió la luz del dia, echólos la ventolina hácia el Noroeste y Noroeste cuarta al Oeste. Volvieron á abun-

dar los pájaros, entre los cuales se vió una tórtola, y muchas centollas se columbraron marineando por los yerbajos. Todos estos signos hubieran alentado á los marineros, si tantas veces no se hubiesen llevado chasco.

—Señor, dijo Martín Martínez al almirante cuando este se presentó entre la chusma con el objeto de alentar sus espíritus decaídos, no sabemos qué pensar. Durante pocos días sopló el viento en una misma direccion, impeliéndonos, como si dijéramos, á nuestra ruina, y luego nos ha abandonado en una mar semejante y cual nunca vieron los marinos que vienen á bordo de la *Santa María*. Una mar que se asemeja á las marismas cabe las orillas de los rios, y á las que solo les faltan ganados y rabadanes para equivocarnos por campos inundados con las crecientes mareas, es vista poco agradable.

—Tus marismas las constituyen los yerbajos del Océano y manifiestan la juventud de la naturaleza que las ha criado; mientras tu ventolina, que sopla del Este, es lo que cuantos han hecho viajes á Guinea saben que existe en estas latitudes bajas. En ninguna de tales circunstancias veo cosas que alarmar pueda á un marino valiente; y respecto al fondo, bien os consta que no hemos podido hallarlo con muchas y pesadas brazas de cordel. Pepe, á tí no te asaltan estas alarmas, pues considero tienes fijo tu ánimo en Catay y en lograr un vistazo del gran khan.

—Señor almirante, cual juré á mi Mónica, juro ahora á vueselencia, y fué que siempre sería obediente y leal. Si ha de enarbolarse la cruz entre los infieles, no he de volver la mano para hacer ménos de lo que me toque en ese sagrado acto. Y sin embargo, señor, á ninguno de nosotros agrada esta calma dilatada y fuera de uso. Aquí tenemos un Océano sin olas, á par que su superficie está tan lisa que mucho desconfiamos que las aguas obedezcan la misma ley á que se las ve sujetas en las costas de España; pues nunca ántes he visto una mar que tenga tal aspecto de inercia y de muerte. ¿No puede ser probable, señor, que Dios haya puesto una zona de esta serena y estancada agua al rededor del límite de la tierra, á fin de estorbar que los curiosos se entrometan en la investigacion de algunos de sus secretos más sagrados?

—Tu raciocinio tiene al ménos cierto viso de religion; y aunque falso, no merece despreciarse por cierto. Dios puso al hombre sobre la tierra, buen Pepe, para que fuese dueño de ella, y para que le sirviese, extendiendo los dominios de la Iglesia, encaminando debidamente las felicidades sin número que tan grande dádiva acompañan. Respecto á los límites de que hablas, estos solo existen en tu fantasía, pues que la tierra es esférica, ó por mejor decir, una bola que no tiene otros bordes que los que ves en todos los puntos de su superficie.

—Y respecto á lo que dice Martín, interpuso Sancho, á quien nunca faltaba un hecho ó una razon, acerca de los vientos, yerbajos y las calmas, no puedo ménos de extrañar donde haya estado navegando un marinero de sus años de servicio, sin haber notado cosas como estas, y que las considere cual novedades. Para mí todo esto es tan ordinario como el agua mansa en las costas de Moguer, y tan de cajon, que ni siquiera hubiera reparado en ella á no ser por los soponcios de Martín y de sus camaradas. Cuando la *Santa Catalina*

hizo su viaje á aquella lejana region, llamada Irlanda, topámos con una mar de yerba, á distancia de media legua ó así de la costa; y respecto al viento, sopló este sin mudanza desde el mismo punto durante cuatro semanas seguidas, y otro tanto en la direccion contraria, y así solia arreciar por un mismo número de dias, ya de acá, ya de acullá; despues de lo cual dijeron las gentes del país que soplaría de uno y otro lado en travesía; pero no permanecimos bastante tiempo sobre aquellas mares para que pueda aseverar bajo juramento los dos hechos últimos.

—¿Y no has oido que existen bajos tan vastos que una carabela jamás puede salir de ellos luego que haya embarrancado? preguntó Martinez con altanería; pues adicto él mismo á exageraciones groseras, poco le gustaba que le echasen la zancadilla; ¿y estos yerbajos no anuncian que estamos próximos á un peligro semejante, cuando estas brozas se ven á veces tan aglomeradas que casi casi estorban el paso de los buques?

—Basta, dijo el almirante; á veces tenemos yerbajos, y luego nos vemos libres de ellos; estos cambios los debemos á las corrientes; no hay duda que tan pronto como pasemos los meridianos nos hallaremos otra vez en agua limpia.

—¿Pero, y la calma, señor almirante? clamaron de consuno una docena de voces. Esta lisura desnatural del Océano, es muy asombrosa para nosotros. ¡Nunca hemos visto unas aguas más inmóviles ni muertas!

—¿Y á qué llamis aguas muertas é inmóviles? exclamó el almirante. La naturaleza misma habla con el objeto de reprochar vuestros necios temores, y de contradecir vuestro equivocado raciocinio por medio de sus propios signos y portentos.

Mientras así se expresaba Colon, la quilla de la *Santa María* se empinó sobre una marejada larga, al paso que todos sus árboles crugieron con el movimiento, y el casco se alzó al pasar por debajo el oleaje, bañando los costados de la nao desde el combés hasta las fajas. En aquel momento no se movía una pizca de aire, y los marineros miraron en rededor con un espanto que se aumentaba en virtud del asombro que entre ellos prevalecía. Apenas se hubo el bajel aplomado sobre el extenso surco, cuando un segundo oleaje lo alzó de nuevo, y sucediéndose una onda á otra, mientras la postrera siempre se henchía más que su precursora, llegó á ofrecer el Océano el aspecto de una undulacion general, aunque ligeramente marcada por intervalos con córdilleras de espuma, resultas de las aguas que chocaban unas con otras. Tardó media hora este fenómeno en llegar á su colmo; despues de lo cual los tres bajeles se quedaron en la mar *dormidos* para servirnos de un término náutico, mientras sus cascos se desplomaban sin gobierno dentro de los surcos del oleaje, é inundábanseles las cubiertas al alzarse á impulso de una marejada más profunda de lo regular. Imaginándose que esta ocurrencia sería una nueva fuente de alarma ó un arbitrio para calmar las antiguas zozobras, cuidóse Colon de procurar al instante traerla á buena cuenta en el sentido último, y haciendo que la tripulacion se reuniera al pié del alcázar, le dirigió las razones siguientes:

—Bien veis, camaradas, que vuestros recientes temores acerca de la estancacion de las aguas se ven destruidos de un modo repentino, por el mismo Dios; lo que prueba, sin disputa, que de aquí no hay que recelar ningun riesgo. Fácil sería abusar de vuestra ignorancia, y haceros creer que esta repentina marejada era un milagro operado para sostenerme contra vuestras facciosas murmuraciones é irreflexivas alarmas; pero la causa que hoy acometo no necesita de sostenes semejantes ni de auxilio que no emane del cielo. Las calmas y la lisura del agua, y hasta los yerbajos, que tanto asombro os dan, provienen de la inmediacion de algun vasto trozo de tierra; no creo que forme este un continente, pues que lo calculo mucho más distante, sino multitud de islas, tan grandes ó numerosas que constituyen un inmenso ribazo, miéntras estas marejadas atestiguan que hay viento á larga distancia, el cual ha puesto el Océano en conmocion, arándolo en gruesos surcos, cual con tanta frecuencia hemos presenciado allende, y que extienden sus esfuerzos moribundos aun fuera del alcance de la brisa impelidora. No digo que esta intervencion acontecida para espeler vuestro espanto venga inmediatamente de Dios, en cuyas manos reposa mi confianza; pero creo plenamente, y á tal favor tributo la mayor gratitud, que todo proviene de la naturaleza, y no puede juzgarse providencial en sentido ninguno, excepto en cuanto demuestra la continuacion del patrocinio divino, así como la de su bondad omnipotente. Retiraos, pues, y estad tranquilos. Acordaos que si España ha quedado á lo léjos detrás de vosotros, tenéis á Catay á poquísima distancia delante: que á cada hora se acorta ese trecho, así como el tiempo necesario para llegar á la optada meta. Aquel que permanezca leal y adicto, no tendrá motivo de arrepentirse de su confianza, miéntras aquel que ociosamente se inquiete á sí mismo ó á los demás con necias cavilaciones, espere que hay quien sostenga los derechos de sus altezas para imponer el debido respeto á los que se encuentran alistados en su servicio.

Recordamos este discurso del gran navegante con mucho mayor gusto, pues que tiende plenamente á establecer como hecho la verdad de que él no creia que aquella repentina marejada de la mar fuese debida á un milagro directo, como algunos historiadores y biógrafos están inclinados á creer sino mas bien á una intervencion providencial del divino Poder, en virtud de medios naturales, á fin de protegerle contra las consecuencias de las ciegas aprensiones de sus secuaces. No es fácil suponer que un marino tan experto como Cristóbal Colon pudiera ignorar las causas de una circunstancia tan comun en el Océano, que los que viven en sus costas tienen tantas ocasiones de atestiguar.

CAPÍTULO XX.

«Ora pro nobis Mater!» ¡Oh! que encanto
 En tales notas hubo, miéntras dulces
 Con las últimas glorias espiraban
 De la tarde, en las aguas adormidas.
 Decid, ¿no vienen del lejano polvo
 Do mis padres dormitan sepultados
 Con noble cruz y espada sobre el pecho?
 Cuan claros, ¡ay! resuenan en mi oído
 Sus tiernos vituperios!... ¡Ora!... ¡ora!
 Y á par que lo repite ola purpúrea,
 De mi niñez las ilusiones vagas
 De nuevo resucitan en mis mientes!
 ¡Necio de mí! que imaginéme duro
 Sufrir por ello el potro y la cadena.

EL SANTUARIO DE LA SELVA.

No estará demás recapitular ahora, y hacer que el lector sepa claramente hasta que punto de las desconocidas aguas del Atlántico habian progresado ya los aventureros: cuál era su posicion real y cual su posicion supuesta. Como se ha visto, desde que salió de Gomera habia hecho dos cálculos el almirante: uno reservado para su gobierno, y el cual se aproximaba tanto á la verdad como los medios imperfectos de la ciencia de navegar que entónces se usaban podian permitir; y otro que se enseñaba á la tripulacion, el cual estaba descomputado con el fin de evitar la alarma por causa de la distancia trascurrída.

Las dilatadas calmas y ligeras brisas por la proa habian impedido que los buques hiciesen mucho camino durante los dias próximo pasados; y computando la distancia que más adelante corrieron en un rumbo al Occidente un poco llamado al Sur, aparece, no obstante los signos alentadores de aves, peces, calmas y aguas lisas, que por la mañana del lunes 24 de setiembre, ó el dia décimoquinto despues de perder de vista á Hierro, la expedicion se hallaba cerca de medio camino á través del Atlántico, contando de continente á continente sobre el paralelo de 31 á 32 grados latitud Norte. La circunstancia de que los bajeles se hallasen tan al Norte de las Canarias, cuando se sabe que la mayor parte del tiempo habian estado navegando á ocaso un poco hácia el Sur, deberá achacarse al rumbo seguido con vientos cortos, ó más bien á la direccion general de las corrientes. Con esta breve explicacion volvemos al progreso diario de las carabelas.

Tornóse á sentir la influencia de los vientos alisios, aunque corta durante las veinte y cuatro horas que sucedieran al día de los mares milagrosos, y los buques siguieron otra vez al Oeste segun la brújula. Viéronse varias aves como de costumbre, y un pelicano entre ellas. La marcha de las naves no llegó á cincuenta millas, distancia que en conformidad á lo ya expresado se enumeró para el cómputo público.

Por la mañana del 25 amaneció la mar en calma; mas á poco se levantó viento, y comenzó á soplar una ventolina constante del Sureste; luego que entró bien el día, siguieron lentamente las carabelas, inmediatas unas á otras, apenas en su perezosa indolencia moviendo las aguas con sus quillas, y haciendo un camino tan lento que casi no llegaba á una milla por hora.

La *Pinta* iba de pareja con la *Santa Maria*, y los oficiales y subordinados de ambas embarcaciones hablaban unos con otros respecto á su situacion y á sus esperanzas. Escuchaba Colon estos diálogos, que duraron algun tiempo, procurando descubrir la sensacion predominante en virtud de las expresiones más solapadas que en público se decian, y vigilando con celo cada giro de las frases. Ocurriósele al fin que la ocasion era favorable para producir un buen efecto en el ánimo de sus compañeros.

—¿Qué tal os ha parecido el mapa que os envié há tres días, Martin Alonso? gritó el almirante. ¿Habeis descubierto en él algo que os satisfaga de que vamos arrimándonos á las Indias y que va acercándose á su término el tiempo de nuestra prueba?

Al primer eco de la voz del almirante acalláronse las conversaciones en ambos bajeles; porque, á pesar del descontento y de la disposicion que tenia la gente hasta de rebelarse contra él, habia conseguido Colon crearse un profundo respeto á causa de sus talentos y de sus dotes personales entre sus secuaces.

—Es un mapa muy apreciable y bien delineado, señor D. Cristóbal, contestó el capitán de la *Pinta*; y hace honor al que lo ha copiado y mejorado, así como al que primero lo proyectó. Supongo que es obra de algun sapientísimo escolar, el cual ha refundido en él las opiniones de cuantos grandes navegadores ha habido en el mundo.

—El dibujo original vino de un nombrado Pablo Toscanelli, sabio toscano, que vivia en Florencia, hombre de grandes conocimientos, y de una industria que á la pereza le saca los colores á la cara. Junto con su mapa remitió un escrito que contiene mucha materia profunda y científica respecto al asunto de las Indias y tocante á las islas que veis marcadas en el pergamino con tanta exactitud. En su carta menciona varios lugares que son otros tantos ejemplos maravillosos del poder del hombre; más especialmente del puerto de Zaiton, que despacha anualmente nada ménos que cien naves cargadas con el producto del árbol de la pimienta. Tambien dice que vino un embajador al Padre Santo, en tiempo de Eugenio IV, de bendita memoria, para expresar el deseo del gran khan, lo que significa rey de los reyes en el dialecto de aquellas regiones, á fin de estar en términos amistosos con los cristianos del Occidente como nos designaban entónces; aunque ahora seremos cristianos de Oriente, y por tales se nos reconocerá en aquella parte del mundo.

—¡Esto es muy sorprendente, señor! exclamó Martin Alonso; ¿cómo se sabe eso, y si se sabe, qué certeza tenemos de ello?

—No cabe la menor duda; pues que Pablo expresa en su carta que conoció de cerca al tal embajador, y le trató mucho; cuidado que Eugenio murió en una época tan cercana á la nuestra como el año de 1477. De este embajador, personaje grave é instruido, pues que á no ser tal la cabeza de la Iglesia semejante comision no le hubiera confiado... de esta discreta persona, pues, recogió Toscanelli muchos conocimientos curiosos acerca de la poblacion y vasta superficie de aquellas distantes regiones, de sus pomposos palacios y de la hermosura de sus ciudades. Particularmente se refirió á una poblacion que sobrepaja á todas las del mundo conocido; y menciona un solo rio en cuyas riberas se ensoberbecen doscientas nobles ciudades, con puentes de mármol que abarcan la corriente. El mapa que teneis á la vista, amigo Martin Alonso, demuestra que la exacta distancia desde Lisboa hasta la ciudad de Quisay es de tres mil novecientas millas italianas, ó de unas mil leguas comunes, navegando siempre en direccion al Oeste clavado.

—¿Y dice algo el sabio Toscano acerca de la riqueza de aquellas comarcas? preguntó Maese Alonso, miéntras cuantos le oyeron aguzaron de nuevo los oídos á fin de alcanzar la contestacion.

—¡Vaya si dice! y exprésase en estas palabras tan precisas como notables. Esta es una hermosa region, observó en su carta el sapiente Pablo, y deberemos registrarla, á causa de sus grandes riquezas, de su mucho oro y plata, y de las piedras preciosas que en él abundan; todo lo cual puede adquirirse de allí. Tambien asegura que la ciudad de Quisay tiene de circunferencia treinta y cinco leguas, y añade que su nombre en castellano equivale al de ciudad del cielo.

—En cuyo caso, refunfuñó Sancho, aunque en tono tan bajo que nadie sino Pepe le oyó, hay poca necesidad de que llevemos por allá la cruz, que fué ideada para beneficio del hombre; no para alzarla en el paraíso. Aquí veo dos islas grandes, señor almirante, prosiguió diciendo Pinzon, conservando fija la vista sobre el mapa; una de las cuales se llama Antilla, y la otra es la de Cipango, de la cual habla vuesencia tan á menudo.

—Verdad es, Martin Alonso, y tambien advertis que están marcadas con tal exactitud, que es imposible marre el rumbo cualquier navegante que vaya en su busca. Estas islas están doscientas veinte y cinco leguas marítimas una de otra.

—Segun nuestro cálculo, hecho acá en la *Pinta*, señor almirante, no podemos distar mucho de Cipango en este momento.

—Así parecerá en virtud de los cálculos, aunque dudó algun tanto de su exactitud. Es error comun entre los pilotos adelantarse mucho en sus cálculos; pero en el presente caso, la aprension os ha hecho atrasarlos visiblemente. Cipango está á muchos dias de navegacion del continente de Asia, y por lo tanto no puede hallarse muy léjos de este punto; sin embargo las corrientes nos han sido contrarias, y recelo no nos hallemos tan próximos á la tal isla, como vos y vuestros compañeros imaginais. Haced que me devuelvan el mapa, y tra-

zaré nuestra posición actual, á fin de que todos vean el motivo que tengan de regocijarse ó entristecerse.

Tomó Pinzon el mapa y rollándolo cuidadosamente, le puso un ligero peso, y atándolo con un cordel, lo arrojó á bordo de la *Santa María*, así como un pescador tira al agua su anzuelo. Tan próximos se hallaban los buques en aquel instante, que no hubo dificultad en llevar á cabo esta comunicacion; despues de la cual, desplegando la *Pinta* un par de velas, en añadidura á las que ya flameaban en sus mástiles, ganó lentamente la delantera, pues que su superioridad de navegar, especialmente con vientos ligeros, era en todos tiempos aparente.

Mandó Colon que se extendiese el mapa sobre una mesa en el alcázar, é invitó á cuantos quisieron á que se le acercasen, á fin de que con sus propios ojos viesan el punto del Océano donde suponía el almirante que se hallaban los bajeles. Como que la marcha de cada día estaba exactamente apuntada y medida sobre el mapa por un conocedor tan experto como lo era el gran navegante mismo, no hay duda que conseguiría manifestar á la gente, con la mayor proximidad posible, y prescindiendo de la deducción de distancia que intencionalmente hacia, la longitud y latitud adonde la expedición había alcanzado; y como esta operación los trajese muy cerca de aquellas islas que se creía yacer al Este del continente asiático, ésta prueba palpable de su progreso tuvo un efecto más positivo que ninguna demostración que dependiese de un raciocinio abstracto, aun cuando estuviese fundada sobre premisas que se juzgasen como verdaderas; pues que la mayor parte de los hombres más bien se sujeta á la autoridad de los sentidos que á la influencia del razonamiento. Los marineros no se metieron en averiguar de que manera se había establecido como cierto el hecho de que Cipango estuviese en el punto que aquel famoso mapa demarcaba; pero como lo viesan allí marcado en líneas negras sobre el blanco pergamino, se hallaron dispuestos á creer que ocupaba el sitio en donde dibujado aparecía; y como la reputación de Colon respecto al cálculo del camino que hacían las naves sobrepujase á la de los demás pilotos de la escuadrilla, se dieron los hechos por autenticados completamente. Grande fué el júbilo en consecuencia; y los ánimos pasaron otra vez desde la desesperación á un exceso de ilusiones, producidas por la esperanza, las cuales solo nacían para espirar al punto.

No hay duda que Colon hablaba con sinceridad en cuanto referencia tenía con el nuevo engaño, si exceptuamos tan solo la reducción del cómputo. Con los cosmógrafos de aquel siglo suponía el gran navegante que la circunferencia de la tierra era menor que su verdadera medida; pues que de hecho deducían del cálculo nada ménos que la anchurosa extensión del océano Pacífico. Que esta conclusión era muy natural, puede verse con solo ojear las nociones geográficas que poseían entonces los hombres instruidos, sobre las cuales basaban sus teorías.

Sabiase que un vasto Océano limitaba por el Este al continente de Asia, y que una aglomeración de aguas de igual extensión cenía á la Europa por el Occidente, de donde se fundaba la suposición contando que la tierra fuese esférica,

de que solamente algunas islas existieran entre estos dos linderos de la tierra. Méno de la mitad de la verdadera circunferencia del globo ha de hallarse entre los límites occidental y oriental del viejo continente, cual entónces se conocian; pero era un atrevido esfuerzo del ánimo concebir aquel espantoso hecho, segun la condicion en que se hallaban los conocimientos humanos á fines del siglo décimoquinto. Contentábanse pues las teorías con limitar el Este y el Oeste á un círculo más reducido, pues que no hallaban datos para especulaciones más latas; y creian que era un acto de valor científico sostener que la forma de la tierra era esférica. Verdad es que esta teoría era tan añeja como los tiempos de Tolomeo, ó tal vez algo más; pero hasta la antigüedad de un sistema comienza á tornarse en argumento contra él, en la opinion del vulgo, cuando trascurren siglos enteros y no recibe confirmacion en virtud de experimentos nuevos. Supuso Colon que su isla de Cipango ó del Japon yacia á unos ciento y cuarenta grados de longitud occidental de la posicion que en efecto ocupa; y en el supuesto de que un grado de esa clase en la latitud del Japon, ó 35 grados Norte, suponiendo que la superficie de la tierra sea una esfera perfecta, equivale á unas cincuenta y seis millas de estatuto, síguese que Colon habia adelantado aquella isla en su mapa más de siete mil millas inglesas hácia Oriente, ó á una distancia que en la materialidad pasaba de dos mil leguas marinas.

Sin embargo, todo esto estaba no solo envuelto en profundo misterio, respecto á la gente ordinaria que á la expedicion pertenecia, sino que se hallaba fuera del alcance de los cálculos más atrevidos del mismo gran navegador. Los hechos de esta naturaleza están muy léjos de rebajar en lo mas mínimo la gloria de los vastos descubrimientos que tuvieron lugar en seguida; pues que prueban las desventajas morales en que concibiera la expedicion, y con los mezquinos conocimientos con que se llegó á triunfar.

Miéntas así se hallaba ocupado Colon con el mapa, era curioso ver el modo con que los marineros vigilaban sus menores movimientos, estudiaban la expresion de su semblante grave y sereno, y se desvivian por leer en los movimientos de sus ojos el destino que á caberles iba. Los oficiales de la *Santa María* estaban apegados á él, y aquí y acullí algun viejo timonel se atrevia á arrimarse para atisbar ellento progreso de la pluma, ó bien para ponerse bastante á la vista á fin de notar la explicacion de un problema. Entre éstos se veia al insigne Sancho, quien tenia fama de ser uno de los marinos más expertos de la escuadra, en aquellas cosas en que no hacia falta el estudio de las aulas. Colon se volvió á ellos y hablóles con blandura, procurando hacerles comprender una parte de su obligacion, que veian practicar diariamente, sin llegar á conseguir un conocimiento teórico de ella, señalándoles especialmente la distancia que transcurrido habian, y la que aun les quedaba que atravesar. Otros tambien, méno experimentados, pero no por eso méno ansiosos, de entre la tripulacion, se subieron á las jarcias; desde donde les era fácil registrar la escena, é imaginábanse que presenciaban unas demostraciones cuya comprension era tan superior á su entendimiento como á su vision física ver las Indias anheladas. A medida que los hombres se hacen intelec-

tuales, acogen las abstracciones, dejando que el dominio de los sentidos se refugie en el del pensamiento. Sin embargo, hasta que esta mudanza nos acontece, nos alucina á todos extraordinariamente la muestra de las cosas positivas. Las palabras que se hablan rara vez producen el efecto de las que se escriben, y hasta la alabanza ó la censura, que entraria en nuestros oídos ligeramente y con liviano efecto, pudiera lograr un serio cambio en nuestras opiniones, si se nos presentase por el órgano de la vista. Así es que hasta los marineros mismos que no podian entender los racionios de Colon, se figuraban que les era dado comprender su mapa, y de la mejor gana del mundo creyeron que era preciso existiesen continentes é islas en los mismos puntos donde las veian tan claramente delineadas.

Despues de esta mojiganga, volvió la alegría á reinar en la tripulacion de la carabela capitana; y á Sancho, quien era considerado generalmente como adicto al partido del almirante, apelaron sus compañeros á fin de que les explicase muchas de las circunstancias ilustrativas del mapa salvador.

—¿Crees tú, Sancho, que sea Cipango tan grande como el almirante la tiene delineada en su carta? preguntóle uno, quien desde el último extremo de la desesperacion habia pasado al opuesto punto. Que ahí está, nadie puede dudarlo, pues que parece tan perfectamente marcada en el mapa, cual pueden verla los ojos de cualquiera, como las islas de Madeira ó de Hierro.

—Así es, contestó Sancho, con toda seguridad, como lo puede ver cualquiera por su hechura. ¿No has reparado en los cabos, bahías y promontorios, qué bien señalados están? y cuidado que todo está dispuesto con tanta exactitud como si fuera el dibujo de una costa bien trillada. ¡Ah! estos genoveses son unos mareantes muy hábiles; y el señor Colon, nuestro jefe, no habrá llegado hasta esta altura, sin saber la ensenada en que han de anclar las carabelas.

En argumentos tan concluyentes hallaron consuelo los hombres más toscos de la tripulacion; al paso que entre la chusma de la nave no habia un alma que no sintiese mayor confianza en el feliz término de la expedicion, desde que habia tenido una prueba ocular aparente de la existencia de tierra en aquella parte del Océano en que se hallaban.

Luego que cesó el coloquio entre el almirante y Pinzon, este soltó velas á la *Pinta*, cuyo bajel habia lentamente adelantándose á la *Santa Maria*, é iba ahora algo más de cien varas por su proa mientras ambas embarcaciones no hacian mayor camino que el de una milla por hora. En el momento que acabamos de mencionar, ó mientras los hombres estaban hablando acerca de sus reanimadas esperanzas, un viva hizo que todos dirigiesen la vista al buque inmediato donde se vió á Pinzon, en pié sobre el alcázar, agitando la toca, y dando muestras de un extravagante contento.

—¡Tierra! ¡tierra! señor, gritaba el piloto: ¡reclamo la recompensa! ¡Tierra! ¡tierra!

—¿Hacia adónde, buen Martin Alonso? preguntó Colon con tal ansia que le temblaba la voz. ¿Hacia qué punto habeis descubierto tan apreciable vecina?

—Aquí, hacia el Suroeste, señalando en esa direccion, una cordillera de montañas, cuales pudieran satisfacer los deseos del Padre Santo mismo.

Todos los ojos se fijaron en el Suroeste, y figuráronse que descubrían las pruebas anheladas de su próspero éxito. Una masa oscura y nebulosa se veía en el horizonte, más distintamente diseñada que lo son por lo comun las nubes, si bien se necesitaba una vista muy experta para sacarla de la oscuridad del vacío. De este modo suele aparecerse la tierra á los navegantes en ciertas ocasiones, mientras los hombres que no son de la mar rara vez consiguen descubrirla. Tenía Colon tanta práctica en los fenómenos del Océano, que todos los rostros á bordo de la *Santa María* se volvieron hácia él, en muda espectación del resultado, tan luego como hubieron dirigido sus miradas hácia el punto que señalaba la aguja. Era imposible equivocarse la expresion que se traslucía en el semblante del caudillo; á quien inmediatamente se le asomó el carmin del deleite y del piadoso entusiasmo. Descubriendo sus venerables canas, alzó la vista al cielo en señal de gratitud, y luego doblóse de hinojos, para tributar á Dios públicas gracias. Fué esta la señal del triunfo, y á pesar de todo, en su situacion desolada, no era el regocijo la sensacion que prevalecía en aquel momento. Así como Colon, sintieron sus subordinados una absoluta confianza en Dios; y una idea de humilde gratitud se ocurrió á los espíritus de todos, como si fuera simultáneamente. Puestas de rodillas las tripulaciones de los tres bajeles, comenzaron á cantar de consuno el *Gloria in excelsis Deo*, alzando la voz de la alabanza por primera vez desde la fundacion de la tierra en aquella profunda soledad del Océano. Verdad es que entónces se cantaban maitines y vísperas á bordo de la mayor parte de los buques cristianos; pero ahora el cantar sublime oyéronlo de boca del hombre por vez primera las ondas que en su poderío y en su calma habian estado alabando á solas á su Hacedor por tantos miles de años.

—*¡Gloria á Dios en las alturas!* entonaron aquellos rudos marineros, cuyos ásperos corazones se hallaban ablandados á fuerza de peligros y venturas, hablando cual si fuesen un solo hombre, aunque modulando sus tonos á la armonía solemne del religioso rito... *y sobre la tierra paz á los hombres de buena voluntad. Te alabamos, bendecimos, adoramos, glorificamos, y damos gracias por tu excelsa gloria. ¡Oh Señor Dios! ¡Rey celestial! ¡Dios Padre Omnipotente!*

En este noble cántico, tan parecido á los laudes de los ángeles, como le es dado al poder humano, oíase distinta la voz del almirante, clara, aunque hueca por la emocion.

Cuando terminó el acto, treparon por las jarcias los marineros con el fin de asegurarse más de su triunfo. Convinieron todos en que aquella sombra, débilmente delineada en el horizonte, era tierra, y al primero y súbito trasporte de inesperado júbilo, sucedieron las sensaciones más arregladas de confirmada seguridad. Púsose el sol un poco al Norte de las turbias montañas, y la noche echó su velo en torno de la escena, cubriendo el Océano de tinieblas tan densas como pueden hallarse bajo un cielo tropical y sin nubes. Luego que se estableció la primera guardia, Colon, que siempre habia perseverado en seguir un rumbo preciso á Occidente, segun se creía siempre que el viento soplabá próspero, mandó, á fin de satisfacer los deseos de la gente, que los buques soslayasen al Suroeste, por guía de brújula, lo que equivalía en efecto á navegar

al Oeste Suroeste cuarta al Sur. Arreció la ventolina, y como supusiese el almirante que la tierra distaba unas veinte y cinco leguas cuando se la viera por última vez, cuantos iban en la pequeña escuadra confiaban á ojos cerrados en que obtendrian por la mañana una vista completa de la tierra. El mismo Colon alimentaba esta esperanza, aunque varió de mala gana su rumbo, pues que se consentia en que el continente habria de hallarse tan solo con navegar al Oeste clavado, ó lo que él creia que era esta direccion, aunque no podia estar seguro respecto á encontrarse con alguna isla.

Pocos fuéron los que aquella noche se entregaron al sueño sin cuidado. Visiones de orientales riquezas y de maravillas levantinas se agolpaban á las mientes de los ménos cavilosos, convirtiendo sus ensueños en pesadillas en que cargas enteras de oro les sofocaban y anticipaciones de portentos nunca vistos. Salian los marineros de sus hamacas á cada instante á fin de trepar por las cuerdas, atisbando alguna nueva señal de su proximidad á las deseadas costas, y en vano ponian en tortura sus ojos, con la esperanza de alcanzar á través de las tinieblas objetos á los cuales la fantasia habia ya comenzado á señalar formas. En el discurso de la noche, corrieron los barcos en línea recta hácia el Suroeste diez y siete de las veinte y dos leguas que Colon suponía constituir la distancia que le separaba de su nuevo descubrimiento; y poco ántes que rompiese el alba, estaba en pié todo viviente á bordo de los tres buques, anhelando ver abrirse el panorama del día en torno de un espectáculo tan codiciable, que ya suponian importaba muy poco el haber andado hasta tan léjos, ni haberse arriesgado tanto á trueque de gozar de su vista.

—Por allá se asoma en el Oriente un destello de luz, señor almirante, gritó D. Luis con jubilosa voz, y ahora podemós reunirnos para aclamaros por el hombre más célebre del mundo.

—Todo consiste en Dios, amigo, contestó Colon, sea que la tierra esté ó no cerca de nosotros, constituye el límite del Océano occidental, y en busca de ese navegar debemos. Teneis razon, en verdad, querido Gutierrez; la luz comienza á verterse por el márgen oriental de la mar, y hasta más allá formando bóveda.

—Ojalá que hoy tan solo se le antojase al sol salir por el Occidente para que pudiésemos coger la primera vislumbre de nuestras nuevas posesiones en aquella radiosa parte del cielo, que sus luces están iluminando tan gloriosamente sobre el trozo de Océano por donde acabamos de trascurrir.

—Eso no puede acontecer, maese Pedro, pues que Febo ha viajado diariamente en torno de nuestro planeta, de Este á Oeste, desde que el tiempo comenzó, y proseguirá caminando así hasta la consumacion de los siglos. Este es un hecho sobre el cual podemos dar crédito á nuestros sentidos, aun cuando nos descarrien en otras muchas cosas. Así racionaba Colon, cuya alma se habia adelantado al siglo en su favorito estudio, y quien por lo comun se ostentaba tan sereno y filosófico; simplemente porque racionaba cohibido con las trabas de la costumbre y preocupacion. El célebre sistema de Tolomeo, extraño compuesto de verdad y error, era la ley astronómica favorita de aquellos dias. Copérnico, que era á la sazón muy mozo, no redujo los justos cálcu-

los de Tolomeo, justos en cuanto á su bosquejo, al paso que fantásticos en sus conexiones tanto de causa como de efecto, á la exactitud científica hasta muchos años despues del descubrimiento de las Américas; y es una prueba muy convincente de los peligros que acompañaban el progreso del entendimiento, que obtuvo en galardón de sus esfuerzos en pró de la razón humana, una excomunión, cuyas maldiciones afectaron su alma hasta há pocos años. Esta circunstancia demostrará al lector lo mucho que tenía que superar nuestro navegante para llevar á cabo el grandioso proyecto que ideara.

Mientras tanto, va rayando el día, y comienza á difundirse la luz por el completo panorama de cielo y mar. Luego que hubo proporcion cada mirada abrazó ansiosa el límite del horizonte occidental, y quedóse helado al momento cada corazón, al punto que se confirmaron las sospechas de que uno descubriría tierra á la vista. Había pasado el bajel durante la noche los límites del horizonte sensible, sobre el cual se establecieran las masas de nubarrones, y nadie podía dudar ya que sus sentidos se hubiesen engañado por medio de algun accidente de la atmósfera. Los ojos se fijaron de nuevo en el almirante, quien, al paso que sentía el chasco con todas veras, conservaba aquella su arrogante serenidad que no era tan fácil descomponer.

—No son raros en la mar estos fenómenos, señores, dijo á los que le rodeaban, alzando la voz para que todos le oyesen, aunque rara vez se presentan con tanta alevosía como el que acabamos de presenciar. Cuantos están acostumbrados á la vida marítima los han visto á menudo, y como hechos físicos, han de contarse cual apariciones que ni nos favorecen ni nos perjudican. Como agüeros, cada cual juzgará de ellos segun la confianza que tenga en Dios, cuya gracia y misericordia para todos nosotros supera millones de veces á nuestros merecimientos, y así sería, aun cuando le entonásemos *Gloria in excelsis*, desde la mañana hasta la noche, mientras conservásemos aliento para tan sagrada ocupacion.

—Y sin embargo era tan grande nuestra esperanza, D. Cristóbal, observó uno de los circunstantes, que nos cuesta resignarnos á chasco tan cruel. Hablais de agüeros, señor, ¿pero hay alguna señal física de que nos hallemos próximos á Catay?

—Los agüeros que vienen de Dios tienen origen. Constituyen una especie de milagros que preceden á los sucesos naturales, así como los verdaderos milagros los sobrepujan. Creo que esta expedicion emana del Altísimo, y no veo que haya irreverencia en suponer que esta aparicion de la tierra se haya amontonado á lo largo del horizonte á fin de alentarnos cual signo consolador á la perseverancia, y cual prueba de que nuestros trabajos serán recompensados á lo último. No puedo decir, sin embargo, que pasen de medios naturales, pues que estas ilusiones son muy familiares á nosotros los marineros.

—Procuraré considerarlo en ese sentido, D. Cristóbal; repuso el otro con gravedad y terminó así la conversacion.

La desaparicion de las tierras que con tanta confianza se habia creído tener á la vista, produjo en las naves una profunda tristeza, y tornó en melancolía el gozo de las tripulaciones. Prosiguió el almirante navegando al Oeste directo,

con arreglo á la aguja, ó al Oeste Suroeste en realidad, hasta el medio día, á cuya hora, cediendo á los ardientes deseos de los que le rodeaban, volvió á sesgar el rumbo hácia el Suroeste. Signióse esta direccion hasta que los bajeles hubieron andado lo bastante en aquella línea, para que no cupiese duda de que la gente habia sido engañada por un grupo de nubes en la tarde precedente. Por la noche, cuando ya no quedaba la menor esperanza, torcióronse al Oeste los buques otra vez, corriendo en el discurso de las veinte y cuatro horas treinta y una leguas buenas; pero que se hizo saber á la marinería no habian ascendido á veinte y cinco.

Durante varios dias consecutivos no ocurrió ningun cambio. Siguió favorable el viento, aunque con frecuencia tan blando, que hacia andar los barcos muy suavemente, reduciendo el progreso de un día á poco más de cincuenta millas de medida inglesa. La mar estaba en calma, y de nuevo se encontraron yerbajos, aunque en menor cantidad que anteriormente. El día 29 de setiembre, ó el cuarto sol despues que Pinzon habia gritado *tierra* volvió á verse una paviota, y como era opinion recibida entre los navegantes que esta ave nunca se alejaba mucho de las costas, animáronse algunas débiles esperanzas momentáneamente al verla pasar. Otros dos pelicanos aparecieron poco despues, y el aire estaba tan blando y embalsamado, que Colon declaró que sólo faltaba el ruiseñor para que las noches fueran tan deliciosas como las de Andalucía.

De este modo fuéron y vinieron aves, excitando esperanzas que siempre se frustraban; volando á veces en tal número, que hacia absurda la idea de que vagasen sobre el desierto acuoso sin estar seguras de su destino. Otra vez llamó la atencion del jefe y de sus súbditos la inconsecuencia de la aguja de marear, uniéndose todos en la opinion de que aquel fenómeno solo podia explicarse en virtud de los movimientos de la estrella. Llegó por fin el primer día de octubre, y los pilotos de la capitana formaron sus cálculos con el objeto de averiguar la distancia que trascurrieran. Habíanles engañado, así como á los demás, los artificios de Colon, y ahora se acercaron á este, que estaba en su puesto ordinario sobre el alcázar, á fin de presentarle el resultado de sus cálculos, con unos semblantes que eran fieles indices de la alarma que sentian.

—¡Nos hallamos nada ménos que á quinientas sesenta y ocho leguas al Oeste de Hierro, señor almirante, dijeron ambos pilotos; distancia tremenda para haberse atrevido á lanzarse los hombres sobre el seno de un desconocido Océano!

—Tienes razon, honrado Bartolomé, repuso con calma el gran navegante, aunque miéntras más allá nos aventuremos, mucha mayor habrá de ser nuestra gloria. Tu cálculo no llega aun al verdadero, pues que este mio, que no es un secreto para nuestra gente, da hasta quinientas ochenta y cuatro leguas; lo que excede á tu cálculo más de seis. Apenas aventaja este á un viaje desde Lisboa á Guinea, y no somos hombres que cedamos á los marinos del rey D. Juan.

—¡Ah, señor almirante, los portugueses tienen sus islas de trecho en tre-

cho, y el viejo mundo pegado á sus codos; miéntas nosotros, en caso de que esta tierra resultase no ser una esfera, estamos allegándonos cada hora á su borde, y vamos acorriendo hácia peligros inauditos!

—¡Anda, Bartolomé! estás hablando como un marinero de agua dulce, quien nunca se ha visto impelido fuera de su barra por una brisa terrenal de alguna fuerza, y que juzga hallarse expuesto á riesgos mayores de los que nunca sufriera hombre nacido, porque encuentra algo salada el agua con que humedece su lengua. Mostrad sin miedo ese cálculo á la gente, y procurad sacar fuerzas de flaqueza; ya hablaremos de estos recelos á la sombra de los bosquecillos de Catay.

—Este hombre tiene un miedo cervical, observó con frescura D. Luis, miéntas el piloto se alejaba del alcázar con tardío paso y pesado corazón. Hasta vuestras seis cortas leguas añadieron peso á su espíritu. El número quinientos setenta y ocho era terrible; pero el de quinientos ochenta y cuatro le dejó caer sobre el alma una carga de plomo.

—¿Y qué hubiera pensado si le hubiese hecho conocer la verdad que hasta vos mismo ignorais, conde?

—¿Creo que no desconfiais de mis nervios, D. Cristóbal, para ocultarme ese secreto?

—No debía portarme así, D. Luis, segun creo; pero un hombre llega á desconfiar hasta de sí mismo cuando asuntos de inmensa gravedad están pendientes de un hilo. ¿Teneis alguna idea verdadera del camino que hemos andado hasta aquí?

—¡Yo no, por Santiago, señor! Bástame que nos hallemos léjos de doña Mercedes, y poco importa una legua más ó ménos de distancia. Si vuestra teoría es verdadera y resultase que la tierra sea redonda, á lo ménos me queda el consuelo de que podamos regresar á España solo con seguir al sol en su curso.

—Siempre habeis de tener alguna nocion general de nuestra verdadera distancia de la isla de Hierro, pues ya sabeis que para la gente resulta cercenada todos los dias.

—Para deciros la verdad, D. Cristóbal, la aritmética y yo nos profesamos muy leve cariño. Por mi vida, que jamás me fué posible ajustar la exacta suma de mis haberes ni apuntarlos en guarismos, aunque no me sería tan difícil sacar la cuenta, segun mi cálculo particular. Si la verdad ha de decirse, creería que vuestras quinientas ochenta leguas pudieran buenamente hacerse subir á algunas seiscientas diez ó seiscientas veinte.

—Añadid otras ciento y no estaréis muy distante de la verdad. Nos hallamos en este instante á setecientos siete leguas de Hierro, y acercándonos á toda prisa al meridiano de Cipango. Despues de otra próspera tirada de unos diez dias, ya empezaré de veras á esperar que descubrámos el continente de Asia.

—Esto es viajar más aprisa de lo que yo creia, D. Cristóbal, contestó con abandono el conde; pero vamos adelante, á lo ménos habrá uno de vuestros seguidores que no se quejará aunque demos vuelta al mundo.

CAPÍTULO XXI.

¿Qué mar, qué playa es esa, me adivina?
El golfo y el peñon de Salamina.

BYRON.

Hacia ya veinte y tres dias que los aventureros perdieran la tierra de vista, en cuyo tiempo, exceptuando algunas variaciones de viento y uno ó dos dias de calma, habian ido adelantando hácia el Occidente, con un pequeño sesgo al Sur entre una cuarta parte de un punto y punto y cuarto, aun cuando este último hecho les fuese totalmente desconocido. Habíanse desvanecido tantas veces sus esperanzas, que la tristeza comenzaba á reinar entre los marineros, la que desaparecia de cuando en cuando á los gritos de: ¡tierra! ¡tierra! al producir las nubes en el horizonte sus acostumbrados engaños. No obstante continuaban sus ánimos en aquel estado febril que admite cualquier repentino cambio; y como la mar seguia tan lisa como las aguas de un rio y el tiempo blandísimo, no habia causa para la desesperacion. Argüia Sancho, como de costumbre, con sus camaradas, oponiéndose á la ignorancia y dogmatismo ó impudencia, mientras Luis producía mucho efecto en los ánimos, en virtud de su confianza y jovialidad. Colon permanecia sereno, respetable y reservado, con su esperanza anclada en la justeza de sus teorías, mientras continuaba resuelto á conseguir el finiquito de sus planes. Siguió soplando bonancible el viento como ántes, y en el discurso de la noche y del dia 2 de octubre navegaron los buques unas cien millas más adentro de aquella mar misteriosa y desconocida. Los yerbajos flotaban ahora en direccion occidental, lo que denotaba un cambio de mucha consideracion, pues que en los dias anteriores la mayor parte de las corrientes iban por opuesto rumbo. El dia 3 fué aun más próspero, pues se adelantaron cuarenta y siete leguas. Comenzaba ya el almirante á suponer que habia pasado las islas señaladas en su mapa, y con la resolucion de un hombre acostumbrado á conceptos grandiosos, decidióse á poner la proa en derechura al Oeste, con la intencion de llegar sin tropiezo á las playas de Indias. El dia 4 fué aun mejor que los dos antencionados, pues que la escuadrilla siguió avante á todo trapo sin sesgar de su rumbo, hasta que hizo ciento ochenta y nueve buenas millas de camino, la distancia mayor que en un dia hasta entónces habia conseguido trasponer. Esta tirada, tan formidable para unos hombres que empezaban á contar cada

hora y cada legua con visible desazon, se calculó para cuantos iban á bordo como ascendiendo solamente á ciento treinta y ocho millas.

El viernes 5 de octubre, empezó todavía más favorablemente, hallando Colón que su bajel se deslizaba por las aguas, pues que no habia mar para que cabecease ó se meciese á razon de ocho millas por hora, lo que era ir más velozmente de lo que nunca le habia acontecido, y el camino de aquel dia hubiera sobrepujado al del anterior, á no haber caido el viento por la noche. Así como así, separólos de Hierro una nueva distancia de cincuenta y siete leguas que para el entender de la tripulación quedaron reducidas á cuarenta y cinco. El dia siguiente no produjo mudanza alguna sensible, y la Providencia parecia impelirlos del tal modo que no pudiera tardar en resolver el gran problema, cuya solución por tan largo tiempo discutiera el almirante con los hombres científicos. Ya era de noche cuando la *Pinta* se dejó caer hácia el costado de la *Santa María*, hasta que se puso tan cerca que le fué fácil hablarla sin el auxilio de la bocina.

—¿Está en su puesto el señor almirante, como se le encuentra á todas horas? preguntó Pinzón, hablando presurosamente cual el que se siente abrumar con algun negocio de importancia. Veo que hay gente sobre el alcázar; pero ignoro si el señor D. Cristóbal se encuentra entre ella.

—¿Qué se os ofrece, buen Martín Alonso? contestó el almirante; aquí estoy, atisbando las costas de Cipango ó de Catay; sea cual fuere la primera de estas tierras que Dios en su bondad se digne enseñarnos.

—Encuentro tantas razones para que variemos el rumbo más al Sur, noble almirante, que no he podido resistir al deseo de aproximarme y decíroslo. La mayor parte de los descubrimientos recientes han tenido lugar en las latitudes meridionales, y haríamos bien con sesgar un poco más.

—¿Hemos ganado algo hasta ahora con variar el rumbo en esa direccion? Parece que anhelas ir en busca de climas meridionales, digno amigo, mientras á mi entender nos hallamos ahora dentro del paraíso de dulzuras que buscamos, con la excepcion de que solo nos falta descubrir la tierra. Podrán existir islas al Sur y aun al Norte de nosotros; pero el continente lo tenemos al Oeste. ¿A qué abandonar lo cierto por lo dudoso? ¿A qué desviarnos de Cipango ó de Catay, para ir en busca de otros parajes, gratos y fragantes con sus especias, no hay duda, pero sin nombre, y que jamás pueden rivalizar con las glorias del Asia, ni respecto á descubrimiento ni á conquista?

—Ojalá, señor, que pudiese convenceros á llamaros un poquito más hácia el Sur.

—Vamos, Martín Alonso, haya paz con tus peticiones. Mi corazón está en el Oeste, y hácia allá me dicta el raciocinio que siga. Primero escuchad mis órdenes, y en seguida llevadlas á vuestro hermano Vicente Yañez, comandante de la *Niña*, á fin de que él tambien las obedezca. En caso que alguna ocurrencia nos separase durante la oscuridad, será la obligacion de todos mantener la proa firme hácia Occidente, y procurar reunirse de nuevo con sus compañeros, pues que sería tan triste como inútil andarnos vagando aisladamente por este desconocido Océano.

Pinzon aunque visiblemente disgustado se vió en la necesidad de obedecer, y despues de un corto, aunque vivo altercado con el almirante, mandó el capitán de la *Pinta* que orzase en direccion de la otra faluca á fin de comunicarle las órdenes que de recibir acababa.

—Martin Alonso comienza á vacilar; observó Colon á Luis. Es un hombre audaz y un extremo hábil, pero la firmeza de propósito no es su cualidad predominante. Debemos impedir que siga los impulsos de su debilidad, en virtud de nuestra autoridad superior. ¡Catay! ¡Catay! ¡Catay es mi única mira!

Pasada la media noche arreció el viento; y por espacio de dos horas deslizáronse blandamente las carabelas por la superficie del alisado Océano, con su ligereza máxima, la que equivalía á andar en la hora nueve millas inglesas. Pocos se desnudaron, á no ser para mudarse de ropas, mientras Colon mismo permaneció sobre el alcázar toda la noche dormitando sobre un trozo de lona vieja. Acompañábale Luis, y ambos estuvieron en pié con los primeros albores del día. Un comun sentimiento prevalecía; que la tierra se hallaba á mano, y que iba á hacerse un descubrimiento grandioso. Los soberanos habian prometido una renta vitalicia de diez mil maravedises anuales al que primero columbrase tierra, y no había ojo que alerta no estuviera, ni boca que no fuera preparada para ganar el premio tan luego como la ocasion lo proporcionase.

A medida que la luz se desparramaba difundiéndose sobre el Océano, en el horizonte occidental creyeron todos que divisaban apariencias de tierra, y con la mayor ansia se aglomeró vela sobre vela en los diversos barcos, á fin de hacer el mayor camino posible, para que las respectivas tripulaciones disfrutasen de las mejores y más precoces probabilidades de obtener la primera vista. Sobre este punto, las circunstancias equiparaban singularmente las ventajas y desventajas entre las naves competidoras. La *Niña* se tenia por la más velera en aguas lisas y ventolinas suaves, pero tambien era la embarcacion de menor porte. Seguiala la *Pinta* con respecto á andadura general, y siendo la mediana ganaba á entrambas la delantera siempre que refrescaba la brisa, al paso que la *Santa María*, la mayor de las tres carabelas, tenia los mástiles más altos, y por lo tanto dominaba mayor horizonte.

—Hoy los sentimientos de lealtad son los que llevan la guia, D. Cristóbal, dijo Luis, que estaba al lado del almirante, contemplando la expansion de la luz, y en cuanto tienen facultad ojos humanos, pueden esperar los nuestros descubrir tierra de aquí á poco. La tirada última ha excedido toda esperanza, y tierra hemos de tener, aunque nos costase el trabajo de sacarla del fondo del Océano.

—Allí está Pepe, el honrado marido de Mónica, encaramado en el tope, y sacando sus ojos de quicio para mirar hácia Occidente, dijo sonriéndose Colon. Todo su afan tiene por objeto ganar el galardón. Diez mil maravedís de renta anual le resarcirian de las penas que estará sufriendo la viuda esposa y huérfano hijo.

—Tambien se rebulle de veras Martin Alonso, señor. Ved cual suelta todo el trapo á la *Pinta*; pero Vicente Yañez va pisándole los talones, y parece estar

resuelto á ser el primero que cumplimente al gran khan, sin hacer caso del derecho de primogenitura de su hermano mayor.

—¡Señor!... ¡Señores! clamó á la sazón el ilustre Sancho, desde la gavia en que estaba sentado con tanta soltura como lo estaria una dama de nuestros tiempos en cómoda otomana; la faluca nos está haciendo señales.

—Verdad es... gritó Colon, Vicente Yañez acaba de izar el pabellon de la reina, y ahí suena la bombardá para anunciarnos algun grande acontecimiento.

Como eran las señales convenidas en caso de que alguno de los buques descubriese tierra ántes que sus compañeros, poca duda se tuvo de que la carabela que navegaba delantera hubiese anunciado por fin, con certidumbre, el éxito final de la expedicion. Sin embargo, tenian todos presente el último chasco, y aunque todos devotamente vertieron su gratitud en votos mentales, quedáronse sellados los labios mientras no se revelase la verdad. A pesar de todo, dióse al viento hasta la última tira de trapo, y parecia que los bajeles, por sí mismos, apresuraban hácia el Oeste su carrera, cual pajarillos lasos de un vuelo inusitado hacen los últimos esfuerzos con sus cansadas alas, al barruntar repentinamente que está próximo un punto de descanso, que columbran en la lontananza, á merced de su aguda vista y de un activo instinto.

Sin embargo, transcurrióse una hora tras otra, sin que se confirmase tan bendita nueva. El horizonte occidental se presentó cubierto de cerrazon y de nubes toda la mañana, engañando hasta los ojos más prácticos; pero luego que se adelantó el día y que los buques adelantaron más de cincuenta millas hácia el Oeste, se hizo imposible el no atribuir las esperanzas de aquella mañana á una nueva ilusion óptica. Tan completo abatimiento en los ánimos sucediérase á este chasco, que fué mayor que cuantos golpes de esta especie se habian recibido hasta entónces, y el descontento que de resultas estalló no se reprimia ya con el más leve disimulo. Argumentábase que alguna influencia maligna les impulsaba adelante con la mira de abandonarlos finalmente á la desesperacion y á la ruina en un desierto de aguas. En este instante fué cuando Colon, segun se dice, vióse obligado á transigir con sus secuaces, estipulando que abandonaria la empresa si no alcanzaba el éxito deseado en cierto número de dias. Pero esta debilidad se ha atribuido falsamente al gran navegante, quien jamás perdió el pleno ejercicio de su autoridad, aun en los momentos más tenebrosos de duda; sosteniendo su propósito y dando su poder, con la misma firmeza y calma en aquellos parajes, que eran, segun algunos, las orillas de la tierra, cual lo hiciera en los pacíficos rios de España.

—Conforme á mi cálculo reservado, amigo D. Luis, nos hallamos ahora á mil leguas cabales de la isla de Hierro, dijo Colon á su camarada en una de las conferencias que tuvo lugar despues de oscurecido, y ya es tiempo de que esperemos divisar el continente de Asia. Hasta aquí solo he buscado islas; y eso que no tenia muchas esperanzas de topar ni aun con ellas, no obstante que Martín Alonso y los pilotos así lo creyeran. Sin embargo, las grandes

bandadas de aves que se han presentado hoy, parecerian invitarnos á seguir sus vuelos, pues que no hay duda que su objeto es llegar cuanto ántes á tierra firme. Por lo demás, variaré el rumbo algo hácia el Sur, aunque no tanto como lo desea Pinzon; porque Catay es siempre el punto de mis afanes.

Dió Colon las órdenes necesarias, y las otras dos carabelas se pusieron al habla con la *Santa María*, y luego se mandó á sus comandantes que siguiesen rumbo al Oeste-sur-oeste. La razon para disponer esta mudanza fué la de haberse visto volar tantas aves en aquella direccion. Era la idea del almirante proseguir este curso durante dos días. A pesar de esta variacion, no se descubrió tierra en toda la mañana; pero como el viento soplase blando, y los bajeles hubiesen andado tan solo cinco leguas desde que se mudara el rumbo, produjo el chasco menor disgusto que ordinariamente. A despecho de su incertidumbre, cuantos iban en los buques se regocijaban ahora con la balsámica suavidad de la atmósfera, la cual hallaron tan fragante, que respirarla era una delicia. Tambien los yerbajos abundaban más, y muchos estaban tan frescos, que parecian haberse desprendido de sus rocas nativas solamente un día ó dos ántes. Varias aves, que sin disputa pertenecian á la tierra, se vieron tambien en bandadas considerables; cogióse una de ellas. Abundaban igualmente los patos por allí, y otro pelicano revoloteó en torno de las naves. Así se pasó el día 8 de octubre, miéntras los aventureros estaban henchidos de esperanza, aunque los buques solo se alejaron á distancia de las playas de Europa algunas cuarenta millas en el discurso de las veinte y cuatro horas. El dia siguiente no aportó mas novedad que la de un cambio de viento, que obligó al almirante á variar el rumbo al Noroeste por espacio de algunas horas. Esto le desazonó algun tanto, pues era su deseo navegar en direccion exacta al Oeste un poco sesgada al Sur, aunque infundió considerable aliento á muchos de la marinería, quienes andaban asustados al ver que el viento soplaba siempre en una misma direccion. Si hubiera continuado la desviacion el rumbo fuera precisamente el que seguir deseaba; pero ya á la sazón se hallaban en una latitud y longitud donde la aguja volvía á adquirir su poder, y tornábase fiel á su simpatía. En el discurso de la noche volvieron á prevalecer los alisios, y por la mañana temprano el día 10 navegaban los buques de nuevo hácia el Oeste-sur-oeste, segun la brújula; rumbo verdadero, ó tan próximo como era posible.

Tal se presentaban las cosas cuando salió el sol por la mañana del 10 de octubre de 1492. Habia refrescado el viento, y las tres carabelas corrieron un largo el día entero, y á razon de cinco millas hasta diez cada hora. Las señales de hallarse próxima la tierra habian sido tan numerosas, que á cada legua de Océano que dejaban atrás, concebian los aventureros las esperanzas más vivas de descubrirla, y casi todos los ojos á bordo de los tres buques estaban clavados en el horizonte occidental, con el ansia de ser los primeros en publicar el gozoso anuncio de su aparicion. Sin embargo, habíase dado ya con tanta frecuencia el grito de *tierra*, que Colon hizo saber á sus subordinados que el que lo profiriera otra vez sin motivo perdería toda opcion á la recompensa prometida por los soberanos, aun cuando en lo futuro tuviese justas causas para preconizar tan grata nueva. Esta circular produjo mayor

cautela, y no hubo lengua que se atreviese á descubrir sus ansias acerca de este punto, que absorbió la atencion de todos durante los memorables dias 8, 9 y 10 de octubre. Pero como su progreso en el último excediese al que se hiciera en los anteriores, descubrian el cielo vespertino con una vigilancia que sobrepujaba á la que habia acompañado á la puesta del sol en ninguna de las tardes antecedentes. Este era el momento más favorable para examinar el horizonte occidental, pues que al retirarse la luz iluminaba toda la extension acuosa por aquella parte, de modo que se manifestaran todos sus arcanos.

—¿Es aquel un promontorio? preguntó Pepe á Sancho, en voz sumisa, al hallarse ambos sobre una misma verga, vigilando el disco superior del sol, mientras este luminar se hundia como una centelleante estrella en el horizonte, ¿ó es alguno de esos engañosos vapores que tantas veces nos han chasqueado ya?

—Ni una cosa ni otra, Pepe, contestó Sancho, como hombre de mayor calma y experiencia: solo es una ola lejana. ¿Has presenciado nunca una calma tan chicha que describiese el agua en el horizonte un círculo perfecto? No, no hay que esperar tierra por la parte del Oeste esta noche, pues que el Océano hácia ese lado está tan limpio como si navegásemos por las costas occidentales de la isla de Hierro, y nos pusiésemos á mirar á lo largo el anchuroso Atlántico. Nuestro noble almirante podrá tener razon en lo que dice, Pepe, pero hasta ahora no lleva en su favor otra prueba que la que pueden prestarle sus propios raciocinios.

—¿Y tambien tú, Sancho, tomas partido contra él? ¿tambien tú le tienes por loco, deseoso de precipitar á otros á la destruccion, tanto como á sí mismo, con tal de morir siendo un almirante de hecho y un virey imaginario?

—Yo no tomo partido contra un hombre cuyas doblas toman partido con mi bolsa, porque equivaldria á reñir con el mejor amigo tanto de los ricos como de los pobres, el cual es el oro. D. Cristóbal es en verdad muy sabio, y una cosa ha dispuesto á satisfaccion mia, aun cuando ni él ni hombre alguno de nosotros hayamos de ver en nuestra vida una sola joya de Catay, ni tener el gusto de arrancar un solo pelo de las barbas del gran khan; y esa es, que el mundo sea redondo, pues si hubiera sido plano, toda esta agua se escurriria por un lado muy bonitamente, á no ser que hubiera un dique. ¿Entiendes lo que te digo, Pepe?

—Toma, que sí; es muy razonable y está al alcance de la experiencia de cualquiera. Mi Mónica juzga que este genovés ha nacido para santo.

—Escucha, Pepe. Tu Mónica es una mujer de juicio, pues de lo contrario nunca te hubiera aceptado por esposo, pudiendo haber escogido otro á sus anchas entre una docena de tus compañeros. En cierta ocasion tambien yo le puse los puntos á esa moza, y le hubiera declarado mi sentir, toda vez que ella me hubiese llamado santo tambien; mas por desgracia se le antojó á la chica distinguirme con un apodo enteramente diverso. Ahora bien, dando de barato que sea un bienaventurado este señor Colon, no por eso le admiraria más, en cuanto á que nunca he topado con un santo, ni con una vírgen tampoco que pudiese entender una jota de los cálculos y distancias de un paseillo tan corto como el que hay por mar desde Barcelona á Cádiz.

—Hablas con irreverencia de los santos y de las vírgenes, aunque sabes que nada puede ocultárseles.

—¿Yo? todo menos eso. Ahí está nuestra madre y Señora de Rábida, que no sabe distinguir entre el Sur-sur-este cuarta al Sur, del Nor-noroeste cuarta al Norte. Para probarla me valí de cierto medio, y te digo que está tan ignorante de estas materias como tu Mónica lo está del modo con que la señora duquesa de Medina Sidonia saluda á su marido el noble duque, cuando su excelencia vuelve de cazar con su alcon.

—También apostaría yo cualquiera cosa á que la duquesa, si ocupase el lugar de Mónica, no sabría que decir cuando le avisasen que saliese á recibirme, como lo hará Mónica cuando volvamos de esta gran expedición. Si nunca he ido á cazar conalcones, tampoco el duque ha navegado en su vida durante treinta y dos días consecutivos con rumbo al Oeste desde Hierro, y esto también sin ver la tierra, ni por el forro.

—Tienes razón, Pepe; ni tú tampoco has hecho este viaje nunca y regresado á Palos despues. ¿Pero qué significa ese movimiento sobre la cubierta? Parece que agita á la gente alguna sensación extraordinaria, al paso que me atrevo á jurar que no la produce el haber descubierto á Catay, ni el haber visto al gran khan reluciente como un carbunco, y sentado en su trono de diamantes.

—Creo que es por no columbrarle así ataviado, que la mayor parte se alborota. ¿No oyes cual prorumpen en palabras amenazantes y airadas las bocas de esos hombres turbulentos?

—¡Por san Diego! si yo fuera D. Cristóbal, había de desquitarles una dobla del salario á cada uno de esos bellacones, y abonar esa multa á hombres tan pacíficos como tu y yo, Pepe, que no tendríamos inconveniente en morirnos de hambre, mas bien que volvernos sin dar una ojeada á las regiones del Asia.

—Alguna verdad hay en lo que dices, Sancho. Bajemos á fin de que vea su excelencia que tiene algunos amigos entre la tripulación.

Accediendo Sancho al consejo, bajaron al punto á la cubierta. Hallaron aquella chusma en un estado de mayor insubordinación que nunca desde que la escuadra dejó las costas españolas. Esa continuación tan larga de vientos favorables, y de sereno cielo, había dado á aquellos hombres la esperanza de ver terminado en breve el viaje, de tal suerte, que casi todos opinaban ahora que era su deber insistir en que la expedición se abandonase, pues que parecía destinada á conducirles á una inevitable destrucción. La disputa era bulliciosa y áspera; al paso que uno ó dos de los pilotos se inclinaban á creer con sus inferiores que toda perseverancia sería inútil, y pudiera ser funesta. Luego que Sancho y Pepe se reunieron á la turba, acababa esta de resolver se dirigiesen á Colon todos en masa, y en términos positivos exigieran el regreso inmediato de los bajeles á España. Á fin de que se verificase con debido orden, Pedro Alonso Niño, uno de los pilotos, y un anciano gaviero, llamado Juan Martín, fueron elegidos como oradores. A este momento crítico bajaban del alcázar el almirante y Luis, con el objeto de retirarse á

su cámara, cuando se le agolparon cuantos sobre la cubierta estaban, y veinte voces se oyeron simultáneamente.

—¡Señor D. Cristóbal! ¡Excelentísimo señor almirante!

Paróse Colon y dió cara á los amotinados con tal calma y dignidad que hizo que á Niño se le viniese el corazón á la boca, y reprimió el arrojito de la mayor parte de sus secuaces.

—¿Qué quereis? preguntó con adustez el gran caudillo. Hablad, que un amigo os escucha.

—Venimos á pedir nuestras preciosas vidas, respondió Juan Martín, quien creía que su propia insignificancia podría servirle de égida; y aun más, los medios de que no carezcan para siempre de pan las hambrientas bocas de nuestras mujeres é hijos. Cuantos venimos aquí estamos hartos de esta inútil expedición, y la mayor parte juzga que si dura más tiempo que el necesario para regresar, será la causa de que perezamos por falta de abastos.

—¿Sabeis la distancia que hay entre nosotros y la isla de Hierro, pues que venis á verme con estas peticiones tan ciegas como mentecatas? Habla, Niño, porque advierto que eres del número, no obstante que parece esquivarte.

—Señor, contestó el piloto, somos todos de un mismo modo de pensar. Engolfámonos más en este Océano desconocido y sin término, es tentar á Dios para que nos destruya por nuestra pertinacia criminoso. Es ocioso suponer que la ancha zona de agua no haya sido colocada por la Providencia en torno de la tierra habitable, con el fin de que sirva de antemuro á los que audazmente se empeñen en profundizar misterios, que están fuera del alcance del entendimiento del hombre. ¿No nos dicen, señor, todos los eclesiásticos, incluso el pobre guardian de Santa María de Rábida, vuestro propio y particular amigo; ¿no nos predicán constantemente acerca de la necesidad de someternos á disposiciones que jamás podremos igualar en sapiencia, y creamos sin empeñarnos en descorrer el velo que cubre las cosas incomprendibles?

—Fácil me sería, honrado Niño, contrargüirte con tus propias palabras, contestó Colon, y mandarte que confiases en aquellos, cuyos conocimientos jamás te será dado igualar, para que siguieras sumiso cuando no te hallas capaz de servir de conductor. Anda, anda; retírate con tus secuaces y que no vuelva yo á oír más esto.

—Pero, señor, clamaron dos ó tres de los sublevados, no es justo que perezamos sin que se oigan nuestras quejas. Ya hemos seguido demasiado lejos, y aun ahora tal vez hayamos traspasado los límites del Océano que pudiesen asegurarnos una fácil vuelta. Pongamos pues hácia España las proas de las carabelas, y hagámoslo esta noche mismo, no sea que sucumbamos ántes de regresar á nuestra patria bendita.

—¡Esto tiene visos de revuelta! ¿Cuál de vosotros se atreve en presencia de vuestro almirante á servirse de un lenguaje tan insubordinado?

—Todos nosotros, respondieron veinte voces á la par. Los hombres necesitan ser osados, cuando tiene pena de la vida su silencio.

—Sancho, ¿y tú tambien perteneces al partido de los revoltosos? ¿Confie-
sas que tu corazon está anheloso de regresar á España, y que tu miedo mu-
jeril es más fuerte que tus esperanzas de gloria imperecedera y tus deseos
de las riquezas de Catay?

—Si tal juzgais de mí, señor D. almirante, ponedme á dar sebo al palo, y
quitadme del timon para siempre, cual si no fuese apto para vigilar los vol-
teos de la estrella del Norte. Meteos con vuestras carabelas viento en popa y
suelto el trapo dentro de los salones del gran khan, y hollad hasta su trono
si tal os place; que siempre encontraréis á Sancho en su puesto sea en la
bitácora ó cabe la sondalesa. Nació en un dique, y por lo tanto tiene el deseo
natural de ver hasta dónde llega la pujanza de una nao.

—¿Y tú, Pepe, tambien has olvidado tu obligacion hasta el punto de venir
ante tu jefe apoyando semejante lenguaje? Es este el respeto debido al almi-
rante y virey de tu soberana, doña Isabel de Castilla?

—¿Virey de qué? exclamó una voz desde el centro de la turba, sin permi-
tir que Pepe contestase. ¡Un virey con mando sobre las yerbas marinas, y
que tiene por súbditos á los atunes, pelícanos y ballenas! Os decimos, señor
Colon, que los castellanos no estamos acostumbrados á trato semejante,
pues que nos hacen falta descubrimientos más importantes que unos campos
de broza y unas islas de nube!

—¡A casa! ¡a casa! ¡a España! ¡a Palos! ¡a Palos! clamaron á la vez casi
todos, miéntras Sancho y Pepe, saliéndose del grupo, corrieron á ponerse al
lado de Colon. No irémos una legua más en direccion á Oeste, porque sería
tentar á Dios; pedimos que se nos lleve á donde hemos venido, si ya no es
demasiado tarde para conseguir tan milagrosa dicha.

—¿Y á quién hablais en ese tono tan ingrato, desvergonzados belitres? ex-
clamó Luis, llevándose maquinalmente la mano á donde tenia costumbre de
hallar siempre la empuñadura de su tizona. ¡Ea! alejaos, ó.....

—No os altereis, amigo Pero, y dejad que yo maneje este asunto, inter-
rumpió el almirante, cuyo reposo apénas habia sido inquietado por la violenta
conducta de sus súbditos. Escuchad lo que á deciros voy, hombres toscos y
rebeldes, y recibase esta como contestacion definitiva, á esa y á cuántas exi-
gencias del mismo jaez hayais pretendido, ó en lo futuro á pretender os atre-
viaseis. Esta expedicion se ha hecho á la vela por mandato y voluntad de
nuestros soberanos, vuestros regios amos, con expreso intento de atravesar
la completa anchura del Océano, hasta que pueda llegar á las playas de la
India. Ahora venga lo que viniere, no serán burlados estos grandes deseos;
sino que á Oeste hemos de caminar hasta que la tierra nos detenga. En pró
de esta determinacion responder hé con mi vida misma. Tened cuidado que
la de algun otro no corra peligro por haberse resistido á los regios mandatos,
ó por falta de respeto y obediencia al autorizado sustituto de sus altezas, y
desde luego designo al hombre que leyes tan sagradas quebrante, para impo-
nerle un ejemplar castigo. Con esto ya sabeis mi plena determinacion, y
guardaos de despertar las iras de aquellos cuyo desagrado puede seros más
fatal todavía que estos soñados riesgos del Océano.

Mirad lo que teneis delante, por el lado del miedo, y pensad en lo que teneis delante por el de la esperanza. En el primer caso, todo lo habeis de recelar de la cólera de los soberanos, toda vez que procedais á resistir su autoridad por medios violentos, ó lo que es más que probable, una certidumbre de que os sea ya imposible alcanzar las costas de España por falta de agua y víveres, si rebelándoos contra vuestro legítimo jefe os empeñaseis en regresar. Para esto, ya es demasiado tarde. El viage al Este debe ser doble del que acabamos de verificar, y ya las carabelas comienzan á tornarse ligeras porque tienen vacías la mayor parte de las barricas y botas. Tierra, y tierra en esta region se nos hace ahora indispensable. Mirad ahora el reverso de la medalla. Ante nosotros está Catay con sus riquezas, novedades y glorias! La region más maravillosa de cuantas el hombre habitara nunca, y ocupada por una casta de seres tan mansuetos como hospitalarios y justos. A esto debe añadirse la aprobacion de los soberanos y el renombre que alcanzará hasta al más humilde marinero de esta flota, que haya ayudado á su almirante en la ejecucion de tan vasto designio.

—¿Y si os obedecemos, señor, durante los tres dias venideros, al terminarlos pondréis la proa hácia España, dado caso que la tierra no llegue á descubrirse? gritó una voz.

—No... nunca, repuso Colon con entereza. Mi rumbo es en busca de la India, y en mi direccion navegaré, aun cuando se necesite otro mes para dar fin al viaje. Retiraos pues á vuestros puestos, y que no vuelva á oiros hablar de semejante materia.

Habia tanta dignidad en las maneras de Colon, y cuando hablaba airado llevaba en sí su voz un acento tan reprochador que excedia al atrevimiento de unos hombres ordinarios contestar cuando una vez les impusiera silencio. Dispersáronse adustos los amotinados, aunque no por eso se aplacara el disgusto. Si entónces la expedicion hubiese constado de un solo bajel, es muy probable que los revoltosos hubieran procedido á algun acto de violencia; pero inciertos del modo de pensar de sus compañeros de la *Pinta* y de la *Niña*, al paso que profesaban á Martin Alonso Pinzon tanto respeto, por fuerza de costumbre, como á Colon por autoridad, á los más osados les fué preciso por entónces dar suelta á su desafecto en murmuraciones, al paso que en secreto meditaban poner en planta medidas decisivas, tan luego como se presentase oportunidad, de acuerdo con las tripulaciones de las otras naves.

—Esto va poniéndose serio, señor, dijo el de Llera, tan pronto como se quedó á solas con el almirante en su pequeña cámara, y, ¡por san Luis! podría contribuir á enfriar el ardor de esos socarrones que vuesencia me diese permiso para arrojar de cabeza á la mar uno ó dos de esos más intrépidos é insolentes vagamundos.

—Favor, contestó el almirante, que algunos han estado muy dispuestos á conferirnos tanto á vos como á mí. Sancho me tiene bien al corriente de la sensacion que entre ellos predomina, y hace dias que me ha hecho sabedor de tan piadosas intenciones. Procederémos por la via amigable, si es posible, señor de Gutierrez ó de Muñoz, cualquiera que sea el nombre que más os gus-

te, el tiempo que podamos; pero dado caso que ocurriese precision de apelar á la fuerza, hallaréis que Cristóbal Colon sabe manejar una espada con tanta destreza como servirse de los instrumentos de la ciencia náutica.

—¿Qué distancia juzgais nos separa de la tierra, señor almirante? Lo pregunto movido de curiosidad, no de miedo; pues aunque la nave se estuviese meciendo en los bordes mismos de la tierra, en visperas de zamparnos de cabeza en el vacío, seguro está que oyeseis salir un murmullo de mis labios.

—Estoy bien seguro de eso, noble mancebo, repuso Colon apretándole afectuosamente la mano; pues de lo contrario no os hallarais aquí á estas horas. Segun mi cálculo, la distancia desde la isla del Hierro pasará de mil leguas marítimas; la misma que supongo separa de la Europa á Cipango, y es la suficiente, sin duda, para que empecemos á encontrar alguna de las muchas islas que forman la orla oriental del continente asiático, y que se sabe abundan en sus costas. El cómputo público calcula esta distancia en poco más de ochocientas leguas; pero de resultas de las favorables corrientes que tanto nos han servido en estos últimos dias, nos hallamos á mil y cien buenas leguas de las islas Canarias, por no decir más. Estamos algo ménos apartados de las Azóres, las cuales se hallan situadas al Oeste, aunque en latitud más alta.

—¿Segun eso, señor, suponeis que hemos de descubrir tierra ántes que pasen muchos dias?

—Tan seguro estoy de ello, Luis, que poco recelo me causaria acceder á la última exigencia de esos hombres audaces; y tal lo hiciera, si no lo considerara una humillacion. Tolomeo dividió la tierra en veinte y cuatro horas, de á quince grados cada una, y yo coloco en el Atlántico tan solo cinco ó seis de estas horas. Mil y trescientas leguas, estoy persuadido, nos llevarán á las costas de Asia, y ya segun mi cálculo hemos andado mil y ciento.

—Entónces el dia de mañana puede sernos en extremo portentoso, señor almirante; pero ahora, recojámonos á nuestros camarotes, donde voy á soñar con las playas más encantadoras que nunca vieron ojos cristianos, y en ellas la doncella más hermosa de España; no, por san Pedro... de toda Europa, haciéndonos señas con su linda mano para que nos alleguemos sin pavura.

Acostáronse los dos amigos. Por la mañana, segun los adustos semblantes de la marinería, era evidente que ciertas sensaciones, parecidas á las de un volcan, estaban ardiendo en sus corazones, indicando que cualquier accidente aciago pudiera producir una erupcion. Por fortuna unas señas de naturaleza tan nueva se presentaron que muy pronto distrajeron la atencion de los más desafectos, apartándola de sus melancólicos presagios. Soplabá fresco el viento, el cielo sin nubes se veía como de ordinario, y lo que era por cierto una novedad desde su salida de Hierro, fué que se levantó marejada y los buques comenzaron á surcar las olas; circunstancia que les quitó la aprension de que una calma perpétua reinase en aquellos mares, cuyo fenómeno alarmara hasta entónces á la gente por su larga duracion. No habia estado Colon sobre la cubierta cinco minutos cuando un grito de gozo, que lanzó Pe-

pe, atrajo los ojos de todos á la verga donde estaba trabajando. Señalaba ansioso el marinero hácia un objeto que veía en el agua, y acorriendo todos á las bordas, advirtieron el halagüeño signo que él descubriera desde lo alto. Al cabecear el buque y dar un arranque violento, pasó junto á su costado una caña verde, lo que hizo que los hombres diesen un recio viva, pues bien les constaba que esta planta provenía de alguna ribera, y por su frescura era indispensable que no tuviese mucho tiempo de arrancada del terreno donde se criara.

—Bendita señal es esa, dijo Colon; las cañas no pueden crecer sin la luz del cielo, aunque suceda lo contrario respecto á las plantas de otra naturaleza que en el fondo de la mar se desarrollan.

Esta ocurrencia cambió, aun cuando no reprimiese del todo, los rebeldes sentimientos de aquellos marinos. La esperanza volvió á ejercer su imperio, y cuantos pudieron treparon á las jarcias para columbrar lo que presentarse pudiera en el horizonte. El rápido movimiento de los bajeles acrecentaba esta sensación de júbilo; pues que la *Piata* y la *Niña* pasaban y repasaban á la capitana cual si fuese por puro juego. Pocas horas despues volviéronse á hallar yerbajos frescos, y á eso de medio dia avisó Sancho confidencialmente que acababa de ver un pez de aquellos que solo se encuentran en la inmediación de las playas. Una hora más tarde sesgó la *Niña* hácia el buque de Colon, y vióse á su comandante en los aparejos, con evidentes deseos de comunicar algo importante.

—¿Qué hay de bueno, Vicente Yañez? gritóle Colon; parecis mensajero de alguna grata noticia.

—Tal me supongo, señor D. Cristóbal, contestó. Acaba de pasar junto á nosotros un arbusto cubierto de bayas tan frescas cual si ahora mismo se le hubiese arrancado del terruño. Esta es una señal que no puede engañarnos.

—Decis bien, leal amigo. ¡A Occidente! ¡A Occidente! ¡Dichosos los ojos que primero descubran las maravillas de las riberas indianas!

No sería fácil describir la esperanza y el regocijo que comenzaba ahora á manifestarse entre la gente. Resonaban sobre la cubierta mil chistes joviales, y con facilidad se hacia estallar la risa donde hacia tan poco tiempo solo se advertían el desmayo y el ceño. Trascurrían los minutos con rapidez, y no habia ya un hombre que se acordase de España; pues que los pensamientos de todos estaban clavados en el Occidente desconocido todavía.

Un poco más tarde levantóse un grito de gozo en la *Piata*, que se hallaba á corta distancia del barco caudillo. Al ver á esta nave acortar vela y ponerse en facha, echando un bote al agua, la *Santa Maria* no tardó en dirigirse hácia ella cortando la espuma con ligera proa, á fin de ponerse al alcance de la voz.

—¿Qué hay, Martín Alonso? preguntó Colon, suprimiendo su ansiedad con apariencias de calma. ¡Vos y los vuestros os hallais locos de alegría!

—Y razon tenemos para ello, señor. No há una hora que pasó flotando un trozo de caña que produce azúcar en el Oriente, como aseguran los viajeros, y cual la vemos con frecuencia en nuestros propios puertos. Cual si la Provi-

dencia no hubiese aun tratádonos con suficiente bondad, nos ha enviado Juntas todas estas señales; al paso que las hemos considerado de suficiente valor para echar un bote al agua y recogerlas.

—Amainad velas, buen Martin Alonso, y enviadme esas preseas, á fin de que me sea dable juzgar de su valía.

Obedeció Pinzon, y contenido el arranque de la *Santa María*, no tardó la lancha en hallarse á su costado. En un brinco púsose á bordo de la nave Martin Alonso, y pronto subió al alcázar donde le aguardaba el almirante. Enseñóle con vivas ansias los diversos objetos que su gente arrojaban tras de él, los cuales no hacía una hora que se habian sacado de la mar.

—Ved aquí, noble señor, dijo Martin Alonso, casi perdido el aliento en su prisa por presentar tan interesantes tesoros, esta es una especie de tabla, de madera desconocida, cincelada con el mayor esmero; tambien hay un pedazo de caña; planta que sin duda viene de tierra, y especialmente mirad este baston, trabajado por la mano del hombre, y con excesiva curiosidad.

—¡Cierto! exclamó Colón, examinando las diversas prendas una por una; ¡Dios en su poderío y omnipotencia sea loado por estos testimonios consoladores de que vamos aproximándonos á un nuevo mundo! Tan solo un maligno infiel puede dudar ahora de nuestra victoria.

—No cabe duda de que estas cosas provengan de algun bote que haya zozobrado, y esta es la razon porque se las ha visto flotar tan próximas unas á otras, dijo Martin Alonso, deseoso de sostener las pruebas físicas de su plausible teoría. No extrañara que hallásemos por aquí cerca algunos hombres ahogados.

—Esperemos que no haya tal, Martin Alonso, respondió el almirante; no dé cabida nuestra imaginacion á ideas tan tristes. Mil incidentes pueden haber contribuido á conglomerar estos objetos sobre la anchurosa faz del Océano, y juntos flotarían aunque fuese durante un año entero, á ménos que los desparramase la violencia del oleaje ó de la ventolina. Pero vengan de donde vinieren, son pruebas infalibles de que no solo está inmediata la tierra, sino que esta sirve de morada al hombre.

Difícil sería pintar el entusiasmo que reinaba en todos los bajeles. Hasta entónces solo habian topado con aves, peces y yerbajos, señales muchas veces harto precarias; pero aquí presentábanse tales pruebas de que se hallaban contiguos á sus semejantes, que era imposible resistirse al convencimiento. Verdad era que estos objetos podian haber ido hasta de mayor distancia de la que habian transcurrido, pero no era probable que estuvieran juntos. Luego las bayas estaban fresquitas, la tabla era de madera desconocida, y particularmente el baston, si tal en efecto fuese su uso, se hallaba trabajado de una manera diferente de la que en Europa se practicaba. Los varios artículos pasaron de mano en mano, hasta que los hubo examinado toda alma viviente á bordo; y hasta la última sombra de duda desvaneciósse ante esta inesperada confirmacion de las predicciones del almirante. Volviósse Pinzon á su buque, soltáronse de nuevo las velas, y prosiguió la esquadra su rumbo al Oeste-suroeste hasta ponerse el sol.

Sin embargo cierto desmayo despeluznador cundióse de nuevo entre los más cobardes de la marinería, al ver por la trigésima cuarta vez desde su salida de Gomera hundirse el sol detrás del acuoso horizonte. Más de cien ojos vigilantes atisbaban la márgen centelleadora del Océano en aquel momento de tan vital interés, y aun cuando los cielos estuviesen sin nube, nada se veía sino la bóveda celeste tinta de colores matizados, y el contorno de las aguas rompiéndose en las acostumbradas y broncas formas del inquieto elemento.

Refrescó la brisa al cerrar la noche, y Colon, habiendo reunido las tres naos, cual lo tenia de uso en aquella hora, dió nuevas órdenes acerca del rumbo. Hacia dos ó tres dias que se hallaban navegando algo al Sur del punto occidental, y el almirante, quien estaba persuadido que la travesía más corta y cierta de tierra á tierra era la de pasar el Océano, si fuese posible, sobre un solo paralelo de latitud, deseaba volver á tomar su curso favorito á Oeste clavado, segun él se imaginaba que enderezarlo pudiera. Al correr la noche su velo en torno de aquellos aislados mareantes, soslayáronse las naves para seguir el rumbo requerido, corriéndolo á razon de nueve millas por hora, y dando caza al luminar del dia, cual si estuviesen empeñadas en profundizar los misterios de su retiro nocturno, hasta que algun descubrimiento grandioso recompensase el esfuerzo.

Despues de este cambio de rumbo entonaron las tripulaciones el himno vespertino, como de costumbre, y el cual diferian á veces hasta la hora en que la primera guardia se retiraba á descansar. Aquella noche nadie se halló con ganas de dormir, y ya era tarde cuando comenzó el cántico de los marineros, con las palabras *Salve Regina*. Era cosa muy solemne oír los cánticos de laude religiosa mezclándose con los quejidos de la brisa y con los gorgoritos de las aguas en aquel yermo oceánico; acrecentando la solemnidad aquella expectativa que agitaba á los aventureros, y los arcanos que yacian atrás del velo cuyo descorrimento se juzgaban destinados á verificar de continuo. Nunca habia resonado aquel himno tan dulcemente en los oídos de Colon, y sintió Luis que los ojos se le arrasaban en lágrimas al recordar las suaves y vibradoras melodias de la voz de Mercedes, cuando sus suspiros virginales elevaban al cielo en aquella hora los puros acentos de la alabanza. Luego que terminó la prece hizo Colon que subiesen todos al alcázar, y les arengó desde su encumbrado puesto.

—Compláceme, amigos míos, les dijo, el haberos oido entonar con tanto entusiasmo el himno de la tarde, elevándolo al cielo con tan devoto espíritu, cuando hay tal razon para ser agradecidos al Ser Supremo por las infinitas bondades que dispensado nos ha en el discurso de nuestra navegacion. Volved la vista á lo pasado, y ved si alguno de vosotros, el marinero más anciano puede traer á las mientes un viaje por mar, no diré de igual largura, pues que ninguno de los presentes lo emprendiera hasta ahora, sino de igual número de dias, en que los vientos hayan sido tan prósperos, los cielos tan propicios, ó el Océano tan sereno como en esta ocasion. Luego, ¡qué signos tan alentadores nos han animado á la perseverancia! Dios está en medio del

Océano, amigos míos, así como en sus santuarios sobre la tierra. Paso á paso, como si fuese, nos ha guiado adelante, ora llenando de aves los aires, ora haciendo que la mar abundase en descomunales peces, y luego extendiendo á nuestros piés campos de verdor, cual solo se encuentran en las inmediaciones de las playas donde crecen los vegetales. Las últimas y mejores señales nos las ha dispensado hoy. Mis propios cálculos vienen conformes con estos signos, y creo muy probable que veamos tierra esta misma noche. Dentro de pocas horas, ó tan luego como hayamos corrido la distancia que alcanza nuestra vista, cuando la luz nos abandone, juzgaré prudente que acortemos velas, y suplico á todos que esteis vigilantes, no sea que sin pensarlo embistamos en alguna extraña costa. Bien sabeis que los soberanos han hecho gracia de una pension anual y vitalicia de diez mil maravedís al que primero descubra tierra; á este rico galardón añadido yo ahora el de una almilla de terciopelo, tan soberbia que ni un grande tendria á ménos revestírsela. No durmais pues; mas al mediar la noche, vigilad con ahinco y afán. Ahora os hablo de veras, porque podeis estar casi seguros de que descubriremos tierra esta misma noche.

Tan alentadoras palabras produjeron su pleno efecto; los hombres se desparramaron por la nave, tomando cada cual la mejor posicion que dable le fué, á fin de obtener la prometida recompensa. La esperanza es un sentimiento tranquilo, pues que los celosos sentidos parecen exigir el silencio y una intensidad de concentracion, á fin de ponerse en su lleno ejercicio. Permaneció el almirante sobre el alcázar, miéntras Luis, ménos interesado en las resultas, se echó sobre una vela, y pasaba el tiempo pensando en Mercedes, bosquejándose en idea el gozoso momento que la volviera á ver con los honores del triunfo.

El silencio, parecido al de la muerte, que reinaba en la nave, realizaba el interés de aquella importantísima noche. A distancia de una milla iba la *Niña* deslizándose á todo trapo, miéntras á legua y media delante diseñábase el contorno sombrío de la *Pinta*, como más velera siempre que arreciaba la ventolina. Sancho habia pasado revista á velas y cabos, atirantándolos con sus propias manos, y nunca la capitana hiciera tan buena compañía á las demás naves como en aquella noche; pues parecia que á las tres se les habia infundido el anheloso espíritu de los que llevaban á su bordo, tan ansiosas como estarlo pudiesen los hombres mismos. De cuando en cuando alarmábase los marineros miéntras el viento murmuraba en las jarcias, cual si hubiesen oído voces extrañas procedentes de un mundo misterioso; y cincuenta veces, cuando una ola espumosa iba á estrellarse á los costados del bajel, volvieron las cabezas, aguardando ver una turba de seres extraordinarios recién venidos del mundo oriental, hormigueando sobre la cubierta.

Respecto á Colon, suspiraba con frecuencia; por minutos enteros solia estarse mirando sin pestañear hácia el Oeste, cual si quisiese desentrañar las linieblas de la noche. Al fin y de repente inclinó el cuerpo adelante, y miró con ahinco por encima de las bordas del barco, y luego, quitándose el birrete, púsose en ademan de ofrecer su espíritu al cielo en accion de gracias. Todo

esto lo presenciaba Luis desde su improvisado lecho de lona; cuando un instante despues oyó que el almirante le llamaba con azorados acentos.

—¡Pedro Gutierrez...! ¡Pedro de Muñoz...! ¡Luis...! ¡ó como os llamais! dijo Colon, miéntras su voz sonora y varonil temblaba de ansiedad... venid acá, hijo, decidme si están vuestros ojos en concordancia con los míos. Mirad en aquella direccion... allá... un poco más hácia la proa... ¿descubris algo extraordinario?

—Veo una luz, señor; una luz que se parece á la de una bujía, pues que ni es mayor ni más brillante: y figúraseme que anda, como si álguien la llevara en la mano, ó cabalgase en las olas.

—No os han engañado los ojos; bien veis que no procede de una ni otra de las naos compañeras, pues ambas están á barlovento.

—¿Y qué juzgais significa esa luz, D. Cristóbal?

—¡Tierra! discurre por la playa misma, y parece tan pequeña en virtud de la distancia, ó proviene de algun bajel extraño; y pertenece á las Indias. Abajo está Rodrigo Sanchez de Segovia, el contralor de la escuadra; hacedme el favor de bajar y decirle que suba.

Obedeció D. Luis, y no tardó el hombre de pluma en estar al lado del almirante. Trascurrióse media hora sin que volviera á verse la luz; en seguida tornó á relumbrar, y luego desapareció. Divulgóse al punto este suceso por la carabela, aunque pocos de los que iban á su bordo le daban la importancia que el mismo Colon.

—¡Es tierra! observó con calma el almirante á los que estaban á su alrededor; ántes de pocas horas podeis esperar divisarla. Ahora dad cabida en vuestros pechos á la confianza y gratitud, pues que en tal signo es imposible haya engaño. No existe fenómeno en el Océano que asemeje á esa luz; y mi cómputo nos coloca en una parte del mundo donde ha de haber tierra, pues de lo contrario el mundo no fuera esférico.

A pesar de esta confianza por parte del almirante el mayor número de sus súbditos no tenia aun certidumbre alguna del resultado, aunque todos alimentaban la esperanza de descubrir tierra al dia siguiente. Como el almirante nada dijese sobre este punto, no tardó mucho en renovarse el silencio anterior, y al cabo de pocos minutos todos los ojos estaban vueltos hácia Occidente otra vez, en anhelosa vigilancia. De este modo trascurrióse el tiempo, miéntras los buques alcanzaban con una premura que excedia en mucho á la proporcion ordinaria de su carrera, hasta que pasó la media noche, cuando de repente iluminó la oscuridad una ráfaga de luz y el eco de un cañonazo, disparado por la *Pinta*, vino bregando contra el soplo poderoso de los alisios.

—¡Ahí habla Martin Alonso! exclamó el almirante; y podemos estar seguros de que no ha dado la señal ociosamente. ¿Quién está en el tope, ¡hola! para atisbar las maravillas que puedan descubrirse por la proa?

—Señor D. almirante, yo, contestó Sancho, y aquí he estado desde que cantaron la Salve los compañeros.

—¿Ves hácia Occidente algo extraordinario? ¡Mira con cuidado, pues que tenemos encima objetos muy portentosos!

—Nada descubro, señor, á no ser la *Pinta* que está arriando velas, y la *Niña* que se encuentra casi al alcance de su veloz compañera... ¡Poco á poco, tambien está última está recogiendo trapo!

—¡Por tan alegres nuevas, toda honra y alabanza sean tributadas á Dios! Esas son pruebas verídicas. Nos reuniremos con nuestros amigos, buen Bartolomé, ántes que amainemos una sola tira de lona.

Todo era movimiento á bordo de la *Santa Maria*, la cual prosiguió durante otra media hora surcando el agua, hasta alcanzar á las otras dos carabelas, las cuales habian cenido el viento á merced de un escaso velámen, y se deslizaban lentamente por el elemento líquido semejantes á dos corceles jugueteando despues de haber terminado una bien disputada carrera.

—Venid acá, D. Luis, dijo Colon; y saciad los ojos con una vista que no está destinada siempre para el solaz de los cristianos más meritorios.

La noche nada tenia de oscura, un cielo tropical brillaba con innumerables estrellas y hasta en el Océano mismo destellaba al parecer una luz sombría y melancólica. A favor de auxilios semejantes era posible divisar hasta la distancia de algunas millas, y especialmente descubrir objetos sobre el Océano. Cuando el mancebo dirigió la vista á sotavento, como Colon le instruyera, advirtió con claridad un punto en que el azul del cielo desaparecia detrás de una eminencia sombría, que se elevaba del Océano y se extendia algunas leguas al Sur, cogiendo de extremo á extremo del horizonte. Tenia el espacio intermedio los contornos definidos, la densidad y el tinte oscuro de una costa, cual á media noche se descubre.

—¡Hé aquí las Indias! dijo Colon; ¡resuelto está el grandioso problema! Esa es sin duda una isla, pero el continente no puede distar mucho. ¡Loado sea Dios!

CAPÍTULO XXII.

Hay un poder de paternal cuidado,
Que por la costa inexplorada guía,
Y por el yermo, y aire limitado
Al hombre audaz, y enseñe la via
Dó vogue solo y no descarriado.

BRYANT.

Las dos ó tres horas que en pos vinieron fuéron horas de interés extraordinario. Los tres bajeles se mantuvieron bordeando cabe la fosca costa, apénas á distancia segura, despojados de casi toda su lona, y como si ninguna

prisa tuvieran. Al pasarse unos á otros con lentitud trocaban palabras de cordial felicitacion; pero en toda aquella importantísima noche no se oyó una sílaba de júbilo destemplado. La excitacion que causara en los aventureros su buena fortuna era demasiado solemne para tan vulgares manifestaciones, y quizás no habría un hombre en toda la escuadra que en aquel momento no se confesase sumiso al Todopoderoso.

Colon nada decía. Unas emociones como las suyas rara vez se desahogan en palabras; pero su corazón rebotaba de gratitud y amor. Imagínese que se hablaba en los límites del Oriente en virtud de haber navegado á Occidente; y muy natural es que supongamos esperase que al correrse la cortina del día se manifestarian algunas de esas escenas de magnificencia oriental, que tan elocuentemente describieran los Polos y otros viajeros en aquellas remotas y poco conocidas regiones. Que esta y otras islas estuviesen habitadas, estaba probado suficientemente por lo poco que habia visto; pero hasta entonces todo lo demás eran conjeturas sin el menor fundamento. Sin embargo, la fragancia que despedia la tierra era muy susceptible para los que iban en los barcos; ofreciendo de este modo una oportunidad á dos de los sentidos para asegurar un buen éxito.

Al fin amaneció el día deseado, y el cielo oriental pintóse con las tintas que preceden por lo comun al nacimiento del sol. A medida que la luz se difundia sobre el Océano azul oscuro, y alcanzando hasta la isla, los contornos de esta mejor iban dibujándose, hiciéronse visibles diversos objetos sobre su superficie; sus árboles, praderas, peñas y matojos salian de entre las tinieblas, hasta que el paisaje relució con los colores cenicientos y solemnes que despedia el alba. A poco iluminaron el panorama los rayos del sol, y encendieron sus puntos prominentes, al paso que se refugiaban las sombras en los más hondos. Descubrióse entonces que habian llegado á una isla de corta extension, cubierta de árboles, de agradable aspecto. La tierra era baja, pero su contorno bastante lindo para que pareciese un paraíso á los ojos de todos los hombres que dudaran de que hubiesen de volver á ver tierra en toda su vida. Siempre el espectáculo de la tierra es grato para el marino que por mucho tiempo solo ha visto cielo y agua; pero mucho más hermosa pareció ahora á unos hombres que no solo veian en ella el término de su desesperacion, sino el resucitar de sus esperanzas más brillantes. En virtud de la posicion que ocupaba la tierra tan próxima á su vista, no dudó Colon que habia pasado otra isla, en la cual se viera la luz, y, en virtud de trazar su rumbo, sabemos hoy que su conjetura se convirtió en certidumbre.

Apénas salió el sol cuando multitud de seres vivientes salieron corriendo de los bosques con objeto de contemplar asombrados la repentina aparicion de aquellas máquinas, las cuales equivocaron los rudos isleños por otros tantos mensajeros del emperio. Poco despues ancló el almirante su flotilla, y desembarcó á fin de tomar posesion en nombre de ambos soberanos.

Desplegóse tanta pompa en esta ocasion como lo permitian los escasos recursos de los aventureros. Cada buque envió un lanchon con su comandante. El gran piloto genovés, vestido de grana, y llevando el estandarte regio, iba

delante, mientras Martín Alonso y Vicente Yañez Pinzón le seguían con sus pendones, en los cuales relucía bordada la cruz, enseña santa de la expedición con las letras que representaban las iniciales de los dos soberanos, ó bien una F. y una I, por Fernando é Isabel.

Observáronse en aquella ocasion las fórmulas de costumbre al llegar á la playa. Tomó posesion el almirante tributando gracias á Dios por el buen éxito de la empresa, y en seguida empezó á reconocer en torno suyo para calcular sobre la valía de su descubrimiento (1).

Apénas se cumplieron las ceremonias cuando la marinería se agolpó en torno del almirante, y empezó á abrumarle de felicitaciones por su buena fortuna, manifestándole la más sincera contricion por su desconfianza y muestras de desafecto. Muchas veces se ha citado esta escena en prueba de la inconstancia de los humanos juicios; pues que el hombre, que tan recientemente habia sido considerado con ceño como á un aventurero temerario y egoista, se le contemplaba ahora con poca ménos veneracion que si hubiera sido un santo. Estas lisonjas hicieron tan poca mella en el almirante como le causara el reciente desafecto de sus subordinados; así es que mantuvo Colon su compostura para los que se apresuraban á agolparse en su rededor, al paso que el que le hubiera examinado con prolijidad no hubiera podido ménos de columbrar en sus ojos un destello de triunfo y en sus mejillas un reflejo del júbilo que inundaba su corazon.

—Estas buenas gentes son tan inconstantes en sus aprensiones como extremadas en sus alegrías, dijo Colon á Luis, luego que se vió un poco zafó de la turba; ayer me hubieran arrojado á la mar y hoy se encuentran dispuestos á olvidar á Dios mismo, en esta su indignísima criatura. ¿Veis cómo los hombres que más recelo nos daban por su desafecto, son ahora los más pródigos en sus aplausos?

—Esa es la naturaleza humana, señor; pues que el miedo se transforma súbito de pánico á exaltacion. Imaginanse los belitres que os tributan laude cuando en verdad solo se regocijan por haber escapado de algun daño desco-

(1) Es un hecho singular el que la posicion y el nombre de la isla precisa, con que se topó primero en aquella célebre expedición, haya quedado hasta hoy, si no asunto de duda, á lo ménos materia de discusion. Creen muchas personas, incluso algunas de las más autorizadas, que los aventureros anclaron en *la isla del Gato*, como se la denomina ahora, aunque el almirante le dió el nombre de San Salvador; mientras otros se en peñan en sostener que fué la que hoy se designa con la apellidacion de *Isla del Turco*. El motivo dado, en apoyo de este dictámen, es la posicion de esta isla y el rumbo que desde ella se hizo en seguida, con el objeto de dirigirse á Cuba en derecha. Muñoz supuso que fué la isla de Watling, la cual está á un grado de longitud al Este de la del Gato. El curso seguido despues de dejar aquella isla, no fué á Occidente, sino al Sur-oeste; y hallamos que Colon estaba anheloso de navegar al Sur para llegar á la isla de Cuba, que le habian indicado los naturales y la cual creia era su anhelada Cipango. No da Muñoz razon alguna en apoyo de este dictámen; pero la isla de Watling no corresponde á la descripcion del gran navegante, al paso que está sita de modo que preciso es estuviere proxima á su rumbo, y no cabe duda de que la pasaria muy de cerca durante la oscuridad. Créese que la luz observada por Colon con tanta frecuencia provenia de esta isla.

nocido que recelaban. Nuestros amigos Sancho y Pepé no dan muestra de hallarse tan afectados; pues mientras el último se entretenía en coger florecillas por las riberas de la India, el primero parece estar mirando al rededor con plausible cachaza, cual si estuviese calculando la longitud y latitud de las doblas del gran khan.

Sonrióse Colon, y acompañado de Luis, acercóse á los dos hombres mencionados, quienes estaban un poco distantes del grupo. Sancho se hallaba en pié, con las manos metidas en los bolsillos, contemplando aquella escena con la calma de un filósofo, y hácia él dirigió sus pasos el almirante.

—¿Cómo es esto, Sancho, el de la compuerta del dique? díjole el gran navegante; ¿estás mirando ese espectáculo con tanta frescura cual si considerases una de las calles de Moguer, ó un campo de Andalucía?

—Señor don almirante, una y otra cosa es hechura de la misma mano. No es esta la primera ínsula en que he desembarcado, ni esos desnudos salvajes son los primeros hombres que he visto, sin que llevasen almillas de color de grana.

—¿Pero, no estás alborozado por nuestra feliz ventura? ¿ni agradeces á Dios este vasto descubrimiento? Reflexiona, amigo mio, que nos vemos en los confines del Asia, y que sin embargo hemos llegado á ellos en virtud de haber seguido un rumbo occidental.

—Que eso último es muy cierto, señor, yo mismo lo juraré; pues que he tenido en la mano la caña del timon durante una parte no pequeña del camino. ¿Cree vueselencia, seor almirante, que hemos andado lo suficiente en esta direccion para haber llegado á la parte opuesta de la tierra, ó que nos hallamos, como quien dijera, piés con piés con los habitantes de nuestra España?

—De ningun modo. Las regiones del gran khan es probable que no ocupen esa posicion precisamente.

—Señor, ¿cuál será, pues, el estorbo que impida se caigan por el aire abajo las doblas de esos países, quedándonos por nuestro trabajo tan solo la estéril gloria de nuestro viaje?

—El mismo poder que impide se salgan fuera de la mar nuestras carabelas, y que el agua tras ellas se derrame. Esas cosas, amigo mio, dependen de leyes naturales, y la naturaleza es como un legislador que quiere se obedezcan sus mandatos.

—Todo eso es árabe para mí, contestó Sancho, restregándose las cejas. Aquí estamos, en toda verdad, sino precisamente debajo de los piés de España, cual si estuviésemos, como quien dice, puestos muy tiesos sobre el lado de la casa; y sin embargo tengo tan serena mi propia quilla como cuando me hallaba en Moguer. ¡Por santa Clara! algo más puedo decir respecto á eso, v. g., pues que el buen vino añejo de Jerez abunda algo ménos por acá que por allá.

—Segun eso, buen Sancho, se conoce que nada tienes de moro, aunque sea un secreto el nombre de tu padre. ¿Y tú, Pepe, qué encuentras en esas flores que tan pronto te distraen de estas maravillas?

—Señor, estoy haciendo un ramillete para mi Mónica. Las mujeres tienen

sentimientos más delicados que los hombres, y la mia se alegrará de saber con qué clase de adornos ha engalanado Dios las Indias.

—¿Y piensas, Pepe, que podrá tu amor mantener frescas esas flores hasta que la buena carabela cruce el Atlántico? preguntó sonriéndose D. Luis.

—¿Y quién lo sabe, señor Gutierrez? Un corazón ardiente constituye un terreno muy feraz. Y vos también si preferís alguna dama de Castilla no haríais mal en recoger algunas de estas plantas extrañas para que se atavie con ellas los cabellos algún día.*

Volviéronle la espalda Colon, pues los naturales parecían dispuestos á acercarse á sus huéspedes. Luis se quedó junto al marinero, quien continuaba ocupado en coger las curiosas flores de los trópicos. No tardó nuestro héroe mucho en entregarse á igual tarea, y ántes que el jefe y maravillados isleños comenzaran su primer parlamento, habia reunido un lindo ramillete, con el cual ya veia su imaginacion adornados los negrísimos cabellos de Mercedes.

Los acontecimientos que tuvieron lugar despues son demasiado familiares al lector para que se necesite repetirlos en este lugar. Despues de pasar algunos dias en San Salvador, visitó Colon otras islas movido por la curiosidad, y guiado por los verdaderos ó fingidos informes de los naturales, hasta el dia 28, en que llegó á las costas de Cuba. Allí se imaginó haber hallado el continente, y prosiguió costeando, primero en direccion Noroeste, y luego Sureste, por espacio de un mes corto. La familiaridad con las escenas novelescas que se ofrecian pronto aminoró su influencia, y los sentimientos innatos de ambicion y avaricia comenzaron á vindicar su imperio en los corazones de muchos de los que habian sido los primeros en manifestar al almirante su sumision cuando el descubrimiento de tierra probara con tan milagroso triunfo la certeza de sus teorías y lo infundado de sus desconfianzas. Entre los que domañaran estas pasiones, hallóse Martin Alonso Pinzon, quien viéndose casi excluido de la sociedad del conde de Llera, en cuyos ojos advertia que ocupaba un concepto muy subordinado, se atrincheró detrás de su propia importancia, y comenzó á envidiar á Colon una gloria que deseaba haber alcanzado él solo. Habia trocado palabras tan agrias con el almirante, ya en varias ocasiones ántes que descubrieran tierra, dando cada dia márgen á alguna nueva ocurrencia que acrecentase la frialdad que entre ellos existia.

No forma parte de esta obra la minuciosa descripcion de los sucesos consecutivos al proseguir los aventureros de isla en isla, de puerto en puerto, de rio en rio. Pronto se hizo patente la importancia del descubrimiento, y los navegadores eran impelidos un dia tras otro en la prosecucion de sus investigaciones por informes mal comprendidos, que á su parecer tendian á encaminarlos hácia minas inagotables de oro. Por todas partes se ofrecia á su vista una naturaleza pomposa, un panorama que fascinaba los ojos, y un clima que halagaba los sentidos; pero hasta entónces se hallaba al hombre viviendo en la condicion más ruda del estado salvaje. General era la idea de que se encontraban en las Indias, y cualquiera indicacion de aquellos seres bárbaros, sea por medio de signos ó palabras, suponíase tener referencia á las riquezas del Oriente. Todos creian que si no se encontraban con exacti-

tud dentro de los territorios del gran khan, á lo ménos estaban en sus confines. Bajo estas circunstancias y cuando cada dia daba nacimiento á nuevas escenas, prometiendo novedades todavía mayores, pocos se acordaban ya de España, como no fuese en cuanto tuviera conexión con la idea de volver á ella henchidos de gloria y triunfos. D. Luis no pensaba tan á menudo en Mercedes, permitiendo que su imágen, aunque hechicera á lo sumo, quedase oscurecida por el espectáculo que constantemente tenia á la vista. Exceptuando la fertilidad del suelo y blandura del clima nada ofrecia en la comarca que pudiera dar fundamento á las brillantes expectativas de los aventureros referentes á ventajas pecuniarias; pero cada instante venia preñado de esperanza, y todos ignoraban lo que el siguiente sol pudiera traer consigo.

Por fin enviáronse al interior del país dos agentes con la mira de hacer descubrimientos; y Colon se aprovechó de esta circunstancia para carenar sus bajeles. Cuando se esperaba la vuelta de la mision, salióla al encuentro D. Luis con una partida de hombres armados, y Sancho fué uno de los de la escolta. Dieron con los embajadores en su regreso á un dia de marcha de los buques, y viéronlos acompañados de algunos naturales del país, quienes seguian por curiosidad, esperando á cada paso ver á sus inesperados huéspedes remontar el vuelo hácia las regiones celestiales. Se hizo un corto alto á fin de que descansasen las partidas, luego que una y otra se juntaron, y Sancho, tan indiferente á todo peligro en la tierra como en la mar, se entró por un pueblecillo que estaba contiguo. Allí procuró hacerse amable á los ojos de los moradores á fuerza de muecas y otros signos, cual era preciso que lo procurase y consiguiese un hombre de su extraña apariencia. Figuró Sancho en aquella aldeilla con iguales ventajas á las que logran haga papel en una reunion de campesinos un hombre recién llegado de la metrópoli; pues que los circunstantes no se hallan aun suficientemente ilustrados para distinguir entre el corte de un chaleco y el modo de llevarlo, como entre un patán y un cortesano repulido. No habia estado muchos minutos dándose tono entre aquellos sencillos seres, cuando á estos les entró el deseo de tributarle alguna muestra de señalada distincion. Al instante se presentó un hombre que tenia en la mano un puñado de hojas secas y parduzcas, las cuales alargó al héroe improvisado de un modo obsequioso y humilde; ni más ni ménos como un turco le ofrecería sus confituras secas, ó un americano un trozo de hojaldre. Iba Sancho á aceptar el presente, aun cuando hubiera con mucho preferido una dobla, de las cuales no habia visto ninguna desde la última que el almirante le diera, cuando adelantándose la mayor parte de los cubanos con la mayor sumision y con grande énfasis, les oyó pronunciar la palabra *tabaco*, *tabaco*. A esta insinuacion, hizose atrás la persona del presente, repitió el mismo vocablo con encomio, y púsose á labrar lo que era claro se denominaba un *tabaco* en la lengua de aquel país. Esta operacion quedó hecha en un santiamén con el solo esfuerzo de enrollar las hojas, dándoles la hechura de un tosco cigarro, y el tabaco, así manufacturado, fuéle ofrecido al marinero. Tomó el regalo Sancho, cabeceó condescendentemente, repitió la palabra del mejor modo que pudo, y metióse en la faltriquera el *tabaco*. Esta accion excitó sin

duda alguna sorpresa entre los espectadores; mas despues de una ligera consulta, uno de ellos encendió por uno de sus cabos un rollito de hojas, aplicó á sus labios la otra punta, y comenzó á soltar grandes bocanadas de humo oloroso, no solamente á su propio deleite, sino al parecer al de cuantos le rodeaban. Aprestóse á imitarle el buen Sancho; resultando de su prueba lo que acontece á todo bisono en este ejercicio, que tuvo que volverse tambaleando á su partida, con el lánguido aspecto de un mascador de opio, y con unas náuseas que no habia experimentado jamás desde el dia en que primero se aventuró á salir más allá de la barra de Saltes, con el objeto de exponerse sobre la turbulenta superficie del Atlántico.

Esta escena puede considerarse como la introduccion del bien conocido yerbajo americano en la sociedad civilizada; mientras por una falta de inteligencia en la verdadera acepcion del vocablo, dieron los españoles el nombre de tabaco á la planta cuando se referia á las hojas liadas. Así Sancho el de la compuerta del dique fué el primer fumador de tabaco en el orbe cristiano, en cuya adquisicion le rivalizaron algunos de los hombres más grandes de su tiempo, y cuya costumbre la hallamos tan extendida en nuestra época.

Luego que regresaron sus agentes volvió á darse á la vela Colon, costeando las playas septentrionales de Cuba. Mientras bregaba contra los alisios, con el objeto de llegar al Este, halló el viento demasiado recio, y resolvió arribar á una bahía favorita suya, á cuyo punto denominó Puerto del Príncipe. Con este objeto hizo señales para que arribase la *Pinta*, cuyo bajel se hallaba muy léjos á barlovento; y como cerrase la noche, sacáronse luces á fin de que Martin Alonso pudiera seguir las aguas de su almirante. Por la mañana siguiente al romper el dia, cuando subió Colon sobre cubierta, tendió la vista en torno, y vió que la *Niña* venia por la popa con rizos recogidos; pero no habia la señal más leve de la otra carabela.

—¿Nadie ha visto la *Pinta*? preguntó con premura el almirante á Sancho que estaba en el timon.

—Sí, señor, viéndola estuve todo el tiempo que ojos de hombre pudieran divisar un buque, haciendo fuerza de velas para quitarse de la vista. El Maese Martin Alonso ha desaparecido por la banda del Este, mientras estábamos en facha con el objeto de aguardarle.

Conoció Colon que se le habia desertado el hombre que tanto celo hasta entonces le manifestara, dándole una nueva prueba del modo con que la amistad se desvanece cuando media el interés y la codicia. Habianse cundido entre los aventureros muchos rumores acerca de la existencia de minas de oro, deducidos de las descripciones de los naturales; y no dudaba el almirante que su insubordinado seguidor se hubiese aprovechado de la superioridad de marcha de su buque, á fin de ganar el viento, para ser el primero que llegase á El Dorado de sus ilusiones. Sin embargo, como el temporal continuase todavía, tuvieron que meterse en puerto la *Santa Maria* y la *Niña* para aguardar próspera mudanza. Tuvo lugar esta separacion el 21 de noviembre, en cuya época no se habia llevado la expedicion más allá de las costas septentrionales de la isla de Cuba.

Desde esa fecha hasta el 6 del mes próximo continuó Colon el exámen de aquella noble isla, atravesando lo que hoy se llama *el pasaje á sotavento*, y tocó por primera vez en las costas de Haiti. Todo este tiempo hubo con los indígenas toda la posible comunicacion; pues que los españoles se granjeaban amigos donde quiera que iban, á consecuencia de las prudentes y humanas medidas que el almirante tomara. Verdad es que hubo algunos actos de violencia pues que se apoderaron de seis naturales con la mira de llevarlos á España como ofrenda á la reina Isabel; pero esta tropelia se conciliaba con los usos de aquel siglo, ya como por la deferencia que se tributaba á la autoridad regia, ya por la idea de que aquellas capturas resultarían en beneficio de las almas de los cautivados.

Deleitó más á los aventureros el silvestre, aunque precioso aspecto de Haiti, que el risueño paisaje de la vecina isla de Cuba. Hallaron á los habitantes bien parecidos y más civilizados que cuantos habían visto hasta entónces, al paso que tenían la misma docilidad y mansedumbre que tanto complacieran al almirante. Tambien se descubrió entre ellos oro abundante; y los españoles emprendieron un tráfico en el cual el objeto del cambio era de un lado el metal que excita los más ardientes deseos del hombre, y los cascabeles todo el anhelo de la otra.

De este modo y en hacer viajes azarosos por la costa ocupóse el almirante hasta el día 20 del mes, cuando llegó á una punta que, segun se decia, estaba contigua á la residencia del gran cacique de aquella parte de la isla. Este príncipe, cuyo nombre, segun la ortografía española, era Guacanagari, tenia muchos caciques tributarios, y se coligió de la inteligible descripción que de él daban sus súbditos, que era un monarca muy amado. El día 22, cuando aun estaban surtos los bajeles en la bahía de Acul donde habían echado anclas cuarenta y ocho horas ántes, se vió entrar en el puerto una gran canoa. A poco se anunció al almirante que venia en ella un embajador del gran cacique con presentes de su señor, con la súplica de que los barcos anduviesen una ó dos leguas más al Este y anclasen en frente de la ciudad donde el príncipe residia. Como impidiese el viento que se accediera al deseo, despachóse un mensajero con una respuesta correspondiente, y con él se volvió el embajador. Fatigado de ocio y deseoso de explorar el interior de la comarca, al paso que impelido por su amor á las aventuras, Luis, que habia trabado presurosa amistad con un mancebo isleño nombrado Mattinao, de la comitiva del embajador, pidió permiso para acompañarle, y tomó pasaje en la canoa. Dió Colon la venia á su solicitud con mucha repugnancia, pues que la categoría y carácter de nuestro héroe le inducia á ponerle á cubierto de cualquiera traicion y desgraciado accidente. Pudo más por fin el genio impetuoso de don Luis, quien partió con muchos encargos de que fuese discreto, amonestándosele repetidas veces acerca de la censura que caería sobre el almirante dado caso que alguna cosa seria le aconteciese. Por vía de precaucion se mandó tambien que le acompañase Sancho Mundo á como escudero en esta aventura caballeresca.

Como que hasta entónces no se hubiese visto en manos de los salvajes ar-

ma ninguna más dañina que una flecha de punta roma, desdenó el condesito de Llera vestir su cota de malla, y fué armado únicamente de su fiel tizona cuyo temple se había probado ya en más de un corselete y yelmo moruno, y protegido por una sencillísima rodela. Pusiéronle en la mano un arcabuz, pero rehusó el noble doncel, como arma poco digna de manos hidalgas y que manifestaba recelos á que no era acreedora la conducta de los naturales. Sancho, sin embargo, fué ménos escrupuloso, y aceptó el arma. A fin empero de distraer la atención de sus tripulantes de una licencia que conocía el almirante ser una infracción de sus propias y rigurosas leyes, Luis y su compañero se desembarcaron, y luego fuéron á bordo de la canoa en un punto fuera de la vista de los bajeles, á fin de que su ausencia no fuese conocida. Estas circunstancias unidas al misterio que á todos ocultaba las relaciones del noble hidalgo con esta célebre expedición, fuéron causa de que el episodio que vamos á referir no se encuentre mencionado en el diario del almirante, y que por tanto se haya escapado de las investigaciones de los analistas que han recogido materiales tan interesantes de aquel documento de tanta importancia.

CAPÍTULO XXIII.

Eres pimpollo animado
En aire puro nacido,
Por la fantasía creado;
Y tu perfume has vertido
En dulce cielo dorado.

SUTERMEISTER.

A pesar de su temerario arrojo no dejó de causar extrañeza á D. Luis la novedad de encontrarse en aquella situación. Nada ocurrió sin embargo que enfriara las amistosas é imperfectas relaciones que comenzara con los naturales, insinuando á Sancho alguna que otra indirecta en castellano, y el honrado timonel, que solo necesitaba le sonsacasen, discurría horas enteras. En vez de seguir las aguas del bote perteneciente á la *Santa Maria*, á cuyo bordo iba el embajador, arribó la canoa algunas leguas más al Este, por cuanto se había convenido en que D. Luis no se presentaría en la villa de Guacanagari hasta que no llegasen á ella los buques; entónces debería juntarse con sus camaradas de manera que no llamase la atención.

No hubiera sido nuestro héroe un verdadero enamorado si hubiese sido insensible á las bellezas naturales que delante de sus ojos se desarrollaban al

costear las playas de Española. Lo escarpado de las costas parecidas á las del Mediterráneo se veía suavizado por la blandura de una latitud tan baja, que cife las rocas y los promontorios con un hechizo análogo al que presta á la belleza femenil la sonrisa de la benevolencia. Más de una vez prorumpió en exclamaciones de júbilo, y otras tantas correspondióle Sancho en el mismo temple, sino en el mismo lenguaje, pues que el burdo marino creía que era parte de su deber náutico hacer eco á cuanto el mancebo decia en su poético entusiasmo.

—Supongo, señor conde, observó el chusco gaviero, luego que llegaron á un punto muchas leguas distante de aquel á donde habia atracado el bote del buque, que usencia sabrá perfectamente hácia dónde van chapaletando estos descamisados caballeros. Parece que tienen mucha prisa, y husman algun puerto, aunque no esté á la vista.

—¿Estás receloso de algo, buen Sancho, que haces esa pregunta con tal desasosiego?

—Sí lo estoy, D. Luis, es por causa de la noble familia de los Bobadillas, que perdería su dignísima cabeza, siempre que algun percance aconteciese á usenoría. ¿Qué le importa al mundo que un tal Sancho se case en Cipango con alguna princesa, y logre que el gran khan le reconozca por hijo adoptivo, ó que se quede siendo un marinero liso y pelado de la matrícula de Moguer? Es tan indiferente como si cualquiera le diese á escoger entre llevar una almilla de ante y comer ajos puerros, ó andar por el mundo como su madre le parió, llenando la panza con frutas maduras. Estoy seguro, señor, de que no trocarfais el castillo de Llera por el palacio de este poderoso cacique.

—No vas errado, Sancho; hasta el puesto que se ocupa debe depender del estado social en que se vive. Un hidalgo de Castilla no tiene motivo de envidiar á un monarca de Haití.

—Y más desde que mi amo el señor don almirante ha proclamado que nuestra augusta soberana doña Isabel de aquí en adelante y para siempre, ha de ser reina y señora de estos andurriales, dijo Sancho con una guiñada chusquisima. Poco entienden estas dignas gentes de la honra que les está reservada y ménos que los otros, su alteza el rey Guacanagari.

—¡Sancho! ¡chiton! conserva guardadas en tu pecho esas observaciones tan desagradables. Nuestros amigos hacen sesgar la piragua hácia la embocadura de ese rio, y parece que tratan de que desembarquemos.

Mientras así hablaba Sancho, habian costeadado los indios hasta la distancia que intentaban, y se dirigían hácia la entrada de un riachuelo, el cual, brotando entre las nobles montañas que se agrupaban tierra adentro, se deslizaba en busca del Océano á través de un risueño valle. La ribera nada tenia de anchá ni profunda; pero su agua era más que suficiente para que en ella flotasen las canoas de que los naturales se servían. Orlaban sus márgenes hileras de arbustos; y al subir por su cauce, presentaronse á Luis multitud de vistas hechiceras, donde pensó el mancebo se contentaría vivir todo el tiempo que de existencia le quedase, toda vez que las adornara la presencia de su Mercedes. Apenas necesitamos añadir que en todas aquellas escenas, se figu-

raba ver al idolo de su adoracion ataviada con los terciopelos y blondas , gala entónces de las damas de excelsa alcurnia , y que columbraba las nativas gracias de la virgen castellana , embellecidas con la soltura que dan las córtes y con las pulidas cualidades accesorias , dote precisa de una noble doncella que vivia el dia entero , por no decir todos los momentos, en presencia de su regia señora.

Cuando la piragua dejó á espaldas la costa en virtud de navegar entre las dos puntas que formaban la embocadura del riachuelo, señaló Sancho al conde una flotilla de canoas que bajaba del Este con viento en popa como otras muchas en apariencia que el dia anterior encontraran , hácia la bahía de Acul, con el objeto de hacer una visita á aquellos maravillosos extranjeros. Tambien los indios que iban en la canoa divisaron la escuadrilla que navegaba á favor de sus velas de algodón , y por sus sonrisas y señas dieron á entender que la suponian dirigirse al mismo destino. A la sazón ó precisamente al entrar en la embocadura de la ribera sacó Mattinao de debajo de un manto de algodón, con que de cuando en cuando se cubria, un delgado aro de purísimo oro , que se puso en las sienes á manera de corona. Por este signo conoció D. Luis que era cacique, uno de los tributarios de Guacanagari, y se levantó para hacerle acatamiento al advertir esta evidencia de su gerarquía ; accion que fué tambien imitada por todos los haitianos que iban en la canoa. Imagínose D. Luis que habia entrado Mattinao en los límites de un territorio que reconociera su poderío , y desde el momento que deshechó su incógnito el cacique, dejó de remar, y afectando autoridad y altivez, se puso á hablar con su huésped en el mejor modo que se lo permitian sus imperfectos medios de comunicacion. Pronunciaba con frecuencia la palabra Ozema , é infirió Luis, por la manera con que la proferia, que era el nombre de alguna esposa favorita; pues que los españoles ya habian averiguado , ó á lo ménos así lo suponian, que los caciques se entregaban á la poligamia, al paso que con el mayor rigor obligaban á sus súbditos á contentarse con una sola mujer.

Subió la canoa rio arriba hasta que llegó á uno de aquellos valles tropicales en los que la naturaleza parece haber agotado todos sus medios para convertir la tierra en un paraíso. Aunque el panorama participaba mucho de los rasgos silvestres del yermo , la presencia del hombre lo habia desnudado de la rudeza que caracteriza la naturaleza inculta. Semejante á los seres que la habitaban , poseia aquella comarca la perfeccion de la gracia nativa , que no habia alterado ningun expediente de cuantos elabora la industria humana. Las habitaciones no carecian de hermosura , aunque eran tan sencillas como las necesidades de sus dueños; en medio del invierno engalanaban los campos mil flores , y las ramas generosas de los árboles gemian só el peso de sus frutas sabrosísimas.

Mattinao fué recibido por su pueblo con ansiosa curiosidad , mezclada de respeto profundo. Sus benignos súbditos rodearon afanosos á D. Luis y á Saicho , con aquel asombro con que los hombres civilizados considerarían á dos profetas antiguos , si les fuese dable volver á la tierra revestidos nuevamente de carne humana. Habian sabido la llegada de los bajeles ; mas no por

eso dejaban de considerar ménos á sus huéspedes como seres descendidos del cielo. Tal vez esta no sería la opinion de los más elevados en gerarquía, pues hasta en el estado salvaje el alma del vulgo está muy distante de ser igual á la de los pocos privilegiados. Sea que se debiera á la mayor flexibilidad de su carácter y á los modales que más fácilmente se adaptaban á las nociones incultas de los indios, ó tal vez á su instinto de conveniencia, no tardó Sancho en hacerse el favorito de la muchedumbre, dejando al conde de Llera al cuidado de Mattinao y de los principales de la tribu. Debido á estas circunstancias pronto fuéron separados los dos españoles; habiendo *los muchos* llevádose á Sancho á una especie de plaza en medio de la poblacion, mientras D. Luis se quedó en la morada del cacique. Apenas se halló Mattinao en compañía de nuestro héroe y de sus jefes de mayor confianza, comenzó á repetirse con ahinco entre los indios el nombre de Ozema. Siguióse una conversacion muy rápida, se despachó un mensajero, sin que supiera Luis á dónde ni para qué, y en seguida se despidieron los caudillos dejando al noble castellano á solas con el cacique. Deponiendo el aro de oro y arropándose con un manto de algodón, hizo Mattinao señas á su compañero para que le siguiera, y se salió del edificio. Echándose á la espalda la rodela y arreglándose la correa de la espada de modo que esta no le estorbase para caminar, obedeció Luis con tanta confianza como hubiera seguido á un amigo por las calles de Sevilla.

Guióle Mattinao á través de un vergel perfumado, donde las plantas de los trópicos desarrollaban lujoso su follaje, debajo de los árboles cargados de exquisitas frutas, y siguieron un sendero que se prolongaba á las márgenes de un torrente, que, precipitándose por un quebrajo, vertía sus aguas en el rio. La distancia que transcurrieron podria calcularse en media milla. Llegaron á un grupo de rústicas habitaciones que formaban un lindísimo terrado en el declive de un collado, desde donde se veia la poblacion situada á orillas del rio y el Océano á lo léjos. Advirtió Luis á la primera mirada que aquel dulce retiro estaba consagrado á los usos del bello sexo, y no dudó que formase una especie de serrallo, destinado á las mujeres del cacique. Entráronle en uno de los edificios principales, donde volvieron á ofrecerle las viandas sencillas, aunque agradables, que servian de refrigerio á los indios.

Las relaciones de un mes no habian sido bastante para que las partes estuvieran ya al corriente de sus diversos idiomas. Los españoles habian aprendido unas pocas palabras, se entiende de las más comunes, de los indios, y quizás Luis fuese uno de los que con mayor prontitud las retuvieran; sin embargo, es muy probable que con frecuencia equivocase su significado más bien que acertara su acepcion, aun cuando mayor confianza tuviese en su retentiva. Pero el lenguaje de la amistad no se equivoca tan fácilmente, y no habia tenido motivo nuestro héroe para dar cabida á la más ligera desconfianza desde el instante en que se separó de los bajeles hasta entónces.

Mattinao despachó un mensajero á una choza contigua cuando entró en donde descansaba D. Luis, y cuando hubo dado suficiente tiempo á su amigo para que se refrescase, levantóse el cacique, y por medio de un ademan muy

cortés, y cual hubiera hecho honor á un maestro de ceremonias en la corte de Isabel, volvió á invitar al hidalgo á que siguiese sus pasos. Anduvieron por el terrado hasta llegar á un edificio de mayores dimensiones que los ordinarios, y que evidentemente contenia varias subdivisiones, y se introdujeron en una especie de antesala. Allí permanecieron algo ménos de un minuto; el cacique, despues de haber hablado cuatro palabras con una mujer, descorrió una cortina industriosamente labrada de yerba de la mar, y condujo á su amigo á un aposento interior. Una sola persona habia en él, cuyo sexo creyó D. Luis que se le anunció suficientemente por el uso de la simple palabra Ozema que pronunció el cacique al entrar en tono sumiso y afectuoso. Acató Luis con una profunda reverencia aquella deidad indiana, y con tanta cortesía como si hubiese sido una damisela española de altísimo *abolengo*; luego, al enderezar el combado espinazo, fijó una larga y firme mirada de admiracion en el rostro de la curiosa y medio asustada jóven que en su presencia estaba, y exclamó en tono que indicaba sorpresa, asombro y arrebatado mezclados de consuno: ¡Mercedes!

El jóven cacique repitió esta palabra del mejor modo que pudo, equivocándolo evidentemente con algun vocablo español, expresivo de admiracion y de deleite; miéntras la trémula criatura hizose atrás un paso, ruborizóse, echóse á reir, y balbuceó con voz melodiosa y baja: Mercedes, como un sér ingenuo cuando trata de prolongar lo que le ha causado un inocente placer. Luego paróse con los brazos cruzados sobre el seno, y asemejándose en todo á una lindísima estatua que representase el pasmo. Pero será necesario explicar la razon por qué en un momento tan preciso la lengua y las ideas de D. Luis se habian transportado á su enamorada la doncella de Valverde. A fin de verificarlo, intentaremos primero una corta descripcion de la persona y traje de Ozema, como en efecto se llamaba aquella belleza de las Indias.

Todas las relaciones convienen en describir á los indígenas de las Indias occidentales como singularmente bien formados, y con mucha gracia en sus movimientos, lo que causaba suma admiracion á los aventureros. Su color no era desagradable, y los habitantes de Haití, en particular, se dice que eran poco más morenos que los españoles mismos. Los que se hallaban poco expuestos al tórrido sol de aquel clima y que por costumbre tenian sus albergues bajo la sombra de los frondosos bosques ó vegetaban en el retiro de sus hogares, así como las personas que en Europa siguen iguales costumbres, pudieran comparativamente llamarse blancos. Así en efecto acontecia á Ozema, quien en vez de ser la esposa ó concubina del cacique, era su única hermana. Segun las leyes de Haití, transmitíase por conducto de las hembras la autoridad á los caciques, y considerábase al hijo que pudiera proceder de Ozema como heredero de su tío. Debido á este hecho y á la circunstancia de que la línea regia, si término tan altivo puede aplicarse á un estado de sociedad tan rudo, se hallaba reducida á estos dos individuos. Ozema habia sido, más de lo que era costumbre, reverenciada por la tribu, que la libertaba de toda faena y la eximia de trabajos y padecimientos tanto como lo permitiera la ruda condicion de sus súbditos. Habia llegado á los diez y ocho años sin

experimentar ninguna de aquellas exposiciones ni zozobras que son compañeras inevitables de la vida salvaje, aunque ya habían notado los españoles que cuantos indios hasta entónces vieran, al parecer, se hallaban exentos, más de lo que es costumbre, de los males de esta naturaleza. Esta exención la debían á la generosa calidad del suelo, al grato calor del clima y á la salubridad de los aires. En una palabra, poseía Ozema en su persona aquellas ventajas que la libertad sin restriccion, las gracias ingénitas, y el lujo de la silvestre naturaleza, pudieran suponerse prestar á la forma femenil los privilegios de un blando clima, de alimentos saludables y sencillos, y de una exención de la intemperie, de los cuidados y del trabajo. Dificil nos sería imaginarnos que fuese Eva una criatura tal, cuando primero se le apareció á nuestro primer padre, acabada de salir de las manos de su Creador divino, modesta, inocente, tímida y perfecta.

Usaban los haitianos algunas prendas de abrigo, aunque no les causara repugnancia presentarse con el vestido que natura les regalara. Sin embargo, pocos sugetos de distinguido rango solian verse despojados de toda pretension á la vestidura, la que más bien usaban por via de ornato que como una necesidad adoptada por el uso ó por el abrigo. Ozema misma no formaba excepcion á la regla general. Un tonelete de paño indio, tejido de colores vistosos, ceñía á la delicada criatura y le caía hasta las rodillas; un manto de algodón más blanco que los copos de la nieve, y de un tejido tan fino que pudiera avergonzar á muchos fabricantes de nuestros días, le cruzaba por uno de los hombros, á manera de banda, y se enlazaba por el lado opuesto cayendo en ondas casi hasta el suelo. Unas sandalias primorosas protegían las plantas de sus piés que una reina de Europa pudiera haber envidiado; y una lámina de oro puro, trabajado toscamente, le colgaba del cuello, de la cual pendía una sarta de pequeñas conchas, de refulgentes colores. Unos preciosos brazaletes, hechos de las mismas, ceñían sus torneadas muñecas, y unos delicados aros de oro rodeaban las cañas de sus piernas, que eran de hechura tan perfecta como las de la Vénus napolitana. En aquella region la belleza del cabello se consideraba como un testimonio de excelsa cuna, con mayor razon que muchos se imaginan que en la vida civilizada la demuestran los piés y las manos. Como que el poderío habia pasado de hembra á hembra en su familia, durante siglos sin cuento, los cabellos de Ozema eran sedosos, suaves, ondulantes, lujosos y negros como el azabache. Cubríanle los hombros, cual manto glorioso, y le caían hasta la jareta de su sencillísimo tonelete. Tan liviano y suave era este velo natural, que los cabos de él flotaban en la blanda corriente de aire que respiraba más bien que corría á través de la habitacion.

Aunque esta extraordinaria criatura era la muestra más completa de la juventud femenil que el noble castellano hubiese visto hasta entónces entre las silvestres beldades de aquellas islas, no fué tanto lo que le sorprendieron sus graciosas y bien torneadas formas, ni los encantos de su rostro y fisonomía, como una semejanza con la divina doncella que en España dejara, y que habia sido por tanto tiempo el ídolo de su corazón. Esta semejanza fué lo único que le hizo proferir el nombre de su amada, segun más arriba dijimos. Si hu-

biera sido posible poner á la una junto á la otra, habria sido fácil descubrir muchos puntos de diferencia muy notable entre ambas, sin quedar reducido el espectador á comparar la expresion intelectual y pensativa de nuestra doncella castellana con el maravillado vacilante y sobrecogido mirar de Ozema; sin embargo, era tanta la semejanza, que nadie que conociera el rostro de la una, pudiera dejar de hallarlo impreso en la otra. Juntas, se hubiera descubierto que el rostro de Mercedes llevaba ventaja respecto á delicadeza y finura, que eran más nobles sus facciones y que á sus ojos animaba mayor inteligencia; que era más radiante su sonrisa en virtud de los pensamientos y sensaciones de la mujer ilustrada; que su rubor era más sensitivo, á consecuencia del mayor grado de conciencia de los hábitos convencionales, y que su expresion estaba en lo general cultivada hasta un punto superior, que aquel adonde habian podido llegar los sencillos impulsos y limitadas ideas de la jóven haitiana. Sin embargo, respecto á la mera juventud, tintes y contornos, apenas se hacia perceptible la disparidad, al paso que sorprendiera la similitud; y por lo que atañe á la animacion, á la franqueza nativa, á la ingenuidad y á todos aquellos hechizos que dan á la mujer los sentimientos ardientes que no trata de ocultar, muchos hubieran preferido el *abandono* de la hermosa vírgen de las Indias á la reserva más estudiada y altiva de la heredera castellana. Lo que en esta última pudiera atribuirse á un entusiasmo enérgico, sublime, natural, si bien religioso, era en la otra el simple impulso de sensaciones naturales, femeniles en su origen, aunque no sometidas á freno alguno.

— ¡Mercedes! exclamó nuestro héroe, luego que esta vision de belleza indiana se presentó súbita á sus ojos.

— ¡Mercedes! repitió Mattinao.

— ¡Mercedes! balbuceó Ozema, dando atrás un paso, entre risueña y ruborizada, y recobrando su inocente confianza, profirió repetidas veces la palabra misma, que equivocara tambien como su hermano por un vocablo expresivo de admiracion.

Como no podian entablar conversacion, solo les quedó el recurso de expresar sus afectos por medio de signos. No habia ido Luis á la expedicion sin proveerse de regalos. Previendo una entrevista con la mujer del cacique, se habia traído de la nave varios objetos que supuso agradarian á su ruda imaginacion. Pero al momento de ver á la jóven hermosa que ante sus ojos se presentara, todas aquellas dádivas le parecieron indignas de un sér tan precioso. En una de sus correrías contra el moro habia despojado á un adalid alarbe de un turbante formado de rico y ligerísimo paño, el que conservara como trofeo y con el cual solia cobijarse, por puro capricho, cuando bajaba á tierra; pues lo consideraba como un ornamento que pudiese imponer respeto á aquellos sencillos naturales. Estas fruslerías no llamaban la atencion de nadie, porque los hombres de mar suelen tener mil caprichos de este jaez, cuando se hallan léjos de aquellos á quienes están habitualmente subordinados. Llevaba nuestro mancebo puesto el turbante cuando entró en la habitacion de Ozema, y abrumado con el deleite de encontrar una semejanza tan

inesperada, al paso que, sorprendido de la hermosura de la india, desarrolló con galantería el rico paño, y púsolo en los hombros de la encantadora Ozema cual si fuera un manto.

La expresion de gratitud y deleite que manifestó aquella jóven inculta, fué ardorosa, sincera y sin disfraz. Dejó caer al suelo el lujoso ropaje, repitió la palabra Mercedes una vez y otra, descubriendo su placer con todo el ardor de una naturaleza ingénuu y generosa. Si dijésemos que esta manifestacion de Ozema estuvo exenta de arrebatu pueril, cualidad inseparable de su ignorancia, equivaldria á atribuir á la tenebrosa condicion de sus mientes la experiencia y sensaciones arregladas que son efecto de la civilizacion en sus mayores progresos; pero, no obstante la inartificiosa simplicidad con que diera á entender sus emociones, no careció su deleite de mucha parte de aquella dignidad y altivez que señalan por lo comun en el mundo la conducta de las clases superiores. Este comportamiento fué juzgado por Luis tan gracioso como sencillo y hechicero. Procuró traer á su mente el modo con que la señora de Valverde pudiera aceptar un regalo de piedras preciosas que le hiciera con sus lindas manos la reina doña Isabel, y hasta creyó posible que la gracia sin estudio de Ozema no le iria en zaga á la que sería indicio del suave respeto, mezclado con agradecido placer, que Mercedes no dejaria de manifestar.

Mientras cruzaban su fantasía ideas semejantes, despojóse la muchacha india de su hechicero manto, sin la menor aprension; y en seguida envolvió sus bellísimas formas en la tela del turbante. En seguida con una gracia y libertad propias quitóse del cuello el collar de conchas, y adelantándose hácia nuestro héroe, alargóle la dádiva, mientras su rostro medio vuelto y sus ojos risueños y deseosos dijeron más de lo que la lengua expresar pudiera. Aceptó Luis el obsequio con el correspondiente ahinco, y no se abstuvo de usar la galantería castellana imprimiendo un beso en la dulce mano que le ofrecia aquel juguete.

El cacique, que con agrado presenciara cuanto habia pasado, hizo señas al conde para que le siguiese y le condujo á otro edificio. Allí fué presentado D. Luis á otras jóvenes, acompañadas de dos ó tres chiquillos; y no tardó en comprender que eran las mujeres é hijos de Mattinao. A fueza de gestos y algunas palabras, y de los demás arbitrios á que acudian los españoles y los indios, consiguió el de Llera enterarse de la afinidad que existia entre Ozema y el cacique. Experimentó nuestro héroe cierta sensacion muy parecida á la del regocijo cuando descubrió que la beldad indiana no estaba casada, y allá su conciencia tuvo que atribuir el sentimiento—tal vez con justicia—á una especie de susceptibilidad celosa que nacia de su semejanza con Mercedes.

Lo restante de aquel día, así como los tres que le siguieron, pasólos Luis con su amigo el cacique en esta favorita y sagrada residencia. Por consiguiente, nuestro héroe era un sugeto de mayor interés para sus patronos que ellos pudieran serlo para él. Tomábanse con su persona mil libertades inocentes: le examinaban los vestidos y adornos que le cubrian, sin dejar de hacer un cotejo entre la blancura de su cútis y la tez más cobriza del de Matti-

nao. En estas ocasiones era Ozema la más reservada y esquiva, aunque sus miradas seguían los movimientos del extranjero, y su complacido semblante denotaba interés por cuanto le concerniera. Durante horas seguidas estaba reclinado Luis en olorosas y blandas esteras, cabe aquella criatura amable y sin artificio, estudiando la caprichosa expresión de sus facciones y embobado con la esperanza de descubrir similitudes más pronunciadas entre ella y Mercedes, mientras á veces se perdía en lo que solo á la jóven india perteneciera. En el tiempo que pasó bajo aquellas hospitalarias techumbres esforzóse el conde en obtener algunos informes acerca de la isla; y fuese debido á la gerarquía de la bella hermana del cacique, á su natural elevación de alma, ó al encanto de sus maneras, imaginóse pronto que conseguía hacerle comprender sus ideas y explicaciones mejor que lo verificaban las mujeres de Mattinao ó el cacique mismo. Así es que á Ozema dirigía D. Luis casi todas sus preguntas; y ántes que el día hubiese espirado esta despejada y atenta doncella había hecho mayores progresos en comunicar entre el aventurero y sus paisanos, que pudo conseguirse durante los dos meses anteriores. Aprendía las voces españolas con una prontitud que parecía instintiva, y las pronunciaba con un acento tan gracioso que las hacía más gratas y blandas al oído.

El íntimo trato con Colon había contribuido á fortalecer la tendencia de nuestro héroe á creer en la constante protección de la Providencia; y experimentaba ahora grande inclinación á imaginarse que la facilidad extraordinaria que advertía en Ozema de adquirir el conocimiento de un idioma extraño, era una de sus muchas mercedes, con el objeto de adelantar la introducción del culto de la Cruz en aquellas regiones. Con frecuencia se jactó el mancebo entusiasta, mientras sentado contemplaba los ojos brillantes y tiernos de aquella inculta vírgen, y escuchaba sus vehementes esfuerzos para hacerle comprender la intención de sus palabras, que iba á ser el instrumento que produjese un beneficio tan grande, por la mediación de un agente tan encantador. También le había aleccionado el almirante sobre la importancia de averiguar la posición de las minas, y ya D. Luis consiguiera hacer que Ozema comprendiese sus preguntas sobre un asunto tan importante para la mayor parte de los aventureros. Sobre estas materias fueron ménos inteligibles las respuestas de la india; pero Luis creyó que jamás podían ser suficiente categóricas mientras trabajase para satisfacer los deseos de Colon.

El día despues de su llegada obsequiaron á nuestro héroe con el espectáculo de algunos juegos á estilo del país. Estos se han descrito ya tantas veces que no es necesario repetirlos en este lugar; pero en todos sus movimientos y ejercicios, los cuales eran de tendencias pacíficas, la jóven princesa se hizo notable por su gracia y habilidad. También obligaron á D. Luis á hacer muestra de su destreza, y siendo el mancebo tan atlético como diestro, fuéle fácil ganar la palma hasta de su amigo Mattinao. El jóven cacique no manifestó celos ni disgusto por el resultado, en tanto que su hermana reina y palmoteaba de gozo al verle sucumbir hasta en sus propios juegos, ante la pujanza y bríos de su hermoso huésped. Mas de una vez pareció que las mujeres de Mattinao reprochaban blandamente estos arrebatos; pero Ozema les contestaba con son-

risas y suaves réplicas, mientras Luis la creía más bella aun de lo que su imaginación retratarla pudiera, y tal vez con toda justicia, porque tenía las mejillas cubiertas de resplandeciente rubor, centelleábanle los ojos cual si fuesen sus niñas dos gruesas cuentas de abillantado azabache, y los dientes que se hacían visibles entre aquellos labios de cereza, parecían dos hileras de pulido marfil. Hemos dicho que los ojos de Ozema eran negros, diferenciándose en este particular de los rasgados, melancólicos y cerúleos que vertían su dulce luz en el rostro de la bella Mercedes; sin embargo, eran parecidos unos á otros, pues que tan á menudo expresaban los mismos sentimientos, en cuanto á Luis concernía. Más de una vez, durante la prueba de fuerzas, imaginara el hidalgo castellano que la expresión de arrobó, que sin disimulo reflejaba en los ojos de Ozema, era el remedo de aquella arraigada delicia que tantas veces le había iluminado con los destellos de los ojos de Mercedes, al presenciarse sus triunfos en el torneo; y en semejantes ocasiones se le ocurría que la similitud entre las dos era tan clara que casi las hacía idénticas, salvo la diferencia de traje y otras particularidades asaz notables.

No ha de suponer por esto el lector que nuestro héroe fuese inconstante á sus antiguos amores. Léjos de tal cosa, Mercedes estaba demasiado atesorada dentro de su corazón,—y Luis con todos sus defectos era un hidalgo de pecho tan noble y sincero como el que más—para que fuese tan fácilmente destituida. Pero tenía pocos años, se hallaba á mucha distancia de la dama que por tanto tiempo idolatrara, y además no era insensible á la admiración que con tanto hechizo como franqueza se traslucía en la virgen indiana. Si hubiese advertido en ella la más leve mirada ladina, cualquiera prueba de que el artificio ó la astucia yacía en el fondo de la conducta de Ozema, se hubiera alarmado quebrantando las cadenas de su momentánea ilusión; pero al contrario, era tan franco y natural en la sencilla doncella, quien luego que manifestaba la parte que en sus pensamientos tenía su joven huésped, lo verificaba con una simplicidad tan clara, con una sinceridad tan irreprochable, con una ingenuidad tan manifiesta, fruto de su inocencia, que era imposible sospechar el más leve artificio. En una palabra, demostró tan solamente el conde de Llera que pertenecía al linaje humano al ceder hasta cierto punto á una fascinación que en tales circunstancias hubiera causado impresión más profunda en la fe de otros hombres, cuya reputación, en esto de estabilidad de propósito, estuviese más sólidamente basada.

En las situaciones de tanta novedad huye el tiempo con rapidez, y Luis mismo se asombró, cuando al mirar atrás, se acordó de que había pasado muchos días en casa de Mattinao, ó mas bien en lo que no impropriamente pudiera denominarse el serrallo del cacique. Durante este tiempo tampoco se descuidaron los indios respecto en obsequiar á Sancho. Había sido el ilustre timonel un héroe en su círculo, tanto como el noble mancebo, al paso que ni en un ápice había omitido el cumplimiento de su obligación sobre el punto de indagar en donde se encontraba oro. Aunque no había adquirido una sola palabra del idioma haitiense, ni enseñado una sílaba del español á ninguna de las campechanas ninfas que le rodearan, consiguió adornar á varias personas con

cascabeles, y condujose de modo que le sonsacara toda clase de joyuelas que se pareciesen á ese metal precioso. Este trueque sin duda se haria con legalidad, pues que tuvo por base el favorito principio de los teoristas del comercio franco, quienes sostienen que el tráfico es un mero cambio de cosas equivalentes; y hacen la vista gorda sobre las circunstancias adversas que pueden acontecer para determinar la tarifa de los valores. Sancho tenia sus nociones de comercio, así como los filósofos de nuestra época; y como D. Luis y él se reuniesen de cuando en cuando durante su hospedaje en la casa y aldea de Matinao, confió el timonel á su noble amigo en una de estas entrevistas sus opiniones acerca de esta materia interesante.

—Advierto Sancho, que no te se ha olvidado la aficion que tienes á las doblas, dijo riéndose Luis, mientras el marrajo gaviero le enseñaba el acopio de polvos de oro y de láminas del mismo metal que habia juntado. Tienes en el morral suficiente para acuñar una buena veintena de ellas, sin que le falte á ninguna los nobles bustos del rey nuestro señor y de su regía consorte.

—Doblad vuestro cálculo, señor conde; doblad la veintena, os digo, y todo á trueque de unos diez y siete cascabeles, que tan solo me costaran un puñado de maravedís. Este es un tráfico muy justo y concienzudo, cual conviene y es decoroso que lo hagamos nosotros los cristianos viejos. Ahí veis á esos salvajes; maldito si hacen más caso del oro que useñoría de un moro muerto, y por pura venganza tengo yo en igual precio un cascabel. Por mucho que desprecien ellos, y háganlo del modo que mejor les cuadre, sus galas amarillas y sus polvillos rubios, me hallarán siempre dispuesto á deshacerme de los veinte cascabeles que me quedan de caudal. Regateen cuanto gusten, que yo les aseguro que han de hallarme tan listo, como ellos pueden estarlo, para trocar una cosa que nada vale con otra que vale ménos.

—¿Y es una partida honrada, Sancho, la de robar á un indio su oro en cambio de una bagatela que tan fácilmente se compra con una moneda de cobre? Acuérdate que eres castellano, y en lo sucesivo dáles dos cascabeles en vez de uno solo.

—Jamás he olvidado mi cuna, señor conde, pues por feliz ventura la compuerta del dique de Moguer está en la madre España. ¿No ha de establecerse el valor de una cosa por lo que haya de producir su venta en el mercado? preguntádselo á cualquiera de nuestros traficantes, y os dirán lo mismo que yo; esto está más claro que el sol en los cielos. Cuando los venecianos echaron el ancla delante de Candía, hallaron que los higos, las uvas y el vino, solo valian en aquella isla la pena de pedirlos, al paso que los productos que ellos llevaban procedentes de los países occidentales, se vendian á peso de oro. ¡Oh! nada hay más obvio que cada cosa tiene su valor, y que es un legalísimo tráfico dar un artículo de comercio, que en sí nada supone, á trueque de otro, que tiene el mismo intrínseco valor.

—Toda vez que se considere como accion honrada aprovecharse de la ignorancia ajena, repuso D. Luis, quien miraba los asuntos comerciales con el verdadero desprecio de un hidalgo, será justo engañar á los niños y á los idiotas.

—¡Dios me libre, y especialmente el glorioso san Andrés, mi patrono ben-

dito, de afirmar una cosa tan malvada! Los cascabeles, señor, son más preciosos que el oro en Haiti, y habiendo tenido noticia de ello, no puedo hacer más que sacrificarme, vendiéndolos por un puñado de basura. Bien veis que soy generoso en vez de avaro, pues que al fin es un convenio entre los estipulantes, pues ambos nos hallamos en el mismo lugar, donde es preciso establecer la tarifa de los géneros del tráfico. Verdad es, que despues de exponerme á grandes riesgos por la mar y de padecer mil privaciones y sufrir inmensos trabajos y eventualidades para llevar este oro á España, recogeré el fruto de mis riesgos y sacaré asaz beneficio para alcanzar un modo honrado de subsistir. Espero que doña Isabel mirará con tanto interés por el bienestar de estos sus nuevos súbditos, que les prohíba mezclarse en todo negocio de navegacion, carrera por cierto de mucho trabajo y peligro, como usía y yo sabemos además.

—¿Y por qué motivo tienes tanto afan en anhelar esta gracia á favor de estos pobres isleños, y eso tambien, Sancho, á costa de tus propias costillas?

—Por una razon muy simple, señor, contestó el chusco con una ladina guiñada, solo con el objeto de que el tráfico no se desquilibre, pues que el comercio debe de ser tan franco y tan exento de trabas como posible sea. Ahora bien; si nosotros los españoles venimos á Haiti, vendremos cada cascabel á onza de oro; por lo contrario, si obligamos á estos salvajes á tomarse la molestia de pasar á España, una dobla de su oro les proporcionaria un par de almudes de cascabeles. No, señor, no; está muy bien arreglado esto como está; y ojalá que le caiga en suerte una doble racion de purgatorio al hombre que desee ó intente plantar obstáculos en la via de un teje maneje mercantil tan bueno, tan honrado, tan libre y tan civilizador como este; he dicho.

Hallábase Sancho ocupado de esta suerte en la explicacion de sus nociones acerca de la franquicia del comercio, gran mistificacion de los filántropos de nuestros dias, cuando se levantó tal baraunda de gritos en la aldea de Mattinao, cual solo se oye en los momentos de extremado apuro y de súbito terror. Tenia lugar el coloquio de los dos españoles en un bosquecillo que se hallaba á medio camino entre la poblacion y la morada del cacique; tan implicita, empero, habia llegado á ser la confianza que D. Luis y Sancho reposaran en su patrono, que ninguno de los dos llevaba consigo á la sazón arma alguna. El de Llera habia dejado tizona y tarja hacia media hora á los piés de Ozema, quien se entretuviera en remedar los ademanes del guerrero, manejando sus armas para su mútua diversion; mientras el de la compuerta del dique habia creido que era un arcabuz carga demasiado pesada para que pudiera llevarse arriba y abajo por mero pasatiempo, el cual se habia quedado en la aldea, donde el viejo timonel encontrara tan cómodo alojamiento.

—¿Será alguna alevosía, señor? exclamó Sancho. ¿Habrán descubierto esos belitres el valor verdadero de mis cascabeles, y se habrán empeñado en que yo les abone lo que alcanzan por saldo de la cuenta?

—Apuesto la vida, Sancho, á que nos son leales así Mattinao como su gente. Escucha ¿no gritan ahora *Caonabo*?

—Así es, señor; ese es el nombre del cacique caribe, terror y espanto de estas tribus imbéciles.

—Tráete el arcabuz, Sancho, si posible te es, y luego corre á buscarme en esas casas de allá arriba. Precisa defender á toda costa á Ozema y á las mujeres de nuestro generoso amigo.

Apénas hubo dado Luis esta órden, cuando él y Sancho se separaron; el marinero fué corriendo á la aldea, que ya á este tiempo era escena del más borrascoso tumulto, mientras nuestro héroe, con pasos lentos y faz adusta, se retiró hácia el hogar del cacique, volviendo la cara de cuando en cuando, como si anhelara arrojarle en lo más espeso de la pelea. Más de veinte veces echó de ménos su corcel favorito y su robusto lanzon, aunque en verdad no hubiera sido proeza extraordinaria para un caballero de su pujanza hacer que desalentados huyesen ante él un millar de adalides semejantes á los que ahora le amenazaban. Muchas veces con su solo brazo habia el fogoso mancebo roto filas enteras de infantería moruna, y la experiencia le probó, que más de un hombre bien montado, arrollara bajo las herraduras de su caballo á centenares aquellos desnudos isleños.

Antes que nuestro héroe habia alcanzado la alarma las habitaciones de Mattinao. Al llegar D. Luis á casa de Ozema, halló á la jóven india rodeada de cincuenta mujeres, algunas de las cuales acababan de subir de la aldea, y todas pronunciaban á gritos el terrible nombre de *Caonabo*. Ozema era la que aparentaba más entereza siendo su persona objeto de ansiosa solicitud á cuantas hembras en su rededor se hallaban. Luego que el noble castellano se introdujo en la habitacion, acudieron á ella las mujeres del cacique; y pronto se echó de ver por sus palabras y ruegos que instaban á Ozema que se fugase para evitar que fuese presa del jefe caribe. Aun se imaginó el conde de Llera, y no le engañó por cierto su corazon, que las demás mujeres suponian que la captura de la hermosa hermana de Mattinao era el objeto de aquel ataque repentino. Esta conjetura no entibió en lo más mínimo el ardor de D. Luis por defenderla. Al momento que los ojos de Ozema le columbraron, corrió á abrazarle, y luego juntando las manos en ademan de desesperacion, pronunció el nombre de *Caonabo* en tonos que hubieran derretido un corazon de piedra. El entónces aseguró á la princesa de su adhesion en los términos más inteligibles que pudo, con el ademan de poner su adarga delante del pecho palpitador de la doncella y de blandir su acero, cual si retasé á sus enemigos. Apénas le dió esta prueba, cuando desaparecieron las otras mujeres, corriendo algunas al rescate de sus hijuelos, y otras en busca de seguro asilo. En virtud de esta desercion tan singular como inesperada, hallóse Luis, por primera vez desde que le presentaran, á solas con la encantadora Ozema.

El quedarse en la casa hubiera facilitado á los enemigos acercarse sin ser vistos, y los gritos y alaridos anunciaban asaz que por momentos se aproximaba el peligro. En consecuencia hizo Luis señas á la jóven para que le siguiese, haciendo primero un lío con el turbante, y colocándolo en el brazo de su compañera para que le sirviese de broquel contra las flechas del enemigo.

Mientras en esto se ocupaba, reclinóse Ozema sobre el pecho de su campeón, y la excitada vírgen se deshizo en lágrimas. Este indicio de debilidad solo duró un momento; en seguida alentóse la amazona, sonriéndose á través de sus lágrimas, y convulsamente apretó el brazo á Luis, tornándose otra vez una heroína indiana. Luego salieron juntos del edificio D. Luis y ella.

Pronto notó el noble castellano la oportunidad de su retirada. Ya habia desaparecido toda la familia de Mattinao, y hallábase á la vista un trozo de los invasores, precipitándose furiosos por el bosque arriba, en el más profundo silencio, aunque en apariencia resueltos á apoderarse de su víctima. Sintió D. Luis á Ozema que se adheria á su brazo, temblar violentamente, y en seguida oyó que balbuceaba:

—Caonabo, no, no, no.

La jóven princesa habia aprendido este vocablo de disentimiento, y esta exclamacion dió á conocer á Luis que la repugnaba casarse con el jefe caribe. Su resolucion de protegerla ó morir no se aminoró con esta involuntaria manifestacion de sus sentimientos, la cual no pudo ménos de recelar el mancebo tendria alguna conexion consigo mismo, porque al paso que nuestro héroe era á un tiempo hidalgo y generoso, poseia la cualidad de ser hombre, y por tanto se hallaba dispuesto á reparar favorablemente en sus facultades de agradar. Solo era humilde Luis de Bobadilla en todo cuanto tuviese referencia á Mercedes.

Soldado casi desde la niñez miró el jóven conde al instante en torno con el objeto de tomar una posicion donde defenderse y servirse eficazmente de sus armas. Por dicha halló una tan cerca, que solo tardó un minuto en ocuparla. Apoyábase el terrado en un peñascoso precipicio, y á treinta pasos de la casa habia un punto donde formaba ángulo el despeñadero, destacándose un muro á cada lado hasta un trecho de consideracion, mientras la saliente roca superior quitaba todo recelo de que pudiese el enemigo arrojar piedras desde la cima. En el ángulo se encontraban muchos pedruscos, á propósito para guarecer de las flechas, y como hubiese delante un espacio llano y cubierto de césped, en el cual podia un caballero lucir sus proezas, toda vez que se hallase en aquella posicion, sintióse fortalecido nuestro héroe, por no decir invencible, al conocer que solo cara á cara podian acometerle. Colocóse Ozema tras uno de los fragmentos de los desprendidos peñascos, con el cuerpo medio oculto, pues su interés por Luis y su curiosidad respecto á sus enemigos la inducian á dejar en descubierto la cabeza y parte de su hermoso cuerpo.

Apénas se vió Luis dueño de aquella posicion, cuando una docena de indios se formaron en ala á distancia de cincuenta varas á su frente. Estaban armados de arcos y flechas, de mazas y lanzas. Careciendo de otra defensa que su rodela, hubiera juzgado el noble doncel que era muy precaria su situacion, si no hubiese conocido que la arquería de aquellos salvajes era poco temible. Sus flechas, á la verdad, podrian matar, cuando se disparasen á corta distancia y contra la desnuda piel, pero era dudoso que atravesasen el terciopelo tupido que vestia el bizarro español, y el trecho de cincuenta varas no deberia causarle indebido recelo. No quiso el mancebo retirarse á las po-

nas, pues el espacio libre era necesario al libre manejo de su fiel tizona, que era el arma en la cual podía confiar únicamente para adquirir un triunfo disputable.

Fué tal vez una buena fortuna para nuestro valiente el que Caonabo mismo no viniese en aquella partida, que tan de cerca le apuraba. Este formidable caudillo, que habia ido en seguimiento de las fugitivas hembras, creyendo que Ozema iba en su compañía, hubiera sin duda traído el negocio á un éxito inmediato, en virtud de una carga desesperada, donde el número podría prevalecer sobre el valor y la actividad. Los adalides presentes se sirvieron de una táctica distinta y comenzaron á tender los arcos. Uno de los más diestros de la partida asestó una flecha con todo su brio, y dejola volar. Soslayó la saeta en el escudo del caballero, y dió en el montecillo á su espalda, con tan poca fuerza como si la hubieran disparado en puro juego. Siguióla otra, y Luis la paró con la espada, desdeñando levantar la tarja para recibir semejante bagatela. El frio modo con que hizo frente al ataque, fué causa de que los indios diesen un grito sin que Luis pudiera conocer si era efecto de admiracion ó de rabia.

La siguiente embestida fué más juiciosa, porque se hizo conforme un principio algo parecido al que se dice adoptó Napoleón para dirigir las descargas de artillería. Todos los que tenian arcos, que eran unos seis ú ocho, los dispararon á una, y las flechas volaron sobre la rodela del asaltado. No fué fácil cubrirse enteramente de semejante granizada, y recibió nuestro héroe dos ó tres cardenales de las esquivadas saetas, aunque sin resultarle herida ninguna. Iban á hacer otra descarga general cuando la alarmada doncella se precipitó de su escondrijo, y á modo de la Pocahontas de la historia americana, arrojóse delante de Luis, con los brazos cruzados sobre el pecho con la más paciente mansedumbre. Luego que ella se presentó, sonaron gritos de—¡Ozema!—¡Ozema! entre los agresores, los cuales no eran caribes, como entenderán cuantos conozcan los anales de aquellas islas, sino baidianos ménos belicosos, al mando de un jefe caribe.

En vano procuró Luis persuadir á la adicta doncella á que se retirase. Creía la cuitada que estaba en riesgo la vida de su protector, y ningun lenguaje, aunque le hubiera sido posible al mancebo poner en juego toda su elocuencia á la sazón, hubiera inducido á la heroína á dejarle expuesto á peligro semejante. Como procurasen los indios atisbar alguna parte descubierta del cuerpo de Luis sin traspasar con sus flechas á Ozema, conoció el mozo que solo le quedaba el recurso de retirarse detrás de un grueso pedrusco. Al lograr precisamente aquel amparo accidental, un guerrero de aspecto feroz se juntó con los enemigos, los cuales desde luego comenzaron á darle una vocinglera explicacion del estado en que se hallaba el ataque.

—¿Caonabo? preguntó Luis á la princesa señalando al recién venido.

Meneó Ozema la cabeza despues de examinar con ahinco las facciones del jefe extraño, y asiéndose al mismo tiempo del brazo de nuestro héroe, con seductora independencia:

—No, no, no, dijo ella con ansiedad. No, Caonabo, no, no, no.

Comprendió Luis por la primera parte de esta respuesta que le daba á entender que el guerrero recién llegado no era el caudillo caribe; y por la segunda que le manifestaba su arraigada aversion respecto á llegar á ser esposa suya.

Pronto se terminó la consulta entre los adversarios; seis de ellos empuñaron sus mazas y lanzones, é hicieron un avance hácia la ciudadela de los sitiados. Al verlos ya á ocho varas de su guarida, arrojóse á la esplanadilla nuestro héroe con un ligero salto para salirles al encuentro. Parando con la tarja dos de sus lanzas, cuyos fustes descabezó de un solo revés con la espada afiladísima y de fino temple, y al recuperarse de su esfuerzo, encontróse la silbante tizona con el levantado brazo del macero que venia más á vanguardia. Con el hábil tajo cayeron la mano y el arma de aquel hombre. Dando en seguida un corte al frente, la punta de su acero rasgó los pechos á los dos salvajes de las lanzas que se habian quedado atónitos, salvándoles la distancia á que se hallaban de una herida más mortal todavía.

Esta rápida é inesperada ejecucion llenó á los asaltadores de temor y espanto. Nunca ántes habian conocido la fuerza del acero, cual en la guerra se usa; y la súbita amputacion del brazo parecióles hasta cierto punto milagrosa. Hasta el feroz caribe retrocedió asombrado, y reanimó á Luis la esperanza de la victoria. Esta era la primera ocasion en que los españoles tenian hostilidades con los moradores de las islas que descubierto habian, aunque acostumbra los historiadores referir un suceso, ocurrido más tarde, como principio de las reyertas; pues el sigilo que cubriera siempre la asistencia de D. Luis en aquella expedicion, ha frustrado hasta el dia sus ligeras y superficiales observaciones. Por consiguiente, la eficacia de un arma, cual nuestro héroe la blandia, era tan nueva entre los haitianos como ejecutiva y terrible.

En aquel momento un grito de los salvajes y la aparicion de una nueva partida de invasores, con un jefe de alta estatura y de imponente aspecto á su cabeza, anunció la llegada de Caonabo en persona. El belicoso cacique pronto se enteró del estado de los negocios, y fué evidente que las proezas de nuestro héroe le llenaron de admiracion y asombro. Despues de algunos minutos mandó que sus seguidores se retirasen á buena distancia, y poniendo la maza en el suelo se adelantó impertérrito hácia Luis, haciéndole señas de amistad.

Cuando se reunieron los dos adversarios, fué con mútuo respeto é igual confianza. Pronunció el caribe un breve, aunque enérgico discurso, en el cual la única palabra que comprendió nuestro héroe fué el nombre de la encantadora Ozema. Tambien á este tiempo se acercó la jóven india, y su galan se volvió hácia ella dirigiéndole la palabra con acentos de pasion, cuando no de elocuencia. Muy á menudo se ponía la mano sobre el corazon, y tornábasele el habla suave y persuasiva. Replicó con energía Ozema, y en voces apresuradas, cual las emite quien ya ha formado de antemano su propósito. Al terminar su réplica, ruborizáronsele las sienes á aquella ardorosa vírgen, la cual, como si intentase á propósito dar á conocer su resolucion á nuestro héroe, concluyó diciendo en castellano.

—¡Caonabo, no, no, no! — ¡Luis—Luis!

No es más tenebroso el aspecto del huracan en los trópicos, ni más amenazador que el ceño con que el jefe caribe oyó la inequívoca desestimación de sus pretensiones, acompañada, como lo fué, de una confesión tan clara en pró del extranjero. Ondeando el brazo en signo de reto, retrocedió orgulloso y furibundo hácia los suyos, y dió orden de renovar el asalto.

Esta vez una nube de flechas precedió al ataque, viéndose obligado Luis á buscar su anterior guarida entre las rocas. Y en verdad, este era el solo medio de salvar á Ozema la vida; pues la infeliz jóven perseveraba resueltamente en ponerse delante de su cuerpo, esperando escudarle de las saetas enemigas. Habia dirigido Caonabo al jefe caribe, que del primer embiste se retirara, algunas palabras de vituperio, y aun llenaban el aire las flechas, cuando el guerrero se adelantó á la carrera con el objeto de vindicar su reputación. Salióle al encuentro D. Luis, tan firme como la roca que le servia de espaldar. El choque fué violento, y el golpe que descargó el salvaje sobre la tarja hubiera deshabilitado un brazo ménos hecho á encuentros tan rudos; pero resbalóse oblicuamente la maza del broquel, é hirió la tierra con el peso de un copo de lana. Conoció ahora nuestro héroe que todo dependia de una profunda impresion. Resplandeció su acero á los rayos brilladores del sol, y la cabeza del caribe cayó al suelo cerca de su maza, mientras el cuerpo se mantuvo en pié un instante: tan templados eran los filos de la tizona, y tan diestro el revés que descargara.

Aprestábanse á la carga veinte indios, pero quedáronse inmóviles, como hombres helados, á tan inesperada vista. Caonabo, sin embargo, imperterritito aun cuando más asombrado se sentia, bramó sus órdenes cual toro furioso, y la vacilante turba iba á avanzar otra vez, cuando se oyó un arcabuzazo, seguido del silbo del mortífero plomo. Otro haitiano cayó muerto sobre el césped. Excedia las facultades del salvaje estoicismo el resistirse á semejante ataque, el cual, para sus incultas mientes, parecia provenir del cielo mismo. Dos minutos despues, así Caonabo como todos los secuaces de aquel caudillo habian desaparecido de la vista. Al correr la turba por el otero abajo, salió de su emboscada el valiente Sancho con su arcabuz, que ya habia tenido la precaución de cargar de nuevo.

Las circunstancias no daban lugar á la más leve demora. Ni un solo sér de la tribu de Mattinao se veia en dirección ninguna, y no dudó Luis que se hubiesen entregado todos á la fuga. Determinado á salvar á Ozema, exponiéndose á cualquier trance, encaminóse ahora al rio, con el objeto de escaparse en una de las naos. Al atravesar la aldea notaron los fugitivos que ni siquiera una casa habia sido saqueada, y Luis lo advirtió á su compañera despues de haber hablado con Sancho sobre tan extraña circunstancia.

—¡Caonabo, no, no, no!—¡Ozema—Ozema! fué la respuesta de la muchacha, que bien conocia el verdadero objeto de la incursión del jefe caribe.

Habia en el desembarcadero una docena de canoas, bastando cinco minutos para que los prófugos entraran en una de ellas y empezasen su retirada. La corriente tiraba hácia la mar, y al cabo de un par de horas se hallaron nuestros aventureros en el abierto Océano. Como el viento soplabá del Este, no tar-

dó Sancho en armar un esterajo como sustituto de vela, y, una hora ántes de ponerse el sol, desembarcaron los tres en una punta que les ocultaba de la bahía; porque Luis tenía muy presente el encargo del almirante de que disimulase su excursión para no dar margen á que otros pretendiesen igual gracia.

CAPÍTULO XXIV.

Dieces seis y más diez de luengos años
 Membrarme puedo bien, en cuyo tiempo
 Horas he visto horribles, cosas raras:
 Pero esta triste noche ha reducido
 Cuanto vide anterior, á bagatela.

SHAKESPEARE.—MACBETH.

Un espectáculo que llenó á nuestro héroe de asombro y terror, casi en igual grado que habian experimentado esas mismas sensaciones los incultos haitianos al arcabuzazo y su efecto, le aguardaba tan pronto como diese vista al surgidero. La *Santa Maria*, carabela á cuyo bordo iba Colon, y la que Luis habia dejado pocos dias ántes en todo su orgullo y brillantes galas, yacia embarrancada y perdida en las arenas, con los mástiles por la banda, abollados los armazones, y manifestando todas las demás señales de náutica destruccion. La *Niña* estaba anclada con toda seguridad, á poca distancia; pero una sensacion de aislamiento y de abandono heló las mientes del mancebo al considerar aquella pequenísima barca, cuyas dimensiones eran poco mayores que las de una falúa, elevada á la categoria de navío para los efectos del viaje. La playa estaba cubierta de pertrechos, y era obvio que los españoles y la gente de Guacanagarí trabajaban de consuno con el objeto de construir una especie de fuerte; lo que era indicio de que algun grave trastorno habia acontecido á la expedicion. Dejaron inmediatamente á Ozema en casa de un isleño, y apresuráronse Luis y Sancho á juntarse con sus amigos, á fin de pedirles una explicacion de lo que habian visto.

Recibió Colon á su jóven amigo con grande afecto, si bien con suma afliccion. Muchas veces se ha contado ya el suceso que causó la pérdida de la nave, y supo Luis que, siendo la *Niña* muy pequeña para llevarse á todos, iba á quedarse una colonia en la fortaleza, mientras los demás aventureros se daban prisa por volver á España. Guacanagarí habia hecho alarde de simpatía, y mostrádose cariñoso en extremo, mientras todos estuvieran demasiado ab-

sortos en la idea de su naufragio, para echar de ménos á nuestro héroe, ó prestar oídos á un acontecimiento tan comun como el de una incursion hecha por un jefe caribe, á fin de cometer el rapto de una beldad indiana. Quizás el reciente suceso sería demasiado nuevo para que su noticia hubiese llegado todavía á las costas.

La semana que se siguió al regreso de Luis fué un tiempo de activo esfuerzo. Naufragó la *Santa María* el dia de Pascua de Navidad por la mañana, en el año 1492, y el 4 del siguiente enero ya se hallaba la *Niña* pronta á dar la vuelta de España. Durante este intervalo, Luis solo habia visto á Ozema una vez, pesadosa, callada y semejante á una marchita flor, que conservaba su hermosura aun mientras su cáliz se ajaba. Sin embargo, por la tarde del dia tercero y mientras paseaba alrededor de la concluida fortaleza, allegósele Sancho, y le citó para una nueva entrevista. Con gran sorpresa de nuestro héroe, halló al jóven cacique acompañando á su hermana.

Aunque todos carecian de palabras para darse á entender, suplieron los signos esta falta y comprendiéronse convenientemente. Ya Ozema no estaba triste ni abrumada de pesares; la sonrisa y la risa emanaban fácilmente de sus espíritus juveniles y bullidores, de modo que nunca la habia visto Luis más amable ni hechícera. Ella habia arreglado su mezquino atavío con el coquetismo indiano, y el brillante y ardoroso color de sus mejillas añadia nuevo lustre á sus ojos centelleadores. Su forma ligera y ágil, modelo de gracias sin artificio, parecia tan etérea que apenas sobre la tierra aparentaba posarse. Los dos hermanos, despues de discutir todos sus peligros, y de pesar con madurez el carácter y sabida determinacion de Caonabo, habian convenido en que solo la fuga podia prestar á Ozema la adecuada seguridad. Lo que más determinaba al hermano para que su hermana acompañase á los extranjeros á su lejana patria, sería inútil investigarlo; pero los motivos de la princesa misma no pueden ser un secreto para nuestros lectores. Sabíase que el almirante ideaba llevarse á España cierto número de naturales de aquellas regiones, y tres mujeres, una de las cuales era de igual gerarquía que Ozema, habian ya consentido en ir. Esta era esposa de un jefe, no solo amiga de Ozema, sino tambien parienta suya. Todo parecia propicio para la empresa, y como un viaje á España fuese todavía un misterio para los naturales de las Indias, quienes lo consideraban poco más largo que una travesía desde una de las islas á otra, no se ocurrieron grandes dificultades á la mente del cacique y su hermana.

Sorprendió la proposicion á nuestro héroe. Lisonjeóle la generosa adhesion de Ozema, aun cuando le daba infinita zozobra. Tal vez hubo instantes en que desconfiara de sí mismo. Siempre, sin embargo, reinaba Mercedes en su pecho, y el mancebo desechaba la sensacion como una sospecha que no podia albergar un leal caballero sin mengua de su honor. Al reflexionarlo por segunda vez, hallaba que existian ménos objeciones al proyecto de las que al principio imaginándose habia, y despues de una hora de discusion dejó á Ozema para ir á consultar la materia con el almirante.

Aun se hallaba Colon en la fortaleza, y prestó oídos á lo que nuestro héroe le dijo, con gravedad y sumo interés. Una ó dos veces bajó D. Luis los ojos

para esquivar la mirada escudriñadora de su superior; pero, en la totalidad, desempeñó cumplidamente la tarea que á su cargo tomara.

—¿Hermana de un cacique decís que es, Luis? preguntó el almirante algo pensativo, ¿virgen hermana de un cacique?

—Así es, D. Cristóbal, y de tales gracias, de tal nacimiento y de tal hermosura dotada, que dará á la reina nuestra señora una excelsa idea de la valía de nuestros descubrimientos.

—Debeis tener presente, señor conde, que solo la pureza puede ofrecerse á la pureza. Doña Isabel es modelo de madres y esposas, y nada que pueda ofender su ánimo angelical ha de provenir de sus adictos vasallos. ¿Supongo que no se habrá puesto en juego seducción alguna respecto á esa moza, para despeñarla en el abismo del pecado y de la miseria?

—D. Cristóbal, creo que de mí no podeis pensar tal cosa. Ni doña Mercedes es más inocente que la jóven á quien aludo, ni su propio hermano pudiera tomar tan á pechos su bienestar como yo por él me intereso. Luego que los reyes hayan satisfecho su curiosidad y despedido á la doncella, es mi intencion ponerla bajo la custodia de la dama de Valverde.

—Cuanto más extraordinarias sean las muestras, tanto mejores, D. Luis. Esto embelesará á nuestros soberanos, y les hará juzgar favorablemente de nuestros descubrimientos, como decís con sobrado juicio. La Niña es muy pequeña, cierto es; pero mucho ganamos con dejar en tierra esta numerosa partida de hombres. He cedido la cámara principal á las otras mujeres, pues vos y yo podemos pasarlo duramente por algunas semanas. Venga esa moza, y cuidad de sus comodidades y conveniencias.

Quedó concluido el asunto. A la mañana siguiente muy temprano se embarcó Ozema llevando consigo el sencillo ajuar de una princesa indiana, y entre sus galas iba cuidadosamente guardado el turbante de D. Luis. Su parienta tenia para su servicio una doméstica, la cual bastaba para entrambas. Tomó Luis las disposiciones necesarias para la debida comodidad y decoro. La despedida de Mattinao fué sensiblemente tierna, pues el afecto de familia parece que era altamente respetado entre aquel pueblo de carácter y corazon sencillo; pero suponíase que la ausencia sería corta, y Ozema una y otra vez habia asegurado á su hermano que la repugnancia que hácia Caonabo sentia era invencible, por muy poderoso que fuese el tremendo cacique. Cada hora acrecentaba más esta aversion, fortaleciendo su intento de no ser jamás esposa suya. No habia otra alternativa que ocultarse en la isla ó emprender aquel viaje á España; y en esto último habia tanta gloria como seguridad. Con este consuelo separáronse resignados los dos hermanos.

Tenia intencion el almirante de proseguir sus descubrimientos ántes de volver á Europa; mas la pérdida de la *Santa Maria* y la desercion de la *Pinta* le redujeron á la necesidad de poner término á la expedicion, no fuera que, por algun accidente desgraciado, cuanto hasta entónces habia hecho se perdiese para el mundo. En consecuencia, á 4 de enero de 1493 dióse á la vela hácia el Este, costeando las playas de Haiti. Su grande objeto era entónces tocar á España ántes que le faltase la única barca que quedádole habia, en cuyo caso

iba á perecer su propio nombre, con el conocimiento de sus investigaciones. Afortunadamente, el día 6 descubrió el almirante á la *Pinta*, que se dirigia con henchidas velas hácia su compañera. Martin Alonso Pinzon habia conseguido uno de los objetos, por cuyo estímulo se alejara, es decir, el de asegurarse una gran cantidad de oro, aunque no llegó á descubrir ninguna mina, cuya averiguacion, segun se cree, constituia su motivo principal.

No es parte integrante de esta relacion el detallar la entrevista que tuvo efecto en seguida. Recibió el astuto genovés al culpable Pinzon con prudente reserva, y despues de haber oido sus descargos, le ordenó preparase la *Pinta* para el viaje de vuelta. Despues de tomar leña y hacer aguada en una bahía, los dos bajeles pusieron las proas al Este, costeano siempre las riberas septentrionales de Haití, Española, ó bien España la chica, comó la denominó Colon.

Hasta el 16 del mes no se despidieron los aventureros de aquellas amenas regiones. Apénas perdieron de vista la tierra navegando en rumbo al Noreste cuando les abandonó el viento favorable y otra vez les salieron al encuentro los alisios. Sin embargo, continuaba bonancible el tiempo, y los dos bajeles, á fuerza de proseguir en la mejor direccion posible, habian conseguido para el 10 de febrero, pues el almirante hacia los sesgos que del recto curso exigian las brisas desfavorables, atravesar ya aquella parte del Océano donde reinaban estas constantes brisas, y alcanzar un paralelo de latitud tan alto como el de Palos, puerto de su destino. Al hacer tan largas bordadas la *Niña*, contrario á los anteriores ensayos, tuvo que detenerse mucho á causa del tardo navegar de la *Pinta*, cuyo bajel habia rendido su palo trasero, y por lo tanto no podia resistir una sobrecarga de velámen. Tambien los ligeros vientos favorecian á la primera, que siempre se habia considerado como muy expedita en las aguas mansas y en las ventolinás suaves.

Muchos de los fenómenos que se les hubieron presentado en el viaje de ida, se advirtieron tambien en el de vuelta; pero ya ni los atunes excitaban esperanzas ningunas, ni las brozas daban aliciente á los recelos. Estos objetos que ya se les habian tornado familiares, se pasaron con feliz éxito, aunque con mucha lentitud, y otra vez se topó con los vientos variables, por buena fortuna, á los quince días de navegacion. Hiciéronse entónces más complicadas por fuerza las maniobras de travesía, y los pilotos, no acostumbrados á una navegacion tan dilatada y difícil, durante la cual ninguna ayuda les prestaban el agua ni la tierra, se embrollaron en sus cálculos, y disputaban acaloradamente unos con otros acerca de la verdadera posicion de los buques.

—Ya habeis oido hoy, Luis, dijo sonriéndose el almirante, en una de sus conferencias con nuestro héroe, las disputas entre Vicente Yañez y su hermano Martin Alonso, y las de los otros pilotos, respecto á la distancia que nos separa de las costas españolas. Estas continuas variaciones del viento han apurado sobremanera á los honrados marineros, quienes se figuraban hallarse en cualquiera parte del Atlántico, excepto en aquella donde verdaderamente están.

—Mucho depende de vuestra ciencia, señor, no solo nuestra propia segu-

ridad, sino tambien el conocimiento de las resultas de la gloriosa hazaña á que hemos dado feliz cima.

—Teneis razon, D. Luis. Vicente Yañez, Pedro Alonso Niño, y Bartolomé Roldan, prescindiendo de los profundos calculistas que la *Pinta* lleva á bordo, colocan sus bajeles en las inmediaciones de Madera; lo que nos aproximaria á España ciento cincuenta leguas más de lo que la verdad pudiera demostrarnos. Esos buenos hombres se han dejado llevar de sus deseos, más bien que de su ciencia respecto al cielo y al Océano.

—¿Y vos, D. Cristóbal, en qué paraje colocais las carabelas, pues ahora no hay motivos para disimular la verdad?

—Estamos, conde, al Mediodía de Flores, y á doce grados Occidente de las Canarias, en la latitud de Nafé, comarca del Africa. Pero me conviene que permanezcan embrollados, hasta que el derecho de posesion de nuestros descubrimientos sea cosa cierta. Ninguno de esos hombres duda ahora de su habilidad en hacer lo mismo que yo, y sin embargo no hay quien se atreva á regresar despues de haber atravesado este trozo de Océano hasta las islas del Asia.

Comprendió Luis al almirante, y como por lo reducido de la embarcacion era peligrosa la confianza de secretos, mudaron de conversacion los dos amigos.

Hasta ahora, aunque los vientos fueran con frecuencia variables, el temporal habia permanecido bonancible. Algunos chubascos ocurrieron, como sucede á menudo en la mar, pero no habian sido duraderos ni recios. Todo esto era muy grato para Colon, quien ahora que habia realizado el gran propósito para el cual podia decirse que respiraba, sentia cierta inquietud de que la importantísima solucion de su problema quedase perdida para los demás hombres, como lo experimenta el que lleva un objeto precioso entre escenas peligrosas, por la seguridad de su tesoro. Estaba próxima sin embargo una mudanza terrible, y cuando al gran navegador mayores esperanzas alentaban, decretado era que sufriese la más ruda de sus pruebas todas.

Al encaminarse hácia el Norte los bajeles, naturalmente el tiempo era más frio y el viento más fuerte. Durante la noche del 11 de febrero adelantaron mucho camino las carabelas, haciendo más de cien millas desde la puesta del sol hasta su salida. Al dia siguiente se vió infinidad de avecillas, por cuya razon figuróse el almirante muy próximo á las Azores, mientras los pilotos se creian cercanos á la isla de Madera. Al otro dia sopló ménos favorable la ventolina, aunque sin aflojar, levantándose una gruesa marejada. Lucieron ahora ventajosamente las buenas propiedades de la *Niña*, pues ántes de ponerse el sol tuvo que luchar con los enfurecidos elementos; pocos de los que iban á su bordo habian nunca presenciado semejante tempestad. Por fortuna, cuantos arbitrios el arte de navegar más consumado podia poner en juego á fin de hacer la barca más segura y cómoda, se habian adoptado y hallábase tan dispuesta á resistir una borrasca como las circunstancias pudieran permitirlo. El único defecto esencial consistia en la falta de lastre, pues casi agotadas las provisiones de boga que llevaba y vacías muchas de sus pipas de agua,

calaba mucha ménos mar de lo que debiera. Esta carabela era tan chica, que tal circunstancia de poca monta para los buques grandes era un grave inconveniente para un barquichuelo que en su estado ordinario podia zozobrar á una fuerte ráfaga. Bien comprenderán nuestros lectores la diferencia cuando les digamos que los buques de gran porte solo pueden perder sus mástiles al ser acometidos por ráfagas súbitas, pues rara vez se les vence de un lado, á no ser por la fuerza de las olas; al contrario, los barcos de poco tamaño corren riesgo de zozobrar, cuando el ensanche de sus lonas es desproporcionado á su aplo-mo y estabilidad. Aun cuando los marineros de la *Niña* conocian que su carabela tenia este defecto, nacido la mayor parte de haberse consumido casi toda el agua dulce, esperaban llegar á puerto tan pronto, que no habian tomado medidas para remediar este mal.

Tal era el estado de las cosas, cuando se puso el sol á 12 de febrero de 1493. Como de costumbre, hallábase Colon sobre el alcázar, pues entónces los buques de todos portes llevaban esas pesadas protuberancias, aunque el alcázar de la *Niña* apenas merecia tal nombre; á su lado estaba Luis, y ambos vigilaban el aspecto del cielo y de la mar con profundo silencio. Antes nunca habia visto nuestro héroe los elementos tan alterados, y aun el almirante acababa de confesar que rara vez habia presenciado una noche tan amenazadora. Tiene cierta solemnidad la puesta del sol en los mares cuando amagan los nubarrones y se empiezan á notar los signos de la borrasca. La soledad de una nave, bregando en un desierto de aguas con aspecto tenebroso, contribuye á influir en los sentimientos que se han despertado ante el único objeto sobre el cual descargará la tempestad todos sus furores. Cuanto rodea al desgraciado nauta en semejante ocasion, parece obrar de consuno para aumentar la baraunda comun, siendo el Océano, los cielos y el aire accesorios del horrendo cuadro; y cuando las nubes de febrero lo cubren de tristeza, entónces el cuadro se reviste de los más sombríos colores.

—Hé aquí una puesta de sol de mal agüero, D. Luis, dijo Colon al momento que desaparecian los postreros rayos que aquel astro lanzaba á las nubes. Pocas veces he visto cariz tan amenazador.

—Tenemos doble confianza en la ayuda de Dios cuando navegamos bajo vuestra direccion, señor: primero en su bondad, y luego en la gran pericia de su agente.

—El poder del Criador basta para dotar á los más débiles mortales de toda la inteligencia necesaria cuando es su divina voluntad salvarles, ó para destituir de toda ciencia á los más expertos cuando sus iras solo pueden aplacarse con la destruccion de sus criaturas.

—¿Opináis que la noche será peligrosa, D. Cristóbal?

—He visto presagios tan malos como estos, aunque raras veces. Si la carabela no llevase tan pesado cargamento, tal vez no me causaria tanta inquietud nuestra situacion.

—¡Vuestras palabras me sorprenden, mi almirante! ¡Nuestros pilotos se quejan del poco lastre que llevamos á bordo!

—Muy cierto es eso, en cuanto respecta á la sustancia material; pero trae-

mos en la nao un cargamento de ciencia, que mucho me penaria ver sumergido. ¿No advertís cuán aprisa y tenebroso se corre en nuestro alrededor el velo de la noche, y con cuánta rapidez se va reduciendo la Niña á nuestro único mundo? Apenas podemos divisar á la *Pinta*, que ya se asemeja á una informe sombra sobre las espumosas aguas, sirviéndonos más bien de fanal agoroso para avisarnos de nuestra propia desolacion, que como una compañera para alentarnos con su presencia.

—Nunca os he conocido tan desalentado, excelentísimo señor, por causa del aspecto del temporal.

—No es mi costumbre noble hidalgo; pero abruman mi corazon gloriosos secretos. ¿No notais esa señal del furor de los elementos?

Miéntas así hablaba el almirante, manteníase con la cara vuelta hácia España, miéntas los ojos de su colocutor estaban clavados en el horizonte occidental, en el que un resto de luz advertia cuan borrascosa se manifestaba. Así es que no habia notado la mudanza que llamara la atencion del gran navegante; pero volviéndose súbito, pidió á su amigo explicaciones. No obstante la estacion habia iluminado el horizonte al Noreste un repentino relámpago, y en tanto que el almirante estaba refiriendo el hecho y señalando hácia aquella parte del cielo donde el fenómeno no habia aparecido, otras dos ráfagas de fuego eléctrico se siguieron.

—¡Señor Vicente! gritó Colon, inclinando el cuerpo hácia adelante de modo que pudiese ver desde lo alto un grupo de boscas semblantes que estaba en la media cubierta á sus piés. ¿Está el señor Vicente entre vosotros?

—Aquí estoy, D. Cristóbal, y ya he advertido el presagio. Es una señal de que va el viento á soplar con más rigor.

—Pronto nos visitará la borrasca, dignísimo Vicente, y esa vendrá de aquel punto del cielo ó de la banda contraria. ¿Está todo seguro en la carabela?

—Creo que nada hay ya por preparar, señor almirante. Todo el trapo se halla aferrado, las amarras están bien aseguradas, y por arriba llevamos poquisimo cabeceo. Sancho Ruiz cuida de las guiñadas no sea que metamos dentro mayor cantidad de agua de la que nos convenga.

—Tened tambien cuidado con las luces de popa, á fin de que nuestra compañera no nos pierda en la oscuridad. ¡No es tiempo de dormir, Vicente! Poned al timon los hombres de mayor confianza.

—Señor, ya los he elegido con el mayor esmero: Sancho Mundo y Pepe el de Moguer están encargados de esta obligacion; otros timoneles de igual habilidad tengo de reserva para su relevo, tan pronto como espire el tiempo de la guardia á que pertenecen.

—Está muy bien, amigo Pinzon; mas ni vos ni yo podemos pegar los ojos esta noche.

Las precauciones de Colon no carecian de fundamento. Una hora despues de haberse visto aquellos relámpagos levantóse una manga de viento del Suroeste, favorable en cuanto á direccion, pero temible respecto á fuerza. No obstante lo mucho que anhelaba llegar á puerto, halló prudente el almirante aferrar la única vela que tenia en los palos; y durante la mayor parte de la

noche ambos buques corrieron á palo seco, con las proas dirigidas hácia el Noreste. Decimos que ambos, porque Martín Alonso, á pesar de su mucha práctica de los borrascosos mares y de su disposicion de obrar siempre por sí solo, hacia que la *Pinta* se mantuviese tan próxima á la *Niña*, que pocos minutos pasaban sin que se la viese columpiar en el lomo de una espumosa mar, ó hundirse á plomo en sus surcos, impulsada por la tempestad. Sin embargo, conservábase siempre al costado de su compañera, tal como un hombre se ase de otro en los instantes de peligro.

Así pasó la noche del 13, y la luz del día dió mayor realce á la escena, aunque se creyó que el viento habia aflojado hasta cierto punto sus iras cuando asomó el sol. Esta mudanza tal vez existiria tan solo en las imaginaciones de aquellos marinos, pues que la luz aminora usualmente la apariencia del peligro, porque habilita al hombre para arrostrarlo mejor. Sin embargo, cada carabela desplegó un poco de trapo, y ambas siguieron levantando espuma, dirigiéndose presurosas en direccion á las costas de España con sus inesperadas nuevas. A medida que el día se adelantó, aminoróse sensiblemente la furia del viento; pero al acercarse otra vez la noche, tornó á soplar con renovado brio, obligando á los aventureros á recoger hasta la última pulgada de lona que se atrevieran á desplegar. Las carabelas á este tiempo habian llegado á unas aguas donde bramaba un oleaje atravesado, efecto de alguna otra racha que recientemente soplara de punto distinto. Ambos buques lucharon osados á fin de asegurar su rumbo, en circunstancias tan adversas; mas comenzaron á bregar de modo que excitaban la desazon de aquellos que comprendian cuánta era la resistencia de los leños, y que estaban á cabo del origen de donde los peligros emanaban. Al aproximarse la noche advirtió Colón que la *Pinta* perdía terreno, pues que la avería de su arboladura era de bastante monta, aun cuando no tuviese suelta una pulgada de vela. Con mucha repugnancia dió órdenes á fin de que la *Niña* orzase para arrimarse más á su compañera, pues que la separacion sería un mal, al que seguiria infaliblemente la ruina.

En este estado cerró la noche del 14 en torno de nuestros aventureros. Lo que en la antecedente solo habia sido presagio y amenaza, tornóse en realidad horrible. El mismo Colón manifestó que nunca habia conocido bajel que tuviese que luchar con borrasca más furiosa, ni procuró ocultar á Luis hasta donde alcanzaban sus aprensiones. Delante de los pilotos y de la tripulacion se le veia sereno y aun alegre; mas luego que se quedaba á solas con nuestro héroe, tornábase franco y abatido. No por eso habian abandonado al célebre navegador su tranquilidad y firmeza. No exhalaban sus labios queja alguna, aunque le conturbaba la idea de que sus grandes descubrimientos corrian peligro de perderse para siempre.

—Tal era el estado de las sensaciones del almirante, miéntras sentado en su estrecho camarote, durante las primeras horas de aquella noche tremenda, se hallaba en expectativa de cualquier accidente consolador ó desastroso que ocurrir pudiera. El aullar de los vientos, que levantaban de la superficie del bramador Atlántico sábanas enteras de salitre, apenas se oia entre el rugido

y embate de las aguas. A veces, cuando la carabela se hundía inerte entre dos gigantescas olas, el fragmento de trazo que aun tendiera al huracan solía zamarrear, y el viento parecía acallado y en calma, y cuando bregaba por subir á manera de un hombre que se está ahogando y gana la superficie en virtud de esfuerzos frenéticos, parecía cual si las columnas de aire fuesen á precipitarla con tanta liviandad como lo hacian con los rociones de agua. Hasta D. Luis, aunque poco sujeto á alarmarse, conoció que su situacion era muy crítica, y la acostumbrada hilaridad de su ánimo habíase relevado en su frente por una tenebrosa gravedad. Si una columna de millares de moros hostiles hubiera estado delante de nuestro héroe, ántes pensara en los medios de arrollarla que en los de evadirla; pero esta guerra de los elementos no admitia eleccion. En efecto parecia cual si fuese luchar brazo á brazo con el Hacedor Supremo. En semejantes escenas los hombres más bravos no hallan consuelo en guarecerse detrás de su intrepidez y resolucion; porque los esfuerzos de un mortal son insignificantes y vanos cuando se oponen al poder de Dios.

—Esta es una noche tremenda, señor D. Cristóbal, observó con calma nuestro héroe, conservando en su exterior más indiferencia de la que en su interior sentia. Para mí, sobrepuja á cuantas he pasado hasta la fecha, mecido por el vaiven de las tempestades.

Suspiró pesadamente Colon, y apartando del rostro las manos miró alrededor cual si buscara algo que le faltara.

—Señor conde, respondió con dignidad el gran piloto, nos queda que desempeñar un solemne deber. Ahí teneis una hoja de pergamino en el cajón á vuestro lado de la mesa, y aquí hay avíos de escribir. Cumplamos con este encargo importante, miéntras se nos concede tiempo misericordiosamente; pues que solo Dios sabe cuantas horas nos quedan ya de vida.

No se demudó D. Luis al escuchar palabras tan graves; pero púsose el rostro muy formal. Abriendo el cajón, sacó el pergamino y colocólo sobre la mesa. Entónces el almirante, tomando una pluma, hizo señas á su compañero para que hiciera lo mismo, y ambos comenzaron á escribir del modo mejor que lo permitia el incesante bamboleo de la carabela. La tarea era árdua, pero se ejecutó con limpieza. Al escribir Colon un párrafo, se lo dictaba á Luis, quien lo trasladaba fielmente en su pergamino palabra por palabra. Contenia esta memoria el resumen de los descubrimientos verificados, la latitud y longitud de Española, con la posicion relativa de las otras islas, y un breve relato de lo que se habia observado. La carta estaba dirigida á Fernando é Isabel. Luego que ambos concluyeron la tarea, envolvió con cuidado el almirante su misiva en una cubierta de hule, haciendo Luis otro tanto. Cada cual tomó entónces un pan de cera, en cuyo centro se aseguró esmeradamente el pliego de pergamino. Envió ahora Colon por el tonelero de la nave, á quien dió orden de meter cada amasijo en un barril separado. Como abundan esta clase de vasijas en los bajeles, ántes que espirasen muchos minutos quedaron encerradas las dos cartas en los toneles. Llevándoselas consigo, ascendieron de nuevo al alcázar D. Luis y Colon. La noche era tan espantosa

que nadie dormía, y la mayor parte de la tripulación de la *Niña*, marineros y oficiales, se hallaba agrupada en el trozo de cubierta próximo al palo mayor, donde únicamente, salvo los lugares más privilegiados, se suponían seguros los hombres de no ser barridos á la mar por la fuerza del viento y de las olas. Aun aquí, empapábanles á menudo los rociones, de cuya ruda visita no se hallaba exento el mismo alcázar.

Luego que tornó á presentarse Colon, agolpáronse todos en torno suyo, ansiosos de saber su dictámen y solícitos de oír su propósito. El haberles revelado lo cierto hubiera sido introducir la desesperacion donde la esperanza habíase ya extinguido del todo; y meramente insinuándoles que cumplía un voto religioso, Colon con sus propias manos arrojó el barril á las aguas. El de Luis se colocó en el punto más elevado de la popa, con la esperanza de que se quedase flotando despues de sumergida la carabela.

Tres siglos y medio han pasado por el mundo desde que Colon adoptara tan sabia providencia, y nunca se ha vuelto á tener el más leve indicio de aquel barril. Era tal su ligereza que tal vez haya continuado flotando por enteros siglos. Protegido de robustos flejes, puede aun estar boyando en el desierto acuoso, preñado de sus revelaciones estupendas. Posible es tambien que muchas veces le hayan rodado las olas sobre algun playazo, y otras tantas llevádoselo la resaca de nuevo, y quizás en mil ocasiones hayan pasado junto á él infinitos buques, confundiéndolo con sus vulgares compañeros que con tanta frecuencia se topan flotando en el Océano. Si álguien lo hubiese hallado, pronto se hubiera abierto; y registrado su contenido por cualquier hombre civilizado, es casi imposible que una ocurrencia de tanto interés se hubiese perdido.

Cumplido este deber, tuvo lugar el almirante para tender la vista alrededor. Era tan densa la oscuridad, que á no ser por la fosforescencia de las aguas turbulentas, difícil habria sido distinguir los objetos á mayor distancia de la carabela. Los que solo se han embarcado en buques de alto porte no pueden tener idea justa de la situacion en que se hallaba la *Niña*. Poco mayor que una falúa de regulares dimensiones, habia salido de España con su aparejo latino, que tanto se usa en los ligeros buques costaneros de la Europa meridional; pero la hechura de su velámen se habia cambiado en las islas Canarias. Al flotar esta nave en una bahía ó en un rio, su altura fuera del agua no excediera de cuatro ó cinco piés; y ahora que luchaba con la borrasca en un mar de través y en la parte del Atlántico donde es más furioso el impulso de los vientos, asemejábase la navecilla á algun animalejo acuático, que solo sube á la superficie para respirar. Momentos hubo en que la carabela parecía hundirse irremisiblemente en los abismos del Océano, porque en torno se henchian monstruosas cordilleras de negras olas. Aunque se ha usado de un lenguaje figurado para hablar de las montañas de olas no sería exceder de la verdad añadir que los penoles de la *Niña* se hallaban á veces más bajos que las olas inmediatas, llegando á tal altura que inducian á recelar que se desplomasen en cataratas sobre sus bordas y bodega, pues que literalmente hablando, carecia la nave de cubierta central. Este era por cierto su mayor pe-

ligro, pues que al reventar una ola pudiera haber llenado de agua el bajel, llevándosele, con cuantos en él estaban, irremisiblemente al fondo. Así como era, las crestas del oleaje se desplomaban encima á cada momento, ó bien se disparaban de una banda á otra de su casco, formando inmensas sábanas de brillante salitre, aunque por feliz ventura nunca tenían suficiente poder para hundirla. En tales instantes la salvacion de la barca dependia de sus frágiles cobertizos de lona embreada; si estas ligeras protecciones hubiesen faltado, dos ó tres olas sucesivas colmaran la bodega infaliblemente, hasta ahogar al leño, siendo la pérdida de todos su inevitable consecuencia.

Dispuso el almirante que Vicente Yañez tomara todos los rizos á la mesana con la esperanza de sacar la carabela de aquel cáos de agua, hasta llegar á una parte del Océano donde la corriente de las aguas fuera más regular. La direccion general de las olas en cuanto podia decirse que tal fuese su direccion, habia sido respetada, y la *Niña* bregaba en su rumbo, habiendo hecho cinco ó seis leguas desde que desapareciera el día sin haber conseguido mudanza alguna. Ya se acercaba la media noche, y todavía presentaba la superficie del Océano el mismo aspecto de confusion y cáos. Llegóse al almirante Vicente Yañez para advertirle que la barca no podia ya ni siquiera con el trapo que desplegado llevaba.

—Las sacudidas al elevarnos las olas, dijo el piloto, son tan violentas que estamos á pique de que se desprenda la popa de la nao, señor D. Cristóbal; y tambien cuando nos hundimos en el surco de las olas, el retroceso de la vela es igualmente amenazador. La *Niña* no puede considerarse segura mientras lleve una pulgada de velámen.

—¿Ha visto álguien á Martin Alonso en esta hora que ha transcurrido? preguntó Colon, mirando ansioso hácia el punto donde debiera verse á la *Pinta*. ¿Has descuidado el farol, Vicente?

—Era imposible que resistiera al temporal, señor almirante. Lo hemos izado de tiempo en tiempo, y á cada señal ha contestado mi hermano.

—Izádlo otra vez. Este es un instante en que la presencia de un amigo solaza el alma, aun cuando se halle tan desvalido como nosotros.

Izóse el farol y á poco se columbró una débil y lejana luz entre los desencadenados elementos. Repitióse el experimento á intervalos cortos, y otros tantos se respondió á la señal, aunque en distancias siempre más lejanas hasta que la luz de la *Pinta* se perdió del todo.

—La arboladura de la *Pinta* es demasiado endeble para aguantar apuro semejante, ni aun el peso de sus propios atavíos, observó Vicente Yañez, y mi hermano habrá conocido ser imposible ceñir tanto el viento como nosotros. Se desvia un poco más á barlovento.

—Aseguremos la vela mayor, contestó el almirante, como há poco deciais. Nuestra débil nao no puede resistir estas furiosas oleadas.

Reunió entónces Vicente Yañez unos cuantos hombres de los más diestros, y acudió á proa á fin de que la órden se ejecutase. Al instante púsose el timon en rumbo, y sesgó la carabela hasta que la ventolina le entró por la popa. La tarea de recoger la vela fué muy fácil, hablando comparativamente,

porque la verga distaba poco de la cubierta y solo las puntas de los penoles ofrecían algún riesgo. Sin embargo, se necesitaban hombres de fibra y de diestras manos para aventurarse á subir en semejante momento. Trepó Sancho por un lado del mástil y Pepe por el otro, manifestando ambas aquellas cualidades que son tan sola propiedad del perfecto marino.

Mecíase ahora la carabela á merced de los vientos y de las olas, pues que el término *correría* no podía ser aplicable á un bajel tan bajo de bordas como aquel, y al que guarecía tanto de la acción de los vientos la altura de las oleadas. Si estas hubiesen poseído su regularidad ordinaria, un bajel de tan corta alzada hubiera zozobrado á la fuerza, pero el librarse de semejante calamidad se debió hasta cierto punto á una irregularidad que por sí era fuente de peligros nuevos. Sin embargo, proseguía la *Niña* navegando hácia adelante, y con ligereza, aunque no con la celeridad necesaria para correr más aprisa que las aguas, lo que hubiera alcanzado si rigiera el curso ordinario. El atravesado mar se lo impidió: las olas se entrechocaban, produciendo en efecto aquellas crestas que de otro modo hubieran rodado en espuma, y disparándolas hácia arriba en asombrosas masas.

Esta fué la crisis del peligro. Durante una hora corrió desbocada la carabela en medio de aquellas tinieblas del caos, caminando con el costado en la mar, cual si la impaciente popa estuviese resuelta á anticiparse á la proa, exponiendo á todos á recibir un diluvio de agua por el través. Este inminente riesgo solo se evitó merced á la actividad del timon, que trabajaba Sancho con su destreza y energía, tanto que el sudor le manaba á chorros de la frente, cual si otra vez se hallase expuesto al sol de los Trópicos. Al fin generalizóse tanto el pánico, que por solicitud comun obligóse al almirante á hacer las promesas usuales. Con este objeto se reunieron todos á excepción de los que cuidaban del gobernarle para echar suertes á fin de ver quienes serían los penitenciados.

—Están en las manos de Dios, amigos míos, dijo Colon, y es fuerza confeséis vuestra confianza en sus bondades fiando vuestra seguridad en su santa bendición solamente y en sus milagrosos favores. En ese birrete que tiene el señor de Muñoz en las manos hay tantos garbanzos cuantas personas estamos aquí; uno de ellos lleva la señal de la sagrada cruz, y aquel que saque este divino emblema quedará comprometido á ir en romería al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, llevando por vía de ofrenda un cirio de cinco libras. Como el más grande pecador de todos vosotros, así como por ser almirante vuestro, la primera prueba ha de ser mía.

En seguida Colon metió la mano en el birrete, y al sacar un garbanzo y mirarlo á la luz de la linterna, se halló tener en la superficie el signo indicado.

—Está muy bien, señor, dijo uno de los pilotos; échese de nuevo en la gorra el garbanzo y renuévese la suerte para una penitencia más severa, que deberá cumplirse en el santuario más venerando para toda la cristiandad, el de Nuestra Señora de Loreto. Nuestra peregrinacion al santo templo vale por dos romerías á cualquier otro.

En los instantes de afliccion el religioso sentimiento suele desarrollarse con fuerza en el humano espíritu; así es que la propuesta fué recibida con entusiasmo. Accedió á ella de buena gana el almirante, y luego que todos hubieron sacado sus suertes, hallóse el garbanzo de la cruz en manos de un marinero llamado Pedro de Villa, sugeto que no tenia la mejor fama respecto á piedad ni ciencia.

—Jornada fatigadora y costosa es, refunfuñó el electo penitente, y no se puede hacer con pocos recursos.

—No te arredres por eso, amigo Pedro, respondió Colon: el trabajo de caminar será tuyo, y mio sufragar el costo del viaje. Buen Bartolomé Roldan, la noche se pone cada instante más terrífica.

—Así es, señor, y poca satisfaccion me da el ver aquí á Pedro convertido en peregrino, aun cuando parezca que el cielo ha sido quien dirigiera la eleccion. Una misa celebrada en santa Clara de Moguer; y uno que vele cabe al altar, durante la noche entera, hará más al caso que esas distantes romerías á cargo de un belitre como este.

Esta opinion no dejó de tener partidarios entre los marinos de Moguer, é hizo una tercera prueba á fin de que la persona se determinase. Otra vez sacó del birrete nuestro almirante el cruzado garbanzo. A pesar de eso el peligro no disminuía, pues la carabela amenazaba volcarse á cada momento entre la turbulencia de las olas.

—Estamos demasiado livianos, Vicente Yañez, dijo Colon; y aun cuando la empresa aparezca desesperada, debemos hacer un esfuerzo para llenar de agua de la mar nuestras botas vacías. Introdúzcanse más mangas en los cobertizos; y enviense á la bodega algunas manos primorosas, para asegurar que el agua no se nos vaya allá, en vez de vertérse en los toneles.

Obedeciése la orden, y pasáronse horas enteras para ejecutarla. La gran dificultad consistia en proteger á los hombres que sacaban el agua de la mar, pues mientras estaba bramando en semejante cofusion alrededor de los bajeles no era materia fácil asegurar una sola gota de una manera útil. La paciencia y la perseverancia, sin embargo, prevalecieron por último, y ántes que la luz volviera, tantas botas vacías se habian llenado, que ayudaron eficazmente á la firmeza de la carabela. Cerca del alba llovió á torrentes, y mudóse el viento de Sur á Este, al paso que amainó poquísima parte de su furia. Con esta ocurrencia dióse al aire la vela mayor, la cual arrastró como pudo á la barca, con mar tempestuosa por espacio de un corto número de millas en direccion oriental.

Luego que alboró varióse la escena. En ninguna parte se veia á la *Pinta*, y era la opinion de muchos que la *Pinta*, se habia ido por ojo. Pero las nubes se habian abierto un poco, mientras una especie de místico resplandor orlaba al Océano, cubierto de blanquecina espuma, rugiendo aun con espantoso furor. Sin embargo, ibanse calmando las olas, y ya los marineros no se veian en la precision de atarse sobre cubierta para impedir que se los llevasen los golpes de mar. Izáronse otras velas, y á medida que iba cesando el cabeceo, tornóse más serena la nao y más segura en sus movimientos.

CAPÍTULO XXV.

De la vista de tierra ahora privados,
 Inciertos el profundo recorrían
 Sin senda demarcada; los cuitados
 Seguir al rumbo fieles impedían
 Adversos huracanes, que excitados
 La negra mar en derredor ceñían;
 Y tan feroz la tempestad bramaba
 Que apenas el bajel se columbraba.

LA VISION DE LA PACIENCIA.

Tal era el estado de las cosas por la mañana del día 15, y poco después de salir el sol, oyóse desde el tope el jubiloso grito de ¡tierra! Es digno de notarse que este descubrimiento tuvo lugar por la proa, tan exactos fueron los cálculos del almirante, y tan cierto se hallaba este de su posición en el mapa. Sin embargo, varias opiniones comenzaron á prevalecer á bordo entre los pilotos y los marineros, respecto á nueva tan bien venida, imaginándose los unos que era el continente Europa, al paso que los otros creían que era la isla de Madera. El mismo Colón aseguró que se hallaban á la vista de una de las Azores.

Cada hora acortaba la distancia entre este anhelado punto y los fatigados aventureros, cuando la ventolina, dando una entera vuelta en torno de la rosa náutica, comenzó á soplar de la isla. Durante un largo y cansado día mantúvose firme la barca con el viento por la proa, ciñéndolo en lo posible á fin de llegar á fuerza de viradas á aquel tan codiciado puerto; pero la mucha marejada y las rachas de viento hacían sus progresos tan lentos como penibles. Tornó á ponerse el sol entre tinieblas, y aun yacía la tierra en el opuesto punto y al parecer á distancia imposible de franquear por entónces. Transcurrióse hora tras hora, y todavía en la oscuridad la *Niña* luchaba para acercarse al punto donde se había divisado tierra. Jamás abandonó el almirante su puesto, porque le parecía que el resultado de sus descubrimientos pendía ahora, por decirlo así, de un endeble cabello. Nuestro héroe estaba ménos vigilante, pues comenzaba á sentir mayor ansiedad por las resultas al aproximarse el momento de decidirse los destinos de la expedición.

Al salir el sol tendiéronse los ojos de todos por el Océano, y con gran chasco para cuantos iban á bordo de la *Niña*, no se alcanzaba el más leve indicio de

tierra. Figurábanse algunos que habia sido una ilusion; pero el almirante fué de parecer que habian pasado la isla durante la noche, y viró de rumbo á fin de navegar hácia el Mediodía. Esta mudanza en la direccion de la nave hacia solo una ó dos horas que se hiciera, cuando tornó á descubrirse turbiamente la tierra hácia el punto oriental, donde ántes hubiera sido imposible columbrarla. Viró la carabela en busca de aquella isla, y bregó por alcanzarla hasta que volvieron las tinieblas, luchando contra un fuerte viento y un furioso mar de proa. Otra vez tupióse alrededor la noche, y la tierra se desvaneció de nuevo en la oscuridad.

A igual hora que en la noche anterior se habia reunido la gente de la *Niña*, para entonar la *Salve*, en alabanza á la Santísima Virgen; porque es uno de los incidentes más conmovedores de este viaje que aquellos toscos marinos llevasen consigo por los desconocidos desiertos del Atlántico las preces de su religion y los rezos comunes á la cristiandad. Mientras así se hallaban ocupados, descubriose una luz á barlovento, la cual se supuso estaba en la isla que primero habian divisado, y fortaleció el dictámen del almirante, quien discurría hallarse la carabela en el centro de un grupo de islas, y que navegando á estribor habia de hallarse en disposicion de llegar á puerto á la siguiente mañana. El alba sin embargo no trajo consigo otra mudanza que la ya advertida, y todos se preparaban el día 17 á pasar otra noche como las anteriores, agitados de incertidumbre, cuando el grito de tierra realentó súbito los decaidos ánimos de cuantos llevaba á bordo la carabela.

Púsole la proa atrevidamente la *Niña*, y ántes de media noche se encontró bastante cerca de la tierra para echar el ancla: sin embargo, tan recio era el viento y tan turbulenta estaba la mar, que se rompió el cable, ahuyentando á los pobres aventureros de las regiones á las cuales pertenecian. Hízose vela, y renovóse el esfuerzo de mantenerse contra el viento hasta que al amanecer consiguió la carabela aconcharse á la costa y obtener un surtidero en la parte septentrional de la isla. Entónces los fatigados y casi exhaustos marinos conocieron que Colon opinara á derechas, y que habian llegado á la isla de Santa María, una de las Azores.

No pertenece á esta historia referir todos los incidentes que ocurrieron mientras en este puerto permaneció la *Niña*. Por parte de los portugueses hubo tentativa para apoderarse de la carabela, pues que habian sido los últimos en perseguir al almirante cuando su partida del antiguo mundo, y eran ahora los primeros en acometerle á su retorno. Sin embargo, frustráronse sus maquinaciones, y despues de apresar á la mayor parte de la tripulacion, y permitir que el almirante en una ocasion se diesen á la vela ménos aquellos hombres, quedó definitivamente arreglado el asunto en virtud de la prudencia y energía de Colon, quien puso por fin la proa á España, despues de reembarcada toda su gente, el día 24 del mes antedicho.

La Providencia parecia favorecer el pasaje de los aventureros durante los primeros dias, pues el viento les sopló favorable y la mar estuvo bonancible. Entre la mañana del 24 y la noche del 26 anduvo la carabela casi cien leguas con rumbo á Palos; mas luego comenzaron á soplar vientos recios que acar-

rearon otro tremendo mar de leva. Arreció de nuevo la ventolina, aunque asaz favorable para permitirles navegasen á Oriente, con un leve soslayo al Norte, enderezando por completo el rumbo. El temporal era duro, pero como el almirante conocia que iba acercándose al continente europeo, no tuvo por qué quejarse, y alentaba á su gente con la esperanza de una pronta llegada. De esta suerte amaneció el dia 2 de marzo, que fué sábado, cuando creyó hallarse Colon á algunas cien millas de la costa de Portugal, porque los vientos del Sur le habian hecho arribar algun tanto al Norte.

La noche comenzó favorable; sin embargo, seguia luchando el bajel en su camino con una mar tremenda que venia precipitada del Mediodía, y con el viento casi por la proa, soplando tan recio, que obligó á reducir las velas. Era la *Niña* una barca excelente, como ya se ha hecho ver, é iba ahora más serena que cuando la acometió la borrasca; porque sus pilotos habian llenado de agua otro buen número de botas vacías, que no habia sido posible estivar durante el pasado temporal.

—Has vivido junto al timon, Sancho Mundo, desde que las ventolinas comenzaron, dijo chanceándose Colon á eso de la última hora del primer cuarto y al pasar cerca del puesto del viejo marino. No es pequeña honra ocupar ese destino en medio de los severos temporales que ha sido nuestra mala suerte sufrir.

—Tal lo considero, señor don almirante; y espero que sus muy ilustres y excelentes altezas, los dos soberanos, lo contemplen bajo igual punto de vista, en cuanto tiene connexion con mi pesado deber.

—¿Y por qué no en cuanto tu honra, amigo Sancho? interpuso Luis, quien se habia tornado en íntimo del timonel desde el lance de los peñascos.

—La honra, seor maese Pedro, es comida fiambre, y se hace una bola en el estómago de un pobre. Una dobla bien vale un par de condados para un infelice como yo, pues que me ayudaria á granjearme respeto entre los hombres de mi clase, al paso que los condados solo atraerian sobre mi cabeza el escarnio. No, no, maese Pedro, vuesa señoría dará una faltriquera llena de oro y cedo mis honores á los que gusten engalanarse con ellos. Si un hombre ha de alzarse en este mundo, es preciso que comience por el principio, que ponga por solera un fundamento sólido; despues de lo cual háganle caballero del orden de Santiago, toda vez que le necesiten los soberanos para apuntar el nombre de tal bizarro adalid en sus listas.

—Sancho, eres demasiado locuaz para ser timonel, aunque en otros respetos un sugeto muy apreciable, observó el almirante con gravedad; vigila tu rumbo, que no te faltarán buenas doblas cuando se termine el viaje.

—Mil gracias, señor almirante, y por via de prueba que sirva para convencer á usencia que no tengo los ojos cerrados, aun cuando ande un poco suelta mi lengua, no haré más que suplicar á su magnitud y á los pilotos que vigileis ese harapo de nubarron, que se va levantando por allá, hácia el Suroeste, y que os pregunten si presagia bien ó mal.

—Por mi vida, señor D. Cristóbal, que tiene razon el timonero; exclamó Bartolomé Roldan, quien se hallaba á mano; es una nube de aspecto muy si-

niestro, y mucho se asemeja á las que paren los chubascos blancos en las costas del Africa.

—Tened cuidado, buen Bartolomé, contestó pesaroso el almirante. En verdad que nos hemos confiado hasta en demasía, y que hemos sido asaz negligentes con los signos que el cielo nos manda. Llámense sobre cubierta todas las manos y que tambien suba Vicente Yañez, porque mucha falta nos van á hacer.

Ascendió Colon al alcázar desde donde dominaba mayor extension del cielo y mar. Las señales eran tan portentosas como súbitas habian sido en presentarse. Llenaba la atmósfera una niebla blanquecina que se asemejaba á una cenicienta humareda, y apenas tuvo tiempo el almirante de mirar en torno suyo, cuando un estruendo espantoso, parecido al pisar de mil caballos que pasan á escape por encima de un puente de tablas, vino precipitándose con el viento. Oyóse hervir el agua, como es de costumbre en semejantes momentos, y estalló la tempestad sobre la frágil barca, cual si una legion de envidiosos demonios hubiese resuelto que jamás regresase á España con las faustas nuevas de que era portadora.

Un fragor igual á una descarga cerrada de fusilería fué la primera señal de que el chubasco se habia desplomado sobre la *Niña*. Procedia de la rotura de las lonas, pues que todas las velas se hicieron trizas en un mismo instante. Hundióse de lado la carabela hasta que bañó sus mástiles el oleaje, y hubo momento durante el cual, privados hasta de aliento los marineros más viejos y baqueteados, temieron que la nave iba á volcarse. A no ser por esta avería del velámen, la calamidad pudiera muy bien haber acontecido. Sancho, que manejaba el timon, lo habia enderezado á tiempo, y luego que la *Niña* se recobró de la embestida casi se salió fuera del agua al impelerla el desatado huracan.

Este fué el principio de un nuevo huracan que sobrepujó en violencia al que habian escapado tan recientemente. Durante la primera hora el terror y el desfallecimiento casi paralizaron los esfuerzos de la chusma, pues que nada se hacia ni pudiera hacerse para sacarla del peligro en que se veía. Ya estaba corriendo á palo seco la nao, postrer recurso del marino, y hasta los últimos andrajos de la lona estaban hechos trizas y arrancados trozo á trozo de las vergas, ahorrando á los hombres los esfuerzos que habrian sido necesarios para aferrarlos. En esta crisis la penitente tripulacion acudió de nuevo á sus ritos religiosos, y otra vez recayó en suerte al almirante el hacer romeria á algun favorito santuario. Además toda la tripulacion hizo voto de ayunar á pan y á agua el primer sábado despues de su regreso.

—Notable es, D. Cristóbal, dijo Luis, luego que ambos tornaron á quedarse solos en el alcázar, notable es el que esta suerte caiga tan á menudo sobre vos. Por tres ocasiones os ha elegido la Providencia para ser instrumento de contricion y de gratitud. Este es el resultado de vuestra grandisima fe.

—Decid más bien, D. Luis, que proviene de mis crecidos pecados. Solo mi orgullo deberia atraerme reprensiones aun más enérgicas que las actuales. Temo que se me habia olvidado que tan solo era un agente electo por Dios

con el fin de traer á cabo sus propios y grandiosos fines, é iba cayendo en los lazos de Satanás, imaginándome que yo por los merecimientos de mi propio saber y de mi innata sabiduría, habia traído á término esta gran hazaña que emana verdaderamente del supremo poder de Dios.

—¿Y creéis que corremos peligro, señor?

—Mayores riesgos nos asedian ahora, D. Luis, que cuantos nos han amagado desde nuestra salida de Palos. Estamos corriendo desenfrenados hácia el continente, el cual no puede distar de nosotros treinta leguas, y como lo estais viendo, el Océano se alborota cada vez más. Por dicha la noche se halla muy adelantada, y al venir la luz del día hallémos quizás arbitrios de salvamento.

Reapareció el alba como de costumbre, pues cualquiera que sea el disturbio que sobre su faz aparezca, la tierra prosigue sus revoluciones diurnas en la sublimidad de su grandeza, dando á cada mudanza á los miserables gusanillos, que se arrastran sobre su superficie, las pruebas indubitables de que un poder omnipotente preside á todos sus movimientos. La luz, sin embargo, no acarreo cambio alguno en el aspecto del cielo ni del Océano. Continuó el viento soplando con furor, y la *Niña* prosiguió bregando entre el caos de las aguas, precipitándose al continente que delante iba á desplegarse.

La media tarde sería cuando las señales de tierra se hicieron del todo aparentes, y nadie dudó de la proximidad de las costas de Europa. Nada empero estaba á la vista todavía sino el furioso Océano, el encapotado cielo y aquella especie de luz sobrenatural, vulgarmente llamada candilazo que se extiende por la atmósfera tan á menudo en las horas de la borrasca. El punto en donde se puso el sol, aunque sabido con el auxilio de la aguja de marear, no podía ser trazado por la vista, y otra vez la noche cerró sobre tan triste escena, cual si á la frágil carabela la hubiese abandonado la esperanza así como la luz del día. Para añadir á la zozobra de los que iban á su bordo, corría una pesada mar de través, y como siempre acontece á los buques de tan pequeño porte, toneladas enteras de agua caían sobre la nao incesantemente, amenazando destruir la obra muerta y sus frágiles cobertizos de lona embreada.

—Esta es la noche más terrible de todas, hijo Luis, dijo Colon una hora despues que la oscuridad hubo corrido en torno de la carabela su espeso velo. Si salimos en bien de esta noche, podemos juzgarnos como protegidos por Dios.

—Y sin embargo de eso, señor, hablais con calma; y con tanta calma como si el corazon vuestro rebosase de esperanza.

—El marino que no pueda domeñar sus nervios y su voz, hasta en el mayor peligro, ha equivocado la vocacion. Pero siéntome tranquilo, D. Luis, y mi tranquilidad no es aparente. Dios nos tiene en su santa guarda, y hará lo que más convenga. Mis hijos, mis pobres hijos tristemente me apenan ahora, aunque en las mientes del Altísimo hasta los desvalidos y huérfanos ocupen un lugar.

—Señor, dado caso que perezamos, se quedarán los portugueses con nuestro secreto, pues son quienes únicamente lo saben, porque supongo que poca esperanza queda de que se haya salvado Martin Alonso.

—Ese es otro motivo de tristura; sin embargo he tomado medidas tales que mucho será que no sirvan para asegurar á sus altezas en el afianzamiento de sus derechos indisputables. Lo demás es preciso dejarlo á la sabiduría omnipotente.

En aquel instante se oyó el plácido grito de *¡tierra!* Esta voz, que tan pocas horas ántes hubiera dado márgen á la algazara más estrepitosa, fue ahora un manantial de nuevas alarmas. Aunque la noche estaba muy oscura, habia instantes en que las tinieblas se disiparan algun tanto en un círculo de una ó dos millas al rededor del bajel, por cuyo medio pudieron verse las costas con bastante claridad. Tanto Colon como nuestro héroe se dirigieron presurosos á la proa de la carabela al oírlo, aun cuando fuese muy peligroso hacer un movimiento cualquiera, á fin de conseguir la mejor vista posible de la tierra firme. Estaba á tan poca distancia, que cuantos iban á bordo oyeron ó figurábanse que oían el rugido del oleaje que contra los peñascos se estrellaba. Que aquella costa fuese la de Portugal, nadie lo dudaba; pero el continuar con la proa hácia ella, y sin puerto ninguno donde guarecerse, sería una destruccion inmediata. No quedaba otro recurso que el de virar y mantenerse de cara al viento, procurando conseguir distancia hasta el próximo sol. Apenas hubo insinuado el almirante esta necesidad, cuando Vicente Yañez se puso á ejecutar sus órdenes del mejor modo posible.

Hasta entónces el viento se habia sostenido al Suroeste, y de su resulta navegaba al Este la carabela, con el sesgo de un punto ó dos hácia el Norte; ahora pues se dirigió la maniobra á orzar cuanto se pudiera para traer su proa al Setentrion, con derribo de un punto ó dos hácia Poniente. Segun la direccion en que la costa al parecer corria, se creyó que esta mudanza en el rumbo pudiera mantener la carabela durante unas cuantas horas á suficiente distancia de las riberas. Pero esta maniobra no podia verificarse sin el auxilio de la lona, y dióse órden de soltar la mesana. El primer zapateo de la vela fué tremendo, y tan poderosa la sacudida, que por poco arranca el mástil de su base; luego en la parte de proa quedóse todo tan tranquilo como si la muerte allí se enseñorease, pues hundiéndose el buque detrás de una barrera de agua se quedó inerte la vela. Aprovecháronse de la circunstancia Sancho y su compañero timonel, para poner á la banda el gobernalle, y luego que la barca boyó para arriba, luchando con los desencadenados elementos, llenóse la vela con un choque igual al que se siente de resultados del súbito zamarreo de un resistente cable. Desde aquel momento orzó la *Niña* otra vez hácia la mar, aunque tuvo que abrirse paso por medio de tan turbulentas olas, que á cada instante amagaban ponerla quilla arriba.

—¡Luis! dijo una blanda voz junto al hombro de nuestro héroe, mientras este se asia de la puerta de la cámara destinada á las mujeres—¡Luis!—Haiti mejor.—Mattinao mejor.—¡Muy malo, Luis!

Era Ozema que se habia levantado de su lecho para reconocer el espectáculo espantoso del Océano. Durante el tiempo suave de que gozaron los aventureros en los primeros dias de su viaje, el trato entre Luis y los indios que iban á bordo habia sido constante y jóvil. Aunque ligeramente incomodada

de resultas del mareo, siempre habia recibido Ozema sus visitas con puro de-leite, y tantos habian sido sus progresos en la lengua española, que se asom-brara de la rapidez su mismo maestro. Ni tampoco los medios de comunica-cion se reducian meramente á los adelantos de Ozema, pues Luis, al esmerar-se en instruirla, habia aprendido tantas palabras de la lengua nativa de la princesa, como ella de la del noble mancebo. Así es que consiguieran enten-derse, recurriendo á ambos idiomas para aquellos términos que la necesidad requeria. Daremos una traduccion libre del coloquio, procurando al mismo tiempo hacer el diálogo característico y gráfico, en cuanto dable nos sea.

—¡Pobre Ozema! respondió nuestro héroe, atrayéndola con blandura á un sitio donde pudiese guarecerla de los violentos vaivenes de la nave. ¡Mucho echarás de ménos á Haiti, ciertamente, y la pacífica seguridad de tus bosque-cillos!

—¡Caonabo allí, Luis!

—Es verdad, doncella inocente; pero ni aun ese Caonabo es tan terrible como la furia de estos elementos.

—No-no-no-Caonabo mucho malo. Romper el corazon de Ozema. No Caonabo, no Haiti.

—El temor que tienes al jefe caribe, preciosa Ozema, te ha trastornado en parte la razon. Tú tienes un Dios, así como le tenemos los cristianos, y cual nosotros debes poner en él tu confianza. Solo él patrocinarte puede.

—¿Qué patrocinar?

—Cuidar de tí, Ozema; ver de que no te suceda daño alguno. Mirar por tu salud y salvacion.

—Luis proteger á Ozema. Así prometer á Mattinao; así prometer á mi corazon.

—Querida beldad, así lo haré, hasta donde mis facultades alcancen. ¿Pero qué me es dado hacer contra la borrasca?

—¿Qué hacer Luis contra Caonabo? matar, cortar indios; hacer á él huir.

—Esa fué fácil tarea para un caballero cristiano que blandia una buena ti-zona y embrazaba una adarga fiel; ¿pero estas armas para qué sirven contra las iras de la tempestad? Solo nos queda una esperanza, y es confiar en el Dios de los españoles.

—Españoles grandes, tener Dios grande.

—No hay mas que un Dios, Ozema, y ese reina en todas partes, en Haiti como en España. Acuérdate de lo que te he dicho respecto á su amor, y á la clase de muerte que sufriera para salvarnos á todos; y tú me prometiste tri-butarle adoracion y recibir el santo bautismo luego que en mi patria desem-barcaras.

—¡Dios! Ozema hacer, lo que Ozema decir. Mí amar ya al Dios de Luis.

—Ya has visto su cruz santa, Ozema hermosa, y has prometido besarla, y bendecirla.

—¿Dónde cruz? no ver cruz; ¿arriba en cielo? ¿ó dónde? Enseñar ahora cruz; cruz de Luis; cruz de amor de Luis.

Llevaba al cuello el noble mancebo la dádiva que al despedirse díerale Mer-

cedes, y teníala puesta sobre el corazón. Sacando ahora del seno la rica joya, llevósela primero á los labios con fervor piadoso, y ofreciéndola en seguida á la jóven india.

—¿Ese es Dios de Luis? preguntó Ozema sorprendida algun tanto.

—No, no, pobre y obcecada doncella.

—¿Qué obcecada? interrumpió con ansia la atenta virgen, porque ningún vocablo que al jóven le caía de los labios, llegaba á sus oídos sin que la recogiera.

—Obcecada significa que los que nunca han oído hablar de la cruz, ni de sus infinitas misericordias, se hallan completamente á oscuras.

—¡Ozema no obcecada ahora! exclamó la haitiense apretando contra su pecho la alhaja. Dar cruz—guardar, cruz-no; obcecada otra vez, jamás. Cruz Mercedes.

Dijo esto la jóven, pues en virtud de uno de esos errores, no poco frecuentes al comenzar á comunicarse sus ideas los que hablan lenguas distintas, á la doncella de los bosques se le habia impreso, de resultas de ciertas exclamaciones involuntarias de Luis, la noción de que la palabra «Mercedes» significaba alguna cosa de sobresaliente valía.

—Ojalá esa cuyo nombre pronuncias te tuviese bajo su patrocinio para conducir tu alma pura al conocimiento justo de tu Criador. Esa cruz proviene de Mercedes misma, y bien haces en amarla y en acogerte á ella. Ponte esa cadena al cuello, inocente jóven, porque ese emblema puede ayudar á salvarte de la muerte, en caso de que la ventolina en las costas nos estrellara ántes que el próximo sol nos alumbre. *¡Esa cruz es un signo de amor imperecedero!*

Asaz comprendió esto la muchacha, especialmente porque la trasmision oral de la joya fué secundada por nuestro héroe, con un ademán suavemente impulsivo, á fin de obligar á la doncella á aceptarla, y no tardó la cadena en ceñir su cuello, ni el santo emblema en reposar sobre su corazón. Por el cambio de temperatura, como también para el debido decoro, el almirante proporcionó á aquellas mujeres holgados vestidos de algodón, y las bellas formas de Ozema se hallaban modestamente envueltas en uno de esos mantos, bajo cuyos pliegues habia ella escondido la alhaja, que cariñosamente apretaba contra su seno, solo porque era dádiva de Luis. El doncel, sin embargo, no veía el asunto de igual manera. Solo habia sido su intento prestar á la india, en los instantes de peligro, aquello que el espíritu religioso de su siglo le inducía á imaginarse pudiera servirle de salvaguardia. Como Ozema no era por ningún título muy diestra en vencer el engorro de una vestidura á que no se hallaba acostumbrada, aun cuando su buen gusto natural la hubiese enseñado á ponérsela graciosamente, el mancebo, medio distraído, la asistió en colocar la cruz en su nuevo santuario, cuando un violento vaiven de la barca le obligó á sostener á su protegida, rodeándole la cintura con uno de sus brazos. Cediendo en parte al balanceo de la carabela, cuya violencia hacia perder el equilibrio á los marineros más diestros, y quizás desequilibrada otro tanto por la ternura de su propio corazón, no rechazó Ozema libertad semejante, la primera á que nuestro conde se habia atrevido; sino que se

mantuvo incesantemente confiada y sostenida por aquel brazo, que de todos cuantos existían, era más grato á sus sentimientos creer se hallase destinado á desempeñar esa obligación por toda la vida. Reposaba ya su cabeza sobre el seno del mozo, con el rostro vuelto al cielo y los ojos clavados en el de su jóven sostenedor.

—Méenos alarmada te encuentro, Ozema, con esta tempestad horrible, de lo que sería racional suponer. ¡El recelo por causa tuya me ha dado mayor desasosiego del que hubiera yo creído posible; y sin embargo, no das la más ligera muestra de terror!

—Ozema no infeliz—no, necesitar Haiti—no, necesitar Mattinao—nada, necesitar—Ozema dichosa, ahora—tener cruz.

—¡Dulce é inocente doncella! ¡quiera el cielo que jamás conozcas otras sensaciones! Ten confianza en tu cruz.

—Cruz Mercedes, Luis Mercedes. Luis y Ozema guardar para siempre cruz.

Quizás fué una dicha para la jóven que la *Niña* en aquel instante zambullera la proa con tal fuerza, que obligó irremediamente á nuestro héroe á soltar la cintura de la india, so pena de arrastrarla consigo de cabeza hasta el paraje donde estaba Colon en pié guareciéndose á medias contra la tempestad. Al levantarse advirtió que estaba cerrada la puerta de la cámara y que ya Ozema había desaparecido.

—¿Están asustadas nuestras amigas con esta escena aterradora, hijo Luis? preguntó con calma Colon, pues aunque sus propios pensamientos estuvieran casi absortos en la situación de la carabela, había advertido cuanto en rededor suyo pasaba. Son fuertes de corazón; pero hoy la más valiente amazona se estremecería al presenciar tan deshecha borrasca.

—Poquísimo temor les da, D. Cristóbal, pues no conocen el peligro. El hombre civilizado es reconocido por nuestros huéspedes como superior suyo en grado tal, que así los varones como las hembras dan muestra de tener implícita confianza en nuestros medios de salvación. Acabo de entregar á Ozema una cruz, y de aconsejarle que libre toda su fe en ella.

—Has hecho bien; ese emblema sagrado es ahora el protector más seguro de todos nosotros. ¡Manten la proa de la carabela tan cerca del viento como te sea posible, Sancho; pues así que este alfoje, cada pulgada que hácia la tierra ganemos es un paso más hácia nuestra seguridad!

Dióse la contestación de costumbre, y luego se puso término al coloquio, pues las furias de los elementos y la espantosa manera con que la *Niña* se veía compelida á luchar materialmente para sostenerse á flor de agua, proporcionaban amplísimo tema de reflexiones para cuantos la escena presenciaran.

De este modo se pasó la noche. Al rayar el alba, derramó su luz sobre una violentísima tempestad de invierno. El sol no apareció en todo el día, y los oscuros vapores se arrastraban tocando al parecer las espumosas aguas. No tardó en hacerse visible la tierra alta, casi por el costado de la carabela, y todos los marinos más viejos manifestaron al instante que era el peñon de Lisboa. La distancia no era grande, tal vez no llegaría á veinte millas; pero la necesidad de arrostrar la borrasca, y de hacer vela ciñendo el viento en

un temporal semejante, hacia la situacion del bajel todavía más crítica de lo que lo fuera en las anteriores pruebas. En aquel momento quedaron olvidados los ardidés políticos de los portugueses, ó tenidos como consideraciones secundarias, pues no parecia que hubiese otra alternativa que entrar en puerto ó perecer en naufragio. Cada pulgada que á despecho del viento se adquiria era de suma importancia para los navegantes, y Vicente Yañez se colocó junto al timon á fin de vigilar su manejo con todo el ahinco de la experiencia y de la autoridad. Solo podian los palos con las velas más bajas, y estas con los rizos tomados cual su construccion lo requeria.

De tal suerte la barquilla combatida por la borrasca siguió bregando en su rumbo, hundiéndose ora en los surcos del oleaje, de modo que la tierra, el Océano y todo, excepto los furiosos rompientes, amen de las nubes que amenazadoras los cobijaban, desaparecian de la vista de los desalentados marinos; ora alzándose al parecer de la sombría calma de una caverna, ó volando al soplo de una tempestad atronadora. Estos últimos instantes fuéron los más críticos. Cuando el erguido casco cabalgaba en el lomo de una ola, soslayándose á estribor por causa de aplanarse bajo la quilla el líquido elemento, parecia cual si el siguiente golpe de mar hubiera de sumergirlo sin remedio; tan vigilantes empero se hallaban los ojos de Vicente Yañez, y tan lista la mano de Sancho Mundo, que siempre esquivaba el bajel tan horrible desastre. Sin embargo, no era posible impedir que entrasen en el barco gruesos rociones, y la enfurecida mar barria de cuando en cuando la cubierta como la sábana de una catarata, viéndose la tripulacion precisada á abandonar del todo aquella parte del flotante leño.

—Todo depende ahora de nuestro velámen, dijo Colon arrancando un hondo suspiro; si este aguanta, estamos más seguros que cuando corríamos á palo seco; pero estoy cierto de que Dios nos asiste. Figúrome que el viento sopla con menor violencia que en la noche pasada.

—Tal vez sea así, señor. Creo que nos vamos arrimando al punto que nos habeis señalado.

—¿Aquella punta peñascosa? Si conseguimos doblarla, estamos en puerto de salvacion. Si no, somos todos almas del purgatorio, y ya estamos viendo nuestro comun sepulcro.

—La carabela se porta á las mil maravillas, señor, y aun no tenemos perdida toda esperanza.

Una hora más tarde se hallaban tan próximos á la tierra que podian verse las personas que en ella se movian. Instantez hay en que puede decirse que la vida y la muerte se ofrecen con medida igual á cada lado de la vista del marino. A la una parte está la destruccion, á la otra la seguridad. Como el bajel se acercaba lentamente á la orilla, no solo se oia el fragor de las olas contra las peñas, sino que la espantosa manera con que el agua era levantada en chorros espumosos, acrecentaba el horror del espectáculo. En semejantes ocasiones no es fenómeno extraño el de vastas cascadas á la altura de algunos centenares de piés, ni ver las olas impelidas por el huracan hasta muy tierra adentro. Lisboa tiene á su frente la inmensidad del Océano, sin

que la interrumpa ni quiebre isla alguna ni promontorio, al paso que la costa de Portugal es la más expuesta de Europa. Las ventolinas del Suroeste, ó por otro nombre los vendavales, recorren mil y ochocientas leguas del Océano, y los oleajes que empujan para estrellarlos en las costas son verdaderamente horrendos. Ni tampoco el temporal que ahora procuramos describir era uno de los más comunes. La estacion habia sido tan tempestuosa, que apenas dejaba al Atlántico un instante de sosiego, mientras las olas levantadas por una ráfaga apenas tenian tiempo para reposarse, cuando otra se alzaba en una direccion nueva, causando aquel bamboleo que más atropella las naves, y el cual es particularmente peligroso para los buques de escaso porte.

—Ya corta la mar con proa más erguida, señor D. Cristóbal, exclamó Luis, al verse á tiro de escopeta de la punta ansiada. Otros diez minutos de favorable sesgo, y estamos fuera de peligro.

—Teneis razon, hijo mio, contestó el almirante con tranquilidad. Si algun accidente nos hiciese embestir contra esos peñascos, ni dos tabloncillos de la *Niña* se mantendrian unidos por cinco minutos siquiera. Déjala ir ¡buen Vicente Yañez! ¡déjala ir...! que derribe un punto entero, y corte el agua con aliviada quilla. Todo consiste en la lona, y con eso no nos hará falta ese punto... Ya arrancó, Luis; mirad á la tierra y veréis cuán aprisa vamos.

—Verdad, señor, pero la carabela se arrima espantosamente á esa punta.

—No temais; un rumbo valiente es con frecuencia el más seguro. La costa nada tiene de somera, y nosotros calamamos poca agua.

Reinó un profundo silencio á bordo. La carabela se precipitaba hácia la pedregosa punta con alarmante celeridad, y cada momento la llevaba perceptiblemente más cerca del bullente remolino de agua que en torno de los peñascos se deshacia en espuma. Sin entrar precisamente en el remolino, deslízase la *Niña* rascando su borde, y á los pocos instantes siguió un curso directo por el Tajo arriba, que delante se ensanchaba. Arrióse la vela mayor y los marineros estuvieron á pié firme sobre la cubierta, sin recelo ni pesadumbre, seguros de hallar un buen puerto y la más completa seguridad.

Así concluyó la mayor hazaña marítima que el mundo ha presenciado. Verdad es que en seguida se efectuó una correría hácia Palos, però este viaje fué insignificante respecto á la distancia, é infructuoso en sus incidentes. Colon habia llevado á cabo su vasto propósito, y su triunfo no era ya un secreto. Bien sabido es el recibimiento que le hicieron en Portugal, así como tambien las principales ocurrencias que tuvieron lugar en Lisboa. Ancló en el Tajo el día 4 de marzo, y salió de su rada el 13. Por la mañana del 14 doblaba la *Niña* el cabo de San Vicente, y siguió su rumbo al Este á favor de una ligera brisa que soplabá del Norte. A la aurora del 15 hallóse el bajel de nuevo en la barra de Saltes, tras una ausencia de doscientos veinticuatro dias.

CAPÍTULO XXVI.

Era una noche, y en solaz gustoso
 De sus dignas comadres rodeada,
 Ella entrecia un cuento escandaloso,
 Cuando la puerta súbita llamada,
 Estremeció con retronar sonoro,
 Y pronto en su presencia fué admitido
 Un robusto rapaz, cubiertas de oro
 Las anchas franjas de su azul vestido.
 Un sombrero cual torta, orondo y lato,
 Gruesa hebilla de plata en el zapato,
 Lucía el galan, y limpio pañizuelo
 De la india en su cuello se veía,
 Y en su mano un junquillo se blandía;
 Linda facha era aquella del mozuelo.

MICKLE.

A pesar de las nobles ideas que formaban la base de la expedición que acabamos de mencionar, la perseverancia y decisión necesarias para llevarla á buen término, y las magníficas consecuencias que de su éxito dependían, hizo entónces el viaje poquísimos ruidos, en medio de los notables sucesos y del activo egoísmo de aquel siglo, hasta que fuéron conocidos sus resultados. Un mes ántes de finalizarse la contrata con Colon, se firmó por mano de ambos soberanos el decreto de expulsión de los judíos; y esta expatriación de tan gran parte de la nación española, fué un acontecimiento muy á propósito para apartar los ojos del pueblo de una empresa que se juzgaba tan dudosa, y á la que sostenían recursos tan insignificantes como la del nauta insigne. Hábiase señalado el fin del mes de julio como último plazo para la partida de aquellos perseguidos religionarios, y así fué, que en el mismísimo tiempo, y casi en el preciso día en que Colon se dió á la vela desde Palos, dirigíase la atención de los españoles hácia lo que bien pudiera denominarse calamidad nacional. La partida de aquellos infelices se asemejó á la marcha que del Egipto hicieron sus antepasados; los caminos se veían bullir con las apinadas masas, emigrando sin saber á dónde muchas de las familias que las componían.

Los reyes habían salido de Granada en mayo, y después de pasar en Castilla dos meses se trasladaron á Aragón á principios de agosto, en cuyo reino acertaban á hallarse cuando se hizo á la mar la expedición. Allí permanecie-